El exilio de Shara

Marion Zimmer Bradley



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

Título original: *Sharra's Exile*

Marión Zimmer Bradley
NOTA DE LA AUTORA

Al igual que las anteriores novelas de Darkover, esta narración se basta a sí misma y no depende del conocimiento de las restantes. Sin embargo, este libro, más que cualquier otro de Darkover, ha surgido a petición popular.

Un resultado de haber escrito las novelas en el orden en que se me ocurrieron, en lugar de seguir el estrictamente cronológico, ha sido que empecé intentando resolver los problemas finales de la sociedad de Darkover.

Cada novela me iba sugiriendo otra que se desarrollaba en tiempos anteriores, en un intento de explicar de qué modo la sociedad darkovana había llegado hasta tal punto.

Por desgracia, eso significa que las novelas relativamente maduras, situadas al inicio de la cronología de Darkover, iban seguidas de libros escritos cuando yo era mucho más joven y algo menos hábil como narradora. De todos ellos el menos satisfactorio era *The Sword of Alciones,* tal vez porque había sido soñado, en esencia, a la edad de quince años.

En 1975 tomé una decisión fundamental: al escribir *La Herencia de los Hastur,* no me sentiría bloqueada por los conceptos básicamente inmaduros que establecí

en *The Sword of Aldones,* incluso a costa de sacrificar la coherencia de la serie. Tras la publicación de *La herencia de los Hastur, The Sword of Aldones* me resultaba aún más insatisfactoria.

Durante años parecía que todos aquellos con los que me encontraba me preguntaban cuándo iba a rescribirla. Durante años repliqué «Nunca», o «No quiero volver a ello». Pero finalmente decidí que en *The Sword of Aldones* había desarrollado una buena idea, aunque sin la habilidad o la madurez que requería su realización; también los personajes merecían un tratamiento serio por parte de una escritora madura. Decidí no volver a escribir sobre lo ya hecho, sino escribir un libro completamente nuevo basado en hechos del mismo período temporal que *The Sword of Aldones.* Las páginas que siguen son el resultado.

MARIÓN ZIMMER BRADLEY

A Walter Breen, cuyo conocimiento del universo de Darkover es «extenso y peculiar» y a nuestro hijo Patrick Breen, que leyó este libro a medida que las páginas salían de la máquina de escribir, leyendo a veces por encima de mi hombro en su ansiedad por saber qué iba a ocurrir.

¡Gracias!

PRÓLOGO

El segundo año de exilio

Aquél era el hogar de mis antepasados.

Pero yo sabía que nunca sería mi hogar.

Los ojos me dolieron cuando miré hacia el horizonte donde el sol se hundía -un extraño sol amarillo, no rojo como debía ser un sol, sino un sol resplandeciente que me hería los ojos. Pero ahora, por un momento, justo antes del anochecer, era súbitamente rojo y enorme y se hundía detrás del lago en una repentina gloria carmesí que me inundaba de dolorosa nostalgia por mi hogar; y una pincelada de color carmesí atravesaba el agua... Me quedé mirando hasta que se desvanecieron los últimos reflejos y sobre el lago, pálida y plateada, la solitaria luna de Terra exhibió el más delgado y elegante cuarto menguante.

Aquel día, horas antes, había llovido, y el aire estaba denso de olores extraños. En realidad, no extraños; en lo más profundo de mis genes, de alguna manera ya los conocía. Mis ancestros habían bajado de los árboles en este mundo, habían sobrevivido a la larga evolución que les había transformado en humanos, y más tarde habían enviado las naves colonizadoras, una de las cuales -yo había oído el relato- se había estrellado en Darkover y había colonizado el lugar; se habían arraigado tan profundamente en el nuevo mundo que yo, que había sido

Exiliado de mi mundo natal y había regresado, me sentía ajeno y extrañaba el mundo de exilio de mi gente.

No sabía desde cuándo ni por cuánto tiempo mi gente había vivido en Darkover. Los viajes entre las estrellas tienen extrañas anomalías; las enormes distancias interestelares hacen extrañas jugarretas con el tiempo. Las gentes del Imperio Terrano no tenían manera de decir cuál nave colonizadora había fundado Darkover, o si fue tres mil o quince mil años atrás... El tiempo que había transcurrido en Terra era algo así como tres mil años. Sin embargo, el tiempo transcurrido en Darkover era de diez mil años, de modo que Darkover tenía una historia de civilización y caos casi tan larga como la de Terra. Yo sabía cuántos años hacía que Terra, mucho antes de que el Imperio Terrano se expandiera por las estrellas, había enviado la nave. Sabía cuántos años habían transcurrido en Darkover. Pero ni siquiera el historiador más avezado podía reconciliar ambas fechas: yo había dejado de intentarlo hacía mucho.

Tampoco yo era el único en sentirme desgarrado entre dos lealtades, tan profundamente arraigadas que afectaban incluso al mismo DNA de mis células. Mi madre había nacido en Terra bajo aquel cielo de un azul imposible y aquella luna incolora; sin embargo había amado a Darkover, se había casado con mi padre darkovano, y le había dado hijos y, finalmente, había descansado en una tumba sin nombre en las Kilghard Hills, en Darkover.

Y me gustaría estar descansando a su lado...

Por un momento no estuve seguro de que aquel pensamiento no fuese mío. Después lo eliminé resueltamente. Mi padre y yo estábamos demasiado próximos, no con la cercanía habitual de una familia de telépatas del Comyn (aunque ya eso hubiera resultado monstruoso para los terranos que nos rodeaban), sino unidos por los miedos comunes, por pérdidas comunes... por la

experiencia *y* el dolor compartidos. Al ser bastardo, rechazado por la casta de mi padre porque mi madre había sido medio terrana, mi padre había pasado por situaciones difíciles para que yo fuera aceptado como heredero del Comyn. Hasta ahora no sabía si lo había hecho por mí o por él mismo. Mis fútiles intentos de rebelión nos habían atrapado a todos en la frustrada rebelión de los aldaranes, y Sharra...

Sharra. Llamas ardiendo en mi mente... La imagen de una mujer de fuego, encadenada, moviéndose, trenzas de fuego alzándose con un viento de fuego,

flotando... alzándose, devastando... Marjorie atrapada en ese fuego, gritando, muriendo...

¡No! Avarra misericordiosa, no...

Negra oscuridad. Borrarlo todo. Cerrar los ojos, agachar la cabeza irme, no estar allí, no estar en ningún lado...

Dolor. Agonía ardiendo en mi mano...

-Bastante mal, ¿no, Lew?

Detrás de mí sentí la presencia tranquilizadora de la mente de mi padre. Asentí, apreté los dientes, golpeé el doloroso muñón de mi mano izquierda contra la barandilla y dejé que la fría extrañeza de la blanca luna me inundara.

-Maldición, estoy bien. Deja de... -Me debatí por encontrar la palabra adecuada, y me salió «deja de revolotear».

- ¿Qué se supone que debo hacer? No puedo evitarlo -dijo con suavidad-. Estabas... ¿Cómo te lo diría? Emitiendo. Cuando puedas guardarte tus pensamientos, te dejaré a solas con ellos. ¡En nombre de todos los Dioses, Lew, fui técnico de la Torre de Arilinn durante diez años!

No exageraba. No tenía por qué. Durante tres años, probablemente los más felices de mi vida, yo también había sido mecánico de matrices en la Torre de Arilinn,

trabajando con los complejos cristales matrices que enlazaban mentes y telépatas para suministrar comunicaciones y tecnología a nuestro mundo pobre en metales y en máquinas. En Arilinn había aprendido qué era ser un telépata, un Comyn de nuestra casta, dotado o maldecido por la capacidad de enlazar las mentes y la hipersensibilidad a las otras mentes que me rodeaban. Uno aprendía a no fisgonear, aprendía a impedir que los propios pensamientos se enredaran con otros, para no ser demasiado dañado por el dolor o las necesidades de los demás, a seguir siendo exquisitamente sensible y a vivir al mismo tiempo sin interferir ni exigir.

Yo también lo había aprendido. Pero mi control había sido eliminado por la matriz del noveno nivel que, en un momento de insensatez, había pretendido manejar con un círculo de telépatas a medio entrenar. Habíamos esperado, vanamente, recuperar la antigua tecnología darkovana de alto nivel, que nos llegaba como una leyenda de las Eras del Caos. Y casi lo logramos por cierto, experimentando con las antiguas artes de Darkover, llamadas por la gente común brujería o magia. Sabíamos que en realidad eran una tecnología compleja, que podría haber hecho cualquier cosa, como dar energía a naves espaciales, lo que hubiera situado a Darkover a la par del Imperio, en vez de ser un pariente pobre, dependiente del Imperio Terrano, un planeta frío y pobre en metales.

Casi lo habíamos logrado, pero Sharra fue demasiado poderosa para nosotros, y la matriz que durante años había estado encadenada, suministrando tranquilamente fuego a las fraguas de los herreros montañeses, había sido liberada, incontenible y voraz, por las colinas. Una ciudad había sido destruida. *Y yo, yo también había sido destruido, ardiendo en aquellos fuegos monstruosos, y Marjorie, Marjorie estaba muerta...*

Y ahora, dentro de mi matriz, no podía ver más que las llamas y la destrucción de Sharra...

Un telépata se sintoniza con la piedra matriz que utiliza. A los once años me habían dado mi matriz: si me la hubieran quitado, no habría tardado en morir. No sé qué son las piedras matriciales. Algunos dicen que son cristales que amplifican las emanaciones psicoeléctricas de la actividad cerebral en las áreas «silenciosas» donde residen los poderes del Comyn. Otros las consideran formas de vida foránea, simbiótica con los poderes especiales del Comyn. Sea cual fuere la verdad, un telépata del Comyn trabaja a través de su propia matriz; las matrices más grandes, de niveles múltiples, nunca están sintonizadas con el cuerpo y el cerebro de un operario de matrices, sino que se retransmiten y transforman a través de su piedra.

Pero Sharra nos había engullido a todos, y nos había atrapado en su fuego...

¡Basta! Mi padre habló con la fuerza particular de un Alton. Forzó su mente en la mía, y eliminó la imagen. Una misericordiosa oscuridad descendió detrás de mis ojos; después pude ver de nuevo la luna, ver otra cosa que no fueran las llamas.

Mientras yo descansaba mis ojos, cubriéndolos con la mano sana, me dijo con suavidad:

-Ahora no lo crees, pero estás mejor, Lew. Es cierto que te ocurre cuando bajas la guardia. Pero hay largos períodos durante los que puedes librarte del dominio de la matriz de Sharra...

-Cuando no hablo de eso, querrás decir -le interrumpí con ira.

-No -dijo él-, cuando no está allí. Te he estado monitorizando. No estás tan grave como durante el primer año. En el hospital, por ejemplo... No podía liberarte más que por unas pocas horas. Ahora pasan días, incluso semanas...

Sin embargo, nunca sería libre. Cuando nos marchamos de Darkover, con la esperanza de salvar la mano

quemada por los fuegos de Sharra, me había llevado la matriz de Sharra oculta en la ornamentada espada. No porque quisiera llevármela, sino porque después de lo ocurrido, no podía separarme de ella, igual que si fuera mi propia matriz. Llevaba mi matriz colgada del cuello desde los doce años, y no podía quitármela sin sufrir dolor y probablemente daño cerebral. Una vez me la habían quitado -una especie de tortura deliberada- y había estado más cerca de la muerte que nunca. Es probable que de haber estado sin ella un solo día más, hubiera muerto por fallo cardíaco o por lesión cerebral.

Pero la matriz de Sharra, no sé por qué, había cobrado más poder que la mía. No necesitaba llevarla colgando del cuello ni estar en contacto físico con ella, pero tampoco podía distanciarme demasiado sin que comenzara el dolor y surgieran en mi cerebro las imágenes del fuego, como una interferencia que lo enturbiaba todo. Mi padre era un técnico competente, pero no podía hacer nada; los técnicos de la Torre de Arilinn, donde habían tratado de salvarme la mano, tampoco pudieron hacer nada. Al final me habían sacado del planeta, con la vana esperanza de que la ciencia terrana fuera más efectiva. Era ilegal que el Guardián del Dominio Alton, mi padre, Kennard Alton, abandonara el planeta al mismo tiempo que su Heredero. Pero lo había hecho a pesar de todo, y yo sabía que por eso sólo debía sentirme agradecido. Pero lo único que sentía era cansancio, ira, resentimiento.

Deberías haberme dejado morir.

Mi padre dio un paso y se situó bajo la luz de la pálida luna y de las estrellas. Apenas podía ver su silueta: alto, antes pesado e imponente, ahora encorvado por la enfermedad ósea que le había aquejado durante muchos años, pero todavía poderoso, dominante. Nunca estaba seguro de si veía la presencia física de mi padre o la poderosa fuerza mental que había avasallado mi vida des-

de que, a los once años, había obligado a mi mente a abrirse al Don telepático de los Alton -el don de forzar el contacto telepático incluso con los no telépatas, que caracteriza al Dominio Alton-. Lo había hecho porque no había otro modo de demostrar al Concejo del Comyn que yo era digno de ser el Heredero de Alton. Pero yo había tenido que soportarlo -y soportar su dominio- desde entonces.

La mano me latía en el lugar que había golpeado con lo que me quedaba del brazo. Era un dolor peculiar, podía sentirlo en el cuarto y el sexto dedo... como si me hubieran arrancado una uña. Y sin embargo, no había nada allí, nada salvo una cicatriz vacía... Me lo habían explicado: dolor fantasma, los nervios que quedaban en el resto del brazo. Condenadamente real para ser fantasma. Al menos ahora los médicos terranos, e incluso mi padre, se daban cuenta de que no se podía hacer nada más por mi mano, y habían hecho lo que tenían que haber hecho desde el principio: la habían amputado. Nada que hacer, ni siquiera con su (ciertamente) famosa ciencia médica. Mi mente todavía se encogía de horror ante el recuerdo de la cosa aterradora y retorcida que había coronado el último intento experimental de regeneración. Esa parte de las células del cuerpo que ordena a una mano ser una

mano, con palma, dedos y uñas, y no una garra, una pluma, o un ojo, había sido destruida por Sharra, y un día, medio atontado por las drogas, había visto en qué se había convertido mi mano.

Alejar mi mente también de eso. ¿Había algo inofensivo en qué poder pensar? Contemplé el cielo sereno del que se había esfumado el último rastro de carmesí.

-Creo que es peor al atardecer -dijo él con voz tranquila-. Yo ni siquiera era adulto la primera vez que vine a Terra; solía venir aquí al atardecer para que mis primos y mis hermanos adoptivos no lo vieran. Uno se

cansa tanto... -me daba la espalda, *y* en cualquier caso estaba demasiado oscuro como para ver algo más que la opaca silueta de su presencia, pero aún así, en algún lugar de mi mente, pude ver su despreciativa sonrisa- de la misma vieja luna. Y mis primos terranos pensaban que era una vergüenza que alguien de mi edad llorara. De modo que, después de la primera vez, me aseguré de que no me vieran.

En Darkover hay un proverbio: «Sólo los hombres ríen, sólo los hombres danzan, sólo los hombres lloran.»

Pero para mi padre había sido diferente, pensé con envidia feroz. Había venido aquí por voluntad propia, y con un propósito, el de construir un puente entre los dos pueblos, terrano y darkovano. Larry Montray, su amigo terrano, se había quedado en Darkover para ser criado en el Dominio Alton. Kennard Alton había venido aquí para ser educado como terrano en las ciencias de este mundo.

Pero ¿y yo?

Yo había llegado aquí exiliado, destruido, lisiado, con mi amada Marjorie muerta porque yo, como mi padre antes, había intentado construir un puente entre el Imperio Terrano y Darkover. Yo tenía un motivo mejor: era hijo de ambos mundos, porque Kennard, Comyn del todo, se había casado con la media hermana de Montray, Elaine. Así que yo lo intenté, pero elegí mal el instrumento -la matriz de Sharra-, y fracasé. Y ahora, todo lo que había dado luz a mi vida estaba muerto, o en un mundo a media Galaxia de distancia, y yo seguía viviendo. Incluso aquella esperanza que había impulsado a mi padre a traerme aquí -la esperanza de que mi mano, quemada por los fuegos de Sharra, podría ser salvada o regenerada- había resultado ser un mero espejismo; a pesar de todo lo que yo había soportado, tampoco aquello había sido posible. Y aquí estaba, en un mundo que odiaba, desconocido y familiar a la vez.

Mis ojos se iban acostumbrando a la oscuridad. Ahora podía ver a mi padre, un hombre al borde de la vejez, encorvado e inválido, su pelo antaño llameante ahora gris, su rostro profundamente marcado por el dolor y el conflicto.

-Lew, ¿quieres regresar? ¿Sería más fácil para ti? Yo estaba aquí por una razón, era estudiante de intercambio en una misión formal. Era un asunto de honor. Pero a ti nada te ata. Puedes embarcar y regresar a Darkover cuando quieras. ¿Quieres que volvamos a casa, Lew? -Ni siquiera me miró la mano, no era necesario. Si aquello había fallado, no había ningún motivo para quedarse aquí y esperar algún milagro.

(Pero yo seguía sintiendo aquel dolor sordo en el pulgar, como una uña arrancada. Y el sexto dedo me dolía como si me hubiese pillado en un torno o me hubiera quemado. Extraño. Perseguido por el fantasma de una mano que ya no existía.)

-Lew, ¿regresamos a casa?

Sabía que él lo deseaba. Aquella tierra extraña también le estaba matando. Pero entonces cometió un grave error:

-El Concejo quiere que regrese. Ahora saben que ya no engendraré más hijos. Y tú eres el Heredero reconocido de Alton. Cuando partí, dijeron que era ilegal que el señor del Dominio Alton y su Heredero abandonaran el Dominio al mismo tiempo. Si tú volvieras, el Concejo se vería obligado a reconocer...

- ¡Maldito sea el Concejo! -exclamé, en voz tan alta que mi padre retrocedió. Las mismas condenadas y viejas maniobras políticas. Nunca había dejado de intentar

que el Concejo me reconociera. Aquello había convertido mi infancia en una pesadilla, le había obligado a tomar la dolorosa y peligrosa determinación que había tomado, la de forzar un despertar prematuro de mi Don de *laran.* Más tarde, su actitud me había llevado

hacia mis parientes de Aldaran, hacia el desdichado intento de generar poder a través de Sharra, y hacia Marjorie. Cerré las puertas de mi mente, un lugar cerrado, negro, vacío. No pensaría en eso, no lo haría. No quería tomar parte para nada en el condenado Concejo, ni en el Comyn, ni en Darkover... Le di la espalda y caminé hacia la cabaña del lago: le sentía detrás de mí, cerca, demasiado cerca.

¡Vete de mi mente! ¡Vete! ¡Déjame solo! Cerré mi mente como si fuera la puerta de la cabaña, la oí abrirse y cerrarse, y le sentí allí, a pesar de que tenía los ojos cerrados. No me volví hacia él ni le miré.

-Lew. No, maldición, no me vuelvas a dejar fuera. ¡Escúchame! ¿Crees que eres el único en el mundo en saber lo que es perder a un ser querido? -Su voz era dura, pero era una dureza que yo conocía: significaba que si hablaba con suavidad, lloraría. Me había llevado veintidós años saber que mi padre podía llorar.

-Tú tenías dos años, y tu hermana murió al nacer. Ambos sabíamos que no tendríamos más hijos. Elaine... -Nunca antes había mencionado su nombre en mi presencia, aunque yo lo conocía por sus amigos. Siempre había usado el distante y formal tu madre- Yllana... -prosiguió, pronunciando ahora la versión darkovana del nombre-. Ella sabía tan bien como yo hasta qué punto es frágil el poder de un hombre con un solo hijo. Y tú no eras un niño fuerte. Créeme, yo no se lo pedí. Fue su decisión. Y durante quince años he llevado esa carga, y he tratado de que Marius no la sintiera... de que no supiera que me resentía que su nacimiento le costara la vida a Yllana...

Nunca había dicho tanto antes. En la dureza de su voz percibí hasta qué punto le costaba decirlo.

Pero mi madre había decidido arriesgar su vida para que naciera Marius. Marjorie... no había tenido elección...

Fuego. Llamas devastadoras elevándose hasta el cielo, las grandes alas trémulas de las llamas. Marjorie ardiendo, ardiendo en las llamas de Sharra... Caer Donn, el mundo, Darkover, todo en llamas...

Cerré de golpe la barrera y cayó la oscuridad dentro de mi mente Me oí gritar «¡No!» con toda mi fuerza, y una vez más golpeé mi brazo lisiado contra cualquier cosa, cualquier cosa que causara en mi mente tanto dolor que no me permitiera pensar en nada más. *Él no debería hacerme ver que he matado lo único que he amado nunca o que podré amar.*

Desde muy lejos le oí pronunciar mi nombre, y sentí el preocupado roce de sus pensamientos. Hice más impenetrable la barrera, sentí que la oscuridad se acrecentaba. Me quedé allí sin escuchar, sin ver, hasta que se marchó.

LIBRO PRIMERO
EL EXILIO
1

Darkover: el tercer año de exilio

Regis Hastur estaba en un balcón del Castillo Comyn, que dominaba Thendara y el valle que se extendía a sus pies, mirando la ciudad y la Ciudad Comercial Terrana.

Detrás de él se erguía el castillo, a la sombra de las montañas. Ante él se extendía la Ciudad Comercial Terrana, con el puerto espacial más allá y los altísimos rascacielos del Cuartel General terrano. Pensó, como muchas veces antes: *Esto tiene su propia belleza extraña.*

Durante muchos años había tenido un mismo sueño. Cuando llegara a la mayoría de edad, abandonaría Darkover, obtendría un pasaje en una de aquellas

naves interestelares terranas y se iría a viajar por las estrellas, entre soles extraños y mundos increíblemente diversos. Abandonaría todo aquello que odiaba de su vida: su in-comodísima posición como Heredero de una antigua familia, y una Regencia que era un anacronismo cada vez mayor con cada año que transcurría; la continua presión para que se casara, aun siendo tan joven, y diera herederos para el legado de los Hastur: el desconocido potencial del *laran,* la capacidad psíquica congénita transmitida en los huesos, el cerebro y los genes. Abandonaría el gobierno de los Dominios en conflicto, cada uno de los cuales luchaba por algo diferente en el siempre cambiante mundo que era el Darkover moderno. Regís tenía dieciocho años; legalmente, era mayor de edad desde hacía tres, y había jurado lealtad hacia Hastur. Ahora sabía que nunca realizaría su sueño.

No hubiera sido el primer Comyn en abandonar Darkover para viajar al Imperio. La aventura, el atractivo de una sociedad extraña y de un universo vasto y complejo, habían atraído a más de un darkovano, incluso de la nobleza, hacia el Imperio.

El Dominio Ridenow, pensó. *Ellos no ocultan su convicción de que Darkover debería ponerse del lado del Imperio, convertirse en parte de este mundo moderno. Lerrys Ridenow ha viajado mucho por el Imperio, y sin duda esta temporada, en el Concejo, volverá a cantar sus glorias. Kennard Alton fue educado en Terra, y allí está ahora con su hijo Lew.* Y entonces Regís se preguntó cómo le iría a Lew, allí en aquel universo desconocido.

Si pudiera librarme del peso de la herencia de Hastur, yo también me marcharía y no regresaría jamás. Y una vez más le invadió la tentación, tal como lo había planeado cuando era un niño rebelde en su primer año en los Cadetes de la Guardia -el período de aprendizaje obligatorio por el que debían pasar los hijos del Comyn. Él y su amigo Danilo lo habían tramado juntos: ambos se embarcarían en una de las naves terranas, encontrarían allí un lugar propio... se perderían en las inmensidades de mil mundos desconocidos. Regis sonrió con nostalgia. Sabía que había sido un sueño infantil. Para bien o para mal, era el Heredero de Hastur, y el destino de Darkover era parte de su vida, una parte tan íntima como su cuerpo o su cerebro. Danilo era Heredero de Ardáis, adoptado por Lord Dyan, que no tenía hijos, y era preparado para aquella alta posición tal como lo era Regis para la suya. El año pasado había sido su tercer año juntos en los cadetes: oficiales subalternos que habían aprendido a gobernar y a gobernarse. Había sido una época apacible, pero ya había acabado. Regís había pasado el invierno en la ciudad de Thendara, asistiendo a las sesiones de las *cortes,* tratando con los magistrados, con los enviados diplomáticos de otros Dominios y de las Ciudades Secas establecidas más allá de los Dominios, con los representantes terranos y del Imperio. Había aprendido, en resumen, a ocupar el lugar de su abuelo como representante de los Dominios.

Danilo sólo había hecho un par de fugaces visitas a la ciudad desde la Noche del festival, cuando había terminado la temporada de sesión del Concejo; había tenido que regresar al castillo Ardáis con Dyan para aprender el gobierno del Dominio que, de morir sin hijos, sería suyo. Regís se había enterado de que después Danilo había sido llamado a Syrtis debido a la grave enfermedad de su propio padre.

¿Por qué pienso en Danilo ahora, tan de repente?, y entonces lo supo: no era un telépata poderoso, pero el vínculo entre Danilo y él era fuerte. Dio con brusquedad la espalda al espectáculo de la ciudad y del puerto espacial que se extendían a sus pies, y echó las cortinas al tiempo que entraba.

Es un sueño infantil, eso de quedarse aquí imaginando las estrellas. Éste es mi mundo. Entró en el vestíbulo de las habitaciones de Hastur justo en el momento en que un criado llegaba en su busca.

-*Dom* Danilo Syrtis, Heredero y Custodio de Ardáis -anunció, y Danilo entró en la habitación, un joven esbelto y apuesto, de pelo y ojos oscuros. Regís se acercó a él para darle un formal abrazo de pariente, pero al ver de reojo que el criado

abandonaba la habitación, ambos transformaron el saludo formal en un caluroso abrazo.

- ¡Dani! ¡Estoy tan contento de verte! ¡No te imaginas lo aburrida que es la ciudad durante el invierno!

Danilo se rió y miró a Regís con afecto. Ahora era un poco más alto que su amigo.

-Yo la hubiera elegido. Te juro que el clima de Ardáis tiene mucho en común con el del infierno más frío de Zandru. ¡No creo que Lord Dyan pasara más frío en el monasterio de Nevarsin!

- ¿Sigue Dyan en Nevarsin?

-No, se marchó a principios del invierno pasado. Estuvimos juntos en Ardáis todo el invierno. Me enseñó muchas cosas que creía que debía saber como Regente del Dominio. Después viajamos hacia el sur, hacia Thendara, los dos juntos... Es raro, nunca pensé que me agradaría su compañía, y sin embargo se ha tomado muchas molestias para que me educaran de acuerdo con la posición que tendré que ocupar.

-Eso lo haría por el honor de su propia casa -dijo secamente Regís.

-Sin embargo, cuando mi padre murió, fue la amabilidad misma.

-Tampoco eso me sorprende -dijo Regís-. Eres apuesto, Dani, y Lord Dyan siempre ha tenido buen ojo para distinguir la belleza de un muchacho.

Danilo se rió. Los dos podían reírse de eso, ahora, aunque tres años atrás, no había sido tema de risa.

-Oh, ahora soy demasiado viejo para Dyan, prefiere a los muchachos todavía imberbes, y como puedes ver... -Con dedos nerviosos se retorció el pequeño bigote oscuro que coronaba su labio superior.

- ¡Pues, me maravilla entonces que no te hayas dejado crecer la barba!

-No -dijo Danilo, con extraña y tranquila persistencia-. Ahora conozco mejor a Dyan. Y te doy mi palabra que ni una sola vez ha hecho algún gesto o me ha dicho una palabra impropia entre un padre y un hijo. Cuando mi propio padre murió, le rindió todos los honores. Dijo que era un placer honrar a alguien que lo había merecido. Eso le compensaba, tal vez, de los honores que había tenido que rendir a parientes que no lo merecían. -El viejo Lord Ardáis había muerto hacía tres años, demente y senil tras una larga vida disoluta.

-Una vez, Dyan me dijo algo parecido -asintió Regís-. Pero basta de eso; me alegra que estés aquí, *bredu.* ¿Este año ocuparás un lugar en el Concejo entre los Ardáis, me imagino?

-Eso dice Dyan -respondió Danilo-. Pero el Concejo no empezará hasta mañana, y esta noche... Bien, no he estado en Thendara desde hace años.

-Rara vez ando por las calles -dijo Regís, con tanta suavidad que su comentario ni siquiera reveló amargura-. No puedo caminar ni unos metros sin que me siga una multitud...

Danilo estuvo a punto de soltar una respuesta irrespetuosa, se interrumpió, y la vieja comprensión empezó a entrelazarles una vez más, un contacto más íntimo que el de las palabras, el contacto telepático del *laran,* del juramento de hermandad y más aún.

Bueno, eres el Heredero de Hastur, Regís; eso esparte de la carga que implica ser quien eres. Yo te aliviaría si pudiera, pero ningún ser vivo puede hacerlo. Y además, tú mismo no lo permitirías.

Tu comprensión me alivia, y ahora que estás aquí, ya no me siento completamente solo...

No era necesario pronunciar las palabras. Al cabo de un rato, Danilo dijo con levedad:

-Hay una taberna a la que van los oficiales de la Guardia. Al menos ellos están acostumbrados al Comyn y no creen que somos todos monstruos sobrenaturales, ni

que caminamos sin rozar el suelo como algunos héroes de las viejas leyendas. Podríamos ir a tomar algo allí sin que todo el mundo nos mire.

La Guardia del Castillo de Thendara almenas sabe que somos humanos, con todos los errores y los defectos

Humanos, y a veces con algunos más. Regís no estuvo seguro de si la idea había sido suya o si la había captado de la mente de Danilo. Descendieron por el gran laberinto del Castillo Comyn, y salieron a las calles abarrotadas de la primera noche del Festival.

-A veces, durante el Festival, vengo aquí enmascarado -dijo Regis.

Danilo esbozó una sonrisa.

- ¿Cómo...? ¿Y privas a todas las muchachas de la ciudad del goce de un amor sin esperanzas?

Regis hizo un gesto de nerviosismo, el gesto de un esgrimidor que reconoce haber sido tocado. Danilo vio que había golpeado demasiado cerca del nervio, pero no empeoró las cosas ofreciendo una disculpa. De todos modos, Regis captó la idea: *El Regente ha vuelto a presionar-lo para que se case. ¡Maldito viejo tirano! Al menos mi padre adoptivo comprende por qué yo no lo hago.* Danilo consiguió entonces aislar sus pensamientos; entraron en la taberna próxima a las puertas de la Sala de Guardia.

La sala principal estaba colmada de jóvenes cadetes. Algunos muchachos saludaron a Regis, y éste tuvo que dirigirles algunas palabras, pero finalmente lograron llegar al salón trasero, más tranquilo, donde bebían los oficiales de mayor edad. La sala estaba sumida en la penumbra a pesar de la hora. Algunos de los hombres saludaron con cordialidad a Regis y a su acompañante, pero inmediatamente volvieron a sus asuntos, no como un gesto poco amistoso sino como una manera de darle al Heredero de Hastur la única intimidad y anonimato de que podía gozar. A diferencia de los muchachos de la sala principal, que disfrutaban al saber que incluso el poderoso señor de Hastur estaba obligado, por ley y por costumbre, a devolverles el saludo y reconocer sus existencias, aquellos oficiales sabían algo más de la carga que llevaba Regis, y estaban dispuestos a dejarle tranquilo si así lo deseaba.

El tabernero, que también le conocía, le trajo su vino de siempre sin preguntarle.

- ¿Qué quieres tomar, Dani?

Danilo se encogió de hombros.

-Lo que sea que hayan traído.

Regís empezó a protestar, después se rió y sirvió el vino. De todos modos, la bebida era tan sólo una excusa. Alzó su tosco jarro, tomó un sorbo y dijo:

-Ahora cuéntame todo lo que ha pasado mientras no estabas. Lamento lo de tu padre, Dani. Sentía afecto por él y esperaba traerlo a la corte algún día. ¿Estuviste todo ese tiempo en los Hellers?

Pasaron las horas mientras conversaban, con el vino casi olvidado sobre la mesa. Finalmente, oyeron el redoble de tambores que anunciaba la «Primera Guardia» procedente de la Sala de Guardia. Regís se sobresaltó y empezó a incorporarse. Luego se rió, recordando que ya no estaba obligado a acudir a ella. Volvió a sentarse.

- ¡Te has convertido en un verdadero soldado! -se burló Danilo.

-Me gustaba -dijo Regís al cabo de un momento-. Siempre sabía exactamente qué se esperaba de mí, quién lo esperaba, y qué hacer al respecto. Si hubiera habido guerra, las cosas habrían sido diferentes. Pero los problemas más graves que se me plantearon fueron disolver tumultos callejeros, escoltar a borrachos hasta el calabozo si se ponían molestos, investigar el robo de alguna casa, o hacer que su dueño encadenara a un perro agresivo. El año pasado hubo un tumulto en la plaza del mercado... No, no, esto es divertido, Dani: la esposa de un ganadero le había dejado, dijo... ¡porque le había encontrado en su propia cama con su propia prima! De modo que fue al puesto del hombre y ¡soltó en estampida a los animales que él había traído

para vender! Por todas partes quedaron puestos destrozados y cosas rotas. Aquel día, yo era el oficial de turno. ¡Así que me tocó a

mí! ¡Uno de los cadetes protestó y dijo que se había marchado de su casa para no tener que perseguir al ganado todo el día! Bien, al final los reunimos a todos y tuve que atestiguar ante la magistratura de la ciudad. Las *cortes* impusieron a la mujer una multa de doce *reís* por los daños causados por los animales... ¡y el marido tuvo que pagar la multa! El hombre protestó, alegando que él había sido la víctima, y que su esposa era quien había soltado los animales, y la magistrada, que era una Renunciante, le dijo que así aprendería a mantener sus asuntos sentimentales en la intimidad, decentemente, ¡ de manera que no se sintiera injuriada ni humillada su esposa!

Danilo se rió, más por la diversión nostálgica que veía en el rostro de Regís que por el relato. En la otra sala, los cadetes se daban empujones y discutían mientras pagaban sus cuentas y regresaban a los cuarteles.

- ¿No era ése uno de los hijos de tu hermana, allí entre los cadetes? Deben ser ya mayores.

-Este año todavía no -dijo Regis-. Rafael sólo tiene doce años, y el joven Gabriel once. Supongo que Rafael ya tiene la edad justa, pero como su padre es el Comandante de la Guardia, me imagino que le pareció que todavía era demasiado pronto. O se lo parecería a mi hermana, que viene a ser lo mismo.

Danilo pareció sorprendido.

- ¿Gabriel Lanart-Hastur es el Comandante de la Guardia? ¿Cómo puede ser eso? ¿No ha regresado Kennard Alton?

-No ha habido ninguna noticia de él, ni siquiera si está vivo o muerto, dice mi abuelo.

-Pero la comandancia de la Guardia del castillo es un cargo de los Alton -protestó Danilo-. ¿Cómo ha llegado a manos de los Hastur?

-Gabriel es uno de los parientes más cercanos de los Alton de Armida. Con Kennard y su Heredero fuera del planeta, ¿qué otra cosa se podía hacer?

-Pero seguro que habrá algún Alton más cercano que tu cuñado -insistió Danilo-. El otro hijo de Kennard, Marius, debe tener ahora quince o dieciséis años.

-Aun cuando fuera reconocido como Heredero de Alton -dijo Regis-, no sería lo bastante mayor para mandar la Guardia Y el hermano mayor de Kennard tuvo un hijo, al que encontraron en Terra. Pero es técnico jefe en la Torre de Arilinn, ¡y sabe tanto de mandar soldados como yo de puntos de bordado! De todos modos, su educación terrana es un punto en contra; no le perjudica en Arilinn, ¡pero ellos no le quieren aquí en Thendara, donde les recordaría que hay terranos en el centro mismo del Concejo del Comyn! -Su voz sonaba amarga-. Después de todo, lograron librarse de Lew Alton, y el año pasado, el Concejo se negó de nuevo a concederle a Marius los derechos (y los deberes) de un hijo del Comyn. Mi abuelo me dijo... -una sonrisa se esbozó en sus labios- que habían cometido un error con Lew y que no pensaban volver a cometerlo. Sangre terrana, sangre mala, traición.

-Lew se merece algo mejor -dijo Danilo con suavidad-. Y si no lo merece, Kennard al menos es inocente de cualquier traición, y debería ser consultado.

- ¿Crees que yo no lo dije? Soy lo bastante crecido para ocupar un lugar en el Concejo y escuchar a mis mayores, Dani, ¿pero crees que me escuchan a mí cuando hablo? Mi abuelo dijo que sabía que Lew y yo habíamos sido *bredin* cuando éramos niños, insinuando que eso perturbaría mi juicio. Si Kennard estuviera aquí, ellos le consultarían y sí le escucharían. Casi todos lo hacen. Pero no están descuidando a Marius, a pesar de que no le han concedido el status de Alton de Armida. Nombraron a Gabriel su Guardián, y le han enviado al Cuartel General Terrano para que reciba una buena educación terrana. Está mejor educado que tú o que yo, Dani, y lo que ha aprendido allí probablemente tenga

Más sentido en esta época del Imperio que esto. -Señaló la taberna y a los Guardias que portaban espadas. Regis estaba completamente de acuerdo con el Pacto darkovano, que prohibía el uso de armas que excedieran el alcance del brazo del hombre que las portara, insistiendo en que el hombre que mataba también debía correr el riesgo de resultar muerto. Sin embargo, las espadas no eran solamente armas, sino también símbolos de un modo de vida que no parecía tener demasiado sentido ante la presencia de un Imperio Interestelar. Danilo siguió sus pensamientos, pero sacudió la cabeza con obstinación.

-No estoy de acuerdo contigo, Regís. Marius merece del Concejo algo mejor que una educación terrana. Creo que Kennard no tenía que haberse ido del planeta, y menos aún quedarse tanto tiempo fuera. Hastur debería llamarle de inmediato, a no ser que a tu abuelo le encante la idea de que otro Dominio más pase a manos de los Hastur. Por lo que parece, ya se han apoderado del Dominio de Elhalyn. Si no, ¿por qué no ha sido Derik coronado todavía, con dieciocho años que tiene?

Regis hizo una mueca.

-No conoces a nuestro príncipe. Tendrá dieciocho años, pero es una criatura de diez, o como si lo fuera. Mi abuelo está deseando librarse de la carga de la Regencia de Thendara.

Danilo alzó una ceja con escepticismo pero no dijo nada. Regis repitió:

-Derik todavía no está preparado para gobernar. El Concejo ha retrasado su coronación hasta que cumpla veinticinco años. Hay precedentes de eso, y si Derik es simplemente lento para llegar a la madurez y a la sabiduría... Bien, eso le dará tiempo. Si no... bueno, ya haremos volar ese halcón cuando le crezcan las plumas.

- ¿Y qué pasa si Derik, según Hastur, no está nunca preparado para gobernar? -preguntó Danilo-. Hubo una época en la que los Hastur gobernaban todos los Dominios, y la rebelión contra su tiranía dispersó los Dominios en cien reinos pequeños.

-Y los Hastur fueron quienes volvieron a unirlos, en los días del rey Carolin -dijo Regís-. Yo también he leído historia. En nombre de Aldones, Dani, ¿crees que mi abuelo está anhelando ser rey de todo este país? ¿O acaso te *parezco* yo un tirano?

-Por supuesto que no -contestó Danilo-. Pero en principio, cada uno de los Dominios debería ser fuerte... e independiente. Si Lord Hastur no puede coronar a Derik, y por lo poco que he visto, mucho aspecto de rey no tiene, debería buscar en otra parte un Heredero de Elhalyn. Perdóname, Regís, pero no me gusta ver tanto poder en manos de los Hastur: primero la Regencia que controla al Heredero de la Corona, ahora también los Alton bajo el dominio de Hastur. Y el dominio Alton conlleva la comandancia de la Guardia. ¿Cuál será el próximo paso de Hastur? Lady Callina de Vale-ron es soltera. ¿Acaso te casará con ella para que también el dominio Aillard pertenezca a los Hastur?

-Soy lo bastante mayor para que se me consulte acerca de mi matrimonio -dijo Regis secamente-. Y te aseguro que si tiene un plan así, no me lo ha comentado. ¿Crees que mi abuelo es la araña que ha tejido semejante telaraña?

-Regis, no intento provocar una disputa entre nosotros. -Danilo alzó la jarra de vino. Regis negó con la cabeza, pero Danilo sirvió de todos modos, se llevó el tosco jarro a los labios, pero lo dejó sin probarlo-. Sé que tu abuelo es un buen hombre, y en cuanto a ti... bien, sabes muy bien lo que pienso, *bredhyu.* -Usó la inflexión íntima, y Regis sonrió, pero Danilo prosiguió con vehemencia-. Todo esto sienta un precedente peligroso. Después de ti, pueden reinar otros Hastur que verdaderamente no estén a la altura de tanto poder. Po-

dría llegar el día en que todos los Dominios fueran vasallos de Hastur.

- ¡Por los infiernos de Zandru, Dani! -soltó Regís con impaciencia-. ¿De veras crees que Darkover seguirá siendo independiente del Imperio durante tanto tiempo, o que el Comyn seguirá gobernando cuando llegue ese momento? Creo que de todos nosotros, Marius será el único en estar adecuadamente preparado para seguir la dirección que tome Darkover.

-Ese día llegará -dijo Danilo con suavidad-, por encima de los cadáveres del Dominio de Ardáis.

-Sin duda, ese día habrá también cadáveres de los Hastur, pero llegará a pesar de todo. Escucha, Dani -prosiguió con tono urgente-, ¿de verdad comprendes la situación? Unas pocas generaciones atrás, cuando los terranos vinieron aquí, fue porque resultó que estábamos en el lugar equivocado en el momento adecuado: un planeta situado entre el brazo superior e inferior de la espiral galáctica, justo en el lugar en el que necesitaban establecer un puerto espacial como cruce de caminos y punto de tránsito del tráfico del Imperio. Hubiesen preferido un planeta deshabitado, y estoy seguro de que discutieron la posibilidad de convertirnos en eso. Pero después descubrieron que éramos una colonia terrana perdida...

-Y que San Valentín de las Nieves está enterrado en Nevarsin -exclamó Danilo, exasperado-. ¡Ya oí todo eso cuando estuvimos prisioneros en Aldaran hace tres años, Regís!

-No, escucha... Los terranos nos encontraron hablando unos lenguajes que ya no existían en Terra, pero éramos un mundo primitivo, que había perdido su tecnología, o eso creyeron. Nos dieron status de Mundo Cerrado, para que no nos perturbaran las alteraciones sociales demasiado rápidas. Hacen eso con todas las sociedades primitivas, para que puedan evolucionar a su

propio ritmo. Después descubrieron que, después de todo, no éramos un planeta primitivo, y descubrieron nuestro *laran,* nuestra tecnología de matrices. Descubrieron que los enlaces de mentes de los círculos de la Torre podían extraer metales, impulsar aeronaves, y todo lo demás. Bien, quisieron tener la tecnología de matrices, y lo intentaron todo para conseguirla.

-Regís, todo eso, ya lo sé, pero...

- ¿Quieres escuchar? Tú sabes tan bien como yo que algunos darkovanos deseaban, y todavía desean, las ventajas de la tecnología terrana, un lugar en el Imperio, que Darkover tenga status de colonia con fuerza política, representación en el Senado del Imperio, todas esas cosas. Otros, especialmente en el Comyn, sentían que la ciudadanía del Imperio destruiría nuestro mundo y a nuestro pueblo. Que nos convertiríamos en una colonia igual a docenas de otras, dependientes del comercio terrano, de los metales y lujos extraplanetarios, de los turistas. .. Hasta ahora se han salido con la suya. Ya veo que tendrán que haber cambios en Darkover. Pero yo quiero que se produzcan a un ritmo que podamos asimilar.

-Y yo no quiero que se produzcan en absoluto -dijo Danilo.

- ¿Y quién sí? Pero los terranos están aquí, nos guste o no. ¡Y no permitiré que se me acuse de querer que nuestro pueblo siga siendo primitivo, bárbaro, para que mi familia y yo podamos conservar nuestro poder supersticioso sobre él!

Había hablado con más vigor de lo que deseaba, olvidándose del lugar en que estaban. Una voz lánguida dijo:

- ¡Bravo! ¡El Heredero de Hastur se ha hecho mayor y ha aprendido que los terranos son una realidad y no una banda de cocos que asustan a los niñitos!

Regís se sobresaltó. Había olvidado que no estaban solos. Se volvió y vio a un hombre alto y delgado, de

pelo rubio, con la marca del Comyn en sus facciones angulosas, elegantemente ataviado con lujosas ropas darkovanas, pero con ricas pieles extrañas adornando su capa. Regís inclinó la cabeza, con el rostro contraído en una rígida expresión de cortesía.

-Primo -saludó-, no te había visto, Lerrys.

-Ni yo a ti, *Dom* Regis -dijo Lerrys Ridenow-, pero cuando gritas tan fuerte que incluso los terranos podrían oírte desde su Cuartel General en la otra punta de la ciudad, ¿cómo puedo fingir no haberte oído? Me alegra saber que comprendes la situación. Espero que esto signifique que habrá otro defensor de la cordura en el

Concejo este año, ¡y que los Ridenow no seguirán haciendo frente solos a ese chismoso cónclave de solteronas de ambos sexos!

-Por favor -dijo Regis con rigidez-, no creas que estoy totalmente de acuerdo contigo, *Dom* Lerrys. No me gusta pensar en los tumultos sociales que se producirían si simplemente nos convirtiéramos en otra colonia terrana...

-Pero somos otra colonia terrana-dijo Lerrys-. Y cuanto antes lo reconozcamos, mejor. ¿Tumultos sociales? ¡Bah! Nuestro pueblo desea las cosas buenas que les dará la ciudadanía terrana, y aceptarían el resto cuando tuvieran que enfrentarse al hecho consumado. Lo que ocurre es que no tienen suficiente educación para saber lo que quieren, y los Hastur y los demás dignos señores del Comyn ¡se han asegurado de que no la tuvieran! -Se incorporó a medias-. ¿Vamos a tener que gritarnos esto de una mesa a otra? ¿No quieres unirte a nosotros, primo y también tu amigo? -Usó la inflexión íntima de la palabra, con todas sus connotaciones y Regis, molesto, miró a Danilo, casi deseando que éste se negara. Pero no había ningún motivo razonable para una negativa. Lerrys era Comyn y pariente. No había razones para mostrar disgusto.

Sólo, tal vez, que tenemos más cosas en común que las que me gustaría. Él hace alarde de aquello que yo, por mi abuelo, debo mantener discretamente oculto. Tal vez le envidio por ser hijo menor de una casa poco importante del Comyn, por no estar siempre expuesto a la mirada pública. Lo que hace no se convierte de inmediato en propiedad pública, ni en objeto de chismorreo o de censura.

Tomaron asiento a la mesa de Lerrys y aceptaron otra ronda de copas que ninguno de los dos deseaba. Después de un par de rondas más, pensó, daría alguna excusa y Danilo y él se irían a comer a alguna parte; la Primera Guardia había sonado hacía rato. Pronto se oiría la llamada de la Guardia Nocturna desde la Sala de Guardia, y él podría decir que tenía algún compromiso en otra parte. Los lugares que él elegía para cenar eran demasiado vulgares para Lerrys y sus elegantes acompañantes; aunque la mayoría eran darkovanos, veía que usaban elaboradas ropas terranas, no el uniforme funcional de los puertos espaciales sino prendas brillantes y coloridas procedentes de todos los rincones del Imperio.

Lerrys sirvió el vino que había pedido y prosiguió la conversación interrumpida.

-Después de todo, somos terranos; merecemos todos los privilegios de nuestra herencia. Todo el mundo, en los Dominios, podría beneficiarse con la medicina y la ciencia terrana... ¡eso sin mencionar la educación! Casualmente sé que tú sabes leer y escribir, Regis, pero debes admitir que eres una feliz excepción. *¿Cuántos* pueden, incluso entre los cadetes, hacer algo más que garrapatear sus nombres y deletrear el manual de armas?

-Creo que tienen educación suficiente para lo que tienen que hacer en el mundo -dijo Regis-. ¿Para qué iban a sobrecargarse de tonterías inútiles, que es lo que resulta ser casi toda la materia escrita? Ya hay suficientes eruditos inútiles en el mundo... y en el Imperio, sea dicho de paso.

-Y si no son educados -subrayó Lerrys con una sonrisa sardónica-, será más sencillo mantenerlos supersticiosamente sometidos al Comyn, con cuentos fabulosos acerca del dominio concedido por los Dioses a los Hastur, parientes de los Dioses...

-Sin duda estoy de acuerdo contigo: no hay excusas para esa clase de esclavitud mental -concedió Regis-. Si escuchaste lo que decía antes, entenderás qué estaba protestando contra esa clase de tiranía. Pero no puedes decir que somos terranos y nada más.

Extendió el brazo y tomó la mano de Lerrys en la suya, poniendo ambas palmas juntas, contando los seis dedos; después rozó la pequeña bolsa de cuero que pendía de su cuello, donde descansaba la piedra matriz; un calorcito, un pulso...

-Los poderes del Comyn son reales.

-Oh... el *laran.* -Lerrys se encogió de hombros-. Incluso algunos de los terranos que llegan aquí lo desarrollan; eso también forma parte de nuestra herencia terrana, y también podemos enseñarles algo de eso. ¿Por qué habría de estar limitado al Comyn? A cambio tendremos sus ciencias; conocimiento del control climático, lo que sería una bendición de los Dioses en algunas zonas de los Hellers; tal vez incluso el desierto de las Ciudades Secas podría emplearse para la agricultura, y algunas de las infranqueables montañas que se hallan más allá de la Muralla Alrededor del Mundo podrían ponerse en contacto con los Dominios; astronomía, viajes interestelares... y, a cambio, el *laran* y el conocimiento en toda la galaxia.

-Podría ser peligroso, demasiado peligroso que ese saber se difundiera indiscriminadamente por todo el Imperio -dijo uno de los compañeros de Lerrys

con expresión dudosa-. ¿Estabas cuando Caer Donn ardió, Lerrys?

-Yo estuve -dijo Regis. Miró al joven desconocido con detenimiento-. Te conozco... Rakhal... Rafe...

-Rakhal Darriel-Scott, *z 'par servu* -aclaró el joven-. En la Zona Terrana me llaman Rafe Scott. Entonces vi lo que puede hacer un *laran* descontrolado... ¡y espero no volverlo a ver!

-No hay nada que temer -dijo Lerrys-. La matriz de Sharra fue destruida. Por lo que sabemos, era la única matriz de las Eras del Caos que quedaba en nuestro mundo. Además, si existen esas cosas deberíamos aprender a controlarlas y a utilizarlas, en vez de ocultarnos como pájaros *banshees* a la luz del sol, y hacer ver que no existen. Créeme, los terranos desean tan poco como tú ver un *laran* fuera de control de esa manera.

-Y, pase lo que pase, siempre existirán los que pueden usar el *laran y* los que no -comentó otro joven.

También él resultaba familiar. Regis pensó que probablemente era algún pariente de Rafe Scott. No le apetecía en absoluto recordar la época del Castillo Aldaran, el espantoso momento en que Sharra había rugido y devastado las colinas a través del río. Él y Danilo, huyendo de Aldaran, habían estado a punto de morir en aquellas colinas.

-Sin embargo, somos terranos -dijo Lerrys-, y el Imperio es nuestra herencia, por derecho, no por privilegio. No deberíamos tener que solicitar la ciudadanía ni los beneficios del Imperio. Nos dieron status de Mundo Cerrado, pero es hora de rectificar ese error. Pero antes ¡debemos reconocer que el Imperio Terrano es nuestro verdadero gobierno, y no los pájaros gordos locales, ni nuestra aristocracia! Comprendo que tú, Regis, deseas conservar tu parcela de poder, ¡pero escúchame! Ante un Imperio que abarca mil mundos, ¿qué importa lo que el vulgo piense de nuestros nobles? En tanto esto sea un Mundo Cerrado, los aristócratas locales podrán conservar su poder personal y sus privilegios. Pero una vez que reconozcamos que formamos parte del Imperio Terrano, no que deseamos convertirnos en parte del Imperio, sino que ya lo somos, y estamos por lo tanto sometidos a sus leyes, entonces todos los ciudadanos de Darkover podrán reclamar sus privilegios, y...

-Tal vez muchos no lo consideran un privilegio... -empezó Danilo acaloradamente, y Lerrys se mofó:

- ¿Acaso importa lo que piense esa gente? O es que al negarles ese privilegio, lo que estás haciendo es exigir el tuyo, Lord Danilo, como Custodio de Ardáis.

Pero antes de que Danilo pudiera contestar, hubo una conmoción en la sala principal, y Dyan Ardáis entró a zancadas en el salón trasero, donde estaban sentados algunos oficiales y los Comyn. Se fue directo a la mesa.

-Saludos, parientes. -Hizo una leve inclinación. Danilo, tal como correspondía a un hijo adoptivo en presencia del Jefe de su Dominio, se puso en pie y se quedó esperando reconocimiento u órdenes.

Dyan era alto y delgado, un darkovano montañés de los Hellers, de facciones aquilinas, y ojos de color gris, acerados, casi incoloros, casi metálicos. Desde que Regis le conoció, Dyan llevaba ropa negra lisa siempre que no iba de uniforme o ataviado con los colores ceremoniales de su Dominio: eso le daba un aspecto de helada austeridad. Al igual que el de muchos montañeses, su pelo no era del verdadero rojo del Comyn, sino grueso, rizado y oscuro.

-Danilo -dijo-. Te he estado buscando. Debería haberme imaginado que te encontraría aquí, y a Regis contigo, por supuesto.

Regis sintió el pequeño destello irónico del contacto telepático, reconocimiento, una conciencia íntima y

molesta, como si *el* hombre se hubiera tomado en público una libertad algo indecorosa, o le hubiera revuelto el pelo como si fuese una criatura de ocho años; nada lo bastante serio como para objetar sin perder la dignidad. Sabía que a Dyan le encantaba ponerle incómodo y tomarle por sorpresa, pero no sabía por qué. Pero el rostro del señor de Ardáis estaba impasible, indiferente.

- ¿Cenaréis ambos conmigo? -preguntó-. Tengo que decirte algo, Danilo, que afectará tus planes para la sesión del Concejo, y como lo primero que harás después será contárselo a Regís, mejor que os lo diga a ambos simultáneamente para ahorrar tiempo.

-Estoy a tu disposición, señor -dijo Danilo con una ligera reverencia.

- ¿Te unes a nosotros, primo? -preguntó Lerrys, y Dyan se encogió de hombros.

-Una copa, tal vez.

Lerrys se deslizó en el banco para dejarle sitio a Dyan y a su joven acompañante. Regis no conocía al joven, y también Lerrys le echó a Dyan una mirada inquisitiva.

- ¿No os conocéis? Merryl Lindir-Aillard.

Regis pensó que *Dom* Merryl tendría unos veinte años; era esbelto, pelirrojo, pecoso y apuesto, con cara de niño. Con un encogimiento de hombros mental -los amigos y favoritos de Dyan no eran asunto suyo, alabado fuera Aldones- le dirigió una cortés inclinación de cabeza al joven Merryl.

- ¿Eres pariente de *Domna* Callina, *vai dom?* Creo que no nos conocemos.

-Soy su hermanastro, señor -dijo Merryl, y Regis pudo captar, en la mente del joven, como un eco, la pregunta que Merryl era demasiado respetuoso como para formular: *Lord Dyan le llamó Regis, será el nieto del Regente, el Heredero de Hastur, y qué estará haciendo aquí como si fuera una persona común...* Era el barullo mental de siempre, y Regís estaba harto de tener que vivir con él.

-Entonces, ¿participarás este año en el Concejo?

-Tengo ese honor. Debo representarla en el Concejo porque la retienen en Arilinn sus obligaciones de Celadora -dijo, y prosiguió el irritante parloteo telepático: *En cualquier otro Dominio, el sitio en el Concejo sería mío, pero en éste, maldito sea el Concejo, el cargo pasa por línea femenina, y es la condenada perra, de mi hermanastra como todas las mujeres, quien es dueña de todos nosotros...*

Regís hizo un esfuerzo por amurallarse y se aquietó la filtración telepática.

-Entonces -dijo cortésmente-, te doy la bienvenida a Thendara, pariente.

El esbelto joven moreno sentado entre Lerrys y Rafe Scott preguntó tímidamente:

- ¿Eres el hermano de Callina, *Dom* Merryl? Pues entonces también yo debo darte la bienvenida como pariente. Linnell, la hermanastra de Callina, fue criada conmigo en Armida, y la llamo *breda.* Ella me ha hablado de ti, pariente.

-Me temo que no conozco a todos los parientes de *Domna* Callina -replicó Merryl, con tono indiferente y formal. Regis hizo una mueca de disgusto ante el desprecio que había sufrido el muchacho, y de repente supo quién debía ser: el hijo menor de Kennard, Marius, nunca reconocido en el Concejo y educado entre los terranos. Regis no había reconocido a Marius, pero no era sorprendente:

ambos se movían en órbitas diferentes, y no le había visto desde que era niño. Ahora debía tener más de quince años. Parecía indiferente al desaire de Merryl. ¿Estaría tan habituado a los insultos que había aprendido a ignorarlos, o habría aprendido sólo a aparentar que no le importaban? Con cortesía aún mayor, Regis dijo:

-*Dom* Marius, no te había reconocido, primo.

Marius sonrió. Sus ojos eran oscuros, como los de un terrano.

-No te disculpes, Lord Regis, no hay muchos en el Concejo que me reconozcan.

Y de nuevo, Regis oyó la parte oculta: *Ni que lo admitan, si me reconocen.* Lerrys cubrió el silencio incómodo sirviendo vino. Se lo pasó a Dyan con un comentario casual sobre la pésima calidad del vino de esa taberna.

-Pero como Guardia, primo, habrás aprendido a ignorarlo.

-Nadie diría ahora que también tú has llevado un uniforme de la Guardia, Lerrys -replicó Dyan con afabilidad.

-Bien, cumplí con mi parte como hijo del Comyn -comentó Lerrys, con una sonrisa-, igual que todos. Aunque no recuerdo haberte visto entre los cadetes, Merryl.

Merryl Lindir-Aillard contestó con una mueca de disgusto.

-Oh, me vino una fiebre en la época en que debía cumplir el servicio en los cadetes, y mi madre era una mujer tímida, pensó que podría derretirme bajo las lluvias estivales. Y más tarde, cuando mi padre murió, ella dijo que se me necesitaba en casa.

Su voz sonaba amarga; Danilo dijo, con una sonrisa:

-Mi padre también pensaba lo mismo, y era viejo y débil. Me dejó ir de buen grado: Sabía que era por mi bien, pero se alegró de volver a tenerme en casa. No es fácil juzgar en qué lugar uno es más necesario, pariente.

-Creo que todos hemos tenido alguna experiencia de ese tipo -musitó Dyan.

-No te perdiste nada -dijo Lerrys-. Por los infiernos de Zandru, pariente, ¿quién necesita prácticas de esgrima y adiestramiento en el uso del cuchillo hoy en día? Los Cadetes, y te pido disculpas Lord Regís, son actualmente un anacronismo, y cuanto antes lo admitamos, y veamos que son una guardia de honor con disfraz incluido, tanto mejor. Los Guardias hacen de policía en la ciudad, pero deberíamos aprovechar el ofrecimiento que han hecho los terranos de enviar su Fuerza Espacial para que les enseñen las modernas técnicas policiales. Sé que te sientes como si te hubieras perdido lo que cualquier pariente del Comyn debe tener, Merryl, pero yo pasé tres años en los Cadetes y dos más como oficial, y me las hubiera arreglado muy bien sin ir. Mientras te veas apuesto con el uniforme de la Guardia, y mirándote advierto que no tendrías problemas, bien, ya sabes lo único que hace falta para eso. Como te habrá dicho Dyan, no lo dudo.

-No hace falta ser ofensivo, Lerrys -dijo Dyan con rigidez. Pero no me extraña, viniendo de ti, ¡te pasas más tiempo en Vainwal explorando placeres extraños, que aquí en Thendara cumpliendo con tus obligaciones de señor del Comyn! Parece ser la tónica de hoy en día así que no puedo culparte: cuando los Alton descuidan sus obligaciones, ¿qué puede esperarse de un Ridenow?

- ¿Estás celoso? -Preguntó Lerrys-. En Vainwal al menos no debo ocultar mis preferencias, y si los Alton pueden pasarse el tiempo vagando por el Imperio, ¿con qué derecho me criticas?

-No les critico menos a ellos... -empezó Dyan, acalorado.

-Lord Dyan -dijo Marius Alton en tono colérico-, creí que al menos tú eras amigo de mi padre. ¡Lo bastante amigo como para no juzgar sus razones!

Dyan le clavó la mirada en los ojos y dijo con voz cansina:

- ¿Quién diablos eres tú?

-Sabes muy bien quién soy -replicó Marius-,

¡aunque te divierta fingir que no lo sabes! Soy Marius Montray-Lanart de Alton...

-Oh, el hijo de la mujer Montray -dijo Dyan, con la inflexión derogatoria que implicaba mocoso o chiquillo.

Marius exhaló un profundo suspiro y apretó los puños.

-Si Kennard, Lord Alton, me reconoce como su hijo, ¡no me importa que otros no lo hagan!

-Espera un minuto... -empezó Lerrys, pero Merryl Lindir se adelantó:

- ¿Debemos oír esto, incluso aquí en Thendara? ¡No vine aquí para beber con bastardos terranos, ni con espías terranos!

Marius se puso en pie de un salto, furioso.

- ¿Espías terranos? ¡El capitán Scott es mi invitado!

-Como dije, espías terranos y bastardos. ¡No vine aquí para eso!

-No -replicó Marius-, ¡parece que viniste para recibir una lección de buenos modales, y yo estoy dispuesto a dártela! -Apañó la silla de una patada y dio la vuelta a la mesa, cuchillo en mano-. Lección primera: no se critica a los invitados de nadie, y yo estoy aquí como invitado de Lord Lerrys, y el capitán Scott como invitado mío. Lección segunda: nadie viene a Thendara a calumniar el linaje de un hombre. Te disculparás ante el capitán Scott y te retractarás de lo que has dicho de mi padre... ¡y de mi madre! ¡Y también tú, Lord Dyan, pues a ti también te desafío!

Bien por él, pensó Regís, observando al furioso joven que, cuchillo en mano, había adoptado la posición de combate. Merryl parpadeó, después extrajo su cuchillo y retrocedió, haciéndose lugar para moverse.

-Será un placer, bastardo de Alton... -contestó Merryl.

Lerrys trató de acercarse a ellos y puso una mano sobre la muñeca de Marius.

-Espera un minuto...

-No te nietas en esto, señor -masculló Marius con los dientes apretados.

¡Bien, el muchacho tiene coraje! ¡Y es apuesto, además, a su manera! Por los infiernos de Zandru, por qué Kennard no... Durante un breve momento Regís no pudo identificar la procedencia del pensamiento. Luego Dyan dijo en voz alta:

- ¡Suelta el cuchillo, Merryl! ¡Maldición, es una orden! También tú, Marius, muchacho. El Concejo nunca ha reconocido el matrimonio de tu padre, pero no es difícil darse cuenta de que eres su hijo.

Marius vaciló, luego bajó el cuchillo. Merryl Lin-dir-Aillard se burló:

-Maldito seas, tienes miedo de luchar conmigo, entonces, como todos los cobardes terranos: dispuestos a matar a distancia con esas armas de cobardes, y pistolas, pero temerosos del acero desnudo...

Lerrys se interpuso entre ellos.

- ¡Éste no es lugar para una pelea! -dijo-. En nombre de Zandru...

Regís vio que los demás clientes de la taberna habían retrocedido, formando algo así como un círculo de espectadores. *Cuando los parientes se pelean, los enemigos aprovechan para profundizar en la brecha. ¿Acaso les da placer ver las disputas del Comyn?*

- ¡Basta, los dos! ¡Ésta no es una madriguera de bandidos!

-Quietos, los dos -dijo una nueva voz autoritaria, y Gabriel Lanart-Hastur, comandante de la Guardia, se adelantó-. Si queréis luchar, que sea en desafío formal, ¡y nada de estúpidos tumultos aquí! ¿Estáis borrachos? Lerrys, tú eres oficial. ¡Sabes que ningún desafío es válido si ambos contendientes no están sobrios! Marius...

Marius apretó los puños y explicó:

- ¡Insultó a mi padre y a mi madre, pariente! Por el honor del Dominio Alton...

-Deja el honor del Dominio en mis manos hasta que seas mayor, Marius -dijo Gabriel con suavidad.

- ¡Estoy lo bastante sobrio como para poder desafiarle! -Dijo Marius, furioso-, y ahora mismo lo reto a duelo...

-Merryl, condenado tonto... -dijo Dyan con tono urgente, apoyándole una mano sobre el hombro-, esto es serio...

-Maldito sea si lucho honrosamente contra un bastardo terrano -gritó Merryl, furioso, y se volvió hacia Gabriel Lanart-Hastur-. ¡Combatiré contigo, o con todo tu condenado Dominio, si es que consigues que alguno de ellos vuelva a Darkover, que es donde deben estar! Pero tu señor de Alton no es mejor que ninguno de esos bastardos, paseándose por todo el Imperio cuando hace tanta falta en el Concejo...

Gabriel dio un paso adelante, pero hubo un destello de fuego azul y Merryl se fue hacia atrás, tambaleándose. El impacto telepático resonó como un trueno en las mentes de todos los hombres presentes.

¡CONTÉN TU ESTÚPIDA LENGUA, IDIOTA! HACE TIEMPO QUE SOSPECHO QUE *DOMNA* CALLINA ES VERDADERAMENTE EL HOMBRE EN TU CASA, ¿PERO DEBES DEMOSTRARLO EN PÚBLICO DE ESTE MODO? ¿TIENES EL CEREBRO EN EL LUGAR SOBRE EL QUE TE SIENTAS?

Siguió una imagen obscena. Regís vio a Merryl encogerse. También lo sintió en la mente de Danilo. Dani-lo sabía muy bien lo que era sufrir los insultos despiadados de Dyan y su fuerza sádica, hasta que al final Danilo se había derrumbado y había blandido un cuchillo contra Dyan. Regis percibió el dolor de Danilo, y retrocedió un paso, a ciegas, para estar cerca de él. Merryl estaba mortalmente pálido. Por un momento Regís creyó que rompería a llorar, allí, delante de todos.

Entonces Dyan dijo en voz alta, con frialdad:

-Lord Regís, Danilo, creo que tenemos un compromiso para la cena. *Dom* Lerrys, te agradezco la copa. -Hizo una inclinación de cabeza a Regís, les volvió la espalda y se alejó. Regís y Danilo no podían sino seguirle. Merryl todavía sostenía el cuchillo, atontado; lo envainó y siguió los pasos de los jóvenes. Con un rápido vistazo hacia atrás, Regís observó que la tensión se había evaporado. Gabriel hablaba con vehemencia y en voz baja con Marius, pero estaba bien: Regís lo sabía, no había malicia en su cuñado y, después de todo, en ausencia de Kennard, Gabriel era el tutor de Marius.

Una vez fuera, Dyan frunció el ceño y le comentó a Merryl:

-Había pensado pedirte que te unieras a nosotros, quiero que tú y Regís os conozcáis. ¡Pero será mejor que te quedes solo mientras no aprendas a comportarte en la ciudad, muchacho! ¡La primera vez que te llevo en compañía del Comyn, y te metes en una estúpida pelea!

Ni el tono ni las palabras eran distintos de los que hubiera empleado para hablarle a un niño de ocho años que se hubiese lastimado la nariz en una pelea por unas canicas. A pesar de lo inexcusable de la conducta de Merryl, Regis sintió lástima por el joven quien, sonrojado, aceptó la reprimenda de Dyan sin una palabra. Bueno, se la merecía. Merryl tragó saliva con esfuerzo.

- ¿Acaso debía quedarme tan tranquilo y permitir que esos terranos y medio terranos me insultaran, pariente? -dijo usando la palabra en el modo íntimo que podía significar tío, y Dyan no lo rechazó. Extendió la mano y le dio unas palmaditas en la mejilla.

-Creo que tú fuiste quien insultó. Y hay una manera correcta y otra incorrecta de hacer esas cosas, *kiyu.* Ve a pensar en la manera correcta. Te veré más tarde.

Merryl se marchó, pero ya no parecía un cachorro castigado. Regis, intensamente incómodo, siguió a Dyan por la calle. El señor del Comyn se detuvo en el umbral de lo que *parecía,* una taberna pequeña y discreta. Ya dentro, Regis reconoció la clase de lugar que era pero Dyan se encogió de hombros.

-No encontraremos a otros Comyn aquí-dijo-, ¡y puedo vivir perfectamente sin la compañía de algunos como los de hace un rato! -El destello de pensamientos callados: *Si valoras tu intimidad, muchacho, será mejor que te acostumbres a lugares como éste,* era tan indiferente, que Regis podía ignorarlo si así lo prefería.

-Como te parezca, pariente.

-La comida es bastante buena -dijo Dyan-, y he pedido la cena. No es necesario que veas nada más, si prefieres no hacerlo.

Siguió a un mayordomo obsequioso hasta una habitación con tapices carmesí y oro, y hablaron de trivialidades, de la decoración, de la suave música de cuerdas, mientras los jóvenes camareros les servían toda clase de viandas.

-La música es de las montañas. Son un famoso grupo de cuatro hermanos -dijo Dyan-. Les oí tocar cuando todavía estaban en Nevarsin, y les insté a que vinieran a Thendara.

-Una bella voz -musitó Regis, escuchando la límpida voz de tenor del músico más joven.

-La mía era mejor, antaño -dijo Dyan, y Regis, percibiendo la indiferencia de la voz, supo que encubría dolor-. Hay muchas cosas que no sabes de mí, y ésa es una. No he cantado desde que me cambió la voz, aunque cuando pasé una temporada en el monasterio el invierno pasado, canté un poco con el coro. El monasterio es un lugar lleno de paz, aunque yo no soy *cristoforo* ni lo seré jamás: es una religión demasiado estrecha para mí. Espero que algún día lo descubras, Danilo.

-No soy un buen *cristoforo* -repuso Danilo-, pero era la fe de mi padre y será la mía, supongo, mientras no encuentre otra mejor.

Dyan sonrió.

-La religión es un entretenimiento para las mentes ociosas -dijo-, *y* la tuya no es suficientemente ociosa. Pero en la vida pública no es malo que un hombre se adapte un poco a la religión del pueblo, si esa adaptación es superficial y no contamina sus ideas más serias. Yo estoy con los que dicen, incluso en Nevarsin, *No hay religión más elevada que la verdad.* Y eso tampoco es una blasfemia, hijo adoptivo: lo escuché de boca del Hermano Maestro. Pero basta de esto; tenía algo que decirte, Danilo, y pensé ahorrarte la molestia de ir corriendo a decírselo a Regís. En una palabra: soy un hombre impulsivo, como bien sabes. El año pasado viví durante un tiempo en Aillard, y la hermana melliza de Merryl me dio un hijo hace diez días. Estoy aquí para legitimarlo, además de atender otros asuntos del Comyn.

-Congratulaciones, padre adoptivo -dijo Danilo, con corrección.

También Regís pronunció una frase cortés, pero estaba perplejo.

- ¿Estás sorprendido, Regis? A mí sí me sorprende un poco. En general, ni siquiera por diversión suelo ser amante de las mujeres. Pero como dije, soy... un hombre impulsivo. Marilla Lindir no es tonta. Las mujeres Aillard son más inteligentes que los hombres, como bien sé. Creo que le agradó darle un hijo a Ardáis, ya que los hijos de Aillard no tienen oportunidad de heredar ese Dominio. Supongo que sabéis cómo pasan estas cosas, ¿o sois demasiado jóvenes para eso? -preguntó alzando las cejas y con tono malicioso-. Bien, así ocurrió. Cuando descubrí que estaba embarazada, no dije nada. Bien podría haber sido una hija para Aillard y no un hijo para Ardáis, pero me tomé la molestia de hacerla

Monitorizar y me aseguré de que el hijo era mío. No dije nada cuando nos encontramos durante el Solsticio de Invierno, Danilo, porque podía haber tenido un aborto, o el niño podía haber nacido muerto o malformado; los Lindir tienen sangre Elhalyn. Pero es sano y está bien.

-Congratulaciones una vez más, entonces.

-No creas que esto hará cambiar las cosas para ti -dijo Dyan-. La vida de los niños es... incierta. Si sufriera alguna desgracia antes de ser adulto, nada cambiaría. Y si yo muriera antes que él llegara a ser adulto, espero que para entonces te hayas

casado y seas su Regente. Aún así, cuando el niño abandone los cuidados de su madre, yo no soy hombre para criarlo, ni a mi edad me interesaría hacerme cargo de él; preferiría que lo criaras tú. Muy pronto me dedicaré a buscarte un matrimonio adecuado... Linnell Lindir-Aillard está prometida al príncipe Derik, pero hay otras Lindir, y también está Diotima Ridenow, que tiene ahora quince o dieciséis años y... Bien, hay tiempo para decidirlo. Supongo que no tienes mucha prisa por casarte -añadió con ironía.

-Sabes muy bien que no, padre adoptivo.

Dyan se encogió de hombros.

-Entonces cualquier joven servirá, ya que te he ahorrado el trabajo de tener que darle un heredero a Ardáis. Podemos elegir alguna que sea afectuosa, que esté contenta de ocuparse de tu casa y de tu propiedad -dijo-. Una ficción legal, si lo deseas. -Miró a Regís y añadió-: Y ya que hablamos del tema, también debo felicitarte a ti. Tu abuelo me contó lo de la chica Di Asturien y de tu hijo; nacerá un día de estos, ¿no es cierto? ¿Hay matrimonio a la vista?

La consternación y la furia invadieron a Regís. Su intención había sido decírselo a Danilo en el momento adecuado.

-No tengo intenciones de casarme en este momento, pariente -dijo con rigidez-. Igual que tú.

Los ojos de Dyan centellearon de malicia y también de regocijo.

- ¿Qué pasa? ¿He metido la pata? -dijo-. Entonces te dejaré para que hagas las paces con mi hijo adoptivo, Regís.

Se puso en pie y les hizo una reverencia con gran cortesía.

-Os ruego que pidáis cuanto os apetezca, vino o comida o... diversiones. Esta noche sois mis invitados.

Volvió a saludarles con una reverencia y se marchó, tras ponerse su gran capa orlada en pieles, que aleteaba sobre su brazo como su tuviese vida propia.

Al cabo de un minuto, Danilo habló con un tono de voz opaca.

-No te preocupes, Regís -le dijo-. Envidia nuestra amistad, eso es todo, y nos golpea. Y supongo que se siente tonto. Mira que tener un hijo bastardo a su edad.

-Juro que te lo iba a decir -dijo Regis con tristeza-. Estaba esperando el momento adecuado. Quería decírtelo antes de que llegaran los rumores.

-Pero Regis, ¿qué tienen que ver conmigo tus asuntos amorosos con mujeres?

-Ya sabes la respuesta -dijo Regis en voz baja y salvaje-. No tengo asuntos amorosos con mujeres. Sabes que este tipo de cosas ocurrirán mientras sea Heredero de Hastur. Los herederos del Comyn somos como los sementales de los Dominios, ¡eso es todo! A Dyan le gusta tan poco como a ti, pero aun así habla de casarte. ¡Y maldito sea si me caso con alguien de su elección, como si fuera un semental! Eso es lo que ha sido, y eso ha sido todo. Crystal di Asturian es una joven muy agradable; he bailado con ella media docena de veces en bailes públicos, me resultó amable y agradable para conversar y... -Se encogió de hombros-. ¿Qué puedo decirte? Ella quería engendrar un hijo de Hastur. No es la única. ¿Tengo que disculparme por lo que debo hacer, o preferirías que no lo disfrutara?

-Claro que no me debes ninguna disculpa -dijo Danilo con voz fría e inexpresiva.

-Dani... -rogó Regís-, ¿vas a permitir que la malicia de Dyan interponga una barrera entre los dos, después de tanto tiempo?

El rostro de Danilo se suavizó.

-Nunca, *bredbyu.* Pero no comprendo. Tú ya tienes un heredero, has adoptado al hijo de tu hermana.

-Y Mikhail sigue siendo mi Heredero -replicó Regís-, pero la herencia de Hastur ha dependido demasiado tiempo de la vida de un solo niño. Mi abuelo no me obligará a casarme mientras tenga hijos para el linaje de Hastur. Y yo no quiero casarme -añadió. Una conciencia de lo no dicho flotó en el aire sobre ellos.

Llegó un camarero. Tras hacer una inclinación, preguntó si los *vai domyn* necesitaban algo más: vino, dulces, jóvenes para divertirse... Ofreció con mucho énfasis esta última posibilidad, y Danilo no pudo evitar un gesto de disgusto.

-No, no, nada más. -Vaciló, miró a Regís-. A menos que tú...

Regís dijo con ironía:

-Sólo soy un libertino con las mujeres, Dani, pero sin duda te he dado motivos para pensar otra cosa.

-Si tenemos que pelearnos -dijo Dani, tragando con dificultad-, ¡al menos hagámoslo al aire libre y no en un lugar como éste!

A Regis le invadió una enorme oleada de amargura. ¡Eso es lo que había conseguido el maldito Dyan!

- ¡Oh, sin duda éste es el lugar adecuado para peleas de amantes de esta clase... y supongo que si el Heredero de Hastur y su favorito deben pelearse, mejor será que lo hagan aquí, y no en el Castillo del Comyn, donde tarde o temprano todos los Dominios se enterarían! -dijo Regís.

Y una vez más sintió: *¿Es una carga más pesada de lo que puedo soportar!*

Vainwal: Imperio Terrano Quinto año de exilio

Dio Ridenow les vio por primera vez en el vestíbulo del lujoso hotel donde se alojaban humanos y humanoides en el mundo de placer de Vainwal. Eran hombres altos, fornidos, pero fue el llameante rojo del pelo del anciano lo que atrajo su mirada: rojo Comyn. Tenía más de cincuenta años y caminaba cojeando: tenía la espalda encorvada, pero era fácil adivinar que había sido un hombre grande y formidable. Detrás de él caminaba un hombre más joven, vestido con ropas sencillas, de pelo y cejas negras, ceñudo, con ojos de color gris acero. De alguna manera, tenía aquel aspecto de deformidad, o de sufrimiento, que Dio había aprendido a asociar con los inválidos permanentes. Sin embargo, no tenía ningún defecto visible, salvo algunas cicatrices zigzagueantes en la mejilla. Las cicatrices le fruncían un extremo de la boca y le daban una cierta sonrisa permanente, y Dio desvió la vista con un sentimiento de revulsión. ¿Por qué andaría un señor del Comyn con una persona así?

Pues era obvio que el hombre era un señor del Comyn. Había pelirrojos en otros mundos del Imperio, y muchos en Terra. Pero había una fuerte marca facial, una semejanza étnica: darkovano, Comyn, inconfundible. Y además, el pelo del hombre, rojo fuego, ahora sal-

picado de gris. Pero ¿qué estaba haciendo aquí? Además, ¿quién era? Era raro encontrar darkovanos fuera de su mundo natal. La muchacha sonrió: le podían haber hecho la misma pregunta a ella, pues era darkovana y estaba lejos del hogar. Sus hermanos venían aquí porque, básicamente, no estaban interesados en las intrigas políticas, pero habían tenido que defender y justificar sus ausencias con frecuencia.

El señor del Comyn cruzó el vestíbulo lentamente, renqueando, pero con una arrogancia que atraía todas las miradas; Dio pensó que caminaba como si le precedieran sus propios gaiteros y como si llevara botas altas y una capa ondulante, no la uniforme e indiferente ropa terrana que vestía.y tras haber identificado sus ropas terranas, Dio supo súbitamente quién era. Sólo un señor del Comyn, que se supiera, se había en realidad casado, *di caleñas y* con toda ceremonia, con una mujer terrana. Había logrado sobrevivir al escándalo, que de todas maneras se había producido antes de que Dio naciera. La misma Dio sólo le había visto un par de veces en toda su vida, pero sabía que era Kennard Lanart-Alton, Lord Armida, el auto-exiliado jefe del Dominio Alton. Y ahora también sabía quién debía ser el más joven, el de la mirada adusta, su mestizo hijo Lewis, que había sufrido heridas horribles en una rebelión acaecida en alguna parte de los Hellers, hacía algunos años. Dio no sentía ningún interés especial por aquellas cosas, y en cualquier caso, por aquel

entonces, ella todavía jugaba con muñecas. Pero la hermana de crianza de Lew, Linnell Aillard, tema una hermana mayor, Callina, que era Celadora en Arilinn; y por Linnell, Dio se había enterado de las heridas de Lew, y de que Kennard le había llevado a Terra con la esperanza de que la ciencia médica terrana pudiera hacer algo por él.

Los dos Comyn se hallaban cerca del ordenador central del mostrador principal del hotel; Kennard estaba dando algunas órdenes concisas referentes a su equipaje a los criados humanos, que eran uno de los detalles de lujo del hotel. La misma Dio que se había criado en Darkover, donde los sirvientes humanos eran lo común, y no los robots; aceptaba esa clase de servicio sin incomodidad. Muchas personas no podían superar la timidez o el desconcierto que sentían al ser atendidos por personas y no por servomecs o robots. La postura de Dio acerca de esas cosas le había dado cierto status ante los demás jóvenes de Vainwal, en su mayoría nuevos ricos del Imperio en expansión que se congregaban en los mundos de placer como Vainwal, y poco conocedores de los refinamientos de la buena vida, incapaces de aceptar los lujos como si se tratara de lo más natural. La sangre, pensó Dio, observando la manera concisa en que Kennard hablaba con los criados, siempre se notaba.

El más joven se volvió; Dio vio que ocultaba una mano en un pliegue de la chaqueta, y que se movía con torpeza. Usaba con dificultad una sola mano para tratar de manejar una parte del equipaje que por lo visto no deseaba que nadie más tocara. Kennard le habló en voz baja, pero Dio pudo percibir el tono de impaciencia de sus palabras, y el joven frunció el ceño, un ceño oscuro y furibundo que hizo estremecerse a Dio. De repente se dio cuenta de que ya no quería verlo más, pero no podía irse de allí sin pasar por donde estaban ellos.

Sintió deseos de bajar la cabeza y fingir que no estaban allí para nada. Después de todo, uno de los deleites de los mundos de placer como Vainwal era ser anónimo, librarse de las restricciones de clase o casta del mundo propio; no les hablaría, les proporcionaría la misma intimidad que deseaba para ella misma.

Pero cuando pasaba junto a ellos, el joven, sin verla, hizo un movimiento torpe y tropezó con Dio. Lo que estaba cargando se le escapó de la mano y cayó al suelo con un sonido metálico; él masculló algunas palabras coléricas y se agachó a recogerlo.

Era un bulto largo, angosto, cuidadosamente envuelto; parecía más que nada un par de espadas de duelo, y sólo aquello podía justificar tanta cautela. Tales espadas solían ser legados preciosos, y no se permitía a nadie más que a su propietario hacerse cargo de ellas. Dio se hizo a un lado, pero el joven intentó torpemente levantar el bulto con una sola mano; lo único que consiguió fue que se deslizara un poco más lejos, sobre el suelo. Sin pensarlo, ella se agachó para recogerlo y entregárselo -estaba justo a sus pies- pero él extendió la mano y se lo arrebató.

- ¡No toques eso! -gritó. Su voz era ronca, áspera, con una cualidad feroz que la asustó. Vio que el brazo que el joven había mantenido oculto terminaba en una manga vacía, cuidadosamente plegada. Ella se quedó mirándole, boquiabierta, mientras él repetía con rudeza-: ¡No toques eso!

¡Ella sólo había querido ayudar!

- ¡Lewis! -La voz de Kennard era aguda y reprobadora; el joven masculló algo parecido a una disculpa, se volvió y alzó en brazos las espadas de duelo, o lo que contuviera aquel paquete intocable, girando sin gracia para ocultar su manga vacía. De repente Dio sintió un estremecimiento, algo profundo que la caló hasta los huesos. Pero ¿por qué debía afectarle tanto? Había visto hombres heridos antes, incluso hombres deformes; sin duda haber perdido una mano no era motivo suficiente para comportarse como lo hacía él, con ese ceño defensivo, con esa negra negativa a mirar a otro ser humano a los ojos.

Dio se alejó con un leve encogimiento de hombros. ¡No tenía por qué malgastar atenciones ni cortesías con aquel tipo sin gracia, que tenía modales tan asquerosos

como su cara! Pero, al volverse, se encontró cara a cara con Kennard.

- ¡Pero si tú eres una mujer de mi país, *vai domna* No sabía que hubiera otros darkovanos en Vainwal.

Ella le hizo una reverencia.

-Soy Diotima Ridenow de Serráis, mi señor, y estoy aquí con mis hermanos Lerrys y Geremy.

- ¿Y Lord Edric?

-El señor de Serráis está en casa, en Darkover, señor, pero nosotros estamos aquí con su venia.

-Creí que estabas destinada a la Torre, Dama Dio.

Ella sacudió la cabeza y se dio cuenta de que se le subían los colores.

-Así se ordenó cuando yo era niña; fui... fui invitada a servir en Neskaya o en Arilinn. Pero yo preferí otra cosa.

-Bien, bien, no todo el mundo lo siente como una vocación -dijo Kennard con afabilidad, y ella contrastó el encanto del padre con el rencoroso silencio del hijo, que allí estaba frunciendo el ceño, sin hablar, sin pronunciar siquiera las más elementales frases de cortesía. ¿Era la sangre terrana lo que le privaba de cualquier rastro del encanto paterno? No, ya que los buenos modales podían aprenderse. Hasta un terrano podía. En nombre de la bendita Cassilda, ¿es que ni siquiera podía mirarla? Sabía que era solamente el tejido de las cicatrices lo que había condenado su boca a esa sonrisa de resentimiento, pero él parecía llevarla incluso en lo más profundo de su alma.

- ¿Así que Lerrys y Geremy están aquí? Recuerdo muy bien a Lerrys, de la Guardia -dijo Kennard-. ¿Están en el hotel?

-Sí, tenemos una habitación en el piso noventa -dijo Dio-, pero están en el anfiteatro, presenciando un concurso de danza ingrávida. Lerrys es un aficionado de ese deporte, y llegó a las semifinales, pero se des-

garro un músculo de la rodilla y los médicos no le permitieron continuar.

Kennard asintió.

-Transmíteles mis saludos -dijo-, y mi invitación, señora, para que los tres seáis mis huéspedes mañana por la noche, cuando los finalistas actúen aquí.

-Estoy segura de que estarán encantados -replicó Dio, y se retiró.

Aquella noche, sus hermanos le contaron el resto de la historia.

- ¿Lew? Ése fue el traidor-dijo Geremy-. Fue a Aldaran como enviado de su padre y vendió a Kennard, uniéndose a una especie de rebelión con esos piratas y bandidos. La gente de su madre, después de todo.

-Creía que la esposa de Kennard era terrana -dijo Dio.

-A medias; por parte de madre, era de Aldaran -contestó Geremy-. Y créeme, Dio, la sangre de Aldaran no es de fiar.

Dio lo sabía; el Dominio de Aldaran había sido separado de los Siete Dominios originales, tantas generaciones atrás que Dio ni siquiera sabía cuándo, y las traiciones de Aldaran era proverbiales.

- ¿Qué intentaban hacer? -preguntó.

-Sólo Dios lo sabe -dijo Geremy-. Después trataron de silenciar el tema. Parece ser que tenían algún tipo de supermatriz, tal vez robada a los forjadores; nunca he conseguido enterarme de toda la historia, pero por lo visto Aldaran hacía experimentos con ella y logro que Lew se les uniera; después de todo, había sido entrenado en Arilinn, el viejo Kennard le dio todas las ventajas. Sabíamos que nada bueno saldría de todo eso. Cuando el asunto se les escapo de las manos, se les quemó medio Caer Donn. Después de aquello, según oí decir, Lew volvió a cambiar de bando y vendió a los Aldaranes como antes nos había vendido a nosotros. Se unió con una de esas perras montañesas, una de las hijas bastardas de Aldaran, medio terranas o algo así, y se quemó la mano. Y bien merecido que se lo tenía. Pero creo que Kennard no podía admitir que había cometido un gran error, después de todo lo

que había hecho para lograr que Lew fuera declarado su Heredero. Me pregunto si habrán conseguido regenerarle la mano... -Agitó tres dedos, perdidos en un duelo años atrás y regenerados por la medicina terrana-. ¿No? Tal vez el viejo Kennard pensó que convenía que algo le recordara su traición.

-No -dijo Lerrys-, lo has entendido todo al revés, Geremy. Lew no es mal tipo, servimos juntos en la Guardia. Oí decir que hizo cuanto pudo por controlar la imagen de fuego cuando se le escapó de las manos, pero la muchacha murió. Me dijeron que se había casado con ella, o algo así. Uno de los monitores de Arilinn me contó que trabajaron mucho para salvarla. Pero la joven estaba desahuciada, y la mano de Lew... -Se encogió de hombros-. Dicen que tuvo suerte de salirse de ésta a tan buen precio. ¡Por los infiernos de Zandru, qué cosa tan terrible! Me dijeron que era uno de los telépatas más poderosos que hayan tenido nunca en Arilinn, pero lo conocí mejor en la Guardia. Un tipo tranquilo, distante y retraído, pero agradable cuando se le llegaba a conocer, aunque conocerle no era nada fácil. Tuvo que aguantar muchos problemas con la gente que pensaba que él no tenía ningún derecho a estar allí, y creo que eso le hizo se retraído. Me gustaba, o me hubiera gustado, si me lo hubiera permitido; era susceptible como el demonio, y si eras medianamente educado con él, creía que le tratabas de manera protectora y te volvía la espalda. -Lerrys se rió en silencio-. Era tan distante con las mujeres que cometí el error de creer...

digamos, que compartía mis inclinaciones, y le hice cierta proposición. ¡Oh, no dijo gran cosa, pero nunca más volví a preguntarle eso! -Lerrys se rió con picardía-. De todos modos, apuesto que tampoco tuvo una palabra amable para ti, ¿verdad? Es algo nuevo para ti, ¿no es cierto, hermanita? Encontrar a un hombre que no esté a tus pies en pocos minutos... -Burlándose con cariño, le alzó la barbilla.

-No me gusta, es un bruto -dijo Dio, ofendida-. ¡Espero que permanezca lejos de mí!

-Podría ser peor -reflexionó Geremy-. Después de todo, es el Heredero de Alton, y Kennard no es joven, se casó tarde. Tal vez no le quede mucho tiempo en este mundo. A Edric le gustaría que fueras la señora de Alton, hermana.

-No. -Lerrys rodeó a Dio con un brazo protector-. Podemos hacer algo mejor por nuestra hermana. El Concejo nunca volverá a aceptar a Lew, no después de lo de Sharra. Nunca aceptaron al otro hijo de Kennard, a pesar de todo lo que hizo Ken, y Marius vale por dos Lew. Una vez que desaparezca Kennard, buscarán en otra parte un Jefe para el Dominio Alton; ¡hay candidatos de sobra! No, Dio -dijo, y la hizo girar con suavidad, para que le mirara-, sé que no hay muchos hombres de tu clase aquí, y Lew es darkovano, y supongo que apuesto, tal como lo ven las mujeres. Pero mantente lejos de él. Sé cortés, pero conserva la distancia. Me gusta, en cierto modo, pero significa problemas.

-No tienes por qué preocuparte -dijo Dio-. No soporto ni verle.

Sin embargo, para sus adentros, donde más le dolía, sintió perplejidad. Pensaba en la joven desconocida con la que Lew se había casado, la que había muerto para salvarlos a todos de la amenaza de la Diosa de fuego. ¿De modo que había sido Lew quien había atizado aquellos fuegos, y después se había arriesgado a la

muerte y la mutilación para extinguirlos de nuevo? Una vez más, sintió que se estremecía de pavor. ¿Cómo serían los recuerdos de Lew, en qué pesadilla viviría, día y noche? Tampoco era tan raro que se mantuviera aparte, a la defensiva, sin prodigar una palabra amable ni una sonrisa a mujeres ni hombres.

Alrededor del círculo de gravedad nula había pequeñas mesas cristalinas suspendidas a media altura, y sus sillas parecían pender de enjoyadas cadenas de estrellas. En realidad, estaban rodeadas de redes energéticas, de modo que si algún comensal se caía de su silla (y como el vino y los licores corrían con tanta abundancia, algunos sí se caían), no descendía; pero la ilusión era tan impresionante, que por un momento una expresión de perplejidad e interés iluminó incluso el rostro inexpresivo de Lew Alton.

Kennard era un anfitrión amable y generoso: había ordenado asientos en el borde mismo del círculo ingrávido, y había pedido las más finas viandas y vinos; estaban sentados suspendidos sobre el abismo estrellado, mirando cómo los bailarines, libres de la fuerza de la gravedad, giraban y oscilaban en el vacío que se hallaba a sus pies, y se elevaban como pájaros en vuelo libre. Dio estaba sentada a la derecha de Kennard, frente a Lew, quien, tras su primera reacción ante la ilusión espacial, había quedado inmóvil, su rostro marcado y ceñudo totalmente inexpresivo. Más allá, las galaxias llameaban y fluían, y los bailarines, apenas cubiertos con livianos velos, volaban sobre los ríos de estrellas, elevándose como pájaros exóticos. La mano derecha del joven, evidentemente artificial y casi inmóvil, yacía sobre la mesa, oculta con un guante negro. Esa mano inmóvil puso incómoda a Dio; de algún modo, la manga vacía había parecido más honesta.

Sólo Lerrys estaba a gusto de verdad, y había saludado a Lew con genuina cordialidad, pero Lew sólo le respondió con monosílabos y Lerrys, finalmente cansado de intentar mantener una conversación, se dedicó a los bailarines, estudiando a los finalistas con una envidia no disimulada, comentando tan sólo la habilidad, o la falta de habilidad, de cada uno. Dio sabía que ansiaba estar entre ellos.

Cuando se nombró a los ganadores y se entregaron los premios, se restableció la gravedad y las mesas descendieron, en suave órbita espiralada, hasta el suelo. Empezó a sonar la música, y los bailarines fluyeron sobre la superficie de la pista de baile, centelleante y transparente, como si bailaran sobre el mismo abismo de espacio en el que los bailarines de danza ingrávida se habían elevado en vuelo. Lew murmuró algo acerca de retirarse, y de hecho empezó a incorporarse, pero Kennard pidió más bebidas y Dio le oyó reprender a Lew en voz baja; captó: «Maldición, no puedes vivir ocultándote...»

Lerrys se puso de pie y se alejó; un poco más tarde le vieron acercarse a la pista de baile con una mujer exquisita, una de las concursantes, vestida de azul estrellado con gasa plateada.

-Qué bien baila -dijo Kennard con amabilidad-. Lástima que tuviera que retirase de la competición. Aunque no parece algo muy adecuado para la dignidad de un señor del Comyn...

-El Comyn no significa nada aquí -se rió Geremy-, y por eso venimos, ¡para hacer cosas que serían impropias de la dignidad del Comyn en nuestro propio mundo! Vamos, pariente, ¿acaso no has venido tú aquí por eso, para entregarte con libertad a aventuras que podrían ser indecorosas o algo peor en los Dominios?

Dio miraba a los bailarines con envidia. Tal vez Lerrys volviera y bailara con ella. Pero vio que la danzarina, quien tal vez le había reconocido como el concursante que se había tenido que retirar, le había llevado a hablar con los otros finalistas. Ahora Lerrys hablaba íntimamente con un joven apuesto, y su cabeza pelirroja estaba muy cerca de la del muchacho. El bailarín sólo estaba ataviado con una red de hilos dorados, con minúsculas zonas de tela dorada como mínima concesión a la decencia; tenía el pelo teñido de un azul chillón. Muy difícil iba a ser que Lerrys recordara que existían las mujeres, y menos aún las hermanas.

Kennard siguió la mirada de Dio.

-Advierto que ansias estar entre los bailarines, Lady Dio, y para una muchacha joven no es muy placentero bailar con sus hermanos, según deduzco de las quejas de mi hermana y de mi hija adoptivas. Hace mucho que no puedo bailar, damisela, o me daría el placer de bailar contigo. Pero eres demasiado joven para bailar en lugares públicos como éste, salvo con parientes.

Dio sacudió la cabeza, y sus rizos rubios flamearon.

- ¡Aquí en Vainwal, Lord Alton, hago lo que quiero y bailo con quien se me antoja! -Luego, en un arranque de aburrimiento o de travesura, se volvió hacia el ceñudo Lew-. Sin embargo, he aquí un pariente, ¿quieres bailar conmigo, primo?

Él alzó la cabeza y le dirigió una mirada airada. Dio se asustó, y lamentó haber hablado así. ¡Aquél no era hombre para coquetear ni para intercambiar halagos! Lew le lanzó una mirada asesina, pero aun así, se puso de pie.

-Me doy cuenta de que eso es lo que desea mi padre, damisela. ¿Me harás el honor? -La voz áspera era bastante amable, si uno no se fijaba en sus ojos. Él le ofreció el brazo sano-. Tendrás que disculparme si te piso. Hace mucho que no bailo. No es una habilidad muy valorada en Terra, y los años que pasé allí no transcurrieron en lugares donde se acostumbraba bailar.

Maldición, pensó Dio, eso era arrogancia; no era el único inválido del universo, ni del planeta, ni siquiera de este salón, su propio padre era tan inválido que apenas podía caminar, ¡y no hacía tantos aspavientos!

Sin embargo, no la pisó; se desplazaba con tanta levedad como una brisa, y al cabo de poco tiempo, Dio se entregó a la música y al puro gozo de la danza. Hacían buena pareja, y tras moverse al unísono con ritmo perfecto durante unos minutos -ella sabía que estaba bailando con un darkovano, ya que en ningún otro lugar del Imperio la gente daba tanto énfasis a la danza como los darkovanos-, Dio levantó la vista y le sonrió, bajando las barreras mentales de una manera que cualquier Comyn hubiera reconocido como una invitación para el contacto telepático de su casta.

Durante un brevísimo instante, sus miradas se encontraron y Dio sintió que él la buscaba, como por instinto, sintonizado con la simpatía que fluía entre sus cuerpos. Entonces, sin advertencia, duramente, él alzó con brusquedad la barrera entre ellos. La conmoción la dejó sin aliento. Tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no gritar por el rechazo, pero no le daría la satisfacción de saber que le había hecho daño; se limitó a sonreír y a seguir disfrutando del baile, del movimiento, de la sensación de sus cuerpos en perfecta armonía.

Pero por dentro se sentía aturdida y perpleja. ¿Qué había hecho para merecer un rechazo tan brutal? Nada, era cierto; sin duda su gesto había sido audaz, pero no indecente. Después de todo, él era un hombre de su propia casta, telépata y pariente, y si no estaba dispuesto a aceptar la intimidad que se le ofrecía, había modos más amables de rechazarla.

Bien, como ella no había hecho nada para merecerlo, el rechazo debía ser una respuesta al tumulto interno del propio Lew, y no tenía nada que ver con ella. De modo que siguió sonriendo y, cuando la danza se hi-

zo más lenta y romántica, y todos los bailarines que les rodeaban se acercaron, bailando mejilla a mejilla, casi besándose, ella instintivamente se acercó a él. Por un instante se puso rígido, y Dio se preguntó si también rechazaría el contacto físico, pero al cabo de un instante el brazo de Lew la atrajo hacia sí. A través del contacto, a pesar de que las defensas mentales del hombre seguían firmes, ella sintió el hambre que había en él. ¿Cuánto tiempo hacía, se preguntó ella, que no tocaba, de una forma u otra a una mujer? Demasiado, estaba segura. Los telépatas Comyn, en particular los Alton y los Ridenow, eran bien conocidos por su excesiva delicadeza en esas cuestiones; eran hipersensibles y se fastidiaban demasiado con un contacto arbitrario o casual. No muchos de los Comyn toleraban las relaciones amorosas accidentales.

Había excepciones, por supuesto, pensó Dio; el joven heredero de Hastur tenía fama de mujeriego, aunque en general buscaba mujeres músicas o mecánicas de matrices, que eran sensibles y capaces de compartir cierta intensidad emocional, no mujeres vulgares de la ciudad. También su hermano Lerrys era promiscuo a su manera, aunque también tendía a buscar personas que compartieran sus intereses más fuertes. Una rápida mirada le reveló que Lerrys estaba bailando con el muchacho de las redes doradas, y en aquella danza había una centelleante intimidad de deleite compartido.

La música se hizo más lenta, la luz más penumbrosa, y Dio sintió que a su alrededor las parejas se abrazaban más y más. En el salón parecía fluir una corriente de sensualidad, casi como una niebla visible. Lew la abrazó más

estrechamente, e inclinó la cabeza; ella alzó el rostro, repitiendo la invitación al contacto que él había rechazado. Lew no bajó sus barreras mentales, pero sus labios se rozaron; Dio sintió que una lenta y cosquilleante excitación la invadía mientras ambos se besaban.

Cuando se separaron, él sonreía, pero sus ojos aún mostraban una profunda tristeza.

Lew miró a su alrededor, el salón colmado de parejas, muchas de ellas entrelazadas.

-Esto... esto es decadente-dijo Lew.

Ella sonrió y se acurrucó contra él.

-Sin duda no más decadente que el festival del Solsticio de Verano en las calles de Thendara. No soy tan joven como para no saber lo que ocurre una vez se han puesto las lunas.

-Tus hermanos me buscarán para desafiarme a duelo -dijo Lew, y su voz áspera sonó más suave que de costumbre.

Ella alzó la cabeza y habló con furia:

-No estamos ahora en las Kilghard Hills, *Dom* Lewis, ¡y yo no permito que nadie, ni siquiera un hermano, me diga qué puedo y qué no puedo hacer! ¡Si mis hermanos desaprueban mi conducta, vendrán a mí para pedirme cuentas, no a ti!

Él se rió, y con la mano sana le rozó las sedosas puntas del cabello. Ella pensó que era una bella mano, fuerte y sensible, sin llegar a ser demasiado delicada.

- ¿Así que te has cortado el pelo y te has declarado independiente como una Amazona Libre, parienta? ¿También has hecho su juramento?

-No -dijo ella, se acurrucó de nuevo contra él-. Me gustan demasiado los hombres como para hacer semejante cosa.

Cuando sonreía, pensó Dio, era muy apuesto; incluso la cicatriz que le distorsionaba el labio daba a su sonrisa un poco más de ironía y calidez.

Bailaron juntos gran parte de la noche, y antes de separarse acordaron encontrarse al día siguiente para salir a cazar en los grandes cotos de caza del planeta de placer. Cuando se dieron las buenas noches, Kennard sonrió con benevolencia, pero Geremy estaba ceñudo y meditabundo, y cuando los tres entraron en su lujosa habitación, su hermano le preguntó con cólera:

- ¿Por qué lo has hecho? ¡Te dije que te mantuvieras lejos de Lew! ¡No queremos involucrarnos con esa rama de los Alton, de verdad!

- ¿Cómo te atreves a decirme con quién puedo bailar? Yo no censuro tu elección de cantantes, rameras y alternadoras, ¿no es cierto, Geremy?

- ¡Eres una Dama del Comyn! ¡Y si te comportas con tanto descaro como para...!

- ¡Contén tu lengua! -estalló Dio-. ¡Me estás insultando! ¡Bailo una noche con un hombre de mi propia casta, porque mis hermanos no me ofrecen ningún otro compañero de baile, y ya supones que me he acostado con él! Y aunque así fuera, Geremy, te lo volveré a decir, haré lo que quiera, ¡y ni tú ni nadie podrá impedírmelo!

-Lerrys -rogó Geremy-, ¿no puedes hacerla entrar en razón?

Pero Lerrys miraba a su hermana con admiración.

- ¡Ése es el espíritu adecuado, Dio! ¿De qué sirve estar en un planeta extraño de un Imperio civilizado si uno conserva el espíritu y las costumbres provincianas del lugar natal? Haz lo que quieras, Dio. ¡Geremy, déjala en paz!

Geremy sacudió la cabeza, furioso, pero también él se rió.

- ¡Tú también! ¡Siempre de la misma opinión, como si fuerais mellizos!

-Por supuesto -dijo Lerrys-. ¿Por qué te crees que soy amante de hombres? ¡Porque, para mi desgracia, la única mujer con fuerza y espíritu de hombre que he conocido es mi propia hermana! -La besó, riéndose-. Diviértete, *breda,* pero que no te

hagan daño. Tal vez Lew se haya portado bien, haya estado de buen humor o con espíritu romántico esta noche, pero sospecho que puede ser salvaje.

-No. -De repente, Geremy se puso serio-. Esto no es una broma. No quiero que vuelvas a verle, Diotima. Una noche está bien, por cortesía hacia nuestros parientes, te lo concedo, y lamento si te he dado a entender que me refería a algo más que a una mera cortesía. Pero basta, Dio, nunca más. ¡Lerrys dijo lo mismo anoche, cuando no me contradecía! Si no crees que yo te quiero bien, al menos sabes que Lerrys sí. Escúchame, hermana, en este planeta hay suficientes hombres para que bailes, coquetees, vayas a cazar... ¡sí, maldición, y también para que te acuestes, si eso es lo que quieres! Pero deja en paz al descastado bastardo de Kennard Alton, ¿me oyes? ¡Te aviso, Dio, que si me desobecedes, haré que lo lamentes!

-Ahora sí que la has hecho, Geremy... -dijo Lerrys todavía riéndose, mientras Dio alzaba el rostro con gesto desafiante-, es como si les hubieras tendido el lecho nupcial! ¿No sabes que no hay hombre vivo que pueda prohibirle algo a Dio?

Al día siguiente, en el coto de caza, ambos eligieron caballos y unos grandes halcones parecidos a los *verrin* de las Kilghard Hills. Lew sonreía, de buen humor, pero ella sintió que estaba un poco escandalizado al verla con botas y pantalón de montar.

-Así que después de todo eres una Amazona Libre, aunque me dijiste que no -se burló.

Ella le devolvió la sonrisa.

-No -dijo-, ya te expliqué por qué no podría serlo. -*Y cuanto más le veo,* pensó, *más segura estoy*-. ¡Pero cuando cabalgo con las faldas que usaría en Darkover, me siento como un gato doméstico con guantes de cuero! Cuando cabalgo, me gusta sentirme libre, si no, ¿por qué no quedarme a bordar almohadones?

-Cierto, ¿por qué no? -preguntó él con una sonrisa. Y en su mente, sin dolor por una vez, ella vio reflejado un rápido recuerdo de una mujer pelirroja y risueña, que cabalgaba a pelo y libremente por las montañas. El cuadro desapareció, eliminado. Dio se preguntó quién habría sido aquella mujer, y sintió por un momento un poco de envidia de ella.

Lew era buen jinete, aunque la mano artificial, sin vida, parecía estorbarle bastante; podía usarla un poco, pero con tanta torpeza que Dio se preguntó si, después de todo, no se las arreglaría mejor sin ella. Le parecía que incluso un funcional gancho de metal le sería más útil... Pero tal vez era demasiado orgulloso, o tal vez temía que a ella le pareciera horrible. Llevaba el halcón en un soporte especial de la montura, como lo hacían las mujeres darkovanas, en vez de sostenerlo sobre la muñeca como lo hacían la mayoría de los montañeses. Cuando Dio le observó, él se sonrojó y le dio la espalda con furia, jurando en voz baja. Una vez más Dio pensó, con esa súbita furia que Lew parecía poder provocar en ella tan rápidamente: *¿Por qué es tan susceptible, tan defensivo, tan autocomplaciente al respecto? ¿Acaso cree que a todo el mundo le importa o le preocupa que él tenga dos manos o una o tres?*

El coto había sido ajardinado con cuidado para transformarlo en un paisaje bello y variado, colinas bajas que no cansaban a los caballos, tersas llanuras, variada vida salvaje, colorida vegetación procedente de una docena de mundos. Pero mientras cabalgaban Dio percibió que él suspiraba. Dijo, en voz apenas audible para ella:

- ¡Qué bonito! Pero el sol de aquí... está mal, no sé por qué. Me gustaría... -Se interrumpió y se cerró del mismo modo brusco y súbito en que antes había cerrado su mente, dejándola fuera con brutalidad.

- ¿Tienes nostalgia del hogar, Lew?

Él apretó los dientes.

-Sí. A veces -dijo, pero había vuelto a aislarla, Y Dio concentró su atención en el halcón que llevaba en su montura.

-Estos pájaros están muy bien entrenados.

Lew hizo un comentario evasivo, pero ella logró captar el pensamiento de que unos pájaros tan bien entrenados que cualquiera que quisiera podía usarlos, eran tan poco interesantes como las rameras. Pero sólo dijo en voz alta:

-Yo preferiría entrenar a mi propio halcón.

-Me gusta cazar -dijo ella-, pero no estoy segura de que podría entrenar a un pájaro desde el principio. Debe ser algo muy difícil.

-No para alguien con el don de los Ridenow -contestó Lew-. La mayoría de los de tu clan sois sensibles a todos los animales y pájaros. Forma parte del Don de la familia, el establecer contacto con inteligencias extrañas...

Ella sonrió y se encogió de hombros.

-Hoy en día queda ya poco de eso. El Don de los Ridenow, en su forma original... Bueno, creo que se ha extinguido. Aunque Lerrys dice que sería muy útil en el Imperio Terrano, para posibilitar la comunicación con no-humanos. ¿Es muy difícil entrenar halcones?

-Por supuesto que no es fácil -dijo Lew-. Lleva tiempo y requiere paciencia. Y de algún modo hay que establecer contacto con la mente del pájaro, y eso asusta: son salvajes. Pero yo lo he hecho, en Arilinn, y también lo hacían algunas mujeres. Janna Lindir es una excelente entrenadora de halcones, y he oído decir que a las mujeres les resulta más fácil... aunque mi hermana adoptiva Linnell jamás quiso intentarlo, pues los pájaros la asustaban. Supongo que es parecido a domar caballos, algo que mi padre solía hacer... antes de quedar tan inválido. Intentó enseñarme un poco, hace mucho tiempo. -Hablando con tranquilidad de aquellas cosas, pensó Dio, Lew se transformaba.

El coto estaba poblado con gran variedad de caza, presas grandes y pequeñas. Al cabo de un rato, soltaron

sus halcones, y Dio contempló encantada cómo el suyo se elevaba, giraba en el aire, y se lanzaba con sus fuertes alas tras una bandada de pequeñas aves blancas que pasaban. El halcón de Lew lo siguió y apresó rápidamente un pájaro en el aire. El pájaro blanco se debatió con debilidad, emitiendo un agudo grito de pavor. Dio había cazado con halcones toda su vida; observaba la escena con interés, pero cuando del pájaro moribundo cayeron unas gotas de sangre que les salpicaron, advirtió que Lew miraba hacia arriba con el rostro pálido y contraído de horror. Parecía paralizado.

-Lew, ¿qué ocurre?

Él respondió con voz tensa y ronca.

-Ese sonido... no puedo soportarlo... -Y se cubrió los ojos con ambos brazos. La mano artificial, dentro del guante negro, le golpeó el rostro; jurando, se la arrancó de la muñeca y la arrojó al suelo, bajo los cascos de su caballo.

-No, no es agradable -se mofó, con furia-, como la sangre, la muerte y los gritos de agonía. ¡Si eso te da placer, peor para ti, señora! ¡Complácete, entonces, con esto! -Extendió su brazo para mostrarle el horrible muñón, sacudiéndolo ante ella con furia; después espoleó su caballo, sosteniendo las riendas con la mano sana, y salió al galope como si lo persiguieran todos los demonios de todos los infiernos.

Dio se quedó mirándolo, consternada, y sin acordarse de los halcones, partió en pos de él a galope. Al cabo de un tiempo le alcanzó; él luchaba con las riendas con su mano única, procurando dominar al caballo, pero mientras Dio le observaba horrorizada, Lew perdió el control. Salió despedido de la montura y cayó como un plomo al suelo, donde quedó inmóvil.

Dio desmontó y se arrodilló junto a él. Estaba inconsciente. Ella trataba de decidir adonde iría a buscar ayuda, cuando él abrió los ojos y la miró sin reconocerla.

-Estás bien -dijo ella-. El caballo te arrojó. ¿Puedes sentarte?

Lew se incorporó con torpeza, como si le doliera el muñón; vio que ella le miraba, se echó hacia atrás y trató de ocultarlo en un pliegue de su capa de montar. Giró el

rostro, y el tenso tejido cicatrizal marcó en su boca una mueca, como si se hallara al borde del llanto.

- ¡Dioses! ¡Lo siento, *domna,* no quería...! -masculló, casi inaudiblemente.

- ¿Qué ocurrió, Lew? ¿Por qué te enfadaste y saliste corriendo de esa manera? ¿Qué hice yo para que te enfurecieras?

-Nada, nada. -Confundido, sacudió la cabeza-. No... No puedo soportar ver sangre, ahora, ni tampoco soporto pensar que una pequeña cosa indefensa muera para darme placer -dijo, y su voz sonó exhausta-. He cazado durante toda mi vida, sin pensar en eso, pero cuando vi ese pajarito que clamaba y la sangre, de repente todo me volvió a la mente y recordé... ¡Oh, Avarra, ten piedad de mí! Recordé... Dio, vete, no lo hagas, en nombre de Avarra misericordiosa, Dio...

Su rostro volvió a contraerse y rompió a llorar con enormes sollozos roncos, con el rostro enrojecido y arrugado, procurando ocultarse para que ella no lo viera.

-He visto... demasiado dolor... Dio, no... vete, vete, no me toques...

Ella extendió los brazos y le abrazó atrayéndolo contra su pecho. Por un momento, él se resistió con frenesí. Después le permitió que le abrazara. También ella lloraba.

-Nunca se me ocurrió -susurró la joven-. La muerte durante la cacería... Estoy tan habituada que nunca me pareció del todo real. Lew, ¿qué ocurrió, quién murió, qué te hizo recordar?

-Marjorie -dijo él con voz ronca-. Mi esposa.

Murió, murió de forma horrible en los fuegos de Sharra. Dio, no me toques, de algún modo daño todo lo que toco, vete antes de que también te haga daño a ti, no quiero hacerte daño.

-Es demasiado tarde -dijo ella, sosteniéndole, sintiendo su dolor en todo el cuerpo. Lew alzó la mano hasta el rostro de ella y le tocó los ojos húmedos, y la muchacha sintió que volvía a bajar sus defensas; pero esta vez supo que no era un simple rechazo, sino sólo las defensas de un hombre insoportablemente herido, que ya no podía soportar nada más.

- ¿Te hiciste daño, Dio? -Preguntó él, mientras su mano se demoraba sobre la mejilla de la joven-. Tienes sangre en la cara.

-Es la sangre del pájaro. Tú también estás manchado -dijo ella, y le limpió. Lew le tomó la mano y se llevó los dedos a los labios. Sin saber por qué, ella volvió a sentir ganas de llorar-. ¿Tú te hiciste daño al caer? -le preguntó.

-No mucho -dijo él, probando con cautela sus músculos-. En el hospital del Imperio, en Terra, me enseñaron a caer sin hacerme daño, cuando... antes de que esto se curara. -Con incomodidad, movió el muñón-. No puedo acostumbrarme a esa condenada mano. Me las arreglo mejor con una sola.

Aquello mismo había pensado ella.

- ¿Por qué la usas, entonces? Si es tan sólo por la apariencia, ¿crees que me importa?

El rostro de Lew era sombrío.

-A mi padre le importaría. Cuando ando con la manga vacía cree que estoy... exhibiendo mi mutilación. Haciendo gala de ella. Odia tanto su propia invalidez, que yo prefiero no... exhibir la mía delante de él.

Dio pensó con rapidez, y decidió lo que debía decir.

-Eres un hombre adulto, y también él. Él tiene una manera propia de enfrentarse a su propia invalidez, y tú

tienes otra: no es difícil adivinar que sois muy diferentes. ¿De veras le enojaría que tú eligieras otra manera de enfrentarte con lo que te ha ocurrido?

-No lo sé -dijo Lew-, pero ha sido tan bueno conmigo; jamás me ha reprochado todos estos años de exilio, ni el modo en que he destruido todos sus proyectos. No quiero afligirle más. -Se incorporó, fue a recoger la grotesca cosa

sin vida enfundada en el guante negro y la miró por un momento. Después la puso en la alforja de su montura. Con una sola mano, trató con torpeza de fijar la manga vacía sobre el muñón. Dio estuvo a punto de ofrecer su ayuda, pero decidió que era demasiado pronto. Lew miró al cielo.

-Supongo que los halcones ya se han ido, y que nos pasarán un cargo por haberlos perdido.

-No -dijo ella, e hizo sonar un silbato de plata que pendía en su cuello-. Tienen el cerebro modificado para obedecer el silbato, ¿lo ves? -Señaló dos manchitas distantes que aparecieron en el cielo, haciéndose cada vez más grandes; descendieron describiendo una espiral y se posaron en las monturas, donde esperaron pacientemente que les pusieran sus capuchas-. Han perdido su instinto de libertad.

-Son como algunos hombres que conozco -dijo Lew, colocándole la capucha a su halcón. Dio le imitó, pero ninguno de los dos se decidió a montar. Dio vaciló, y pensó que con toda probabilidad, él estaba harto de tantas miradas desviadas por educación y de tanto fingimiento cortés.

- ¿Necesitas ayuda para montar? ¿Puedo ayudarte, o puedo buscar a alguien que lo haga?

-Gracias, pero puedo arreglármelas, aunque no sea muy hábil. -De repente, le sonrió de nuevo, y el rostro marcado volvió a resultar apuesto-. ¿Cómo sabías que me haría bien escuchar eso?

-Nunca he sufrido de verdad -dijo ella-, pero

un año tuve una fiebre y perdí todo el pelo, y no me creció durante medio año. Me sentía tan fea como no te imaginas. Y lo que más me molestaba era que todo el mundo me dijera lo bella que me veía, que me dijeran qué bello era mi vestido o mi pañuelo, y que fingieran que no me pasaba nada. De modo que me sentía muy mal por mi desdicha, como si estuviera haciendo un tremendo barullo por nada. Así que si estuviera... estuviera realmente inválida o mutilada creo que odiaría que los demás siguieran actuando como si todo estuviera bien y a mí no me ocurriera nada. Por favor, nunca creas que tienes que fingir conmigo.

Él exhaló un profundo suspiro.

-Mi padre se encoleriza si alguien parece advertir su cojera, y una o dos veces, cuando intenté ofrecerle mi brazo, casi me golpea.

Sin embargo, pensó Dio, *Kennard se aprovechó de su invalidez anoche para lograr que yo bailara con Lew. ¿Porqué?*

-Ése es el modo en que él maneja su vida y su invalidez. Tú no eres tu padre -le dijo.

De pronto, él empezó a temblar.

-A veces... a veces es difícil estar seguro de eso.

Y ella recordó que el Don de los Alton era el de forzar el contacto telepático. La gran intimidad de Kennard con su hijo, sus profundas ambiciones para él, eran bien conocidas en Darkover. Esa intimidad debía ser una tortura a veces, y dificultar que Lew pudiera distinguir sus propios sentimientos y emociones.

-Debe ser difícil para ti -dijo Dio-. Él es un telépata tan poderoso...

-Para ser justo -dijo Lew-, también debe ser difícil para él compartir durante todos estos años todo lo que he vivido, y hubo una época en que mis barreras no eran tan fuertes como ahora. Debe haber sido un infierno para él. Pero eso no hace las cosas más fáciles para mí.

Y si Kennard se niega a aceptar ninguna debilidad de Lew... pero Dio no siguió con la idea.

-No pretendo fisgonear. Si no quieres responderme, dímelo, pero Geremy perdió tres dedos en un duelo. Los médicos terranos se los regeneraron. ¿Por qué no intentaron hacer lo mismo con tu mano?

-Lo intentaron -dijo él-, dos veces. -Su voz era inexpresiva, sin emoción-. Pero después ya no pude soportar más. De algún modo, la estructura de las células... Tú no eres técnica de matrices, ¿verdad? Sería más fácil explicártelo si supieras algo sobre la división celular. Me pregunto si puedes comprender la estructura de las células, el conocimiento en las células, eso que hace que una mano sea una mano, y no un ojo, un dedo del pie o un ala o un casco, había resultado extremadamente dañado, sin posibilidad de regeneración. Lo que creció en mi muñeca fue... -Suspiró profundamente y ella vio el horror reflejado en sus ojos-. No era una mano -dijo, inexpresivo-. No estoy seguro de qué era, ni quiero saberlo. Un día se equivocaron con las drogas, me desperté y la vi. Me dicen que grité hasta quedarme ronco. Yo no lo recuerdo. Desde entonces, mi voz nunca ha vuelto a ser la misma. Durante medio año, sólo pude hablar en un susurro. -Su voz ronca era completamente inexpresiva-. Durante años no fui yo mismo. Ahora puedo vivir con eso, porque... sé que debo hacerlo. Puedo enfrentarme al hecho de saber que... estoy mutilado. A lo que no me puedo enfrentar -dijo con súbita violencia- ¡es a la necesidad de mi padre de fingir que estoy entero!

Dio sintió el estallido de violenta furia y no estuvo segura de que fuera suya, o del hombre que estaba ante ella. Nunca había sido tan consciente de su propio *laran:* el Don de los Ridenow, que era compartir las emociones, la empatia absoluta, incluso con no-humanos, con extraños... Nunca había tenido demasiada experiencia de ello antes. Ahora, parecía conmoverla hasta la médula. Su voz vaciló.

-Nunca finjas conmigo, Lew. Puedo soportarte tal como eres... exactamente como eres, siempre, todo tu ser.

Él la rodeó con rudeza y la atrajo hacia sí. Casi no era un abrazo.

-Muchacha, ¿sabes lo que dices? No puedes saberlo.

Dio sintió como si sus límites se disolvieran, como si de algún modo se fundiera con el hombre que estaba ante ella.

-Si puedes soportar lo que has soportado, yo puedo soportar saber qué es lo que has soportado. Lew, permíteme que te lo demuestre.

En el fondo de su mente se preguntó: ¿Por *qué estoy haciendo esto?* Pero sabía que cuando ambos se habían abrazado anoche en la pista de baile, aun a pesar de las defensas amuralladas de Lew, sus cuerpos habían hecho de algún modo un pacto. Por defendidos que estuvieran, algo de cada uno de ellos había llegado al otro, y lo había aceptado por lo que era, completamente y para siempre.

Ella alzó el rostro hacia él. Los brazos de Lew la rodearon con sorpresa y agradecimiento, y el joven murmuró:

-Pero eres tan joven, *chiya,* no puedes saber... Deberían azotarme por esto, pero ha pasado tanto tiempo, tanto tiempo... -Y Dio supo que él no hablaba de lo más obvio. Sintió que se disolvía en el conocimiento absoluto de él, que las barricadas cedían... *El recuerdo del dolor y el horror, la sexualidad hambrienta, los sufrimientos que sobrepasaban la resistencia humana, el negro abismo horroroso de la culpa, de la muerte de un ser amado, del autoconocimiento, la autoacusación, la mutilación aceptada con satisfacción como castigo por seguir viviendo tras la muerte de ella...*

Con un abrazo hambriento y desesperado, ella le estrechó contra sí, sabiendo que eso era lo que él más deseaba; alguien que supiera todo esto y que aun así pudiera aceptarle sin fingimiento, que pudiera amarle a pesar de todo. *Amor... ¿Era esto clamor, saber que ella cargaría gustosa con todo aquel sufrimiento, con tal de ahorrarle otro momento de sufrimiento o de culpa?*

Por un instante, Dio se vio tal como era, reflejada en la mente de él, casi sin reconocerse, cálida, resplandeciente, mujer, y por un momento se amó por lo que había llegado a ser para él. Luego el contacto se interrumpió y se retiró como una marea, dejándola impresionada y estremecida, con lágrimas y una ternura que nunca disminuiría.

Sólo entonces él la besó; y mientras ella se reía y aceptaba el beso, dijo en un susurro:

-Geremy estaba en lo cierto.

- ¿Qué, Dio?

-Nada, mi amor -dijo ella, aliviada y contenta-. Vamos, Lew, los halcones están inquietos, debemos devolverlos. Nos reintegrarán el dinero porque no hemos cazado nada, pero por lo que a mí respecta, he aprovechado al máximo el precio de esta caza. Tengo lo que más deseaba.

- ¿Y qué es? -le preguntó él, burlándose, pero Dio sabía que la respuesta no era necesaria. Él ya no la tocaba ahora, y ambos montaron, pero ella sabía que, de alguna forma, seguían abrazados.

Lew levantó un brazo y gritó:

- ¡Por lo menos, tengamos una buena cabalgada! ¿Quién de los dos llegará primero a los establos?

Y partió al galope. Dio espoleó su caballo y le siguió, riéndose. Sabía tan bien como él cómo y dónde terminaría ese día.

Y era tan sólo el principio de una larga temporada en Vainwal. Sería un verano largo, bello.

Aun cuando sabía que había oscuridad por delante, y que se dirigía hacia ella, gustosa y sin temor, estaba dispuesta a afrontarla. Más allá de la oscuridad veía aquello que Lew había sido y que podía volver a ser... si ella tenía la fuerza y el valor para impulsarle. Galopó tras él, gritando:

- ¡Espérame, Lew... Cabalguemos juntos! -Y él detuvo su caballo, sonriendo, y la esperó.

La narración de Lew Alton: Vainwal: sexto año de exilio

Creía haber olvidado cómo ser feliz.

Y sin embargo, aquel año en Vainwal fui feliz. Ese planeta es algo más que la decadente ciudad del mundo de placer. Tal vez debimos marcharnos por completo -aunque tal vez no, para regresar a Darkover- pero a mi padre el clima le resultaba benéfico, y prefirió permanecer en la ciudad, donde podía encontrar fuentes termales y baños minerales y, a veces, sospecho, alguna compañía que pudiera soportar. A veces me he hecho preguntas acerca de ese tema, pero a pesar de toda la intimidad que existía entre nosotros, había cosas que no podíamos compartir del todo, y ésa era un área de espinosa intimidad de la cual yo prefería mantenerme alejado. Supongo que ya es bastante difícil en el caso de los padres y los hijos comunes.

Cuando tanto el padre como el hijo son telépatas, todo se hace todavía más difícil. Durante los años que había pasado en Arilinn en calidad de mecánico de matrices, yo había aprendido mucho acerca de la intimidad, y de lo que debía ser cuando todos los que nos rodean están más próximos que la propia piel. Solía existir un antiguo tabú que prohibía que una madre y un hijo adulto trabajaran al mismo tiempo en los repetidores, o un padre y su hija núbil. Mi padre podía ocultar sus pensamientos mejor que la mayoría. Aun así, en una ocasión le describí la experiencia a alguien como vivir desollado. Durante aquellos años de exilio, habíamos estado tan próximos, que hubo momentos en que ninguno de los dos sabía qué ideas pertenecían a quién. Y dos hombres solitarios están condenados a irritarse mutuamente de vez en cuando. Si se añade el hecho de que uno de los dos está seriamente enfermo y al menos (y no quiero pasar de este punto con ligereza) intermitentemente loco, tenemos otra vuelta de tuerca. Y los dos éramos telépatas con poderes extremos, y durante largos períodos, yo no había tenido ningún control de lo que emitía. Para cuando estuve más o menos cuerdo, se producían largas temporadas en las que entre ambos había casi tanto odio como amor. Habíamos estado demasiado cerca, durante demasiado tiempo.

También eso tenía que agradecérselo a Dio: había quebrado el círculo vicioso, había irrumpido en una malsana preocupación por nuestros mutuos pensamientos. Si hubiéramos sido madre e hijo, padre e hija, hermano y hermana, al menos hubiera existido un tabú que hubiéramos podido romper. Para un padre y un hijo no había ninguna salida dramática de esa trampa, o nos parecía que no la había, aunque no puedo jurar que nunca se nos ocurriera la idea. Los dos éramos suficientemente adultos como para tomar tal decisión, estábamos lejos del mundo que había inculcado ese tabú, y estábamos solos en un universo extraño, entre los ciegos mentales que ni conocían ni se preocupaban de los niveles de decadencia que podíamos explorar. No obstante, no hicimos nada. Tal vez fue la única cosa que nunca intentamos compartir, y creo que tal vez esa haya sido la única manera de conservar nuestra cordura.

Mi padre se sintió encantado con Dio también, y creo que le estaba de verdad agradecido, entre otras co-

sas porque había acabado con la preocupación malsana que sentíamos el uno por el otro. Sin embargo, por contento que estuviera de tener cierto grado de libertad con respecto a mi presencia constante, y de librarse de sus miedos con respecto a mi cordura (y, aunque me los había ocultado con cuidado, siempre fui consciente de sus temores, y alguien constantemente vigilado en busca de síntomas de locura suele dudar aún más de su cordura), la llegada de Dio le había dejado solo. No podía admitir su indefensión: Kennard Alton jamás lo haría. Sin embargo, le veía empeorar día a día, y sabía que llegaría el momento, si es que no había llegado ya, en que me necesitaría. Él siempre había estado cuando yo le necesitaba, y ahora yo no le dejaría solo, presa de la enfermedad y la vejez. Así que Dio y yo encontramos un hogar en los límites de la ciudad, donde él podía venir cuando nos necesitaba, y en la cúspide de nuestra felicidad no nos resultaba difícil hacerle un momento de compañía.

Bien, éramos felices. Cuando perdí a Marjorie, en el horror de aquella última noche en la que Caer Donn se había incendiado y nosotros intentamos, con nuestras dos vidas, cerrar la brecha que Sharra había abierto en la textura del mundo, ambos habíamos estado dispuestos a morir. Pero las cosas no habían ocurrido así: Marjorie murió y yo... yo seguí viviendo, pero aquella noche algo se había destruido en mí. No se había eliminado para siempre, sino que como mi mano, se pudría, se infectaba, y se transformaba en formas inhumanas y terroríficas. Dio había entrado en todo aquel horror sin vacilaciones y de algún modo, después, yo había cicatrizado.

Ninguno de los dos pensaba en el matrimonio. El matrimonio *di catenas,* el matrimonio formal ritualiza-do de los Dominios, era una solemne reunión de propiedades, un asunto mutuo que concernía a dos familias, dos casas, para engendrar hijos para la herencia y para el *taran.* Lo que había entre Dio y yo era tan profunda-

mente personal que no teníamos deseos ni necesidad de que ninguna de nuestras familias tomara parte. Con Marjorie, gran parte de mi amor había sido el deseo de que fuera mi esposa, que viviera conmigo en Armida, que criara a los niños que tendríamos, el deseo de los largos y tranquilos años de paz en nuestro amado hogar. En el caso de Dio, era algo diferente. Cuando Dio descubrió que estaba embarazada, durante nuestro segundo año de convivencia, no nos hizo mucha gracia la idea. Pero tal vez nuestros cuerpos habían dicho aquello que nuestras mentes se negaban a saber. Sentíamos, por supuesto, un deseo de continuidad, de algo que quedara cuando nos hubiéramos ido, el deseo profundamente arraigado de la única inmortalidad que todos podemos conocer.

-No tengo por qué tener el niño, si tú no quieres -me dijo, acurrucada junto a mí en nuestro salón, que se elevaba sobre las luces de Vainwal que se extendía a nuestros pies. Eran luces de colores que engalanaban las calles como cintas. Siempre había aquí algún festival, ruido, alegría, confusión y búsqueda de placeres.

Ella estaba lo bastante cerca de mí como para sentir mi instintivo rechazo.

-Sí lo quieres, ¿no es cierto, Lew? -preguntó.

-No lo sé, y ésa es la verdad, Dio.

Era cierto, me molestaba que un tercero irrumpiera en nuestro idilio. Por amado que fuera, destruiría inevitablemente la más profunda intimidad que había entre nosotros. Dio ya no estaría tan preocupada por mis deseos y mis necesidades. Era egoísta por mi parte, pero resentía saber que estaba embarazada.

También era igualmente cierto que recordaba con angustia aquella noche, la noche en que supe que Marjorie estaba embarazada de un niño que no alcanzaría a dar a luz. Había sentido aquel intento de vida tal como ahora sentía en Dio la creciente semilla de la vida, y sen-

tía que mi alma no deseaba verla extinguirse. Tal vez era tan sólo un escrúpulo. Pero, de manera egoísta, deseaba que esta criatura viviera.

-Lo quiero y no lo quiero -dije-. Tú tendrás que llevarlo en tus entrañas, tú debes decidir. Decidas lo que decidas, yo trataré de poner buena cara.

Durante largo rato, Dio contempló el cambiante juego de luces de la ciudad que se extendía a nuestros pies. Finalmente dijo:

-Cambiará tanto mi vida, que ni siquiera puedo imaginármelo. Me da un poco de miedo cambiar tanto. Es a ti a quien quiero, Lew, no a tu hijo. -Y apoyó la cabeza sobre mi hombro. Sin embargo, yo sentía que sus sentimientos eran tan ambivalentes como los míos-. Al mismo tiempo, es algo que nació... que nació de nuestro amor. No puedo evitar desear... -Se interrumpió, tragó saliva con esfuerzo, puso una mano sobre su vientre como para protegerlo-. Te amo, Lew, y amo a tu hijo porque es tuyo. Y es algo que podría ser... bueno, diferente y más fuerte que cualquiera de nosotros, pero sería parte de lo que hay entre los dos. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Le acaricié el pelo. En aquel momento me pareció infinitamente preciosa. Nunca lo había sido tanto antes, y tal vez nunca más pudiera serlo tanto.

-Estoy asustada, Lew. Es algo demasiado importante. No creo que tenga derecho a decidir algo tan importante. Tal vez la decisión ya la tomó algo que está más allá de nosotros. Nunca pensé demasiado en Dios, o en los Dioses, o en lo que sea. Sigo sintiendo que algo terrible nos espera, y no quiero perder ni un minuto de la felicidad que podamos compartir. -De nuevo se cubrió el vientre con la mano, como para proteger al niño que estaba allí. Dijo, en un susurro asustado-: Soy una Ridenow. No es tan sólo una cosa, Lew está vivo, puedo percibirlo... oh, no se mueve, no lo sentiré moverse hasta

dentro de unos meses, pero puedo sentirlo. Está vivo y creo que quiere vivir. Y lo quiera o no... yo sí quiero que viva... quiero sentirle vivir. Me asustan los cambios que provocará, pero quiero tenerlo, Lew. Quiero este bebé.

Puse mi mano sobre la suya y traté de percibirle, y sentí, tal vez fuera mi imaginación, sentí la sensación de algo vivo. Recordé la inconmensurable, la insondable pena que sentí al saber que Marjorie no viviría lo suficiente para dar a luz a mi hijo. ¿Era sólo el recuerdo de aquella pena, o percibía yo de verdad que nos esperaba una pena aún más profunda? Tal vez fue en ese momento cuando acepté por completo que Marjorie ya no estaba, que la muerte era para siempre, que no habría reunión ni en este mundo ni en el otro. Pero bajo mi mano y la de Dio había vida, un retorno de la esperanza, algo en el futuro. No sólo vivíamos día a día, buscando un placer exclusivamente nuestro, sino que la vida continuaba y siempre había más vida por vivir. La besé en la frente y en la boca, y después me incliné para besarle también el vientre.

-Resulte lo que resulte -dije-, también yo lo deseo, preciosa. Gracias.

Mi padre, por supuesto, estuvo encantado, pero también preocupado, y se negó a decirme por qué. Y ahora que no estábamos tan próximos, podía ocultarme sus pensamientos. Al principio, Dio se encontraba bien, floreciente, sin padecer los malestares menores que tantas mujeres sufren al inicio del embarazo. Decía que nunca se había sentido más feliz ni más saludable. Yo observaba con regocijo y deleite los cambios de su cuerpo. Fue una época gozosa. Los dos esperábamos el nacimiento, e incluso habíamos empezado a hablar de la posibilidad -que nunca

antes había querido reconocer- de regresar algún día juntos a Darkover, y compartir nuestro mundo natal con nuestro hijo o hija.

Hijo o hija. Me preocupaba no saber qué era. Dio

no tenía mucho *laran y* no había sido entrenada para utilizarlo. Percibía la presencia y la vida de la criatura, pero eso era todo. No podía decir si era niño o niña, y como yo no podía entenderlo, me dijo con energía que no era probable que un niño no nacido tuviera conciencia de su propio género y, al no ser consciente de su sexo, ella no podía leerle los pensamientos. Los médicos terranos podrían haber tomado una muestra de sangre y hacer un análisis cromosómico, pero nos parecía una manera desagradable y cruel de averiguarlo. Tal vez, pensé, Dio desarrollaría la sensibilidad necesaria para saberlo o, si todo lo demás fallaba, lo sabríamos en el momento del nacimiento. Fuera niño o niña, le amaría lo mismo. Mi padre quería un hijo pero yo me negaba a pensar en esos términos.

-Este niño, aunque sea varón, no será el Heredero de Armida. Olvídalo -le dije, y Kennard respondió con un suspiro:

-No, no lo será. Tienes sangre de Aldaran, y el Don de Aldaran es la precognición. No sé por qué, pero no lo será.

Y después me preguntó si algún monitor había controlado a Dio para asegurarnos de que todo andaba bien con el niño.

-Los médicos terranos dicen que todo está bien -le dije, a la defensiva-. ¡Si quieres que la monitoricen, hazlo tú mismo!

-No puedo, Lew.

Era la primera vez que me confesaba alguna debilidad. Miré a mi padre con detenimiento por primera vez desde hacía meses. Miré sus ojos hundidos. Sus manos retorcidas y casi inútiles ya. Parecía que sus huesos se estaban descarnando. Traté de establecer contacto con él como de costumbre, pero él me rechazó, bajando sus barreras. Después soltó un hondo suspiro y me miró a los ojos.

-*El laran suele fallar con la edad. Probablemente* sólo sea eso. Estás libre de Sharra ahora, ¿verdad? Tienes sangre Ridenow, *tú y* Dio sois primos. La esposa de mi padre era una Ridenow, y también su madre. Una mujer que lleva un niño con *laran* debería ser monitorizada.

Suspiré. Era la técnica más simple de las que había aprendido en Arilinn: un niño de trece años puede aprender a monitorizar las funciones corporales, los nervios, los canales psíquicos, monitorizar a una mujer embarazada y a su hijo es más complejo, pero aun así, no había grandes dificultades.

-Yo... lo intentaré.

Pero supe que él percibía mi temor interno. La matriz de Sharra estaba envuelta y guardada en el más remoto rincón del más remoto armario de las habitaciones que yo compartía con Dio, y ahora no pensaba en esa peculiar atadura más que cada cinco o seis días. Pero tampoco usaba mi matriz personal. Ni siquiera usaba mi *laran* salvo en su forma más simple, para leer los pensamientos no enunciados, algo que de todos modos, casi ningún telépata puede evitar.

- ¿Cuándo? -insistió él.

-Pronto -dije, acabando con la cuestión.

¡Vete! ¡Vete de mi mente! ¡Entre tú y Sharra, no tengo mente propia! La violencia del pensamiento le sacudió, y sentí su dolor y su pena. A pesar de todo lo ocurrido entre nosotros, amaba a mi padre, y no podía soportar ver esa expresión de angustia en su rostro. Le tendí la mano.

-No estás bien, señor. ¿Qué es lo que te han dicho los médicos terranos?

-Sé qué me dirán, así que no les he preguntado -dijo, con un destello de humor. Volvió a hablar con tono urgente-: Lew, prométemelo: si ves que no puedes monitorizar a Dio... prométeme... Lerrys todavía

está en Vainwal, aunque creo que muy pronto partirá para la temporada de sesión del Concejo. Si no puedes hacerlo tú, llama a Lerrys y pídele que lo haga él. Es un Ridenow...

-Y Dio es una Ridenow, y tiene derechos de *laran* en la propiedad, y derecho legal a participar en el Concejo -repuse-. Lerrys se discutió con ella porque no nos casamos. ¡Dijo que los hijos de Dio deberían tener derecho a reclamar el Dominio Alton! -Juré con tal violencia que mi padre se echó atrás como si lo hubiera golpeado o le hubiera apretado sus delgadas manos inválidas.

-*Te* guste o no, Lew -dijo mi padre-, el hijo de Dio es el hijo del Heredero de Alton. Lo que puedas decir o pensar no cambiará nada. Puedes renunciar a tus derechos de nacimiento, pero no puedes hacerlo en nombre de tu hijo.

Volví a jurar, le di la espalda y me marché. Me siguió con pasos inseguros, y su voz estaba colmada de urgencia y furia.

- ¿Vas a casarte con Dio?

-Eso es asunto mío -repliqué, bajando una barrera. Ahora podía hacerlo sin caer en el negro vacío.

-Juré que nunca te forzaría ni te presionaría para que te casaras -dijo-. Pero recuerda que negarse a decidir también es una decisión. Si te niegas a decidirte a casarte, habrás decidido que tu hijo nacerá *nedestro, y* llegará el momento en que lo lamentarás amargamente.

-Entonces -dije, con voz dura-, lo lamentaré.

- ¿Le has preguntado a Dio qué le parece?

Seguro que sabía que lo habíamos discutido interminablemente, ya que los dos no sólo éramos reticentes a casarnos al estilo terrano, sino que no estábamos dispuestos a que mi padre y los hermanos de Dio se abocaran en las discusiones acerca de propiedades que deberían producirse antes de que pudiéramos casarnos *di Catenas.* En todo caso, aquí en Vainwal nada de eso tenía la menor importancia. Nos habíamos considerado casados según lo que los darkovanos llaman matrimonio de compañeros libres -compartir la cama, la comida y la chimenea- y con eso nos bastaba. Cuando naciera nuestro hijo, sería tan legal como un matrimonio *di catenas.* Pero ahora debía enfrentarme también a eso: si nuestro hijo nacía *nedestro,* no heredaría de mí. Si yo moría, Dio tendría que recurrir a sus parientes Ridenow. Pasara lo que pasase, yo debía tener este punto resuelto.

Cuando se lo expliqué en estos términos, como una simple cuestión de lógica práctica, Dio estuvo de acuerdo, y al día siguiente fuimos a la sede del Imperio en Vainwal, donde registramos nuestro matrimonio. Arreglé las cuestiones legales, de modo que si moría antes que ella o antes que nuestro hijo llegara a adulto, ella pudiese legalmente reclamar la propiedad que me pertenecía, en Darkover o en Terra, y nuestro hijo tuviera derechos similares. Iniciados estos trámites advertí que los dos, sin ningún acuerdo previo, habíamos empezado a hablar del niño, de «él». Mi padre me había recordado que yo era en parte aldarano, y la precognición era su don. Lo acepté así. Y si sabía que el niño era un niño, yo sabía todo lo que necesitaba saber, así que... ¿para qué tomarme la molestia de monitorizar?

Uno o dos días más tarde, de repente, Dio dijo mientras desayunábamos:

-Lew, te mentí.

- ¿Me mentiste, preciosa? -Miré su bello rostro cándido. En general, un telépata no puede mentirle a otro, pero hay niveles de verdad y de engaño. Dio se había dejado crecer el cabello, y ahora ya lo tenía lo bastante largo como para recogérselo sobre la nuca, y sus ojos eran de ese color tan común en las mujeres rubias, ese color que puede ser azul, verde, o gris, según la salud, el estado de ánimo y la ropa que lleve. Tenía puesto un vestido suelto, de color verde hoja, para entonces su cuerpo ya era voluminoso, y sus ojos centelleaban como esmeraldas.

-Te mentí-repitió-. Creíste que fue un accidente, que me había quedado embarazada por accidente o por descuido. Fue deliberado. Lo siento.

- ¿Pero por qué, Dio? -No me sentía furioso, tan sólo perplejo. Yo no había querido al principio que esto sucediera, pero ahora me sentía absolutamente feliz al respecto.

-Lerrys... me había amenazado con llevarme de vuelta a Darkover para esta temporada del Concejo -explicó-. Una mujer embarazada no puede viajar por el espacio. Fue lo único que se me ocurrió para que no me obligara a marcharme.

-Me alegra de que lo hayas hecho -dije. Ahora ya no podía imaginar la vida sin Dio-. Y ahora, supongo, utilizará el hecho de que estoy casado y tengo un hijo.

Era la primera vez que estaba dispuesto a preguntarme qué ocurriría con el Dominio Alton, ahora que tanto mi padre como yo estábamos autoexiliados. Mi hermano Marius nunca había sido aceptado por el Concejo, pero si realmente no había otro heredero de Alton, tal vez hicieran de tripas, corazón, y le aceptaran. De otro modo, con toda probabilidad, el Dominio caería en manos de mi primo Gabriel Lanart, que se había casado con una Hastur, después de todo, y que además le había dado tres hijos y dos hijas. El Comyn había querido darle el Dominio y el mando de la Guardia a Gabriel desde un principio, y mi padre se hubiera ahorrado un montón de problemas si lo hubiera permitido.

De todos modos, así es como terminaría, porque yo nunca regresaría a Darkover.

El tiempo se desenfocó. Estaba arrodillado en una sala en una alta torre, y fuera se veía el último resplandor del sol rojo que se ponía tras los altos picos de las montañas más allá de Thendara. Estaba de rodillas junto al lecho de una niñita de cinco o seis años, de pelo claro y ojos dorados, los ojos de Marjorie. Yo me había arrodillado así junto a Marjorie, y los dos juntos habíamos visto a nuestra niña, esa niña, pero nunca había ocurrido, nunca ocurriría, Marjorie estaba muerta... muerta... Un gran fuego surgió en mi cerebro, y Dio estaba a mi lado, con la mano en la empuñadura de una gran espada.

Estremecido, ascendí a la superficie, y vi a Dio que me miraba con consternación y horror.

- ¿Nuestra hija, Lew...? *¿Y* en Darkover...?

Me así del respaldo de la silla para tranquilizarme. Al cabo de un momento dije con voz temblorosa:

-He oído hablar de un *laran,* creía que sólo se había dado en las Eras del Caos, que podía ver no sólo el futuro, sino muchos futuros, algunos de los cuales jamás llegarían a ocurrir; todas las cosas que podrían ocurrir algún día. Tal vez... tal vez, en alguna parte de mi herencia Alton o Aldaran hay rastros de ese tipo de *laran,* de modo que veo cosas que nunca ocurrirán. Pues ya he visto antes a esta niña... con Marjorie... y pensé que era su hija. -Advertí vagamente, que había pronunciado el nombre de Marjorie en voz alta por primera vez desde su muerte. Siempre recordaría su amor, pero ella se había alejado, y yo me había curado también de eso-. Marjorie -repetí-. Pensé que era nuestra niña, nuestra hija. Tenía los ojos de Marjorie. Pero Marjorie murió antes de poder darme un hijo, así que aquello que creí que era una verdadera visión del futuro nunca llegó a ocurrir. Sin embargo, ahora he vuelto a verla. *¿Qué* significa, Dio?

-Ahora me gustaría que mi *laran* fuera más desarrollado -repuso con una sonrisa temblorosa-. No sé, Lew. No sé lo que significa.

Tampoco yo, pero me dejó muy inquieto. No hablamos más del tema, pero creo que me afectó internamente y condicionó mi estado de ánimo. Más tarde, Dio dijo que tenía hora con uno de los médicos del hospital del Imperio Terrano. Se podían encontrar toda clase de parteras en Vainwal, ya que allí abarcaban docenas de culturas, pero ya que no podía recibir la atención que se le hubiera dado en Darkover, la fría impersonalidad del hospital terrano le agradaba más.

La acompañé. Ahora, cuando lo pienso, me parece que estaba muy silenciosa, apagada, tal vez, por el peso de alguna premonición. Salió con aspecto perturbado, y el doctor, un joven delgado, me indicó que entrara a hablar con él.

-No te alarmes -dijo de inmediato-. Tu esposa está perfectamente bien, y el latido cardíaco del bebé es fuerte y regular. Pero hay cosas que no comprendo. Señor Montray-Lanart... -mi padre y yo usábamos ese nombre en Terra, ya que Alton es un Dominio, un título más que un nombre personal, y Lord Armida no significaba nada aquí-, he visto tu mano... ¿es una deformidad congénita? Discúlpame por preguntarlo...

-No -dije secamente-. Es el resultado de un grave accidente.

- ¿Y no procuraron regenerarla?

-No.

Mi respuesta fue seca y definitiva, y esta vez comprendió que yo no quería hablar más del tema. Sé que hay culturas en las que hay tabús religiosos en cuanto a este tipo de cosas, y no me importaba que creyera que yo era de esa clase de idiota. Era mejor que intentar hablar de ello. Pareció perturbarse.

- ¿Hay mellizos en tu familia, o nacimientos múltiples?

- ¿Por qué lo preguntas?

-Examinamos el feto por ecografía -dijo-, y parece haber... alguna anomalía. Debéis prepararos para la

posibilidad de... alguna deformidad menor, a menos que sean mellizos y nuestro equipo no haya funcionado correctamente. Los mellizos o múltiples fetos, si se cruzan, pueden crear imágenes bastante raras.

Sacudí la cabeza, porque no quería pensar en eso. Pero mi mano no era una deformidad congénita, ¿por qué me preocupaba tanto? Si Dio tenía mellizos, o algo así, no era raro que no pudiera identificar el sexo.

Cuando salí, Dio me preguntó qué había dicho el doctor.

-Dijo que creía que a lo mejor llevabas mellizos.

Ella también pareció preocupada.

-Me dijo que la placenta estaba en una posición difícil, que no podía ver al bebé con toda claridad -dijo-. Pero sería bonito tener mellizos. Un niño y una niña, tal vez. -Se apoyó sobre mi brazo-. Estoy contenta de que ya no falte mucho. Menos de cuarenta días, tal vez. Estoy cansada de llevarlo, o llevarlos, a todas partes... ¡será agradable dejar que los lleves tú durante un tiempo!

La llevé a casa, pero cuando llegamos encontré un mensaje en el comunicador que formaba parte de todos los apartamentos del Imperio: mi padre estaba enfermo y quería verme. Dio se ofreció a acompañarme, pero estaba cansada después de la excursión matinal, de modo que le envió sus saludos, rogándole que la disculpara y salí solo hacia la ciudad.

Esperaba encontrarle en cama, pero estaba levantado y caminaba renqueando. Me señaló una silla, y me ofreció café o una copa. Rechacé ambos.

-Creí que te encontraría acostado. Por el aspecto que tienes te vendría bien estar en la cama -dije, arriesgándome a su ira, pero él tan sólo suspiró.

-Quería despedirme de ti -contestó-. Es posible que tenga que regresar a Darkover. Ha llegado un mensaje de Dyan Ardáis...

Hice una mueca de disgusto. Dyan había sido amigo de mi padre desde la infancia, pero yo nunca le había gustado, ni él a mí. Mi padre vio mi expresión y dijo en tono cortante:

-Ha protegido a tu hermano mientras yo no estaba y ha salvaguardado sus intereses. Lew. Me ha enviado las únicas noticias que...

-No me eches eso en cara -dije con sequedad-. ¡Nunca, en ningún momento, te pedí que me trajeras aquí! Ni tampoco a Terra.

Hizo caso omiso del comentario.

-No discutiré contigo por eso. Dyan ha sido un buen amigo para tu hermano...

-Si yo tuviera un hijo -dije con deliberación-, ¡desearía que tuviera un amigo mejor que ese condenado aficionado a usar sandalias!

-Nunca nos hemos puesto de acuerdo al respecto, y dudo de que alguna vez lo hagamos -replicó mi padre-, pero Dyan es un hombre honorable, y el bien del Comyn le importa de verdad. Ahora me dice que están a punto de pasarse a Marius por alto y que le harán entrega formal del Dominio Alton a Gabriel Lanart-Hastur.

- ¿Y es eso una tragedia? ¡Que se quede con él! Yo no lo quiero.

-Cuando tengas un hijo comprenderás, Lew. Y además, no te falta tanto para tenerlo. Creo que deberías regresar conmigo a Darkover y arreglar las cosas en esta temporada del Concejo.

Oyó mi negativa, como un grito de cólera, antes de que dijera las palabras con tono suave:

-No. No puedo y no quiero. El embarazo de Dio está demasiado avanzado para viajar.

-Puedes estar de vuelta antes de que nazca el niño -dijo razonablemente-. Y habrás arreglado su futuro como es debido.

- ¿Tú hubieras dejado a mi madre?

-No. Pero tu hijo debería nacer en Armida...

-De nada sirve pensarlo -dije-. Dio está aquí, y aquí debe quedarse hasta que nazca el bebé. Y yo me quedaré con ella.

Su suspiro fue profundo, como el crujido de las hojas invernales.

-No me apetece mucho viajar solo, pero si tú no quieres ir, no tendré más remedio. ¿No confiarías en mí si yo me quedara con Dio, Lew? No sé si podré soportar el clima de las Kilghard Hills. Sin embargo, no dejaré que Armida se pierda por incomparecencia, ni tampoco les permitiré que pasen por alto los derechos de Marius sin estar seguro de lo que Marius piensa.

Y mientras él hablaba, me invadió una oleada de recuerdos: Armida acurrucada en el pliegue de las Kilghard Hills, inundada de sol, las enormes manadas de caballos pastando en las llanuras altas, los arroyos que fluían o se helaban en corrientes revoltosas, como torrentes detenidos en el aire; la nieve cubriendo las colinas, una hilera de árboles oscuros contra el cielo; el incendio que nos había devastado cuando yo tenía diecisiete años, y la larga fila de hombres agachados sobre sus palas en agotador esfuerzo: los campamentos en los cortafuegos, compartiendo mantas y comida; la satisfacción de ver que los fuegos se extinguían y saber que nuestro hogar estaba a salvo para otra temporada más; el olor de las resinas, y el *kireseth* oro y azul en flor, con el polen que el viento se llevaba en verano; la puesta de sol sobre los tejados; el horizonte de Thendara; las cuatro lunas una detrás de la otra en el cielo oscurecido del Festival; mi hogar. Mi hogar, tan amado, al que había renunciado...

/ *Vete... vete!* ¿Ni siquiera eran míos mis recuerdos?

-Todavía hay tiempo, Lew. No me iré hasta dentro de diez días. Hazme saber tu decisión.

-Ya he decidido -dije, y salí pegando un portazo, sin esperar las preguntas preocupadas que seguirían, su escrupuloso interés por Dio, sus saludos para ella.

La decisión había sido tomada Yo no volvería con mi padre. Dio no podía ir, luego tampoco yo iría. Era así de sencillo. No tenía porque prestar atención a los mil recuerdos que me reclamaban.

Aquella noche, Dio me pidió que monitorizara al niño. Tal vez percibió mi agitación; tal vez, de esa curiosa manera en que los amantes comparten sus miedos y preocupaciones (y Dio y yo, incluso después de año y pico que llevábamos juntos, seguíamos siendo como amantes), sintió la marea de mis recuerdos y quiso tranquilizarse.

Empecé por negarme. Pero era muy importante para ella. Y ahora yo estaba libre, a veces durante meses. Seguro que llegaría un momento en que estaría libre del todo. Y monitorizar era algo tan simple...

Y además lo que había dicho el médico terrano me había dejado inquieto. Mellizos. Aquélla era la respuesta más simple, pero cuando me había preguntado acerca de las deformidades congénitas, reconocí que estaba inquieto, que lo había estado desde que el niño había sido concebido.

-Lo intentaré, cariño. Tarde o temprano tendré que intentarlo...

Aquello era tal vez una cosa más para redescubrir con Dio, una curación más, una libertad más, como la virilidad que había vuelto a encontrar en sus brazos. Con mi única mano desaté con torpeza la bolsita de cuero que llevaba en el cuello, donde estaba el cristal azul, envuelto en la pálida seda aislante.

El cristal cayó en mi mano. Lo sentía cálido y vivo, lo que era una buena señal, sin la llamarada, sin el fuego instantáneo. Recogí la piedra azul en la palma, tratando de no recordar la última vez que lo había hecho.

Había sido en la otra mano, la mano que la piedra había atravesado, quemándola... No mi propia matriz, sino la matriz de Sharra... *¡Basta!* Me deshice de los recuerdos y cerré los ojos por un momento, tratando de acoplarme al terso y relajado ritmo de la piedra. Hacía mucho tiempo que no tocaba la matriz. Al final, sentí que había sintonizado las azules profundidades; abrí los ojos y observé sin emoción las lucecitas que centelleaban y se movían como si tuvieran vida propia. Tal vez la tuvieran.

No había ejercido de monitor desde hacía años. Es la primera tarea que se les encomienda a los jóvenes aprendices en las Torres, la de sentarse fuera de un círculo de matriz y, por medio de los poderes de la piedra estelar, que amplifica los propios dones, vigilar los cuerpos de los operarios mientras sus mentes están en otra parte, enlazando así los círculos de matriz. Algunas veces los operarios de matrices, en profundo contacto entre sí por medio de las piedras estelares, se olvidan de respirar, o no están al tanto de cosas que deberían estar bajo el control de sus sistemas nerviosos autónomos, y la tarea del monitor es asegurarse de que todo funcione bien. Más tarde, el monitor aprende técnicas más complejas de diagnóstico médico, entrando en las complejas células del cuerpo humano... Había pasado mucho tiempo. Lenta y cuidadosamente, empecé el examen: el corazón y los pulmones cumplían con su tarea de llevar oxígeno a las células, los párpados parpadeaban automáticamente para mantener lubricada la superficie del ojo, los músculos de la espalda estaban tensos debido al peso del embarazo... Revisaba cosas superficiales. Dio percibió el contacto. Aunque tenía los ojos cerrados, sentí que me sonreía.

Apenas si podía creerlo: una vez más, lento y torpe como un novato, estaba estableciendo contacto con mi piedra matriz, al cabo de seis años, aunque hasta el mo-

mentó, sólo había rozado la superficie. Me atreví a un contacto más profundo...

Fuego. Quemándome la mano. Dolor... Terrible, agonía ardiente en una mano que ya no estaba allí para ser quemada. Escuché mi propio grito... o acaso el grito de Marjorie. Ante mis ojos cerrados se alzó la forma de fuego, alta, sus rizos agitados en el viento de la tormenta de fuego, como una mujer, alta y encadenada, su cuerpo y sus miembros y su cabellera en llamas...

¡Sharra!

Solté la piedra matriz como si me estuviera quemando la mano sana, sentí el dolor cuando se alejó de mi cuerpo, traté de recogerla con una mano que ya no formaba parte de mi brazo. *La sentí allí, sentí el ardiente dolor en cada dedo, dolor en las líneas de la palma, en las uñas que se quemaban.* Sollozando de dolor, puse la matriz en su estuche y arranqué mi mente de la imagen de fuego, sintiéndola extinguirse lentamente y calmarse. Dio me miraba con horror.

-Lo siento... -dije, con la boca rígida y buscando las palabras-, lo siento, *bredhiya,* no quise asustarte.

Me abrazó, y enterré la cabeza en su pecho.

-Lew, yo soy quien debería pedirte perdón -susurró-. No sabía que ocurriría eso... Nunca te hubiera pedido... Por Avarra misericordiosa, ¿qué ha pasado?

Suspiré profundamente, y sentí el dolor que me desgarraba la mano que no tenía. No podía pronunciar las palabras en voz alta. La forma de fuego todavía ardía detrás de mis ojos. Parpadeé para tratar de hacerla desaparecer y dije:

-Tú sabes...

- ¿Pero cómo...? -susurró ella.

-No sé por qué, esa condenada cosa está acoplada a mi propia matriz. Siempre que intento usarla, sólo veo... eso. -Tragué saliva con esfuerzo y dije con voz

Pastosa-: Creí que estaba libre. Creí que estaba... curado, y libre de eso.

- ¿Por qué no la destruyes?

Mi sonrisa fue tan sólo una mueca penosa.

-Probablemente ésa sería la mejor respuesta. Porque estoy seguro de que moriría con ella, muy rápidamente y de manera nada placentera. Pero he sido demasiado cobarde para ello.

-Oh, no, no, no... -Me abrazó con fuerza, con desespero. Tragué saliva con esfuerzo y suspiré varias veces: sabía que todo esto le hacía más daño a ella que a mí. Al ser una Ridenow, con don de empatia, Dio no podía soportar el sufrimiento. A veces me preguntaba si lo que sentía por mí era amor o si me había dado su cuerpo, su corazón, su consuelo, como alguien calma a un bebé que llora porque no puede soportar su llanto y hace cualquier cosa, lo que sea, para que calle...

Pero me había ayudado saber que mi dolor le hacía daño a Dio y que de una manera u otra, debía controlarlo.

-Tráeme algo para beber, ¿quieres?

Cuando me lo trajo, calmándose un poco ante la necesidad de poner en orden sus pensamientos y de buscar algo, di un sorbo y trate de aquietar mi mente.

-Lo siento -dije-, creí que estaba libre de eso.

-No puedo soportar -dijo ella con ferocidad- que creas que me debes disculpas... -También ella estaba llorando. Puso una mano sobre el bebé y dijo, tratando de bromear-: ¡Ya se siente perturbado al oír que su padre y su madre se están gritando!

Yo de inmediato seguí la broma y dije con exagerado humor:

- ¡Bien, debemos ser muy silenciosos y no despertar al bebé!

Dio se acercó y se acurrucó a mi lado en el diván, apoyándose sobre mi pecho.

-Lew, en Darkover... -dijo con seriedad- hay técnicos de matrices que pueden liberarte, ¿verdad?

- ¿Crees que mi padre no ha hecho todo lo que podía? Y fue Primero en Arilinn durante casi diez años. Si él no puede hacerlo, es que probablemente no haya nada que hacer.

-No -repuso ella-, pero estás mejor... Ahora ya no ocurre con tanta frecuencia como durante los primeros años, ¿verdad? Tal vez ahora puedan encontrar la manera...

Sonó el comunicador y fui a atenderlo. Podía haberme imaginado que oiría la voz de mi padre.

-Lew, ¿estás bien? Me sentía inquieto...

No me sorprendía. Todos los telépatas del planeta, si es que había otros, debían haber sentido la conmoción. La voz distante de mi padre intentaba tranquilizarme.

-No ha ocurrido durante mucho tiempo, ¿verdad? No te descorazones, Lew, date tiempo... para sanar.

¿Tiempo? El resto de mi vida, pensé. Sostenía el comunicador contra la barbilla con el muñón de la mano izquierda, mientras los dedos de mi única mano alisaban

nerviosamente las sedas aislantes de mi matriz. Nunca más. No volvería a tocar mi matriz, no mientras esto fuera lo que me esperaba. Lo que le dije a mi padre fueron ruidos superficiales, tonterías para tranquilizarle, y él debió darse cuenta, pero no me presionó. Probablemente sabía que yo hubiera cortado la comunicación y que me hubiera negado a contestar de nuevo. Lo único que dijo fue:

-Dentro de diez días sale una nave con escala en Darkover. He reservado un pasaje doble, y también he hecho reservas para la nave que sale diez días después de ésa, de modo que si algo me impide embarcar en la primera, iré en la segunda, y tu pasaje también está reservado. Creo que deberías venir... ¿Acaso con lo de esta no-

che no te ha quedado claro que, tarde o temprano, tendrás que enfrentarte a ello?

Conseguí no gritar, no espetarle toda la furiosa tormenta de rechazo que invadía mi mente. La distancia, y el comunicador mecánico, bloqueaban nuestros pensamientos; aquélla era la mejor manera de hablar con mi padre, después de todo. Incluso conseguí agradecerle su amabilidad. Pero tras darle una nueva negativa y cortar la comunicación, Dio dijo:

-Tiene razón, lo sabes. No puedes vivir el resto de tu vida con esto. Empezó en Darkover y allí debe terminar. No puedes pasarte toda la vida arrastrando esa... esa horrible atadura. Y creo... dijiste algo, una vez... que no puedes dejarla...

Sacudí la cabeza.

-No -dije-. Me... me persigue. Créeme, lo he intentado.

Había tratado de abandonarla cuando nos marchamos de la cabaña del lago, en Terra, donde vivimos mientras se me curaba la mano después del fracaso final y de la amputación. Había recorrido ya la mitad del mundo cuando la forma de fuego detrás de mis ojos, borrando toda visión y sentido... Tuve que regresar, meterla en nuestro equipaje, llevarla conmigo, un íncubo monstruoso, un demonio atormentador, como la presencia de mi padre dentro de mi mente, algo de lo que jamás me liberaría.

-La pregunta es retórica -dije-. Tú no puedes ir, y yo no te dejaría. Eso es lo que quería mi padre.

-El bebé no nacerá hasta dentro de cuarenta días, por lo menos, podrías ir y regresar...

-No sé mucho de bebés -repuse-, pero sí sé que llegan cuando quieren y no cuando está previsto. -Pero ¿por qué me producía esa idea tanta angustia y temor? Seguramente se trataba tan sólo de la secuela del impacto de Sharra sobre mis nervios destrozados.

- ¿Y qué hay de los demás? Erais un círculo de matriz completo, enlazado a la matriz de Sharra, ¿no es así? ¿Por qué no murieron todos?

-Tal vez hayan muerto -dije-. Marjorie murió. Era nuestra... ¿cómo te diría?, nuestra Celadora. Yo me hice cargo cuando ella... cuando ella ardió. -Ahora podía hablar de eso, casi sin emoción, como si estuviera hablando de algo ocurrido a una persona cualquiera mucho tiempo atrás-. Los demás no estaban tan enlazados con Sharra. Rafe era sólo un niño. Beltrán de Aldaran, mi primo, estaba fuera del círculo. No creo que ninguno de ellos muriera al perder contacto con la matriz, ni siquiera cuando la matriz salió del planeta. El enlace se hizo a través de mí. -En un círculo de matriz, cuando hay una matriz de alto nivel, es la Celadora quien hace el enlace con la matriz, y luego con las piedras matriciales individuales de los telépatas de su círculo. Yo era mecánico de matrices de alto nivel. Le había enseñado a Marjorie a establecer aquel enlace, así que de un modo muy concreto, yo había ejercido como Celador de la Celadora...

- ¿Y los demás? -insistió Dio. Me molestaba que me sonsacara cosas de esa manera, pero de todas formas tendría que pensar en ello tarde o temprano. De lo contrario Dio nunca creería que yo había hecho todo lo posible para liberarme. Y

se lo debía: ahora Sharra también la había afectado a ella, aunque a un nivel más seguro, y también había afectado al niño.

- ¿Los demás? -dije-. ¿Kadarin y Thyra? No lo sé. No sé qué les ocurrió, ni dónde estaban cuando... cuando todo acabó.

-Al no poder desprenderte de la matriz, ¿acaso no morirían cuando la matriz salió del planeta? -insistió.

Intenté sonreír, pero de nuevo me salió una mueca de disgusto.

-Eso espero -dije, pero sabía que no era verdad.

Kadarin. Habíamos sido amigos, hermanos, parientes. Unidos en un sueño compartido que acercaría Darkover y Terra, que curaría nuestra destrozada herencia; al menos, eso es lo que habíamos compartido al principio. Me toqué las cicatrices de la cara sin darme cuenta. Él me había hecho esas heridas. Y Thyra. La hermanastra de Marjorie, la mujer de Kadarin. Yo la había amado, odiado, deseado... No podía creer que estaba muerta. En algún lugar, de algún modo, sabía que vivía, y también Kadarin. No podía explicarlo, pero lo sabía.

Una de las mil razones por las que nunca podría regresar a Darkover.

Dio se durmió, tras lo cual me quedé mucho tiempo sentado en la sala, mirando las luces de la ciudad que se extendía a mis pies, las luces que no se apagaban en toda la noche. En Vainwal, la búsqueda del placer sigue y sigue, crece y se hace más frenética a medida que desaparece el ritmo del día, cuando las otras personas duermen. Tal vez allí abajo pudiera encontrar alguna especie de olvido. Después de todo, ¿no había venido yo a Vainwal para eso, para olvidar los deberes y las responsabilidades? Pero ahora tenía esposa e hijo, y les debía algo. El dedo meñique de Dio significaba más para mí que todos los inexplorados placeres de Vainwal.

Y mi hijo... Me sentó mal cuando mi padre me lo dijo. Pero era cierto. Debería nacer en Armida. Cuando tuviera cinco años, le sacaría a pasear, como mi padre había hecho conmigo, a caballo sobre su hombro, para que viera el gran río de caballos salvajes que fluía por el valle.

No, yo había renunciado a todo eso. Habría otros mundos para mi hijo, docenas, cientos, un Imperio lleno de ellos, y más. Me acosté junto a mi esposa dormida y me dormí. Pero incluso por mi sueño se movían inquietantes pesadillas. Volví a ver mi mano, aquel horror que había crecido allí, y la mano se extendía, hurgaba en

el interior del cuerpo de Dio, se clavaba en el niño, lo arrancaba ensangrentado, chorreante, agonizante. Me despertó mi propio grito, y Dio me miró consternada. La cubrí con dulzura, la besé y me fui a dormir a la otra habitación para que mis pesadillas no perturbaran su sueño.

Esta vez dormí tranquilamente, sin pesadillas. Dio me despertó al alba. Su voz era indecisa.

-Lew, me siento tan rara. Creo que viene el bebé. Es pronto, pero creo que debería ir para asegurarme.

Era demasiado pronto, pero es una especialidad de los terranos. Tienen úteros artificiales para los bebés prematuros, y la mayoría de ellos suele vivir con ese soporte artificial, aunque les falte la ternura de sus madres. A veces me he preguntado si no será por eso que tantos terranos son ciegos mentales, sin el menor rastro de *laran,* debido a esa falta de contacto, el más íntimo de todos, en el que la madre enseña al pequeño corazón a latir, y a todos los órganos del feto a funcionar como es debido. El cuerpo puede crecer y ser nutrido por medios artificiales pero ¿y el *laran?*

Bien, si esto dañaba el *laran* del niño, que así fuera, siempre y cuando salvara su vida. De bien poco me había servido mi propio *laran.* Y sin duda a este niño no le vendría mal permanecer ajeno a nuestros miedos y a nuestras torturadas ideas, y a tormentos como el que sin duda había percibido durante mi desafortunado intento como monitor. Ese intento había provocado este parto prematuro, no cabía duda,

seguro que Dio lo sabía, pero no me lo echó en cara y cuando yo lo mencioné, me calmó con su respuesta:

-Yo también lo quería.

De modo que yo estaba alegre mientras recorríamos las calles, en las que en estas últimas horas antes del amanecer sólo quedaban unos cuantos buscadores de placer. En aquella luz difusa, el hospital terrano se veía pálido y austero. Dio reprimió un gesto de dolor cuando los rápidos ascensores nos llevaron hasta los pisos más altos, donde estaba la zona de maternidad, muy aislada del ruido y el clamor del mundo de placer. Les dije quién era y lo que ocurría, y un funcionario aseguró a Dio que en unos momentos vendría una técnica para llevarla a una habitación.

Nos sentamos en una sala de espera cuyos muebles eran impersonales, incómodos. Al cabo de un rato, entró una joven. Llevaba un uniforme médico, con el curioso símbolo del báculo y la serpiente del servicio médico terrano. Me habían dicho que era un antiguo símbolo religioso, pero los médicos parecían desconocer su significado tanto como yo. Algo en la voz de la joven me hizo levantar la vista y exclamar con placer:

- ¡Linnell!

Pues la muchacha de uniforme era mi propia hermana adoptiva. Sólo Avarra sabía qué estaba haciendo aquí, con ese curioso uniforme, pero me acerqué rápidamente y le tomé las manos, repitiendo su nombre. Tuve ganas de darle un beso, y casi lo hice, pero la joven enfermera retrocedió, ultrajada.

- ¡Qué...! ¡No entiendo! -exclamó, indignada, y parpadeé, advirtiendo que había cometido un desliz imperdonable. Pero aún así, observándola con fijeza, sólo pude sacudir la cabeza y decir:

- ¡Es sorprendente, es más que un simple parecido! ¡Tú eres Linnell!

-Pero no lo soy, por supuesto -contestó con una sonrisa perpleja y helada. Dio rió.

-Es verdad, sabes, eres muy parecida a la hermana adoptiva de mi esposo -dijo-. Muy, muy parecida. ¡Y qué extraño encontrar un doble de algún pariente cercano, aquí en Vainwal! Pero por supuesto, Linnell nunca hubiera venido aquí, Lew. Es demasiado convencional. ¿Te imaginas a Linnell con esta ropa?

Y por supuesto que no me la imaginaba; pensé en Linnell, vestida con su pesada falda a cuadros y su sobre-túnica bordada, con el pelo recogido sobre la nuca en relucientes trenzas castañas. Esta mujer llevaba una túnica blanca y pantalones ajustados. Una darkovana, con esa ropa, hubiera temido pillar una pulmonía, y Linnell hubiera muerto de pudor. Llevaba también un cartelito con un nombre. Yo podía leer un poco las letras terranas, no muy bien, pero mejor que Dio, y deletreé lentamente:

-K-a-t-h...

-Kathie Marshall -dijo ella, con una sonrisa. Incluso tenía el hoyuelo cerca de la comisura derecha, y la pequeña cicatriz en el mentón que se había hecho un día que cabalgamos por un cañón prohibido en Armida, y nuestros caballos tropezaron y cayeron.

-Si no te importa -le dije-, ¿puedes decirme cómo te hiciste esa cicatriz?

-La tengo desde que tenía diez años -contestó-. Creo que fue un accidente con un trineo aéreo; me dieron cuatro puntos.

Sacudí la cabeza, perplejo.

-Mi hermana adoptiva tiene una igual, en el mismo lugar.

Pero Dio hizo un movimiento brusco, como de dolor, e instantáneamente la mujer a la vez familiar y extraña, Linnell-Kathie, fue toda solicitud profesional.

- ¿Has controlado el tiempo de las contracciones? Bien. Te llevaré a la cama... -Y cuando Dio se aferró a mi mano con súbito pánico, ella la tranquilizó-: No te

preocupes, tu esposo podrá quedarse contigo, en cuanto los médicos te echen un vistazo y vean lo que pasa. No te preocupes -me dijo a mí. La expresión de su rostro era idéntica a la de Linnell, tranquila, dulce y suave-. Ella tiene muy buena salud y podemos hacer muchas cosas, aun cuando el bebé sea prematuro. No te preocupes por tu esposa ni por el niño.

Y al cabo de una hora me llamaron. Dio estaba acostada, vestida con un camisón estéril facilitado por el hospital, pero el ambiente era bastante agradable, al estilo de Vainwal, con plantas verdes por todas partes, brillantes arco iris en las ventanas: hologramas láser, supuse, pero agradables a la vista, que distraían la mente de la futura madre de lo que estaba ocurriendo.

-Nuestro *coridom* se comporta así cuando una yegua campeona está a punto de parir -dijo Dio con ironía-. La mima, la acaricia y le susurra palabras al oído para tranquilizarla, en vez de dejarla que se apañe sola. Están sin parar con sus máquinas que, por lo visto, lo dicen todo del bebé, incluso el color de sus ojos, pero a mí no quieren decirme nada.

Me permitieron quedarme con ella durante la primera etapa, y le froté la espalda, le di sorbos de agua, y le recordé el ritmo respiratorio. Pero todos sabíamos que el parto se había adelantado demasiado, y tenía miedo. Y también percibía el miedo de Dio, la tensión del miedo, a pesar de sus esfuerzos por relajarse, por cooperar con el proceso inexorable que lanzaba a nuestro hijo, sin estar listo, demasiado pronto, al mundo. Miramos los arco iris, jugamos a las cartas, pero noté una omisión: ninguno de los dos hablaba del futuro, ni del nombre del niño. Me dije que estábamos esperando saber si deberíamos dar nombre a un hijo o a una hija, eso era todo. Cada hora más o menos me hacían salir al pasillo y la examinaban. Casi al atardecer, después de uno de esos intervalos, Kathie, la joven enfermera, me dijo:

-Tendrás que quedarte aquí, señor Montray. La llevan a cirugía. Las cosas no van muy bien, y este bebé será muy prematuro, así que necesitaremos toda la asistencia posible para él, o ella, en el momento del nacimiento.

-Pero yo quiero que Lew se quede conmigo -ex-

clamó Dio, casi llorando, y se aferró con fuerza a mi mano sana.

-Lo sé -dijo Kathie con suavidad-. Estoy segura de que eso sería un consuelo. Pero debemos pensar primero en el bebé. En cuanto nazca, tu esposo podrá volver contigo. Pero ahora no puede ser, lo siento.

Abracé con fuerza a Dio para tratar de darle ánimos Sabía cómo se sentía, y me hundí en su cuerpo, en su dolor -en Darkover, ningún telépata, ningún Comyn, hubiera soñado con separarse de la mujer que daba a luz a su hijo, sino que hubiera compartido su sufrimiento para conocer también el precio de tener un hijo-. Pero no estábamos en nuestro mundo natal, y no había nada que hacer.

-Está asustado -susurró Dio con voz trémula, y a mí también me asustó verla llorar. Me había habituado tanto a su coraje, a su fuerza inquebrantable que con tanta frecuencia había apaciguado mis propios miedos. Bien, ahora me tocaba a mí ser fuerte.

-Harán todo lo que puedan por ti, preciosa. -Traté de transmitirle pensamientos tranquilizadores y calmantes, de envolver a Dio y al niño en una capa de calma y consuelo; vi que el dolor desaparecía de su rostro. Suspiró y me sonrió.

-No te preocupes por mí, Lew, estaré bien -dijo. Volví a besarla, y Kathie hizo un gesto a la otra enfermera para que se hiciera a un lado y yo pudiera levantar a Dio y acostarla en la camilla que la llevaría a sus santuarios interiores. Los brazos de Dio me estrecharon, pero yo sabía que tenía que dejarla ir.

Caminé por los pasillos. Los fuertes olores hospitalarios me recordaban mi propia odisea, y tenía consciencia del dolor fantasma en la mano faltante. Hubiese preferido vivir en el noveno y más frío infierno de Zandru antes que al alcance de esos aborrecibles olores. Aunque amortiguado por la distancia, y por mi cansan-

ció creciente, podía percibir el miedo de Dio, y oírla gritar mi nombre. Hubiera querido abrirme paso hasta su lado, pero de nada hubiera servido en este mundo extraño. En casa, bajo nuestro sol rojo, hubiera compartido su sufrimiento, en estrecho contacto mental con ella; ningún hombre permitía que su esposa diera ella sola a luz. ¿Cómo podríamos ahora compartir a nuestro hijo, si yo, su padre, había estado aislado del nacimiento? A pesar de la distancia, podía percibir su miedo, valerosamente ocultado, su dolor, y después todo se esfumó en la inconsciencia provocada por las drogas. ¿Por qué le habían hecho eso? Estaba sana y fuerte, en condiciones de dar a luz. Seguro que no había necesitado ni deseado esta inconsciencia, y sabía que no la había pedido. ¿La habrían drogado en contra de su voluntad?

Me reñí a mí mismo, porque mi propio disgusto por el hospital, el horror del recuerdo del hospital terrano en el que habían intentado sin éxito salvar mi mano, me había impedido hacer lo que debía. Debería haber permanecido en contacto con la mente de Dio, haber estado presente en todo momento, telepáticamente, aunque me impidieran estar presente fisicamente. Yo le había fallado, y me invadió el temor.

Traté de calmar mi creciente angustia. Dentro de unas pocas horas, tendríamos a nuestro hijo. Debería haber llamado a mi padre en algún momento de este interminable día. Él hubiera venido al hospital, me habría acompañado. Bien, le enviaría un mensaje en cuanto nuestro hijo naciera.

¿Podría yo ser para mi hijo un padre como Kennard lo había sido para mí, luchando sin tregua para que fuera aceptado, tratando de protegerme de cualquier insulto, luchando para conseguir que se me dieran los deberes y privilegios de un hijo del Comyn? Esperaba no tener que ser un padre tan duro como el mío lo había sido conmigo. Tampoco tendría tantos motivos. Sin

embargo, ahora empezaba a comprender por qué había sido tan brusco.

¿Cómo llamaríamos al niño? ¿Se opondría Dio si yo quería llamarle Kennard? Mi nombre era Lewis-Kennard; el hermano mayor de mi padre se llamaba Lewis. Kennard-Marius, tal vez, en honor a mi padre y a mi hermano. ¿Y si Dio quería darle el nombre de alguno de sus hermanos, su favorito, Lerrys, quizá? Lerrys y yo nos habíamos discutido. A lo mejor se opondría a que se le diera su nombre a un hijo mío. Jugué con estas ideas para aplacar mi desesperante inquietud, mi preocupación por la demora... ¿Por qué no me decían nada?

Tal vez debería ir ahora -había una pantalla comunicadora en el vestíbulo del hospital- y llamar a Kennard, para decirle dónde estaba y qué estaba ocurriendo. Seguro que le gustaría saberlo, y me di cuenta de que en aquellos momentos, su compañía me apetecía. ¿Qué pensaría, me pregunté, cuando viera a la joven enfermera Kathie, tan parecida a Linnell? A lo mejor ni siquiera notaba el parecido, a lo mejor yo estaba en un estado anormal que me había hecho exagerar una ligera semejanza y convertirla en una identidad. Después de todo, la mayoría de las jóvenes tienen un hoyuelo en alguna parte y una pequeña cicatriz. Tampoco es inusual que una joven con antepasados terranos -y nos gustara o no, Darkover había sido colonizado por una raza única, hecho que justificaba nuestro parecido étnico- tenga pelo castaño, ojos azules, un rostro en forma de corazón y una voz ligeramente ronca. Mi propia perturbación había exagerado el resto. Probablemente, no se parecía en nada a Linnell, tal como yo mismo podría comprobar, en el caso de que pudiera verlas juntas.

Tal vez se trataba tan sólo de mi agotamiento, del esfuerzo que hacía para controlar el sueño; por un minuto me pareció que las veía una al lado de la otra, Linnell con su vestido de Festival, con aspecto más envejecido, más gastado, y Kathie junto a ella ataviada también con ropas darkovanas... y detrás de ella, me pareció, había una oscuridad trémula...

Un suave sonido me hizo volverme, y vi a la joven enfermera que se parecía tanto a Linnell. Sí, se parecía a ella, el parecido no era una ilusión; el hecho de recordar mentalmente la imagen de Linnell me lo confirmó.

Ah, estar en casa, en las colinas cerca de Armida, cabalgando con Marius y Linnell, y el viejo coridom terrano Andrés que amenazaba con darnos una paliza por cabalgar con tanto desenfreno, que Marius y yo nos desgarramos los pantalones y el pelo de Linnell se enredó de tal forma con el viento que su gobernanta no pudo cepillárselo. Ahora probablemente Linnell ya se había casado con el príncipe Derik y Derik estaba coronado, así que mi hermana adoptiva debía ser reina.

- ¿Señor Montray?

Me volví.

- ¿Qué ocurre? ¿Dio? ¿El bebé? ¿Está todo bien? -Me dio la impresión de que estaba compungida, profundamente perturbada, y de que no quería mirarme a los ojos.

-Tu esposa está perfectamente bien -dijo con dulzura-, pero la doctora DiVario quiere verte, acerca del bebé.

La doctora era una mujer joven, le agradecí, agradecí que a Dio se le hubiera ahorrado la indignidad de que la atendiera un hombre. A veces, un telépata o un empata poderoso puede trascender la diferencia de géneros, pero aquí, entre los ciegos mentales, yo sabía que Dio prefería una doctora de su propio sexo. La mujer parecía estar cansada y tensa, y supe que, si no tenía empatia, o por lo menos no en el intenso sentido del Don de los Ridenow, sí tenía esa conciencia rudimentaria que distingue a un buen médico de un médico indiferente.

- ¿Señor Montray-Lanart? Su esposa está bien, podrá verla en unos minutos -dijo, y murmuré una plegaria de agradecimiento a la Madre Avarra, una plegaria que no sabía que recordaba.

- ¿Nuestro hijo? -pregunté después.

Ella agachó la cabeza y supe... pensé, lo peor.

- ¿Muerto?

-Simplemente era demasiado pronto -dijo-, y no pudimos hacer nada.

-Pero... -protesté como un tonto- la asistencia vital, los úteros artificiales... han vivido otros niños más prematuros que éste...

Descartó mis palabras con un gesto. Parecía estar tensa.

-No permitimos que su esposa lo viera -dijo-. En cuanto lo supimos, la... la drogamos. Lo siento, pero me pareció lo mejor; estaba muy agitada. Ahora ya está apunto de salir de la anestesia, y usted debería estar con ella. Pero antes... -dijo, y me miró con algo que reconocí, incómodo, como lástima-, debe ver. Es la ley, para que no nos pueda acusar de habernos deshecho de un niño sano... -Y recordé que había un floreciente mercado de niños adoptivos, para mujeres que no querían tomarse la molestia de dar a luz. Percibí la angustia de la joven doctora, y no sé por qué recordé un sueño. No recordaba los detalles, era algo acerca del médico que me había dicho aquí mismo, hacía unos días, que debía prepararme para cierto grado de deformidad, algo espantoso, sangriento, horroroso...

Me condujo a un pequeño cuarto desnudo, con armarios y puertas cerrados, donde había una bandeja cubierta con una tela blanca.

-Lo siento -dijo, y la descubrió.

Una vez salí del velo de la droga y vi el horror que había crecido en el extremo de mi brazo. Los mensajes, en lo profundo de la célula, que ordenaban que una

Mano fuera una mano y no un pie ni un casco ni el ala de un pájaro...

Había gritado hasta quedar ronco...

Pero entonces, ni un sonido salió de mí. Cerré los ojos y sentí la compasiva mano de la doctora sobre mi hombro. Creo que supo que me alegraba de que nuestro hijo yaciera allí sin vida, pues sin duda yo no podría haberlo dejado vivir. No así. Pero me alegraba de que no fuera mi mano la que...

... se clavaba en el cuerpo de Dio y arrancaba al bebé, sangriento, con garras, con plumas, un horror más allá de todo horror...

Exhalé un profundo suspiro y abrí los ojos, contemplando con mirada pétrea aquella cosa horrorosamente deforme que yacía sin vida ante mí. *Mi hijo. ¿Se habría sentido así Kennard cuando vio lo que Sharra había hecho conmigo?* Por un momento deseé poder refugiarme todavía en la locura. Pero era demasiado tarde para eso.

-Sí, sí, ya veo -dije, con voz inexpresiva, y me alejé de aquella cosa. De modo que el daño, en lo profundo de las células, había llegado más hondo de lo que creía, hasta el plasma germinal de mi semilla.

Ningún hijo mío se sentaría nunca sobre mi hombro para contemplar los caballos de Armida... Aunque le había dado la espalda, todavía me parecía ver aquel horror ante mis ojos. Ni siquiera humano. Y sin embargo, monstruosamente, había estado vivo la noche anterior…

La Diosa ha sido misericordiosa con nosotros...

- ¿Dio lo sabe?

-Creo que sabe que era... demasiado deforme para vivir -dijo la doctora con dulzura-, pero no sabe en qué, y si es prudente, jamás se lo dirá. Dígale alguna mentira simple. Ella le creerá; las mujeres no quieren saber, creo, más que lo necesario. Dígale una verdad simple, que el corazón del niño se detuvo.

Me condujo afuera de aquella habitación, lejos de aquella cosa que volvería a ver una y otra vez en mis pesadillas. Volvió a tocarme el hombro con compasión y me dijo:

-Podríamos haber... vuelto a hacer funcionar el corazón. ¿Lo hubiera preferido? A veces un médico tiene que tomar decisiones de ese tipo.

-Le estoy agradecido -le dije, de corazón.

-Le llevaré con su esposa.

Dio estaba acostada en la misma cama de antes. Tenía aspecto atontado, y parecía muy pequeña, como una criatura que hubiera llorado hasta dormirse, y en su rostro todavía había rastros de lágrimas. Le habían cubierto el pelo con un gorro blanco, y la habían arropado bajo vanas mantas. Una de sus manos asía la suave manta como una criatura se aferra a un juguete. A su alrededor, pude oler el acre aroma de las drogas, y también su piel olía a ellas: lo percibí al besarla.

-Preciosa...

Abrió los ojos y se echó a llorar otra vez.

-Nuestro bebé está muerto -dijo en un murmullo-. Oh, Lew, nuestro bebé, no pudo vivir...

-Tú estás a salvo, cariño. Eso es todo lo que me importa -susurré, tomándola en mis brazos.

Pero aquella cosa seguía detrás de mis ojos, aquel honor, no humano... En su debilidad, ella buscó el consuelo del contacto telepático; ella, que siempre había sido la más fuerte de los dos, buscó mi mente…

La sentí retroceder ante lo que vio allí, lo que vio yaciendo frío e impersonal en aquella fría habitación desnuda, sobre una bandeja quirúrgica, inhumana y terrible como una pesadilla...

Gritó, luchando por alejarse de mí; gritó y gritó, como había gritado yo cuando vi lo que había ocupado

el lugar de mi mano, gritó y gritó y luchó por liberarse de mí, cuando yo la hubiera consolado, luchó por alejarse del horror...

Vinieron y la drogaron, por temor a que se lastimara, y me alejaron de ella. Me lavé y afeité, comí algo, y tras haber hecho los grotescos trámites legales para la incineración de lo que tenía que haber sido nuestro hijo, volví, dispuesto a

tolerar que ella me echara la culpa, porque ella me había acompañado en todas mis pesadillas y horrores y ahora yo debía ser fuerte para ella. No estaba.

-Su esposa se marchó del hospital hace horas -me dijo el doctor, cuando me enfadé y exigí que me dijeran qué habían hecho con mi esposa-. Vino su hermano y se la llevó.

-Puede estar en cualquier parte -dije-, en cualquier parte del Imperio.

Mi padre suspiró y apoyó la cabeza en su delgada mano deformada.

-No debió haberte hecho eso.

-No la culpo. Ningún hombre debe hacerle eso a una mujer. -Y apreté los dientes para contener la marea de culpabilidad.

Si hubiera sido capaz de amurallar mis pensamientos. Si yo me hubiera hecho monitorizar para asegurarme de que mi plasma germinal no estaba dañado... Podría haberlo sabido; debería haberlo sabido, al ver que mi mano no se regeneraba como una mano, sino como una pesadilla -el dolor en el brazo era como una pesadilla ahora, distante, pavoroso, y yo lo agradecía porque disipaba el dolor de haber perdido a Dio-. Pero no la culpaba. Ya había soportado tantas cosas por mí, y luego esto... no. Si yo hubiera sido Dio, no me hubiera quedado más de diez días, y yo había tenido su presencia, su consuelo, durante un año y medio...

-Podríamos hacerla buscar -dijo mi padre-. Hay detectives, gente que se especializa en rastrear a los que desaparecen, y a los ciudadanos de Darkover no les resulta precisamente fácil mezclarse con el resto del Imperio.

Pero sus palabras carecían de convicción, y negué con la cabeza.

-No. Es libre de ir y venir. No es mi prisionera ni mi esclava.

Si el amor que nos unía se había destrozado con la tragedia, ¿acaso podía culparla? Aun así le estaba agradecido. Dos años atrás, una cosa así me hubiera destrozado, me hubiera hecho caer en una espiral de agonía, desesperación, y autocompasión suicida. Ahora sentía una inconmensurable pena, pero lo que Dio me había dado no podía ser destruido con su ausencia. No estaba curado -tal vez no me curara nunca-, pero volvía a estar vivo, y podía vivir, pasara lo que pasase. Lo que ella me había dado ya era para siempre una parte de mí.

-Es libre de irse. Algún día, tal vez, aprenda a vivir con lo ocurrido, y vuelva a mí. Si lo hace, estaré preparado. Pero no es mi prisionera, y si vuelve, deberá ser porque desea hacerlo.

Mi padre me miró durante largo rato, tal vez esperando que volviera a derrumbarme. Pero al cabo de un rato, debió darse cuenta de que hablaba en serio, y empezó a hablar de otra cosa.

-Ahora no hay motivos -dijo- para que no vengas conmigo a Darkover para poner en orden lo que queda de la herencia de Alton.

Pensé en Armida, que yacía en un pliegue de las Kilghard Hills. Había pensado en ir allí llevando a mi hijo a hombros para que viera los caballos, para enseñarle lo mismo que me habían enseñado a mí, para verle crecer allí, para estar a su lado en su primera guardia contra incendios... no.

Había sido una loca esperanza. Marius estaba intacto; serían sus hijos los que continuarían el linaje de Alton, si es que había un linaje. A mí ya no me importaba; no tenía nada que ver conmigo. Estaba trasplantado, desarraigado, exiliado... y ese dolor era menor que el de intentar regresar.

-No -dije. Y mi padre no trató de persuadirme. Creo que sabía que mi resistencia tocaba a su fin, que ya había aguantado bastante, que ya no tenía fuerzas para seguir luchando.

-No deberías volver a la casa que compartías con Dio, todavía no -dijo.

Y me pregunté cómo lo sabía. Aquel lugar estaba demasiado lleno de recuerdos. Dio, acurrucada en mis brazos, mirando conmigo las luces de la ciudad extendida a nuestros pies. Dio, con el pelo suelto, en camisón, jugando a la vida doméstica que era nueva y divertida para los dos. Dio...

-Quédate aquí unos días -propuso.

Si ella vuelve, si me quiere...

-Sabrá dónde encontrarte -dijo él. Y mientras él hablaba, yo ya sabía que no volvería-. Quédate algunos días aquí conmigo. Después saldré para Darkover y tú podrás volver a tu casa o quedarte solo aquí. Yo no... -me miró con una lástima que su prudencia le impedía enunciar en voz alta- yo no... Interferiré.

Por primera vez en mi vida, sentí que mi padre me hablaba como a un igual, como a un hombre, no como a su hijo. Suspiré.

-Gracias, padre -contesté-. Me gustaría venir.

No pensé más en la matriz de Sharra, envuelta, aislada, y guardada en el más remoto rincón del más remoto armario del apartamento que había compartido con Dio, en las afueras de la ciudad. Ninguno de los dos habló de ella durante aquellos días, los diez días finales que pasamos en aquella casa. No salió en la primera

nave donde había reservado pasaje. Creo que quería pasar conmigo el tiempo que quedaba, que no quería dejarme completamente solo en un planeta que se había hecho tan extraño para mí como si no hubiera vivido allí durante casi dos años.

Faltaban todavía cinco días para que saliera del puerto espacial de Vainwal la segunda nave en que había reservado pasajes. No había muchas naves con destino final en Cottman IV, que es como los terranos llaman a Darkover. Pero muchas hacían escala allí, ya que el planeta estaba ubicado entre los brazos superior e inferior de la espiral galáctica, un lógico punto de trasbordo. A eso del mediodía, mi padre me pidió, de manera tentativa, es cierto, si quería acompañarle a uno de los grandes palacios del placer de la ciudad, cuya mayor atracción era un baño gigantesco, construido a semejanza del de una famosa ciudad terrana que había convertido el baño en una de las bellas artes.

Mi padre había estado inválido durante años; uno de mis primeros recuerdos era el de los manantiales de agua caliente de Armida, y sumergirme, después de un día helado sobre la montura, hasta el cuello en el agua hirviendo. No sólo los enfermos o los inválidos disfrutan de eso. En todo el Imperio, y en especial en los mundos de placer, donde nada es tabú, las casas de baño son un punto de encuentro para aquellos cuyo interés no se reduce al agua caliente ni a los relajantes baños minerales. Tal vez la atmósfera de distendida desnudez contribuye a reducir las inhibiciones. Se ofrecen allí muchos entretenimientos que poco tienen que ver con el baño.

La enfermedad de mi padre, y su notable invalidez, le daban las más obvias y respetables razones para estar allí; además, encontraba allí masajistas que aliviaban considerablemente sus músculos doloridos. Yo rara vez visitaba aquellos lugares. Hubo una época en que era una agonía para mí estar en esos ambientes, la clase de

mujeres que se reunían allí en busca de hombres cuyas inhibiciones estuvieran relajadas por la atmósfera de los baños no eran, por así decirlo, la que más me atraía. Pero mi padre parecía más inválido que de costumbre, y su andar más inseguro. Podría haber mandado a buscar un masajista para que le acompañara, o hacerse transportar en silla de manos -en Vainwal es posible conseguir cualquier tipo de atención o servicio, pagando-, pero en el estado que estaba, no podía permitir que le atendieran unos desconocidos. Le acompañé a la casa de baños, le llevé hasta la puerta de las piscinas calientes y me fui al restaurante a por una copa. Allí me quedé mirando un grupo de bailarines que hacía cosas sorprendentes con sus anatomías, después alejé a las mujeres -y a los hombres- que paseaban en busca de clientes lo bastante excitados por la exhibición como para pagar por otra más privada. Más tarde miré otro espectáculo, esta vez un holograma, un drama musical

que contaba una antigua leyenda sobre el amor y la venganza del Dios del fuego; otro Dios había hecho raptar a su esposa, un tercero la había violado, y el Dios del fuego la había declarado casta, aunque el que había perdido a la esposa estaba celoso y se negaba a aceptar el veredicto. Pero la ilusión de llamas que rodeaba al actor que interpretaba al Dios del fuego me puso nervioso. Me levanté y abandoné el restaurante, incómodo. Fui a uno de los bares a por otra copa, y allí me encontró el masajista de mi padre.

-Tú eres Lewis Kennard-Lanart...

Me sentí consternado en el acto, sabiendo que algo andaba mal, preparándome para más tragedias.

-Mi padre... ¿qué le ocurre a mi padre?

-No está en peligro ahora -me dijo el masajista, retorciendo la toalla entre las manos-, pero el calor de la sauna fue demasiado para él y se desmayó. Llamé a un médico -añadió a la defensiva-. Querían llevarle al

Hospital terrano, pero él se negó. Dijo que lo único que necesitaba eran unos minutos de descanso, y que tú lo llevarías a casa.

Un criado le había ayudado a vestirse, y estaba tomando una copa de coñac. Estaba muy pálido. Nunca me había dado cuenta de lo delgado que estaba. El dolor y la compunción me golpearon.

-Deja que te lleve a casa, padre -dije, y mandé llamar a uno de los pequeños taxis aéreos que nos dejó directamente en la terraza de nuestro edificio.

No había percibido su angustia ni su colapso... ¡había estado mirando a aquellos estúpidos bailarines!

-Está bien, Lew-dijo él con suavidad-. No eres mi custodio.

No sé por qué, aquello también me hizo sentir inquieto, perturbado. Por una vez, en lugar de quedarse de pie, aceptó recostarse en un blando sofá de flotación, aunque se negó a irse a la cama.

-Padre, ¿no tendrás intención de viajar a Darkover dentro de cinco días? ¡No podrás soportar el viaje! Y el clima de Thendara...

-Nací allí-fue su respuesta concisa-. Puedo soportarlo. Y no tengo elección, a menos que tú decidas ir y me ahorres el problema.

La furia y la pena me invadieron.

- ¡Eso no es justo! -protesté-. ¡No puedes pedírmelo...!

-Pues te lo pido -contestó-. Ahora eres suficientemente fuerte para hacerlo. No te lo pedí cuando no estabas preparado. Pero ahora no hay motivo para que no...

Lo consideré. O traté de considerarlo. Pero todo en mí se negaba: regresar, caminar por mi propia voluntad hasta aquel rincón del infierno donde había encontrado muerte y mutilación, rebelión, amor y traición...

No. No. Por Avarra misericordiosa, no...

Suspiró profundamente.

-Tendrás que enfrentarte al asunto algún día, Lew. Y yo no quiero enfrentarme solo al Concejo. Sólo puedo contar con un único aliado allí...

-Dyan -dije-, y hará más por ti si yo no estoy. Me aborrece, padre.

Mi padre sacudió la cabeza.

-Creo que te equivocas. Prometió... -suspiró de nuevo-. Aún así, sea como fuere, algún día tendrás que regresar...

No puedes vivir así, Lew. En Darkover hay algunos expertos en tecnología de matrices que tal vez encuentren la manera de liberarte de Sharra...

-Lo intentaron -repuse-. Me dijiste que lo intentaron antes de que me sacaras del planeta, y que fracasaron. Y que por eso tuvimos que llevarnos la matriz del planeta dado que no podías separarla de mí sin matarme...

-Entonces estabas más débil. Eso ocurrió hace tres años. Ahora podrías sobrevivir.

Mil terrores, agonías, arrepentimientos, me invadieron: de no haber sido por mi desafortunada actuación como monitor, tal vez Dio no hubiera tenido un parto prematuro...

Y aquel horror monstruoso podría haber vivido, respirado...

Pero Dio a lo mejor hubiera comprendido. A lo mejor no me habría... odiado, ni habría huido horrorizada del monstruo que yo había engendrado, del monstruo en el que me había convertido...

Libre de Sharra, ¿habría alguna manera de revertir el daño? El vínculo con aquella gigantesca, matriz que de alguna manera había dañado mis células... si hubiese tenido el coraje de librarme de Sharra, tal vez el horror no hubiera afectado a nuestro hijo... al menos podría haberme hecho monitorizar, para estar seguro de antema-

no, para no engendrar un hijo... podría haber avisado a Dio, para que no tuviera que sufrir aquella pérdida...

-No creo que hubiera cambiado nada. El daño fue hecho antes de que tú conocieras a Dio. -Sabía que él compartía la imagen mental conmigo, la imagen de aquel monstruoso fracaso con mi mano... pero nunca estaríamos seguros.

-Algún día. Algún día. Tal vez.

Empezó a hablar, pero cerró la boca, y aunque yo pude oír las palabras que no pronunció, con toda claridad en su mente... *Te necesito, Lew, no puedo ir solo...,* le agradecí que no usara su última arma, su debilidad, para persuadirme. Me sentí culpable por no ofrecérselo sin que lo pidiera. Pero no podía, no podía...

Cerró los ojos.

-Me gustaría descansar-dijo.

Salí y le dejé solo.

Caminé por el apartamento, debatiendo si debía o no internarme en el mundo multiforme del planeta de placer y emborracharme a muerte; emborracharme lo bastante para olvidar los horrores que invadían mi mente, la culpa y la autoculpabilidad. Mi padre me necesitaba; había hecho, sin chistar, todo lo necesario cuando yo me encontraba enfermo e indeciso, y ahora yo no quería, no podía corresponder a tanta generosidad. Pero no le dejaría solo. No podía hacer lo que esperaba de mí, pero haría cuanto pudiera.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que oí su voz, aquel grito de terrible dolor, que resonó en mi mente y estalló a través de las habitaciones. Ahora sé que no hubo tal grito, que todo fue tan rápido que ni siquiera pudo haber emitido un sonido, pero fue un grito de agonía. Mientras me precipitaba a su habitación, tropezando con las prisas, su voz estallaba en mi mente como en aquel primer contacto telepático, cuando había despertado por la fuerza mi *laran* a los once años: un dolor mortal y la orden dura, inflexible que no podía eliminar.

¡LEW! DEBES IR, YO NO PUEDO... DEBES REGRESAR A DARKOVER, LUCHAR POR LOS DERECHOS DE TU HERMANO Y POR EL HONOR DE ALTON Y DEL DOMINIO... DEBES REGRESAR Y LIBERARTE DE SHARRA... LEW, TE LO ORDENO. ES MI DESEO FINAL, MI ÚLTIMO DESEO...

Y después una corriente de amor y ternura y un momento de puro gozo.

-Elaine -gritó dentro de mi mente. *Yllana. Amada.*

Entré en su habitación y allí yacía, muerto. Pero en su rostro se dibujaba una tierna sonrisa de felicidad.

LIBRO SEGUNDO

LA FORMA DE FUEGO

Darkover: El fin del exilio

Había alguien en la puerta. Regís Hastur se despertó, confuso y se encontró en sus aposentos del Castillo Comyn. Su criado personal discutía, en obstinados susurros, con alguien plantado ante la puerta y que insistía. Regís se echó una bata forrada de piel sobre los hombros y fue a ver qué ocurría.

-*Vai dom,* este... esta persona insiste en verte, a pesar de lo desatinado de la hora...

-Bien, de todos modos ya estoy despierto -contestó, parpadeando. Por un momento no reconoció al robusto joven de ojos oscuros que permanecía allí de pie, pero la sonrisa cómplice del muchacho le hizo suponer que sí le conocía.

-No hemos coincidido muchas veces y creo que nunca hemos sido presentados formalmente -dijo-. Al menos no desde que yo tenía ocho o nueve años. Mi nombre es Marius, y no discutiré lo demás, cuando estoy aquí para pedirte un favor.

Regís reconoció entonces al hijo menor de Kennard. Le había visto brevemente en algún lugar de Thendara, haría unos tres años; ¿en compañía de Lerrys Ridenow tal vez?

-Por supuesto que te recuerdo, pariente -dijo. Y en cuanto hubo pronunciado esa palabra, *pariente,* el

Reconocimiento formal a un igual, pensó, demasiado tarde, lo muy ultrajado que se habría sentido su abuelo. El Concejo, después de todo, había hecho lo imposible para evitar concederle ese reconocimiento formal al hijo menor de Kennard.

Sin embargo, habían puesto a Regis en manos de Kennard para que lo criara entre los nueve y los doce años. Regis y Lew habían sido *bredin,* hermanos juramentados. Cómo podía ahora negarle ese reconocimiento al hijo de Kennard y hermano de Lew, quien, según todos los parámetros del honor y la decencia, era también hermano de crianza de Regis. Pero había descuidado esa obligación. Incluso ahora, su criado miraba fijamente a Marius como si el joven fuera un bicho raro que hubiera aparecido en su taza del desayuno.

-Entra, Marius -dijo Regis-. ¿Qué puedo hacer por ti?

-No es por mí-respondió Marius-, sino por mi amigo. Durante esta temporada, he estado viviendo en la casa que mi padre tiene en Thendara. No me han hecho sentir precisamente cómodo en el Castillo Comyn.

-Lo sé y lo siento, Marius. ¿Qué puedo decir? Yo no tomo las decisiones del Concejo, pero tampoco significa que esté de acuerdo con ellas. Entra, ¿quieres? No te quedes en la entrada ¿Una copa? Erril, llévate su capa.

Marius sacudió la cabeza.

-No hay tiempo para eso, me temo. Mi amigo... ya le conoces, una vez me dijo que fuisteis prisioneros juntos en Aldaran, y que sabes algo de... -Marius vaciló y bajó el tono de voz como si estuviera a punto de pronunciar una terrible obscenidad- de Sharra.

Regis recordó entonces su sueño, la monstruosa forma de fuego que ardía y arrasaba en su pesadilla, las naves estallando en llamas.

-Lo recuerdo -dijo-, y demasiado bien. Tu amigo... Rafe Scott, ¿verdad? -Recordaba también haber-

les visto juntos en Thendara. Sí, con Lerrys Ridenow, a quien le agradaba la compañía de los terranos-. ¿Qué ocurrió, Marius?

Por su mente volaban pensamientos contradictorios: *Esto no puede ser cierto, durante todos estos años ni siquiera be soñado con Sharra, y ahora... Esto es algo más que una coincidencia.*

-Era mi huésped -dijo Marius-, y los criados le oyeron gritar y fueron a despertarme, pero cuando me reuní con él, no me reconoció. Siguió gritando y delirando acerca de Sharra. No pude lograr que me oyera. ¿Podrías... podrías venir?

-Lo que necesitas es un curador -dijo Regis-. Yo no tengo habilidad ninguna para esas cosas. -Y se preguntó si Danilo, que había sido prisionero con él durante aquellas semanas en Aldaran, que también había sido afectado por la forma de fuego, no se habría despertado también tras una aterradora pesadilla de Sharra. ¿Y que significaría?

-Lord Regis -exclamó el criado, indignado-, ¿no pensarás salir a... a esta hora de la noche, por la simple petición de... un cualquiera?

Regis había estado pensando en negarse. Lo que Marius necesitaba era un curador o un técnico en matrices. Regis había pasado una temporada en una Torre, y había aprendido a controlar su propio *laran* para que no le hiciera enfermar ni le volviera loco, pero no la técnica necesaria para curar el cuerpo o la mente con la ayuda de una matriz, y lo que sabía de Sharra era muy poco. Sólo que durante todo ese tiempo, su propia matriz se había oscurecido y no podía tocarla sin ver la devastadora forma de fuego. Pero las palabras del criado le irritaron.

-No sé si puedo serte de gran ayuda, Marius, y no conozco en absoluto al joven Scott. No le he visto desde entonces. Ni siquiera he hablado con él. Pero te acompañaré como amigo -dijo, ignorando la mirada indignada que le dirigía el criado-. Tráeme la ropa, Erril, y las botas. Si me perdonas un momento, me iré vistiendo.

Mientras se vestía sin perder tiempo, pensó que posiblemente era el único telépata con experiencia indirecta con Sharra, aunque escasa, que siguiera en los Dominios. Y aunque sabía poco de ella, no le apetecía en absoluto saber más.

¿Pero qué significará esto? ¡La, matriz ni siquiera está en Darkover! Se exilió con Lew y Kennard.

Se mojó la cara con agua helada, esperando aclarar su confusión. Y entonces se dio cuenta de lo que podía haber ocurrido.

Soy responsable de esto. Yo envié el mensaje, y mi abuelo se pondrá furioso cuando se entere de que fui yo. Y ya estoy sufriendo las consecuencias de mis actos.

Como un relámpago, su mente revivió lo ocurrido. Sucedió haría unos cien días. Como Heredero de Hastur, se había enterado de una decisión de las *cortes,* el cuerpo que regia Thendara. Por pacto de honor, no podía discutir esas decisiones con ningún extraño. *¿Pero qué hacer cuando el honor entraba en conflicto con el honor?* Al final había acudido al único hombre de Darkover que tenía alguna posibilidad de revertir la decisión.

Dyan Ardáis le había escuchado con una sonrisa irónica en los labios, como si percibiera hasta qué punto Regís odiaba aquello: tener que acudir a él como suplicante, a pedirle un favor. Regís había concluido, furioso:

- ¿Acaso quieres ver cómo le hacen esto a Kennard?

Entonces Dyan había fruncido el ceño y le había pedido que se lo contara todo de nuevo.

- ¿Qué pretenden hacer exactamente?

-En la primera sesión del Concejo de este año, van a declarar alienables las propiedades dé Kennard, por-

Que ha abandonado Darkover, y van a darle Armida a Gabriel Lanart-Hastur. ¡Sólo porque está al mando de la Guardia y está casado con mi hermana!

-No veo qué otra opción tienen.

-Kennard debe volver -contestó Regis, colérico-. ¡No deberían hacerle esto a sus espaldas! ¡Debería tener la oportunidad de protestar! ¡Y Kennard tiene otro hijo!

Al cabo de un largo silencio, Dyan había dicho:

-Me ocuparé de que al menos Kennard lo sepa. Luego, si él elige no regresar para reclamar... Bien, supongo que la ley seguirá su curso. Déjamelo a mí, Regis. Ya has hecho todo lo que podías.

Y ahora, semanas más tarde, mientras Regis se apresuraba para reunirse con Marius, se preguntaba qué había ocurrido. Aunque Kennard hubiera regresado, no habría sido tan estúpido como para traer la matriz de Sharra a Darkover, ¿verdad?

Quizá, pensó, *quizá sea sólo una pesadilla, quizá no se trate de la aterradora coincidencia que creo. Tal vez la pesadilla de Rafe llegó hasta la única persona de Thendara que había sido tocada por Sharra y por eso también yo lo soñé...*

Se colocó la capa sobre los hombros y le dijo a Marius:

-Vamonos. Erril, llama a mi guardaespaldas.

No deseaba su presencia, pero sabía que ni siquiera a aquellas horas podía caminar inadvertido por las calles de Thendara; y aunque hubiera podido, se había visto obligado a prometerle a su abuelo que no lo haría.

Tengo más de veinte años, soy adulto. Sin embargo, como heredero de mi abuelo, como Heredero de Hastur, estoy obligado a cumplir su voluntad. Esperó que llegara el hombre con uniforme de la Guardia, y atravesó los pasillos del Castillo Comyn hasta las vacías calles de Thendara, con Marius a su lado.

Habían pasado muchos años desde la última vez que Regis entrara en la casa de Kennard Alton en Thendara. Se elevaba junto a una gran plaza empedrada, y aquella noche estaba a oscuras salvo por una única luz en la parte trasera. Marius le condujo hasta una puerta lateral. Regis le dijo al Guardia:

-Espera aquí.

El hombre discutió un poco en voz baja -el *Vai Dom* debía tener cuidado, podía ser una trampa- pero Regis repuso con cólera que tal afirmación era una ofensa a su pariente, y el Guardia, que después de todo había conocido a Kennard como comandante, y probablemente también a Lew como cadete y oficial, acabó por ceder.

Pero una vez el guardaespaldas se hubo marchado, Regis pensó que, después de todo, hubiera estado más tranquilo en su compañía. Tendía a confiar en Marius, pero Rafe Scott era terrano, y los terranos eran famosos por su indiferencia a los códigos de honor. Y además, Rafe era de algún modo pariente del architraidor Kadarin, que había sido el amigo juramentado de Lew, pero que le había traicionado, le había golpeado y torturado, le había drogado y obligado a servir a Sharra.

Desde el interior de la oscura casa brotó un grito, un alarido, un aullido de terror, como si no procediera de una garganta humana. Por un momento, Regis sintió detrás de los ojos el ardor del fuego, el terror primitivo de la forma de fuego, rugiente, devastadora... pero lo eliminó, porque sabía que era el terror de la mente de Rafe lo que había captado. Consiguió amurallar su mente y se volvió hacia Marius, que se hallaba a su lado, pálido de temor. Se preguntó si el joven tenía suficiente *laran* para captar la imagen, o si era la angustia de Rafe lo que le perturbaba.

Kennard demostró al Concejo que Lew tenía el Don de Alton, y ellos lo aceptaron. No aceptaron a Marius.

¿Acaso significaba eso que el hijo menor de Kennard no tenía laran?

-Marius, recuerda que no sé si podré hacer algo por él. Pero debo verle.

Marius asintió, y le condujo hasta una habitación. Junto a la puerta había un criado temblando, temeroso de entrar.

-No ha habido ningún cambio, *dom* Marius. Andrés está con él.

Regís sólo dedicó una brevísima mirada de reconocimiento al robusto hombre canoso vestido con ropas darkovanas -aunque Regís sabía que era terrano- que había sido *coridom* principal, o mayordomo, de Armida cuando Regís había estado allí de pequeño. Rafe Scott estaba sentado muy erguido. Observaba algo que Regís no podía ver, y mientras entraban en la habitación, volvió a emitir un aullido animal de terror y pavor. A pesar de sus fuertes barreras, Regís pudo percibir el calor, el fuego, el tormento, una mujer, con rizos ardientes...

Regís sintió que cada uno de los pelos de su cuerpo se le erizaba, como un animal en presencia de un enemigo primordial. Marius le preguntó algo a Andrés en voz baja y preocupada, y el hombre negó con la cabeza.

-Lo único que he podido hacer es sostenerle para que no se hiciera daño -explicó.

-Ojalá Lerrys estuviera en la ciudad -dijo Marius-. Los Ridenow están entrenados para enfrentarse con inteligencias extrañas, con presencias que no están en absoluto en esta dimensión.

Regis miró el rostro aterrado del joven. Sólo había visto una vez a Rafe, y brevemente. Le recordaba mejor cuando era un niño de trece años, en Aldaran. Había pensado, entonces, que el muchacho era demasiado joven para ser admitido en un círculo de matriz. Ahora debía tener diecinueve o veinte años.

No era un muchacho, entonces. Un hombre joven.

Pero, al vivir entre los terruños, no ka, tenido el entrenamiento adecuado para enfrentarse con estas cosas.

Pero Lew fue entrenado en Arilinn, y todo lo que pudieron hacer por él no impidió que se quemara en los fuegos de Sharra.

De nada serviría buscar a un técnico en matrices. Podían hacer muchas cosas: abrir cerraduras sin una llave, localizar objetos perdidos por medio de la clarividencia amplificada mediante matriz, dar garantías especiales para las transacciones comerciales en las que las *garantías comunes no servían,* diagnosticar oscuras dolencias, e incluso hacer alguna cirugía sencilla sin sangre ni bisturí. Pero Sharra trascendía esos conocimientos o esa competencia. Para bien o para mal, Regis, que sabía muy poco, sabía más que cualquiera sobre Sharra.

Le producía una terrible repugnancia tocar aquel horror, pero trató de establecer un leve contacto con la mente de Rafe, tranquilizando su propia mente por medio de la matriz que llevaba colgando del cuello. Ante el contacto extraño, Rafe se convulsionó, como si fuera una vez más presa del horror, y gritó:

- ¡No! ¡No, Thyra! ¡Hermana, no...!

Por una fracción de segundo Regis vio y reconoció la imagen que había en la mente de Rafe: una mujer, no el horror de pelo llameante que era Sharra, sino una mujer pelirroja, con ojos de un curioso color dorado.

Entonces Rafe parpadeó y en un instante todo pasó, y se quedó mirando a Regis con inteligencia. Regis notó, algo sorprendido, que también sus ojos eran dorados, como los de la mujer que había visto.

- ¿Qué pasa, por qué me miras así? -Preguntó Rafe-. ¿Qué estás haciendo aquí...? -Volvió a parpadear y miró intensamente a su alrededor-. Marius, ¿qué ha pasado?

-Eso deberías decírmelo tú -dijo Marius con irritación-. Lo único que sé es que despertaste a toda la

casa con alaridos sobre... sobre... -vaciló tanto que finalmente Rafe, con toda naturalidad, ofreció la palabra.

-Sharra -dijo, y Regis, sin saber por qué, se sintió aliviado, como si le hubiesen quitado un peso de encima.

-No me oías -dijo Marius-, no me reconocías.

Rafe frunció el ceño.

--Lamento haberte perturbado. Por todos los infiernos, ¿sacaste a Hastur de la cama a estas horas de la noche? -Miró a Regis preocupado, disculpándose-. Lo siento. Debo haber tenido una pesadilla, nada más.

Fuera se veía la pálida luz gris del alba. Marius, incómodo, preguntó:

- ¿Honrarás mi casa, Lord Regis, desayunando aquí? Es una pobre disculpa por haber perturbado tu descanso.

-Será un placer, primo -dijo Regis, usando la palabra un poco más íntima que el formal término pariente, pero no tanto como hermano de crianza. Su abuelo se

pondría furioso cuando se enterara, pero todos los herreros de las forjas de Zandru no podían remendar un huevo roto; y lo hecho, hecho estaba. Marius dio órdenes a Andrés, y Regis añadió:

-Pídele a los criados que den de comer a mi Guardia en las cocinas, ¿quieres?

Una vez que los criados salieron, Marius volvió a hablar.

- ¿Qué ocurrió, Rafe? ¿O en realidad no lo sabes?

Rafe negó con un gesto de la cabeza.

-No creo que fuera un sueño -dijo-. Vi a mi hermana Thyra, y ella... ella se convirtió otra vez en Sharra. Tuve miedo.

- ¿Pero por qué habría de ocurrir precisamente ahora, cuando no ha pasado durante seis años? -preguntó Regis.

-Temo averiguarlo -respondió Rafe-. Creía que

Sharra se había marchado, que no estaba activa, al menos no aquí, en Darkover.

-Pero no está aquí, en Darkover -dijo Regis-. Los Alton se la llevaron del planeta; a Terra, quizá. Nunca supe por qué.

-Tal vez -explicó Rafe-, porque aquí, en Darkover, no podría ser controlada *y* podría seguir naciendo daño... -Y quedó en silencio, pero Regis, al ver la imagen de su mente, recordó que el antiguo puerto espacial de Caer Donn, en las montañas, se había incendiado-. Si estuviera aquí, Kadarin podría haberla recuperado.

-No sabía que seguía vivo -dijo Regis.

Rafe suspiró.

-Sí. Aunque no he visto a ninguno de los dos desde hace años. Estuvieron ocultos durante mucho tiempo. -Pareció estar a punto de decir algo más, pero se encogió de hombros y añadió-: En circunstancias ordinarias, me hubiera alegrado enterarme de que Thyra seguía viva, pero...

Con dedos temblorosos buscó la matriz que llevaba al cuello.

-Yo era tan sólo un niño cuando se rompió el círculo de Sharra, y... sufrí un shock. Estuve mucho tiempo enfermo. Cuando me recuperé, me dijeron que Marjorie había muerto, que Lew se había llevado la matriz fuera del planeta y que nunca regresaría, y... descubrí que no podía usar mi piedra estelar; yo había formado parte del círculo, y cuando se rompió el vínculo con la matriz de Sharra, mi propia piedra estelar quedó... quemada, o por lo menos eso creí. Pero ahora no estoy seguro...

Desenvolvió la piedra. Regis pensó con frialdad que era muy pequeña, una gema azul, facetada, defectuosa. Rafe clavó la mirada en ella: su interior se encendió al rojo vivo, con tanta claridad que incluso Regis y Marius

Pudieron ver la forma de fuego. Rafe guardó la piedra. Sus dedos temblaban mientras trataba torpemente de ajustar los cordones de su bolsita de cuero.

- ¿Qué significa? -preguntó en un susurro.

-Sólo puede significar una cosa -dijo Regis-. Significa que Kennard ha regresado. O Lew. O ambos. Y que, por una u otra razón, han traído con ellos la matriz de Sharra.

El primer día de sesión del Concejo, Regis Hastur llegó temprano a la Cámara de Cristal. Por un momento consideró la posibilidad de entrar por la entrada Hastur -en el vestíbulo que rodeaba la Cámara, había una entrada privada para cada Dominio, y una pequeña antecámara con barandillas, para que los miembros del Dominio pudieran reunirse en privado antes de hacer su aparición formal ante el Concejo-, pero se encogió de hombros y, tras detenerse para cambiar una palabra amistosa con el Guardia que estaba en la puerta, se dirigió hacia la entrada principal.

Hacía un día de sol brillante, y la luz entraba a raudales a través de los prismas del techo que daban nombre a la cámara; era como estar en el corazón multicolor de un arco iris. La Cámara de Cristal tenía ocho lados, y era espaciosa; al menos, pensó

Regis, parecía espaciosa ahora; en el punto más alto de los poderes del Comyn, debía haber parecido pequeña para todos aquellos que tenían derecho de Dominio dentro del Comyn. Donde estaba Regis se erguía el estrado central, con las puertas dobles de atrás custodiadas por Guardias de confianza; los otros siete lados estaban asignados a cada uno de los Dominios. Cada sección estaba separada por barandillas de madera y poseía bancos y pequeños recintos provistos de cortinas para que los señores y las damas de cada Dominio pudieran observar sin ser vistos o mantenerse en privado hasta que llegara el momento de una sesión plenaria. Una sección estaba vacía, y lo había estado desde hacía más tiempo del que Regis, o cualquiera de sus parientes vivos, podían recordar. Se acordó entonces que su abuelo le había dicho una vez, cuando era niño, que el Dominio de Aldaran había estado ausente desde que él, o cualquiera de sus parientes podían recordarlo. El antiguo Séptimo Dominio, Aldaran, había estado exiliado del Comyn desde hacía tanto tiempo que ya nadie recordaba por qué. Las razones, si es que las había, se habían perdido en las Eras del Caos. Regis lo había visto cada año desde que tenía edad suficiente para asistir a las sesiones del Concejo: vacío, con los bancos y asientos polvorientos, un espacio desnudo en la pared donde otrora había pendido el estandarte con la doble águila de Aldaran.

La sección del Dominio Alton también tenía las cortinas corridas. Había estado vacía durante las cinco últimas temporadas; ahora, al comenzar la sexta, Regis suponía que Lew o Kennard, o ambos, estarían allí, para disipar la amenaza de declarar vacante el Dominio Alton y entregárselo a Gabriel Lanart-Hastur como Guardián. Pero ¿habría vuelto alguno de ellos? No podía creer que Kennard regresara sin hacer una visita de cortesía a Lord Hastur, y esa visita no se había producido. Por otra parte, si era Lew quien había regresado, a Regis le parecía improbable que no le hubiera hecho avisar.

Éramos amigos. Creo que Lew me hubiera avisado. Pero no había habido ningún aviso, y Regis empezaba a estar preocupado. Tal vez Kennard y Lew habían decidido permitir que el Dominio se perdiera por in-comparecencia. En esta época, el señorío feudal sobre un Dominio enorme podía no significar nada. Marius estaba en buena posición; Kennard tenía muchas propiedades además de la Gran Casa de Armida. Tal vez,

pensó Regis, estaba más tranquilo si se ahorraba esa clase de custodia feudal del Antiguo Dominio, así como Regis hubiera preferido ahorrarse los cambios que sin duda sobrevendrían en la sociedad darkovana. Que Gabriel se quedara con la tarea poco gratificante de resolverlos.

Miró a su alrededor. Vio que alguien se movía detrás de las cortinas parcialmente corridas de la sección Ridenow; tal vez la esposa de Lord Edric o alguna de sus hijas mayores. Bien, había suficientes hijos e hijas Ridenow; por lo visto, no estaban malditos por la esterilidad que aquejaba a algunos de los más antiguos Dominios. La línea directa de Aillard se había extinguido; una línea colateral, la familia Lindir-Aillard, gobernaba aquella casa, con Lady Callina como cabeza formal del Dominio. Tenía una hermana más joven, Linnell, que había sido también hija adoptiva de Kennard, y un hermano que formaba parte del grupo de Dyan Ardáis, aunque Regis no sabía (ni le importaba) si el muchacho era el amante y favorito de Dyan o simplemente un acompañante. Últimamente, a Merryl Lindir-Aillard le habían visto con frecuencia en compañía del joven príncipe Derik Elhalyn. En una ocasión, el abuelo de Regis, Danvan, Lord Hastur, había expresado cierta preocupación por las compañías del príncipe.

-No creo que debas preocuparte, señor -le había dicho Regis, con picardía-. No importa lo que sea Merryl. Derik es un amante de mujeres. Merryl le halaga, eso es todo.

Y a causa de lo que era, telépata -aunque había reguladores telepáticos en toda la Cámara de Cristal, todavía no habían sido encendidos ni sintonizados-, Regis no se sorprendió al oír que el Guardia que estaba en la puerta decía, cambiando el tono

amistoso y respetuoso con el que se había dirigido a Regis por otro de llana deferencia:

-No, *vai dom,* llegas temprano. No ha llegado nadie salvo Lord Regis Hastur.

-Oh, bien -dijo la voz aguda del joven príncipe-, no he visto a Regis desde la última temporada.

Regis se volvió y saludó a Derik Elhalyn con una inclinación de cabeza. Pero Derik hizo caso omiso del gesto y se acercó a darle a Regis un abrazo de pariente. -¿Por qué has venido tan temprano, primo? Regis sonrió.

-Podría preguntarte lo mismo, señor. No advertí que era tan temprano, no esperaba ser el primero. -Había uno o dos, incluso dentro del Comyn, a quienes les podría haber dicho sin rodeos: *Mi abuelo estaba empezando a molestarme de nuevo con eso de arreglar mi matrimonio durante esta temporada, y me fui porque no quería volver a pelearme con él.* Pero aunque Derik era tres años mayor que Regis, alto y apuesto, esas cuestiones de adultos parecían fuera de lugar en un dialogo con él.

El Dominio de Elhalyn había sido antes un clan de los Hastur, aunque en realidad todos los Dominios descendían de los legendarios Hastur y Cassilda, los Elhalyn habían conservado su parentesco con los Hastur durante más tiempo que el resto. Algunos siglos atrás, los reyes Hastur habían cedido sus funciones ceremoniales, y el trono, a los Hastur de Elhalyn. La madre de Regis había sido hermana del rey Stephen, de modo que el «primo» no era solamente cortesía. Regis conocía a Derik desde que eran niños, pero cuando Regis tenía nueve años, ya era evidente que era más rápido e inteligente, y había empezado a tratar a Derik como a un hermano pequeño. El Regis adulto se preguntaba a veces si no les habían separado por eso, enviándole a él a Armida, para que el joven príncipe no sintiera demasiado su inferioridad. A media que los dos crecieron, se hizo penosamente obvio que Derik era lento y poco inteligente. Debería haber sido coronado a los quince años, la edad en que un muchacho se convertía legalmente en adulto. A los quince años, Regís había sido nombrado Heredero de Hastur, pero la coronación de Derik había sido postergada, primero hasta los diecinueve años, y luego, hasta que cumpliera veinticinco.

¿Y entonces qué?, se preguntó Regís. *¿Qué hará mi abuelo cuando quede por desgracia claro que Derik no estará más preparado para gobernar a los veinticinco años que cuando tenía quince?* Lo más probable era que coronara al joven, conservando la Regencia no oficial ante la mirada de todo Darkover, tal como lo habían hecho muchos Hastur durante siglos.

-Deberíamos tener un nuevo estandarte cuando me coronen -dijo Derik, junto a la barandilla de la sección Elhalyn-. El viejo está raído.

Merryl Lindir-Aillard, de pie detrás de él, habló con suavidad:

-Pero el viejo ha sido testigo de la coronación de cien reyes Elhalyn, señor. Simboliza toda la tradición del pasado.

-Bien, ha llegado el momento de que tengamos algunas tradiciones nuevas -dijo Derik-. ¿Por qué no estás de uniforme, Regís? ¿No estás ya en la Guardia?

Regís sacudió la cabeza.

-Mi abuelo me necesita en las *cortes.*

-Creo que no fue justo que no me dejaran servir en los cadetes como lo hacen todos los hijos del Comyn -dijo Derik-. ¡Hay tantas cosas que no me permiten hacer! ¿Acaso piensan que no soy lo suficientemente listo?

Por supuesto, eso era lo que pensaban, pero Regís no tuvo el valor de decírselo.

-Una vez mi abuelo me contó que fue maestro de cadetes durante algunas temporadas -dijo en cambio-, pero-tuvieron que sustituirle porque todos los

jóvenes cadetes le tenían demasiado respeto por el hecho de ser un Hastur.

-Sin embargo, me hubiera gustado llevar el uniforme de los cadetes -dijo Derik, que seguía enfurruñado, y Merryl agregó con tono afable:

-No te hubiera gustado, príncipe. A los cadetes no les gusta que haya Comyn entre ellos; te hicieron la vida imposible, ¿no es cierto, *Dom* Regis?

Regis empezó a decir: *Sólo durante el primer año, hasta que se dieron cuenta de que no pretendía usar los privilegios de mi rango para conseguir favores especiales que no me había ganado.* Pero supuso que aquello excedería la comprensión de Derik.

-Es cierto que tuve muchos problemas -contestó, y lo dejó así.

-Aunque hayan postergado mi coronación, no volverán a postergar mi matrimonio -dijo Derik-. Lord Hastur me dijo que hablaría con Lady Callina para anunciar mi compromiso con Linnell durante esta sesión del Concejo. Creo que debería pedírtelo a ti, Merryl. Tú eres su guardián, ¿verdad?

-Tal como está organizado el Comyn, señor -dijo Merryl-, los Aillard están gobernados por la línea femenina. Pero Lady Callina está muy ocupada con su trabajo en las Torres. Tal vez podamos arreglarlo, para que esa dama no sea molestada con asuntos menores como éste.

- ¿Callina es todavía Celadora en Neskaya... no... en Arilinn, *Dom* Merryl? -preguntó Regis, utilizando el título formal, irritado por la manera en que el joven daba a Derik la idea de que tal vez él, Merryl, debía ser consultado antes que la verdadera Guardiana del Dominio.

Merryl hizo un gesto de disgusto.

-No -dijo-, creo que ha venido aquí para servir como Celadora, junto con la Madre Ashara.

-Por Avarra misericordiosa, ¿todavía vive la vieja Ashara? -preguntó Derik-. Era el hombre del saco con el que me asustaba mi niñera cuando tenía seis años. De todos modos, Callina no estará aquí mucho tiempo, ¿verdad, Merryl? -Dedicó una sonrisa a su amigo, y Regis pensó que había algún secreto entre ellos-. Pero yo nunca he visto a Ashara, y creo que en realidad nadie la ha visto. Mi tía abuela Margwenn fue una de sus sub-Celadoras hace mucho tiempo, antes de que yo naciera. Contaba que ella misma apenas si la veía. ¡Ashara debe ser tan vieja como la abuela de Zandru!

Regis trató de recordar lo que había oído decir de la vieja Celadora de la Torre Comyn.

-Creo que nos hubiéramos enterado si hubiera muerto -dijo-. Pero sin duda es demasiado vieja para participar en los asuntos del Comyn. ¿Es Hastur o Elhalyn? Creo que nunca lo he sabido.

Derik sacudió la cabeza.

-Por lo que *sé* -dijo-, ¡podría ser hermana de crianza de la Cassilda de las leyendas! Supongo que tiene sangre *chieri,* me han dicho que son increíblemente longevos.

-Nunca he visto a un *chieri* -dijo Regis-. Y creo que no conozco a nadie que lo haya visto durante nuestra vida, aunque Kennard me dijo que una vez, durante un viaje a las montañas con su hermano de crianza, se había hospedado en la casa de un *chieri;* era un adolescente entonces. Y en cuanto a eso, parece probable que nuestro abuelo viva tanto como un *chieri* -dijo, con una sonrisa-. A mí ya me está bien ¡que su reino sea largo! ¡No es que esté ansioso por hacerme cargo del Dominio Hastur!

-Pero yo sí estoy listo para el Dominio de Elhalyn -dijo Derik, enfurruñado-. Mi primer acto será encontrarte una esposa noble, Regis.

Pero antes de que pudieran continuar la conversación, hubo movimiento en el sector Ardáis. Dyan apareció por la entrada particular de Ardáis y entró en uno de los compartimentos privados. Danilo estaba con él, y Regís fue a cambiar unas palabras con él mientras Merryl y Derik se separaban y se dirigían hacia los sectores de sus respectivos Dominios.

-*Dom* Regís. -Como siempre ante extraños, Danilo era formal en exceso-. ¿Tu Heredero participará en el Concejo hoy?

-No, Mikhail tiene sólo once años. Ya habrá tiempo cuando se le declare un hombre -contestó Regís. Seis años atrás, en situación de peligro, había adoptado al hijo menor de su hermana Javanne como Heredero.

Mikhail tiene once años. En un par de años tendrá edad suficiente para ingresar en el cuerpo de Cadetes, y luego para todas las responsabilidades de un hijo del Comyn. Los hijos mayores de Javanne, Gabriel y Rafael, son ahora cadetes -tienen quince y catorce años-. Si su, padre, Gabriel el mayor, se convierte en Guardián del Dominio Alton, ¿serán ellos Alton o Hastur? El rango corresponde al progenitor más noble; son Hastur, entonces...

Echó un vistazo a Dyan Ardáis. Hoy el señor de Ardáis no iba vestido de negro puro como era habitual en él, sino centelleante negro y plata de su Dominio, oscuro y elegante. Le dijo a Dyan, sin que llegara a ser una pregunta:

-No hay nadie en el Dominio de Alton...

Dyan era el único que sabría si Kennard había regresado.

Tal vez debería contarle lo que ocurrió dos noches atrás, lo de Marius, y Rafe Scott... Sharra.

Pero fue Dyan quien habló.

-Regis -dijo-, el Dominio no caerá sin cuestionamientos en manos de los Hastur. Te lo prometo. Y Regis, observando los ojos duros y metálicos del

señor de Ardáis, impenetrables como un muro, comprendió que no podía preguntarle a Dyan lo que había preparado. Saludó y fue a ocupar su lugar, bajo el abeto azul y plata del estandarte de Hastur.

Ahora entraban otros hombres y mujeres, y se acomodaban bajo los estandartes de los diferentes Dominios. Un leve zumbido distante le dijo que alguien estaba sincronizando los reguladores telepáticos. Cuando se había construido el Castillo Comyn, y también la Cámara de Cristal, se había supuesto que todos los asistentes, todos los que tuvieran derechos de sangre en los Dominios, tendrían el don del *taran, y* por tradición se ponían reguladores telepáticos en la Cámara, dispuestos a intervalos estratégicos, para impedir filtraciones telepáticas involuntarias (o voluntarias).

Todos los que están aquí, pensó Regís, *son parientes míos, o deberían serlo.* Todo el Comyn descendía de los legendarios siete hijos de Hastur y Cassilda. Todo eso era leyenda, la leyenda que llamaba dios a Hastur, Hijo de Aldones, que era Señor de la Luz. Hastur el dios, decían, había abdicado de su divinidad por amor a una mujer mortal. Lo que hubiera de verdad en esa leyenda estaba velado por el tiempo y la historia, antes incluso de que las Eras del Caos dividieran a los Dominios en cien pequeños reinos, y al final de esa época, aunque los descendientes de Hastur habían recuperado sus poderes, todas las Torres, salvo unas cuantas, habían sido arrasadas y el *laran* del Comyn nunca se había recuperado del todo.

Y sin embargo, pensó, *los terranos afirman, y dicen que pueden probarlo, que todos los de Darkover, los Siete Dominios, el Comyn, todos, descendemos de una nave colonizadora que se estrelló aquí, con colonos terranos. ¿Cuál es la verdad?* Más aún, ¿qué significaba la verdad? ¿De dónde procedían las leyendas? Si todos somos terranos, ¿de dónde sale el *laran,* los poderes del

Comyn? Regís sabía por la historia que había estudiado en Nevarsin, que durante las Eras del Caos había habido una gran tiranía, y el Concejo del Comyn había impuesto un programa de reproducción que fijaría los dones de cada Dominio en sus hijos e hijas. La tecnología de matrices había alcanzado su punto más alto, interfiriendo incluso con los genes de los niños del Comyn.

Y todavía padecemos esa reproducción interna y esa interferencia genética. Basta con mirara Derik. Muchos Ardáis son inestables. El padre de Dyan estuvo loco

durante décadas antes de morir, y en el Concejo hay quienes creen que Dyan no es del todo cuerdo.

Javanne Lanart-Hastur, acompañada por su esposo Gabriel, entró por la puerta trasera del sector Hastur. Abrazó a Regís, con un remolino de perfumes y rizos, y tomó asiento. Gabriel -alto, robusto, con el uniforme de comandante de la Guardia del Castillo- le hizo una amable inclinación de cabeza a Regís cuando ocupó su lugar. Su hijo mayor, Rafael, un joven de quince años de pelo oscuro, que le recordaba a Regís su propio rostro cuando tenía esa misma edad, hizo una reverencia a Regis y se sentó en uno de los bancos traseros. Llevaba uniforme de cadete y armas cortas.

Dentro de dos años todos esperarán que aliste a Mikhail en el cuerpo de cadetes. Y en nombre de Aldones, Señor de la Luz, y de Zandru, señor de los infiernos, ¿qué sentido tiene que envíe al Heredero de Hastur a los cadetes, tal como me enviaron a mí, tal como Javanne está haciendo con sus hijos? Sí, por supuesto, si algún día Mikhail hereda el poder y la fuerza de los Hastur -y todavía no he visto a una mujer con la que desee casarme, de modo que es probable que Mikhail herede-, debe aprender a mandarse a sí mismo y a los demás. Pero con el Imperio en Darkover, con la inevitabilidad de un Imperio interestelar en nuestro propio umbral, sin duda hay maneras mejores de educar al He-

redero de Hastur que enviarle a que le enseñen esgrima, el código de honor, a combatir sin armas, y a tener las calles limpias de borrachos. Regis suspiró, pensando en el inevitable escándalo que causaría que él, Heredero de Hastur, prefiriera darle a su hijo la misma educación terrana que había recibido Marius, el hijo de Kennard.

¿Y dónde estaba Marius? ¡Debería estar en el sector de Alton! ¡Ya era lo bastante mayor, ahora, y si deseaba reclamar el Dominio antes de que fuera declarado vacante, sin duda éste era el momento!

A lo mejor él también se ha resignado a lo inevitable, o ha decidido que prefiere cederle el Dominio a Gabriel. Regis suspiró una vez más, recordando la época en la que le había dicho a su abuelo que preferiría cederles el Dominio a los hijos de Javanne.

Al menos uno de mis hijos debería tener educación terrana. Si no era Mikhail, pensó, al menos el que tenía con Crystal Di Asturien. Era pronto para pensar en eso -el niño era un revoltoso mocoso que aún no había cumplido los dos años, y Regis sólo le había visto una docena de veces. Tenía dos más, hijas, fruto de relaciones similares. *Los terranos educan a sus hijas. Me ocuparé de que las muchachas, al menos, sean educadas, aunque supongo que también habrá problemas; sus madres son suficientemente convencionales como para pensar que es un honor darle un hijo al Heredero de Hastur.* Sabía perfectamente que las mujeres no tenían mayor interés por él aparte de eso, y de su indudable apostura. Las mujeres le perseguían por eso, y ya estaba un poco harto.

En este punto, sus pensamientos fueron interrumpidos por un agudo grito del Guardia que estaba en la puerta.

- ¡Danvan Hastur de Hastur, Guardián de Hastur, Regente de Elhalyn y del Comyn!

Regis se puso en pie con todos los demás cuando su abuelo -Hastur de Hastur, un hombre viejo, con el

pelo encanecido pero todavía con un poco de oro, ataviado con el azul y plata ceremonial de los Hastur- entró en la Cámara de Cristal y se dirigió lentamente a su sitio. Se sentó en la primera fila y paseó la mirada por toda la Cámara de Cristal.

-Parientes, nobles, *Cominary* -dijo, con voz profunda-. Bienvenidos al Concejo. Alteza... -hizo una reverencia a Derik-, si te place, ¿podrías pasar lista de los Dominios?

¡De modo que Lord Hastur había decidido que debía conceder a Derik algunos privilegios y responsabilidades, por vacíos ceremoniales que fueren! Derik se puso de

pie y se adelantó. Al igual que los Hastur, su ropa era azul y plata, con la corona dorada de los Elhalyn sobre el emblema del abeto.

-Yo hablo por Hastur de Elhalyn -dijo-. ¿Hastur de Hastur?

Danvan Hastur se incorporó e hizo una reverencia. -A tu servicio, mi señor Derik. - ¿Ardáis?

Dyan Ardáis se incorporó e hizo una reverencia. -Dyan-Gabriel, Guardián de Ardáis. - ¿Aillard?

Hubo una ligera agitación detrás de las cortinas de uno de los compartimentos del sector Aillard, y Callina Aillard, delgada y pálida, ataviada con los formales colores gris y rojo de los Aillards, dijo con suavidad: -Para servirte, *vai dom.*

Regis vio a Merryl, con aspecto enfurruñado, en un

Asiento más bajo que el de su medio hermana, con un puñado de familiares más distantes: Lindir, Di Asturien, Eldrin. A algunos, Regis no les conocía ni de vista.

-Ridenow de Serráis.

Era un cambio de orden, pensó Regis: el Dominio Alton tenía más jerarquía que el de Ridenow. Pero tal vez estuvieran dándole más tiempo a los Alton.

-Yo hablo por los Ridenow, y estoy a tus órdenes, *vai dom* -dijo Edric Ridenow. Era un hombre enormemente gordo, de edad mediana, sentado con sus hijos jóvenes y con un grupo de sus hermanos. Regís reconoció a Lerrys, y a Auster, que habían sido oficiales de los Guardias. Había otros a los que no conocía. Detrás de las cortinas, en los compartimentos privados, había algunas mujeres. Los Ridenow vivían en el límite con las Ciudades Secas y tenían sangre de allí, y aunque no seguían las costumbres de las Tierras Secas y no encadenaban a sus mujeres, las mantenían más recluidas que los otros Dominios montañeses.

- ¿Alton? -llamó Derik, y por alguna razón pareció satisfecho.

-Alton de Armida, Alton de Mariposa...

Gabriel Lanart-Hastur se puso de pie en el sector Hastur y dijo:

-Por sexta vez respondo por el Dominio de Alton, como Regente durante la ausencia de sus legítimos pretendientes.

Derik hizo una reverencia y se volvió hacia Lord Hastur.

- ¿Hago la pregunta ahora? -preguntó.

Regís vio que su abuelo hacía un leve gesto de irritación. Pero asintió.

-Esta respuesta ha sido aceptable durante cinco años -dijo-. En el sexto año, ya es hora de declarar el Dominio de Alton de Armida vacante, y aceptar el derecho del siguiente Heredero. Gabriel Lanart-Hastur de Edelweiss, adelántate.

Regis apretó los labios. Gabriel, o el mismo viejo Hastur, habían metido a Derik en esto; el joven príncipe no tenía la inteligencia necesaria para pensarlo por sí mismo. Gabriel se levantó y fue hasta el centro de la habitación, mientras la luz del arco iris jugaba sobre él. Era, pensó Regis, un pretendiente razonable. Era un

Hombre honorable, nieto de una de las hermanas del padre de Kennard, lo que le daba sangre Alton y Ridenow; había estado al mando de la Guardia durante seis años en ausencia de Kennard. Estaba casado y era padre de varios hijos.

Dyan prometió que habría cuestionamientos. ¿A qué esta esperando? Regis miró hacia el sector Ardáis, pero Dyan estaba sentado, inmóvil, sin sonreír, con rostro inexpresivo y sombrío.

Danvan Hastur se dirigió lentamente hasta el área central y se detuvo junto a Gabriel. Regis vio que Javanne estaba excitada.

-Gabriel Lanart-Hastur, Hastur de Mariposa -dijo Hastur con suavidad-, durante seis años has gobernado el Dominio de Alton en ausencia de Kennard Gwynn Lanart-Alton de Armida, y de su heredero legal, Lewis-Kennard. Al persistir la ausencia de ambos, te pido que abandones el cargo de Regente-Heredero del Dominio y que asumas el de Guardián de Alton y Lord Alton de Armida, sobre todo el

Dominio de Alton y sobre todos aquellos que le deben lealtad. ¿Estás preparado para asumir la custodia de tu pueblo?

-Estoy preparado -dijo Gabriel con suavidad.

- ¿Declaras solemnemente que por lo que sabes estás en condiciones de asumir esa responsabilidad? ¿Hay algún hombre que pueda cuestionar tu solemne custodia de la gente de tu Dominio?

-Me atendré al desafío -respondió Gabriel, como lo exigía el ritual.

Ryven Di Asturien, segundo comandante de la Guardia, comandante de la Guardia de Honor, se acercó a Gabriel y desenvainó la espada. Exclamó en voz alta:

- ¿Hay alguien aquí que cuestione el valor y el derecho legal de Gabriel-Alar, Lord Alton?

Hubo un momento de silencio. Regis miró a Dyan,

Pero el otro estaba tan impasible como siempre. El joven Gabriel, desde los asientos centrales del sector Hastur, observaba a su padre con excitación. Regís se preguntó si Gabriel declararía al joven Gabriel su Heredero. ¿O haría lo más decente, y declararía estar dispuesto a adoptar a Marius como Heredero, dándole el reconocimiento del Concejo? Juro por el Señor de la Luz que si él no lo hace lo haré yo mismo...

Entonces, desde dos extremos de la habitación, hubo dos respuestas.

-Yo cuestiono.

-Y yo.

Lentamente, Marius emergió de entre las cortinas del vacío sector de Alton.

-Nadie podría cuestionar el valor de mi primo Gabriel, señores, pero sí cuestiono su derecho a la custodia. Soy Marius-Gwynn Lanart-Alton y Aldaran, hijo de Kennard Alton y su heredero legal en ausencia de mi hermano mayor, Lewis-Kennard, y reclamo el Dominio de Alton y la casa de Armida.

Y del fondo del sector Ardáis salió un hombre que Regís no conocía en absoluto: alto, de hombros anchos, con llameante pelo rojo apenas veteado de gris. Descendió lentamente los peldaños.

-Yo cuestiono el valor y el derecho a la custodia de Gabriel-Alar Lanart-Hastur. Es regente y no Heredero. Puedo reclamar legalmente el Dominio de Alton, aunque hace muchos años renuncié a él en favor de Kennard Alton. Ahora lo reclamo como Regente de Kennard, ya que *Dom* Gabriel ha violado su Regencia al reclamar el Dominio para sí.

-No te reconozco -dijo Danvan Hastur formalmente-, explica la naturaleza de tu declaración.

Sin embargo, por la expresión del rostro de su abuelo, Regís logró saber que sí conocía al hombre, o al menos sabía quién era. Echó una rápida mirada a Dyan y, a

Pesar de los reguladores telepáticos, captó el pensamiento: *Ya ves, Regís, te prometí que habría cuestionamientos, y ahora les he confundido: no hay un pretendiente sino dos.*

El desconocido pelirrojo habló.

-Mi madre fue Cleindori Aillard, mi padre Lewis Lanart-Alton, hijo mayor de Valdir, Lord Alton. Y mi nombre, aunque no lo he usado durante todos los años que llevo en Arilinn, es Damon Lanart-Aillard. Durante veinte años he sido Segundo de la Torre de Arilinn, y técnico y *tenerázu.* -Usó la palabra arcaica que significa Celador o Custodio-. Puedo reclamar derecho al Concejo, tanto por mi madre como por mi padre, y estuve casado con Elorie Ardáis, hija de Lord Kyril y medio hermana de Lord Dyan.

- ¡No reconocemos a este hombre como Aillard! -Gritó Merryl, saltando los peldaños casi hasta el espacio central-. ¡Es un impostor terrano!

- ¡Silencio, señor! -Dijo Hastur con aspereza-. ¡Tú no tienes voz por tu Dominio! ¿Lady Callina?

-Conozco a Jeff... a *Dom* Damon -dijo Callina con suavidad- desde hace muchos años, en Arilinn. Su linaje es Alton y Aillard. Si él hubiera tenido una hija, ella ocuparía el lugar que ocupo yo en este momento. Es cierto que fue criado en Terra. Sin embargo, ha transpuesto el Velo de Arilinn, y soy testigo de que posee el Don de Alton en plena medida.

- ¿Vamos a permitir que una mujer atestigüe sobre estas cosas? -preguntó Merryl.

-*Dom* Merryl tiene derecho a hablar por Aillard... -aseguró Derik.

-No en presencia de Lady Callina, sólo en su ausencia -dijo Hastur con tono severo-. De modo que aquí tenemos a dos pretendientes de Alton, y ya ha pasado para siempre la época en que estas cuestiones conflictivas se zanjaban con la espada.

Regís, a pesar suyo, recordó la última vez que se había hecho un desafío así en esta sala; Dyan había sido desafiado y él, como soberbio espadachín, podría haber ganado sin duda, pero se había negado a hacerlo.

Por lo visto, Dyan había sentado un precedente.

-A favor de Gabriel -prosiguió Hastur-, tenemos su Regencia de los asuntos del Dominio durante los últimos seis años, y su comandancia de la Guardia del Castillo, y lo cierto es que nadie puede decir que lo haya hecho indignamente. Marius Lanart-Montray -dijo, volviéndose hacia Marius y dirigiéndose a él. Y Regís se dio cuenta de que era la primera vez que Lord Hastur admitía su existencia. No le había nombrado con el título correspondiente al heredero de Kennard, Lanart-Alton, pero había reconocido su existencia, y eso era más de lo que había hecho nunca-. Marius Lanart-Montray, dado que has apelado a la justicia ante el Comyn, la ley exige que escuchemos la naturaleza de tu apelación.

Marius se había vestido de verde y negro, los colores de su Dominio. Llevaba una capa ceremonial con el emblema de los Alton. Regís advirtió que llevaba además la espada de Kennard. Sin duda, Andrés la había guardado para él hasta este momento.

El joven habló con voz completamente firme.

-Declaro ser el verdadero hijo legal de Kennard, Lord Alton, y de Elaine Aldaran-Montray.

-No reconocemos el Dominio de Aldaran, por lo que tampoco tiene derecho a reclamar al Comyn -dijo Hastur.

-Pero eso debe cambiar -dijo el príncipe Derik, adelantándose-, pues hoy mismo he prometido a la hermana de mi querido amigo, primo y leal servidor, Merryl Lindir-Aillard, a Lord Beltrán de Aldaran. Y por su matrimonio con Lady Callina, que será mi hermana política cuando me haya casado con Linnell

Lindir-Aillard, el Dominio de Aldaran volverá al Comyn.

Callina soltó una exclamación breve y aguda. Regis se dio cuenta de que no estaba enterada de nada de esto. Merryl sonreía como un gato que acaba de devorar al pájaro enjaulado y que finge estar lamiéndose sólo leche de los bigotes. Dyan se inclinó hacia delante, con una mirada sombría.

Danvan Hastur dijo, sin poder ocultar el tono de reproche:

- ¡Príncipe, deberías haberme informado en privado de esto!

- ¿Por qué? -preguntó Derik, sin tratar siquiera de ocultar su mirada insolente-. Has postergado mi coronación más allá de la edad en la que cualquier otro rey de Thendara accedió al trono, Lord Hastur, pero no puedes negarme el derecho de establecer un buen matrimonio para mi leal servidor.

Hastur masculló algo en voz baja. Sonó como un insulto... ¿o una plegaria? No podía negarse abiertamente al Heredero al trono y, pensó Regis, se lo merece por no haber admitido nunca el hecho de que Derik no puede ser coronado; debía haber intentado descartarle por vía legal.

-Hablaremos de esto más tarde, príncipe -le dijo con severidad-. ¿Puedo recordarte que lo que está en juego ahora es el Dominio Alton?

-Pero Marius es en parte Aldaran, y la reivindicación de Aldaran es legítima ahora... -insistió Derik. Regis advirtió que Hastur estaba a punto de decirle a Derik que si no se sentaba y se callaba la boca, le haría echar, y con eso, Regis lo sabía, desaparecería la farsa de la competencia de Derik. Pero Linnell Aillard se inclinó por encima de la barandilla, le dijo algo a Derik en voz baja, y el príncipe no habló más.

Era obvio que Marius trataba de recomponerse.

-Cuestiono la custodia de Gabriel -dijo-, no posee el Don de Alton, y no me ha hecho pasar ninguna prueba para ver si yo lo tengo o no.

Gabriel preguntó, clavándole la mirada a Marius:

- ¿Afirmas tener el Don de Alton?

-No lo sé -dijo Marius-. No me han probado. ¿Tú afirmas tenerlo?

-Hoy en día... -dijo Gabriel, pero fue interrumpido por una exclamación de sorpresa proferida por el Guardia que estaba en la puerta.

- ¡Dioses del cielo! ¿Eres tú, señor?

Un hombre alto y robusto entró entonces a zancadas en la Cámara de Cristal. Llevaba ropas terranas, y uno de sus brazos terminaba en la manga plegada sobre la muñeca. Su pelo oscuro, espeso y rizado, estaba veteado de gris, y tenía el rostro demacrado y surcado de cicatrices.

-Soy Lewis-Kennard, Lord Alton, Custodio de Armida -dijo con una voz ronca que sonó áspera y tensa-, y pido indulgencia, señores, por haber llegado tarde a esta reunión. Como veis acabo de llegar, y he venido de inmediato sin demorarme siquiera para vestirme con los colores ceremoniales de mi Dominio.

Hubo un estallido general, una exclamación que explotó en todas direcciones hacia las paredes de la Cámara de Cristal. En medio de ella, la voz del viejo Hastur gritaba inútilmente reclamando orden. Al final, se dirigió con tono urgente a Gabriel, quien aulló con su mejor voz de sargento:

- ¡Hay un receso de media hora! ¡Después continuaremos para encontrarle algún sentido a todo esto!

La narración de Lew Alton

No soy bueno para dirigir multitudes; ningún telépata sirve para eso y yo soy peor que la mayoría. Segundos después de que Hastur dispusiera el receso, todos me rodearon, y a pesar de los reguladores telepáticos, la mezcla de curiosidad, horror, consternación -malicia en algunos casos- ya era más de lo que podía tolerar. Me abrí paso a codazos hasta el corredor exterior, y momentos después, Marius estaba a mi lado.

-Lew -dijo, y nos abrazamos. Retrocedí un poco para mirarle.

-No te hubiera reconocido. Eras tan sólo un renacuajo flaquito... -dije. Ahora era alto, casi tanto como yo, robusto, de espaldas anchas... un hombre. Pude ver la consternación en sus ojos cuando advirtió las cicatrices de mi cara, el brazo que terminaba en una manga doblada. No sé qué le había dicho mi padre, si es que le había dicho algo (y cuando todo ocurrió, él era sólo un niño) pero sólo Dios sabe los chismes que habría escuchado en el Comyn. Bueno, yo estaba acostumbrado a ver esa expresión en la cara de la gente la primera vez que me veían. Sólo tenía que recordar la primera vez que me miré en un espejo después de lo ocurrido. Después se acostumbraban, y si no lo hacían, era probable que no permanecieran cerca de mí por mucho tiempo,

Así que eso no tenía importancia alguna. De modo que lo único que dije fue:

-Qué placer verte, hermano. ¿Dónde está Andrés?

-En casa -dijo Marius-. Esperando. No le permití acompañarme esta mañana. Pasara lo que pasase, no quería que se viera involucrado. Ya no es muy joven.

Capté también la parte no dicha. Él no quería que pensaran que el reclamante del Dominio Alton deseaba o necesitaba un guardaespaldas terrano. Yo ya no pensaba en Andrés como terrano. Había sido un segundo padre para mí, y el único padre para Marius durante aquellos años cruciales entre la adolescencia y la madurez.

También aquello había sido culpa mía. Después, con furia, dejé de lado la idea. Ninguna ley había obligado a nuestro padre a dispensar toda su atención al hijo mayor. No era culpa mía, pero Marius había sido desatendido por mí, y mientras nos abrazábamos, me pregunté hasta qué punto estaría resentido. Incluso ahora, tal vez sintiera que yo había aparecido justo a tiempo para arrebatarle el Dominio de las manos.

Pero había en el Comyn quienes sólo veían en Andrés su nombre y su procedencia terrana. Había una media docena de personas en Darkover que yo quería ver, y Andrés era una de ellas.

Otra de ellas esperaba, en silencio detrás de Marius, que termináramos de abrazarnos, y nos separáramos.

- ¿Y bien, Gabriel? -dije.

- ¿Bien, Lew? -Respondió él, casi con la misma inflexión-. ¡Elegiste ciertamente un momento infernal para entrar!

-Estoy seguro de que hubieras preferido que esperara uno o dos días más, hasta que lograras meterte el Dominio en el bolsillo -respondió Marius con aspereza.

-No seas tonto, joven -dijo Gabriel sin ira, y recordé que su hijo mayor debía de tener más o menos la

Edad de Marius: un poco más joven, tal vez, pero no mucho-. ¿Qué podía pensar, sin noticias de Kennard? Y a propósito, Lew, ¿dónde está el viejo? ¿Demasiado enfermo para viajar?

Yo no quería que Marius se enterara de esa manera, pero Gabriel lo captó de mi mente antes de que yo hablara, y lo mismo hizo Marius. Gabriel dijo algo compasivo, y Marius rompió a llorar. Gabriel le rodeó con un brazo mientras Marius pugnaba por controlarse. Todavía era lo bastante joven como para avergonzarse de llorar en público. Pero detrás de él, mi otro pariente no hizo ningún intento de ocultar las lágrimas que surcaban sus mejillas.

No le había visto desde que me había marchado de Arilinn, y allí, aunque todos sabían que él era el hijo del hermano mayor de mi padre y podría haber sido el pretendiente legal de Armida, antes que mi padre o yo, por una cuestión de honor se había empeñado en llevar el nombre de su padre adoptivo terrano; sólo era *Lord Damon* en las ocasiones ceremoniales. El resto del tiempo le conocíamos -y pensábamos en él- como Jeff Kerwin. Mientras me miraba, y las lágrimas resbalaban por su rostro, recordé el estrecho vínculo del círculo de Arilinn. Era la única época, tal vez, en la que yo había sido feliz de verdad, y que había estado realmente en paz, de toda mi vida.

- ¿Al menos... al menos le trajiste a descansar aquí, en Darkover, primo? -me preguntó entonces.

Sacudí la cabeza.

-Tú conoces la ley terrana -le recordé-. Vine tan pronto... tan pronto le sepultaron.

Jeff suspiró.

-También fue como un padre para mí, o como un hermano mayor -dijo. Se volvió hacia Marius, le abrazó y añadió-: No te había visto desde que eras niño; un bebé, en realidad.

-Así que aquí tenemos a los cuatro candidatos a Alton -dijo una voz dura y musical detrás de nosotros-. ¡Pero en vez de luchar virilmente por el Dominio como uno esperaría de los montañeses, aquí están, gozando de una fiesta amorosa! ¡Qué espectáculo tan conmovedor el de esta reunión!

Marius se volvió bruscamente hacia él.

-Escucha, *tú...* -Apretó los puños, pero yo le así del brazo con mi mano sana.

-Déjalo, hermano. No lo sabe. Lord Dyan, eras amigo de mi padre, querrás saber esto. Está sepultado en Vainwal. Y el último día de su vida, pocos minutos antes de su muerte, que fue súbita e inesperada, habló de ti con afecto y dijo que habías sido un buen amigo para mi hermano.

Pero mientras hablaba de ese último día y lo recordaba, en mi cabeza resonaba la voz de mi padre.

¡Mi última orden! Regresa, Lew, regresa y lucha por los derechos de tu hermano.

Con esa última orden que tenía prioridad sobre todo lo demás resonando aún en mi mente, estaba incluso dispuesto a ser cortés con Lord Dyan.

Dyan se quedó mirando fijamente y apretó los dientes, pero vi que se movían los músculos de su garganta. En aquel momento, Dyan Ardáis estuvo casi a punto de agradarme. No sé por qué, su lucha por no llorar, como si fuera todavía bastante joven como para avergonzarse de las lágrimas, me conmovió más que cualquier exhibición de dolor. Jeff se atrevió a apoyar una mano compasiva sobre el hombro de Dyan. Recordé que Jeff se había casado con la hermanastra de Dyan -yo nunca la había visto, porque había muerto antes de que yo llegara a Arilinn-, y al observarlos, me di cuenta de cómo habían persuadido a Jeff para que saliera de Arilinn y viniera aquí, a pesar de que tenía tanto interés en la Regencia de Alton -o en la política del

Comyn- como en la vida amorosa de las *banshees.* Menos, en realidad: tal vez sintiera alguna curiosidad intelectual por las *banshees.*

El silencio se prolongó.

Regresa, y lucha por los derechos de tu hermano... última orden...

Interminable, un nudo interminable arrollado en mi mente...

Por un momento, me pareció imposible que no oyeran esa voz.

-Durante toda mi vida, él ha estado ahí-dijo Gabriel, finalmente-, más grande que la vida. No puedo creer que se haya ido.

-Tampoco yo -dijo Jeff. Me miró de repente y vi mi rostro reflejado en su mente, consternado-. ¡Por los infiernos de Zandru, Lew! ¿Has venido directamente del puerto espacial?

Asentí.

- ¿Cuándo comiste por última vez?

Tuve que pensarlo antes de hablar.

-No me acuerdo. Me inyectaron tantas drogas en la nave, todavía estoy atontado.

Mi última orden... regresa... Para acabar con ese clamor constante me llevé la mano a la cabeza, pero Jeff me sostuvo del brazo.

-No puedes pensar con claridad en este estado -me dijo-, y pensar con claridad es precisamente lo que tienes que hacer. Además, no deberías presentarte en el Concejo vestido con ropas terranas. Lograste un efecto dramático durante algunos minutos, es cierto, pero hará que todos empiecen a pensar mal. ¿Dyan...?

El señor de Ardáis asintió.

-Estoy alojado en las habitaciones de Ardáis -prosiguió Jeff- y no sé si hay alguien alojado en las de Alton.

-Cuidadores -aclaró Gabriel, con una mueca

de picardía-. ¡Puede que sea presuntuoso, pero no tanto!

-Vamos -dijo Jeff-, te buscaremos algo de comer, y algunas ropas decentes.

-Las tuyas le quedarán grandes, Jeff-dijo Dyan. Me miró de arriba abajo-. Estás más delgado que antes. Que le den alguna ropa mía.

Jeff me condujo rápidamente por el corredor. Me apetecía relajarme, pues otros miembros del Comyn se habían asomado al vestíbulo. Vi a alguien con los colores de Ridenow, y el destello verde y oro me hizo pensar en Dio.

Si estuviera aquí, ¿me gritaría en cualquier momento Monstruo? *¿Creería que be vuelto para obligarla a volver conmigo, como si la ceremonia terrana la hubiera convertido en mi prisionera?*

Su contacto, su comprensión, hubieran podido incluso acallar el tumulto de mi mente. Sin embargo el amor que nos había unido no había sido bastante fuerte para resistirla tragedia. Cómo podía pedirle... esa cosa horrible... Ningún hombre tenía derecho a pedirle eso a una mujer.

-Tranquilo -dijo Jeff-. Estaremos allí en un minuto. Siéntate.

Me acomodó en un asiento. Era como un sueño, *deja vu,* porque no podía recordar haber estado antes en las habitaciones de Ardáis. Sin embargo, suponía que mi padre debía haberlas conocido bien, ya que Dyan era su amigo más íntimo desde la juventud. *Por los infiernos de Zandru, ¿es que nunca más sabría qué pensamientos, sentimientos, emociones eran míos y cuáles de mi padre? El contacto telepático forzado que había despertado en miel Don de Alton a los once años ya había sido bastante terrible, pero ese último deseo incrustado en mi mente...*

Me estremecí, y cuando Dyan me puso una copa en la mano me recosté por un momento sobre su hombro,

Permitiéndole que me diera apoyo. Los recuerdos de un Dyan más joven me llenaron de un afecto cálido, casi sensual, que me conmovió hasta la médula, y bajé mis barreras, irguiéndome y liberándome de su apoyo. Vacié la copa de un sorbo, sin saborearla. Era el fuerte *firi* de las Kilghard Hills.

-Gracias, lo necesitaba, pero un poco de sopa me vendría mejor, supongo, o algo sólido...

-Si no recuerdo mal -dijo Dyan-, también tu padre era alérgico a las drogas terranas. -Usó la palabra terrana «alérgico», ya que en *casta* no había ninguna-. En tu lugar, no intentaría comer nada sólido durante algunas horas. En unos minutos te traerán algo de comer, pero en realidad no tienes tiempo. Podríamos pedir una postergación de uno o dos días, si quieres. -Miró a su alrededor, vio a Marius por allí y preguntó-: ¿Dónde está Gabriel?

-Es guardia de honor allá-explicó Marius-. Avisó que tenía que volver.

-Maldición. -Jeff frunció el ceño-. Necesitamos tener una especie de conferencia de familia.

Dyan hizo una mueca.

-Deja a Gabriel fuera del asunto. Es un lacayo de Hastur. Siempre sospeché que por eso el viejo Hastur lo casó con la muchacha, con su nieta. Supongo que no habrás tenido suficiente sentido común como para casarte y tener un hijo, ¿verdad, Lew?

Con un esfuerzo que me hizo temblar, volví a interponer una barrera. Ya era suficiente con que nunca más pudiera liberarme de aquella cosa inhumana que hubiera sido mi hijo. Si alguna vez la compartía, no sería con Dyan. Podía haber sido el amigo y confidente preferido de mi padre, pero no era el mío. Me desprendí del sostén de sus brazos cuando me incorporé.

-Veamos la cuestión de la ropa. No, no me importa usar los colores de Ardáis...

Pero resultó que Marius había enviado un criado a la casa, con órdenes de buscar una capa y ropa con los colores del Dominio para mí. Me miré en el espejo, me vi transformado. Y podía ocultar la mano faltante en el pliegue de la capa, si quería. Marius me dio la espada de mi padre y me la ajusté en la cintura, tratando de no pensar en la matriz de Sharra.

No *estaba demasiado lejos; yo podía soportar esa distancia...*

Había intentado, una vez más, dejarla en Vainwal. Había pensado que aquella vez podría liberarme... pero entonces había habido el clamor quemante, el ardor... Casi había perdido la nave porque me había dado cuenta de que no podía abandonarla, de que si la abandonaba moriría. No es que me importara demasiado morir... mejor la muerte que esta esclavitud.

-Al menos ahora sí pareces verdaderamente Comyn -dijo Jeff-. Tienes que combatirles en su propio terreno, Lew.

Me apresuré con los nudos de la túnica, haciendo bastante despliegue de mi habilidad con una sola mano, porque todavía era muy sensible a la mirada de Marius. Los ojos de Dyan se detuvieron sobre la manga vacía.

-Le dije a Kennard que tendrían que amputarte esa mano -dijo-. Tendrían que haberlo hecho en Arilinn. Pero él tenía la esperanza de que los terranos pudieran hacer algo. La ciencia terrana era una de las pocas cosas en las que él seguía creyendo, incluso después de haber perdido la fe en casi todas las demás.

El silencio se prolongó. Jeff, que había visto mi mano en Arilinn y había tratado de salvarla, quiso hablar, pero mentalmente le ordené que se callara. Algún día podría conseguir hablar de ello con Jeff, pero no con Dyan, y con nadie ahora, no todavía.

Dio lo había aceptado... Corté esa línea de pensamiento. ¿Quién sabe adonde me llevaría?

Tarde o temprano, suponía que volvería a verla, y tendría que acarárselo. Ella era libre, no mi prisionera ni mi esclava, ni estaba atada a mí.

Alguien llamó tentativamente a la puerta, y uno de los criados de Hastur, con librea azul y plata, entró para expresar los saludos del Regente y solicitar que los señores de Alton y Ardáis regresaran al Concejo. Dyan hizo una ligera mueca despectiva.

-Al menos ahora no hay razón para declarar vacante el Dominio -dijo.

Eso era verdad. Al principio no había habido ningún reclamante legal: ahora había cuatro. Mientras atravesábamos el vestíbulo en dirección a la Cámara de Cristal, le pregunté a Marius.

- ¿Tienes el Don de Alton?

Marius tenía los ojos oscuros de nuestra madre terrana. Siempre he pensado que los ojos oscuros eran ilegibles, inexpresivos.

-No tengo la menor idea -contestó-. Con todo lo que ha pasado, se me ha hecho creer que sería una insolencia inaudita intentar averiguarlo. Sin embargo, estoy bastante seguro de que Gabriel no lo tiene.

-La razón por la que te pregunté -exclamé, exasperado- es que me obligarán a nombrar a un Heredero. -Y supe que él había captado la parte que no dije, que yo preferiría suponer que él tenía el Don sin usar las tácticas de shock que mi padre había tenido que usar en mi caso.

-Probablemente no tenga importancia alguna -dijo Dyan-. Todo el mundo sabía que yo no tenía el Don de Ardáis, pero eso no les impidió nombrarme Heredero y Regente de mi padre.

El Don de Ardáis -la telepatía catalizadora, el don de despertar el *laran* latente- se había creído extinto hasta que había sido descubierto en Danilo. Eso me hizo pensar en Regis, y me pregunté por qué no había

Venido a saludarme. Bien, si había una conspiración para lograr que el Dominio Alton pasara a manos de los Hastur, no me sorprendía que el muchacho no quisiera enfrentarse conmigo.

Lucha .por los derechos de tu hermano... última orden...

Sacudí la cabeza para librarme de la insistencia de esa voz y, junto con mis parientes, volví a entrar a la Cámara de Cristal.

Detrás de las cortinas del recinto del sector Hastur se estaba celebrando una especie de conferencia de emergencia. Por una vez en la vida me alegré de la existencia de los reguladores telepáticos, que disminuyeron el clamor que había en mi mente y lo convirtieron en un dolor soportable. Cuando nos llamaron una vez más al orden, Hastur se puso de pie y dijo:

-De no tener ningún reclamante para el Dominio Alton, hemos pasado a tener cuatro, y la situación debe investigarse con profundidad. Pido que demoremos la investidura formal de Lord Alton durante siete días, hasta que finalice el período de duelo por Kennard Alton.

Yo no podía protestar porque quisieran honrar debidamente a mi padre.

Marius se había sentado junto a mí en el sector Alton. Advertí que la esposa de Gabriel, Javanne Hastur, estaba sentada entre los Hastur junto a un muchacho moreno y delgado que se parecía a Gabriel y que era, supuse, su hijo mayor. El mismo Gabriel, que se hallaba con la Guardia de honor, se había ahorrado el problema de dónde sentarse, entre los Hastur o los Alton, y supuse que lo había planeado así. Siempre me había gustado Gabriel. Prefería pensar que lo que había dicho lo había dicho en serio. Como no se conocía el paradero de mi

padre ni el mío, había reclamado el Dominio siguiendo las órdenes de Hastur. No pensaba que debiera preocuparme por Gabriel. Mis ojos se fijaron en el viejo Hastur, una pequeña figura cuadrada y erguida, encanecida y recta como la piedra del castillo, e igualmente inalterable. ¿Era él el verdadero enemigo con quien debía enfrentarme?

¿Y por qué? Sabía que nunca se había preocupado mucho por mí, pero antes de esto, por cortesía, yo había supuesto que no era nada personal y que sólo me consideraba como un incómodo recordatorio de la obstinación de mi padre en casarse con una mujer mal elegida, por lo cual había actuado como si mi sangre aldarana y terrana fuera un simple error del que yo no tenía la culpa. Pero ahora todo estaba confundido: Hastur se comportaba como mi enemigo, y Dyan, que nunca me había apreciado, me trataba como pariente y amigo. No podía comprenderlo. Cerca del final del sector Hastur vi a Regis. No parecía haber cambiado mucho. Era más alto, y sus hombros se veían más anchos, y el fresco rostro infantil estaba ahora sombreado por una leve barba rojiza, pero todavía conservaba la apostura de los Hastur. El cambio debía ser interno. Había esperado que se acercara a saludarme, y el muchacho que conocí lo hubiera hecho, incluso antes que Marius. Después de todo, yo había estado más cerca de Regís que del hermano menor del cual me separaban seis años.

Hastur nos llamaba al orden, y vi al príncipe Derik, en el sector Elhalyn, con algunas personas a quienes no conocía. Supuse que serían sus hermanas mayores y sus familias, o algunos parientes de los Elhalyn: los Lindir, tal vez, los Di Asturien o los Delleray. Mentalmente, conté con los dedos, ¿por qué no había sido coronado Derik? Recordé que a los dieciséis años era algo inmaduro, pero ahora debía tener más de veinte. Había tantas cosas que ignoraba... ¡Caía en el Concejo sin haber

tenido tiempo de averiguar nada de lo que ocurría! ¿Por qué, en nombre de todos los probablemente inexistentes Dioses del Comyn, había accedido a venir?

Última orden... lucha por los derechos de tu hermano... A pesar de los reguladores, la orden mental seguía resonando en mi mente hasta que empecé a preguntarme, seriamente, como lo había hecho varias veces en la nave que me había traído desde Vainwal, si no tendría alguna lesión cerebral. La furia desenfrenada de un Alton puede matar, lo sabía desde siempre y el Don mental de mi padre era inusualmente potente. Ahora que estaba muerto, yo debía haber estado libre de esa voz dominante en mi mente, y sin embargo estaba más acechado, más atado a ella que nunca. ¿Me libraría alguna vez de ella?

Marius vio el gesto nervioso, cuando me llevé la mano a la cabeza, y se acerco para susurrarme:

- ¿Qué pasa, Lew?

Pero sacudí la cabeza.

-Nada -mascullé, y tuve la horripilante sensación de estar vigilado desde alguna parte. Bien, siempre me había ocurrido eso en el Concejo. Traté de serenarme y de concentrarme en lo que ocurría.

-Mi señor Derik -dijo Hastur con gravedad-, antes de que el Concejo fuera interrumpido... -pude oír que decía lo que había empezado a decir, perturbado- por la llegada de un inesperado Heredero de Alton... -al menos admitía que yo lo era- tú habías hablado de una alianza que habías pactado. ¿Podrías explicarnos, por favor, *vai dom*

-Creo que debería dejar que Merryl lo haga-dijo el príncipe Derik-, ya que concierne a los Aillard.

Merryl emergió con lentitud de su sector, pero fue detenido por una clara voz femenina.

-Objeto -dijo la voz, que reconocí perfectamente-. *Dom* Merryl no habla por los Aillard.

Levanté la vista y vi que mi prima Callina se dirigía hacia el centro de su sector. Se detuvo ante la barandilla y esperó. Esa voz clara me perturbó. La había oído por última vez cuando Marjorie... murió. Había muerto en los brazos de Callina. Y yo... una vez más me pareció sentir el dolor agónico de la mano herida, desgarrando los nervios, dedos y uñas que ya no existían... Esto era una locura. Hice acopio del poco autocontrol que aún tenía para escuchar a Callina.

-Por cortesía, Lord Hastur, si algo concierne al Dominio de Aillard, debería pedirse mi consentimiento antes de que *Dom* Merryl hable.

Era menuda y delgada, usaba el atavío ceremonial y los velos carmesíes de una Celadora en el Concejo, y yo, que había pasado años en Vainwal viendo mujeres que parecían libres y vivas, pensé que parecía una prisionera con esos pesados vestidos, los adornos ceremoniales que encorvaban su cuerpo delgado hasta hacerla parecer disfrazada, como una niña que se hubiera puesto ropas de adulto. Su pelo era largo y negro, reluciente como el vidrio, al menos lo poco que podía ver de él a través de los velos.

Merryl se volvió hacia ella con una mirada de odio.

-Se me permitió tratar los asuntos del Dominio mientras tú estabas aislada en Neskaya y luego en Arilinn, señora. ¿Acaso debo someter esos asuntos ahora a tu capricho? Creo que mi control del Dominio deja clara mi competencia. Pero ¿qué hay de la tuya?

-No cuestiono tu competencia -replicó ella, y su voz era como plata fundida-. Pero en tanto tus arreglos de alianza me conciernen, tengo legítimo derecho a cuestionar, y si es necesario, a vetar. Contéstale a Hastur su pregunta, hermano. -Usó la forma más distante y formal del término-. No puedo hacer ningún comentario mientras desconozca la propuesta.

Merryl pareció desconcertado. Yo no le conocía; no conocía a la mayoría de los jóvenes Aillard, a pesar de

que la hermana menor de Callina, Linnell, era mi hermana adoptiva. Merryl cambiaba nerviosamente el peso del cuerpo de un pie a otro. Miró a Derik, quien le dedicó una sonrisa estúpida sin ofrecerle ninguna ayuda. Al final, habló:

-He pactado para que Lady Callina consolide una nueva alianza por matrimonio con *Dom* Beltrán de Aldaran.

Vi el asombro embargar el rostro de Callina, pero no pude quedarme callado.

- ¡Debéis estar todos locos! -estallé-. ¿Dijiste... alianza con Aldaran? ¿Con Beltrán de Aldaran?

Hastur me dirigió una mirada de censura, y Derik Elhalyn dijo:

-No veo ninguna razón en contra. -Su voz era defensiva, muy joven-. Los Aldaran ya están aliados por matrimonio a uno de los principales Dominios, como tú bien sabes, *Dom* Lewis. Y hoy en día, con los terranos ante nuestra puerta, me parece que deberíamos aprovechar la oportunidad de garantizar la lealtad de Aldaran al Comyn.

Lo repetía como un niño repite una lección. Me pregunté quién le habría transmitido esa teoría. Mirando a Merryl, decidí que la respuesta no debía buscarse demasiado lejos.

Pero... ¿aliarse con Aldaran? ¿Con ese condenado clan de renegados...?

- ¿Cuándo ha sido una Celadora sometida a los caprichos del Concejo? -Exclamó Callina-. Soy Cabeza del Dominio Aillard por derecho propio, y no estoy sometida a *Dom* Merryl. Creo que no es necesario seguir discutiendo este... -pude percibir que buscaba en su mente un adjetivo inofensivo, y finalmente transigió-: este descabellado plan. Lo siento, príncipe, me niego.

- ¿Tú... te niegas? -Derik se volvió para mirarla-. ¿Con qué argumentos, señora?

Ella hizo un gesto de impaciencia. Su velo cayó hacia atrás, revelando su cabello negro trenzado con gemas.

-No deseo casarme en este momento. Y no me cabe duda que, cuando lo desee, seré perfectamente capaz de encontrar un esposo adecuado. Y no creo que lo busque en el Dominio de Aldaran. Sé de ese Dominio más que suficiente, y digo que sería preferible que nos entregáramos a los condenados terranos antes de aliarnos con ese... -una vez más buscó una palabra- Dominio renegado, exiliado.

-*Domna* -dijo Dyan-, estás mal informada. -Su voz rezumaba esa exquisita e indiferente cortesía que siempre asumía al hablar con las mujeres-. Los de Aldaran ya no están con los terranos. Beltrán ha roto su alianza con Terra, y aunque sólo sea por eso, creo que no podemos mantenernos apartados de Aldaran. -Se volvió hacia el Concejo y explicó-: La alianza con los Aldaran nos daría más fuerza, y eso es lo que nos hace falta ahora, unirnos para resistir al Imperio Terrano. Sin duda, hay entre nosotros quienes nos entregarían a los terranos... -sus ojos se desplazaron hacia el sector de los Ridenow- pero también hay quienes siguen siendo leales a nuestro mundo y a las viejas costumbres. Y entre ellos, estoy convencido, se cuenta Beltrán de Aldaran. Nuestros antepasados, por razones que sin duda les parecieron buenas, exiliaron del Comyn al Dominio de Aldaran. Pero había siete Dominios, y debería volver a haber siete Dominios, y este movimiento, estoy seguro, atraerá la imaginación de la gente común. -Soy Celadora... -dijo ella. Él se encogió de hombros.

-Hay otras -dijo él-. Si Beltrán solicitó alianza con el Dominio Aillard...

-Entonces yo digo, por los Aillard, que no la tendrá -dijo Callina. Inesperadamente, se volvió hacia

mí-. ¡Y aquí hay alguien que puede demostrar la verdad de lo que digo!

- ¡Estúpidos idiotas!

Escuché mi propia voz, y cuando Hastur se volvió hacia mí hubo primero una agitación, un murmullo que se convirtió en clamor, y me di cuenta de que una vez más había perturbado el Concejo, que había saltado de cabeza en una discusión de la que en realidad no sabía nada. Pero había empezado, y debía continuar.

-Los terranos ya son fatales por sí solos, pero en lo que nos metió Aldaran...

Luché por recobrar el control. No pronunciaría... no pronunciaría el nombre de aquel devastador terror que había incendiado Caer Donn, que había quemado mi mano y mi cordura.

-Tú deberías estar a favor de esta alianza -dijo Derik-. Después de todo, si reconocemos a Aldaran, no habrá muchas cuestiones acerca de si eres legítimo o no ¿verdad?

Me quedé mirándole, preguntándome si Derik sería verdaderamente tan tonto o si su afirmación tenía algún sentido profundo que se me escapaba. Nadie más

parecía cuestionarla. Era como una pesadilla en la que la gente común decía las cosas más indignantes y nadie lo ponía en entredicho.

-No hay aquí cuestiones de legitimidad -dijo Dyan Ardáis con aspereza-. El Concejo aceptó al hijo mayor de Kennard, y eso es todo. Siéntate y escucha, Lew. Has estado ausente mucho tiempo, y cuando sepas lo que ha estado pasando durante tu ausencia, tal vez cambies de idea. Tal vez no cambie tu situación, pero sí la de tu hermano.

Miré a Marius. Era cierto que el reconocimiento de Aldaran podía ayudarle a conseguir la legitimidad. ¿Pero de verdad creía Dyan que con eso, el resto del Concejo pasaría por alto su sangre terrana?

-Creo que es tu odio el que habla -prosiguió Dyan, con su voz rica y musical-, no tu sentido común. Comyn... -dijo, mirando a su alrededor-, creo que todos podemos estar de acuerdo en que *Dom* Lewis tiene buenas razones para tener prejuicios. Pero eso ocurrió hace mucho tiempo. Escuchemos lo que tengamos que decir, ¿queréis?

Hubo un murmullo de aprobación general. Con la hostilidad de Dyan, me hubiese podido enfrentar, pero esto... ¡Maldición!, había insinuado... No, lo había dicho directamente, que yo era digno de lástima; un mutilado con un viejo resentimiento que volvía para tratar de seguir la vieja pelea en el mismo punto en el que la había dejado. Al concentrar con habilidad todos los sentimientos no expresados, la lástima, la vieja admiración por mi padre, su amistad, les había dado a todos buenos motivos para que no se tuviera en cuenta lo que yo dijera.

Lo peor era que no estaba seguro de que se equivocara. La rebelión de Aldaran, en la que yo había desempeñado un papel tan desgraciado, había sido, como todas las guerras civiles, el síntoma de que algo iba seriamente mal en la cultura, no un fin en sí misma. Los de Aldaran no habían sido los únicos en Darkover en sentirse atraídos por el Imperio Terrano. Los hermanos Ridenow ya ni siquiera fingían ser leales al Comyn... y no eran los únicos. El Comyn, al menos oficialmente, se había quedado solo contra el atractivo del Imperio Terrano, que prometía un mundo más cómodo y simple, merced a la tecnología terrana y a una alianza interestelar. Yo había sido un buen chivo expiatorio para ambos bandos, ya que por un lado tenía sangre terrana y por el otro, Kennard, a pesar de haber sido educado en Terra, había dado la espalda al Imperio y se había convertido en un acérrimo partidario de los conservadores del Comyn. Tal vez todos los hijos se rebelan siempre con-

tras sus padres, pero pocos logran que su rebeldía personal se convierta en una tragedia o un desastre tan grandes para sus familias. Yo había sido atraído hacia la rebelión, y mi tremendo *laran,* entrenado en Arilinn, había sido puesto al servicio de la rebelión de Beltrán y de... ni siquiera ahora podía pronunciar sin dolor el nombre. Mi mano sana aferró la matriz y la soltó como si quemara.

. Sbarra. Devastando, rugiendo, una ciudad en llamas...

¿Qué demonios estaba haciendo aquí, doblemente perseguido, acechado por la voz de mi padre...?

Lerrys Ridenow se puso en pie y se volvió hacia Lord Edric para que le diera autorización formal para hablar. Edric le hizo un ligerísimo gesto de reconocimiento.

-Con permiso, señores -empezó Lerrys-, me gustaría decir que tal vez toda esta discusión sea fútil. Ha pasado el día en que las alianzas podían cimentarse por medio de matrimonios con mujeres que no lo desean. Lady Callina es Celadora, y cabeza independiente de un Dominio. Si Aldaran desea casarse dentro del Comyn...

-Eso te gustaría, ¿verdad? -dijo Merryl-. Pactar esta alianza con alguien de tu familia, y alistar a Aldaran con todo el resto de los farsantes que lamen los traseros terranos...

- ¡Basta! -exclamó severamente Callina, pero vi que se sonrojaba ligeramente. Era demasiado mayor, y demasiado bien educada para reprenderle directamente por la obscenidad, pero añadió-: ¡No te he dado autorización para hablar!

- ¡Por los infiernos de Zandru! -Gritó Merryl-. ¿Quieres hacer callar a esa mujer, Lord Hastur? No sabe nada de esto, se ha pasado la vida encerrada en una Torre tras otra; ahora está aquí como títere de la vieja

Ashara. ¿Vamos a seguir con esta farsa de que una virgen profesional enclaustrada sabe algo del control de su Dominio? Nuestro mundo está al borde de la destrucción. ¿Vamos a quedarnos aquí sentados, escuchando cómo una muchacha chilla no se casará con éste o con aquél?

Hasta los labios de Callina palidecieron. Se adelantó, llevándose una mano a la garganta, donde yo sabía que llevaba su matriz. Dijo en una voz muy baja, que sin embargo llegó a todos los rincones de la Cámara de Cristal:

-Merryl, el gobierno del Dominio no está aquí en juego. Llegará el momento en que podrás disputármelo. Es posible que yo no pueda conservarlo por la fuerza de las armas, pero lo conservaré por todos los medios que deba. -Posó la mano sobre su matriz, y me pareció oír un leve rumor, como el de un trueno distante. Sin darse cuenta, Callina se volvió hacia Gabriel y añadió-: Señor comandante, estás a cargo de mantener la paz en esta cámara. Cumple con tu deber.

Gabriel puso una mano sobre el hombro de Merryl y le habló en voz baja y urgente. A pesar de los reguladores telepáticos, no tuve problemas en captar el sentido general de lo que decía Gabriel: que si Merryl no se sentaba y se callaba, tendría que echarle por la fuerza. Apretando los dientes, Merryl miró primero a Dyan Ardáis, como buscando respaldo, y después al príncipe Derik.

-Vamos, vamos, Merryl -dijo Derik, incómodo-, ésa no es manera de hablar ante las damas. Lo discutiremos más tarde, querido amigo. Por favor, tengamos paz aquí.

Merryl se sentó, furioso.

-En cuanto a este matrimonio -dijo Callina con suavidad-, creo que todos sabéis que ése no es el tema de discusión. Es el poder, señores, el poder dentro del

Comyn. ¿Por qué no llamar las cosas por su nombre? La pregunta que se nos plantea, y creo que mi hermano lo sabe tanto como yo, es ésta: ¿queremos poner en manos de Aldaran el poder del Comyn? Creo que no. Y aquí hay alguien que puede dar fe de que lo que digo es verdad. ¿Querrías decirles, *Dom* Lewis, por qué sería imprudente poner tanto poder en manos de Aldaran, o confiárselo?

Sentí que un sudor frío me inundaba la frente. Sabía que debería explicar con tranquilidad cómo había confiado una vez en Beltrán, y cómo me había... traicionado. Ahora debía hablar con serenidad, sin emoción.

Sin embargo, no podía revelar todo aquello allí, ante el Concejo, ante todos aquellos parientes que habían pretendido negarme mi propio sitio en esta sala. La voz me falló, sentí que se me hacía un nudo en la garganta, y supe que si hablaba en voz alta, me derrumbaría. La voz de mi padre, las devastadoras llamas de Sharra, las continuas ondas arrítmicas del barullo telepático... mi cabeza era un pandemónium. Sin embargo Callina estaba allí, esperando que yo hablara, y abrí la boca, obligándome a encontrar las palabras. Sólo oí un ronco croar, sin sentido.

Finalmente logré decir:

-Tú... lo sabes. Estabas allí, en Arilinn...

Y me encogí ante la compasión que vi en sus ojos.

-Yo estaba allí cuando Lew llegó a Arilinn con su esposa, después de que ambos arriesgaran sus vidas para romper el vínculo con Sharra.

-Sharra no tiene ahora importancia -dijo Dyan con aspereza-. El vínculo se rompió y la matriz fue controlada. Ahora estamos hablando de Beltrán de Aldaran. Y él también tiene interés en evitar que vuelva a producirse algo así. En cuanto a Lew... -Sus ojos cayeron sobre mí-. Siento tener que decirlo, pariente, pero los que se meten con fuerzas tan potentes, como Sharra,

no deben quejarse por haber sido... heridos. No me queda más remedio que pensar que Lew se buscó un problema, y que recibió una lección... y Beltrán la

suya. Agaché la cabeza. Tal vez tuviera razón, pero no por eso eran las cosas más fáciles. Yo había aprendido a vivir con lo ocurrido, en cierto modo, pero eso no significaba que estuviera dispuesto a escuchar los sermones de Dyan.

Regis Hastur se puso en pie en su sector. -No me parece que Lew haya tenido tanta culpa -dijo sin mirarme-. Pero, la haya tenido o no, creo que no podemos confiar en Beltrán. Fue obra de Beltrán y de Kadarin. Y Lew era pariente de Beltrán, su huésped, y protegido por las leyes de la hospitalidad. Le hizo prisionero y también a mí. Secuestró a Danilo e intentó obligarle a usar su *laran* para el círculo de Sharra. Y si Beltrán fue capaz de hacerle eso a un pariente... -se volvió e hizo un gesto, como una muda disculpa por haber concentrado en mí todas las miradas- ¿cómo se podría confiar en él?

Pude ver el horror en todas las miradas que cayeron sobre mí. Aun filtrado por los reguladores telepáticos, aquel horror surgió en mi mente, el shock y el horror. *Las cicatrices de mi rostro, el brazo que terminaba abruptamente en la muñeca, el horror de Dio cuando vio en mi mente el monstruo que había sido nuestro hijo... Por Avarra misericordiosa, ¿no tendrá fin esta agonía? Dejé* caer la cabeza sobre los brazos, ocultando el rostro, el brazo mutilado. Marius me puso una mano sobre el hombro: apenas si la sentí.

La voz de Danilo, temblorosa por la emoción, siguió con el relato donde lo había dejado Regis.

-Fue obra de Beltrán. Hizo atar y golpear a Lew. Le despojó de su matriz. ¡Todos los Comyn que habéis estado en una Torre sabéis lo que eso significa! ¿Y por qué? ¡Porque Lew le rogó que fuera prudente con Sharra, que la entregara a una de nuestras Torres para ver si había un método seguro para contenerla! ¡Mirad la cara de Lew! ¿A ese... ese torturador invitáis cortésmente al Comyn, para que se case con la cabeza de un Dominio, con la Celadora de Ashara?

- ¡No te he dado permiso para hablar! -espetó la voz de Dyan.

Danilo se volvió hacia él. Estaba muy pálido.

-Señor, con todo respeto, sólo estoy dando testimonio de aquello que vi con mis propios ojos. Y es importante para lo que se está discutiendo en el Comyn. Tengo derecho de Concejo... ¿Es que tengo que quedarme sentado en silencio?

Hastur dijo, con voz teñida de un disgusto evidente:

- ¡Parece que hoy todos los díscolos miembros más jóvenes de los Dominios se han puesto de acuerdo para hablar en el Concejo sin autorización de sus mayores! -Sus ojos se posaron en Merryl, en Danilo, luego en Regis, y el joven suspiró profundamente.

-Con tu permiso, señor, sólo puedo repetir lo que dijo mi servidor: sólo digo lo que vi con mis propios ojos. Cuando vemos que nuestro mayores y... nuestros superiores están a punto de tomar una decisión que no podrían tomar honorablemente si conocieron todos los hechos, entonces, por el... -vaciló una vez más, casi tartamudeó- por el honor del Comyn, debemos sacar esos hechos a la luz. ¿O debemos creer, señor, que el Comyn considera sin importancia el hecho de que Beltrán fuera capaz de traicionar y torturar a un pariente? -Las palabras y el tono eran de una impecable cortesía, pero sus ojos centelleaban.

-Todo eso -dijo Dyan-, ocurrió hace mucho tiempo.

-Aun así -replicó Regis-, antes de traer a Beltrán de Aldaran al Comyn, ya sea por derecho de matrimonio o por otro medio, ¿no deberíamos asegurarnos de que piensa de otra manera acerca de lo ocurrido? -Y entonces dijo lo que yo sabía que tenía que haber dicho yo mismo-: En nombre de todos los Dioses, ¿queremos que ocurra en Thendara lo que ocurrió en Caer Donn? ¿Queremos a... Sharra?

Lerrys Ridenow se adelantó hasta el centro del estrado. No le había visto desde poco después de mi matrimonio con Dio, pero no había cambiado: delgado, elegante, vestido ahora con ropas darkovanas, el verde y oro del Dominio Ridenow, pero con la misma gracia que había visto en su cuerpo vestido con las ropas del mundo de placer.

- ¿Vamos a esgrimir de nuevo el fantasma de Sharra? -preguntó-. Todos sabemos que el vínculo se rompió y que la matriz fue controlada. La matriz de Sharra ya no es problema para nadie... o mejor dicho... -añadió, alzando la cabeza e inclinándola un poquito hacia un lado para lanzarme una mirada calculadora- puede ser un problema muy grave para Lew Alton, pero después de todo, ese problema se lo buscó él.

¿Cómo puede saberlo? ¡Dio debe haberle contado! ¿Cómo pudo... cómo pudo ella traicionarme, decirle a él algo que era tan personal? ¿Y qué más le habrá dicho, que más habrá traicionado? Yo había confiado en ella de forma implícita...

Apreté mi único puño y sentí una oleada de náuseas. No quería creer que Dio podía haberme traicionado hasta tal punto.

Pero a mi lado, Marius se puso en pie. Me alarmé, casi me volví hacia él para recordarle que no tenía voz aquí, pero entonces me acordé. Él era uno de los reclamantes oficiales del Domino Alton. Ya no podían negarse a reconocer su existencia.

Dijo, y su voz era sólo una hebra de sonido:

-Esto no es verdad, *Dom* Lerrys. La matriz está...

Activa otra vez. Lord Regis, diles lo que has visto... en la casa de mi padre, hace apenas tres días.

-Es verdad -dijo Regis, y estaba muy pálido-. La matriz de Sharra está de nuevo activa. Pero en ese momento, yo no sabía que Lew Alton había regresado de Darkover. Creo que debe haberla traído consigo.

Yo no había tenido opción, pero tampoco tenía manera de explicarlo. Mientras Regis hablaba, escuché, transfigurado de horror. Me aferré a la manga de Marius y dije:

-Rafe. Está en Thendara...

Pero no oí siquiera la respuesta de Marius.

Rafe estaba en Thendara.

Eso significaba que Kadarin y Thyra estaban en alguna parte.

Y también la matriz de Sharra.

Y también -que todos los Dioses de Darkover tuvieran piedad-, también yo.

Mientras contaba lo que había visto en la casa de Kennard la noche que Marius había ido a buscarle invadido por el pánico, Regís observaba a Lew, pensando que le costaba mucho reconocer en él al muchacho que había sido como un hermano en la niñez. ¡Lew parecía -y la idea se formó involuntariamente- una de esas cosas que se ponían en los campos para espantar a los pájaros! No era tanto la delgadez, aunque estaba muy delgado y parecía demacrado, ni siquiera eran aquellas pavorosas cicatrices. No, era algo en los ojos, algo terrible y acorralado.

En seis años, ¿no ha encontrado paz?

Seguramente, lo único que pasaba es que Lew estaba agotado por el viaje, y seguía bajo los efectos de la conmoción causada por la súbita muerte de su padre. Regís sabía que también él, en cuanto pudiera pensarlo, lamentaría la desaparición del aquel nombre amable y comprensivo que había sido su padre adoptivo y amigo, que le había entrenado en el manejo de la espada y que le había dado la única familia y el único hogar que Regis había conocido. Pero no era el momento de lamentarse. Acabó su relato con fluidez.

-... y cuando intenté mirar en mi propia matriz, estaba igual que aquella vez en los Hellers, durante la época en que Sharra estaba libre y Lew... esclavizado. No vi más que la Forma de Fuego.

Desde su lugar, entre los Alton, el hombrón pelirrojo que había venido desde Arilinn y que era uno de los parientes de Lew -Regis sólo había oído su nombre una vez y no lo recordaba- dijo:

-Esto me resulta perturbador, Lord Regis. Pues mi matriz, está libre de toda sombra, mira. Con sus grandes dedos, que parecían más adecuados para empuñar la espada o el martillo del herrero, desnudó hábilmente la bolsita que llevaba al cuello; brevemente, Regis vio el centelleo azul pálido antes de que el hombre la envolviera de nuevo.

-Y también la mía -dijo Callina con suavidad, pero sin moverse. Regis supuso que, como Celadora, ella sabría en qué condiciones estaba su matriz sin necesidad de tocarla. A veces le sabía mal no haberse quedado en la Torre, para ser entrenado en todas las maneras de utilizar su *laran* latente, fuera el que fuese. Por lo general, esta idea se le ocurría a Regis cuando veía a algún técnico trabajar con una matriz. Pero no había sido un deseo lo bastante intenso como para retenerle en una Torre, comparado con las otras obligaciones de su clan y casta, y suponía que para un verdadero mecánico o técnico, esa vocación debía superar cualquier otra obligación o necesidad.

- ¿Y qué ocurre con la tuya? -le preguntó con dulzura Callina a Lew.

Él se encogió de hombros, y a Regis el gesto le pareció el último movimiento desesperanzado de un hombre tan derrotado que no tenía fuerzas para combatir esta última vergüenza, esta última desesperación. Sintió ganas de gritarle a Callina: *¿No ves lo que le estás haciendo?*

-Yo nunca he estado... libre de ella -dijo por fin Lew, inexpresivo.

Pero los demás asistentes de la Cámara de Cristal empezaban a inquietarse. Ya la cualidad de la luz se había alterado, mientras el Sol Sangriento, más allá de las ventanas, se hundía hacia el horizonte y se perdía entre las brumas del atardecer; ahora la luz era fría, helada, austera. Finalmente alguien, algún noble menor del Dominio Ardáis, exclamó:

- ¿Qué tiene que ver todo esto con el Concejo?

-Ruego a todos los Dioses que nunca os enteréis de todo lo que puede tener que ver con nosotros, *comynari* -dijo Callina con voz sombría-. Nada puede hacerse aquí, pero debemos investigar esto. -Miró al pariente de Lew procedente de Arilinn y le preguntó-: Jeff; hay aquí algún otro técnico?

Él sacudió la cabeza.

-No, a menos que la madre Ashara pueda facilitarnos alguno. -Se volvió hacia los Hastur y se dirigió al abuelo de Regis-: *Vai Dom,* te pido que disuelvas el Concejo durante algunos días, hasta que podamos averiguar qué ha sido este... este estallido de la fuerza que creíamos controlada.

Hastur frunció el ceño, y Derik dijo con tono estridente:

-Es demasiado tarde para impedir esta alianza, Lord Hastur, y de todos modos no creo que Beltrán tenga algo que ver con la gente de Sharra... ya no. ¡Creo que ya recibió su lección! ¿No crees, Marius?

Regis vio que Lew se sobresaltaba y miraba preocupado a Marius, y se preguntó si Lew no estaba enterado del vínculo entre su hermano y Rafe Scott -vínculo que probablemente significara también una relación con los de Aldaran-. Bien, eran parientes de Marius, la familia de su madre. *Cometimos un gran error,* pensó con pesar, *deberíamos haber conservado a Marius aliado a nosotros por amistad, por parentesco. Le echamos fuera. ¿A quién podía recurrir sino a los terranos, o a los Aldaranes, o a ambos? Y ahora parece que deberemos tratar con él como Heredero de Alton.* Parecía bastante claro que Lew no estaba en condiciones de hacerse cargo del gobierno del Domino Alton, aun cuando se lograra que el Concejo lo aceptara.

Hubo una vez un laran *que podía predecir el futuro,* pensó Regis, *y se daba entre los Hastur. ¡Ojalá tuviera, algo de ese don!*

Se había perdido lo que había dicho Marius, pero su abuelo tenía el aspecto perturbado.

-Es casi imposible hablar de alianzas con Aldaran mientras no sepamos algo de esto... -dijo el anciano finalmente, vacilando, y Regís vio que el labio superior del anciano se elevaba en un gesto de disgusto- de esta... reaparición de Sharra.

-Pero eso es lo que estoy tratando de decir -agregó Derik con exasperación-. ¡Hemos enviado ya un mensaje a Beltrán, estará aquí la Noche del Festival! -Y al ver la furia y la preocupación que se inscribieron en el rostro del viejo Hastur, Derik añadió, defensivo, petulante, como un niño que ha sido atrapado cometiendo una travesura-: ¡Bien, soy Lord Elhalyn! Estaba en mi derecho, ¿no?

Danvan Hastur tomó la taza de vino caliente y especiado que su criado personal le había acercado, y colocó los pies sobre un banquillo tallado. A su alrededor, los criados se movían en silencio, encendiendo las lámparas. Había caído la noche. No le había quedado más remedio que disolver el Concejo.

-Debería enviar un mensajero para averiguar cómo está Lew -dijo Regis-, o ir a saludarle. Kennard fue mi amigo y padre adoptivo. Lew y yo éramos *bredin.*

-Lo cierto es que en estos momentos, podrías buscarte un amigo menos peligroso --replicó Hastur con aspereza-. Esa alianza no te hará ningún bien.

- ¡No elijo a mis amigos por su conveniencia política, señor! -contestó Regis con furia.

Hastur se encogió de hombros, como para desechar esa respuesta.

-Todavía eres lo bastante joven como para gozar del lujo de la amistad. Yo siempre estuve convencido de que Kennard era un buen amigo, pero tal vez durante demasiado tiempo. -Al ver que Regis hacía ademán de levantarse, el anciano añadió-: No, espera, te necesito aquí. He mandado llamar a Gabriel y Javanne. La pregunta que se nos plantea es ésta: ¿qué vamos a hacer con Derik? -Regis no pareció comprender, y su abuelo gruñó con impaciencia-. ¡No creerás que podemos coronarle! ¡Ese muchacho es poco más que un retrasado!

Regis se encogió de hombros.

-No veo qué otra opción tienes, abuelo. Es peor que si fuera retardado: en ese caso, todo el mundo estaría de acuerdo en que no es posible coronarle. El problema es que Derik tiene nueve décimos de su inteligencia, pero le falta el décimo más importante. -Sonrió, aunque sabía que la broma no era graciosa.

Pero Danvan Hastur no sonrió.

-En un nivel de vida menos importante, incluso como cabeza de un Dominio, el problema no sería tan importante: va a casarse con Linnell Lindir-Aillard, y ella no es ninguna tonta. Derik la ama, ha crecido sabiendo que las mujeres Aillard son las que representan al Dominio en el Concejo por derecho propio, y se dejaría conducir por ella. Recuerdo cuando mi padre casó a uno de los Ardáis más inestables con una mujer Aillard. Lady Rohana fue la verdadera cabeza de ese clan hasta la época de Dyan. Pero... llevar la corona de los Hastur de Elhalyn... -sacudió lentamente la cabeza- ¿y en los tiempos que se avecinan? No, no puedo arriesgarme a eso.

-No sabía que tenías poderes para arriesgarte o no

a eso, señor -señaló Regís-. Si años atrás hubieras admitido el hecho, de que Derik nunca estaría en condiciones de ser coronado, tal vez cuando tenía doce o quince años, y le hubieras puesto bajo tutoría y dejado de lado... ¿quién es el siguiente heredero de Elhalyn?

Danvan Hastur frunció el ceño, profundas arrugas de preocupación surcaron su rostro.

-No puedo creer que seas tan ingenuo, Regis.

-No sé qué quieres decir, abuelo.

Danvan Hastur suspiró y dijo lentamente, como si le estuviera explicando algo a un niño con dibujitos de colores.

-Tu madre, Regis, era la hermana del rey Stephen. Su única hermana. -Por si Regis no había captado lo que aquello implicaba, aclaró escuetamente-: Tú eres quien más cerca está de la corona... incluso antes que los hijos de las hermanas de Derik. El mayor tiene tres años. También hay un bebé de pecho.

- ¡Aldones! ¡Señor de la Luz! -masculló Regis, y la imprecación fue también una plegaria. Recordaba ahora unas palabras que le había dicho en broma a Danilo unos años atrás: *Si me quieres, Dani... ¡no me desees una corona/*

-Si le hubiera dejado de lado -prosiguió su abuelo-, ¿quién hubiera creído que no intentaba acaparar yo todo el poder? No hubiese sido nada malo, estando las cosas como están... pero hubiera perdido el respaldo popular que necesitaba para mantener en orden un reino sin corona. Me demoré, esperando que todo el mundo se diera cuenta de que Derik era verdaderamente inepto.

-Y ahora-replicó Regis-, todo el mundo pensará que estás tratando de destituir a Derik la primera vez que toma una decisión contraria a ti.

-El problema es -dijo su abuelo, con tono inexpresivo- que esta propuesta de alianza con Aldaran tal

vez no sea una mala idea, si es que podemos estar seguros de que los aldaranes se han salido para siempre del bando terrano. Lo que ocurrió durante aquel asunto de Sharra parece haber quebrantado la intimidad entre terranos y aldaranes. Si podemos conseguir que Aldaran esté firmemente de nuestro lado... -reflexionó durante un momento.

-Abuelo, ¿de verdad crees que los terranos van a desmontar su puerto espacial y marcharse? El anciano sacudió la cabeza. -Lo que quiero es que les demos completamente la espalda. Creo que mi padre cometió un gravísimo error cuando permitió que Kennard fuera educado en Terra, y creo que yo lo empeoré cuando reconocí a Lew en el Concejo. No, por supuesto que el Imperio Terrano no se marchará. Pero los terranos podrían habernos respetado, si nosotros ni hubiésemos estado todo el tiempo observándoles desde el otro lado del muro. Nunca debimos permitir a los Ridenow salir del planeta. Deberíamos haberles dicho a los terranos: «Construid el puerto espacial si debéis hacerlo, pero a cambio de eso, dejadnos tranquilos. Dejadnos con nuestro propio estilo de vida, y ocuparos de vuestros asuntos sin involucrarnos.»

Regís sacudió la cabeza.

-No hubiera funcionado. No se puede ignorar un hecho, y el Imperio Terrano es un hecho. Está allí. Tarde o temprano nos afectará de una manera u otra, a pesar de que hacemos ver que no existe. Y no se puede ignorar el hecho de que somos colonos terranos, o que alguna vez lo fuimos.

-Lo que alguna vez fuimos ya no importa -dijo Danvan Hastur-. Los pollos no pueden volver al huevo.

-Eso es lo que intento expresar, señor. Fuimos desarraigados, y encontramos un estilo de vida que significaba que aceptábamos nuestra pertenencia a este mundo, y estábamos obligados a vivir dentro de sus restricciones. Eso funcionó mientras estuvimos aislados, pero una vez que volvimos a estar en contacto con un... -se interrumpió para pensar- con un imperio interestelar, que da por hecha la posibilidad de pasar de una estrella a otra, no podemos pretender seguir de la misma manera.

-No veo por qué no -dijo Hastur-. Los terranos no tienen nada que nosotros deseemos.

-Nada que tú desees, tal vez, señor. -Regís hizo un esfuerzo por no clavar la mirada en el juego de café de plata que se hallaba sobre la mesa de su abuelo, pero el anciano se dio cuenta y dijo:

-Estoy dispuesto a prescindir de los lujos terranos, si con eso se estimula al resto del pueblo a hacer lo mismo.

-Una vez más, señor, no funcionará. Tuvimos que recurrir a los terranos durante la última epidemia de fiebre de los Rastreadores. También hay indicios de que el clima está cambiando, y necesitamos un poco de ayuda tecnológica al respecto. La gente morirá si no ve otra alternativa, pero si les dejamos morir cuando la medicina terrana podría ayudarles, ¿no seremos entonces tiranos? Señor, lo único que nadie puede controlar es el conocimiento. Podemos usarlo o darle un mal uso... como al *laran* -agregó con tono sombrío, recordando que su propio *laran* le había producido tal insoportable auto-conocimiento que, hubo un tiempo en que habría preferido eliminarlo de su cerebro-. Pero no podemos fingir que nunca ocurrió, o que nuestro destino es permanecer en este mundo, como si fuera el único de todo el universo.

- ¿Estás tratando de decirme que es inevitable que formemos parte del Imperio Terrano? -preguntó su abuelo, frunciendo el ceño. El anciano parecía tan furioso que Regis lamentó haber iniciado aquella discusión.

-Lo que estoy diciendo, señor, es que nos unamos a él o no, el Imperio Terrano es ya un hecho de nuestra existencia, y cualquiera que sea la decisión que tomemos, deberemos tomarla con pleno conocimiento de que los terranos están allí. Si les hubiéramos negado permiso, al principio, para construir el puerto espacial, podrían... digo podrían, no lo que habrían hecho, habernos vuelto la espalda, marcharse y construirlo en algún otro sitio. Lo dudo. Lo más probable es que hubiesen empleado la mínima fuerza necesaria para impedir nuestra rebelión, y que lo hubiesen construido de todos modos. Nosotros podríamos haber intentado resistir... y tal vez, si hubiéramos tenido todavía las armas de las Eras del Caos, podríamos haberles echado. Pero no sin destruirnos también en el proceso. Recuerdas lo que ocurrió en una sola noche cuando Beltrán lanzó a Sharra contra ellos... -Se interrumpió, estremecido-. No es la peor de las armas de las Eras del Caos, pero espero no ver nunca otra peor. Y ahora ya no tenemos la tecnología de las Eras del Caos, de modo que esas armas son incontrolables. Y ni siquiera tú, señor, puedes pensar en echar a los terranos con las espadas de los Guardias... ni aunque llames a todos los espadachines de Darkover.

Su abuelo permaneció en silencio y se cogió la cabeza entre las manos durante tanto tiempo, que Regis se preguntó si no habría dicho algo imperdonable, si Danvan Hastur no le descastaría y desheredaría por traidor.

Pero todo lo que dije es verdad, y él es suficientemente honesto para saberlo.

-Es verdad -dijo Danvan Hastur, y Regis, culpable, se alarmó. Se había acostumbrado a creer que su abuelo era un telépata mínimo, y que nunca utilizaba la comunicación mental si podía evitarla. Y en realidad, lo

hacía con tan poca frecuencia, que a veces se olvidaba incluso que compartían el *laran.*

-Sería tan estúpido como Derik si intentara creer que Darkover por sí solo podría enfrentarse a algo de las dimensiones del Imperio Terrano. Pero me niego rotundamente a que Darkover se convierta en una colonia terrana y nada más. Si no podemos conservar nuestra integridad ame la cultura y la tecnología terranas, tal vez no merezcamos sobrevivir en absoluto.

-No es tan terrible -señaló Regis-. Esa es una de las razones por las que Kennard fue educado en Terra, para empezar, para señalar que nuestro estilo de vida es viable, incluso para nosotros, y que no necesitamos lo peor de su tecnología, que no necesitamos adoptarla, por ejemplo, hasta tal punto que nuestra ecología sufra. No podemos respaldar la clase de tecnología que tienen en algunos mundos, por ejemplo; carecemos de metales, e incluso una agricultura demasiado intensiva agotaría nuestro suelo y nuestros bosques en dos generaciones. Me lo enseñaron de niño, igual que a ti. También los terranos lo saben. Tienen leyes que les impiden devastar mundos, y no van a darnos nada que no pidamos. Pero con todo respeto, abuelo, creo que hemos ido demasiado lejos en sentido contrario y que insistimos en mantener a nuestro pueblo en un estado... -buscó las palabras- en un estado de barbarie, en un estado feudal en el que seguimos dominando las mentes mismas de las personas.

-Ni ellos saben qué les conviene -dijo Hastur con desesperación-. ¡Mira a los Ridenow! Se pasan la mitad del tiempo en lugares como Vainwal, ¡abandonando a nuestro pueblo cuando más necesario es un liderazgo responsable! En cuanto a la gente común, miran los lujos que les concedería la ciudadanía terrana... y piensan... y olvidan el precio que tendrían que pagar.

-Tal vez yo confío en el pueblo más que tú, señor.

Creo que si les damos más educación, más conocimiento... sabrían contra qué combaten y sabrían por qué tú te niegas.

-He vivido más que tú -señaló el anciano con tono seco-, lo suficiente para saber que la mayoría de las personas quieren aquello que les dé más beneficio con el menor esfuerzo, y no quieren pensar en las consecuencias a largo plazo.

-Eso no siempre es cierto -protestó Regís-. Mira el Pacto.

-Fue impuesto a la gente por un fanático obsesivo, en un momento en que todos estaban asustados y agotados por una serie de guerras suicidas -dijo Hastur-. Y se mantuvo solamente por que los guardianes de esas antiguas armas las destruyeron antes de que pudieran ser utilizadas de nuevo, y se llevaron su saber a la tumba. ¡Mira por qué se mantuvo! -Hizo un gesto despectivo-. De vez en cuando alguien desentierra una vieja arma y la usa, eso dicen, en defensa propia. No tienes edad suficiente para recordar la época en que los hombres-gato asolaron todas las tierras de las Kilghard Hills, o cuando algunos forjadores, según creo, lanzaron a Sharra contra unos bandidos hará un par de generaciones. Si las armas *están* a mano, la gente las usa, ¡y al demonio con las consecuencias a largo plazo! Tu propio padre quedó hecho pedazos por armas pasadas de contrabando de la Zona Terrana. ¡Eso es lo que tengo que decir a favor de nuestro estilo de vida, en contra de los terranos!

-Sigo pensando que todo eso podría haberse evitado si se hubiera avisado debidamente a la gente sobre las consecuencias -insistió Regís-, pero no estoy afirmando que debemos convertirnos en una colonia terrana. Ni siquiera los terranos nos piden eso.

- ¿Cómo sabes lo que quieren?

-He hablado con algunos de ellos, señor. Sé que en realidad no lo apruebas, pero me parece mejor saber qué están haciendo...

-Y como resultado -dijo su abuelo con voz helada- vienes aquí a defenderles ante mí.

Regís luchó contra una oleada de exasperación.

-Estábamos hablando de Derik, abuelo -dijo por fin-. Si no puede ser coronado, ¿cuál es la alternativa? ¿Por qué no podemos casarle simplemente con Linnell y confiar en que ella le mantenga controlado?

-Linnell es demasiado buena para él -contestó Danvan Hastur-, y no me agrada que caiga aún más bajo la influencia de Merryl. No confío en ese hombre.

-Merryl es estúpido e imprudente -dijo Regís-, y peligrosamente indisciplinado. Sin embargo imagino que Lady Callina puede ayudar en algo, si no le atas las manos permitiendo que Merryl la case. No confío ni quiero confiar, ni lo haré, en Aldaran. No con Sharra suelta otra vez.

-Yo no puedo oponerme directamente al heredero del Trono, Regís. Si hago que pierda *kihar...* -deliberadamente, Danvan Hastur utilizó la intraducible palabra de las Ciudades Secas, que significaba integridad personal, honor, dignidad... y algo más- ante el Concejo, ¿cómo podrá gobernar alguna vez?

-De todas maneras no puede, abuelo. ¿Le permitirás que case a Callina para salvar su imagen ante el Concejo? Si tienes que coronarle, y creo que tal vez tengas que hacerlo, debes hacerle saber antes que el Concejo siempre podrá vetar sus decisiones, pues si no le permitirás jugar al tirano con nosotros de manera estúpida. Callina Lindir es Cabeza de Dominio por derecho propio, ha sido Celadora de Neskaya y de Arilinn, y ahora está aquí con Ashara. ¿Y su pérdida de *kihar?*

Su abuelo frunció el ceño. Regís supo, aunque no de manera totalmente telepática, que Hastur era reticente a otorgarle también a Callina tanto poder en el Concejo.

No a menos que esté seguro de que ella, le respaldará, a él y a sus ideas aislacionistas. ¡Si no lo respalda, se limitará a casarla para sacarla del Concejo!

- ¿Supongo que no estarás dispuesto a casarte tú con ella?

- ¿Con Callina? -preguntó Regís, horrorizado-. ¡Debe tener veintisiete años!

-Tampoco es que sea senil -dijo el anciano secamente-, pero en realidad me refería a Linnell. Vale demasiado para ese estúpido de Derik.

Por Evanda misericordiosa, ¿ya está el viejo cantando otra vez la misma canción?

- ¡Señor, Derik y Linnell, han sido novios desde que ella jugaba con muñecas! Y tú has estimulado esa relación. Es la única mujer por la que Derik se dejará gobernar. ¡Les destrozarás el corazón a ambos! ¿Por qué separarles ahora?

-Me gustaría estar firmemente aliado a los Aillard.

-Ya lo estamos, señor, con Linnell comprometida con Derik. Pero dejaremos de estarlo si desprestigias a Callina y la casas en contra de su voluntad... y con Aldaran -dijo Regís-. Y te estás olvidando de lo más importante, abuelo.

- ¿Y qué es? -Se burló su abuelo, incorporándose para caminar por la habitación con inquietud-. ¿Toda esa maldita cuestión de Sharra?

- ¿No te das cuenta de lo que está ocurriendo, abuelo? Derik hizo todo esto a espaldas nuestras, y Beltrán estará aquí la Noche del Festival. Lo que significa que ya está en camino, a menos que se haya puesto de acuerdo con los terranos y haya conseguido una o dos aeronaves, y no es tan fácil volar sobre los Hellers. -Recordaba que alguien le había dicho que a los únicos terranos que se les había ocurrido sobrevolar los Hellers en algo más lento y que viajara a menor altura que una aeronave a reacción les habían ocurrido cosas terribles; esas montañas eran una pesadilla de corrientes ascendentes, descendentes y salvajes oscilaciones térmicas-. De modo que cuando llegue aquí, ¿qué le dirás? «¡Por favor, Lord Aldaran, vuélvete a casa, hemos cambiado de idea!»

El viejo Hastur hizo un gesto de disgusto.

-En Darkover, se han declarado guerras por mucho menos que eso.

-Y los aldaranes nunca han observado tan bien el Pacto -señaló Regís-. O tendremos que permitirle que se case con Callina, o tendremos que insultarle diciéndole, tal vez en público, «Lo siento, Lord Aldaran, ella no quiere casarse contigo», o diciéndole que nuestro Príncipe y Gobernante es un tonto a quien ni siquiera puede confiársele la concertación de un matrimonio para su servidor. ¡En cualquier caso, Beltrán quedará ofendido! ¡Abuelo, me resulta difícil creer que no hayas previsto este día!

Hastur se acercó y se dejó caer en su silla tallada.

-Sabía que no podía confiar en Derik para que tomara ninguna decisión importante. ¡Dije una y otra vez que no me gustaba que anduviera en compañía de Merryl! ¿Pero cómo podía prever que Merryl tendría tanta insolencia como para hablar por la cabeza de su Dominio, o que Aldaran le escucharía?

-Si hubieras admitido el hecho de que Derik es un retrasado... bueno, no un retrasado, no un tonto que necesita ir cogidito de la mano, con un tutor que le cuide, pero sí alguien que carece del buen juicio de un niño *de* diez años, por no hablar de ser el presunto Heredero del Trono... -empezó Regis, pero se interrumpió con un suspiro-. Señor, lo hecho, hecho está. No tiene sentido hablar de \o que se tenía que haber hecho. La pregunta que se *plantea* ahora es: ¿cómo nos salimos de ésta sin una guerra?

-No creo que Callina consienta casarse con él,

Aunque sólo sea por celebrar la ceremonia como una formalidad... -empezó Hastur, pero se interrumpió ante la entrada de su criado, que permaneció junto a la puerta.

-¿Sí?

-*Domna* Javanne Hastur y su consorte, *Dom* Gabriel.

Regís se incorporó para besar la mano de su hermana y hacerla entrar. Javanne Hastur era una mujer alta y apuesta, de más de treinta años, con las fuertes facciones de los Hastur. Les miró a los dos.

- ¿Otra vez peleándote con el abuelo, Regís? -preguntó Javanne, como si le estuviera regañando por trepar a los árboles y destrozar su pantalón nuevo.

-Peleando no -dijo él, con tono ligero-. Simplemente intercambiábamos opiniones sobre la situación política.

Gabriel Lanart hizo una mueca de desagrado.

-Eso ya es bastante grave -dijo.

-Y yo le recordaba a mi nieto y Heredero -dijo Danvan Hastur con aspereza-, que ya es mayorcito para seguir soltero, y le insinué que podríamos casarle incluso con Linnell Aillard-Lindir, si eso le convence de que tiene que sentar cabeza. En nombre de Evanda, Regis, ¿a qué estás esperando?

Regís trató de controlar la furia que le invadía.

-Estoy esperando, señor, encontrar una mujer con quien pueda pensar en pasar el resto de mí vida. No me niego al casamiento.

-Espero que no -se burló su abuelo-. Es poco digno para un hombre de tu edad seguir soltero. No digo nada en contra del joven Syrtis. Es un buen hombre, un compañero adecuado para ti. Pero en las épocas que se avecinan, ¡sólo nos faltaría que alguien diga con desprecio que el Heredero de Hastur es un amante de hombres!

- ¿Y si lo fuera, señor? -preguntó Regís con tranquilidad.

Esta noche, su abuelo estaba negando demasiados hechos desagradables. Que ahora digiriera éste. Javanne parecía consternada y apenada. Es verdad que no era lo más adecuado para decir delante de una hermana, pero después de todo, se defendió Regís con ira, su abuelo sabía perfectamente cuál era la situación.

- ¡Tonterías! -Dijo Danvan Hastur-. Eres joven, eso es todo. Pero si eres bastante adulto para tener opiniones tan marcadas, y si se supone que debo tomarlas con seriedad, deberías ser capaz de convencerme de que eres lo bastante maduro como para que te preste atención. Quiero verte casado, Regís, antes de que termine el año.

Entonces seguirás decepcionado por largo tiempo, abuelo, pensó Regís, pero no lo dijo en voz alta. Javanne frunció el ceño, y Regís supo que ella, que tenía más sensibilidad telepática que su abuelo, había captado la idea.

-Hasta Dyan Ardáis ha dado un Heredero a su Dominio, Regís -dijo su hermana.

-Bueno, también yo -le respondió Regis-. Tu propio hijo, Javanne. ¿No te complacería que fuera señor de Hastur después que yo? Y tengo otros hijos con otras mujeres, aunque son *nedestro.* Soy perfectamente capaz de engendrar hijos para el Dominio, y estoy dispuesto a hacerlo. Pero no deseo un matrimonio que sería una simple farsa, sólo para complacer al Concejo. Cuando encuentre una mujer con la que desee casarme, quiero estar libre para hacerlo. -Y mientras hablaba, le pareció que caminaba junto a alguien, y la sobrecogedora emoción que le embargó era diferente de todo lo que había sentido antes, salvo aquel primer y repentino desborde de amor y gratitud cuando Danilo había despertado su *laran y* le había permitido aceptarlo, aceptando-

se a sí mismo. Pero aunque sabía que era una mujer quien caminaba a su lado, no pudo ver su rostro.

-Eres un tonto romántico -dijo Javanne-. El matrimonio no es eso. -Pero sonrió y Regis vio la mirada amorosa que le lanzó a Gabriel. Javanne era afortunada: estaba muy satisfecha de su matrimonio.

-Cuando encuentre una mujer que me satisfaga tanto como Gabriel a ti, hermana, me casaré con ella -replicó, y trató de conservar su voz en un tono ligero-. Y eso te lo prometo. Pero todavía no la he encontrado, y no estoy dispuesto a casarme tan sólo para complacer al Concejo, o a ti, o al abuelo.

-No me gustaría que se dijera -dijo Javanne, con el ceño fruncido-, que el Heredero de Hastur es un amante de hombres Y si no te casas pronto, Regis, lo dirán, y habrá escándalo.

-Si lo dicen, que lo digan, y eso es todo -dijo Regis, exasperado-. ¡No me pasaré la vida temiendo a las lenguas del Concejo! ¡Hay muchas cosas que me molestarían más que las especulaciones del Concejo sobre mi vida amorosa... que, después de todo, no es asunto suyo! ¡Creí que habíamos venido a conversar acerca de Derik y de los demás problemas que tenemos en el Concejo! ¡Y para cenar: y no he visto ningún indicio de comida o bebida! ¿Vamos a seguir discutiendo de mis asuntos personales mientras los criados tratan de mantener caliente la cena, temerosos de interrumpirnos mientras hablamos de cuándo se celebrará mi boda?

Estaba a punto de abandonar con furia las habitaciones, y su abuelo lo sabía.

- ¿Quieres pedirles a los criados que sirvan la cena, Javanne? -dijo Danvan Hastur. Mientras tanto, su abuelo indicó a otro criado que se acercara a retirar la capa de Gabriel-. Podrías haber traído a tu hijo, Gabriel -añadió.

Gabriel sonrió.

-Estaba de guardia esta noche, señor.

Hastur asintió.

- ¿Y cómo le va en los cadetes, entonces? Y Rafael, está en el primer año, ¿verdad?

Gabriel volvió a sonreír.

-Hago un gran esfuerzo para no notar a Rafael, pariente. Probablemente, está teniendo los mismos problemas que tienen todos los muchachos de rango allí, el joven Gabe el año pasado, o Regis, o Lew Alton. Todavía recuerdo que tuve que enseñarle a Lew algunas tretas especiales de luchas. ¡De veras que la tenían con él, y le hacían la vida imposible! Supongo que hasta Kennard tuvo los mismos problemas cuando era un cadete de primer año. Yo no, pero estaba fuera de la línea de sucesión directa del Comyn. -Suspiró y añadió-. Mala suerte lo de Kennard. Lo extrañaremos. Seguiré al mando de los Guardias hasta que Lew esté en condiciones de tomar decisiones. Está enfermo de verdad, y esta historia de Sharra no le ha ayudado nada. Pero cuando se recupere...

-Sin duda no pensarás que Lew es apto para gobernar el Dominio Alton, ¿verdad? -preguntó Hastur, consternado-. ¡Le has visto igual que yo! ¡El muchacho es una ruina!

-No es en absoluto un muchacho -protestó Regis-. Lew es seis años mayor que yo, lo que significa que tiene más de veinticinco años. Es justo esperar a que se recupere de la pérdida de su padre, y del viaje desde Vainwal. Una vez Kennard me dijo que casi todos los viajes largos deben hacerse bajo el efecto de fuertes sedantes. Pero cuando se recupere de eso...

Hastur abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera hacerlo, Javanne dijo:

-La cena está servida, ¿nos sentamos? -Y tomó el brazo de su esposo. Regis les siguió junto con su abuelo. La cena había sido servida en una mesa pequeña en la

habitación contigua, con manteles elegantes y los platos y copas más finas; Javanne, a una señal de su abuelo, indicó que ya podían servirles.

Les sirvieron el vino, y Gabriel, desplegando la servilleta sobre sus rodillas, comentó:

-Creo que Lew es un hombre sólido.

-Tiene sólo una mano. ¿Puede un mutilado estar al mando de la Guardia?

-También hay precedentes suficientes de eso -dijo Gabriel-. Dos o tres generaciones atrás, *Dom* Esteban, que fue mi bisabuelo y creo que también el de Lew, comandó a los Guardias durante diez años desde una silla de ruedas, después de haber perdido el uso de sus piernas durante la Guerra contra los Hombres-Gatos. Y además, también estuvo Lady Bruna, que tomó la espada y resultó ser una comandante notable, cuando su Heredero era sólo un bebé. -Se encogió de hombros-. Lew puede vestirse y cuidarse solo con una mano... yo lo he visto. En cuanto al resto, bien, era un oficial condenadamente bueno. Y si quiere que yo siga al mando de la Guardia... Bien, es cabeza de mi Dominio, y haré lo que él diga. Y los muchachos están creciendo... Y está Marius. No ha tenido entrenamiento militar, pero está perfectamente educado.

-Educación terrana -dijo Hastur con tono áspero.

-El conocimiento es conocimiento siempre, abuelo -repuso Regís. Recordó lo que había estado pensando en el Concejo, que tal vez fuera más sensato dejar que los terranos instruyeran a Mikhail, en vez de hacerle entrar en los cadetes para que adquiriera disciplina militar y fuera entrenado en el manejo de la espada-. Marius es inteligente...

-Y tiene algunos desafortunados amigos terranos -dijo Javanne con desprecio-. ¡Si no se hubiera involucrado con los terranos, no hubiera traído todo ese asunto de Sharra hoy, en el Concejo!

-Y entonces no sabríamos nada de lo que está ocurriendo -contestó Regís-. Cuando hay un lobo suelto en las tierras de pastoreo, ¿nos molesta que el pastor pierda una noche de sueño? ¿Y quién tiene la culpa de que Marius no haya recibido entrenamiento en los cadetes? Estoy seguro de que a él le hubiera ido allí tan bien como me fue a mí. Elegimos entregarle a los terranos, y ahora me temo que tendremos que vivir con lo que hemos hecho de él. ¡Nos aseguramos de que al menos un Dominio siguiera aliado con los terranos!

-Los Alton siempre han estado muy dispuestos a tratar con los terranos -musitó Hastur-. Desde la época en que Andrew Carr se casó dentro de ese Dominio...

-Lo hecho, hecho está -dijo Gabriel-, no es necesario escarbar en todo eso ahora, señor. No he visto ningún indicio de que Lew haya sido tan feliz entre los terranos que no pueda gobernar bien a los Alton...

-Hablas como si él fuera a ser Cabeza de Dominio -comentó Hastur.

Gabriel dejó su cuchara, y la sopa cayó sobre el mantel.

-Mira, abuelo. Una cosa es que yo reclamara el Dominio cuando no teníamos idea de si Lew estaba vivo o muerto. Pero el Concejo le ha aceptado como Heredero de Kennard, y eso es todo. A él, como cabeza del Dominio, le corresponde decir qué ocurrirá con Marius, pero supongo que le designará Heredero. Si fuera Jeff Kerwin a quien yo tuviera que desafiar... Él no quiere el Dominio, no fue criado para eso.

- ¿Un terrano? -preguntó Javanne, sorprendida.

-Jeff no es terrano. Debería haber dicho *Dom* Damon... No tiene nada de sangre terrana. Su padre era el hermano mayor de Kennard. Fue criado en Terra, creció pensando que era terrano, y lleva el nombre de su padre adoptivo, eso es todo -explicó Gabriel pacientemente, no por primera vez-. Tiene menos sangre terrana

Que yo. Mi padre era Domenic Ridenow-Lanart, pero todo el mundo sabía que fue engendrado por Andrew Carr. Dos hermanas gemelas se casaron con Andrew Carr y Damon Ridenow.

Danvan Hastur frunció el ceño.

-Eso ocurrió hace mucho tiempo.

-Es curioso como una o dos generaciones borran el escándalo -dijo Gabriel con una sonrisa irónica-. Creí que todo había quedado resuelto cuando probaron a Lew para ver si tenía el Don de Alton. Él lo tenía, yo no, y eso fue todo.

-Quiero que seas cabeza del Dominio Alton, Gabriel -replicó Danvan Hastur con suavidad-. Es tu deber para con el clan Hastur.

Gabriel recogió su cuchara, frunció el ceño, la limpió un poco con la servilleta y volvió a colocarla en su plato. Tomó una cucharada antes de hablar.

-Cumplí con mi obligación con el clan Hastur cuando le di dos... no, tres hijos, señor, y uno de ellos para que fuera Heredero de Regís. Pero también juré lealtad a Kennard. ¿Honestamente crees que voy a disputarle a mi primo su merecida y legal posición como Heredero de Alton?

Pues eso, pensó Regís, observando la cara del anciano, *es exactamente lo que Danvan Hastur piensa. O pensaba.*

-Los Alton son aliados de Terra -dijo el viejo-. No es ningún secreto. Kennard, ahora Lew, e incluso Marius, tienen educación terrana. La única manera de conservar el Dominio Alton en el bando darkovano es teniendo al mando a un hombre fuerte de Hastur, Gabriel. Desafíalo ante el Concejo. Ni siquiera creo que él quiera defenderse.

* Hechos narrados en *La espada encantada y La Torre prohibida. (N. del E.)*

¡Por el Señor de la Luz! ¿De veras piensas...?Gabriel se interrumpió-. No puedo hacerlo, Lord Hastur, *y no lo haré.*¿Quieres que un peón de Sharra, medio terrano,
gobierne el Dominio Alton? - preguntó Javanne, mirando a su esposo.

—Eso le corresponde a él decidirlo - contestó Gabriel con firmeza - .Juré obedecer cualquier orden adecuada que me impartieras, Lord Hastur, pero no es una
orden legal ni adecuada que me pidas desafiar a la legal Cabeza de Dominio. Si me perdonas, señor, diré que eso no es en absoluto una orden justa.

-En este momento, es importante que el Dominio se sostenga, sea leal - insistió Hastur con impaciencia - Lew es incapaz...Si es incapaz, señor - dijo Gabriel, con aspecto preocupado -, quedará claro muy pronto. Creí que le habían depuesto como sucesor de Kennard después de la rebelión de Sharra - exclamó Javanne con voz aguda -. Y ahora tanto él como su hermano están ligados a Sharra. Y también yo, hermana, ¿o no estabas escuchando? - preguntó Regis. Le miró, incrédula.

—Con dedos vacilantes, Regis buscó su matriz. Torpemente, le quitó la envoltura de seda. Recordó que años atrás, Javanne le había enseñado a usarla, y ella también lo recordó, pues sus ojos coléricos se suavizaron, y le sonrió. En la mente de ella había una imagen de la muchacha que había sido que *había,* sido-*ella. misma sin madre, tratando de ser la. madre de su hermanito - se hubiera inclinado hacia él como lo había. hecho tantas veces cuando era pequeño, para tomarlo en sus brazos.* Por un momento, la mujer de rostro duro, la madre de sus hijos, desapareció, y se convirtió en la hermana amable y dulce que Regis había conocido.

-Lo siento, *breda* -dijo Regís con suavidad-, pero las cosas no desaparecen porque uno les tenga miedo. No quería que tuvieras que ver esto. -Suspiró y dejo caer el cristal azul sobre la palma de su mano.

Rugiendo, llameante en su mente, la forma de fuego... Una gran forma agitada, una mujer, alta, envuelta en llamas, su pelo alzándose como inquietos fuegos, sus brazos rodeados de cadenas de oro... ¡Sharra!

Cuando la había visto seis años atrás, en la cúspide de la rebelión de Sharra, su *laran* se había despertado. Lo que es más, casi había muerto de la enfermedad del umbral, y Sharra había sido simplemente un horror más de aquel momento. Cuando la había visto brevemente en casa de Marius, había estado demasiado consternado como para notarla. Ahora algo frío le anudaba la garganta, y todos los pelos de su cuerpo se erizaron lentamente, primero los de los brazos, y luego todos los demás. Regís supo, sin saber cómo, que estaba mirando a un enemigo muy antiguo de su raza y de su casta, y algo dentro de su cuerpo, en las células mismas, en lo profundo de sus huesos, lo sabía y lo reconocía. La náusea le invadió y sintió en la boca el gusto amargo del terror.

Confundido, pensó: *Pero Sharra fue utilizada y encadenada por los forjadores, sin duda sólo estoy recordando la destrucción de Sharra liberada, una ciudad en llamas... No es peor que un incendio forestal...* Pero sabía que era algo peor que no podía comprender, algo que trataba de engullirle... *Reconocimiento, miedo, una fascinación casi sexual...*

-Aaaahh... -Fue un jadeo de horror. Oyó, vio, sintió la mente de Javanne, su terror desbordante, enredado. Su hermana aferró la matriz que llevaba en el cuello como si la quemara, y Regís, con un terrible esfuerzo, desprendió su mente y sus ojos de la Forma de Fuego que había en su propia matriz. Pero Javanne quedó aferrada a ella, aterrada, fascinada...

Y algo desconocido, dormido desde hacía mucho, pareció despertar en Regis. Así como un espadachín experimentado empuña la espada, sin saber que movimientos hará o con qué golpes responderá, sabiendo tan sólo que puede vencer a su contrincante, así Regis sintió aquella extrañeza que surgía en él, y se apoderaba de lo que hizo a continuación. Se sumergió en las profundidades del fuego, y desprendió con delicadeza la mente de Javanne, con tan estricta concentración que ni siquiera tocó la Forma de Fuego. Como una marioneta a la que se le hubieran cortado los hilos, Javanne se desplomó en su silla, medio inconsciente, y Gabriel la sostuvo, furioso.

- ¿Qué has hecho? -le preguntó a Regis-. ¿Qué le has hecho?

Javanne, consciente a medias, parpadeó. Regis, con deliberado cuidado, envolvió su matriz.

-También es peligrosa para ti, Javanne -dijo-. No vuelvas a acercarte a ella.

Danvan Hastur había estado observando, perplejo, cómo su nieto y su nieta se paralizaban de terror, y luego se recuperaban. Regis recordó, con cansancio, que su abuelo tenía poco *laran.* El mismo Regis no comprendió lo que había hecho. Sólo sabía que estaba estremecido hasta los huesos, exhausto, como si hubiera estado en los corta-fuegos tres días y tres noches. Sin saber lo que hacía, tendió la mano hacia un plato de bollos calientes, tomó uno, lo cubrió de miel y lo engulló, sintiendo que el azúcar le ayudaba a serenarse.

-Era Sharra -susurró Javanne-. *¿Pero* qué has hecho?

Y Regis sólo pudo mascullar, consternado:

-No tengo la menor idea.

La narración de Lew Alton

Nunca supe cómo salí de la Cámara de Cristal. Tengo la impresión de que Jeff medio me sacó a cuestas, cuando el Concejo se interrumpió, en clara discordia, pero lo que sí recuerdo a continuación, con claridad, es que estaba al aire libre, con Marius y con Jeff. Me serené.

- ¿Adonde vamos?

-A casa -dijo Marius-. La casa de los Alton en la ciudad. Me pareció que no te apetecería ir a las habitaciones de Alton, y yo nunca he estado allí... No desde que padre se marchó. He estado viviendo aquí con Andrés, y uno o dos criados.

No recordaba haber estado en la casa de la ciudad desde que era niño. Estaba oscureciendo. Una delgada y fría lluvia me mordió el rostro y me aclaró la mente, pero me llegaban los clamores fragmentarios de las ideas de la gente que pasaba, y el insistente redoble de siempre:

Última orden... regresa, lucha por los derechos de tu hermano... ¿Es que nunca me liberaría de eso? Con impaciencia, me debatí para recobrar el control mientras cruzábamos la plaza abierta, pero me pareció no verla tal como era, una casa oscura y silenciosa, con una única luz atrás, la luz nocturna de los criados, sino que la vi

como con otros ojos, llena de luz y de calidez que rezumaba por las puertas abiertas y las ventanas brillantes, llena de compañía y amor y felicidad pasada... El brazo de Jeff me rodeó los hombros, y me di cuenta que también *él la. veía, tal* como *había, sido, y me alejé de él. Recordé* que Jeff había estado casado, y que su esposa había muerto hacía mucho tiempo. También él había perdido a un ser amado.

Pero Marius ya subía la escalera, gritando con gran excitación, como si fuera más joven aún de lo que yo le recordaba:

- ¡Andrés! ¡Andrés!

Un momento después, el viejo *coridom* de Armida, amigo, tutor, padre adoptivo, me miraba con expresión de asombro y bienvenida.

- ¡Joven Lew! Yo... -Se interrumpió, consternado y apenado, al ver mi rostro lleno de cicatrices, la mano faltante. Tragó saliva con esfuerzo, y luego dijo con temblorosa voz-: Me alegra de que estés aquí.

Se acercó a tomar mi capa, arreglándoselas para darme una afectuosa palmadita en el hombro, con pena. Supongo que Marius le había mandado decir lo de mi padre. Por suerte, no hizo preguntas sino que se limitó a decir:

-Le he dicho a la ama de llaves que te prepare una habitación. ¿También para ti, señor? -le preguntó a Jeff, pero éste sacudió la cabeza.

-Gracias -dijo-, pero me esperan en otra parte. Estoy aquí como huésped de Lord Ardáis. No creo que Lew esté en condiciones de sostener esta noche una prolongada conferencia familiar. -Se volvió hacia mí y me preguntó-: ¿Me permites?

Y alzó su mano ligeramente sobre mi frente como lo hacen los monitores, manteniendo los dedos a unos centímetros de distancia y haciendo correr la mano sobre mi cabeza y sobre mi cuerpo. Ese contacto era tan familiar, me recordaba tanto mis años pasados en Arilinn -el único lugar en el que recordaba haber sido completamente feliz, completamente en paz- que sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

Aquello era lo único que quería, regresar a Arilinn. Y ya era definitivamente demasiado tarde. Con esos infiernos en la mente, que no me atrevía a mirar, con mi matriz oscurecida por Sharra... No, no me aceptarían ahora en una Torre...

La mano de Jeff era muy sólida bajo mi brazo. Me hizo sentar. A pesar del resto de drogas que habían destruido mi control, percibía su solicitud, el shock sufrido por Andrés al ver mi estado, y me volví para enfrentarme a ellos, apretando el puño, consciente del dolor fantasma cuando por reflejo traté también de apretar el puño de la mano faltante. Deseaba gritarles, furioso, pero me di cuenta de que estaban preocupados por mí, alarmados, y que compartían mi dolor y mi pena.

-Quédate quieto, deja que acabe de monitorizarte. -Cuando terminó, dijo-: Físicamente está todo bien, salvo un poco de fatiga y los restos de las drogas, esa condenada cosa que le han administrado los terranos. No creo que tengas en casa ninguno de los antídotos comunes, ¿verdad, Andrés? -Al ver el gesto negativo del anciano, añadió con aspereza-: No, supongo que no es la clase de producto que se pueda comprar en una herboristería o en una farmacia. Pero necesitas dormir, Lew. Imagino que tampoco habrá *raivannin* en la casa...

El *raivannin* es una de las drogas que se usan para el trabajo entre los círculos de Torre, en los círculos telepáticos. Hay otras: el *kirian,* que disminuye la resistencia al contacto telepático, es tal vez la más común. El *raivannin* ejerce un efecto casi opuesto al del *kirian.* Tiende a eliminar las funciones telepáticas. En Arilinn me lo habían dado para disminuir un poco la tortura y el horror que yo emitía después de la muerte de Marjorie,

para tranquilizarme de modo que el resto del círculo de la Torre no se viera obligado a compartir cada momento de mi agonía. Normalmente, se le daba a alguien al borde de la muerte o de la disolución, o a los dementes, para que no arrastraran a los demás hacia su tormento interior...

-No -dijo Jeff con compasión-. No es eso lo que quiero decir. Creo que te ayudaría a dormir toda la noche, eso es todo. Me pregunto... Hay mecánicos con permiso para usar matrices en la ciudad, y saben que soy Primero de Arilinn. No tendré problemas en comprar un poco.

-Dime adonde debo ir -dijo un joven que había entrado en silencio en la habitación-. Yo lo buscaré, muchos de ellos me conocen. Saben que tengo *laran.* Lew... -Dio un rodeo y se detuvo exactamente frente a mí-. ¿Me recuerdas?

Fijé los ojos en él con dificultad, vi ojos dorados, de color ámbar, ojos extraños... ¡Los ojos de Marjorie! Rafe Scott hizo un gesto de dolor ante ese recuerdo, pero se acercó y me abrazó.

-Te buscaré un poco de *raivannin* -dijo-. Me parece que te hace falta.

- ¿Qué estás haciendo en la ciudad, Rafe? -Había sido tan sólo un niño cuando yo le había introducido, junto con Marjorie, en el círculo de Sharra. Como yo, él llevaba esa mancha imborrable, fuego y condenación... *¡No!* Cerré de golpe mi mente, con un esfuerzo que me dejó pálido como la muerte.

- ¿No recuerdas? Mi padre era terrano, el capitán Zeb Scott. Uno de los terranos adictos a Aldaran. -Lo dijo con ironía, con un gesto de cinismo, demasiado cínico para alguien tan joven. Tenía la edad de Marius. Ahora yo ya ni sentía curiosidad, a pesar de que había oído a Regís describir lo que había visto, y de que sabía que era amigo de Marius. No se quedó, sino que se internó en la lluviosa noche, la cabeza cubierta con una capa darkovana.

Jeff se sentó a mi lado, Marius también. No hablamos mucho. No estaba yo en condiciones. Toda mi energía estaba invertida en defenderme del impacto de todo esto.

-No me has contado, Jeff, cómo es que te encuentras en la ciudad.

-Dyan vino a buscarme -explicó-. Yo no quiero el Dominio, y se lo dije, pero él afirmó que la presencia de otro reclamante confundiría las cosas, y les detendría hasta el regreso de Kennard. No creo que esperara que volvieras tú.

-Estoy seguro de que no -dijo Marius.

-Está bien, hermano. Puedo vivir sin el afecto de Dyan -repuse-. Nunca me ha tenido aprecio... -Pero todavía estaba confundido por aquel momento de contacto telepático, cuando por un instante le había visto con los ojos de mi padre...

Querido, amado, querido hermano juramentado... incluso, una o dos veces, a la manera de los muchachos, amante... Eliminé la idea. En cierto sentido, mi rechazo era una suerte de envidia. Solitario en el Comyn, yo había encontrado pocos *bredin,* menos aún que ofrecieran esa clase de afecto en una crisis. ¿Podría ser que le envidiara eso a mi padre? Su voz, su presencia, era un clamor en mi mente.

Tenía que contarle a Jeff lo que había ocurrido. Desde que Kennard había despertado en mí el latente don de Alton, el don de forzar el contacto telepático, de aquella forma tan violenta, cuando yo apenas había salido de la niñez, había estado allí, con sus pensamientos que avasallaban los míos, y me ahogaban, dejándome muy poco libre albedrío, hasta que yo me había liberado y, en el desastre de la rebelión de Sharra, había aprendido a temer esa libertad. Y después, agonizante, su

increíble fuerza se había cerrado sobre la mía con una descarga contra la que no podía yo defenderme, ni resistirme.

Acechado por fantasmas, y la mitad de mi mente quemada por los recuerdos de un hombre muerto... ¿Es que nunca llegaría a ser algo más que un inválido, mutilado en cuerpo y mente? Por vergüenza no podía pedirle Jeff que me ayudara más de lo que ya me había ayudado...

-Si necesitas ayuda, Lew -se ofreció él con voz neutra-, aquí estoy.

Pero negué con la cabeza.

-Estoy bien. Necesito dormir, eso es todo. ¿Quién es Celadora de Arilinn ahora?

-Miranie de Dalereuth. No sé quién era su familia. Nunca habla de ellos. Janna Lindir, que fue Celadora cuando tú estuviste en Arilinn, se casó con Bard Storn-Leynier, y tienen dos hijos, pero Janna los dio a criar, y volvió como Monitora Jefe de Neskaya. Necesitamos telépatas fuertes, Lew. Me gustaría que pudieras volver, pero supongo que harás falta en el Concejo.

Una vez más le vi hacer un gesto de dolor, leve, ante mi reacción. Yo sabía en qué estado me encontraba, lo sabía tan bien como él. Transmitía con toda intensidad cada una de mis fugaces emociones. Andrés, terrano y sin *laran* visible, advirtió, sin embargo, el dolor de Marius. Después de todo, había vivido con una familia telepática desde antes de mi nacimiento.

-Si quieres, puedo buscar un regulador telepático -propuso, impasible.

-No será... -empecé, pero Jeff me interrumpió rápidamente.

-Bien -dijo con firmeza-. Hazlo.

Y al poco tiempo, el familiar pulso arrítmico empezó a desplazarse en mi mente, desarticulándose. Los demás ya no podían captarme -al menos no podían captar el contenido específico de mis pensamientos-, pero a mí me sustituyó la náusea por un dolor agudísimo. Oí a medias que Marius le contaba a Andrés lo ocurrido en el Concejo. Andrés, tal como lo había previsto, entendió de inmediato qué era lo más importante.

-Al menos te reconocieron. Se cuestionó tu derecho a heredar, pero por una vez el viejo tirano tuvo que admitir tu existencia -se mofó Andrés-. Es un comienzo, muchacho.

-Te crees que me importa un comino... --espetó Marius-. Durante toda mi vida, no he sido para ellos digno siquiera de que me escupieran, y de repente...

-Tu padre luchó por eso toda su vida -dijo Andrés, y Jeff añadió con suavidad:

-Ken hubiera estado orgulloso de ti, Marius...

-Apuesto que sí -dijo con despecho, el muchacho-. Tan orgulloso que ni siquiera pudo regresar una sola vez.

Agaché la cabeza. Era mi culpa, también, que Marius no hubiera tenido padre, parientes, amigos, que hubiera sido desatendido por el orgulloso Comyn. Me sentí aliviado cuando Rafe regresó, anunciando que había encontrado un técnico de matrices en la calle de las Cuatro Sombras, que le había vendido algunas onzas de *raivannin.* Jeff lo mezcló.

- ¿Qué cantidad? -preguntó.

-Lo menos posible -le dije. Había tenido alguna experiencia con drogas químicas reguladoras, y no quería quedarme indefenso o incapaz de caminar si caía en una de esas terribles pesadillas en las que quedaba atrapado una vez más en horrores inexpresables, con demonios de fuego que rugían y centelleaban entre los mundos.

-Lo suficiente para que no tengas que dormir bajo el efecto de los reguladores telepáticos -dijo él.

Para mi espantosa vergüenza, tuve que permitirle

que lo acercara hasta mis labios, pero cuando tragué, re-sintiéndome por la amarga astringencia de la sustancia, sentí que la perturbación del regulador telepático cedía lentamente y disminuía, hasta que gradualmente, desapareció.

Era extraño carecer totalmente de sensibilidad telepática; extraña e inquietante, como tratar de oír debajo del agua o con las orejas taponadas. A pesar de lo dolorosa que había sido para mí la conciencia telepática, ahora me sentía atontado, cegado. Pero el dolor había desaparecido, y también el clamor de la voz de mi padre. Me pareció que por primera vez en muchos días, me había librado de él. Estaba allí, tras los pesados velos de la droga, pero yo no estaba obligado a escucharle. Exhalé un prolongado y lujoso suspiro de tranquilidad.

-Deberías dormir. Tu habitación está preparada -dijo Andrés-. Te ayudaré a subir, muchacho... y no te molestes en protestar: te subí por esta escalera antes de que usaras pantalones largos, y lo haré de nuevo si hace falta.

Ahora me sentía verdaderamente en condiciones de dormir. Con otro suspiro prolongado, me puse en pie, luchando por conservar el equilibrio.

- ¿No pudieron hacer nada por tu mano, entonces? -preguntó Andrés.

-Nada. Demasiado tarde. -Ahora podía decirlo con tranquilidad. Después de todo, antes de aquella espantosa situación en la que había nacido y muerto el niño de Dio, yo había aprendido a vivir con ese hecho-. Tengo una mano mecánica, pero no la uso mucho, a menos que tenga que hacer un trabajo verdaderamente pesado, o a veces para cabalgar. No soporta demasiado esfuerzo, y me estorba. En realidad, me arreglo mejor sin ella.

-Ocuparás la habitación de tu padre -dijo Andrés, sin prestarme demasiada atención-. Deja que te ayude con la escalera.

-Gracias. En realidad, no me hace falta. -Me sentía mortalmente cansado, pero tenía la cabeza clara. Fuimos al vestíbulo, pero en cuanto empezamos a subir la escalera, sonó la campanilla de la puerta y oí que uno de los criados discutía con alguien. Luego alguien le empujó para poder entrar, y vi la figura alta y pelirroja de Lerrys Ridenow.

-Lamento molestarte aquí. Te busqué en la habitación Alton del castillo Comyn -dijo-. Tengo que hablar contigo, Lew. Sé que es tarde, pero se trata de algo importante.

Con cansancio, me volví hacia él.

-*Dom* Lerrys -replicó Jeff-, Lord Armida no se siente bien.

Me llevó un momento advertir que estaba hablando de mí.

-Sólo es un minuto. -Lerrys iba ahora vestido con ropas darkovanas, elegantes y a la moda, con los colores de su Dominio. Con el gesto automático del telépata entrenado que se halla en presencia de alguien de quien desconfía, busqué establecer contacto telepático. Recordé que estaba drogado con *raivannin,* a merced de lo que a él se le antojara decirme. Así debía ocurrir con los ciegos mentales.

-No sabía que regresabas -dijo Lerrys-. Debes saber que no eres popular.

-Puedo vivir sin la popularidad -le contesté.

-No hemos sido amigos, Lew -prosiguió-. Supongo que esto no sonará demasiado genuino, pero siento lo de tu padre. Era un buen hombre, uno de los pocos del Comyn con suficiente sentido común para entender a los terranos y no ponerles cuernos ni cola. Había vivido entre ellos lo suficiente para saber a qué llegaríamos en última instancia. -Exhaló un suspiro.

-No habrás venido en esta noche de lluvia para presentarme tus condolencias por la muerte de mi padre -dije.

Él sacudió la cabeza.

-No -explicó-, no vine para eso. Ojalá hubieses sido lo bastante sensato para no volver. No tendría entonces que decirte nada de todo esto. Pero aquí estás, y aquí estoy yo, y tengo que decírtelo. No te acerques a Dio o te romperé el cuello.

- ¿Te envió ella a decirme eso?

-Lo estoy diciendo yo -respondió Lerrys-. Esto no es Vainwal. Estamos en los Dominios ahora, y... -Se interrumpió.

Deseé con todas mis fuerzas poder leer lo que había detrás de esos transparentes ojos verdes. Se parecía a Dio, maldita sea, y el dolor volvió a inundarme, el dolor porque nuestro amor no había sido suficientemente fuerte para sobrevivir a la tragedia.

-Nuestra ceremonia matrimonial fue terrana. No tiene vigencia en los Dominios. Aquí nadie lo reconocería. -Me detuve para tragar saliva. Tuve que hacerlo, antes de decir-: Si ella quisiera volver a mí, yo... yo lo agradecería. Pero no voy a obligarla, Lerrys, no te preocupes por eso. ¿Acaso soy un habitante de las Ciudades Secas, para encadenarla a mí?

-Pero se acerca el momento en que todos seremos terranos -dijo Lerrys-, y no quiero que ella se vea entonces atada a ti.

Era como debatirse bajo el agua: yo no podía llegar a su mente, sus pensamientos no existían para mí. Por los infiernos de Zandru, ¿era esto no tener *laran,* ser ciego, sordo, mutilado, sin otra cosa más que la vista y la audición comunes?

- ¿Es eso lo que desea Dio? -pregunté-. ¿Por qué no me lo dice ella misma?

Entonces una furia ciega estalló en el rostro de Lerrys. No hacía falta tener *laran* para verlo. Su cara se tensó, sus puños se apretaron. Por un momento me eché hacia atrás, creyendo que me golpearía, preguntándome cómo lo haría para defenderme con una sola mano en caso de que me atacara.

-Maldición, ¿no te das cuenta de que eso es lo que quiero ahorrarle? -me preguntó, con una voz al borde de la histeria-. ¿Crees que no le has hecho pasar bastante? ¿Cuánto más crees que puede tolerar...? Tú, tú... condenado... -Se le quebró la voz. Al cabo de un rato, logró controlarla-: No quiero que vuelva a verte, maldición -estalló-. ¡No quiero nada que le recuerde aquello... por lo que tuvo que pasar! -Añadió con furia-. Ve al Cuartel General Terrano y disuelve el matrimonio... y si no lo haces, Lew, ¡te desafiaré y alimentaré a los *kyorebni* con la mano que te queda! ¡Te lo juro!

Con las drogas, estaba demasiado atontado para sentir dolor.

-Está bien, Lerrys -dije con voz pastosa-. Si eso es lo que Dio quiere, no volveré a molestarla.

Se volvió y salió de la casa dando un portazo. Marius se quedó mirándolo con fijeza.

-En nombre de todos los Dioses, ¿de qué hablaba? -preguntó.

Yo no podía hablar de eso.

-Te lo contaré mañana -dije, y a ciegas, ascendí la escalera hasta la habitación de mi padre. Vino Andrés, pero no le presté atención. Me tiré sobre la cama de mi padre y dormí como un cadáver.

Pero soñé con Dio, que lloraba y me llamaba mientras la alejaban de mí, en el hospital.

Cuando me desperté, tenía la cabeza clara, y aparentemente, volvía a estar en plena posesión de ella. La situación tenía el carácter de una reunión de familia:

Marius vino a sentarse en mi cama como si fuera todavía el muchacho que yo había conocido, y yo le entregué los regalos que había recordado traerle de Vainwal, productos terranos, con lentes: binoculares, una cámara.

Me dio las gracias, pero sospeché que le parecían regalos de crío. Una vez, los llamó «juguetes». Me pregunté cuál habría sido el regalo apropiado para un hombre. ¿Armas de contrabando, tal vez, desafiando el Pacto? Después de todo, Marius había recibido educación terrana. ¿Era uno de los que creían que el Pacto era un estúpido anacronismo, la ética infantil de un mundo detenido en la

barbarie? Sospeché también que sentía poco dolor por nuestro padre. No le culpaba: padre había abandonado a Marius hacía mucho tiempo.

Le dije que tenía cosas que hacer en el Cuartel General Terrano, sin darle demasiadas explicaciones.

-Después de todo, tienes siete días -me señaló Jeff después del desayuno-. Retrasaron la transferencia formal del Dominio hasta que terminara el duelo por Kennard. Y ahora es sólo una formalidad. Te aceptaron como Heredero suyo a los quince años.

Quedaba la cuestión de si aceptarían a Marius.

-Estúpidos conservadores -gruñó Andrés-, ¡decidir el valor de un hombre por el color de sus ojos!

O por el color de su pelo, capté ese pensamiento de Jeff, que pensaba en la época en la que, en Arilinn, la mayoría de los Comyn tenían el pelo del verdadero rojo del Comyn.

-Tal vez debería teñirme el mío -comenté, casi con sorna-, y también Marius. Así pareceríamos más Comyn.

-No podría cambiarme los ojos -dijo Marius con aspereza, y pensé, con un ramalazo de dolor, en los cambiantes colores marinos de los ojos de Dio. Pero Dio me odiaba ahora, y todo aquello era el pasado. ¿Y quién podría culparla?

-Me cuestionarán -dije-. Y si lo hacen, demonios, no puedo luchar con una sola mano.

-Estúpido anacronismo de esta época -dijo Marius, como era de prever-, el de zanjar algo tan importante como la herencia de un Dominio por medio de la espada.

Andrés, a quien le habíamos pedido que se sentara con nosotros a la mesa -*coridom* o no, había sido nuestro guardián y padre adoptivo durante gran parte de nuestras vidas-, preguntó con igual sequedad:

- ¿Acaso tendría más sentido decidirlo con desintegradores o invadir un Dominio y declarar la guerra?

Jeff se recostó en su silla, con una taza medio llena frente a él.

-Recuerdo haber oído en la Torre por qué se instituyó el duelo con espadas. En una época, el duelo destinado a zanjar el gobierno de un Dominio se hacía por medio del Don de ese Dominio y ganaba aquél cuyo *laran* era más potente. Hubo una época en la que los Dominios engendraban hombres y mujeres, como si fueran ganado, para que tuvieran esos dones, y el Don de Alton, con potencia plena, puede matar. Dudo de que Gabriel quiera intentar esa clase de duelo contra ti.

-Yo no estoy tan seguro, después de lo de anoche, de que podría ganarle -dije-. Había olvidado de dónde procedía la inmunidad del Comyn. -En Arilinn, los mecánicos y técnicos de matrices solían entablar falsas batallas con el *laran,* para entrenarse, pero muy pronto, desde que era un adolescente, me habían enseñado a controlarme: las verdaderas batallas con *laran* estaban prohibidas.

El Pacto no fue instituido para prohibir los desintegradores ni las armas de fuego, sino las más antiguas armas del laran *que eran tan terribles como cualquiera que pudiera diseñar el Imperio Terrano...*

-No creo que Gabriel te desafíe -dijo Andrés-.

Pero preguntarán por qué, a tu edad, no te has casado, y si tienes un hijo legítimo como Heredero.

Hice una mueca, y sentí cómo me daban un tirón las cicatrices.

-Estuve casado, sí, pero no por mucho tiempo. Por eso vino Lerrys -dije-. Y no tengo hijos, y tampoco es probable que los tenga.

Marius empezó a hacer preguntas. Jeff le hizo callar con una mirada. Sabía de lo que yo estaba hablando.

-Allá en Arilinn, temimos que esto ocurriera, pero la técnica de monitoreo celular a ese nivel se perdió en algún momento de las Eras del Caos -dijo-.

Algunos estamos trabajando con la esperanza de recuperarla. Es más rápido y más seguro que los estudios de ADN que hacen en el Imperio. ¿Supongo que no habrás engendrado ningún bastardo antes de irte del planeta...?

Había tenido aventuras en mi juventud, pero si había engendrado un hijo -y me lo dije crudamente-, la muchacha en cuestión se hubiera sentido orgullosa de decírmelo. Y Marjorie había muerto antes de que naciera nuestro hijo.

-Tal vez aceptarían a Marius si yo le hiciera la prueba del Don de Alton -dije-. No tendrían opción. La Ley del Comyn dice que debe haber un Heredero designado, una sucesión asegurada. Cuando permitieron a Kennard que me sacara del planeta, dieron su tácito consentimiento a Marius como presunto Heredero, me parece. La Ley es suficientemente clara.

Yo no quería probar a Marius para el Don de Alton, o al menos no con las tácticas violentas que mi padre había usado conmigo, y no conocía otras. No ahora. Y con mi matriz en aquel estado... ¡lo único que haría sería dar una demostración de los poderes de Sharra!

Me reclamaba, esos fuegos querían que volviera...

Pero ahora debía pensar en otras cosas.

-Marius debería ser probado antes del desafío formal -dije-. Tú eres Primero de Arilinn. Puedes hacerlo, ¿verdad?

-Sin duda -contestó Jeff-. ¿Por qué no? Sospecho que tiene *laran,* tal vez el Don de los Ridenow. Hay Ridenow en el linaje de los Alton, y también Ardáis. La madre de Kennard era Ardáis y siempre he pensado que tenía un poco de telepatía catalizadora.

Marius había estado haciendo pedazos un bollo untado con mantequilla. Sin levantar la vista, explicó:

-Creo que lo que tengo es... es el Don de Aldaran. Puedo ver... el futuro. No muy lejos, no con mucha claridad, pero el Don de Aldaran es la precognición y... yo la tengo.

Esa capacidad le venía de nuestra madre semiterrana. En aquella época, de todas maneras, los dones estaban enmarañados, debido a los matrimonios entre los Dominios. Pero yo le miré con fijeza.

- ¿Cómo sabes que ése es el Don de Aldaran? -le pregunté.

- ¡Los de Aldaran son los únicos parientes que tengo! -Dijo con impaciencia-. ¡Demonios, Lew, a los del Comyn no les apetecía demasiado reclamarme como pariente! Pasé un verano con Beltrán, ¿por qué no?

Era un nuevo factor a tener en cuenta.

-Sé que no te trató bien -prosiguió Marius con tono defensivo-, pero después de todo, fue una pelea privada. ¿Qué esperabas de mí, que declarara una guerra de sangre por tres generaciones? ¿Somos entonces tan bárbaros como nos creen los terranos?

No había respuesta para eso, y no supe qué decir.

-Nos vendría bien tener alguna información acerca del futuro -repuse-. Si tienes *ese* Don, ¿podrías decirme, en nombre de Aldones, que ocurrirá si reclamo el Dominio? ¿Te aceptarán como mi Heredero?

-No lo sé -confesó, y una vez más me pareció jo-

ven, vulnerable, un muchacho de la mitad de su edad-. Yo... traté de descubrirlo. Me dijeron que a veces eso ocurría, que uno no podía ver con claridad para uno mismo ni para una persona muy próxima...

Eso era verdad, y como era verdad, me pregunté, y no por primera vez, de qué servía ese don. Tal vez, en la época en que los aldaranes podían ver el destino de los gobernantes, de los reinos, incluso del planeta... Y era otra idea inquietante. Tal vez los aldaranes, con su precognición, vieron que Darkover se uniría al Imperio Terrano y por eso habían unido sus fuerzas, durante tanto tiempo, con Terra. Me pregunté si

Beltrán había roto completamente con los terranos, después de la rebelión de Sharra.

Bien, sólo había una manera de averiguarlo, pero ahora no había tiempo para ello. Caminé con inquietud hacia la ventana y observé el bullicio de la plaza empedrada. Había hombres que llevaban animales al mercado, artesanos que pasaban con sus herramientas: un bullicio tranquilo y familiar. A causa de la época, sólo había sobre las piedras una delgada capa de nieve. El Festival, y el verano, se aproximaban. Todavía me parecía frío, después de Vainwal, y me cubrí con mi capa más gruesa. Que los terranos me llamaran bárbaro, si querían: estaba de nuevo en casa, y usaría las abrigadas ropas que mi propio mundo exigía. El forro de piel era grato, incluso en esta época. Tanto Marius como Jeff se ofrecieron a acompañarme, pero era un asunto privado del que debía ocuparme personalmente, de modo que me negué.

Hacía un día brillante. El sol, enorme y rojo -los terranos lo llamaban estrella de Cottman, pero para mí era simplemente el sol, tal como un sol debía ser-, pendía sobre el horizonte librándose de las capas de nubes matinales, y había dos pequeñas sombras en el cielo, donde Liriel y Kyrddis desaparecían. Antes hubiera podido decir en qué mes nos encontrábamos, y en qué decena del mes, por la posición de las lunas, y también qué plantar en esa estación, o qué animales estarían en celo o pariendo. Hay un mes llamado del Caballo porque es cuando más de las tres cuartas partes de las yeguas paren, y hay toda clase de bromas acerca del Mes del Viento, porque es entonces cuando los sementales, los carneros y otros animales entran en celo. Supongo que en los lugares donde la gente vive muy próxima a la tierra, se trabaja demasiado duro para tener demasiado tiempo de celo, salvo en la época adecuada, como los sementales, y eso se convierte en una broma pesada.

Pero toda aquella tierra... Mi saber era tan sólo un recuerdo vago, aunque suponía que, en cuanto llevara más tiempo, me iría acordando. Mientras caminaba a través de las calles, me sentí cómodo bajo la luz matinal y las sombras de las lunas, y algo en mi cerebro se calmo, alimentado por las luces familiares. He estado en varios planetas, que tenían entre una y seis lunas -con más de seis, las mareas hacen inhabitable el lugar- y soles amarillos, rojos y de un centelleante blanco-azulado. ¡Al menos sabía que este sol no me oscurecería ni me enrojecería la piel!

De modo que Marius, además de educación terrana, tenía el Don de Aldaran. Podía ser una combinación peligrosa, y me pregunté cómo se sentirían los del Concejo cuando se enteraran. ¿Lo aceptarían, o exigirían que yo adoptara a uno de los hijos de Gabriel?

Era una caminata bastante larga desde la parte de la ciudad donde estaba la casa de mi padre y mis antepasados hasta la Zona Terrana. Soplaba un viento intenso, y me sentía rígido. No estaba habituado a esta clase de caminata, y durante seis años había vivido en Terra o en Vainwal, donde los asuntos urgentes se arreglaban por medio de comunicadores mecánicos -en cualquier parte del Imperio podría haber tramitado la disolución de un matrimonio por medio de comunicadores y pan-*tallas de vídeo*-, *y donde, en cuso de ser* necesario personarse, podía disponer de todo tipo de transportes mecánicos al momento. Darkover nunca ha tenido demasiado interés en las carreteras. Construir buenas carreteras exige trabajo con máquinas, horas de mano de obra o trabajo con matrices, y nuestro mundo nunca ha querido pagar ninguno de esos precios. Pasé el tiempo que me correspondía en una Torre, facilitando la clase de comunicación que puede conseguirse por medio de transmisores operados mediante la telepatía, y también había hecho mi parte de extracción de metales y de purificación química de minerales. Había ejercido de monitor y entrenado a monitores. Pero sabía que era muy difícil hallar el talento necesario para el trabajo con matrices, y ya no se le exigía a mi casta, que tenía *laran,* que se pasara la vida detrás de los muros de las Torres, trabajando para el pueblo al que servían.

Nosotros, los del Comyn, ¿éramos los gobernantes de nuestro pueblo a causa de nuestro laran,... *o éramos sus esclavos? ¿Y quién era quién? Un esclavo es un esclavo a pesar de que por su* laran, *el pueblo al cual sirve le rodea de todos los lujos y obedezca cada una de sus palabras. Una clase protegida rápidamente se convierte en una clase explotable y explotadora. Basta mirar a las mujeres.*

Las puertas del Cuartel General Terrano, enormes y oscuras, se presentaron ante mí, junto con el hombre de la fuerza especial que las custodiaba, con su uniforme de cuero negro. Le di mi nombre y el guardia utilizó su comunicador; aceptaron que acudía por un asunto legal y me dejaron pasar. Mi padre se había tomado la molestia de conseguir mi doble ciudadanía, y de todos modos, los terranos alegaban que Darkover era una colonia terrana perdida, lo cual significaba que parte de su política consistía en conceder derechos de ciudadanía a cualquiera que los solicitara. Yo nunca me había molestado en votar a un representante para el Parlamento o el Senado Imperial, pero sospechaba que Lerrys siempre lo hacía. No tengo mucha fe en los gobiernos parlamentarios -no tienden a elegir al mejor hombre, sino al que atrae al temperamento de las masas y, en general, las mayorías tienden a equivocarse-, tal como lo demuestran la historia de la cultura y la constante recurrencia de ciertos tipos de esclavitud y de persecuciones religiosas. No confiaba en las decisiones que el Imperio podía tomar para Darkover y... ¿por qué, en nombre de los nueve infiernos de Zandru, o de los cuatrocientos mundos habitados conocidos del Imperio, deberían tener los darkovanos voz y voto para tomar decisiones destinadas a mundos como Vainwal? Incluso en los grupos pequeños -como el Concejo del Comyn- los políticos son hombres que quieren decirle a todo el mundo qué deben hacer y son, por lo tanto, criminales, en el fondo. Yo rara vez pensaba demasiado en eso, y lo prefería así. Mi padre había intentado muchas veces señalar los errores de mi razonamiento, pero tenía cosas mejores que hacer con mi vida que preocuparme por la política.

¿Cosas mejores? ¿Acaso había hecho algo con mi vida? En las profundidades de mi mente había un murmullo familiar. Con decisión, mantuve mis ideas alejadas de él, sabiendo que si le prestaba atención, sería el clamor de la voz de mi padre, la presencia de la matriz de Sharra en mi cerebro... No, no pensaría en eso.

El matrimonio era tan sólo un renglón en la pantalla del ordenador. ¿Mi ocupación? Cuando me marché del planeta, drogado y medio muerto después de haber ardido en los fuegos de Sharra, mi padre había tenido que consignar su ocupación, y había declarado que ambos éramos Mecánicos de matrices. ¡Qué gracioso! Podría haber puesto ganadero -Armida produce alrededor del veinte por ciento de los caballos que se venden en las

Kilghard Hills- o, a causa de su cargo de comandante de la Guardia, soldado, o, si se le antojaba, a causa de su puesto en el Concejo, podía haber consignado su rango como Senador o Parlamentario. Pero, conociendo la mística que los terranos atribuyen a nuestra tecnología de matrices, se había adjudicado la ocupación de Técnico de matrices, y a mí, de Mecánico. ¡Qué gracioso! ¡Yo ni siquiera podría monitorizar un guijarro de las cuevas de los forjadores! No con mi matriz todavía oscurecida por Sharra.

Todavía había en Darkover técnicos y Celadoras. Tal vez pudieran liberarme... pero más tarde, más tarde. El asunto que tenía entre manos ya era suficiente preocupación. Lewis-Kennard Montray-Lanart, Lord Alton, con residencia en Cottman IV -así es como el Imperio designa a Darkover-, de ocupación, mecánico de matrices, domiciliado en Armida, Kilghard Hills, con *residencia temporal en... di el nombre de la calle de la* casa de la ciudad. /Que me condenaran si deseaba meter al Castillo Comyn en esto! Nombre de la esposa: Diotima Ridenow-Montray. Segundo nombre de la esposa. Dije que no creía que lo tuviera. Estaba seguro de que sí, pero no lo usaba. La mitad de los Ridenow de Serráis llamaban Cassilda a sus hijas, tal vez porque había ciertas dudas acerca de su genuina descendencia de Hastur y Cassilda, que de todos modos probablemente jamás existieron. Residencia de la esposa. Bien, ella se encontraba sin duda bajo custodia de su hermano, de modo que di la propiedad

de Serráis, donde debían vivir los Ridenow, y de todo corazón deseé que todos estuvieran allí. ¿Motivo de disolución del matrimonio?

En ese punto me detuve, sin saber qué decir, y el empleado, que actuaba como si esta clase de amores fueran disueltos cien veces al día, y es probable que en el hormigueo que era la población del Imperio, así fuera, me dijo con irritación que debía consignar un motivo de disolución del matrimonio. Bien, ¡no podía decir que su hermano había amenazado matarme si no lo hacía! El empleado propuso:

-Esterilidad si ambos deseaban tener hijos, impotencia, diferencia irreconciliable de formas de vida, abandono...

Eso serviría: era cierto que ella me había abandonado.

Pero el empleado proseguía con su letanía: -Alergia al planeta de residencia del otro; imposibilidad de mantener a los hijos del matrimonio; incapacidad de engendrar retoños viables si ambos desean hijos...

-Eso servirá -dije, aunque sabía que en principio esto, o la esterilidad, eran razones rara vez citadas para los divorcios. Lo normal era alegar razones menos ofensivas por consentimiento mutuo, tales como abandono o *diferencia irreconciliable de estilos de vida. Pero* Dio lo había pedido, y yo daría la razón verdadera.

Con lentitud, codificó el dato y lo entró en el ordenador. Ahora quedaba registrado que yo era *incapaz* de engendrar retoños viables. Bien, también debía estar en algún sitio de los registros del hospital terrano de Vainwal. Aquello que había dado a luz Dio aquella noche desastrosa. Recordé una dolorosa imagen de Dio, sonriéndome mientras me hablaba de nuestro hijo... No. Había terminado. Ella quería librarse de mí, y yo no me aferraría a una mujer que tenía todos los motivos del mundo para despreciarme.

Mientras el empleado acababa con los detalles, un comunicador sonó en algún sitio y lo atendió. Levantó la vista hacia mí.

-Señor Montray, ¿querría pasar por el despacho del Legado antes de retirarse...?

- ¿El Legado? -pregunté, levantando las cejas. Había visto una vez al Embajador Terrano, un funcionario denso llamado Ramsay, cuando asistió a una conferencia en la que me había tocado ser Guardia de Honor; entonces, yo todavía era uno de los oficiales de mi padre. Tal vez también él quería presentarme sus condolencias por la muerte de mi padre, esa clase de insignificante formalidad social que no se limita solamente a Darkover ni a Terra.

-El trámite está concluido -dijo el empleado, y vi nuestro matrimonio, nuestro amor, reducido a unas insignificantes líneas impresas, almacenadas en algún lugar del ordenador. La idea me produjo repulsión.

- ¿Eso es todo?

-A menos que su esposa cuestione el divorcio dentro de los próximos diez días -explicó el empleado, y sonreí con amargura. No lo haría. Ya había causado demasiado desastre y tumulto en su vida, no podía acusarla si ya no quería saber nada.

El empleado me indicó la dirección del despacho del Legado, pero cuando llegué allí (deseando, a causa de las miradas, haberme puesto la mano mecánica), descubrí que el Legado no era el hombre que recordaba, sino que se llamaba Dan Lawton.

Ya le había visto antes, aunque brevemente. En realidad, era un pariente lejano, más cercano de Dyan -quien, después de todo, era primo de mi padre-. La historia de Lawton era semejante a la mía, pero al revés: un padre terrano, una madre emparentada con el Comyn. Si hubiera querido, hubiera podido solicitar un puesto en el Concejo del Comyn, pero había hecho otra elección. Era alto y delgado, y su pelo estaba más cerca del rojo del Comyn que el mío. Me saludo con cordialidad, aunque sin exagerar y, para mi gran alivio, no intentó estrecharme la mano. Es una costumbre que desprecio, y más desde que no

tengo una mano adecuada que ofrecer. Pero no eludió mis ojos. No hay muchos hombres que puedan, o quieran, mirar directamente los ojos de un telépata.

-Me enteré de lo de tu padre -me dijo-. Supongo que estás harto de recibir condolencias formales, pero le conocí, y me gustaba. De modo que has estado en Terra. ¿Te gustó?

- ¿Pretendes decir que debía haber permanecido allá? -pregunté con susceptibilidad.

Él negó con la cabeza.

-Eso es asunto tuyo -contestó-. Ahora eres Lord Armida, ¿verdad?

-Supongo que sí. Depende de la confirmación del Concejo.

-Nos sería útil tener amigos en el Concejo -dijo-. No me refiero a espías, sino a personas que comprendan nuestras costumbres, y que no crean automáticamente que todos los terranos son monstruos. Danvan Hastur dispuso que tu hermano menor fuera educado aquí, en el Cuartel General Terrano. Recibió la misma educación que hubiera recibido el hijo de un Senador: política, historia, matemáticas, idiomas... Puedes estimularle para que se encamine en esa dirección cuando tenga edad suficiente. Siempre esperé que tu padre se presentara para un escaño en el Senado Imperial, pero no tuve la oportunidad de persuadirle. Tal vez tu hermano.

-Sería una posibilidad para Marius, si el Concejo no le acepta como mi Heredero formal -dije, contemporizando. Tenía más sentido que ponerle al mando de los Guardias. Gabriel quería ese cargo, y sería bueno para él-. Le hablaré del tema.

-Antes de ser elegible para el Senado Imperial -dijo-, debe vivir al menor durante un año en tres planetas diferentes, y demostrar comprensión de diferentes culturas. No es demasiado pronto *para empezar* a organizarlo. Si está interesado, le encaminaré hacia algún puesto diplomático menor en alguna parte. En Samarra, tal vez. O en Megaera.

No sabía si Marius estaba interesado en la política. Así lo dije, añadiendo que se lo preguntaría. Podía ser una alternativa viable para mi hermano.

Y no será necesario que lo pruebe para el Don de Alton, ni que corra el riesgo de matarle... El riesgo que había corrido mi padre conmigo...

- ¿Él también es mecánico de matrices?

Negué con la cabeza.

--No lo creo. Ni siquiera sé hasta qué punto es tele-pata.

-Hay telépatas en algunos mundos -dijo él-. No muchos, y ésta es la única cultura en la que los telépatas se consideran normales. Pero si él tiene que estar más cómodo en un mundo donde la población acepte los poderes psi y telepáticos como algo cotidiano...

-Se lo preguntaré. -Esperaba que cuando planteara el tema, Marius no pensara que trataba de librarme de él. En la historia, los hermanos eran aliados. En los hechos, con demasiada frecuencia, habían sido rivales. ¡Pero Marius debía saber que a mí en realidad no me importaba disputarle el Dominio! Hice el gesto de incorporarme-. ¿Algo más?

-En realidad, sí -reconoció Lawton-. ¿Qué sabes acerca de *un hombre llamado Robert Raymon Ka*darin?

Hice un gesto de disgusto. Sabía demasiado del condenado traidor Kadarin, que había sido -otrora- mi amigo, casi hermano; que había sacado de las forjas la matriz de Sharra, me la había entregado, causándome estas cicatrices, que había forzado a Marjorie a ser el polo del poder de Sharra... ¡No! Me obligué a dejar de pensar en eso, y apreté los dientes.

-Está muerto -contesté.

-También nosotros lo creímos -dijo Lawton-. Y según las leyes de la naturaleza y del tiempo, debería estarlo. Estaba en Inteligencia terrana bastante antes de

que yo naciera... Demonios, antes de que mi abuelo naciera, lo que significa que probablemente tiene cien años, o más.

Recordé los ojos grises, incoloros. Había sangre *chieri* en los Hellers, como la había habido en Thyra, en la misma Marjorie y en su madre desconocida. Y los montañeses con sangre *chieri,* semihumana, eran anormalmente longevos, como lo habían sido algunos de los antiguos reyes Hastur.

-De todos modos estará muerto si se cruza por mi camino -dije-. Su vida es mía donde, cuando y como pueda. Si le veo, te aviso, le mataré como un perro.

- ¿Lucha de sangre...? -preguntó Lawton.

-Sí -respondí. Él era uno de los pocos terranos capaces de comprender. Las disputas de sangre, no zanjadas, superan en las montañas cualquier otra obligación. Si era necesario, podía frenar los procedimientos formales de reclamación del Dominio Alton hablando de una disputa de sangre al viejo estilo.

Tendría que haberle matado antes. Creí que estaba muerto. He estado fuera del planeta, olvidándome de mi deber, de mi honor. Creí que ya estaba muerto... Y una voz susurró en mi cabeza, a punto de convertirse otra vez en un rugido: *Mi última orden... regresa a Darkover, lucha por los derechos de tu hermano...* El Dominio Alton no podía sobrevivir con la mancha que implicaba una disputa de sangre no zanjada.

- ¿Qué te hace pensar que está vivo? -pregunté-. ¿Y por qué me preguntas por él? En cualquier caso, he estado fuera del planeta, y aunque no lo hubiera estado, ¡no sería muy lógico pensar que se oculta bajo mi capa!

-Nadie te ha acusado de protegerle -comentó Lawton-. Tenía entendido, sin embargo, que tú y él fuisteis aliados durante la rebelión y los tumultos de Sharra, cuando se incendió Caer Donn...

Dije con rapidez, para evitar preguntas:

-Sin duda Beltrán te habrá contado parte de la historia...

-No. Nunca he conocido al actual Lord Aldaran -dijo Lawton-, aunque le vi una vez. ¿Sabías que existe un fuerte parecido entre vosotros dos? Sois primos, ¿verdad?

Asentí. He visto mellizos menos parecidos que Beltrán y yo. Había habido un tiempo en que aquel parecido me había agradado.

-No somos muy parecidos ahora -dije, tocándome las cicatrices que me surcaban el rostro.

-Sin embargo, a primera vista, cualquiera que os conociera a los dos podría confundiros -insistió Lawton-. Medio gramo de cosméticos taparía esas cicatrices. Pero eso no viene al caso... ¿Qué tuvo que ver Kadarin con Beltrán, y contigo?

Le ofrecí un breve y conciso resumen de la historia. Instado por Beltrán de Aldaran, cuando el viejo Lord Aldaran -que era mi tío abuelo- agonizaba, el hombre que se llamaba a sí mismo Kadarin les había quitado a los forjadores la matriz de Sharra.

-Tan sólo el nombre de Kadarin es un desafío -dije-. En los Hellers, cualquier bastardo es conocido como un «hijo del Kadarin», y él adoptó la designación.

-Antes de abandonar el servicio, era uno de nuestros mejores hombres de Inteligencia -explicó Lawton-, o al menos, eso dice su ficha. Yo no había terminado la escuela entonces. De todos modos, se le había puesto precio a su cabeza. Había servido en Wolf, nadie sabía que había regresado a Darkover hasta que estalló el tumulto de Sharra.

Luché contra un recuerdo: Kadarin, delgado, lupino, sonriendo, contándome sus viajes por el Imperio. Le había escuchado con la fascinación de un muchacho. Y también Marjorie. Marjorie... *Por un momento, el*

tiempo se deslizó, y caminé por las calles de una dudad que ahora, estaba en ruinas, incendiada, de la mano de una sonriente muchacha de ojos de color ámbar... Y compartimos un sueño en el que darkovanos y terranos se reunían como iguales.

Conté la historia con simplicidad, lo mejor que pude.

-Beltrán, junto con Kadarin, tenía un plan: el de formar un círculo en torno a una de las antiguas matrices de alto nivel, para demostrarles a los terranos que teníamos una tecnología, una ciencia propia. Era una de esas matrices que podían impulsar aeronaves, extraer metales... Pensamos que cuando pudiéramos controlarla, podríamos ofrecérsela al Imperio a cambio del conocimiento de algunas ciencias terranas. Formamos un círculo... un círculo de Torre, pero sin Torre, un círculo de mecánicos...*

-No soy experto en tecnología de matrices -dijo Lawton-, pero sé algo de ella. Sigue. ¿Erais solamente tú, Kadarin y Beltrán, o había otros?

Sacudí la cabeza.

-Thyra, la medio hermana de Beltrán. Se decía que su madre había sido en parte *chieri,* y había sido encontrada por la gente del bosque. Ella... la mujer *chieri* no recuerdo su nombre, tuvo otros dos hijos con uno de los oficiales terranos de Lord Aldaran, un tal capitán Scott.

-Conozco a su hijo -interrumpió Lawton-. Rafael Scott. ¿Tratas de decirme que participó en esto? No tendría más de nueve o diez años, ¿verdad? ¿Metisteis a un niño en una cosa así?

-Rafe tenía doce años -expliqué-, y su *laran* ya había despertado. De lo contrario no hubiera podido participar. Conoces lo suficiente de Darkover para saber que si un niño es capaz de funcionar corno un hombre, o una mujer, entonces es adulto, y eso es todo. Sé que los terranos tienden a retener a los muchachos y muchachas entre juegos infantiles hasta mucho después de que son adultos, pero nosotros no. ¿Tenemos que discutir ahora las costumbres sociales? Rafe era uno de nosotros. Y también Thyra, y también Marjorie, la hermana de Rafe.

Entonces me detuve. Ahora no podía hablar de Marjorie, con las viejas heridas reabiertas.

-La matriz se descontroló. Medio Caer Donn fue consumido por las llamas. Supongo que conoces la historia. Marjorie murió. Yo... -Me encogí de hombros, y moví ligeramente el brazo del muñón-. Rafe no parecía estar nada mal la última vez que le vi. Pero creía que tanto Thyra como Kadarin habían muerto.

-No sé nada de la mujer -dijo Lawton-. No me he enterado de nada. No la reconocería si entrara en este despacho. Pero Kadarin está vivo. Fue visto en Thendara hace menos de diez días.

-Si él está vivo, ella también -afirmé-. Kadarin hubiera muerto antes de permitir que alguien le hiciera daño a Thyra. -La culpa me azotó otra vez: *También yo tendría, que haber muerto antes* que Marjorie, Marjorie... Y entonces se me ocurrió una idea inquietante. Thyra era aldarana además de *chieri* ¿Acaso habría previsto el retorno de Sharra a Darkover y había venido a Thendara, atraída por esa llamada irresistible, incluso antes de que yo mismo supiera que traería la matriz?

¿Éramos tan sólo siervos de esa condenada cosa?

- ¿Qué es Sharra? -Preguntó Lawton-. Solamente una matriz...

-Lo es, sin duda -dije-. Una matriz de muy alto nivel, del noveno o el décimo -añadí, y me anticipé a sus preguntas-: En general, una matriz de noveno nivel es una matriz que sólo puede ser operada o controlada por al menos nueve telépatas cualificados con nivel de mecánicos.

-Pero supongo que es algo más...

-Sí-dije-. Probablemente es... no estoy seguro. Los forjadores creían que era el talismán que gobernaba a la Diosa que llevaba el fuego a sus fraguas...

-No te estaba pidiendo un relato de las supersticiones darkovanas acerca de Sharra. He oído hablar del cabello de fuego...

-No son historias -repliqué-. Tú no estabas allí cuando se incendió Caer Donn, ¿verdad? Sharra apareció... y lanzó fuego sobre las naves...

-Hipnosis -dijo con inquietud-. Alucinaciones.

-Pero el fuego era real -insistí-, y créeme, la forma de fuego es real. -Cerré los ojos como si pudiera verla, como si mi matriz estuviera sintonizada con las llamas de esa matriz más grande, más antigua.

Lawton debe haber tenido un poco de *laran;* nunca lo supe con certeza. Muchos terranos lo tienen, sin saber qué es, ni cómo utilizarlo. Preguntó:

- ¿Supones que ha venido a Thendara porque tú estás aquí...? ¿Para así intentar recuperar la matriz de Sharra?

Eso era lo que yo temía. Eso era lo que temía por encima de todo: que la matriz volviera a caer en manos de Kadarin...

... Y yo fuera involuntario esclavo de la matriz, ardiendo, ardiendo, atado a la forma de fuego...

-Antes le mataría-dije.

Sin cortesía, los ojos de Lawton se posaron en mi única mano.

-El Imperio ha puesto precio a su cabeza -dijo-. Y tú eres ciudadano del Imperio. Si quieres, te daré un arma, para protegerte de un criminal conocido, sentenciado a muerte, y te daré derecho legal a ejecutarle.

Para mi eterna vergüenza, lo pensé: tenía miedo de Kadarin. Y la ética del Pacto -mi padre lo dijo una vez con cinismo- se desmorona ante el miedo o la ventaja personal. El padre de Regís Hastur había muerto, veinte años atrás, dejando el gobierno de los Dominios a un hijo que aún no había nacido, porque una banda de rebeldes había aceptado armas de contrabando por motivos que, estoy seguro, les parecían lo bastante importantes para hacerles traicionar su lealtad al Pacto.

-Olvídalo -dije entonces, con un estremecimiento-. Tal vez ahora no sea muy bueno con la espada, y además dudo que pueda manejar un arma de fuego con resultados que valgan la pena. Combatiré contra él si debo hacerlo. Si quiere la matriz de Sharra, tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

-Tu cadáver nos servirá bien poco si Kadarin se apodera de la matriz de Sharra -exclamó Lawton con impaciencia-, y en este momento, no me interesa demasiado tu honor, ni el Pacto. ¿Qué te parecería traer la matriz, contigo por supuesto, a la Zona Terrana, donde podríamos protegerte con armas efectivas?

Este era un asunto darkovano. ¿Acaso tenía que ocultarme bajo el vestido de los terranos, protegido por sus armas, sus desintegradores, esas armas de cobardes?

-Maldito y obstinado estúpido -dijo Lawton sin enardecerse-. No puedo obligarte, pero ten cuidado, maldición, ten cuidado, Lew. -Era la primera vez que me llamaba por mi nombre, e incluso a través de la ira, sentí su calidez. Yo necesitaba amigos, también amigos terranos. Y respetaba a aquel hombre. Añadió-: Si cambias de idea, o necesitas un arma, o un guardaespaldas armado, avísame. Necesitamos amigos en el Concejo, recuérdalo.

-No puedo prometerte que seré tu amigo, Lawton -dije con reticencia.

Él asintió.

-Sí, comprendo. Pero... -vaciló y me miró a los ojos-, yo sí puedo prometértelo. Recuérdalo. Y mi oferta sigue en pie.

Mientras salía, y descendía en los ascensores hasta la planta baja, pensé en eso. Fuera soplaba un viento helado, y el cielo estaba encapotado: más tarde nevaría. Estaba sorprendido por la rapidez con que había recuperado mis conocimientos meteorológicos. ¡Nieve, en mitad del verano! Pero había precedentes. Una vez, una nevada estival había salvado Armida de un aterrador incendio forestal que había destruido la mitad de nuestras edificaciones. Pero tampoco era algo común, y tal vez fuera un mal presagio. Bien, eso tampoco era sorprendente.

No me demoré para contemplar las naves espaciales. Ya había visto suficientes. Sin perder tiempo, me envolví en la capa para protegerme del frío y atravesé las calles. Debía mudarme rápidamente a las habitaciones Alton del Castillo Comyn,

establecerme allí, demostrar que me consideraba la legítima cabeza del Dominio Alton, que era Lord Armida. La matriz de Sharra, que había dejado en la casa de la ciudad, protegida tan sólo por el hecho de que nadie sabía que se encontraba allí, también estaría más segura en el Castillo Comyn. Y mejor aún sería llevarla a la Torre del Comyn y pedirle a mi prima Callina, que era ahora Celadora de la increíblemente vieja Ashara, que la guardara en el laboratorio de matrices de la Torre, bajo un cierre de seguridad de matriz. Kadarin podría irrumpir en la casa de la ciudad, incluso podía irrumpir en el castillo, pero no creía que pudiera infiltrarse en un laboratorio con cierre de seguridad de matriz de la Torre Comyn, un lugar custodiado por una Celadora. Pero si podía hacerlo, entonces todos estábamos muertos de todos modos, y nada tenía importancia.

Tras haber tomado esta decisión, me sentí mejor. Era bueno no respirar los olores mecánicos de la Zona Terrana, sino los limpios olores naturales de mi propia parte de la ciudad: las especias de un puesto de comida, el calor de un forja en la que alguien estaba herrando un par de animales de carga; un grupo de Renunciantes, con el pelo tan corto que era difícil decir si eran hombres o mujeres, vestidas con abrigadas ropas de viaje, preparando una expedición a las montañas; una dama con pesados velos en una silla de mano. El limpio olor de los animales, los frescos aromas de las plantas de los jardines. Thendara era una bella ciudad, aunque hubiera preferido estar en las Kilghard Hills.

Podía ir. Allí tenía propiedades donde mi presencia era necesaria. Armida era mía ahora, mi hogar. Pero era temporada de sesión del Concejo, y se me necesitaba aquí.

Al cruzar una plaza, oí una suave llamada; era una patrulla de jóvenes Guardias. Levanté la vista, y Dyan Ardáis abandonó la patrulla y se acercó a mí, con su capa militar ondulando detrás de él.

Este encuentro era lo último que hubiera deseado. De muchacho, había detestado a Dyan con ardiente odio. De mayor, me había preguntado si parte de mi disgusto por él no se debía a que había sido amigo de mi padre y yo, bastardo, solitario, sin amigos, había envidiado la atención que mi padre prestaba a los demás. Mi padre no había tenido toda la culpa de nuestra insana relación. Ahora yo lo sabía. En cualquier caso, Kennard estaba muerto y, de una manera o de otra, debía librarme de su influencia, de esa voz real o imaginaria que retumbaba en mi cabeza.

Dyan era mi pariente, era Comyn, y había sido amigo de mi padre y de mi hermano. De modo que le saludé con cortesía, y él me devolvió el saludo formal, de un Comyn a otro, la primera vez que me saludaba como a un igual.

Después abandonó toda formalidad y me dijo: -Necesito hablar contigo, primo. La palabra, con un grado de intimidad mayor que «pariente» pareció resultarle tan difícil a él como a mí. Me encogí de hombros, aunque no me sentía complacido. La charla con Lawton me había dejado más inquieto que nunca con respecto a la matriz de Sharra. Quería ponerla en lugar seguro antes de que alguien -por alguien léase Kadarin, que era el único que conocía que podría apoderarse de ella- se enterara de su presencia en Darkover gracias a la reactivación de su propia matriz. Y si eso le había ocurrido a mi matriz, sin duda también le habría ocurrido a la suya. Y una vez supiera que la matriz volvía a estar en Darkover, ¿qué haría? Ni siquiera tenía que preguntármelo; lo sabía.

-Aquí hay una taberna. ¿Tomas una copa conmigo? Necesito hablar contigo, primo.

Vacilé: nunca he sido un gran bebedor. -Es temprano para mí, gracias. Y tengo bastante prisa. ¿No puede esperar la charla?

-Preferiría que no -dijo Dyan-. Pero caminaré contigo, si quieres. -Demasiado tarde me di cuenta de que había pretendido tener un gesto amistoso. Me encogí de hombros.

-Como quieras. No conozco muy bien esta parte de la ciudad.

La taberna era bastante limpia y no demasiado oscura, aunque experimenté un leve estremecimiento cuando entré en la habitación sin luces, con Dyan a mis talones. Era evidente que conocía el lugar, porque el camarero le trajo de beber sin que se lo pidiera. También me sirvió un poco a mí, pero levanté la mano para detenerle.

-Sólo un poco, gracias. -Más que nada, era un ritual; bebimos juntos, y para mis adentros pensé que si mi padre lo supiera, le alegraría verme beber con toda cordialidad con su más viejo amigo. Bien, podía rendirle ese homenaje a su memoria. Dyan me miró a los ojos y vi que había captado la idea. Bebimos en silencio por el descanso de mi padre.

-Le echaremos de menos en el Concejo -comentó Dyan-. Conocía todas las costumbres de los terranos y no se dejaba seducir por ellas. Me pregunto... -Dejando de lado la cortesía, sus ojos se posaron en las cicatrices, el muñón, la manga doblada. Pero yo estaba acostumbrado a eso.

-Yo tampoco estoy muy fascinado por los terranos, que digamos -repuse-, o mejor dicho, por las costumbres del Imperio. En cuanto a Terra en sí... -Me encogí de hombros-. Es un mundo bello, si uno soporta vivir bajo un sol amarillo con todos los colores equivocados. Hay cierto... status en descender del antiguo linaje terrano, o en vivir allí, pero no me gustó. En cuanto al Imperio...

-Viviste largo tiempo en Vainwal -dijo-, y no eres un decadente como Lerrys, dedicado al placer ya... los entretenimientos exóticos. Era casi una pregunta.

-Puedo vivir sin los lujos del Imperio -repliqué-. A mi padre el clima le resultaba benéfico para su salud. Yo...

Me interrumpí, preguntándome por qué me había quedado allí. Inercia, una lasitud mortal, ningún lugar que me resultara peor que otro, hasta que encontré a Dio, y entonces, cualquier lugar era bueno mientras ella estuviera conmigo. Si Dio me lo hubiera pedido, ¿habría yo regresado a Darkover? Probablemente, si el tema se hubiera planteado antes de que a ella le resultara imposible viajar. ¿Por qué no habíamos regresado antes de que quedara embarazada? Al menos aquí, los monitores podrían haberla controlado, nos hubiesen avisado de la tragedia... me detuve. Lo hecho hecho estaba. Habíamos hecho todo lo posible, sin saberlo, y no iba yo a cargar también con esa culpa, además de las otras.

-Me quedé con mi padre. Después de su muerte, regresé porque así me lo había pedido: fue su última voluntad.

Lo dije bajito, temeroso de que empezara otra vez el clamor en mi cabeza si lo invocaba, pero era sólo un susurro.

-Podrías ocupar el lugar de Kennard en el Concejo -me dijo-, y tener la misma clase de poder que él tenía.

Mi rostro debió de haber mostrado una expresión de disgusto, porque Dyan exclamó, casi furioso:

- ¿Estás tonto o qué? ¡Haces falta en el Concejo, siempre que no te pongas del lado de los Ridenow y trates de empujarnos hacia el Imperio!

Sacudí la cabeza.

-No soy un político, Lord Dyan. Y, sin ofenderte, ¡me gustaría tener un poco de tiempo para decidir por mí mismo! ¡Estoy harto de que cada una de las partes interesadas me diga lo que tengo que hacer!

Esperaba que se enfureciera ante la provocación, pero sólo esbozo una sonrisa irónica, esa sonrisa irónica feroz y lobuna que era, a su manera, atractiva.

-Muy bien, al menos eres capaz de pensar. Mientras te compenetras con la situación, trata de hacer una evaluación de nuestro príncipe, para ver lo que se puede hacer con él. Hay precedentes suficientes. El Concejo sabía que mi propio padre estaba más loco que un *kyorebni* durante el viento Fantasma, y se encargaron de mantenerle a raya.

Habían nombrado a Dyan regente de su padre, y en uno de sus intervalos de lucidez, el viejo *Dom* Kyrill lo había aceptado.

-Pero Derik no tiene... ningún pariente cercano -observé-. ¿No es el único Elhalyn adulto?

-Sus hermanas están casadas -dijo Dyan-, aunque tal vez no tan próximas a la nobleza como lo hubieran sido de haber sabido nosotros que uno de sus esposos tendría que ser regente de los Elhalyn. El viejo Hastur quiere que Regís ocupe el lugar de Derik, pero el muchacho se resiste... ¿y quién podría culparle? Ya es suficiente con gobernar a los Hastur, sin tener que llevar además una corona. Por cierto, una corona es una insensatez, hoy en día. Lo que nos hace falta es un Concejo de iguales que sea poderoso. Y además está la Guardia. No es que unas cuantas docenas de hombres armados con espadas puedan hacer algo contra los terranos, pero sí pueden mantener a nuestra propia gente a raya.

- ¿Quién está al mando de la Guardia en estos momentos? -pregunté, y él se encogió de hombros.

-Cualquiera. Nadie. En general, Gabriel. Yo me hice cargo durante los dos primeros años. Gabriel parecía un poco joven. -Recordé que Dyan había sido uno de los mejores oficiales-. Después, se hizo cargo él.

-Me alegro de ello -dije-. Yo nunca tuve demasiada afición a la vida militar.

-Le corresponde al Dominio -dijo ferozmente Dyan-. Me imagino que estarás dispuesto a cumplir con tu deber, y estar al mando.

-Tengo que recuperarme primero-repliqué, y entonces me enfurecí-. ¿Qué es más importante? ¿Conseguir a alguien que sea competente para estar al mando de la Guardia, y le guste, o a alguien que sólo tenga en las venas la sangre adecuada?

-Ambas cosas son importantes -contestó, con absoluta seriedad-. Hoy en día más que nunca. Con los Hastur engullendo un Dominio tras otro, Gabriel es exactamente la persona menos adecuada para mandar la Guardia. Deberías plantear el tema y alejarle del cargo lo más pronto posible.

Estuve a punto de echarme a reír.

- ¿Plantear el tema? Gabriel podría convertirme en un lacito para el dedo de su mujer, y hacerlo con una mano atada... -Me interrumpí: aquella expresión era en particular desafortunada, es lo menos que se podía decir-. No podría batirme a duelo con él, ¿estás sugiriendo que le asesine?

-Creo que la Guardia te sería leal en nombre de tu padre.

-Tal vez.

- ¿Y si no te haces cargo de la Guardia, qué pretendes hacer? ¿Volver a Armida a criar caballos? -Soltó las palabras con todo su desprecio. El dolor me invadió, al recordar que había pensado llevar allí a mi hijo.

-Probablemente, podría hacer cosas peores -dije.

- ¿Simplemente quedarte en casa y atender tus propios asuntos mientras Darkover cae en manos del Imperio? -me preguntó con desdén-. ¡Daría lo mismo que te encerraras detrás de los muros de una Torre! ¿Por qué no regresas a Arilinn con Jeff... o también eso te quemaron?

La furia me invadió. ¿Cómo se atrevía Dyan, fingiendo parentesco y amistad con mi padre, a escarbar de esta manera viejas heridas no cicatrizadas?

-En Arilinn -dije lenta y deliberadamente-, me enseñaron a hablar de esas cosas sólo con aquellos que tienen que ver con ellas. ¿Eres monitor, mecánico o técnico, Lord Dyan?

Siempre había creído que la expresión «negro de rabia» era tan sólo una manera de hablar. Ahora la vi, la sangre que subía, oscura y congestionada, hasta el rostro de Dyan, hasta que pensé que se caería muerto de un ataque. Demasiado tarde lo recordé: Dyan había estado brevemente en una Torre, y nadie, ni siquiera mi padre,

sabía por qué se había marchado de allí. Lo que yo le había dicho para detenerle, como manera de decirle que conservara la distancia, lo había interpretado como un terrible insulto personal... como un ataque contra su punto más vulnerable.

-Ni monitor, ni mecánico, ni técnico, maldito seas -dijo por fin, y echo su silla hacia atrás y se incorporó con violencia-, ¡ni tampoco polo de poder de las fuerzas de Sharra, condenado bastardo insolente! ¡Vete a Armida a criar caballos, o a una Torre si te aceptan, o vuelve al Imperio, o al infierno si Zandru te admite, pero quédate al margen de la política del Concejo! ¿Me oyes?

Giró y salió a grandes pasos, y yo me quedé mirándole, consternado y preocupado, porque me daba cuenta de que había convertido a un hombre dispuesto a ser mi amigo en el más peligroso de mis enemigos.

La Torre Comyn se erguía por encima del castillo, una parte de la gran masa que se alzaba sobre Thendara, y sin embargo separada, más vieja que el resto, terriblemente antigua, construida con la antigua piedra rojiza que sólo se veía en las casas más antiguas y ruinosas de la Ciudad Vieja. Regis nunca había ido allí antes.

Le dijo al sirviente no humano:

- ¿Quieres preguntarle a *Domna* Callina Lindir-Aillard si puede recibir a Regis Hastur?

El sirviente le observó durante un largo momento, con sus ojos oscuros alertas y expresivos; una forma humanoide, una inteligencia semejante a la humana, pero Regis no podía desprenderse de la sensación de haberle hablado a un perro enorme y no del todo amistoso. Había visto a los *Kyril* de pelambre plateada durante su breve temporada de entrenamiento en la Torre de Neskaya, pero nunca se había acostumbrado a ellos. Aquella cosa le miró durante más tiempo, le pareció, de lo que lo hubiera hecho un humano. Después asintió con un gracioso gesto de su cabeza plateada y se alejó en silencio.

Regis se preguntó, por un momento, cómo haría el *Kyril para,* transmitirle el mensaje a Callina. El origen de los *Kyril* se perdía en las Eras del Caos. ¿Habrían sido, después de todo, parte de aquel monstruoso programa de reproducción que el linaje de Hastur había llevado a

cabo durante siglos, con el objeto de fijar los dones del Comyn en las familias de los Siete Dominios? Con la genética modificada por medio del poder *del laran y de* la tecnología de matrices, se había jugado a juegos con resultados aún más extraños que los *kyrri.*

¿O tal vez se remontaran más allá, hasta la prehistoria de la estrella de Cottman, antes de que una colonia terrana perdida la llamara Darkover? Regis sospechaba que incluso en las Torres, nadie estaba seguro de qué eran los *kyrri,* ni de cómo habían llegado a ser los sirvientes tradicionales de las Torres. Regis los había aceptado con naturalidad, había aprendido a mantenerse fuera del alcance de las dolorosas sacudidas eléctricas que transmitían cuando estaban excitados o cuando se sentían amenazados, y había sido atendido por sus extrañas manos sin pulgares en momentos en que le hubiera resultado insoportable la presencia de telépatas humanos que pudieran leer su mente o contactarla.

Pero todo aquello ocurría en la superficie de su mente y no tenía nada que ver con la profunda inquietud que le había llevado hasta allí. Por un momento se preguntó si no debería haber buscado a Callina en la habitación de Aillard, utilizando de algún modo su relación con Linnell -quien, como él mismo, había sido criada en Armida y era hermana de crianza de Lew y Marius-. Nunca le había dirigido a Callina más de una docena de palabras, siempre formales y ceremoniosas. Podría haber hablado con Linnell como con una parienta, pero Callina era otra cosa... Celadora de Neskaya y luego de Arilinn, después sub Celadora de la Torre más antigua, la del Comyn, inactiva desde hacía tiempo pero que seguía albergando a la vieja Ashara, a quien nadie había visto nunca fuera de la Torre -ni siquiera, le había dicho Danvan Hastur, nadie que él hubiera conocido, y su abuelo ya iba para los cien años-. Regis

suponía que el círculo de Ashara, si es que lo tenía, y sus asistentes, debían verla de vez en cuando...

Debía de haber sido en otra época una mujer común. Al menos tan común como puede serlo cualquiera del Comyn, y no inmortal, sino tan sólo longeva, como lo eran algunos Hastur. En la sangre de los Dominios había un poco de sangre *chieri.* Regis sabía poco de los *chieri,* pero se decía que eran inmortales y bellos, y que seguían viviendo en algún valle remoto al que los humanos nunca iban. Pero su propio abuelo mostraba signos de ser uno de esos Hastur cuyo reinado podía durar generaciones. *Era afortunado para el Comyn que Danvan Hastur hubiera estado allí para reinar como Regente durante aquellos años tumultuosos.* Regis notó que sus pensamientos tomaban rumbos inesperados, como si otra mente hubiera contactado brevemente la suya. Se sobresaltó y parpadeó como si se hubiera adormilado por un instante allí, de pie. Su piel se erizó y algo le tocó. En lo profundo de su cuerpo, sintió una leve náusea. Una sombra había caído sobre el umbral: allí estaba Callina Aillard.

No la había visto llegar. *¡Señor de la Luz!,* juró Regis para sus adentros. ¿Se había quedado allí, profundamente dormido de pie, con una mueca estúpida en los labios, su ropa en desorden o aún peor? Se sintió expuesto, desesperadamente incómodo. Callina era Celadora, y extraña. Logró mascullar la fórmula:

-*Su serva, Domna...*

No iba vestida con la formal túnica carmesí que llevaba en la Cámara de Cristal, el atavío tradicional que señalaba a las Celadoras como distantes, intocables, sacrosantas. En cambio, llevaba puesto un vestido de lana azul, largo, ajustado, de cuello alto. Lo ceñía con un cinturón de cobre, hecho con placas cuadradas del metal precioso, y con una gran piedra semipreciosa de color azul engarzada en el centro de cada una de ellas. Una costosísima hebilla de cobre filigranado mantenía su cabello recogido sobre la nuca.

-Ven por aquí y podremos hablar, si lo deseas. En silencio, no perturbes los transmisores.

Su voz era tan queda que casi ni se movió el aire, y Regís la siguió de puntillas, como si un paso normal fuera como un grito. Atravesaron una larga cámara silenciosa, desnuda, con pantallas trasmisoras como ojos vacíos y azules, y otras cosas que Regis no reconoció. Ante una de las pantallas había una joven, acurrucada en una silla blanda y mullida. Su rostro tenía aquel aspecto extraño que adoptan los telépatas cuyas mentes están concentradas en los transmisores que comunican con otras Torres, con otros telépatas. Regis no conocía a la muchacha, y por supuesto Callina no reparó de ninguna manera en ella; en realidad, sólo su cuerpo se hallaba en aquella sala.

Callina abrió silenciosamente una puerta en un extremo de la habitación, y entraron en un cuarto privado, pequeño y confortable, con divanes bajos y sillas, y una ventana alta y con vidrios de colores que arrojaban prismas de luz sobre todos los objetos. El día, sin embargo, era oscuro, y si no hubiesen estado en pleno verano, Regis hubiese creído que nevaba. Callina cerró la puerta sin hacer ruido, le indicó que se sentara, y ella misma se acurrucó en un asiento, alzando los pies para envolvérselos con el ruedo de su vestido azul.

-Bien, Regis -dijo con su voz queda-, ¿te ha enviado el viejo Hastur para preguntarme si pasaré por la ceremonia matrimonial con Beltrán, con el fin de ahorrarle incomodidades al Concejo?

Regis sintió que le ardía el rostro. ¿Le había leído ella la mente mientras dormitaba de pie como un tonto? Dijo honestamente:

-No, no me envió, aunque mencionó el asunto anoche, durante la cena. No creo que sea tan arrogante como para pedírtelo, Lady Callina.

Callina suspiró.

-Derik es un condenado tonto -dijo-. Y yo no tenía idea de lo que el tonto de mi hermano estaba haciendo a mis espaldas, ni tampoco de que Derik fuera tan

estúpido como para prestarle atención. Linnell ama a Derik. Separarles ahora sería como romperle el corazón. ¡Cómo puede amar a ese tonto...! -Callina sacudió la cabeza, exasperada-. Merryl nunca se ha reconciliado con la idea de ser un Aillard, sometido a la mujer que es Cabeza del Dominio. Y creo que nunca lo hará.

-El abuelo sugirió que podrías prestarte a la ceremonia, sólo a eso, como un mero formulismo -dijo Regís.

-Es más fácil eso que decirle a Beltrán lo que tendrá que decirle si me niego -observó Callina-, que su matrimonio fue planeado por un joven hambriento de poder y por un príncipe demasiado estúpido para darse cuenta de que es manipulado.

-No te olvides -añadió Regís-, de un Regente demasiado perezoso o distraído para controlar a su poco inteligente príncipe.

- ¿De verdad crees que sólo fue pereza o descuido? -preguntó Callina.

-No quiero pensar que mi abuelo pueda haber conspirado en contra de la Cabeza de un Dominio.

Recordó entonces una conversación que había sostenido con Danilo tres años atrás, con tanta claridad que le pareció que había sido ayer: *Así un Dominio tras otro caerá en manos de los Hastur. Elhalyn ya esta sometido a la regencia de Hastur, después los Aillard, con Derik casado con Linnell,* pensó Regis. Más fácil aún si Callina se casaba y se exiliaba en el remoto Dominio Aldaran. Y él había visto las maquinaciones de su abuelo contra los Alton.

-No, él no tramaría algo así -dijo Callina, y una leve sonrisa se dibujó en sus labios-, pero sí hacerse el

loco mientas Merryl y ese tonto de Derik crean una situación tal, que ahora no tengo más remedio que caer en la trampa o causarle serios problemas al Comyn.

-Callina, ni siquiera Hastur puede casar a una Cabeza de Dominio sin su consentimiento. Y además eres Celadora de Ashara... ¿qué dirá ella de esto?

-Ashara... -Callina permaneció por un momento en silencio, como si el nombre mismo provocara inquietud en su rostro sereno-. Rara vez veo a Ashara. Pasa gran parte del tiempo meditando. Puedo representar todo su poder en el Concejo, pero me temo que... -Se interrumpió en mitad de la frase-. ¿No tienes entrenamiento de Torre, Regis?

Él sacudió la cabeza.

-Me entrenaron un poco, para poder ejercer mi Don sin enfermar, pero no soy un telépata muy poderoso, y además el abuelo dijo que me necesitaba aquí, en Thendara.

-Creo que eres un telépata más poderoso de lo que piensas, pariente -dijo Callina, con una mirada escéptica.

Aquella calmada y segura afirmación le hizo sentir incómodo. Frunció el ceño, dispuesto a protestar:

-Soy inútil en los transmisores, y no pudieron entrenarme mucho como monitor...

-Es posible -dijo ella-. En las Torres, sólo hacemos las pruebas de los dones que sirven para esas funciones: monitorización. La capacidad de establecer contacto telepático con una pantalla matriz para extraer minerales y manejar energía... hoy en día, ésa parece ser la única clase de *laran* que resulta útil en las Torres. Pero estas descubriendo que tienes más *laran* del que creías... ¿verdad, primo?

Regis hizo un gesto de dolor, como si Callina le hubiese puesto el dedo en una herida que él ignoraba tener.

-Será mejor que me cuentes, Regis -prosiguió-.

Vi cómo captabas la presencia de Sharra en el Concejo. Déjame ver tu matriz, Regís.

Con aprensión, Regís posó los dedos sobre la pequeña bolsa de terciopelo, deshizo los nudos y sostuvo el pequeño cristal azul en la palma de su mano. Allí se quedó, azul y plácido, con lucecitas distantes centelleando por dentro: no había rastros de fuego ni de la devastadora Forma de Fuego.

- ¡Ha desaparecido! -exclamó con sorpresa.

-Y tú esperabas que estuviera allí-dijo Callina-. De verdad, creo que será mejor que me lo cuentes todo.

Regís seguía mirando su matriz, incrédulo. Al cabo de un momento, logró contar algo: cómo Javanne había quedado atrapada por la imagen, y cómo él, sin pensarlo, había liberado la mente de su hermana de la matriz.

-Fue como... Una vez observé cómo deshacía un bordado que le había salido mal... creo que debe haber sido algo así, aunque yo no sé bordar...

-Yo sí-dijo Callina-, y así es, exactamente.

- ¿Qué fue lo que hice? -Regis no había advertido cuánto miedo tenía hasta que oyó su voz temblorosa-. ¿Cómo pude hacerlo? Creí... que hacía falta un telépata poderoso, tal vez una Celadora... para complementar resonancias de esa manera.

-En la historia han existido Celadores, varones -dijo distraídamente Callina-. Buenos, poderosos. Sólo durante los últimos siglos las Celadoras han sido siempre mujeres. Y hasta hace pocas generaciones, eran encerradas, tratadas como hechiceras, como vírgenes sagradas, objetos rituales de poder y veneración. -Su rostro era frío, irónico-. Por supuesto, ahora que estamos más informados, ya sabemos que una Celadora sólo debe ser el polo central, el centro de los círculos de matrices, la que maneja los anillos de energones. Regis, ¿has recibido entrenamiento suficiente como para tener una leve idea de lo que te estoy diciendo?

-Eso creo. Conozco el vocabulario, aunque no creo que lo comprenda del todo. Nunca pensaron que tuviera suficiente fuerza telepática como para permitirme trabajar en un círculo, y además me necesitaban aquí. Pero si ni siquiera fui capaz de hacer el trabajo de un monitor, no pude haber hecho el trabajo de una Celadora, sin haber recibido ningún entrenamiento, así por las buenas, ¿verdad?

Se le quebró la voz, pero ya no tenía tanto miedo Callina había hablado del asunto como si se tratara de un problema técnico, no de un extraño y terrible defecto del mismo Regís.

-Pero el trabajo de una Celadora, hoy en día lo puede hacer cualquier técnico bien entrenado, como ya te dije -observó Callina-. Kennard era técnico, y podía hacer casi lo mismo que Elorie de Arilinn, salvo ocupar verdaderamente el centro de un círculo. Creo que Jeff podría hacerlo si se viera obligado, si la tradición se lo permitiera. Y tú eres un Hastur, y tu madre era Hastur de Elhalyn... ¿qué sabes del Don de Hastur, Regís?

-No mucho -contestó con franqueza-. Cuando era un muchacho, una *leronis* me dijo que ni siquiera tenía *laran* común. -Ese recuerdo, como siempre, era el de múltiples capas de color, la sensación de que era indigno de seguir los pasos de los Hastur que le habían precedido, y al mismo tiempo la sensación de libertad, de liberarse de la senda trazada para los hijos de Hastur, una senda que debería seguir, le gustase o no.

-Pero tu *laran* se despertó... -dijo ella, casi preguntando, y Regís asintió. Danilo Syrtis, amigo, vasallo, hermano juramentado, y el único, por lo que se sabía, que poseía el casi extinto don de la telepatía catalizadora. Danilo había despertado el *laran* de Regis, le había dado la herencia del Comyn. Pero no era del todo una bendición, pues había implicado la pérdida de su libertad. Ahora debía llevar aquella carga, la herencia de todos los Hastur, y abandonar su sueño de liberarse de todas aquellas ataduras insoportables...

He sido un buen Heredero de los Hastur. He cumplido con mi deber, he sido oficial de la Guardia, be participado en el Concejo, he adoptado al hijo de mi hermana para que a su vez sea mi Heredero. Incluso le he dado hijos e hijas al clan Hastur, aunque no quisiera casarme con las mujeres que me los dieron.

-Conozco algo de esas ataduras -prosiguió Callina, y su voz, aunque desprovista de emoción parecía comprensiva-. Soy Celadora, Regís, no una Celadora a la nueva usanza, no sólo una técnica altamente especializada, sino Celadora a la antigua usanza: Elorie de Arilinn me entrenó. Era la hermanastra de Dyan, sabes... Cleindori, Dorilys de Arilinn, liberó a las Celadoras, reduciendo la vieja superstición a eso que ahora llaman la ciencia de la mecánica de matrices. Ahora las Celadoras ya no tienen que sacrificar sus vidas, ni vivir enclaustradas, como vírgenes... Pero yo había sido entrenada a la vieja usanza, Regís, y después de servir en Neskaya y Arilinn, vine aquí *precisamente* por ser la única mujer de los Dominios que había sido entrenada a la vieja usanza. Ashara lo pidió, y yo, que había recibido el entrenamiento antiguo y todavía era virgen, porque nunca había sentido deseos de casarme, ni de dejar mi cargo tan siquiera por unos años para casarme o tener un amante... -Su sonrisa era leve, casi abstraída-. Estaba satisfecha con mi trabajo, y tampoco había conocido a ningún hombre que me tentara lo bastante como para abandonar mi vocación. De modo que me enviaron, me gustase o no, a servir a Ashara. Yo, que era gobernante de un Dominio por derecho propio, simplemente por ser lo que era. -Por un momento pareció haber terror en sus ojos, y él se preguntó: *¿Tanto miedo le tiene a Ashara?* El miedo parecía una emoción extraña en una Celadora.

¿De qué podían tener miedo las mujeres? No tenían que combatir en las guerras, estaban a salvo y protegidas...

- ¿Qué sabes del Don de Hastur? -le preguntó Callina, una vez más, con insistencia.

-No mucho, ya te dije. Crecí pensando que ni siquiera tenía *laran* común...

-Pero sea como fuere, está latente en ti -reflexionó ella.

- ¿Y tú sabes cuál es el Don de Hastur? -le preguntó Regís sin rodeos.

Ella se mordió un labio.

-Ashara debe saberlo... -contestó, y él se preguntó qué tendría que ver con el asunto. Como si hablara para sí, Calima añadió-: El Don de Ardáis: la telepatía catalizadora, la capacidad de despertar el *laran* de los demás. Los Ridenow son los mejores monitores porque son empatas. Los dones están ya tan mezclados, por los matrimonios endogámicos, por matrimonios con no telépatas, que es raro encontrar alguno de los viejos dones en toda su potencia. Y hay tanta tradición y tantas supersticiones que impiden un conocimiento pleno de los dones... Hay una tradición que afirma que el Don original de los Hastur puede haber sido aquél en que se entrenaba a las Celadoras: la capacidad de trabajar con otras matrices, sin las elaboradas protecciones que debe tener una Celadora. Originalmente, la palabra Celador -usó el término *casta, tenerésteis*- significaba «el que sostiene, el que custodia»... una Celadora, en términos sencillos, dejando de lado su función de trabajar en el centro de los anillos de energones, es alguien que mantiene las otras matrices del grupo resonando al unísono, es la capacidad especial de trabajar con otras matrices, no sólo con la propia. Como dije, algunos técnicos del alto nivel pueden hacerlo. Me pregunto... -vaciló un momento y luego añadió-: En general, los Hastur son longevos y maduran tarde. El *laran* común se despertó tarde en ti; tenías quince años, ¿verdad? Y tal vez haya sido tan sólo el primer indicio del *laran* que llegarás a tener. ¿Cuántos años tienes ahora? ¿Veintiuno? Eso implicaría que tu matriz se activó más o menos en el momento de los tumultos de Sharra.

-Yo estaba entonces en las montañas, y mi matriz estaba oscurecida, como todas las que se hallaban cerca de la matriz de Sharra -explicó Regís.

Y lo que es más, había pasado una intolerable crisis personal con el despertar de su herencia. Su decisión de aceptarse a sí mismo tal como era, y no como su abuelo y el Comyn querían que fuese, de elegir entre el autoconocimiento y la indeseada carga de los Hastur o enterrarlo todo, vivir una vida sin carga y sin sensibilidad, sin *laran,* sin responsabilidad. Pero ahora aparecía esta nueva dimensión de su *laran,* y ni siquiera imaginaba qué otras obligaciones implicaría esto para él.

-Déjame aclarar el punto -dijo Callina-. Mientras estabas en las montañas, durante la rebelión de Sharra, tu matriz estaba oscurecida. No podías usarla a causa de... de lo que vi en la de Lew en aquel momento: la Forma de Fuego. Pero más tarde, cuando Sharra estaba fuera del planeta...

-Estaba limpia -continuó él-, y aprendí a usarla, a mi matriz, quiero decir, sin ningún signo de Sharra. Cuando Lew se trajo la matriz de Sharra de regreso a Darkover fue cuando...

Ella asintió.

-Y no obstante, limpiaste tu matriz -dijo-. Será bastante fácil apreciar si tienes talento natural para la tarea de una Celadora. -Extrajo su propia matriz de una diminuta bolsita de cuero suave que pendía de su cuello. La sostuvo en la palma de la mano y preguntó-: ¿Puedes adecuarte a sus resonancias y tomarla sin hacerme daño?

Regís desvió los ojos, tragando saliva con esfuerzo. Su mente sólo reflejaba aquel día, en el castillo Aldaran, cuando había visto a Kadarin quitarle la matriz a Lew, quien había caído, presa de convulsiones, convertido en una aullante ruina, sin mente.

-No sabría por dónde empezar -masculló-. Y tendría miedo de intentarlo. Podría... podría matarte.

Ella negó con la cabeza.

-No, no podrías, no aquí, protegida como estoy -explicó-. Inténtalo.

Su voz, suave *e* indiferente, enunciaba no obstante una orden, y Regis, sudando, trató de concentrarse en el cristal azul que yacía en la palma de la mano de Callina. Trató de recordar cómo se había introducido en la mente de Javanne, extendiéndose para desprenderle la mente de la matriz, como si fueran entrelazadas hebras de un bordado. En su mente sintió una fuerza desagradable, extraña, y se resistió. *¿Era eso Calima?* Levantó la vista, vacilante incapaz de reconciliar esa fría y pétrea fuerza con la mujer sonriente y amable que se hallaba ante él.

-No... no puedo -dijo Regis.

- ¡Olvídate de mí! ¡Combina resonancias con la matriz, he dicho!

Esto es una tontería. Conozco a Callina de toda la vida. ¡Es absurdo tenerle miedo! Estableció contacto, tentativamente, sintiendo la pulsante fuerza de vida, los amurallados pensamientos de su pariente -tenía la barrera más densa que él hubiera conocido nunca, y supuso que eso tenía alguna relación con el hecho de que fuera Celadora-. Percibió sólo fragmentos, la luz de una ventana que hería los ojos de Callina, una conciencia subliminal de él, Regis, *es un muchacho apuesto,* qué harto estaba de aquella reacción de las mujeres. Una vez más sintió el pulso de la matriz, y trató de sintonizar su respiración con ella. Un rostro se dibujó levemente en su mente, frío, distante, un rostro que le hizo estremecer-

se, como si estuviera desnudo bajo la nieve, un rostro bello, terrible, ajeno. Eliminó eso, también, y el miedo, y se obligó a sumergirse en la matriz, sintiendo la resonancia, la fría vida de piedra, las relucientes luces sintonizadas con su respiración, la sangre en sus venas... Sintió que su mano se extendía, sin ser consciente del movimiento, y sus dedos se cerraron sobre la piedra, alzándola suavemente de la mano de Callina. Distantes ojos fríos, grises e incoloros, como de metal. Fríos mares que inundaban su mente...

El dolor estalló en la cabeza de Callina y con rapidez soltó la matriz y volvió a ponerla en su mano. Ella parpadeó, y Regis sintió que la mujer controlaba el dolor.

-Bien -dijo ella-, tienes el talento para esto... pero no sé hasta dónde llega. Tuve algo así como una visión... -Buscaba las palabras. Sintió que Regis compartía esa búsqueda y la detuvo en seco.

No era en absoluto similar a su contacto con Javanne. No era para nada similar al contacto que había establecido con las mujeres que habían sido sus amantes. ¿Era porque era Celadora, esa cosa fría, pétrea y extraña que había en su mente,

porque era una *leronis* a la vieja usanza, con votos de virginidad, que no podía tocar a ningún hombre con el menor rastro de sexualidad? *¿O no había sido Callina en absoluto?* A él también le dolía la cabeza.

-Si puedes hacer esto, y si pudiste limpiar una matriz que había tocado a Sharra... -Se mordió los labios y Regis vio que el dolor volvía a invadirle el rostro-. Tienes un don del que no sabemos nada. Tal vez puede ser útil... -Y él captó las palabras que ella vacilaba en pronunciar: *Tal vez pueda ayudar a controlar la matriz de Sharra, a liberar al hijo de Kennard del dominio de... de esa cosa terrible.*

Un segundo de terror: algo hambriento, devastador, extendiéndose...

Entonces desapareció... ¿o nunca había estado allí?

-Ve a decirle a Lew Alton que debería traer la matriz de Sharra. Aquí estará segura. No hay tiempo que perder. Tal vez puedas ayudar a liberarle.

-Tendría miedo de intentarlo -dijo él, temblando.

- ¡Pues no debes tener miedo! -Exclamó Callina, exigente-. Si *tienes ese don...* -Y *Regís sintió que* ella no le veía como un ser humano, no como Regís, sino solamente como un don, un extraño y enigmático problema para los técnicos de matrices, algo que debía ser resuelto y explicado. Eso le perturbó. Por un momento deseo obligarla a que le viera como un ser humano, como un hombre ante una mujer. Ella era toda lejanía y frialdad, y por un instante Regís recordó la curiosa cara pétrea que había cruzado por su mente como una visión, en la matriz. *¿También sería Callina? ¿Cuál era la verdadera?* Después, con tanta rapidez que le hizo dudar, desapareció, y Callina volvió a ser sólo una mujer de aspecto frágil, delgada, preocupada, vestida con una túnica azul, que le miraba mientras se mesaba las sienes con ambas manos, como si le dolieran.

-Ahora debes irte, pero asegúrate de que la matriz de Sharra sea traída aquí -dijo ella, y abrió la puerta que daba a la cámara de los transmisores. Entonces, la joven que se hallaba ante la pantalla levantó la cabeza e hizo un gesto, y Callina le señaló a Regis que saliera a la habitación exterior, antes de deslizarse con pasos silenciosos hasta la muchacha. Al cabo de unos minutos, salió al vestíbulo donde Regis la esperaba. Tenía el rostro pálido y el aspecto demacrado.

-Es peor de lo que creía -explicó-. Lille ha recibido un mensaje. Beltrán está en camino. Y viaja con una escolta tan grande que podría llamarse un ejército. Estará aquí para la Noche del Festival, aquí, a las puertas del Thendara. Por Avarra misericordiosa -susurró-, ¡esto significará la guerra en los Dominios! ¿Cómo pudo

permitirlo Hastur? ¿Cómo pudo Merryl hacerme esto? ¿De verdad tanto me odia?

Y Regís no supo responderle. Como no podía hacer nada más, regresó a sus aposentos, con la vaga intención de enfrentarse con su abuelo, para decirle que el plan de Derik había dado frutos inesperados: sin duda podría significar la guerra para los Dominios, si Callina se negaba a cumplir la voluntad del Concejo. Pero el mayordomo de su abuelo le dijo que el Regente había ido a conferenciar con las *cortes,* por lo que Regís se encaminó hacia la casa de la ciudad de los Alton. Al menos podía transmitir el mensaje de que la matriz de Sharra estaría más segura en la Torre del Comyn.

Pero cuando se acercaba a la casa, vio una figura familiar, ataviada con el verde y el negro del Dominio Alton. Lew había cambiado en esos años. Regís apenas si le había reconocido en el Concejo, pero su manera de caminar era la misma, y Regís le reconoció ahora, aunque le daba la espalda. Se apresuró para alcanzarle, vacilando en establecer contacto mental como antes.

Pero Lew debió percibir su presencia detrás de él, pues se volvió y esperó que Regis le alcanzara.

-Bueno, Regis, ha pasado mucho tiempo.

-Así es, primo -dijo Regis, y le dio un abrazo de pariente, oprimiendo su rostro contra la mejilla llena de cicatrices de Lew. Dio un paso atrás y sonrió-. Venía a buscarte, y te encuentro en mi camino, ¿adonde ibas tan temprano?

-No es tan temprano -protestó Lew, mirando el cielo con ojos sagaces-. No es demasiado temprano para que Dyan me ofrezca un trago, y también una pelea, ¡maldito sea!

-Dyan no es hombre adecuado para pelear -dijo Regis con seriedad-. ¿Cómo te metiste en eso?

Lew suspiró.

-Apenas si lo sé. Algo que me dijo... Supongo que, en realidad, lo que decía es: «Vete al infierno», o alguna versión de «me has ofendido», pero sonó como una declaración de guerra. Yo... -Se interrumpió, perturbado-. ¿Quieres caminar conmigo hasta mi casa? Estoy inquieto, sin ningún motivo. Pero quería hablar contigo.

-Y yo tengo un mensaje para ti, de la *leronis* -dijo Regis. Empezó a hablar pero se detuvo, sobrecogido por la fortísima convicción de que no debía pronunciar aquel nombre de mal augurio, Sharra, allí en la calle. Eso era para la intimidad, para una habitación bien protegida. En cambio, añadió-: Deberías mudarte al Castillo Comyn, y si de hecho ocupas las habitaciones que te corresponden, les será más difícil cuestionar tus derechos.

-Lo he pensado -dijo Lew-. Los terranos tienen un dicho: la posesión implica nueve décimos de la ley. Aunque no creo que deba preocuparme por Jeff, y es probable que lo más difícil sea lograr que acepten a Marius como mi Heredero. Ni siquiera sé si le hicieron la prueba de rigor a los trece años. No hemos tenido tiempo de hablar de esas cosas.

-Aunque se la hayan hecho, puede no tener ningún valor -observó Regis-. Recuerda que a mí me dijeron que no tenía ningún *taran.* -Tuvo un efímero recuerdo de amargura-. Al menos, si Marius demuestra no tener *laran,* imagino que no le enviarás a Nevarsin.

-No si él no quiere ir -dijo afablemente Lew-. Un muchacho con tendencias eruditas y deseos de una buena educación podría disfrutar de la oportunidad de estudiar allí, pero Marius, según he oído, ya ha recibido la mejor educación que pueden ofrecer los terranos. Debo darle las gracias a tu abuelo por haber arreglado este asunto.

-No lo hizo para así complacerte. Al contrario. -Aquello había sido, y ambos lo sabían, una manera de

acentuar el hecho de que Marius debía buscar su futuro entre los terranos, no entre el pueblo de su padre-. Mientras estabas fuera, supongo que habrás aprendido mucho de lo que pueden ofrecernos los terranos...

-No tanto como hubiera querido. Estuve en hospitales gran parte del tiempo -explicó Lew, y detrás de su rostro surcado de cicatrices, Regis percibió las cosas que Lew nunca le diría, el dolor y la aceptación final de la mutilación-. Pero mientras me recuperaba... Sí, me hubiera vuelto loco sin hacer nada. Estudié un poco de topografía y cartografía. Hay parte de las Kilghard Hills y de los Hellers que nunca han tenido planos correctamente levantados. Mejor que lo hagamos nosotros en vez de dejar que lo hagan los terranos porque no nos molestamos en enseñarles cartografía a los nuestros. ¡Resulta ridículo que ellos tengan una unidad de Exploración y Cartografía en Darkover, y nosotros no!

-He pensado en hacer educar a mis hijos por los terranos -dijo Regis-. Aunque supongo que tendré que luchar palmo a palmo con mi abuelo para conseguirlo. Sería mejor que les educara alguien que hubiera recibido instrucción terrana... como Marius, o tú, en vez de enviarles fuera del planeta o a la Ciudad Comercial.

Con aquella súbita sonrisa deslumbrante que hizo que Regis olvidara para siempre el rostro de gárgola de su amigo, Lew dijo:

-He vivido demasiado tiempo en el Imperio: me pareces demasiado joven para tener una familia. Pero tienes veintiún años ya, y tenía que suponer que Hastur te había casado hace mucho tiempo. Me sentiría orgulloso de educar a tus hijos. ¿Quién es tu esposa? ¿Cuántos niños...?

Regis sacudió la cabeza.

-Ha sido una constante discusión con el abuelo. Pero adopté al hijo de mi hermana, justo antes de que tú

te marcharas del planeta... -Hizo una pausa, vacilando al recordarlo todo. Lew no había estado en condiciones de comprenderlo.

Pero Lew asintió y respondió:

-Lo recuerdo. Me lo dijiste en Aldaran.

-Tengo un hijo *nedestro y* dos hijas -dijo Regís-. El mayor tiene más de tres años. En un par de años, le traeré ante el Concejo. Y Mikhail ya tiene once años. Cuando tenga doce, le traeré a Thendara y me haré cargo de su educación. -Esbozó una sonrisa irónica-. He tenido mucha experiencia peleándome con el abuelo por ese tema. Supongo que podré supervisar la educación de mi hijo. No permitiré que crezca siendo un ignorante.

-Tienes razón, nos hemos aferrado a las antiguas costumbres durante demasiado tiempo -dijo Lew-. Recuerdo que mi padre dijo que cuando tenía quince años, era oficial de la Guardia, pero no sabía leer ni escribir, y estaba orgulloso de eso. Cuando estuvo entre los terranos, creyeron que era un idiota, porque entre ellos no se permite que nadie que tenga una buena cabeza quede sin cultivarla.

-También los monjes de Nevarsin deploran ese descuido, tanto como los terranos -dijo Regis-. Debería estarle agradecido a mi abuelo de que se haya preocupado lo suficiente como para darme al menos esa educación.

En el monasterio de Nevarsin, por lo menos había aprendido a leer y escribir, a hacer cálculos elementales, y le habían hecho estudiar toda la historia de Darkover disponible, que no era mucha.

-Kennard me hizo aprender a leer y escribir, aunque debo admitir que yo no tenía demasiadas dotes para ninguna de las dos cosas -recordó Lew-. Mientras estaba en el hospital, recuperé el tiempo perdido, pero todavía siguen inculcándoles a los muchachos que eso es

poco viril, supongo que es porque un estudioso no tiene tiempo suficiente para dominar las armas, y por supuesto, cuando los dominios eran, año tras año, un permanente campo de batalla, lo más importante de la educación de un muchacho era ser bueno con la espada y demás armas. Incluso cuando yo era pequeño, en las Kilghard Hills había muchos bandidos. Durante siglos, Armida tuvo que ser un bastión armado. A Kennard no le hubiesen criticado si me hubiese hecho quedar allí, para defender sus tierras, en vez de enviarme a una Torre.

Regís captó también la parte no enunciada: que el trabajo de Lew en la Torre de Arilinn, su habilidad en la tecnología de matrices, había llevado a la rebelión de Sharra, y a la espada que no era una espada, la espada que ocultaba a Sharra.

Y vio que crecía, que estallaba detrás de los ojos de Lew, vio la expresión de horror que se instaló en el rostro de Lew, sintió que todos sus pelos se erizaban mientras las llamas estallaban en su mente. ¡Sharra! Miró a Lew. El hombre sonriente, el pariente con quien había estado discutiendo tranquilamente los méritos de la educación darkovana y la educación terrana, había desaparecido. El rostro de su amigo estaba mortalmente pálido, las cicatrices resaltaban como sellos rojos, y sus ojos eran un horror desnudo, que no veían nada que Regís pudiera ver. Pero ambos veían la rugiente y devastadora forma de la Diosa de fuego que se debatía entre sus cadenas, mientras sus guedejas de fuego se elevaban hasta el cielo. No estaba en la calle tranquila que les rodeaba, no estaba para nada en este mundo, pero estaba allí, allí en sus mentes, horriblemente presente para ambos.

Regís respiró hondo, obligándose a controlar el temblor de sus manos, buscó la mente de Lew, y trató de hacer lo que había hecho con la de Javanne: extraer la

forma de fuego de la textura de los pensamientos de Lew, y encontró algo que jamás había conocido. Javanne sólo había visto a Sharra con su mente; Rafe sólo había visto la matriz. Aquello era algo diferente más peligroso: vio un rostro delgado,

lupino, con pelo incoloro, *con incoloros ojos grises, y el rostro de una mujer* como una llama móvil.

-Kadarin... -jadeó, y nunca supo si lo había dicho en voz alta o no. El helado horror estático abandonó los ojos de Lew.

-Vamos -dijo con tono sombrío-. He estado temiendo esto.

Empezó a correr, y Regís, siguiéndolo, pudo sentir el dolor atroz que ardía como fuego en la mano de Lew, en la mano que no existía, un fuego fantasma, pero suficientemente real como para que el sudor perlara la frente de Lew mientras corría, a trompicones asiendo con la mano buena la daga que llevaba a la cintura.

Salieron a una plaza abierta, oyeron chillidos, gritos. Media docena de Guardias uniformados combatían en el centro de la *plaza* Regís no pudo ver contra quién. -¡Marius! -gritó Lew, y subió corriendo los peldaños de la casa. La puerta se abrió súbitamente, y al mismo tiempo Regís vio que salían llamas de una ventana de la planta alta. Uno de los oficiales de la Guardia trataba de organizar a la gente para combatir el fuego, mientras el agua pasaba de mano en mano, extraída del pozo más cercano y de otro más pequeño que había en el jardín trasero de la casa. Pero todo era confusión.

En los peldaños, Lew luchaba contra un hombre alto cuyo rostro Regís no podía ver, y su amigo blandía el cuchillo con su única mano. */Dioses! ¡Sólo tiene una mano!* Regis corrió y desenvainó su espada. Vio a Andrés que luchaba contra un bandido vestido con ropas de montañés... *¿Pero qué están haciendo estos montañeses en Thendara?* Los Guardias se apiñaron en la escale-

ra, mientras un oficial gritaba para organizarías. En la confusión, era difícil distinguir a los compañeros de los enemigos. Regis logró ponerse espalda contra espalda con Lew, cubriéndole, y por un momento, mientras alzaba la espada, vio un rostro que reconoció.

Delgado, de ojos grises, los labios plegados en un mueca salvaje... Kadarin parecía más viejo, más peligroso. Su rostro sangraba. De algún modo, Lew le había herido con la daga. Detrás de Regis hubo un gran estallido crujiente, como una explosión. Los Guardias empezaron a echar a todo el mundo de la escalera, y la casa se hinchó lentamente y explotó hacia arriba. La onda expansiva hizo caer a Regis de rodillas. Entonces se oyó un grito agudo, claro, una voz de mujer, y de repente los bandidos desaparecieron. Se disolvieron en la plaza, y se evaporaron como la bruma de las montañas en el laberinto de las calles. Atontado, Regis se incorporó, observando a los Guardias que batallaban con lo que quedaba de la casa incendiada.

Un grupo de aterrorizadas criadas lloraba en un rincón del jardín. Andrés, con la chaqueta desabrochada, el rostro lleno de hollín y llorando por el humo, con las botas sin atar, bajó renqueando las escaleras y se inclinó sobre Lew. Jeff se acercó y le ayudó a incorporarse.

- ¿Le has visto? -preguntó Lew con voz débil y aturdida.

Regis se agachó y le obligó a reclinarse.

-No intentes sentarte.

La sangre manaba de una herida que Lew tenía en la frente. Trató de enjugarla de sus ojos con la mano sana.

-Estoy bien -dijo, y trató de ponerse en pie-. ¿Qué ha ocurrido?

Jeff Kerwin miró fijamente el cuchillo que tenía en la mano. Ni siquiera estaba ensangrentado.

-Todo ocurrió muy rápido. Todo estaba tranqui-

lo *y,* al minuto siguiente, había bandidos por todas partes, y una de las criadas gritó que la casa estaba en llamas, y yo me encontré luchando por mi vida. ¡No había empuñado un cuchillo desde el primer año que pasé en Arilinn!

- *[Marius! -exclamó Lew con tono urgente*-. ¡Dioses del infierno, Marius! ¿Dónde está mi hermano? Una vez más se incorporó, librándose de las manos de Andrés, que intentaba detenerle. Otra vez había horror en sus ojos, y Regis vio en la mente de su

amigo la gran imagen llameante, Sharra, que se elevaba más y más por encima de Thendara… pero no había nada allí. La calle estaba en calma. Los Guardias habían extinguido el fuego, aunque en los pisos superiores se había producido una especie de explosión, y el techo tenía un enorme agujero. Regis pensó, absurdamente, que Lew ahora no tendría más remedio que mudarse a la habitación del Castillo Comyn que desde tiempos inmemoriales había estado reservada al Dominio Alton. Con manos cautelosas, Jeff palpaba la herida que Lew tenía en la cabeza.

-Malo -dijo-, necesitará puntos... Pero Lew se soltó y se alejó de ellos. Regis le aferró, con apresuramiento le cubrió los ojos con una mano, y su mente estableció contacto con la de Lew, esforzándose por hacer desaparecer de la mente de su amigo aquella forma de fuego. Lenta, lentamente, las llamas se extinguieron en la mente de Lew, y sus ojos volvieron a la realidad. Se tambaleó y se apoyó en el brazo de Jeff. -¿Le has visto? -Preguntó de nuevo, nervioso-. ¡Kadarin! ¡Era Kadarin! ¡Tiene la matriz de Sharra!

Regis, mareado por la sola idea, tenso por el horror de Lew, supo de repente que aquello era lo que Callina temía. Lew gritó:

- ¡Marius! ¿Marius...? -Y se interrumpió, la voz quebrada por un sollozo.

¡Dioses misericordiosos! ¡Esto también, no! Mi hermano, mi hermano... Cayó sobre los peldaños como una marioneta a la que se le hubieran cortado los hilos, mientras su espalda se estremecía por la pena y la conmoción. Jeff se acercó y le abrazó como si fuera un niño. *Con h ayuda de Andrés, consiguieron levantarle de los* peldaños. Pero Regis permaneció inmóvil, con la vista fija en el horror de los horrores.

Kadarin tenía la matriz de Sharra. Y Marius Alton yacía sin vida en algún lugar de la casa incendiada, con una bala terrana incrustada en el corazón.

La narración de Lew Alton

-Ya está. -Jeff, me puso un espejo en la mano-. No tan bien como lo hubiese hecho un médico terrano, me hace falta práctica, pero de todos modos ha dejado de sangrar, y eso es lo que importa.

Alejé el espejo de mí. A veces podía obligarme a mirar lo que Kadarin había dejado de mi rostro, pero no ahora. Jeff no tenía ninguna culpa, él había hecho todo lo posible. Dije, tratando de ser gracioso:

-Justo lo que necesitaba... otra cicatriz, para equilibrar la parte superior y la parte inferior de mi rostro.

Jeff me había explorado con detenimiento, para asegurarse de que el golpe en la cabeza no había tenido otras consecuencias, pero por suerte, la herida sólo era superficial y no me había afectado el ojo. Tenía una jaqueca más o menos del tamaño del Castillo Comyn, pero por lo demás, no parecía sufrir ninguna otra cosa.

Había, eso sí, aquel grito persistente que no podía ser silenciado, como un rugido dentro de mi mente... *A Darkover, lucha por los derechos de tu hermano... y* que ahora ya no se acallaría. Marius se había ido, y mi dolor no tenía límite. No sólo por el hermano menor que había perdido, sino también por el hombre que había empezado a ser, y al que ahora ya nunca conocería. Dolor, y también culpa, pues mientras yo había estado fuera,

Marius tal vez se había sentido abandonado, pero estaba vivo. Podría haber perdido el Dominio, pero de algún modo podría haber tenido una buena vida como terrano, en alguna parte. Ahora ya no había más vida ni opción. (Y por debajo del dolor y de la culpa, había una capa más profunda de ambivalencia, que no me permití ver: un poco de alivio, ya que ahora no tendría que arriesgarme a hacerle aquella espantosa prueba del Don de Alton, ya no tendría que arriesgar su vida como mi padre había tenido que arriesgar la mía...)

-Ahora ya no tienes más remedio que mudarte a las habitaciones de Alton en el Castillo Comyn -dijo Jeff, y asentí con un suspiro. La casa, al menos por el momento, era inhabitable. Había venido Gabriel con el último grupo de Guardias que había extinguido el incendio. Había ofrecido dejar a unos hombres para que custodiaran las ruinas e impidieran los saqueos hasta que pudiéramos hacer las reparaciones del techo, todas /as habitaciones estaban *llenas de humo, y los muebles* estaban ennegrecidos y destrozados. Traté, sin éxito, de cerrar los ojos y la nariz para no percibir ni oler. Tengo... horror al fuego y ahora sabía, en lo profundo de mi mente, que si me daba rienda suelta, aparecería la forma del fuego, rugiendo, devastando, preparada para destruir... y destruirme a mí.

No es que me importara un bledo, ya... Andrés parecía veinte años más viejo. Se acercó a mí.

- ¿Adonde... adonde llevaremos a Marius? -me preguntó, vacilando.

Era una buena pregunta, una pregunta condenadamente buena, pero yo no conocía la respuesta. Nunca había habido lugar para él en el Castillo Comyn, no al menos desde que tuvo edad suficiente como para que repararan en su existencia. Nunca le habían notado en vida, y ahora que estaba muerto, a nadie le importaría.

-Que lo conduzcan a la capilla del Castillo Comyn -dijo Gabriel con sobriedad.

Levanté la vista, alarmado y dispuesto a protestar, pero él no me lo permitió.

-Permítele que por lo menos tenga eso en la muerte, pariente, aunque no lo tuviera en vida.

Una sola vez miré su rostro muerto. La bala que había acabado con su vida no le había alterado el rostro. Muerto, tenía el aspecto del hermano menor que yo recordaba.

Ahora sí que estaba solo. Había sepultado a mi padre en Vainwal, cerca de mi hijo, que nunca había vivido, salvo en los sueños que Dio y yo habíamos compartido antes de su nacimiento. Ahora mi hermano yacería en una tumba sin marca, como dictaba la costumbre, en las costas del lago de Hali, donde descansaban todos los descendientes de Hastur. Mil artificios legales me separaban de Dio.

¡Nunca debí haber regresado! Observé la ligera nieve que caía con suavidad sobre las calles, y me di cuenta que no importaba dónde estuviera, si aquí o en cualquier otra parte. Andrés, destrozado y viejo; Jeff, que había dejado atrás su mundo adoptivo por venir a Darkover; y Gabriel, que tenía su propia familia pero que ahora, por falta de otros, era un Alton. Que él se quedara con el Dominio. Yo debí haber mandado a buscar a Marius, llevármelo antes de que esto ocurriera.

No. En esa dirección sólo había arrepentimiento infinito, el momento en que sólo desearía escuchar la voz de mi padre en mi cabeza porque eso sería todo lo que me quedaba del pasado, una vida complaciente con fantasmas y dolor y culpa. La vida continuaba, y tal vez algún día todo llegara a importarme un bledo, pero ahora había dos cosas que debía hacer.

-Kadarin está aquí en alguna parte de la ciudad -le dije a Gabriel-. Hay que encontrarle. Nunca podré recalcar demasiado lo peligroso que es. Peligroso como una *banskee,* como un lobo enloquecido por el hambre.

/ Y tenía la matriz de Sharra! Y de alguna manera podía, conseguir activarla otra vez, aquella rugiente forma de fuego que haría pedazos el Castillo Comyn y los muros de Thendara, como si fueran ramitas en medio de un incendio forestal.

Y había algo peor... yo también estaba atado a Sharra.

No podía hablarle de eso a Gabriel. Ni siquiera a Jeff. Traté de convencerme a mí mismo que Kadarin no podía hacer nada, no podía hacer nada él solo. Aunque lograra activar las fuerzas de Sharra, solo o con Thyra, que de algún modo, también debía estar viva, los fuegos se volverían contra ellos y les consumirían, como me habían quemado y consumido a mí. Sentía que la mano me ardía de nuevo, que ardía en los fuegos de Sharra, podía sentirlo ahora, aquel ardor que los médicos terranos habían llamado dolor fantasma... Perseguido, me

dije a mí mismo, al borde de la histeria, perseguido por el fantasma de mi padre y por el de mi mano. Con esfuerzo, logré controlarme. Si seguía así, me volvería loco.

-Consígueme algo de comer a mí y a todos -le ordené sombríamente a Andrés-. Después llevaremos a Marius a la capilla del Castillo Comyn, y nos mudaremos allí mientras dure la temporada de sesión del Concejo. Los cuidadores deben ser hombres de Alton: me reconocerán como Heredero de mi padre. Y hay que decírselo a otra persona: Linnell.

Los ojos de Andrés se suavizaron.

-Pobre Linnell -masculló-. Era la única persona del Comyn que se preocupaba por él. Incluso cuando nadie más recordaba que él estaba vivo, siempre fue para ella su hermano de crianza. Le enviaba regalos para el Festival, e iba a cabalgar con él durante las vacaciones.

Le había prometido, cuando eran niños, que si él se casaba primero, ella sería madrina de su novia, y que si era ella la primera, él sería su padrino. Vino por última vez a verle hace menos de diez días, para decirle que se había fijado la fecha de su boda con Derik, y ambos se reían y charlaban sobre la ceremonia... -Y el anciano se detuvo, embargado por la emoción.

Desde mi regreso, no había hablado con Linnell. Había pensado presentarle mis respetos cuando fuera a hablar con Callina para poner la matriz de Sharra en lugar seguro. Ella estaba más próxima en edad a Marius, pero habíamos sido amigos, hermano y hermana. Aunque no había habido tiempo. Ahora el tiempo nos apremiaba, y también debía hablar con Callina, no sólo como parienta, sino también como Celadora.

Yo también estaba atado a Sharra. En cualquier momento podía arrastrarme hacia aquella cosa impía.

Me incliné sobre el cadáver de Marius, extraje de su cintura la pequeña daga. Se la había regalado cuando cumplió los diez años. No me había dado cuenta de que la había llevado durante todos aquellos años. Durante el tiempo que pasé en Vainwal, no me había acordado de llevar armas cortas. La deslicé en la vaina vacía que tenía en la bota, alarmado por la facilidad con que hice el gesto, después de tantos años.

Antes de que Sharra me arrastre de nuevo hacia ella, esta daga me atravesará el corazón...

-Llevadlo al Castillo -dije, y seguí lentamente la pequeña procesión bajo la ligera nevada estival. Casi agradecí el doloroso rugido en mi cabeza, que me impedía pensar demasiado en la cara que pondría Linnell cuando le contara la muerte de Marius.

Marius descansó aquella noche en el Castillo Comyn, en la capilla, bajo las viejas arcadas de piedra, junto a las pinturas murales. Desde su silencioso nicho, la bendita Cassilda, vestida de azul y con una flor estelar

en cada mano, vigilaba eternamente a sus hijos. A mi padre, los Dioses no le habían importado demasiado, y me había educado de la misma manera. En la muerte, Marius estaba más cerca del Comyn que en vida. Pero miré a los Cuatro Dioses retratados en los cuatro rincones de la capilla. Avarra, la oscura madre del nacimiento y la muerte; Aldones, Señor de la Luz; Evanda, la brillante madre de la vida y el crecimiento; Zandru, el oscuro Señor de los Nueve Infiernos; y, como el dolor de un diente enfermo, sentí el quemante contacto de Sharra en algún lugar de mi mente.

Sharra fue encadenada por Hastur, que era hilo de Aldones, que era el Hijo de la Luz.

Fábulas, cuentos de hadas para asustar a los niños o consolarles en la oscuridad. ¿Que tenían que ver los dioses conmigo? Yo, que llevaba los fuegos de Sharra como un torrente rugiente que algún día podía quemarme el cerebro... *Como me había quemado la mano...*

Pero cuando salí de la capilla, pensé: el fuego es real, suficientemente real como para quemar la ciudad de Caer Donn, como para destruir a Marjorie, como para quemarme la mano con heridas que nunca cicatrizarían, y como para destruirme finalmente, a nivel celular, de modo que el hijo que había engendrado había resultado una cosa monstruosa, inhumana. Aquello no era una fábula. Debía de haber algo de cierto en las leyendas. Si hay alguna respuesta bajo estas cuatro lunas, las Celadoras deben conocerla, o no la conoce nadie.

Cuando salí, alcé la vista hacia el cielo nocturno, que estaba más limpio, y hacia la oscura mole de la Torre que se elevaba detrás del Castillo. Ashara, la más vieja de las Celadoras de Darkover, podría conocer la respuesta. Pero primero me ocuparía de enterrar a mi hermano. Y debía avisar a nuestra hermana adoptiva, para que vertiera por él las lágrimas que yo ya no podía derramar.

Marius fue enterrado dos días después. Fue una procesión pequeña la que se dirigió hacia Hali: Gabriel y yo, Linnell, Jeff y Andrés y, para mi sorpresa, Lerrys Ridenow. Ante mi mirada inquisitiva, me dijo con rudeza:

-Quería al muchacho. No como puedes pensar, pero era un buen muchacho, y no tenía muchos parientes que le dirigieran una palabra con tanta amabilidad como la que hubieran usado para hablarle a un perro. Le necesitábamos como Heredero de Alton: hubiera metido un poco de sentido común en el Concejo, y bien saben los Dioses que en esta época en que vivimos nos convendría tener un poco de sentido común.

Dijo algo similar junto a la tumba, donde por tradición se solía contar algún buen recuerdo del muerto, palabras que transcendieran el dolor y que dieran a los demás algo para recordar a quien se estaba sepultando. Recuerdo la amargura de mi padre cuando mi madre no fue enterrada aquí: aquél era prácticamente el primer recuerdo que yo tenía. *Elaine le ha dado dos hijos al Comyn, y sin embargo no ha permitido que su cuerpo descanse entre los hijos de Hastur.* Ahora, de pie junto a la tumba del hijo de mi padre, que había sido aceptado en la muerte aunque nunca en vida, descubrí que recordaba el grito de agonía de mi padre, incrustándose en mi mente, pero después... después también había captado su último pensamiento, el sorprendido grito de alegría: *¡Elaine!¡ Yllana... amada! ¿Habría* tenido una visión su mente moribunda, habría en la muerte esa clase de piedad, o había de algún modo algo más, más allá de la muerte? Yo nunca lo había creído: la muerte era el fin. Sin embargo, aunque mi padre tampoco había creído, en sus últimos momentos había gritado para saludar a alguien, a algo, y sus últimas emociones habían sido el asombro y la alegría. ¿Cuál era la verdad? También Marius había tenido aspecto sereno, a pesar de que su muerte había sido terriblemente repentina.

Tal vez, entonces en alguna parte, a pesar de la galaxia de estrellas que se interponía, en algún lugar más allá del tiempo y del espacio, Marius sabía que el último pensamiento de mi padre había sido para él... *Lucha por los derechos de tu hermano...* O tal vez ahora, en alguna parte, Marius estaba con la madre cuya vida había sido arrebatada por su propio nacimiento.

No, eran tonterías morbosas, fábulas para consolar a los despojados.

Sin embargo, aquella exclamación de alegría, de deleite...

Pensé con cinismo: *Bien, lo sabré cuando me muera, o nunca conoceré la diferencia.*

Lerrys finalizó su breve discurso y dio un paso atrás. Y no podía obligarme a hablar, salvo una o dos breves frases.

-Las últimas palabras e ideas de mi padre se referían a su hijo menor. Fue muy amado, y siento que nunca lo haya sabido.

Linnell llevaba una capa oscura, gris, casi demasiado pesada para su cuerpo delgado. Dijo, con voz quebrada por las lágrimas:

-Nunca conocí a mis propios hermanos, ya que fueron criados lejos de mí. Cuando Marius y yo éramos pequeñitos, antes de advertir que éramos niño y niña, o

lo que eso significa, una vez me dijo: «Linnie, te diré una cosa, tú puedes ser mi hermano y yo seré tu hermana.»

Aún entre sus lágrimas, Linnell se rió.

Sin duda, pensé... *¡Marius había sido más hermano para ella que aquel arrogante y joven bribón, Merryl!*

Era cerca del mediodía; el sol rojo estaba alto en el cielo y arrojaba agudas sombras a través de las nubes que cubrían la superficie del lago de Hali. Según la leyenda del Comyn, fue en esta costa donde el antepasado de todos los Comyn, Hastur, hijo del Señor de la

Luz, había caído a tierra. Aquí se había encontrado con la Bendita Cassilda, y aquí ella había dado a luz al hijo del que todos los Comyn descendían. ¿Cuánto había de verdad en la leyenda? Las montañas se alzaban más allá de Hali, distantes, en sombras, y por encima de ellas una pequeña sombra de luna, azul pálido en el cielo coloreado. Y en la otra orilla, la capilla de Hali, donde descansaban las cosas sagradas del Comyn, desde la época en que sus mentes tenían el mayor poder. Nosotros éramos una sombra, un remanente, un simple eco de los poderes que se conocían en los Siete Dominios en otras épocas. Muchas Torres se habían erguido en otras épocas en los Dominios, y los telépatas encargados de los transmisores habían enviado mensajes con más rapidez que las señales mecánicas utilizadas por el Imperio Terrano. Los poderes de la mente, aliados a las matrices, habían expulsado aeronaves, extraído metales de las profundidades del planeta, examinado el cuerpo en profundidad y curado enfermedades y heridas, habían controlado las mentes de pájaros y animales, habían examinado la profundidad del plasma celular para saber si el feto estaba dotado de una clase particular de *laran...* Sí, y, en aquella época se habían librado batallas con armas extrañas y terribles, que abarcaban otras dimensiones, y entre aquellas armas, Sharra era una de las menores. En algún lugar, entre las relucientes paredes blancas de la capilla, había otras armas. ¿Sería alguna efectiva para combatir a Sharra?

Nunca lo sabría. En la época del Pacto se había destruido todo conocimiento de aquellas armas, y tal vez era mejor que así hubiera sido. ¿Quién podría haber previsto, por aquel entonces, que algunos descendientes del Comyn descubrirían el antiguo talismán de Sharra y activarían sus devastadores fuegos?

Miré las costas del lago de Hali a mí alrededor, con un súbito escalofrío.

¡Kadarin! ¡Kadarin tenía la matriz de Sharra y tal vez tratara de obligarme a entrar en ella una vez más...!

Durante aquella época, en Aldaran, Beltrán y Kadarin habían reunido docenas de creyentes fanáticos dispuestos a dejar emerger todas sus emociones más crudas, para alimentar los rugientes fuegos de Sharra, nutriendo con todo aquel crudo poder mental las llamas destructoras que se abatirían sobre la ciudad. ¿Podría traer una fuerza así a Thendara, podría recapturarme para soltar en mi mente aquel poder destructor? Temblé, mirando las montañas, sintiendo, sin saber por qué, que me vigilaban, ¡que Kadarin acechaba en algún sitio, esperando atraparme y obligarme a ser polo de poder de Sharra, a alimentar aquel fuego impío!

Y Sbarra se alzará y destruirá y me quemará completamente con sus fuegos todo mi odio y toda mi furia y mi tormento.

Rafe Scott no estaba junto a la tumba. Sin embargo, había sido uno de los pocos amigos de mi hermano. *¿Acaso Kadarin le había apresado también a él, le había atraído de nuevo hacia Sharra?* Me sentí mareado; vi hombres montados en caballos, un ejército que marchaba hacia Thendara.

La mano de Andrés sobre mi hombro me tranquilizó.

-Calma, Lew -susurró-. Ya no falta mucho. Pronto nos iremos de aquí, y podrás descansar.

¡Maldito fuera el descanso! Con todo lo que se avecinaba, la matriz de Sharra libre y otra vez en manos de Kadarin, ya no podría descansar durante bastante tiempo.

¡Ruido de cascos! Me puse tenso, mi mano asió la empuñadura de la liviana espada ceremonial que me habían obligado a usar para la ocasión. ¿Kadarin con su turba, dispuesto a capturarme y a someterme una vez más como esclavo de Sharra? Pero los jinetes se acercaron lentamente hasta la tumba, y vi que llevaban el uniforme de la Guardia del Castillo. Regis Hastur desmontó y se aproximó a la tumba. Me había preguntado qué le había ocurrido, ya que habían estado junto a mí cuando Marius murió y la casa fue incendiada.

Permaneció un momento junto a la tumba y dijo con tono sobrio:

-No conocí bien a Marius, y lo lamento. Pero una vez le oí decir, en una taberna, la clase de palabras que necesitamos en el Concejo. Su muerte recae en todos los que estamos aquí, y aquí prometo que tendré el valor de pronunciar las palabras que él no tuvo oportunidad de decir ante el Concejo.

Levantó la vista de manera expectante, y vi detrás de Regis la figura alta y delgada de Dyan Ardáis, ataviada con el negro y gris ceremonial de su Dominio. También él se aproximó a la tumba y miró el foso abierto. Pero no habló. Tan sólo recogió un puñado de polvo y lo echó en silencio en la fosa. Después, al cabo de una prolongada pausa, dijo:

-Descanse en paz, pariente, y que toda la locura y la equivocación que provocaron tu nacimiento descansen aquí contigo. -Se alejó de la tumba y añadió-: Lord Regis me persuadió de que debíamos custodiarte. Hoy en día hay enemigos, y los del Comyn no deben cabalgar sin protección. Te escoltaremos de vuelta al Castillo.

En silencio, abandoné entonces, la tumba de mi hermano y nos dirigimos hacia nuestros caballos. Cuando Lerrys montaba, le dije con sobriedad:

-Ha sido muy amable de tu parte haber venido, pariente. Gracias.

Su rostro pálido se ensombreció y dijo con ferocidad:

- ¡No vine por ti, maldito seas, sino por Marius!

Me dio la espalda y montó en el ágil movimiento de

Un bailarín. Llevaba ropas darkovanas y una pesada capa para protegerse del feroz frío de las montañas; lana y cuero, no las elegantes sedas y los tejidos sintéticos de los mundos de placer.

Me icé con una mano, torpemente, hasta la montura. Desde su caballo, Regis se dirigió a mí:

-Quería venir antes. Pero me pareció necesario conseguir autorización para traer a los Guardias. No tuve oportunidad de decírtelo: Beltrán está en camino, y trae consigo lo que podría llamarse un ejército. Beltrán no te aprecia mucho. Y si Kadarin anda suelto...

Hice una mueca de disgusto.

- ¡No me digas que Hastur no se sentiría aliviado si Beltrán me atrapara... o si me rompiera el cuello!

Regis bajó la vista y miró su montura.

-Yo también soy Hastur, Lew -dijo muy suavemente-. Mi abuelo y yo hemos tenido discusiones antes, y las seguiremos teniendo. Pero debes creerme: no quiere que caigas en manos de Kadarin. Eso es verdad e independiente de su sentimientos personales hacia ti. Y no te desea ningún mal. Tal vez haya sido estúpido y obstinado con respecto a Marius. Pero a pesar de lo que haya sentido, tú eres Lord Armida y cabeza del Dominio Alton, y no hay nada que él pueda hacer al respecto, y lo aceptará lo mejor que pueda. Tu padre fue su amigo.

Miré más allá de las montañas. Danvan Hastur nunca había sido desagradable conmigo. Tomé las riendas y cabalgamos lado a lado durante un rato. La bruma del lago de Hali flotaba en jirones en el camino, cubriendo la tumba silenciosa de Marius, donde yacía entre los Comyn que le habían precedido. Sus preocupaciones habían terminado; las mías aún me esperaban, en el camino. Mi mano estaba ocupada con las riendas; no podía soltarlas para tomar la empuñadura de la espada,

y me sentía incómodo, como si en lo profundo de mi mente pudiera ver a Kadarin, rodeado por sus fanáticos, como si pudiera ver los extraños ojos dorados de Thyra, tan parecidos a los de Marjorie. ¿Dónde estaba Rafe? Le habría apresado también Kadarin? Rafe temía a Sharra casi tanto como yo, pero ¿podría resistirse a Kadarin?

¿Podría *yo? ¿Les dejaría volverá meterme en aquellos espantosos fuegos? Antes no había tenido el coraje de morir. ¿Viviría como esclavo de Sharra, sin valor para morir?*

Gabriel cabalgaba a la cabeza de los Guardias, y advertí que había traído a sus hijos en el pequeño destacamento: Rafael delgado y moreno, de ojos grises, parecido a un Regis más joven y más moreno, y el robusto joven Gabriel, cuyo pelo me recordó a mi padre. Suponía que, tarde o temprano, tendría que adoptar a uno de ellos como Heredero, ya que no podría tener más hijos.

Oí que Regis me hablaba y me di cuenta de que mi mente había estado muy lejos de allí.

- ¿Sabes si Marius tenía un hijo, Lew?

-Pues, no. -contesté-. Si lo tenía, nunca me enteré. -Pero había tantas cosas que no había tenido tiempo de decirme. No había sido un muchacho, a pesar de que Lerrys le definiera así; cuando murió, tenía veinte años, y a esa edad, yo ya había estado tres años en Arilinn, tres años en los cadetes como oficial de la Guardia y me había vendido a la esclavitud y al fuego de Sharra-. Supongo que es posible. ¿Por qué?

-No estoy seguro -dijo Regis-. Pero mi hijo adoptivo, Mikhail, el hijo de Javanne, me dijo que su hermano Gabriel había comentado algo acerca de un rumor que circulaba entre los Guardias, justo antes de la sesión del Concejo. Todo el mundo sabía, por supuesto, que el Dominio Alton sería declarado vacante y que... perdóname, Lew, que el Concejo no quería oír ni hablar de la posibilidad de entregárselo al hijo menor de Kennard, debido a su educación terrana. Pero se decía

que el Concejo, o alguien, había encontrado a un niño Alton, y que le designarían cabeza de Dominio con Regencia de Hastur. *Algo por el* estilo. Ya sabes *la.* clase de rumores que circuían en *el* cuerpo *de cadetes. Pero éste* parecía ser más persistente que la mayoría.

Sacudí la cabeza.

-Supongo que no es imposible que Marius haya engendrado un hijo. O, en ese aspecto, también mi padre podría haber engendrado uno o dos bastardos: no me contaba todo lo que hacía. Aunque creo que yo me habría enterado.

-Es posible que alguien haya tenido un hijo suyo, ya sabes, alguna relación esporádica, y que no se lo haya dicho a nadie hasta después de marcharse Kennard -dijo Regís, y capté la parte no dicha, que había suficientes mujeres que recibirían con agrado el status que implicaba dar un hijo con *taran* al Comyn, y él debía saberlo.

-Y -terminé- ninguna mujer se atrevería a mentir con una cosa así, no al Comyn. Pero creo que si fuera verdad, tu abuelo hubiera actuado antes.

-Yo también lo creo -dijo Regis, y alzó una mano para pedirle a Gabriel Lanart-Hastur que se acercara a cabalgar junto a nosotros. Creo que yo, en su lugar, hubiera interrogado a los muchachos, que habían hecho circular el rumor, pero tal vez Regis creía que no correspondía a su dignidad interrogar a jóvenes adolescentes. Cuando Gabriel se acercó, preguntó:

-Hermano político, ¿qué es ese rumor que circula entre los cadetes acerca de un niño Alton?

-No sé nada de eso, Regis. Rafael dijo algo, y por lo que oí, parecía que se trataba de algún bastardo mío -dijo Gabriel de buen talante, y pensé: si yo tuviera una esposa de lengua tan afilada como la de la dama Javanne ¡me aseguraría muy bien de que jamás averiguara que había engendrado un hijo bastardo!

Gabriel continuó con sonrisa pesarosa:

-Pude asegurarle a mi hijo que no era mío, pero hay otros parientes Alton en los Dominios. Sin duda, si hay algo de verdad en eso, quien está difundiendo el rumor traerá al niño cuando el Concejo vuelva a reunirse. -Me pidió disculpas con los ojos y añadió-: Ya no eres tan popular, Lew. Los Guardias te seguirán hasta el infierno, todavía hablan de tu excelencia como oficial, pero eso no tiene nada que ver con ser Guardián de Alton.

Y por un momento me sentí totalmente harto de todo aquel asunto. Se me ocurrió que lo mejor que podía hacer, en cuanto estuviera en Thendara, era llegar a algún acuerdo con Gabriel acerca del Dominio, después buscar una nave y sacar pasaje, alejarme de Darkover, de Sharra y de todo, pero pensé en Armida, allá en los Kilghard Hills, mi casa natal. Y entonces recordé, con una punzada de dolor en los órganos vitales.

Kadarin tenía la matriz de Sharra. Dos veces había intentado dejarla atrás, en otro planeta. Dos veces había tenido que regresar a buscarla. Estaba esclavizado y exiliado por Sharra, y ella nunca me soltaría, y de alguna manera debía luchar y destruirla, luchar también contra Kadarin, si era necesario, y con todos sus locos y seguidores fanáticos...

¿Luchar contra ellos? ¿Solo? Sería igual que enfrentarme, con mi espada ceremonial y mi única mano, a todos los ejércitos de Beltrán... ¡y yo no era ningún héroe legendario del Comyn, ni iba provisto de una espada mágica salida de alguna leyenda!

Giré la cabeza para mirar el lago de Hali y la resplandeciente capilla que se erguía en sus orillas. Sentí que Regís y Gabriel creían que me estaba despidiendo del último lugar de descanso de mi hermano. Pero lo que yo me preguntaba, era si en la historia del Comyn había existido algún arma contra Sharra.

Ashara debía saberlo. Y si ella sabía, tal vez también lo sabría mi parienta Callina.

-Gabriel, Regís -dije-, os pido que me excuséis. Debo ir y hablar con Linnell. Amaba a Marius y está llorando otra vez. -Me adelanté y sentí otra vez aquel cosquilleo en la espalda, como si me observaran, y supe que desde alguna parte, ya fuera con alguna *banda, de* rufianes o por medio de la matriz, Kadarin estaba vigilándome. Pero como Regís y Dyan habían venido con un destacamento de espadachines de la Guardia, no se atrevía a atacarnos ahora.

Tenía acceso a las armas terranas. Marius había muerto de una bala en el corazón. Pero aun así, no podía enfrentarse a todo un destacamento de Guardias. Así que por el momento estaba a salvo.

Tal vez.

Pasando por alto el cosquilleo de advertencia, seguí cabalgando para hablar con Linnell, para tratar de consolar a mi hermana de crianza.

Linnell tenía los ojos enrojecidos y el rostro congestionado, pero ya parecía más tranquila. Trató de son- reírme.

- ¡Cómo debe dolerte la cabeza, Lew! Es una herida, ¿verdad? Jeff me dijo que te dio diez puntos. Deberías estar en la cama.

-Estoy bien, hermanita. -Usé la palabra *bredhiya,* como si fuera todavía una niña. Pero Linnell debía tener ahora veintidós o veintitrés años, y era una joven alta y digna, de suave pelo castaño y ojos azules. Supongo que era muy bonita, pero en la vida de cada hombre, hay dos o tres mujeres (su madre, sus hermanas) que simplemente no se graban como mujeres en su cabeza. Para mí, Linnell siempre fue tan sólo mi hermana pequeña. Ante sus grandes ojos de mirada comprensiva, de pronto deseé poder contarle todo lo de Dio. Pero la apenaría con aquella historia terrible; todavía estaba enferma de dolor por lo de Marius.

-Al menos fue sepultado como miembro reconocido del Comyn, con todos los honores -dijo-. Hasta Lord Ardáis vino para honrarle, y también Regis Hastur.

Empecé a decir algo con amargura... ¿De qué sirve honrar a los muertos?, pero me contuve. Si Linnell hallaba algún consuelo en eso, me parecía bien. La vida continuaba.

-Lew, ¿te molestaría mucho que Derik y yo nos casáramos poco después del Festival?

- ¿Molestarme? ¿Por qué, *breda?* Me alegraría por ti. -Aquel matrimonio había estado en el aire desde que Linnell había dejado sus muñecas. Derik era tonto, demasiado poco para ella, pero Linnell le amaba y yo lo sabía.

-Pero... debería respetar el luto por... Kennard, y por mi hermano...

Con torpeza, dejé las riendas y extendí la mano para darle una palmadita en el hombro.

-Linnie, si mi padre o Marius están en algún lugar desde donde pueden verlo... -cosa que yo no creía, al menos no en general, pero no se lo diría a Linnell- ¿crees que sus espectros podrían estar celosos de tu felicidad? Te amaban y les alegraría ver que eres feliz.

Asintió y me sonrió.

-Eso me dijo Callina; ¡pero ella es tan poco mundana! No quiero que la gente crea que estoy faltándole el respeto a su memoria.

-No te preocupes por eso -dije-. Necesitas parientes y una familia, ahora más que nunca, porque ya no tienes padre adoptivo, ni hermano de crianza, y necesitas un esposo que te ame y que te cuide. Y si alguien insinúa que eres irrespetuosa, me lo envías y se lo diré yo mismo.

Se enjugó las lágrimas y sonrió, y fue como si un arco iris aparecía entre las nubes.

-Y tú eres ahora el Señor del Dominio -dijo-, y a ti te corresponde decidir cuál es la duración del luto. Y Callina es Cabeza de mi Dominio. Así que si ambos habéis dado vuestra autorización, puedo decírselo a Derik. Podemos casarnos al día siguiente del Festival. Y en el Festival, Callina será comprometida con Beltrán...

Me quedé mirándola, boquiabierto. A pesar de todo, ¿el Concejo todavía seguía dispuesto a seguir con aquella locura suicida?

Tenía que ver a Callina, no había duda, y no había tiempo que perder.

Mientras pasábamos por los portales de la ciudad, Andrés me preguntó si no iría a hablar con los operarios contratados para reparar la casa de la ciudad. Empecé a protestar; siempre le había obedecido sin discusiones y, de repente, recordé que ahora ya no estaba obligado a dar explicaciones.

-Ocúpate tú, padre adoptivo -dije-. Yo tengo otras cosas que hacer.

Algo en mi voz le alarmó; levantó la vista y dijo con una voz extrañamente dócil:

-Sin duda, Lord Armida. -E inclinó la cabeza en un gesto muy parecido a una reverencia. Mientras se alejaba, identifiqué lo que había percibido en su voz: me había hablado de la misma manera en que siempre se había dirigido a mi padre.

Los ojos de Linnell seguían enrojecidos, pero parecía calmada.

-Debo ver a Callina, hermana -le dije-. ¿Crees que me recibirá?

-A esta hora suele estar en la Torre, Lew. Pero podrías venir a cenar con nosotras.

-Preferiría no esperar tanto, *breda.* Es muy urgente. -Todavía sentía el cosquilleo, como si Kadarin estuviera vigilándome oculto detrás de algún matorral o en algún estrecho y oscuro callejón-. La buscaré allí.

-Pero no puedes... -empezó ella y luego se detuvo, al recordar que yo había pasado tres años en una Torre.

Nunca había estado en la Torre Comyn, aunque había venido al Castillo cada verano de mi vida, salvo durante los años que pasé en Arilinn. Había hablado con los

telépatas que se ocupaban de los transmisores, pero no creía que hubiera muchos telépatas vivos que hubieran transpuesto verdaderamente los velos aisladores. E incluso entre aquellos que mantenían los emisores en marcha, no creía que muchos hubieran visto alguna vez a la vieja Celadora Ashara. Mi padre me había asegurado que ninguno de los que él conocía recordaba haberla visto. Tal vez, pensé, ¡tal persona no existía!

Quizá Callina sabía que yo iba hacia allí: salió a mi encuentro y sin decir palabra, me indicó que la siguiera a través de la cámara emisora -observé que había una joven ante la pantalla, pero no la reconocí- y de una cámara interior, hasta llegar a lo que debe haber sido el antiguo laboratorio de matrices -al menos así es como lo habríamos llamado en Arilinn-. Me pareció que había sido construido mucho tiempo atrás, durante las Eras del Caos, o antes: había allí pantallas de monitorización de matrices y otros equipos de cuya utilización yo no tenía ni la más remota idea. Descubrí que no me gustaba pensar en el nivel de matriz necesario para operar alguno de aquellos artefactos. Percibí las calmantes vibraciones de un regulador telepático especialmente modulado que filtraba las estridencias telepáticas sin inhibir el pensamiento común. Había un inmenso panel que desprendía un centelleo como de vidrio fundido. Tal vez era una de las legendarias pantallas psicokinéti-

cas. Entre todas aquellas cosas se encontraban las herramientas prosaicas y comunes del arte de la mecánica de matrices: artesas, retículos, cristales en bruto, un *atizador* de vidrio, destornilladores y soldadores, retales de telas aislantes. Callina me indicó que me sentara.

-Te he estado esperando -empezó-, desde que me enteré que se habían llevado la matriz de Sharra. ¿Fue Kadarin?

-No le vi -dije-, pero es el único que puede haberla tocado sin que yo muriera. Todavía estoy aquí, ¡mala suerte!

- ¿Todavía estás sintonizado con ella, entonces? Es una matriz ilegal, ¿verdad?

-No está en las pantallas de Arilinn -expliqué-. Lo habían averiguado cuando Marjorie murió. Pero ésta es una Torre más antigua, y tal vez haya quedado aquí algún registro.

-Si puedes darme el patrón -dijo ella-, trataré de localizarla.

Me condujo hasta la pantalla de monitoreo, donde aparecían pequeños centelleos, uno por cada matriz conocida y autorizada de Darkover. Callina hizo un gesto que recordé; con mi única mano, desaté los cordones de la matriz que llevaba al cuello, y desvié la vista cuando cayó en la palma de Callina, viendo las rojas llamas que había dentro de ella. Seguía sintonizada con la matriz de Sharra; a mí, no me servía de nada.

Y mientras la tuviera, cualquiera que estuviera en posesión de la matriz de Sharra podría encontrarme, y me pareció -aunque tal vez sólo fuera mi imaginación- que sentía que Kadarin me vigilaba desde ella.

Ella la tomó, combinando las resonancias con tanto cuidado que no me produjo ningún shock ni dolor, y la colocó en una red ante la pantalla. Las luces de la pantalla empezaron a parpadear con lentitud. Callina se inclinó hacia delante, silenciosa, concentrada, con el ros-

tro abstraído y tranquilo. Finalmente exhaló un suspiro.

-No es una matriz controlada. Si pudiéramos localizarla y controlarla por monitorización, incluso podríamos destruirla, aunque destruir una matriz de noveno nivel no es una tarea que me agrade emprender, especialmente sola. Tal vez Regís... -Observó pensativamente mi matriz, pero no me explicó nada, y me pregunté qué tendría que ver Regís con todo esto-. ¿Puedes darme el patrón? Si los otros... Kadarin, Thyra, usaban matrices que sintonizaban con Sharra...

-Thyra, al menos, era una telépata sin educar. No sé de dónde sacó su matriz, pero estoy seguro de que no es una matriz monitorizada.

Suponía que se la había dado el viejo Kermiac de Aldaran, que había estado entrenando a telépatas en las montañas desde antes del nacimiento de mi padre. Si hubiera vivido, toda la historia del círculo de Sharra habría sido diferente. Intenté mostrarle el patrón sobre la pantalla vacía, pero en la superficie azul sólo aparecieron manchones, y ella me hizo un gesto indicándome que retirara mi matriz y la guardara.

-No debería dejarte hacer eso, justo después de haber recibido un golpe en la cabeza. Ven aquí.

En una habitación más pequeña, con paredes transparentes, me tendí en un asiento mullido mientras Callina me observaba, distante y pensativa.

Finalmente habló.

- ¿Por qué has venido aquí, Lew? ¿Qué querías de mí?

No estaba seguro. No sé qué era lo que ella podía hacer -si es que podía hacer algo- con la voz espectral que había en mi mente, la voz de mi padre. Ya fuera un verdadero espectro o una reverberación de las células cerebrales dañadas por su última imposición en mi mente, antes de morir, acabaría por desaparecer, estaba

seguro de eso. Tampoco podía hacer gran cosa con respecto al hecho de que la matriz de Sharra estuviera en poder de Kadarin y Thyra, y de que ellos se encontraran en Thendara.

- ¡Nunca debí habérmela traído a Darkover! -dije con aspereza.

-No sé qué otra cosa podías hacer -señaló Callina, razonable-. Si estás sintonizado con ella...

- ¡Entonces no debería haber regresado!

Y esta vez ella no discutió, y se limitó a encogerse de hombros. Yo estaba en Darkover, y también la matriz.

- ¿Crees que Ashara sabrá algo de ella? -le pregunté-. Es muy vieja... -Y me interrumpí, vacilando. La voz de Callina me reprendió:

- ¡Nadie pide ver a Ashara!

-Entonces tal vez es hora de que alguien lo haga.

Su voz sonó calmada, pétrea, distante.

-Tal vez acepte verte. Le preguntaré. -Por un momento no fue en absoluto la muchacha que yo conocía, mi prima y parienta. Casi me dio miedo.

-Debe haber habido un tiempo en el que los telépatas sabían como manejar cosas tales como la matriz de Sharra. Sé que la usaban los forjadores para conseguir metal para sus forjas, y también fue utilizada como arma. Si el arma no fue destruida... ¿por qué destruyeron las defensas que había contra ella?

Callina se sobresaltó un poco, como si hubiera estado muy lejos y el sonido de mi voz la hubiese hecho volver de un sitio muy distante. Recordé esa misma expresión en el rostro de Marjorie, el terrible aislamiento de una Celadora, sola incluso en el centro de un gran círculo. No sé por qué, aquello hizo añorar mi época de Arilinn. Callina y o habíamos estado allí al mismo tiempo, pero ella formaba parte de eso, recordaba, estábamos cómodos juntos.

- ¿Qué puede hacer Kadarin con la matriz? -preguntó.

-El sólo, nada -respondí-, pero tiene a Thyra para controlarla.

Desde el principio, él había querido que Thyra controlara la matriz, porque era más dócil a su voluntad que Marjorie, quien, al final se había rebelado y había tratado de cerrar la puerta que daba a ese otro mundo o dimensión de donde Sharra procedía con sus fuegos rugientes.

-Si le diera la gana -comenté-, podría incendiar Thendara, ¡o ir hasta la Ciudad Comercial y sacar del cielo una de sus malditas naves espaciales! La matriz es así de poderosa; y lo bueno es que él carece de telépatas suficientes para controlarla, como sería aconsejable con una matriz de noveno nivel. Pero ni siquiera es una matriz de noveno nivel: es algo impío, un arma, una fuerza... -Me interrumpí. Al igual que

Callina, yo había recibido entrenamiento de Torre, debería ser más prudente. Los viejos cuentos decían que las matrices eran mágicas, las llamaban puertas de entrada a la brujería, y a una magia desconocida. Yo había aprendido la ciencia de la cual formaba parte. Una matriz es una herramienta, ni más buena ni más maligna que quien la usa; un recurso para amplificar y dirigir el *laran,* los especiales poderes psíquicos hiperdesarrollados del Comyn y de todos los de esa estirpe. La gente supersticiosa podía hablar de Dioses y de poderes mágicos. Pero yo sabía más. Y sin embargo, la forma de fuego ardía en mi mente, una mujer, alta e imponente, sobrecogedora, y ahora tenía el rostro de Marjorie. Marjorie, competente y sin temor en medio de las crepitantes llamas ilusorias de Sharra, y después... derrumbándose, gritando en su agonía mientas las llamas llegaban a su interior... Mi mano ardiendo como una antorcha sobre la matriz...

Callina extendió una mano y me rozó levemente la frente, en el sitio donde Jeff me había cosido la herida. El fuego se extinguió con su roce. Descubrí que estaba arrodillado a sus pies, con la cabeza gacha.

- ¿Pero se atrevería? -preguntó-. Sin duda ningún hombre cuerdo...

-No estoy seguro de que sea un hombre -repliqué, y oí la amargura de mi propia voz-, y menos aún de que esté cuerdo.

- ¿Pero qué podría esperar conseguir, a menos que esté loco y hambriento de destrucción? -insistió ella-. Sin duda no arriesgara a la mujer... Thyra, has dicho. ¿Ella es su...? -Vaciló, y sacudí la cabeza. Nunca había entendido la relación entre Kadarin y Thyra. No era la relación habitual entre amantes, sino algo que era al mismo tiempo más y menos. Agaché la cabeza: también yo me había sentido atraído por la oscura y centelleante belleza de Thyra, tan parecida a Marjorie, y tan diferente. Yo había elegido. Y Marjorie había sido destruida. Furioso, me volví hacia Callina.

-Lo sé, Lew, lo sé -dijo ella con suavidad.

- ¡Lo sabes! ¡Gracias a los Dioses que no lo sabes...! -exclamé, ciego de furia. Qué podía saber de eso, de ese fuego rugiente, de esa furia devastadora entre los mundos...

Pero bajo su mirada firme, mi furia desapareció. Sí, ella sabía. Aquel día terrible en el que me había vuelto contra Kadarin con la desesperación de un hombre que ya se sabe condenado a muerte, y había destrozado la puerta entre los mundos y había eliminado de este mundo a Sharra, con mis últimas fuerzas me había lanzado y llevado conmigo a Marjorie entre las puertas del mundo. Los terranos lo llamaban teleportación. Habíamos llegado los dos a la cámara de matrices de Arilinn, ambos terriblemente heridos, Marjorie agonizando. Callina había tratado de salvarla; Marjorie había muerto en sus brazos. Agaché la cabeza, perseguido otra vez por aquel recuerdo grabado a fuego en mi cerebro: Callina sosteniendo a Marjorie entre sus brazos, el momento de paz que había caído sobre el

rostro de mi amada en su último minuto de vida. Sí, ella sabía.

Traté de pensar en eso tranquilamente, sin volver a caer en aquel horror.

-No creo -dije-, que si estuviera cuerdo arriesgara a Thyra; pero no estoy seguro de que comprenda el peligro, y si la matriz les tiene dominados a ambos... No sé si tendrá alguna elección.

Sabía de qué modo la matriz podía controlar a un operario, como había llegado a controlar incluso nuestro círculo cuidadosamente equilibrado, liberándose para cumplir con su devastadora obra de destrucción.

-Desea... destruir-dije con voz trémula-. Creo que fue hecha en las Eras del Caos, para salirse de control, para matar, quemar, destruir... No creo que nadie vivo sepa cómo controlarla.

Sabía que durante años la matriz de Sharra había estado impotente en los altares de los forjadores, como talismán que evocaba a su Diosa del fuego, para iluminar sus altares. Para llevar fuego a sus forjas, y la Diosa, satisfecha con sus adoradores y sus fuegos, no se había lanzado contra este mundo.

Y yo la había soltado sobre Darkover. Yo, un títere complaciente en manos de Kadarin. Y ella había usado mi propia furia, mi propia lujuria, mis propios fuegos interiores...

Todo aquello eran tonterías supersticiosas. Respiré hondo y proseguí:

-En las Eras del Caos, había muchas armas como ésta, y debe haber defensas en alguna parte, o el recuerdo de las defensas que se utilizaban contra ellas. Tal vez Ashara lo sepa.

¿Pero le importaría algo, si se había retirado tanto del mundo?

Callina captó la pregunta que no había formulado.

-No lo sé -dijo-. Yo... le temo a Ashara... -Vi

que temblaba-. Tú me crees aquí, a salvo, aislada... lejos de los problemas del Concejo y del Comyn... Merryl me odia, Lew, hará cualquier cosa por impedir que yo tenga poder en el Concejo del Comyn. Y ahora está esta alianza con Aldaran... ¿Sabes que Beltrán está en camino con un ejército que traerá hasta las mismas puertas de Thendara, y que si finalmente... le niegan la alianza...? ¿Crees que sabe lo de Sharra, o que podrá utilizarla como arma?

No lo sabía. Beltrán era mi pariente. Otrora yo había confiado en él, así como había confiado en Kadarin, y le había querido. Pero Sharra también se había apoderado de él, y yo seguía pensando que aquél era el motivo de su hambre de poder, y también él debía estar alertado de su presencia.

-No pueden casarte con Beltrán así como así-dije-. Eres Cabeza de un Dominio, y Celadora.

-Eso pensaba -dijo ella, con voz neutra-. Pero si yo no fuera Cabeza de Dominio, él no me querría para nada, aunque no creo que sea yo lo que él quiere. Si simplemente deseara casarse dentro del Comyn, hay otras mujeres igualmente próximas al centro del poder: Alanna, la hermana de Derik, enviudó el año pasado. En cuanto al hecho de que soy Celadora no creo que tampoco el Concejo desee una Celadora en el poder. Y si me caso... -Se encogió de hombros-. Eso es el final de todo.

Recordé los viejos relatos que decían que las Celadoras sólo mantienen su poder por medio de la castidad. Son tonterías, por supuesto, tonterías supersticiosas, pero al igual que todas las supersticiones, algo hay de verdad. El *laran* de un telépata del Comyn se transmite por los mismos canales que las fuerzas sexuales del cuerpo. Para los hombres, el principal efecto colateral es que un trabajo prolongado o intenso con las matrices cierra de forma transitoria los canales al sexo, y el hom-

bre debe pasar por un prolongado período de impotencia. Es lo primero a que debe acostumbrarse un hombre que trabaja en las Torres, y algunos nunca se acostumbran. Supongo que a muchos les parecerá un precio demasiado alto.

Una mujer no tiene esa protección física. Mientras trabaja en el centro de un círculo, manejando las tremendas fuerzas de las matrices conectadas y amplificadas, debe conservar sus canales físicos limpios, pues si no puede arder como una antorcha. Un reflujo de tres segundos, que se produjo cuando yo tenía diecisiete años, me había dejado en la mano una cicatriz del tamaño de una moneda de plata, y nunca se había curado del todo. Y la Celadora está en el centro mismo de dichos flujos. Mientras trabaja en el centro de las pantallas, la Celadora se mantiene casta por excelentes razones prácticas que poco tienen que ver con la moral. Es una carga pesada. Pocas mujeres quieren vivir así más de uno o dos años. En otras épocas, las Celadoras hacían votos y juraban seguir con su oficio toda la vida, y se las reverenciaba como a Diosas, y vivían separadas de cualquier ser humano. Hoy en día, sólo se les pide que conserven su castidad mientras trabajan activamente como Celadoras, y después pueden abandonar el puesto, llevar la vida que se les antoje, casarse y tener hijos si lo desean. Yo siempre había supuesto que Callina elegiría esto último; después de todo, era la Cabeza de su Dominio, y su hija mayor heredaría el Dominio Aillard.

Ella captó mis pensamientos y sacudió la cabeza.

-Nunca he sentido deseos de casarme -dijo con picardía-, y tampoco he conocido a ningún hombre que me tentara a abandonar la Torre. ¿Por qué habría de llevar una doble carga? Janna de Arilinn fue tu Celadora, ¿verdad? Abandonó su puesto, dio a luz dos hijos, después los dio a criar y regresó a su trabajo. Pero yo he servido bien a mi Dominio: tengo hermanas, Linnell se casará pronto e incluso Merryl, supongo, encontrará algún día a una mujer que lo aguante. No hay necesidad... -Pero suspiró casi con desesperación-. Tal vez me casara si otra ocupara mi lugar, pero no con Beltrán. ¡Por Avarra misericordiosa, no con Beltrán!

-No es un monstruo, Callina -dije-. En realidad, es muy parecido a mí.

Se volvió hacia mí con furia salvaje, y la voz se le quebró en la garganta.

- ¿Así que también tú me casarías con él? ¿Con un hombre capaz de traer un ejército y lanzarlo contra Thendara, y chantajear a mis parientes, obligándoles a darle la mujer más poderosa del Comyn, para lograr sus objetivos? ¡Maldito seas! ¿Te crees que soy un objeto, un caballo que puede venderse en el mercado, un abrigo por el cual se puede regatear? -Se interrumpió, mordiéndose los labios para no llorar, y me quedé mirándola con fijeza: me había parecido tan fría, tan remota, tan desapasionada, más semejante a una muñeca mecánica que a una mujer, y ahora estaba encendida de pasión, como un arpa que vibra después de ser pulsada. Por primera vez lo advertí: Callina era una mujer, y era bella. Antes nunca me había parecido real. Sólo había sido una Celadora, distante, intocable. Ahora la veía como a una mujer, una mujer atrapada y frenética detrás de esa muralla, ofreciéndose, ofreciéndose a mí.

Hundió el rostro entre las manos y lloró. A través de las lágrimas susurro:

- ¡Me han hecho saber que si no me caso con Beltrán provocaré una guerra en los Dominios!

No pude detenerme. Extendí los brazos y la acerqué a mí.

-No te casarás con Beltrán -rugí-. ¡Antes le mataré, parienta!

Y entonces, mientras la tenía abrazada, supe lo que nos había ocurrido a los dos. No era por ser mi parienta

que yo juraba protegerla. Era algo más profundo, que se remontaba a la época en la que ella había sido la única mujer del Comyn en comprender mi rebelión contra mi padre, a la época en que ella había intentado salvar la vida de Marjorie y había compartido mi desesperación y mi dolor. Tenía entrenamiento de la Torre, era un recuerdo de la única época buena de mi vida, significaba el hogar y Arilinn, y la época en que me había sentido feliz y verdadero, cuando había creído que valía la pena vivir: la época en la que no había estado condenado.

Temblando de miedo, la acerqué a mí: con torpeza, enjugué sus ojos. Había algo más, algo más profundo, un miedo más terrible detrás de ella.

- *¿Ashara* no puede protegerte? -murmuré-. Es Celadora del Comyn. Seguro que no permitirá que te alejen de ella de este modo.

Ahora estábamos en profundo contacto telepático; sentí su furia, su temor, su orgullo ultrajado. Sentí su terror. Con un hilo de voz, como si temiera ser oída, susurró:

-Oh, Lew, tú no sabes... Tengo miedo de Ashara..., tanto miedo que preferiría casarme con Beltrán, incluso me casaría para liberarme de ella... -Y se le quebró la voz. Se aferró a mí, aterrorizada, desesperada, y la estreché entre mis brazos.

-No tengas miedo -susurré, y sentí aquella trémula ternura que había creído que jamás volvería a sentir. Quemado y destruido como estaba, lleno de cicatrices, mutilado, demasiado perseguido por la desesperación como para alzar siquiera la mano que me quedaba para defenderme y, sin embargo, sentí que lucharía hasta la muerte, lucharía como un animal atrapado, para salvar a Callina de aquella desdicha.

Sin embargo, algo se interponía entre nosotros. No me atreví a besarla. ¿Era tan sólo que aún era Celadora y el viejo tabú me lo impedía? Pero recliné su cabeza con-

tra mi pecho, le acaricié el cabello oscuro, y supe que ya no estaba desarraigado, solo, sin parientes ni amigos. Ahora había una *razón* para seguir adelante Ahora estaba Callina, y me prometí a mí mismo con toda la voluntad que aún me quedaba, que por ella lucharía hasta el fin.

-La temporada de sesión del Concejo tiene una sola cosa buena -dijo Regís, somnoliento-. Que puedo verte de vez en cuando.

Danilo, descalzo y a medio vestir, junto a la ventana, le devolvió la sonrisa.

-Vamos, ¿es ése el estado de ánimo adecuado para afrontar el último día de sesión del Concejo?

Regis gruñó y se incorporó.

-Supongo que tenías que recordármelo. ¿Pido que traigan el desayuno?

Danilo negó con un gesto de la cabeza, y se frotó la barbilla con aire pensativo.

-No puedo quedarme. Lord Dyan me invitó a cenar anoche, dijo incluso que podías acompañarnos si quería, pero le dije que tenía otro compromiso. -Volvió a sonreírle-. Así que acordamos desayunar juntos. Y también supongo que tendré que ponerme las ropas adecuadas para el Concejo. -Hizo un gesto pícaro-. Sin faltar el respeto a nuestros dignos antepasados... ¿alguna vez has visto ropas tan feas como el atavío ceremonial para el Concejo? ¡Estoy seguro de que el corte y la moda no han cambiado desde la época de Stephen Cuarto!

Regis soltó una risita, y se sentó en la cama.

-Desde antes, no te quepa duda. Estoy seguro de que esas ropas fueron diseñadas por la bisabuela de Zandru.

-Y ella le obligaba a llevarlas como castigo cuando se portaba peor que de costumbre -se rió Danilo-. ¿O crees que habrán sido diseñadas por los *cristo/oros,* como justa penitencia por nuestros pecados, y aprovechando que estamos en el Concejo?

-Estar en el Concejo ya es suficiente penitencia -dijo Regís con tono sombrío.

-Y los colores de Ardáis: ¡gris y negro, qué tristes! ¿Crees que por eso Dyan es tan sombrío, por haber usado el negro y plata durante tantos años en el Concejo? ¡Si tan sólo fuera tu escudero, al menos podría vestirme de azul y plata!

-Tendremos que diseñar una túnica especial para tus divididas lealtades -dijo Regís, medio en broma-. Cuadros negros y azules. Bastante adecuado, me parece, para cualquiera que esté bajo la influencia de Dyan, ¡como mis costillas cuando él era mi maestro de armas! -Después de tantos años, Regís podía bromear con eso. Pero Danilo frunció el ceño.

-Hace uno o dos días, volvió a hablar de mi matrimonio. Parece que su hijo *nedestro* ya tiene tres años, y es sano, por lo cual es probable que viva hasta ser adulto: quiere que yo críe al niño, dijo. No tiene tiempo ni ganas de hacerlo él, y, para hacerlo, debo tener casa y una esposa. Dijo que comprendía por qué me mostraba reticente.

-Después de todo, debería comprenderlo -dijo Regís, con sequedad.

-No obstante, dijo que era mi obligación, y que se ocuparía de buscarme una esposa que no me molestara demasiado.

-Mi abuelo habla de la misma manera.

-Creo -prosiguió Danilo- que elegiré una que tenga una devota dama de compañía, y cuando le haya dado uno o dos hijos para criar ya no llorará si me ausento de su cama y de su chimenea. Entonces ambos estaremos satisfechos.

Regís se puso la túnica y los pantalones, y se calzó con botas de interior.

-Tengo que desayunar con mi abuelo, ya tendré tiempo de ponerme más tarde las ropas ceremoniales. Parece carente de sentido ir al Concejo. ¡Casi podría decir de memoria los discursos que tendré que escuchar hoy!

Danilo suspiró.

-A veces pienso que Lord Dyan, y otros que podría mencionar, ¡preferirían que volvieran las Eras del Caos antes de enfrentarse a la realidad! ¡Regís! ¿Tu abuelo cree de veras que los terranos se irán si fingimos que no están aquí?

-No sé qué piensa mi abuelo, pero sí sé qué dirá si no voy a desayunar con él -replicó Regis, anudando los lazos de su túnica-. Y ahora que lo pienso, la sesión del Concejo tal vez no sea tan predecible, parece que, después de todo, volveremos a tener Siete Dominios, ¿Sabías que Beltrán ha venido con un ejército hasta Thendara?

-Oí decir que había hablado de una guardia de honor -contestó Danilo- Cuando fuimos sus huéspedes -y le dio a la palabra una inflexión irónica- en Aldaran, nunca se me ocurrió que tuviera tanto honor que proteger.

-Yo más bien diría, que necesita un ejército para impedir que se le escape el poco honor que tiene -dijo Regis, recordando la época en que él y Danilo habían sido prisioneros en el castillo Aldaran-. Me pregunto si realmente le admitirán en el Concejo.

-No creo que tengan alternativa -musitó Danilo-. Sean cuales fueren sus razones, no me gusta.

-Entonces, si tienes oportunidad de hablar en el Concejo, será mejor que lo digas -respondió Regis-. Dyan te espera, y seguro que mi abuelo me espera a mí. Será mejor que te vayas.

- ¿Es ésta la hospitalidad de los Hastur? -se mofó Danilo Pero le dio un breve abrazo a Regis y se marchó. Regís se quedó en la puerta de su cuarto y observó a Danilo que atravesaba el vestíbulo exterior de la habitación, donde se encontró de frente con Lord Hastur. Danilo hizo una reverencia y dijo en tono alegre: -Que tengas un buen día, señor. Danvan Hastur frunció el ceño con disgusto, y gruñó un escasísimo *saludo,* algo que sonó como «¡Rumf!'». Prosiguió su camino sin levantar la cabeza... Danilo parpadeó, sorprendido, pero traspasó la puerta sin hablar. Regis, los labios apretados de exasperación, fue a peinarse y a pedirle a su criado que le preparara las ropas ceremoniales para el Concejo.

Al otro lado de la ventana, la niebla se levantaba; a través del valle veía el Cuartel General Terrano, un rascacielos blanco teñido por el sol rojo. Su criado estaba atareado con sus ropas. Regis las observó con disgusto. *Estoy harto de hacer cosas de una manera determinada por el simple hecho de que los Hastur siempre las han hecho así,* pensó, y el hombre hizo un gesto de nerviosismo como si hubiera captado los inquietos pensamientos de Regis. Y tal vez así era.

Observó con ojo taciturno el rascacielos, pensando: si su abuelo hubiera sido sabio, él, Regis hubiese recibido la misma clase de educación que el pobre Marius. Y si de verdad su abuelo creía que los terranos eran el enemigo, más aún: un hombre sabio debía evaluar a su enemigo, y conocer sus poderes.

Regis se detuvo, peine en mano. De repente supo por qué Danvan Hastur precisamente no lo había hecho.

El abuelo está seguro de que cualquiera que reciba educación terrana elegirá, necesariamente, las costumbres de Terra. No confía en mí, ni en la fuerza de lo que me enseñaron. Entonces, ¿serán tan atractivos los terranos y sus costumbres?

Su abuelo, en la pequeña sala, seguía con el ceño fruncido. Regis se acomodó en su sitio. El muchacho le deseó buenos días con toda cortesía, y esperó a que el criado se marchara.

-Abuelo, si no puedes ser cortés con mi hombre juramentado, buscaré alojamiento en otra parte.

- ¿Esperas que lo apruebe? -preguntó el viejo con seco disgusto.

-Espero que admitas que soy un hombre adulto con derecho a elegir mis compañías -dijo Regis con calor-. Si trajera a una mujer a pasar la noche aquí, y si fuera una mujer respetable, al menos serías educado con ella. Danilo es de tan

buena cuna como yo... ¡o como tú, señor! ¡Si yo le hablara de esa manera a uno de *tus* amigos, dirías que merezco una paliza!

El viejo Hastur apretó los labios, y hasta un no-telépata hubiera podido leer su pensamiento: *Eso sería diferente.*

-Abuelo -exclamó Regis con furia-, no ando exhibiéndome en tabernas comunes, ni ensucio el nombre de Hastur acudiendo a burdeles y lugares como la Jaula Dorada, ni tampoco tengo efebos perfumados como los de las Ciudades Secas.

- ¡Silencio! ¿Cómo te atreves a hablarme de esas cosas? -Hastur cerró la boca con enojo. Indicó la mesa del desayuno con un gesto-. Siéntate y come, o llegarás tarde al Concejo. -Como Regis vacilara, le ordenó con sequedad-: Haz lo que te digo, muchacho. ¡No es momento para rabietas!

Regis cerró los puños. La oleada de furia que le invadía le hizo sentir mareado.

-Señor -dijo con frialdad-, ¡acabas de hablarme como si fuera un niño por última vez!

Se volvió y salió de la habitación, sin prestar atención a la consternada exclamación de su abuelo: - ¡Regis!

Mientras caminaba por los laberínticos corredores del Castillo Comyn, tenía los puños apretados, y sentía un peso en el pecho.

Sólo había sido una cuestión de tiempo: aquella pelea se había estado preparando durante años, y era me*jor que por fin hubiera estallado.*

En todo, salvo en esto, he sido un nieto obediente, he hecho todo lo que me ha, pedido; he jurado obedecerle como Cabeza de Dominio. Pero no permitiré que me hable como a un niño de diez años nunca, más.

Cuando llegó a las habitaciones de Ardáis, todavía trataba de combatir una furia insólita. El criado que le atendió le dijo automáticamente:

-*Su serva, dom...* -Pero se interrumpió para preguntarle-: ¿Te sientes mal, señor?

Regis negó con un gesto de la cabeza.

-No, pero pregúntale a Lord Danilo si puede recibirme de inmediato.

El criado llevó el mensaje, y el mismo Danilo apareció en el vestíbulo exterior.

- ¡Regis! ¿Qué haces aquí?

-He venido a preguntarte si puedo desayunar aquí -dijo Regis, con más tranquilidad de la que en realidad sentía, y Dyan, que apareció en la puerta, ya vestido con los ceremoniales negro y plata de su Dominio, se apresuró en decir:

- ¡Sí, únete a nosotros, querido amigo! De todas maneras, quería hablar contigo.

Regresó al cuarto donde estaban desayunando, y Danilo murmuro en voz baja:

- ¿Qué ha ocurrido?

-Si puedo, te lo contaré después. El abuelo y yo nos hemos discutido -masculló Regis-. Olvídalo por ahora, ¿quieres?

-Otro cubierto para *Dom* Regis -ordenó Dyan.

Regis se sentó. Danilo le miró con ojos inquisitivos

mientras desdoblaba la servilleta, pero no le preguntó nada en voz alta, y Regís se sintió agradecido.

Debe saber que me he peleado con el abuelo, y por qué. Pero no dijo nada más, salvo algún comentario halagador acerca de la comida. El mismo Dyan comió poco, algo de pan y unas frutas, pero había hecho servir gran variedad de bollos calientes, carnes asadas, y tortas fritas. Cuando Danilo lo comentó, Dyan, con acento cómico, respondió:

-Tengo bastante experiencia con respecto a... los apetitos... de los jóvenes.

Por un momento, captó la mirada de Regís, y éste se puso a contemplar su plato.

Cuando acabaron de comer, mientras se entretenían con algunas frutas, Dyan dijo:

-Bien, Dani, me alegra de que haya venido Regís. En realidad quería hablar con vosotros dos. Casi se han terminado todos los temas del Concejo; ésta será la sesión final y, debido al duelo por Kennard, todo se ha postergado hasta hoy. Y hay mucho que hacer. Hay que zanjar la cuestión de la herencia de Alton...

-Creí que ya se había resuelto, con el regreso de Lew -dijo Regis, descorazonado al darse cuenta del propósito de Dyan.

Dyan suspiró.

-Sé que es tu amigo, Regis, pero afronta la realidad, ¿quieres? Hazlo fríamente. Es una lástima que Kennard muriera sin desheredarle formalmente...

- ¿Por qué tenía que hacerlo? -preguntó Regis, resentido.

- ¡No seas tonto, muchacho! Si no hubiera estado enfermo y herido, sabes tan bien como yo que el Comyn le hubiese juzgado por traición, por aquel asunto de Sharra, y hubiera sido exiliado formalmente. No tengo nada personal en contra de él... -dijo, pero su mirada se desvió con incomodidad cuando Regis le

miró a los ojos- y no tengo ningún deseo de ver al hijo de Kennard despojado de todas sus riquezas y poder. Lew no tiene hijos y, por lo visto, no los tendrá. No, no me preguntes cómo lo sé. Podríamos hacer un pacto: él podría quedarse con Armida, o con sus beneficios, con ambas cosas de por vida, pero...

-Supongo que quieres poner a Gabriel en su lugar -interrumpió Regís-. El abuelo ya me cantó esa canción, ¡pero no creí que tú también lo harías!

-Ahora que Marius ha muerto, es lo más razonable, ¿verdad? No deseo ver la herencia de Alton en manos de los Hastur. Pero hay una criatura Alton. Si se la criara en un buen Dominio leal, tal vez poniéndola al cuidado del príncipe Derik y Linnell, sería posible confiar en que esa criatura devolviera el honor al Domino Alton.

- ¿Una criatura de Marius? ¿O de Kennard?

-Preferiría no decir nada mientras no se hayan hecho todos los trámites necesarios -dijo Dyan saliéndose por la tangente-, pero te doy mi palabra de honor, la criatura es Alton, y con *laran* potencial. Regis, tú eres amigo de Lew, ¿no puedes convencerle de que entregue el Dominio a cambio de la seguridad de que nadie le cuestionará Armida durante el resto de su vida? ¿Qué piensas de ese plan?

Apesta que mata, pensó Regis, pero buscó una manera más diplomática de decirlo.

- ¿Por qué no planteárselo a Lew? -preguntó-. Nunca ha sido ambicioso, y si esta criatura es Alton, es posible que acceda a adoptarlo y que lo nombre su Heredero.

-Lew es demasiado terrano -dijo Dyan-. Ha vivido en el Imperio durante años. Ahora yo no confiaría en él para que educara a un Heredero del Comyn.

-Pariente -intervino Danilo, con la inflexión más formal, pero se interrumpió y se dirigió hacia la ventana. Regis y Danilo estaban en ligero contacto telepático, y Regis vio, a través de los ojos de su amigo, el alto desfiladero que se encontraba por encima de Thendara, y las dispersas fogatas de los puestos de guardia del ejército de Beltrán. Abruptamente, Danilo se volvió y le dijo con furia a Dyan-: ¡Finges temer a Lew a causa de su educación terrana y de Sharra! ¿Has olvidado que Beltrán, que está allá fuera, también formó parte de la rebelión de Sharra? ¿Y ése es el hombre que pretendes hacer entrar en el Comyn con todos los derechos?

-Beltrán se ha dedicado a deshacer todo lo que hizo su padre. Kermiac era un lacayo terrano, pero cuando Beltrán se convirtió en Señor de Aldaran, renunció a eso.

-Y también renunció al honor, a la decencia y a las leyes de la hospitalidad -dijo Danilo con ira-. ¡No estabas allí, señor, la última vez que él decidió actuar! ¡Yo vi el incendio de Caer Donn!

Dyan se encogió de hombros.

-Una ciudad terrana -dijo-. ¡Qué lástima que no incendiara una o dos más! No te das cuenta de que Beltrán puede usar a Sharra en contra de los terranos, para darnos más poder si ellos siguen... abusando de nuestra buena voluntad y de nuestro mundo.

Regis y Danilo le miraron, horrorizados. Finalmente, fue Regis el que habló.

-Pariente, creo que hablas así porque no sabes demasiado de Sharra. No se la puede dominar de ese modo, ni se la puede utilizar como arma.

-No tendríamos que usarla -dijo Dyan-. También los terranos recuerdan Caer Donn y el incendio del puerto espacial. La amenaza sería suficiente.

¿Por qué habríamos de necesitar tal amenaza, contra, los terranos? ¡Vivimos en el mismo mundo! ¡No podemos destruirles sin destruirnos a nosotros mismos!

- ¿También tú, Regis, has sido seducido por el Imperio? -preguntó Dyan, con tono feroz-. ¡Nunca creí que vería el día en que un Hastur dijera palabras de traición!

-Creo que lo que tú dices es peor que la traición, Dyan -replicó Regís, luchando por tranquilizarse-. No puedo creer que quieras hacer aquello por lo que has censurado a Lew: comprometerte con Beltrán para recuperar todos aquellos viejos terrores de las Eras del Caos. Yo conozco a Beltrán, tú no.

- ¿No le conozco? -preguntó Dyan, y sus ojos centelleaban de manera extraña.

-Si le conoces y aun así quieres esta alianza...

-Mira -dijo Dyan de repente, interrumpiéndole-, lo que debemos afrontar ahora es la supervivencia del Comyn, lo sabes muy bien. Necesitamos un Comyn fuerte, firmemente unido contra aquellos que desean entregarnos a los terranos. Los Ridenow ya se han vendido. ¿Nunca has oído el discurso favorito de Lerrys? Elimina a los Ridenow. Elimina a Lew, un mutilado, medio terrano ¡sin nada que perder! Elimina *a.* los Elhalyn... -Y cuando Danilo se puso a protestar, le hizo callar con un gesto imperativo-. Si no sabes que Derik es un poco retrasado, eres el único en el Concejo que lo ignora. Olvida a los Aillard: *Domna.* Callina es una mujer recluida, una Celadora, una moradora de la Torre. No hará gran cosa, pero gracias a Aldones, ejerzo cierta influencia sobre *Dom* Merryl. -Su sonrisa fue lobuna-. ¿Qué nos queda? Nosotros tres, Merryl, y tu abuelo... que tiene más de cien años, y aunque está perfectamente lúcido... ¡no va a vivir eternamente! En nombre de todos los helados infiernos de Zandru, Regis, ¿es que tengo que explicártelo más?

Y ésta es la carga de ser un Hastur, pensó Regis con cansancio. *Y esto es solamente el principio. Cada, vez acudirán más y más a mí par a que tome decisiones.*

- ¿Crees que todo eso significa que debemos aliar-

nos con Aldaran, incluso al precio de traicionar a los legítimos jefes de dos Dominios? -preguntó.

- ¿Los Dominios? Lew tendría que haber sido exiliado hace seis años, y me parece que somos generosos con él -respondió Dyan.

- ¿Y *Domna* Callina? ¿Acaso una Celadora es tan sólo una mujer que puede ser obligada a casarse para sellar una alianza política?

-Si ella quería seguir siendo Celadora -dijo Dyan con voz salvaje-, tenía que haber permanecido en la Torre, ¡sin interferir en los asuntos del Concejo! Dime, Regis, ¿me apoyarás en el Concejo, o te pondrás del lado de los Ridenow, y nos entregarás a los terranos sin luchar por Darkover?

Regis bajó la cabeza. Expresado así el asunto, le pareció que no tenía alternativa. Dyan le había atrapado y bien atrapado. Tenía que acceder, y de cualquier manera traicionaba a alguien. Lew era su amigo juramentado desde la infancia. Con dolor recordó los años que había pasado en Armida, corriendo como un cachorro detrás de Lew, usando la ropa que a él le quedaba chico, cabalgando, cazando con halcones,

trabajando a su lado cuando las Kilghard Hills se incendiaron. Recordó un vínculo más fuerte, más antiguo incluso que el que tenía con Danilo; la primera lealtad apasionada de su vida. Lew, su amigo juramentado, su hermano de crianza.

Tal vez aquello fuera lo mejor. Lew había dicho, una y otra vez, que no deseaba poder en el Comyn. Por supuesto, Regis no podía permitir que Dyan creyera que estaría en contra de los Hastur, a favor de los terranos. Tragó con esfuerzo y trató de evaluar sus lealtades. A pesar de toda la brusquedad de Dyan, Regis sabía que era un agudo juez de la realidad política. La idea de que Darkover y los Dominios cayeran en manos de los terranos como una colonia más del enorme Imperio interestelar era dura. Pero no parecía haber caminos intermedios.

-Nunca me comprometeré con Sharra -contestó por fin-. Ése es mi límite.

-Si me respaldas con firmeza-dijo Dyan-, nunca nos hará falta usarla. Si nuestra posición es firme, bastará con la amenaza...

-No lo creo -intervino Danilo-. Sharra... -Se interrumpió, y Regis supo que Danilo estaba viendo lo mismo que él, la monstruosa forma de fuego que oscurecía todas las matrices vecinas, que extraía poder incluso de aquellos que la odiaban: ¡muerte, destrucción, fuego!

Dyan sacudió la cabeza.

-Ambos erais niños, entonces, y os asustasteis. La matriz de Sharra no es más que un arma... un arma poderosa. Pero nada más. Seguramente... -y volvió a esbozar su sonrisa lobuna-, no creeréis que es un Dios venido de alguna otra dimensión. Ni creeréis tampoco en las viejas leyendas que afirman que Hastur encadenó a Sharra y que sólo debe ser soltada en el fin del mundo..., o tal vez sí lo creéis. -Dyan volvió a sonreír-. ¡Y tal vez, Regis, esta vez seas tú el Hastur que deberá encadenarla!

Se esta burlando de mí. Regis lo sabía, y sin embargo, un escalofrío aterrador le erizó la piel.

Hastur el Dios, padre y antepasado de todos los descendientes de Hastur, encadenó a Sharra... y yo soy Hastur. ¿Es ésta mi tarea?

Sacudió la cabeza para aclarársela, extendió una mano para servirse otra taza de jaco y la sorbió lentamente, percibiendo apenas el amargo sabor a chocolate. Se dijo con furia que no debía ser supersticioso. La matriz de Sharra era una matriz, un medio mecánico para amplificar los poderes psíquicos. Había sido construida por mentes y manos humanas, y otras mentes y manos humanas podían contenerla y volverla inocua. En manos de Beltrán -y de Kadarin-, sería un arma pavorosa, pero no había razones para permitirle a Beltrán usar-

la. Kadarin era humano, y tanto el Comyn como los terranos habían puesto un precio a su cabeza. Seguramente, las cosas no estaban tan mal como él temía.

-Te doy mi palabra de Hastur, pariente -dijo con voz firme-, de que nunca me quedaré sentado contemplando cómo nuestro mundo es entregado a los terranos. Tal vez no estemos de acuerdo en cuanto a los métodos utilizados para impedirlo, pero en todo lo demás sí lo estamos.

Y mientras lo decía, se daba cuenta de que estaba tratando de complacer a Dyan, como si todavía fuera un muchacho y Dyan su maestro de cadetes.

Dyan y su abuelo estaban del mismo lado, y tendían a la misma meta. Sin embargo, él había discutido con su abuelo, y ahora trataba con todas sus fuerzas de coincidir con Dyan. ¿Por qué?, se preguntó. ¿Sería sólo porque Dyan comprendía y le aceptaba tal como era?

-Gracias por el excelente desayuno, primo -dijo abruptamente-. Debo ir a cambiarme y ponerme esas condenadas ropas ceremoniales, y debo intentar convencer a mi abuelo de que Mikhail es aún demasiado joven para presenciar toda una sesión del Concejo. Sea o no Heredero de Hastur ¡sigue siendo sólo un niño de once años! Dani, te veré en la Cámara de Cristal -añadió, y salió de la habitación.

Pero fue con Lerrys con quien se topó a la entrada de la Cámara de Cristal. El joven estaba vestido con los colores de su Dominio, pero no llevaba el atavío ceremonial, y miró a Regís con expresión burlona.

-Con el disfraz completo, según veo. Espero que Lew Alton tenga el sentido común de aparecer vestido con algo parecido a las ropas terranas.

-Eso no me parecería muy sensato -dijo Regís-. No son adecuadas para el clima, y sólo lograrían ofender a la gente sin ningún motivo. ¿Por qué es tan importante la ropa que nos pongamos para el Concejo?

-No lo es. Aquí está la gracia. Por eso me enfurece tanto ver a una docena de hombres y mujeres adultos comportarse como si hubiera alguna diferencia según la clase de ropa que usemos.

A Regis se le había ocurrido algo bastante parecido mientras se ponía sus ropas arcaicas y pomposas, pero por algún motivo, le exasperó que Lerrys lo dijera.

-En ese caso -preguntó-. ¿Por qué llevas los colores de tu clan?

-Soy un hijo menor, no lo olvides -dijo Lerrys-, y no soy Cabeza ni Heredero de Serráis. Si no lo hiciera, lo único que harían sería echarme por no seguir la costumbre, como un niñito fastidioso que se disfraza por diversión. Pero si tú, que eres Heredero de Hastur, o Lew, que es cabeza de Armida por vacante, ya que ahora no queda nadie más, os negarais a seguir la costumbre, tal vez podrían cambiar las cosas, cosas que jamás cambiarán a menos que tú, o alguien como tú ¡tenga el coraje y la inteligencia necesaria para cambiarlas! Oí que Lord Damon, cómo le llaman, Jeff, ha regresado a Arilinn. Me habría gustado que se quedara. Fue educado en Terra, y sin embargo, es un telépata tan potente que puede ser técnico de Arilinn. Eso le dará un poco de aire fresco a esa Torre, ¡y creo que es hora de romper algunas ventanas de la Cámara de Cristal, también!

-Me gustaría estar tan seguro como tú de que aceptarán a Lew -dijo Regis sombríamente, ignorando el resto del largo discurso de Lerrys-. ¿Has oído un rumor que afirma que han encontrado a una criatura de uno de los Alton, y que piensan ponerla como mascarón en lugar de Lew?

-Sé que se dice que hay un niño -dijo Lerrys-. No conozco los detalles. Marius lo sabía, pero creo que no tuvo oportunidad de decírselo a Lew. Conseguiste cargártelo, ¿verdad?

Regis se quedó mirándolo, consternado y furioso.

- ¡Por los infiernos de Zandru! ¿Te... te atreves a insinuar que yo tuve algo que ver con el asesinato de Marius?

-No personalmente -dijo Lerrys-, pero no creo que tengamos que buscar al asesino muy lejos, ¿no crees? Esa muerte es demasiado conveniente para ese grupo de viejos monstruos locos de poder que hay en el Concejo.

Regis se estremeció, pero trató que Lerrys no notara su consternación.

-Debes estar loco -exclamó por fin-. Si mi abuelo, y supongo que es a Lord Hastur a quien acusas, hubiera querido mandar asesinos para que acabaran con Marius, ¿por qué habría esperado tanto? Llegó a un acuerdo con los terranos para que Marius recibiera la mejor educación que podían ofrecerle, siempre supo dónde estaba Marius, ¿por qué, en nombre de todos los infiernos, iba a enviar a alguien para matarle ahora?

-No irás a decirme que un muchacho de la edad de Marius tenía enemigos personales, ¿verdad? -preguntó Lerrys.

No en el Comyn, al menos allí tenía tantos enemigos como amigos personales, pensó Regis, y dijo con rigidez:

-Eso ofende el honor de los Hastur, Lerrys. Te aviso: no repitas esa monstruosa calumnia fuera de esta habitación, pues de lo contrario, yo...

- ¿Tú, qué? ¿Desenvainarás tu espadita y me cortarás en pedazos? ¡Regis, estás actuando como un niño de doce años! ¿De verdad crees toda esa basura sobre el honor de los Hastur?

Aun a pesar de su furia, algo en la voz de Lerrys impresionó a Regis. Había llevado la mano a la empuñadura de su daga, sin darse cuenta casi, pero la soltó y exclamó:

-No te burles de ese honor, Lerrys, sólo porque no sabes nada de él.

-Regís -dijo Lerrys, con voz mortalmente seria-, créeme, no pretendo decir que tú eres algo más que un modelo de integridad. Pero no sería la primera vez que un Hastur se ha quedado tan tranquilo mientras asesinaban a alguien, sólo porque aquella persona no encajaba en los planes del Concejo. Algún día, pregúntale a Jeff quién asesinó a su madre, porque se atrevió a insinuar que una Celadora del Comyn no era una virgen sacrosanta que debía ser recluida en Arilinn y venerada. Él mismo se salvó varias veces por un pelo de ser asesinado, porque el Concejo no le encontraba demasiado conveniente para sus planes a largo plazo. Ni siquiera podemos culpar a los terranos: el asesinato ha sido un arma favorita aquí en Darkover desde las Eras del Caos. ¿Sabes qué piensan los terranos de nosotros?

- ¿Importa mucho lo que piensen de nosotros? -se evadió Regis.

- ¡Maldición, sí importa! Te guste o no... -Se interrumpió-. Ah, ¿por qué perder el tiempo contigo? Eres igual que tu abuelo, ¿y por qué gastar contigo el discurso que pienso darle al Concejo, si ellos todavía no me han hecho callar? -Empujó a Regis hacia un lado y empezó a marcharse, pero el otro le asió del brazo.

-Tal vez mi abuelo no haya lamentado mucho la muerte de Marius -dijo-, ¡pero juro poniendo la mano sobre los fuegos de Hali que no tuvo nada que ver con su asesinato! Yo estaba presente cuando incendiaron la casa de los Alton. Marius fue asesinado por hombres que querían robar la matriz de Sharra, y la robaron, lo sabes. ¿No creerás que mi abuelo tuvo algo que ver con *eso,* me imagino?

Lerrys le clavó la mirada durante un momento. Luego le dijo con tono desdeñoso:

-Eres peor que Lew... o has estado hablando con él. ¡Él cree que Sharra es un monstruo que se oculta debajo de cada cama! Muy conveniente, ¿verdad? -Apartó a Regis y entró en la Cámara del Concejo.

Con expresión pensativa, Regis le siguió. La mayoría de los miembros del Concejo ya se encontraban en sus sectores, y su abuelo se había puesto en pie para pasar lista a los Dominios. Frunció el ceño al ver a Regis entrar casi con Lerrys Ridenow, pero ambos se separaron y se dirigieron a sus respectivos sectores.

¿Acaso la muerte de Marius no había sido accidental, como él había creído? ¿No le habían matado mientras defendía la casa de su padre de unos invasores que buscaban algo que él ni siquiera conocía? Marius no sabía nada de la matriz de Sharra, no cabía duda, salvo que era peligrosa. Regis recordó la noche en que Marius había venido a buscarle para que ayudara a Rafe Scott.

Me pregunto dónde estará Scott. Tal vez Lew lo sepa. Si yo fuera Rafe, creo que me ocultaría en la Zona Terrana y no asomaría la nariz mientras Kadarin estuviera en poder de la matriz de Sharra. Y creo que si Lew tuviera sentido común, debería hacer lo mismo. Pero Lew no era esa clase de persona. *Los terranos son cobardes,* pensó, mientras su mente repetía lo que había aceptado como un hecho durante toda su vida: su propio padre había muerto durante una guerra porque algún cobarde había confiado en las armas terranas, que matan a distancia. Entonces se detuvo y empezó a pensar en eso.

No pueden ser todos cobardes, así como no todos los señores del Comyn son honorables y orgullosos. Y cuando Derik empezó a pasar lista de los Dominios, pensó: *Tendré que ir a la Zona Terrana a averiguar qué sabe Rafe Scott de la matriz*

de Sharra. A menos que se haya unido a Kadarin... ¡y ésa no es la idea que tengo de Rafe Scott!

Uno a uno, desde sus sectores, los Comyn de los Siete Dominios respondieron por sus Casas. Cuando

nombraron a «Alton», Regís vio a Lew, vestido con ropas ceremoniales de su casa, adelantarse y responder: -Estoy aquí por Alton de Armida. Regís estaba preparado para algún cuestionamiento, pero no se produjo, ni siquiera por parte de Dyan, que estaba sentado junto a Danilo, debajo del estandarte de Ardáis. ¿Acaso el cuestionamiento sería más insidioso, una simple presión para que Lew se quedara tranquilo en Armida y adoptara al niño de Alton que *habían encontrado en alguna parte? ¿Le permitirían* conservar el Liderazgo nominal de Alton a cambio de alguna otra concesión? Regís advirtió que ni siquiera podía suponerlo. ¿Y por qué estaba tan seguro Dyan de que Lew no tendría hijos?

Hasta el mismo Dyan, que es un amante de hombres, tiene un hijo, y perdió otro cuando era niño. Yo he engendrado varios hijos. ¿Por qué Lew no habría de casarse y tener tantos hijos como se le antoje? Se volvió para mirar a Lew y vio, cuando Callina Aillard se levantó para responder en nombre de su Dominio, que Lew la miraba atentamente, tan atentamente que por un momento, le pareció que podía leer sus pensamientos, a pesar de toda la perturbación causada por los reguladores telepáticos de la Cámara de Cristal.

Pero Callina es una Celadora. No obstante, no sería la primera en abandonar su oficio para casarse... ni tampoco la última. Tendría que entrenar a su sucesora primero, pero Lew no es un joven impulsivo, puede esperar. Creo que incluso podrían ser felices. Sería bueno ver a Lew de nuevo feliz.

Habían terminado de pasar lista a los Dominios sin haber mencionado a Aldaran. A Regís le pareció que había alguien en aquel sector, detrás de las cortinas, y se preguntó qué ocurriría, pero Derik ya había dado un paso atrás al terminar su tarea, y Hastur estaba ocupando su sitio para presidir la sesión. Se suponía que duran-

te aquella sesión, se concluirían todas las cuestiones pendientes, las que no habían sido decididas durante la temporada del Concejo. En realidad, Regís sabía que se plantearía cualquier trivialidad, cualquier cosa que llenara el tiempo hasta que el cansancio, o incluso el hambre, terminaran con el Concejo, tras lo cual, la cuestión quedaría cerrada hasta el año siguiente. Supuso que por eso Hastur no había cuestionado a Lew cuando éste había respondido por Armida. El verdadero problema de |*a herencia de Alton se zanjaría discretamente por medio de* presiones persona/es, entre bambalinas. *No se* discutiría abiertamente en el Concejo.

Esa táctica ya se había utilizado antes, y Regis lo sabía. Y ahora, ignorando el gesto de Dyan, Hastur le hizo una señal de asentimiento a Lerrys Ridenow, que se había puesto en pie para hablar.

Lerrys avanzó hasta el espacio central donde los arco iris de los prismas del techo arrojaban luces de colores sobre la palidez del piso y las paredes. Hizo una inclinación, y Regis pensó, sin sentir emoción alguna, que el joven era bello como un gato: pelirrojo, delgado, esbelto, con las delicadas facciones cinceladas de los Ridenow. Más bello, pensó, que cualquiera de las mujeres presentes en la Cámara de Cristal. Se preguntó por qué repararía en ello en esta solemne escenografía.

-Mis señores -dijo Lerrys-, he oído muchas cosas en esta Cámara desde que se inició el Concejo. Todos... -con uno de esos movimientos felinos, giró para pasear la mirada por toda la sala- habéis estado hablando de asuntos tan serios como matrimonios, herencias, y reparaciones del techo del castillo. Oh, tal vez no literalmente, pero de eso se trató, de discutir seriamente cosas que podían zanjarse en tres minutos con un poco de sentido común. Quiero saber cuándo hablaremos de cosas serias. Por ejemplo... -y esta vez la mirada que lanzó en torno fue penetrante y acusadora- ¿cuándo

enviaremos a nuestro representante al Senado Imperial? ¿Cuándo designaremos un Senador con credenciales apropiadas? Quiero saber cuándo, si

es que vamos a hacerlo, haremos una verdadera investigación para saber quién asesinó a Marius Alton y quemó la casa de Alton. Y quiero saber cuándo vamos a ocupar nuestro lugar como iguales dentro del Senado Imperial, en vez de estar en un protectorado terrano como un mundo primitivo y feudal que no debe tocarse, como si fuéramos salvajes que empiezan a evolucionar y son capaces de frotar dos ramitas y adorar al dios del fuego que ha provocado la chispa.

El desprecio de su voz fue creciendo. - ¡Nos dejan solos, cuando deberían honrarnos como la primera y más prestigiosa de sus colonias!

- ¡Podemos apañarnos perfectamente -la voz de Dyan estallo como un latigazo- sin esa clase de honores!

Lerrys se volvió hacia él.

- ¿Qué demonios sabes tú de los terranos? ¿Alguna vez has hecho algo en la Zona Terrana, aparte de visitar alguno de sus burdeles exóticos? Con el debido respeto... que no es mucho, Lord Dyan, ¡deberías cerrar la boca, si *no* sabes de qué hablas!

-Sé que intentas convertirnos a todos en terranos... -*dijo Dyan, y Lerrys respondió:*

- ¿Convertirnos en terranos? ¡Demonios! Somos terranos, ¿o acaso tú padre loco y todos nuestros antepasados te han ocultado ese hecho? ¡Si hay alguien aquí que no sepa que fuimos alguna vez una colonia terrana, es hora de que ese idiota resguardado se entere de la verdad!

-Esta cuestión ya ha sido discutida, *Dom* Lerrys -dijo con tono reprobatorio Danvan Hastur-, por tus mayores. Todos estamos de acuerdo en que no deseamos ser parte de...

-Están todos de acuerdo -se mofó Lerrys-. ¿Cuántos son los que están de acuerdo: los quince o dieciséis que estáis aquí? ¿Cuál es la población de Thendara, según el último censo, o es que somos demasiado retrasados para censar a nuestro pueblo? ¿Qué te parece que dirían ellos, si les preguntarais si quieren seguir venerándoos a todos vosotros, los aristócratas, como «el linaje de Hastur», «los hijos de los Dioses» y todas esas tonterías? ¿O crees que preferirían ser ciudadanos libres del Imperio, con voz en su propio gobierno, sin necesidad de someterse a los encumbrados Comyn? ¡Preguntadles alguna vez!

Eric Ridenow, Lord de Serráis, se levantó trabajosamente de su asiento.

-Hemos gobernado esta tierra desde tiempos in-memoriales y sabemos qué es lo que quiere nuestro pueblo -dijo-. ¡Vuelve a tu sitio, Lerrys, no te he autorizado a hablar!

-No, no me has autorizado -replicó Lerrys, furibundo-, pero he hablado de todas maneras. ¡Es necesario decirlo! ¡Soy ciudadano del Imperio, quiero tener voz y voto en lo que está ocurriendo!

- ¿De verdad crees que eso te daría voz? -preguntó Lord Hastur. Regis pensó que había verdadera curiosidad en su voz-. Has acusado a Lord Dyan de hablar sin tener verdadero conocimiento de los terranos. ¿Puedes acusarme de lo mismo? He tratado con terranos durante la mayor parte de mi larga vida, Lerrys, y puedo asegurarte que no tienen nada que valga la pena desear. Pero no puedo quedarme aquí tan tranquilo y dejarte hablar sin autorización ante el Concejo. Te ruego que te sientes hasta que tú hermano y señor te autorice a hablar. - ¿Quién, en nombre de todos los infiernos de Zandru, le ha dado dominio sobre mi voz? -preguntó Lerrys encolerizado-. Soy Comyn, aunque no queráis admitirlo, y tengo derecho a ser escuchado...

-Gabriel -dijo Hastur con suavidad-, cumple con tu obligación.

-Déjale hablar, abuelo -dijo Regis-. Quiero oír lo que tiene que decir.

Pero fue acallado por las exclamaciones y Gabriel, con la espada desenvainada, se acercó a Lerrys y le dijo con sobriedad:

-Siéntate, *dom* Lerrys. Silencio.

-Ni el demonio... --dijo Lerrys.

-No me das alternativa, señor. Perdóname. -Gabriel hizo un gesto a los Guardias, quienes apresaron bruscamente a Lerrys. Éste se debatió, pero era delgado, y los Guardias eran dos hombrones robustos, que no tuvieron problemas para reducirle. Le llevaron a rastras hasta su sitio. Abruptamente, con uno o dos golpes bien colocados, Lerrys logró liberarse, y se irguió desafiante.

-No importa. Nunca más perturbaré este precioso Concejo de estúpidos -dijo-. No vale la pena. ¡Ahora podéis hacerme asesinar como hicisteis con Marius Alton, porque me he desmarcado políticamente! ¡Condenados tontos, todos, y asesinos, porque tenéis miedo de escuchar los hechos! ¡Sois un condenado y maldito anacronismo, todos, allí sentados jugando a ser señores y damas con un Imperio interestelar ante las narices! ¡Está bien, maldición, podéis iros todos al infierno con vuestro propio estilo, y yo estaré allí para veros! -Soltó una risa fuerte y burlona, giró haciendo ondular su pelo largo y les volvió la espalda, marchándose de la Cámara de Cristal.

Regis se quedó atónito. Lerrys había dado voz a las ideas que él mismo nunca se había atrevido a enunciar. Y se quedó allí sentado como una piedra, sin atreverse a abrir la boca, sin detener a Gabriel. *¡Maldición, debí haberle respaldado y exigir alguna respuesta! ¡Soy el Heredero de Hastur, no podrían haberme hecho callar tan fácilmente!*

Se dijo que no había tenido opción, que Lerrys había sido excluido por su irreverencia a las costumbres *y* cortesías del Concejo, no por lo que había dicho.

Les había acusado de asesinato, y nadie lo había negado, pensó Regis, con un súbito estremecimiento. ¿Habría sido sólo porque la acusación les había parecido demasiado ridícula como para contestar? No le gustó pensar que podría haber alguna otra alternativa.

Uno de los nobles menores, un Di Asturien de las costas del lago Miren -Regis le conocía un poco; había tenido una breve relación con una de sus hijas-, se puso en pie y pidió autorización a Lord Hastur. Hastur asintió, y el hombre se dirigió hacia el espacio central.

-Mis señores -dijo-. No cuestiono la sabiduría del Concejo, pero creo que hace falta una explicación. En estos días que somos tan pocos en el Concejo, ¿por qué debe el príncipe Derik casarse dentro del Comyn? Sus hijos estarán divididos entre los dos Dominios involucrados. ¿No sería mejor que el príncipe Derik se casara fuera del Concejo, para concretar una fuerte alianza? También Linnell Lindir-Aillard debería casarse con algún hombre que trajera sangre nueva al Concejo. También deseo señalar que ellos dos son parientes cercanos. Con todo respeto, señor, quiero señalar que el círculo del Comyn ya ha sido demasiado castigado por la endogamia. No pido que volvamos a la vieja época en que se llevaban libros de cuentas del *laran, mi* señor, pero cualquier criador de caballos te dirá que demasiada endogamia es mala para el linaje.

Sí, lo es, pensó Regis mirando a Callina, que parecía tan frágil que un simple soplido podría derribarla, y también observó la vacua cara de tonto de Derik. Javanne había tenido la suerte de casarse fuera del linaje directo del Comyn. Sus hijos eran todos sanos y fuertes. Derik... Mirando al joven príncipe, Regis se preguntó si Derik engendraría algo más que un puñado de retrasa-

dos como él. Y de pronto se le heló la sangre: miró a Derik *y sólo* vio una calavera. *Una calavera que reía.* Se frotó los ojos con las manos, y allí volvía a estar Derik, sonriendo con su gesto amable de retrasado.

-Es un buen punto, señor -dijo Hastur con suavidad-. Pero el príncipe Derik y la *comynara* Linnell han sido novios desde la infancia, y sería una crueldad separarles ahora. Otros pueden traer sangre nueva al Concejo.

Regis pensó, con cinismo: *Tal vez ése sea un buen nombre para lo que y o estoy haciendo, engendrando hijos maestros en todas partes. Las mujeres no parecen objetar, ya que soy Hastur de Hastur...* Pero estas ideas se esfumaron

cuando vio que Lady Callina se ponía de pie, su aspecto imponente realzado por sus ropas ceremoniales de color carmesí.

-Esto no le incumbe al Concejo, que no debe interferir -dijo, pálida como la muerte-. ¡Linnell es responsabilidad mía! ¡He dado mi consentimiento a ese matrimonio, y con eso basta!

- ¿Interferir, señora? -preguntó Di Asturien-. Es una manera rara de expresarlo. Se supone que los matrimonios del Comyn están dispuestos por el Concejo, ¿no es así?

-Soy Cabeza de Aillard. El Concejo no tiene por qué aprobar o desaprobar el matrimonio de Linnell.

-Pero sí el del príncipe -insistió el anciano-. ¡Yo protesto, y estoy seguro de que otros también lo harán!

Derik dijo con tono amistoso:

- ¿No puedes confiar en mí para que elija a mi propia esposa? ¿O debo imitar a un habitante de las Ciudades Secas y tener media docena de esposas y *barraganas!* Hasta un príncipe debe tener algunas áreas de elección privada.

- ¿Y qué dice la dama al respecto? -preguntó el viejo Di Asturien, y Linnell, sentada a la sombra de Callina, se sonrojó con timidez.

-Este matrimonio fue aprobado por el Concejo hace mucho tiempo -dijo casi en un susurro-. Si alguien quería protestar, debió hacerlo años atrás. Derik y yo nos prometimos cuando yo tenía catorce años y él doce. Hubo tiempo suficiente para protestar antes... antes de que nos enamoráramos.

--Eso ocurrió hace mucho tiempo, y el Concejo era más fuerte entonces -dijo el viejo con obstinación-. En los Dominios, hay muchas mujeres de buena sangre. No tenía por qué elegir a la hermana de otra Cabeza de Dominio.

-Con todo respeto, señor -intervino Lord Hastur-, ya hemos escuchado lo que tenías que decir. ¿Alguien más del Comyn desea hablar del asunto?

-Yo no escucharé -dijo Callina, pálida de furia-. He dado mi consentimiento a este matrimonio, y según la ley, nadie tiene poder suficiente para cambiarlo.

-Y si alguien lo intenta -añadió Derik-, lo retaré a duelo en cualquier parte.

Y se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

Por un momento, a Regís le pareció ver al Concejo tal como lo había visto Lerrys: niños que se peleaban por sus juguetes, aquel despectivo «desenvainarás tu espadita y me cortarás en pedazos». Derik había hablado tal como lo exigían el honor y la ley del Comyn, y sin embargo había sonado como un terrible tonto. Derik era tonto, por supuesto. ¿Pero acaso alguna vez había tenido oportunidad de ser algo más? ¿Acaso todos ellos, los del Comyn, no eran igual de tontos?

Pero con tranquilidad, Hastur proseguía con el procedimiento habitual.

-Señor, ¿estás dispuesto a aceptar el desafío del príncipe Derik? -le preguntó a Di Asturien.

El viejo retrocedió.

- ¡Que todos los Dioses no lo permitan, señor! ¿Yo, desafiar a Hastur de Elhalyn, a mi príncipe legal?

Simplemente estaba planteando la cuestión, Lord Hastur, nada más. -Le hizo una reverencia a Derik-. *Su serva., Dom.*

Y Regís, al ver cómo se *alejaba el digno anciano,* de *manera casi servil, volvió a oír la pregunta de Lerrys: Jugando a ser señores y damas...* ¿Por qué, a causa de su linaje, un tonto como Derik podía hacer que un hombre honorable, de excelente linaje y que había prestado muchos servicios a su país, se humillara de ese modo?

Ya mí también me toca. Desde la época en que tenía diez años, los Guardias me seguían a todas partes como si fueran institutrices, por miedo a que me quebrara una uña. ¿Por qué, por amor del cielo?

Una vez más preocupado, se perdió las siguientes palabras de Hastur, y volvió a la realidad de pronto consternado, cuando Hastur llamó: - ¡El Séptimo Dominio! ¡Aldaran! Entonces Regís oyó una voz que jamás había pensado que volvería a oír, una voz que habló oculta tras la cortina. Luego las argollas de la cortina emitieron un pequeño sonido metálico, y un hombre se acercó al borde de la barandilla.

Se parecía a Lew; mayor, sin cicatrices, pero la semejanza aún se mantenía; podría haber sido su hermano mayor.

-Yo estoy aquí por Aldaran -dijo-. Beltrán-Kermiac, Señor de Aldaran y Scatafell.

Y el asombroso silencio de la Cámara de Cristal fue quebrado por el agudo grito de Lew: - ¡Protesto!

La narración de Lew Alton

No sabía que iba a protestar hasta que oí mi propia voz.

Les oí pronunciar el nombre de Aldaran, y me di cuenta de que aquello estaba ocurriendo de verdad, que no era una pesadilla. Había oído aquella voz en mis pesadillas con bastante frecuencia. Todavía era tan parecido a mí que creo haber visto gemelos menos parecidos. Aunque ahora, nadie podría confundirnos, la amargura me invadió. Él era quien había trabajado para invocar a Sharra, y allí estaba, ileso; en tanto yo, que había sufrido para extinguir la tormenta de fuego que él había desatado y contener nuevamente a Sharra, para que no arrasara nuestro mundo desde la Bahía de las Tormentas hasta el Muro Alrededor del Mundo... yo estaba aquí, lleno de cicatrices y mutilado, más descastado que él.

- ¡Protesto! -exclamé una vez más. Me dirigí de un salto al espacio central y le hice frente.

-Todavía no hemos dado lugar a un cuestionamiento formal -dijo con voz suave Hastur-. Debes enunciar las razones de tu protesta.

Me debatí por encontrar mi voz. A pesar de todo el odio que sentía -y ahora me parecía que la emoción estaba a punto de engullirme-, debía hablar con tranquilidad. La histeria sólo perjudicaría mi causa; a pesar de

todas las protestas y acusaciones incoherentes que se agolpaban en mi mente, debía hacer mi alegato con racionalidad y calma. Me aferré a esa presencia que había en mi mente, a los recuerdos ajenos que tenía; ¿cómo hubiera hablado mi padre? Habitualmente, había conseguido hacerles cumplir su voluntad.

-Declaro... -empecé, tratando de dar firmeza a mi voz y combatir el odio- declaro la existencia de una disputa de sangre no zanjada. -En todos los Dominios, las disputas de sangre se consideraban una obligación que superaba a cualquier otra consideración-. Su vida es... es mía; la he reclamado.

Hasta aquel momento, nuestras miradas no se habían cruzado. Él alzó entonces la cabeza y me miró, escéptico y preocupado. Desvié la mirada. No quería recordar que antaño había llamado a aquel hombre primo y amigo. Dioses del cielo, cómo podía quedarse allí, mirándome con tranquilidad a los ojos y decir, como estaba diciendo:

-No sabía que sentías eso, Lew. ¿Me culpas entonces de todo? ¿Cómo puedo compensarte? Lo cierto es que no era consciente de tu disgusto.

¡Compensaciones! Me aferré el muñón con la mano sana, deseando gritar: *¿Puedes compensarme por esto? ¿Puedes devolverme seis años de mi vida, puedes devolverme a... Marjorie Por* una vez en mi vida agradecía la presencia de los reguladores telepáticos, sin los cuales todo aquello hubiera estallado en la sala con la fuerza del hiperdesarrollado contacto telepático característico de los Alton; pero me limité a repetir con obstinación:

-Tu vida es mía, donde, cuando y como pueda.

Beltrán extendió ligeramente las manos, como diciendo: «¿Pero de qué se trata?» Ante su mirada perpleja, juro que por un momento dudé de mi propia cordura. ¿No habría soñado todo? Me clavé las uñas en la muñeca y recordé que aquello no era una pesadilla.

-Tus palabras no significan nada aquí, Lord Armida -dijo Hastur con gravedad.

Después de un segundo de consternación, recordé que aquel era mi nombre, no el de mi padre: yo era Lord Armida ahora.

-Lo has olvidado -prosiguió Hastur-, las disputas de sangre están prohibidas en el Comyn como entre iguales. -Era un juego de palabras, ya que el térmico *Comyn* significaba simplemente, «iguales en rango» o «status».

-Y yo afirmo -dijo Beltrán con calma-, que no guardo ningún resentimiento contra mi primo de Alton. Si él cree que hay entre nosotros una disputa de sangre, debe remontarse a una época de su vida en que estaba... -Y pude ver que todo el Concejo decía aquello que él omitía decir con toda amabilidad: *A una época en la que estaba loco...*

La existencia misma del Comyn, los Siete Dominios del linaje de Hastur, se basaba en una alianza que prohibía las disputas de sangre y respaldaba la inmunidad del Comyn. Inmunidad, maldición, de la que ahora Beltrán disfrutaba. ¡Que Zandru le azotara con sus escorpiones! ¿Es que no había manera de detener aquella farsa?

Desde donde yo estaba no podía verla, pero Callina se puso en pie y se adelantó, sus velos de color carmesí ondulando con una brisa invisible. Me volví para mirarla cuando habló: allí estaba, extraña, distante, remota, para nada aquella mujer que había tenido en mis brazos y a la que había prometido proteger. También su voz sonó lejana y distinta, como si no viniera de ella, sino de alguna manera a través de ella.

-Mi señor de Aldaran, como Celadora del Comyn, tengo derecho a preguntártelo: ¿Has jurado lealtad al Pacto?

-Cuando jure como miembro de Comyn -dijo Beltrán-, juraré también lealtad al Pacto.

Ella señaló el exterior con un gesto.

-Allí está tu ejército, con armas terranas, contradiciendo el Pacto. ¿Por qué debemos admitirte en el Comyn, si todavía no has jurado observar la primera ley del Comyn a cambio de que te recibamos entre nosotros?

-Cuando jure lealtad al Comyn -repitió Beltrán con voz tan suave como la seda-, mi Guardia de Honor entregará esas armas en manos de mi futura esposa.

Vi que Callina hacia un gesto de disgusto ante aquellas palabras. Había reguladores telepáticos en toda la sala, pero me pareció no obstante que podría leer sus pensamientos.

Si no accedo a, este matrimonio, habrá guerra. La última guerra entre los Dominios diezmó el Comyn. Beltrán podría acabar con nosotros.

Alzó la vista y le miró. Habló, y sus palabras cayeron en medio de un silencio mortal.

-Entonces, señor de Aldaran, si te contentas con una novia reticente... -vaciló, no se volvió ni me miró, pero percibí la desesperación que había en su voz-, entonces accedo. Que el compromiso se lleve a cabo la Noche del Festival.

-Que así sea -dijo Beltrán, con una sonrisa que era como una máscara de sus verdaderos sentimientos, haciendo una inclinación. Me quedé inmóvil, como si mis pies hubieran echado raíces en el piso de la Cámara de Cristal. ¿De verdad lo harían? ¿Iban a vender a Callina a Beltrán, con tal de impedir una guerra? ¿No había nadie que se atreviera a levantar una mano contra aquella monstruosa injusticia?

Haciendo un último intento, exclamé:

- ¿Le aceptaréis en el Concejo, entonces? ¡Está ligado a Sharra!

Él se volvió directamente hacia mí.

-También, tú, primo.

Ante eso, no podía contestar nada. En aquel momento, sentí ganas de hacer como Lerrys y abandonar bruscamente el Concejo, maldiciéndoles a todos.

Nunca he estado demasiado seguro de lo que ocurrió entonces. Sé que había dado algunos pasos para volver a mi sitio, en el sector Alton, cuando oí un grito, una voz de mujer. Por un momento me pareció que era Dio y me quedé congelado. Después también Derik gritó, y me volví para ver que Beltrán daba un paso atrás y se cubría con las manos, como para protegerse.

En todas partes estallaron los gritos, exclamaciones de terror. Retrocedí un poco y la vi, suspendida en el aire encima de nuestras cabezas, creciendo, amenazante...

La forma, de una mujer encadenada, el pelo en llamas, agitado, haciéndose cada vez más y más alta, con el sonido crujiente de los incendios forestales... ¡Sharra! La forma de fuego, Sharra... Ahora yo sabía que era una pesadilla del infierno, y yo también retrocedía ante las llamas que nos lamían, el olor a quemado, la marca de terror, de odio, aquel rincón del infierno que se había abierto ante mis seis años atrás.

Me aferré a mi escaso autocontrol antes de volver a abrir la boca y avergonzarme, gritando como una mujer. La Forma de Fuego estaba allí, sí. Se alzaba y centelleaba por encima de nosotros, con forma de mujer, la cabeza echada hacia atrás, tres veces más alta que un hombre alto, mientras las llamas le lamían el pelo. *¡Marjorie! Marjorie, ardiendo, atrapada por Sharra.* Entonces me aferré a mi raciocinio.

No, aquélla no era Sharra tal como yo la había conocido. El miedo hacía latir mi corazón muy rápidamente, pero no había en la habitación verdadero olor a quemado, las cortinas de los sectores no estaban en llamas a pesar de que el fuego las había lamido... Era tan sólo una ilusión, y yo permanecí allí, apretando el puño

con mi mano sana, sintiendo mis uñas que se clavaban en la palma, sintiendo el viejo dolor ardiente en la mano que ya no tenía. *Dolor fantasma, así como éste no era más que un fantasma, una imagen de Sharra... Yo hubiera reconocido la cosa real, hubiera sentido que mi cuerpo y mi alma estaban ligados a esa sombra.*

La Forma de Fuego extendió un brazo, un brazo de mujer envuelto en llamas, y Beltrán se derrumbó, retrocedió, salió corriendo de la Cámara de Cristal. Ahora que sabía lo que era, podía quedarme allí, y observé marcharse a Beltrán, preguntándome quién lo habría hecho. ¿Habría Kadarin, donde se hallara desenvainado la Espada, invocando la Forma de Fuego? No. Yo estaba ligado a Sharra en cuerpo y alma. Si Kadarin, que también estaba ligado a aquella cosa impía, la hubiera convocado también yo habría sido consumido por sus llamas. Perplejo, apreté con fuerza la barandilla. Los del Comyn corrían y gritaban, en plena confusión. Otros dos o tres abandonaron rápidamente el recinto por las salidas de sus sectores privados.

¿Callina? Ninguna Celadora profanaría su oficio de esa manera, usándolo para aterrorizar. Yo podría haberlo hecho -incluso ahora podía sentir el calor de llamas en mi matriz inútil-, pero sabía que no era así. ¿Beltrán, que también estaba ligado a Sharra? Había sido el más horrorizado, porque él había visto el incendio de Caer Donn.

La Forma de Fuego crepitó, se extinguió y desapareció, como una vela apagada por el viento.

Danvan de Hastur, Regente del Comyn, había permanecido en su lugar, pero estaba mortalmente pálido, y se apoyó en la barandilla mientras hablaba y pronunciaba las palabras rituales que casi no tenían significado:

-Declaro... las Sesiones del Concejo... cerradas por este año y todos los asuntos pendientes, postergados hasta que volvamos a reunimos el año próximo.

Uno a uno, los miembros que no habían huido sa-

lieron en silencio de la Cámara, avergonzados y consternados por el terror que habían manifestado. Yo, que me había enfrentado a la realidad de Sharra, me pregunté cómo reaccionarían ante la Sharra real. Sin embargo, también mi corazón latía un poco más rápido que de costumbre; un miedo profundo, una entrada apenas entreabierta entre los mundos para que entrara aquella sombra monstruosa. Yo había visto aquellas puertas abiertas a medias, y sabía que daban al fuego y al infierno, como el corazón vivo de un volcán.

Entonces, detrás de Danvan Hastur, vi a Regís muy quieto, y su mano aún rozaba su matriz. No me miró, no estaba mirando nada, pero lo supe con tanta claridad como si hubiera hablado:

¡Regís! ¡Regís había invocado aquella imagen! ¿Pero porqué? ¿Por qué...y cómo?

Él bajó la mano. Vi finas gotas de sudor en su frente, pero cuando habló, su voz sonó normal.

- ¿Quieres apoyarte en mi brazo, abuelo?

- ¡Cuando necesite ayuda, estaré envuelto en mi mortaja! -ladró el anciano y, enderezando la cabeza, salió muy erguido de la Cámara. Ahora sólo quedábamos Regís y yo.

Con dificultad, logré hablar.

-Tú lo hiciste. No sé cómo, ni por qué, ¡pero tú lo hiciste! Primo, ¿cómo puedes jugar con esas cosas, como si se tratara de una broma?

La mano de Regís soltó la matriz, y cayó hacia un costado, como si le doliera. Tal vez fuera cierto; yo estaba demasiado agitado para que eso me importara. Finalmente me dijo con un hilo de voz, casi un susurro:

-Hemos ganado... tiempo. Otro año. No pueden... cuestionar tu derecho al Dominio Alton, ni admitir a Beltrán en el Concejo hasta dentro de un año. El Concejo ha sido... cerrado. -Se tambaleó, se aferró a la barandilla. Le hice sentar.

-Pon la cabeza entre las rodillas -le dije con rudeza, y le observé agachar la cabeza, hasta que un poco de color volvió a sus mejillas. Al cabo de un rato, se incorporó.

-Lamento que la imagen... te haya asustado -dijo-. Fue lo único que se me ocurrió para detener el Concejo. Esta farsa. Quería que vieran lo que debían temer. Muchos de ellos no lo saben.

Recordé que Lerrys había dicho: *Crees que Sharra es el monstruo oculto debajo de cada cama...* No. No me lo había dicho a mí, sino a Regís. Le miré, desconcertado.

-Se supone que hay reguladores telepáticos aquí -dije-. No debería poder leer tus pensamientos, ni tú los míos. Por los infiernos de Zandru, Regís, ¿qué es lo que está ocurriendo?

-Tal vez los reguladores no funcionen -contestó, con voz más firme, y ahora se le oía totalmente racional, sólo temeroso, y tenía perfecto derecho a estarlo. Yo mismo tenía miedo.

-La imagen no me asustó -dije-, salvo al principio, por un momento. Yo he visto la realidad de Sharra. Lo que me asusta, ahora, es el hecho de que hayas podido hacer eso, con el recinto lleno de reguladores. No sabía que tuvieras tanto *laran,* aunque por supuesto sabía que tenías un poco. ¿Qué clase de *laran* es el que puede hacer eso? -Me acerqué al regulador más próximo y manipule los diales hasta desconectarlo, hasta que se desvanecieron las ondas arrítmicas. Ahora sentía la agitación y el miedo de Regís en toda su intensidad, y deseé no sentirlo. Él dijo, con voz tensa:

-No sé cómo lo hice. De verdad que no. Estaba allí, detrás de mi abuelo, escuchando a Beltrán que hablaba con tanta tranquilidad y deseando encontrar alguna manera de mostrarles a todos lo que había ocurrido... y entonces... -se humedeció los labios con la lengua y prosiguió trémulo- entonces apareció la... la Forma de Fuego.

-Y eso asustó a Beltrán y le hizo salir del recinto -concluí-. ¿Crees que él sabe que Kadarin tiene la matriz de Sharra?

No pude leer sus pensamientos. Tampoco lo intenté, por supuesto.

-Yo... -su voz volvió a quebrarse- no intentaba hacer nada. ¡Simplemente... ocurrió!

- ¿Algo que no sabes de tu *laran* Sabemos tan poco del Don de Hastur, sea lo que sea -dije, tratando de tranquilizarle-. Quédate con la parte buena: asustó a Beltrán y le hizo salir de aquí. ¡Me gustaría que el susto le haga volver a los Hellers! ¡Pero me temo que no tendremos tanta suerte!

Yo quería dejar las cosas así. Pero cuando me dirigía hacia la puerta, Regis me tomó del hombro.

-Pero... ¿cómo pude hacerlo? ¡No comprendo! ¡Tú... tú me has acusado de jugar, como si hubiera sido una broma! ¡Pero no estaba jugando, Lew, de verdad!

No tenía respuesta que ofrecerle. Me desplaza por el recinto desconectando el resto de los reguladores. Sentía su miedo, casi pánico, que crecía a medida que los reguladores dejaban de interferir con el contacto telepático. Incluso me pregunté, enojado, por que él tenía tanto miedo. Era yo quien estaba ligado a Sharra, quien debía vivir día y noche con el terror de que un día Kadarin desenvainara la Espada de Sharra, y con ese gesto me llevara otra vez a aquel terrible portal entre los mundos, a aquel rincón del infierno que yo había abierto una vez, y que me había arrebatado mi mano, mi amor. Mi vida.

Con firmeza, combatí el pánico que crecía en mí. Si no le detenía ahora, mi miedo y el de Regis se reforzarían mutuamente, y los dos caeríamos en la histeria. Me aferré a lo que recordaba del entrenamiento de Arilinn,

conseguí regular mi respiración, sentí que el pánico cedía.

No ocurría lo mismo con Regís: seguía allí sentado, en la silla donde le había acomodado, pálido de terror. Me volví y me sorprendió oír mi propia voz, la firme y distante voz de un mecánico de matrices, desapasionada, llena de tranquilidad profesional, como no la había oído en muchos años, en mucho tiempo.

-No soy Celador, Regís, y por el momento, mi propia matriz es inútil, como bien sabes. Podría tratar de explorarte en profundidad para averiguar...

Hizo un gesto de rechazo. No le culpé. El Don de Alton no es cosa de juego, y he conocido técnicos experimentados, entrenados en la Torre durante muchos años, que se han negado a enfrentarse a ese Don concentrado del contacto telepático. Yo podía usarlo, si era preciso, pero no me gustaba la idea. Supongamos que es algo semejante a una violación, al sometimiento deliberado de una mente, el dominio de otra personalidad, la peor clase de invasión. Solamente los Dioses de Darkover, que probablemente no existen, saben por qué se había implantado ese Don en el linaje de Alton, el Don de forzar el contacto telepático con alguien que no lo desea, y paralizar su resistencia. Sabía que Regis también lo temía, y no le culpaba. Mi padre había despertado mi Don de esa manera, cuando yo era un muchacho -había sido la única manera de obligar al Concejo a aceptarme, de demostrarles a todos que yo, ajeno y medio terrano, tenía sin embargo el Don de Alton- y después, había estado enfermo durante semanas. No me agradaba la idea de tener que hacerle lo mismo a Regis.

-Tal vez pudieran decírtelo en alguna Torre. Tal vez alguna Celadora -dije, y entonces recordé que había una Celadora en el Castillo Comyn. Solía olvidarme. Ashara, de la Torre Comyn, debía ser ahora increíblemente vieja. Nunca la había visto, ni tampoco mi padre antes que yo... Pero Callina estaba allí para sustituirla, y Callina era mi parienta, y también de Regís-. Callina podría decírtelo -proseguí-, si quiere.

Asintió, y sentí que su pánico disminuía. El hecho de hablar de la cuestión, con calma y distancia, como si fuera un simple problema de la mecánica del *laran,* había disuelto un poco el miedo.

Sin embargo, también yo me sentía inquieto. Cuando salí de la Cámara de Cristal, hasta los vestíbulos y los corredores estaban vacíos. El Concejo del Comyn se había dispersado, y cada uno se había ido por su lado. El Concejo había terminado. Sólo quedaba el baile de la Noche del Festival, mañana. Al salir de la Cámara, nos topamos con el joven Syrtis; prácticamente me ignoró, y se dirigió a Regis.

- ¡Volví para ver qué te había ocurrido! -dijo y, mientras Regis le sonreía, yo me marché en silencio, sintiéndome como el tercero en discordia. Mientras me retiraba, solo, identifiqué una de mis emociones: ¿estaba celoso de lo que Regis compartía con Danilo? No, claro que no.

Pero estoy solo, sin hermanos, sin amigos, solo contra el Comyn, que me odia, y nadie está de mi lado. Toda mi vida había vivido a la sombra de mi padre, y ahora que él ya no existía, no podía soportar la soledad. Y Marius, que debía haber estado a mi lado... Marius también había muerto por la balas de un asesino, y nadie del Comyn, salvo Lerrys, había cuestionado aquel crimen. Y... sentí que me ponía tenso al identificar otro elemento de mi profunda pena por Marius. Era alivio, alivio por no tener que probarle tal como mi padre lo había hecho conmigo, alivio por no tener que invadirle implacablemente y sentirle morir ante aquel terrible ataque a su identidad. Había muerto, pero no a manos mías, no a causa de mi *laran.*

Sabía que mi laran *podía matar, pero nunca había matado a nadie con él.*

Regresé a las habitaciones de Alton, pensativo. Era mi hogar, lo había sido durante gran parte de mi vida, y sin embargo me parecieron vacías, llenas de ecos, desoladas. Me parecía ver a mi padre en cada rincón, y su voz todavía resonaba en mi cerebro. Andrés, que daba vueltas supervisando a los otros criados que acomodaban las pertenencias que habían traído desde la casa de la ciudad, interrumpió lo que estaba haciendo cuando entré, y se acercó para preguntarme qué había ocurrido. No sabía que se me notaba en la cara, pero le permití que me trajera una copa. Me senté a bebería, y seguí preguntándome sobre la hazaña de Regis en la Cámara de Cristal. Había asustado a Beltrán. Pero probablemente, no lo suficiente.

No creía que Beltrán tuviera muchas ganas de lanzar los Dominios a la guerra. Sin embargo, conocía su imprudencia, y no creía que pudiéramos confiar en su cautela. Al menos no si estaba en juego su orgullo, el orgullo de Aldaran.

-Tú escuchas los chismes de los criados -le dije a Andrés-: dime, ¿se ha instalado Beltrán en las habitaciones de Aldaran, aquí en el Castillo Comyn?

Andrés asintió escuetamente, y esperé a que Beltrán las hubiera encontrado llenas de gusanos y piojos, ya que habían estado vacías desde las Eras de Caos. El hecho de que nunca se les hubiera dado otro uso hablaba a favor del Comyn.

Andrés permaneció cerca, y gruñó:

- ¡Espero que no pienses ir a visitarle!

No lo pensaba. Sólo había una manera en el mundo de que yo me acercara alguna vez a mi primo, y era si me llevaban encadenado. Ya me había traicionado antes: no le daría otra oportunidad. Hundido en la desdicha del momento, confieso que por un momento jugué con la idea de la huida que Dan Lawton me había ofrecido, en la Zona Terrana, para ocultarme allí fuera del alcance de

Sharra. Pero aquélla no era una respuesta, y además dejaría a Regis y Callina a merced de aquella cosa incomprensible que estaba ocurriendo en el Comyn.

No estaba completamente solo. Pensar en Callina me reconfortó. Había jurado protegerla. Y todavía no había hablado a solas con mi pariente Linnell, salvo junto a la tumba de mi hermano. En la víspera de la Noche del Festival es cuando exige la tradición que en todos los Dominios se envíen a las mujeres de la familia presentes de frutas y flores. Ni las casas más modestas de Thendara estarían mañana sin un puñado de flores del jardín o frutas secas destinadas a las mujeres de la familia, y yo no me había acordado de enviarle un regalo a Linnell. Lo cierto es que había estado demasiado tiempo lejos de Darkover.

Habría vendedores de flores y frutas en los mercados de la Ciudad Vieja, pero cuando me dirigía hacia la puerta vacilé, otra vez poco dispuesto a dejarme ver. Maldición, durante el tiempo que había vivido con Dio, casi había olvidado mi rostro surcado de cicatrices, la mano que me faltaba, y ahora me comportaba como si acabaran de mutilarme. ¡Dio! ¿Dónde estaba Dio? ¿De veras habría escuchado su voz en la Cámara de Cristal? Me dije con toda seriedad que no tenía importancia. Que Dio estuviera aquí o en otra parte no importaba: si ella elegía no volver a mí, yo la había perdido de todos modos. Pero aún así no pude obligarme a bajar la escalera del enorme castillo ni a ir a la Ciudad Vieja bajo la mirada de la condenadamente mal llamada Guardia de Honor de Beltrán.

Algunos de ellos me reconocerían, me recordarían...

Finalmente, odiándome por el fracaso le dije a Andrés que se encargara de enviarle algunas flores a Linnell mañana. ¿Debía enviarlas algunas a Dio también? La verdad es que no conocía las cortesías adecuadas para la ocasión. Sabía que en el Imperio, una esposa y un es-

poso separados podían encontrarse cortésmente. Aquí en Darkover, eso era inconcebible. Bien, ahora estaba en Darkover, y si Dio no quería nada de mí, era probable que tampoco quisiera un regalo de Festival. Con creciente amargura, pensé: *Tiene a Lerrys para que le envíe frutas y flores.* Si Lerrys hubiera estado ante mí en aquel momento, creo que le habría golpeado. Pero ¿qué hubiera arreglado con eso? Nada. Al cabo de un momento, tomé una capa y me la eché sobre los hombros. Pero cuando Andrés me preguntó adonde iba, no supe qué contestar.

Mis pies me llevaron hacia abajo, a los patios y jardines amurallados, por zonas poco familiares del castillo. Llegué a encontrarme en un vestíbulo bajo los abandonados departamentos de Aldaran, abandonados durante toda mi vida, hasta ahora. Una parte de mí deseaba entrar y enfrentarse a Beltrán, preguntarle... ¿preguntarle qué? No lo sabía. Otra parte de mí deseaba desesperadamente cruzar la ciudad, buscar refugio en la Zona Terrana y después... ¿después qué? No podía salir de Darkover, no mientras la matriz de Sharra estuviera aquí. Lo había intentado. Y había vuelto a intentarlo. Eso significaría la muerte, una muerte que no sería rápida ni fácil.

Tal vez estaría mejor muerto, aun de esa muerte, si con ello podía liberarme de Sharra... y una vez más, me pareció que la Forma de Fuego rugía ante mis ojos. Un estremecimiento en mi sangre, de frío terror y furia, llamas devastadoras corriendo por mis venas...

No, esto era real. Me puse tenso y miré las montañas más allá de la ciudad.

En algún lugar, allí, ardían llamas extrañas, una increíble matriz de noveno nivel distorsionaba el espacio, una puerta se abría y el fuego corría por mis venas. Había fuego ante mis ojos, fuego en mi cerebro.

¡No! No estoy seguro de no haber soltado aquella

furiosa negativa en voz alta; y si lo hice nadie me oyó, pero oí los ecos que reverberaban en el patio y lenta, lentamente volví a la realidad. En algún lugar, allí, Kadarin andaba suelto, y la matriz de Sharra con él, y Thyra, a quien yo odiaba, amaba, deseaba y temía... Pero moriría antes de permitir que me arrastraran otra vez a eso. Y con deliberación, luchando contra la voz que sonaba en mi mente, levanté el muñón y lo golpeé con dureza contra la piedra. El dolor fue increíble. Me hizo jadear y los ojos se me llenaron de lágrimas, pero el dolor era real, nervios y músculos y huesos ultrajados, no un fuego fantasma que rugía en mi cerebro. Apreté los dientes y volví la espalda a las montañas, a aquella voz, a aquel canto de sirenas que latía seductoramente en mi mente, y volví al castillo.

Callina. Callina podría ahuyentar a aquellos demonios de mi cerebro.

Llevaba años sin pisar el ala del Castillo que pertenecía a los Aillard. No había estado allí desde que era niño. Un criado silencioso me atendió, se las arregló para no parpadear más de una vez ante la ruina de mi rostro. Me condujo a una sala de recepción donde, según dijo, encontraría a *Domna* Callina, y a Linnell con ella.

La habitación era espaciosa e iluminada, llena de sol y de cortinas de seda, y en los nichos crecían plantas verdes y flores, como en un jardín interior. Resonaban las suaves notas de un arpa. Linnell estaba tocando el *rryl.* Pero al verme entrar, dejó el instrumento a un lado y corrió hacia mí, y me abrazó y besó con los privilegios de una hermana de crianza. Luego dio un paso atrás, vacilando, al tocar el muñón de mi brazo.

-Está bien-dije-. No me hace daño. No te preocupes, hermanita. -La miré sonriente. Era la única persona en el mundo que verdaderamente me había dado la bienvenida, pensé; la única que no había pensado en el posible significado de mi regreso. Hasta Marius había tenido que pensar lo que eso significaba en términos de su derecho al Dominio. Hasta Jeff: tal vez hubiera tenido que abandonar a Arilinn y ocupar su lugar en el Concejo.

-Tu pobre mano -exclamó Linnell-. ¿Los terranos no pudieron hacer nada por ella?

No quería hablar de eso ni siquiera con Linnell.

-No mucho -dije-, pero tengo una mano mecánica que uso cuando no quiero que se fijen en mi. La usaré para bailar contigo la Noche del Festival, ¿sabes?

-Sólo si lo deseas -contestó ella con seriedad-. No me importa lo que parezcas, Lew. Siempre eres el mismo para mí.

La estreché entre mis brazos, reconfortado tanto por su sonrisa de aceptación como por sus palabras. Supongo que Linnell era una mujer bella. Nunca pude verla más que como la pequeña hermanita de crianza con la que había cabalgado con desenfreno por las montañas. La había castigado por romper mis juguetes o por tomarlos prestados sin permiso, la había consolado cuando lloraba por un dolor de muelas.

-Estabas tocando el *dril* -dije-. Toca para mí. ¿Quieres?

Volvió a tomar el instrumento y empezó a tocar la balada de Hastur y Cassilda:

Las estrellas se reflejan en la costa,

Oscuro estaba el solitario páramo;

En silencio las rocas, las piedras y los árboles.

La hija de Robardin sola caminaba,

Con red de oro entre las manos

En reluciente huso defiero resplandor...

Había escuchado a Dio cuando la cantaba, aunque no tenía mucha voz. Me pregunté dónde estaría Callina. Debía hablar con ella.

Linnell hizo un gesto, y en un nicho más allá de la chimenea vi a Callina y a Regis Hastur, sentados en un mullido diván, y tan absortos en su conversación que ninguno de los dos me había oído entrar. Sentí un momentáneo arrebato de celos, parecían estar tan cómodos, tan tranquilos... Entonces Callina levantó los ojos y me sonrió, y supe que no tenía nada que temer.

Se acercó a mí. Deseé tomarla en mis brazos, con ese abrazo que era algo más que el que le hubiera dado a una parienta. Pero ella extendió la mano y me rozó la muñeca, el roce suavísimo con el que me hubiera recibido una Celadora en activo, y con ese gesto automático, la frustración se interpuso entre nosotros como una espada desenvainada.

Una Celadora. Nunca debía ser tocada, deseada, ni siquiera con el pensamiento.

Furiosa frustración y, al mismo tiempo, confirmación. Así es como me habría saludado si ambos hubiéramos estado de nuevo en Arilinn, donde yo había sido tan feliz. Aunque hubiéramos sido amantes declarados durante años, ella sólo me hubiera tocado así.

Pero nuestras miradas se cruzaron, y me dijo con gravedad:

-Ashara te recibirá, Lew. Creo que es la primera vez en más de una generación que ha accedido a hablar con alguien del exterior. Cuando le dije lo de la matriz de Sharra, me dijo que te llevara ante ella.

-A mí también me gustaría hablar con ella -dijo Regis-. Tal vez sepa algo del Don de Hastur...

Pero se interrumpió al ver la expresión fría y ceñuda de Callina.

-No ha pedido verte. Ni siquiera yo puedo llevarle a nadie que ella no haya aceptado.

Regís se sometió como si le hubiera golpeado. Parpadeé y contemplé atónito a esta nueva Callina, la inexpresiva máscara que cubría su rostro, los ojos y la voz de una fría y pétrea desconocida. Sólo duró un momento, y luego volvió a ser la Callina que yo conocía, pero ya había visto la otra, y me sentí desconcertado y perplejo. Hubiera querido decir algo más, asegurarle a Regis que le pediríamos a la vieja *leronis* que le concediera una audiencia, pero Linnell volvió a reclamar mi atención:

- ¿Vas a llevártelo de inmediato? ¿Cuando hace tantos años que no nos vemos? ¡Lew, debes contarme cosas de Terra, de los mundos del Imperio!

-Ya habrá tiempo para eso, no te preocupes -dije, sonriendo, mirando la luz que se esfumaba-. Hay día para rato, pero no hay nada bueno que contar de Terra, *chiya.* No tengo buenos recuerdos. La mayor parte del tiempo me la pasé en hospitales. -Y al decirlo recordé otro hospital en el que yo no había sido paciente, sino Dio, y a una cierta joven enfermera, de pelo oscuro y expresión dulce-. ¿Sabías, Linnie...? No, por supuesto que no puedes saberlo. Tienes una doble perfecta en Vainwal, tan perfecta a ti que al principio la llamé por tu nombre, ¡creí que eras tú!

- ¿De veras? ¿Cómo era?

-Oh, eficiente, competente, hasta su voz se parecía a la tuya.

Pero entonces me detuve, recordando el horror de aquella noche, la forma espantosamente deforme, monstruosa, que hubiera sido mi hijo. Estaba fuertemente amurallado, pero Linnell vio el dolor reflejado en mi rostro, y extendió la mano para acariciarme la mejilla surcada de cicatrices.

-Hermano de crianza -exclamó, dando a la palabra la inflexión íntima que la convertía en un término afectivo-, no hables de hospitales, ni de enfermedad, ni de dolor. Ahora ya ha pasado, y estás aquí con nosotros. No pienses en eso.

-Y aquí en Darkover tenemos suficientes problemas para que te olvides de los que hayas tenido en el Imperio -añadió Regis, con una sonrisa preocupada, reuniéndose con nosotros ante la ventana, donde el sol se esfumaba, detrás de las nubes crepusculares-. El Concejo no ha sido clausurado como es debido. No creo que la cosa quede así. Por lo menos, no por parte de Beltrán.

Callina se estremeció al escuchar el nombre. Miró las nubes con expresión impaciente.

-Vamos, no debemos hacer esperar a Ashara.

Un criado la envolvió en un chal que era como una sombra gris. Bajamos las escaleras, pero en el primer recodo, algo me obligó a mirar hacia atrás. Allí estaba Linnell, enmarcada por la luz que salía de la puerta abierta, con reflejos cobrizos en su pelo castaño, el rostro grave y sonriente. Y por un momento, aquella sensación de desfase temporal que caracteriza al Don de Alton, una chispa tal vez de precognición que había heredado de mi sangre aldarana, me hizo mirarla desenfocada, mientras el pasado, el presente y el futuro se derrumbaban. Vi una sombra que caía sobre Linnell, y tuve una terrible certeza...

Linnell estaba condenada... La misma sombra que había oscurecido mi vida caería sobre Linnell, y la cubriría, y la engulliría.

-Lew, ¿qué ocurre?

Parpadeé, y me volví hacía Callina, que se hallaba a mi lado. La certeza, aquel loco momento en que mi mente se había desfasado del tiempo, ya desaparecía como un sueño con la luz del día. La confusión, el sentimiento trágico, permanecían. Quería subir corriendo la escalera, tomar a Linnell en mis brazos, como si pudiera protegerla de la tragedia. Pero cuando volví a mirar hacía arriba, la puerta estaba cerrada y Linnell había desaparecido.

Pasamos bajo una arcada y salimos a un patio. Caía la lluvia ligera del principio de verano, y aunque en esta época del año no se convertiría en nieve, había algunas ráfagas de aguanieve. Las luces de la Ciudad Vieja empezaban a esfumarse, o no lograban atravesar la niebla, pero más allá, al otro lado del valle, las brillantes luces de neón de la Ciudad Comercial lanzaban llamativas sombras rojas y anaranjadas sobre las nubes bajas. Fui hasta el balcón que daba al valle y me quedé allí, sin prestar atención a la lluvia que caía sobre mi rostro. Dos mundos se extendían ante mí, y sin embargo, no pertenecía a ninguno de ellos. ¿Habría algún mundo, en aquel Imperio que abarcaba las estrellas, donde pudiera sentirme en mi casa?

-Esta noche me gustaría estar allá abajo -dije con voz cansina-, o donde sea, pero no aquí en este castillo infernal.

- ¿Incluso en la Zona Terrana? -Incluso allí.

- ¿Por qué no estás allí, entonces? Nada te retiene aquí -dijo Callina, y ante esas palabras, me volví hacia ella. Su capa flotaba al viento como una bruma fina, y la tomé en mis brazos. Por un momento, asustada, se quedó rígida y reticente en mis brazos. Después se relajó y se aferró a mí. Pero sus labios eran fríos e indiferentes como los de una criatura bajo mi beso exigente, y eso me devolvió a la realidad, con el shock del *deja vu... En algún sitio, alguna vez, en un sueño o en la realidad, esto había ocurrido antes, incluso las ráfagas de lluvia azotando nuestros rostros...* Ella también lo percibió, e interpuso sus manos, retirándose con suavidad. Pero después dejó caer la cabeza sobre mi hombro.

- ¿Y ahora qué, Lew? Por Avara misericordiosa, ¿ahora qué?

No lo sabía. Finalmente hice un gesto en dirección a los reflejos rojizos de neón de la Ciudad Comercial.

-Olvida a Beltrán. Cásate conmigo. Ahora. Esta noche, en la Zona Terrana. Enfréntate al Concejo con un hecho consumado, y deja que lo mastiquen y se lo traguen, déjales que resuelvan sus propios problemas, en vez de ocultarse tras las faldas de una mujer y ¡que no piensen ya que pueden resolver sus problemas con un matrimonio!

-Si me atreviera... -susurró, y a través de la voz inexpresiva de la Celadora entrenada, sentí las lágrimas que ella había aprendido a no derramar. Pero suspiró y volvió a alejarse con reticencia-. Puedes olvidar a Beltrán -dijo-, pero no desaparecerá porque no estemos nosotros. Tiene un ejército a las puertas de Thendara, armado con armas terranas. Y además de eso -vaciló, reticente, antes de proseguir-: ¿Podemos olvidar con tanta facilidad a... Sharra?

Esa palabra me arrebató de mi ensoñación de paz. Por primera vez en muchos años, Sharra ni siquiera había sido en mi mente un susurro maligno. En sus brazos, había conseguido olvidarla. Callina podía estar atada a la Torre por sus votos de Celadora, pero tampoco yo estaba libre. En silencio, volví la espalda al espectáculo de las dos ciudades gemelas que se extendían a mis pies, y permití que me guiara por otro tramo de escaleras y por una serie de patios aislados, hasta que al final me perdí en el laberinto del Castillo Comyn.

Los dos perdidos en el laberinto que nuestros antepasados habían construido para nosotros.

Pero Callina avanzaba con toda seguridad por laberínticos corredores, y al final me hizo entrar por una puerta donde las escaleras subían, después por otra puerta oculta, y permanecimos muy juntos mientras, lentamente, el ascensor empezaba a elevarse.

Esta Torre -según cuenta la historia- fue construida para la primera Celadora del Comyn, cuando Thendara era tan sólo una aldea de cabañas de paja al pie de la primera de las Torres. Se remontaba a nuestro pasado más remoto, a los días en que los padres del Comyn se acoplaban con los *chieri y daban* a nuestro linaje extraños poderes no humanos, *y* los Dioses caminaban por la faz del mundo mezclándose con los humanos; Hastur que era hijo de Aldones, que era hijo de la luz... Me dije que no debía ser supersticioso. Esta Torre era antigua, sí, y aquí sobrevivían algunas maquinarias de las Eras del Caos, y punto. Los ascensores que se movían por sí solos, sin ninguna energía que yo pudiera identificar, eran absolutamente comunes en la Zona Terrana. ¿Por qué entonces, deberían asustarme aquí? Entre los muros flotaba el olor de los siglos, en las sombras que pasaban, como si a medida que ascendíamos, nos internáramos cada vez más profundamente en las Eras del Caos, y antes... Finalmente el ascensor se detuvo, y nos encontramos ante un pequeño panel de vidrio que emitía luces azules y que resultó ser una puerta.

No vi picaporte ni pomo, sino que Callina extendió la mano, y la puerta se abrió. Entramos... en el azul.

Azul, como el corazón vivo de una gema, como las profundidades de un lago translúcido, como las honduras del cielo terrano al mediodía. Azul a nuestro alrededor, debajo, por encima de nosotros. Luces extrañas reflejadas por espejos y prismas de tal manera que la habitación parecía tener no dimensiones, sino que podía ser a la vez inconmensurablemente grande y terriblemente confinada. Me asusté, sintiendo que había espacios inmensos debajo, por encima de mí, sentí el primitivo miedo a la *cuida.,* pero Callina se desplazó con toda segundad por el azul.

- ¿Eres tú, hija... y tú, hijo mío? -dijo una voz queda y clara, como agua invernal corriendo bajo el hielo-. Acercaos. Os estaba esperando.

Entonces, y sólo entonces, en la escarchada luz diurna, pude enfocar mis ojos en el azul para distinguir la gran caverna del trono de vidrio, y la pálida figura de una mujer sentada allí.

No sé por qué había pensado que para esta audiencia formal, Ashara llevaría puestas las ropas de color carmesí, su vestimenta ceremonial de Celadora. En cambio, usaba ropas que absorbían *y* reflejaban la luz, por lo que era casi invisible: una diminuta figura erguida, no más alta que una niña de doce años. Sus facciones eran descarnadas y puras, tan tersas como las de Callina, como si la mano misma del tiempo hubiera borrado de allí sus marcas. Los ojos, grandes y almendrados, también eran incoloros, aunque bajo una luz más normal podrían haber sido azules. Había una leve e indefinible semejanza entre la Celadora joven y la vieja, como si Ashara fuera una Callina increíblemente más vieja, o Callina un embrión de Ashara, todavía no envejecida pero ya con el germen de esa translúcida invisibilidad. Empecé a creer que todas aquellas historias eran ciertas; que Ashara era inmortal, y que había vivido aquí, inalterada, mientras los mundos y los siglos pasaban sin tocarla...

- ¿Así que has estado más allá de las estrellas, Lew Alton? -me dijo.

No sería justo decir que su voz era áspera. Ni siquiera era lo bastante humana como para decirlo. Distante, increíblemente remota, eso era todo. Sonaba como si el esfuerzo de conversar con personas reales, vivas, fuera demasiado para ella, como si nuestra llegada hubiera perturbado la cristalina paz en la que vivía.

Callina-acostumbrada a esto, o eso supuse-, murmuró:

-Tú ves todas las cosas, Madre Ashara. Sabes a qué debemos enfrentarnos.

Una chispa de emoción pasó como un relámpago

por el rostro sereno que pareció solidificarse, hacerse menos transparente, más real.

-Ni siquiera yo puedo ver todas las cosas. Ahora ya no tengo poder, fuera de este lugar.

-Sin embargo, ayúdanos con tu sabiduría, Madre -murmuró Callina.

-Haré lo que deba hacer-contestó remotamente. Hizo un gesto. A sus pies había un banco transparente (de vidrio o de cristal), que no había notado antes, y me pregunté por qué. Tal vez no había estado allí, o tal vez ella lo había conjurado. Nada me habría sorprendido ya.

-Siéntate y cuéntame.

Con un gesto, indicó mi matriz.

-Dámela -ordenó-, y déjame ver.

Ahora, al recordarlo, al contarlo, me pregunto si aquello ocurrió realmente o si fue un sueño extraño que encubría la realidad. Un telépata, aun un telépata entrenado en Arilinn, simplemente no hace lo que yo hice entonces: sin pensar siquiera en protestar, me quité la bolsita de cuero con la mano sana, manipulé con torpeza los envoltorios de seda, y se la entregué sin que se me ocurriera resistirme. Simplemente, se la puse en la mano.

Y la primera ley de un telépata es ésta: nadie debe tocar una matriz sintonizada, salvo la propia Celadora, y sólo después de un prolongado período de sincronización y de combinación de resonancias. Pero allí estaba, sentado a los pies de la vieja hechicera, y le entregué la matriz sin detenerme a pensar, aunque una parte de mí se preparó para un terrible dolor. Recordaba que cuando Kadarin me había despojado de la matriz, había entrado en convulsiones. Pero nada ocurrió. Parecía como si la matriz estuviera a salvo, colgando de mi cuello.

Y me quedé ahí, tranquilamente sentado, mirándola.

En lo profundo del casi invisible azul de la matriz, había fuegos, luces extrañas. Vi el centelleo del fuego, y el gran resplandor rugiente: ¡Sharra! No la Forma de Fuego que nos había asustado en el Concejo, sino la Diosa misma, rugiendo con sus llamas... Ashara agitó la mano y la imagen desapareció.

-Sí-dijo-, hace mucho que conozco esa matriz, y la tuya ha estado en contacto con ella, ¿verdad? Agaché la cabeza. -Ya lo has visto -respondí. - ¿Qué podemos hacer? ¿Hay alguna manera de defendernos?

Con un gesto, hizo callar a Callina. -Ni siquiera yo puedo alterar las leyes de la energía y la mecánica -dijo.

Al mirar la habitación, a mi alrededor, no me sentí tan seguro. Como si hubiera captado mis pensamientos, me dijo:

-Me gustaría que supieras menos de la ciencia de los terranos, Lew. - ¿Porqué?

-Porque buscas causas, explicaciones, la falacia de que cada acontecimiento debe estar precedido de una causa. La mecánica de matrices es la primera ciencia no causal -explicó, y pareció que había captado esa expresión técnica terrana del aire, o de mi mente-. Tu propia búsqueda de la estructura, de la causa y de la realidad produce la causa que buscas, pero no es la verdadera, ¿entiendes lo que quiero decirte?

-No mucho -confesé. Había sido entrenado para pensar en una matriz como en una máquina, una máquina simple pero efectiva, destinada a amplificar los impulsos psi y la energía eléctrica del cerebro y la mente.

-Pero eso no deja lugar para cosas como Sharra -prosiguió Ashara-. Sharra es una Diosa muy real. No, no sacudas la cabeza. Tal vez podrías llamar a Sharra un demonio, aunque es tanto un demonio como Aldones es un Dios. Hay entidades, que no proceden de este ordinario mundo tridimensional en el que habitas. A tu mente le resultaría más fácil pensar en ella como Dioses y Demonios, y en tu matriz, y en la matriz de Sharra, como talismanes destinados a invocar estos demonios, o a eliminarlos. Son entidades de otro mundo, y la matriz es la puerta de acceso que las trae aquí. Sabes eso, o lo has sabido alguna vez, cuando lograste cerrar esa entrada durante un tiempo. Y por cada invocación, Sharra tendrá su sacrificio: así tuvo tu mano, y Marjorie ofrendó su vida.

- ¡No sigas! -exclamé, con un estremecimiento.

-Pero hay un arma mejor para eliminar-dijo Ashara-. Lo que dice la leyenda...

-Sharra fue encadenada -murmuró Callina-, por el hijo de Hastur, que era Hijo de Aldones que era Hijo de la luz...

-Tonterías -exclamé con audacia-. ¡Supersticiones:

- ¿Eso crees? -Ashara pareció advertir que aún tenía mi matriz. Me la devolvió despreocupada, y la envolví con la seda y la coloqué en su bolsita de cuero, en el cordón que colgaba de mi cuello-. ¿Y qué piensas de la espada de sombra?

También aquello era leyenda. Linnell había cantado esta noche sobre la época en que Hastur caminaba por las orillas del lago, y amaba a la Bendita Cassilda. La leyenda contaba los celos de Alar, que había forjado una espada de sombra en su forja mágica, una espada destinada a eliminar, no a matar. Atravesado por esa espada, Hastur debía regresar a sus reinos de luz. Pero la leyenda relataba cómo Camilla, la condenada, había ocupado el lugar de Cassilda en los brazos de Hastur, y había recibido la hoja de la espada en su corazón, enviada así por siempre a los reinos de la luz...

--La matriz de Sharra -dije, vacilando- está oculta en la empuñadura de una espada; es una tradición, porque es sólo un arma.

- ¿Qué crees que le ocurriría a quien fuera herido con esa espada? -preguntó Ashara.

No lo sabía. Nunca se me había ocurrido que la espada *de Sharra pudiera utilizarse como una espada,* aunque *había* cargado con aquella condenada cosa a través de media Galaxia. Era sólo el estuche que habían hecho los forjadores para ocultar la matriz de Sharra. Pero descubrí que no me apetecía pensar en qué le ocurriría al que fuera atravesado por una espada poseída y dominada por la matriz de Sharra.

-Entonces -prosiguió Ashara-, empiezas a comprender. Tus antepasados sabían mucho de estas espadas. ¿Has oído hablar de la Espada de Aldones?

-Sí... es una vieja leyenda. Está oculta entre los objetos sagrados de Hali --dije-, hechizada para que nadie de sangre Comyn pueda acercarse a ella, ya que sólo debe desenvainarse cuando esté próximo el final del Comyn, y el gesto de desenvainarla implicaría el fin de nuestro mundo.

-La leyenda ha cambiado, sí -dijo Ashara, con algo que, en un rostro más sólido, más humano, hubiese sido una sonrisa-. Supongo que sabes más de ciencias que de leyendas. Dime, ¿qué es la Ley de Cherilly?

Era la primera ley de la mecánica de matrices. Afirmaba que nada era único en el espacio y el tiempo; que cada objeto del universo tenía un solo duplicado exacto, y sólo uno, salvo las matrices; que cada matriz era absolutamente única, y por lo tanto, cualquier intento de duplicarla la destruiría, a ella y al presunto duplicado.

-La Espada de Aldones es el arma contra Sharra -dijo Ashara.

Pero yo sabía lo suficiente de las cosas sagradas de Hali como para saber que, si la Espada de Aldones estaba oculta allí, era lo mismo que si estuviera en otra Galaxia, y así lo dije.

En Darkover hay cosas así: no pueden destruirse, pero son tan peligrosas, que ni siquiera el Comyn o una Celadora pueden tenerlas.

Y todo el ingenio de las grandes mentes de las Eras del Caos se había dedicado a ocultarlas, de tal manera de que no hicieran peligrar a nadie.

El *rhu fead,* la sagrada Capilla de Hali... Todo lo que quedaba de la Torre de Hali, incendiada hasta los cimientos durante las Eras del Caos, era un escondite. La Capilla misma estaba protegida como el Velo de Arilinn. Nadie que no fuera de sangre Comyn podía traspasar el Velo. Está tan hechizado y protegido con matrices, y con tantas trampas, que si cualquiera ajeno al Comyn, o carente de su sangre, intentara entrar, su mente sería despojada de todo y quedaría desnuda. Cuando entrara, se convertiría en un idiota sin sentido suficiente para saber o recordar el motivo que-lo había llevado hasta allí.

Pero dentro de la Capilla, los Comyn de hacía mil años habían puesto los objetos a salvo para siempre. La manera de protegerlos era totalmente opuesta. Un extraño podía tomarlos libremente, pero no podía en absoluto tener acceso a la Capilla. Nadie de sangre Comyn podía ponerles la mano encima sin sufrir una muerte instantánea.

-Todos los tiranos sin escrúpulos, durante los mil años del Comyn -comenté-, han intentado conseguirla.

-Pero ninguno tuvo a una Celadora de su lado -dijo Ashara.

- ¿Un terrano? -preguntó Callina. -Que no haya sido criado en Darkover -respondió Ashara-. Un extraño que no sepa nada de las fuerzas que hay aquí. Al estar su mente sellada contra todas

las fuerzas que hay, ni siquiera sabría que existen. Pasaría a través de ellas, protegido por la ignorancia.

-Maravilloso -dije con acento sarcástico-. Lo único que tengo que hacer es recorrer treinta o cuarenta años luz hasta llegar a algún planeta y forzar o convencer a alguien para que regrese conmigo aquí, sin contarle nada para que no sepa de qué debe tener miedo, después imaginar una manera de hacerle entrar en la Capilla sin que se convierta en un idiota... ¡y esperar que me entregue la Espada de Aldones en cuanto la tenga en su pequeña mano entusiasta!

Los ojos incoloros de Ashara emitieron un brillo despectivo, y de repente me sentí avergonzado de mi sarcasmo.

- ¿Has estado en el laboratorio de matrices de aquí? ¿Has visto la pantalla?

Recordé, y de pronto supe qué era: uno de los casi legendarios transmisores psicokinéticos. *Instantáneamente, a través del espacio, tal vez a través del tiempo...* - ¡Eso no se ha hecho durante cientos de años! -Sé lo que puede hacer Callina -dijo Ashara con su extraña sonrisa-. Y yo estaré allí...

Se incorporó, nos tendió las manos. Tocó la mía. La suya era fría como la de un cadáver, como la superficie de una gema. Su voz sonó queda, y por un momento, casi amenazante. -Callina...

Callina retrocedió ante el contacto y no sé por qué, aunque su rostro conservaba la impasible quietud de una Celadora, me pareció que lloraba. - ¡No! -exclamó.

-Callina... -La voz queda era suave, inexorable. Lentamente, Callina extendió sus manos, permitió que la tocáramos, que nuestras manos se unieran.

La habitación se desvaneció. Flotamos, insondablemente sumergidos en el azul, en el espacio inconmensurable; en una vacuidad como un espacio sin estrellas, grandes y desnudos abismos de nada. En Arilinn me habían enseñado a dejar atrás mi cuerpo, a ir al supramundo de la realidad, donde no hay cuerpo, donde sólo existimos como pensamientos que crean formas con la nada del universo, pero aquélla no era ninguna de las regiones del supramundo que yo conocía. Floté sin cuerpo, en medio de una bruma móvil. Después la vacuidad entre las estrellas se cargó con una chispa, y un resplandor de fuerza, una corriente de vida me nutrió; podía percibirme como una red de nervios vivos, como un encaje de fuerza viva. Volví a sentir la mano que me habían amputado; sentía cada nervio y cada tendón.

Entonces, de repente, en el vacío, un rostro se dibujó en mi mente.

No puedo describirlo, aunque ahora sé qué era. Lo vi tres veces en total. No hay palabras humanas para describirlo. Era bello, más allá de lo imaginable, pero no estaba al alcance de cualquier concepción. Ni siquiera era maligno, no al menos tal como los hombres conciben el mal en esta vida; ni siquiera era lo bastante humano. Era... condenable. Durante sólo una fracción de segundo, ardió detrás de mis ojos, pero supe que había mirado directamente a través de las puertas del infierno.

Luché por volver a la realidad. Volvía a estar en la habitación azul y helada de Ashara, si es que había salido de ella. Las manos de Callina seguían aferrando las

mías, pero Ashara había desaparecido. El trono de vidrio estaba vacío, y cuando volví a mirarlo, el trono mismo también había desaparecido, desvaneciéndose en el centelleo espejeante de la habitación. ¿Había estado allí Ashara? Me sentí mareado, desorientado, pero Callina se tambaleó contra mí y la sujeté, y el contacto de su cuerpo desmayado en mis brazos me hizo volver súbitamente a la realidad. El roce de sus suaves vestidos,

de su pelo contra mi mano, pareció tocarme algún nervio en carne viva.

La acerqué a mí, enterré el rostro en su hombro. Desprendía un olor cálido y dulce, una fragancia sutil, no un perfume, una esencia, o un cosmético, sino tan sólo el suave olor de su piel, que me mareó. Quería seguir abrazándola, pero abrió los ojos y rápidamente recuperó la compostura, se irguió y se alejó de mí. Agaché la cabeza. No me atrevía a tocarla, y no lo haría en contra de su voluntad, pero por un enloquecedor momento, la deseé más que a cualquier otra mujer viviente. ¿Era solamente porque era Celadora, y estaba por lo tanto fuera de mi alcance? Volví a erguirme, frío y dolorido, con el rostro helado por el contacto contra su corazón, pero una vez *más, había recobrado el control.* Ella parecía impasible, ajena al torrente de sentimientos que rugía en mí. Por supuesto, era una Celadora, le habían enseñado a mantenerse más al margen de todo esto, a ser inmune a la pasión.

-Callina -dije-, prima, perdóname. Un asomo de sonrisa se dibujó en su rostro. -No tiene importancia, Lew. Querría... -No dijo el resto, pero me di cuenta de que no era tan ajena a mi propio tormento como había creído-. Soy sólo un ser humano -dijo, y una vez más, el ligerísimo roce sobre mi muñeca, el roce de una Celadora, me tranquilizó. Era como una promesa, pero nos separamos, sabiendo que la barrera debía permanecer entre nosotros. - ¿Dónde está Ashara? -pregunté. Una vez más sus labios esbozaron una levísima sonrisa.

-Será mejor que no me lo preguntes -murmuró-. Nunca creerías la respuesta.

Fruncí el ceño y de nuevo aquella terrible semejanza me perturbó, la quietud de Ashara en el sereno rostro de Callina. Sólo podía suponer cuál era el vínculo que

existía entre ambas Celadoras. Abruptamente, Callina se dirigió hacia una puerta invisible y nos encontramos fuera, en el rellano de piedra maciza y me pregunté si aquella habitación de helado azul había existido, o si todo había sido algún sueño extraño.

Un sueño, pues yo estaba sano y tenía dos manos...

Había ocurrido algo. Pero no sabía qué podía haber sido.

Volvimos a la Torre por otro camino, y seguí a Callina por la cámara de emisoras, hasta la habitación colmada de los extraños y misteriosos artefactos de las Eras del Caos. Hacía calor, así que me quité la capa y dejé que la calidez inundara mi cuerpo helado y mi brazo dolorido, mientras Callina se movía con suavidad por el laboratorio, ajustando unos reguladores especialmente modulados, hasta que por fin indicó con un gesto el enorme y resplandeciente panel de vidrio, cuyas profundidades me recordaron el cuarto azul-hielo de Ashara. Miré fijamente, frunciendo el ceño, las nubosas profundidades. ¿Hechicería? ¿Leyes desconocidas, ciencias no causales? Todo aquello se fundía y convertía en uno. El Don que yo llevaba en la sangre, la cosa extraña en mi herencia que me convertía en Comyn, telépata, *laranzu,* técnico en matrices... Para esas cosas había sido engendrado y entrenado, ¿por qué habría de temerlas? Sin embargo, tenía miedo, y Callina lo sabía.

Había sido entrenado en Arilinn, la más vieja y poderosa de las Torres, y había oído algo -no mucho- acerca de las pantallas como ésta. Era un duplicador, transmitía el patrón deseado, capturaba las imágenes y las realidades que había detrás de ellas. No, es imposible de explicar, no sabía -ni sé- lo suficiente acerca de esas pantallas. Ni siquiera cómo se operaban, pero supuse que Callina sí lo sabía y que yo sólo estaba allí para darle la fuerza del

Don de Alton, para darle poder tal como, la idea me heló la sangre, como le había dado poder a Sharra. Bien, era justo, poder por poder, reparación a cambio de traición. Sin embargo, estaba inquieto. Había permitido que Kadarin me utilizara para activar a Sharra sin conocer demasiado los peligros, y aquí estaba, repitiendo el mismo error. La diferencia era que me habían confiado a Callina. Pero también eso me asustaba. En otro tiempo, también había confiado en Kadarin, le había llamado amigo, hermano juramentado, *bredu.* Una vez más me detuve. Tenía que confiar en Callina, no tenía otra opción. Fui ante la pantalla.

Con ese aumento, pude buscar, con mis fuerzas telepáticas incrementadas cien veces, mil veces, a alguien con las características que necesitábamos. De todos los millones y billones de mundos del espacio y el tiempo, en alguna parte había una mente como la que queríamos, con cierta conciencia... y una cierta falta de conciencia. Con la pantalla podíamos sintonizar las vibraciones de esa mente con este tiempo y espacio particulares; aquí, ahora, entre los dos polos de la pantalla. Con el espacio aniquilado por la matriz, podíamos desplazar los... bien, los llamados *energones,* que es un nombre tan bueno como cualquier otro... desplazar los energones de esa mente y de su cuerpo correspondiente, y traerlos aquí. Mi mente jugaba con palabras tales como transmisor de energía, hiperespacio, viaje dimensional, pero eran tan sólo palabras. La pantalla era la realidad.

Me dejé caer en una de las sillas, frente a la pantalla, especulando con una calibración que me permitiera combinar las resonancias entre Callina y yo, más precisamente, entre su matriz y la mía.

-Tendrás que desconectar la pantalla de monito-reo, Callina -dije, sin levantar la vista, y ella asintió. -Hay una conexión puente en Arilinn.

Tocó los controles, y la superficie del monitor, una pantalla espejada -grande pero de la mitad del tamaño de la gigantesca pantalla que se hallaba ante mí- parpadeó y se oscureció, eliminando a todas las matrices de Darkover monitorizadas por aquel canal. Un enrejado sonó, emitiendo una pequeña señal, como un *staccato.* Callina escuchó con toda atención algo que yo no pude captar; el mensaje no era audible, y además estaba muy ocupado en fundirme con la emisión. Callina escuchó durante un momento y luego habló, en voz alta, tal vez por cortesía hacia mí, tal vez para concentrar sus propios pensamientos en la emisión.

-Sí, lo sé, Marucha, pero hemos eliminado el circuito principal aquí en Thendara. Tendrás que monito-rizar desde allí. -Una vez más, el silencio atento-. ¡Pon una barrera de tercer nivel alrededor de Thendara! ¡Es una orden directa del Comyn, obsérvala y obedece! -Se volvió con un suspiro-. ¡Esa chica es la telépata más ruidosa de todo el planeta! ¡Ahora todos los que tengan un indicio de telepatía en este mundo sabrán que algo está ocurriendo esta noche en Thendara!

No teníamos opción, y se lo dije. Ocupó su lugar ante la pantalla, y yo puse en blanco mi mente, preparado para cualquier cosa que me pidiera. ¿Qué clase de extraño sería el adecuado? Pero ajeno a nuestra voluntad, al menos a la mía, un patrón tomó forma en la pantalla. Vi los difusos símbolos un momento antes de que mi nervio óptico se sobrecargara y reaccionara; después me quedé ciego y sordo, en ese instante de sobrecarga que siempre es aterrador, por familiarizado que esté uno con la experiencia.

Gradualmente, sin sentidos exteriores, encontré mi orientación dentro de la pantalla. Mi mente, extendida a través de distancias astronómicas, recorrió en fracciones de segundos galaxias enteras y *Parsecs* de espacio-tiempo subjetivo. Ligeros roces de conciencia, fragmentos de pensamientos, emociones que flotaban como sombras, los pecios del universo mental.

Entonces, antes de sentir el contacto, vi el resplandor blanco en la pantalla. En alguna parte, otra mente se había ajustado al patrón que habíamos lanzado como una red, y cuando hallamos la inteligencia que se adecuaba a él, la capturamos.

Pendulé, sin cuerpo, dividido en un billón de fragmentos subjetivos, extendido sobre un vasto abismo de espacio-tiempo. Si ocurría algo, ya nunca volvería a mi cuerpo, sino que vagaría eternamente por la curva temporoespacial.

Con infinita cautela, entré en la mente ajena. Hubo una lucha breve y terrible. Yo estaba incrustado, enlazado en esa mente. El mundo era un holocausto de fuego de vidrio fundido y color. El aire crujía. El resplandor de la pantalla fue una sombra, después se hizo sólido, después la sombra se esfumó.

- ¡Ahora! -No hablé, simplemente le lancé la orden a Callina, y entonces la luz me desgarró los ojos, un golpe devastador atravesó mi cerebro, el suelo pareció oscilar y Callina fue lanzada en mis brazos, cuando los energones surcaron el aire y mi cerebro.

Medio atontado, pero consciente, vi que la pantalla estaba vacía, y que la mente extraña había sido separada de mí.

Y acurrucada en el suelo, allí mismo donde había caído, junto a la base de la pantalla, yacía una mujer delgada, de pelo oscuro.

Al cabo de un momento me di cuenta que seguía abrazando a Callina. La solté en el mismo instante en que ella se movía para librarse de mí. Se arrodilló junto a la desconocida, y la seguí.

- ¿No está muerta?

-Por supuesto que no. -Con el instinto de los entrenados en Arilinn, Callina ya le buscaba el pulso, aunque su propio pulso seguía acelerado e irregular-. Pero esa... transición... casi nos mata, y nosotros sabíamos a qué atenernos. ¿Cómo te parece que habrá sido para ella?

-Linnell... -susurré.

-No -dijo Callina-, Linnell está durmiendo en su habitación... -Pero su voz se quebró cuando miró a la joven. Entonces supe quién debía ser: la joven enfermera que había visto aquella terrible noche en el hospital terrano de Vainwal. A pesar de saber lo que había ocurrido, creí enloquecer. Aquella transición también había tenido un precio para mí, y tuve que tomarme un momento para aquietar mi pulso y mi ritmo respiratorio.

-Por Avarra misericordiosa -susurró Callina-. ¿Qué hemos hecho?

Por supuesto, pensé. *Por supuesto.* Linnell estaba próxima a ambos: hermana, hermana de crianza. Aquella misma noche habíamos hablado con ella. El patrón estaba a mano. Sin embargo me pregunté: ¿por qué Linnell, por qué no duplicarme a mí mismo, o a Callina?

Traté de expresarlo con palabras simples, más para mí mismo que para Callina.

-La Ley de Cherilly. Todas las cosas del universo... tú, yo, esta silla, la fuente de agua potable del puerto espacial de Port Chicago tienen un duplicado exacto y sólo uno. Nada es único *salvo una. Matriz; hasta los átomos* muestran diminutas diferencias en las órbitas de sus electrones, hay ecuaciones para calcular el número de variaciones posibles, pero yo no sé suficientes matemáticas como para calcularlas. Probablemente Jeff podría explicártelo mucho mejor.

- ¿Entonces ésta es... la gemela idéntica de Linnell...?

-Más que eso; sólo un gemelo de entre un millón funcionaría también como duplicado, según la Ley de Cherilly. Ésta es su gemela verdadera: las mismas impresiones digitales, las mismas impresiones en la retina y ondas cerebrales, los mismos gráficos beta y el mismo tipo sanguíneo. Probablemente su personalidad no sea muy parecida a la de Linnell, porque los duplicados del contexto de Linnell están duplicados por toda la Galaxia. -Señalé la pequeña cicatriz que la joven tenía en el mentón; hice girar la muñeca donde la marca del Comyn estaba impresa en la piel-. Probablemente una marca de nacimiento -dije-, pero es idéntica al Sello de Linnell, ¿ves? La carne y la sangre son idénticas, el mismo grupo sanguíneo e incluso sus cromosomas, si la monitorizaras profundamente, resultarían idénticos a los de Linnell.

Callina no dejaba de mirarla con fijeza.

- ¿Entonces, puede vivir en este... en este medio extraño?

-Sí, si es idéntica-dije-. Sus pulmones respiran la misma proporción de oxígeno en el aire que nosotros, y sus órganos internos están adaptados a la misma gravedad.

- ¿Puedes con ella? -Preguntó Callina-. Recibirá un terrible shock si se despierta en este lugar.

Sonreí, sin alegría.

-Lo recibirá de todos modos.

Pero conseguí alzarla con una sola mano. Era frágil y liviana, como Linnell. Callina me precedió, corriendo unas cortinas, para enseñarme un diván que se encontraba en una pequeña habitación desnuda. Supuse que los hombres y las mujeres que trabajaban en los emisores solían descansar aquí, en vez de marcharse a sus propias habitaciones. La cubrí con una manta, pues hacía frío.

-Me pregunto de dónde vendrá -murmuró Callina.

-De un mundo que tiene más o menos la misma gravedad que Darkover, hecho que elimina bastantes posibilidades -dije evasivamente. No podía recordar el nombre de la enfermera, algunas bárbaras sílabas terranas. Me pregunté si me reconocería. Tenía que contárselo todo a Callina. Pero su rostro daba señales de agotamiento, y tenía un aspecto demacrado, como si tuviera el doble de edad.

-Dejémosla dormir... -dije-, y durmamos un poco nosotros.

Bajamos hasta la base de la Torre. Callina permaneció en la puerta conmigo, mientras sus manos descansaban en la mía. La veía cansada, demacrada, pero para mí era adorable, después del peligro compartido, de la intimidad creada por el trabajo de matriz, una intimidad mayor que la familia, mayor que la de los amantes... Bajé la *cabeza, y* la besé, pero se movió y mi beso cayó sobre un mechón de cabellos suaves y de dulce perfume. No la presioné. Ella tenía razón. Hubiera sido una locura. Ambos estábamos exhaustos.

Murmuró, como terminando la idea que yo había comenzado:

-... y debo ir a ver si Linnell está bien...

¿Entonces también ella había experimentado aquella sensación de portento, de condenación?

La alejé con suavidad y salí de la Torre, pero no me dirigí a mis habitaciones a dormir, como había planeado, sino que recorrí el patio de arriba abajo, como un animal enjaulado, combatiendo mis insoportables pensamientos, hasta que salió el sol rojo y amaneció en Thendara el día del Festival.

La mañana del Festival amaneció roja y brumosa. Regis Hastur, inquieto, contempló la salida del sol, y le pidió a su criado personal que le hiciera enviar flores a su hermana Javanne.

También debería enviar regalos a las madres de mis hijos...

Era fácil mandar que enviaran canastas de flores y frutas, pero se sentía muy deprimido y, paradójicamente, solitario.

No hay motivos para que me sienta solo. A mi abuelo le encantaría poder arreglarme un matrimonio, y yo podría elegir por esposa a cualquier mujer de Thendara, y tener tantas concubinas como un habitante de las Ciudades Secas, y nadie me criticaría, ni siquiera si incluyera también a uno o dos favoritos, varones.

Supongo que, en realidad, estoy solo porque prefiero estarlo, prefiero no ser responsable de nadie...

... ¡salvo de toda la condenada población de los Dominios! No puedo decir que mi vida me pertenezca... ¡no me casaré para ganar su aprobación!

Había sólo una persona en Thendara, reflexionó, a la que de verdad le apetecía enviarle un regalo; y a causa de las costumbres, no lo haría. No degradaría lo que

había entre Danilo y él fingiendo que se trataba del vínculo más convencional. Se sentó ante su alta ventana y contempló la ciudad, cavilando sobre la finalización del

Concejo, asustado por lo que había hecho, aquello de manifestar la Forma de Fuego ante ellos. De algún modo, con un entrenamiento mínimo, que le permitía usar su *laran* sin caer enfermo, había adquirido un nuevo Don que no sabía que poseía, y con el que tampoco sabía que hacer. Sabía muy poco del Don de Hastur, y sospechaba que su abuelo sabía poco más.

Si al menos Kennard hubiera estado vivo, Regis hubiera acudido al amable pariente al que llamaba «Tío» y le habría planteado su perplejidad. Kennard había pasado años en Arilinn, y sabía todo lo que se podía saber sobre los poderes del Comyn. Pero Kennard estaba muerto, bajo un distante sol extraño, y Lew no parecía saber más que él mismo. Es más, Lew tenía sus propios problemas.

En aquel momento, le llamaron para desayunar con su abuelo. Por un instante, consideró la posibilidad de enviar el mensaje de que no tenía apetito -se había enfrentado a su abuelo, y no estaba dispuesto a ceder-, pero después recordó que, al fin y al cabo, era el Festival, y los parientes debían dejar de lado sus disputas durante ese día. En cualquier caso, tendría que enfrentarse con su abuelo en el gran baile de la noche. Mejor sería que le viera en privado antes.

Danvan Hastur le dedicó una inclinación de cabeza a su nieto, luego le abrazó, y cuando Regis se sentó a la mesa, observó que su abuelo había hecho preparar todos sus platos favoritos. Supuso que aquello era lo más parecido a una disculpa que recibiría del anciano. Había café de la Zona Terrana, lo que de por sí era un lujo, y gran variedad de frutas y tortas de miel, así como la tradicional fuente de potaje y panes de nuez. Mientras se servía, Danvan Hastur comento:

-Hice enviar a Javanne una canasta de frutas y golosinas en tu nombre.

-Tendrías que haber confiado en que yo lo recordaría, señor -dijo Regis, con una sonrisa-, pero con todos esos niños, los dulces no se desperdiciarán.

Pero el hecho de pensar en Javanne le hizo recordar, una vez más, el extraño poder que había adquirido, no sabía cómo, sobre la mente de su hermana, cuando ésta había sido poseída por Sharra...

No lo comprendía, y no tenía a nadie a quien preguntárselo. ¿Debería ir y pedir la audiencia con Ashara que Callina le había negado? *La matriz de Lew fue oscurecida por Sharra, tal vez también tenga algún poder sobre ella.*

Pero temía intentarlo y fracasar. Entonces recordó que había otra matriz, y a su alcance, que había sido oscurecida por Sharra, aunque a mayor distancia que la de Lew: Lew había estado en el corazón mismo de las llamas de Sharra. Rafe Scott estaba oculto en la Zona Terrana, y Regis no le censuraba por ello. Pero ¿sabría Rafe que Beltrán estaba aquí, amenazándoles a todos? Sí, esta misma mañana visitaría a Rafe.

Rechazó otra taza de café. Aunque agradecía el gesto de su abuelo, en realidad no le gustaba, y corrió su silla hacia atrás, justo en el momento en que el criado anunciaba:

-Lord Danilo, Custodio de Ardáis.

Hastur recibió a Danilo con afabilidad y cortesía, y le invitó a unirse a ellos. Regis sabía que su abuelo estaba acentuando su concesión. Pero Danilo, tras hacerles una reverencia a ambos, anunció:

-He venido con un mensaje de Lord Ardáis, señor. Beltrán de Aldaran ha llevado su guardia de honor al interior de las murallas de la ciudad, y te invita a presenciar su formal entrega de las armas terranas a su prometida, Lady Aillard.

-Envía un mensajero que le diga que estaré allí en pocos minutos -dijo Hastur, incorporándose-. Regis, ¿vienes conmigo?

-Por favor, excúsame, abuelo, tengo algo que hacer en otra parte -contestó Regís, y aunque su abuelo no pareció complacido, no protesto.

-Os dejaré solos, entonces -dijo, y se retiró.

Regís descubrió que su apetito había vuelto. Se sirvió el café que había rechazado y también le sirvió un poco a Danilo, y le pasó la fuente de tortas de miel. Danilo tomó una y observó, sorbiendo con curiosidad el café:

-Esto es un lujo terrano, ¿no? Si Lord Dyan se sale con la suya, no habrá nada de esto...

-Puedo arreglarme sin él -dijo Regís. Tomó un puñado de frutas confitadas, y se las ofreció sin decir palabra a Danilo, que las acepto y le sonrió.

-No, y tampoco tengo un presente de Festival para ti... No soy Dyan, para enviar regalos a mis favoritos, como lo haría mi hermana, si la tuviera...

No necesitamos hacernos regalos.

Sin embargo, me gustaría manifestar ese gesto.

Regis dijo en voz alta, interrumpiendo aquel momento de intimidad que era más intenso que una caricia fisica:

-Tengo que ir a la Zona Terrana, Dani. Tengo que averiguar si Scott sabe lo que está ocurriendo.

-Iré contigo, si quieres -se ofreció Danilo.

-Gracias, pero no hay necesidad de irritar a tu padre adoptivo -dijo Regis-, y si vas en contra de su voluntad, lo tomará como un desafío. Mantén la paz, Dani. Ya hay suficientes disputas en el Comyn, no hacen falta más. -Dejó su torta de miel, ya que de nuevo, de repente, su apetito había desaparecido-. El abuelo ya estará bastante enojado porque no estaré para ver cómo los hombres de Aldaran entregan sus armas terranas. Pero Beltrán jamás me apreciará, haga lo que haga, y prefiero no estar allí para presenciar esa... -buscó una palabra adecuada, rechazó «farsa», y se encogió de hombros-. Puede que Dyan confíe en Beltrán, pero *yo* no -dijo, y se marchó.

Un rato después, dio su nombre y el motivo de su visita al guardia de la Fuerza Espacial, uniformado de cuero negro, que custodiaba las puertas de la Zona Terrana. El hombre le miró asombrado, y con razón... ¿uno de los poderosos Hastur, sin otra escolta que un solo Guardia? Pero usó su comunicador, y al cabo de un momento le dijo:

-El Legado le recibirá en su despacho, Lord Hastur.

Regís no era *Lord Hastur*-aquél era el título de su abuelo-, pero no tenía sentido esperar que los hombres de la Fuerza Espacial conocieran el protocolo y las cortesías adecuadas. Lawton, en el despacho del Legado, al incorporarse para recibirle, utilizó la expresión adecuada y le dio el título que le correspondía, incluso con la inflexión adecuada, algo que no era tan fácil para un terrano. Pero, por supuesto, Lawton era medio darkovano.

-Me honras, Lord Regís, pero no esperaba verte aquí. Creo que asistiré esta noche al baile en el castillo Comyn. El Regente me envió una invitación formal.

-Vine a ver a Rafe Scott -dijo Regís-, pero no quería hacerlo a tus espaldas, para que me acusaran de espionaje, o de algo peor.

Lawton descartó la idea con un gesto de la mano.

- ¿Prefieres verle aquí? ¿O en sus propias habitaciones?

-Creo que en sus habitaciones.

-Enviaré a alguien para que te acompañe -dijo Lawton-. Pero primero, una pregunta. ¿Conoces de vista al hombre que llaman Kadarin?

-Creo que le reconocería si lo viera. -Regís recordó la imagen que vio en la mente de Lew el día del incendio de la casa de los Alton.

- ¿Qué posibilidades tendríamos de encontrarle, si enviáramos a la Fuerza Espacial a la Ciudad Vieja? ¿Habrá allí alguien que intente ocultarle a la justicia?

-También le buscan los Guardias -dijo Regis-. Es casi seguro que fue responsable de un incendio y una explosión con explosivos de contrabando... -Brevemente, relató a Lawton lo que había visto.

-La Fuerza Espacial podría encontrarle con más rapidez que tus Guardias -sugirió el Legado terrano. Regis sacudió la cabeza.

-Estoy seguro -dijo-, pero créeme, yo no te lo aconsejaría.

-Debería haber un tratado que nos permitiera al menos buscar un criminal -dijo Lawton con tono sombrío-. Tal como están las cosas, una vez que el criminal pone un pie en la Ciudad Vieja, está a salvo de nuestros hombres, y si de alguna manera consigue filtrarse hasta la Ciudad Comercial, también está a salvo de tus Guardias. Me gustaría saber por qué no podemos cooperar, aunque tan sólo sea en eso.

Y también a mí, señor. Si yo estuviera a cargo de las cosas, habría esa posibilidad. Pero no lo estoy y el abuelo no piensa de esa manera. De repente Regis se dio cuenta de que estaba avergonzado de las opiniones de su abuelo. Es cierto que, en muchas ocasiones habían cooperado con los terranos durante los años pasados, especialmente después de la epidemia durante la cual la División Médica Terrana había enviado a un experto para ayudarles. Pero Kennard, que era el que había estimulado aquella cooperación, estaba ahora muerto, y según parecía, la alianza informal se derrumbaba. A Regis le hubiese gustado que Lawton tuviera suficiente *laran* como para no tener que explicarle todo aquello por medio de las palabras, lentas y torpes. Explicó con torpeza:

-No es... no es un buen momento para pedir eso, señor Lawton. Se necesitarían muchos trámites. Nos ocuparemos de Kadarin si lo encontrarnos, y supongo que también lo harán los terranos si lo atrapan aquí. Pero no es el momento de pedir cooperación formal entre la Guardia y la Fuerza Espacial. Lo importante es atrapar a ese hombre, Kadarin, y darle su merecido... no discutir bajo qué jurisdicción debería estar.

Lawton golpeó su escritorio con el puño, furioso. -Y mientras nosotros discutimos, él se ríe de todos nosotros -exclamó-. Escucha. Hace unos días, entraron en el Orfanato de la Ciudad Comercial, en el cuarto de un niño. Ningún niño resultó herido, ni secuestrado, pero todos sufrieron un susto tremendo, y todos describieron al hombre que entró en la Fuerza Espacial... y parece ser que fue Kadarin. No sabemos qué estaba haciendo allí, pero logró escapar una vez más, y probablemente esté oculto en la Ciudad Vieja. Y ahora nos hemos enterado de que Beltrán de Aldaran ha traído un ejército hasta Thendara...

Aquello era asunto del Comyn. Regís no quería discutirlo con un terrano, por amistoso que fuera.

-Mientras estamos aquí, señor-dijo con voz algo seca-, Lord Aldaran está pronunciando el solemne juramento de observar el Pacto, y está entregando todas sus armas terranas. Sé que el viejo Kermiac cíe Aldaran era un aliado terrano, pero creo que Beltrán no siente lo mismo.

-Pero fue Beltrán, no Kermiac el, que logró incendiar el puerto espacial de Caer Donn, y encima media ciudad-exclamó Lawton-. ¿Cómo sabemos que Beltrán no ha traído a sus hombres para que se unan a Kadarin e intenten un truco similar con el puerto espacial de Thendara? Te repito que debemos encontrar a Kadarin antes de que todo se vuelva a descontrolar. Probablemente no te des cuenta de que el Imperio tiene autoridad soberana sobre todas sus colonias, cuando el puerto espacial está amenazado. En ese caso, las colonias ya no están sometidas a las autoridades locales, sino a la autoridad interplanetaria del Senado. Este planeta no tiene representación en el Senado, pero es una colonia terrana, y yo tengo la autoridad necesaria para enviar a la Fuerza Espacial.

Esto suena como lo que decía Lerrys.

-Si deseáis tener buenas relaciones con el Concejo del Comyn, Lawton -dijo Regís-, yo no te aconsejaría que lo hicieras. La Fuerza Espacial acuartelada en la Ciudad Vieja se consideraría un...

Un gesto de guerra. ¿Darkover, con las espadas de los Guardias, combatiendo contra el poder interplanetario del Imperio?

- ¿Por qué crees que te estoy contando esto? -Preguntó Lawton, con una chispa de impaciencia, y Regis se preguntó si el hombre no le habría leído el pensamiento-. ¡Tenemos que encontrar a Kadarin! Podríamos arrestar a Beltrán y traerle aquí para interrogarle. ¡Tengo la autoridad necesaria para llenar toda tu condenada ciudad de tropas de la Fuerza Espacial y de Inteligencia Terrana, y entonces Kadarin tendría tantas oportunidades como un fósforo encendido en medio de un glaciar! -Su voz era colérica-. ¡Necesito un poco de cooperación, pues, si no, tendré que hacer exactamente eso, y mi obligación es que en Thendara no ocurra lo mismo que en Caer Donn!

-El acuerdo por el que te comprometes a respetar al gobierno local...

- ¡Pero si el gobierno local está protegiendo a un criminal peligroso, tendré que avasallar a tu querido Concejo! ¿No lo comprendes? ¡Éste es un planeta del Imperio! Os hemos dado mucha libertad. La política del Imperio es permitir que los gobiernos locales cumplan con su voluntad, siempre que no dañen las cuestiones interplanetarias. Pero entre otras cosas, ¡soy responsable de la seguridad del puerto espacial!

- ¿Nos acusas de proteger a Kadarin? -preguntó Regís, con furia-. También nosotros hemos puesto precio a su vida.

-Pero habéis sido notablemente ineficientes para encontrarle -dijo Lawton-. Y yo también estoy presionado, Regís. Estoy tratando de resistirme a mis superiores, que no comprenden por qué estoy complaciendo tanto a tu Concejo mientras que Kadarin anda suelto y también... -vaciló un momento- Sharra.

Así que tú también sabes qué pueden hacer las llamas devastadoras de Sharra. Lawton *parecía,* furioso.

-Estoy haciendo todo lo que puedo Lord Regís, pero tengo la espalda contra la pared. Sufro tantas presiones como tú. Si quieres que nos quedemos tranquilos, encuéntranos a Kadarin, entrégalo, y nos daremos por satisfechos. De lo contrario, no tendré opción. Si me niego a actuar, lo único que lograré es que me trasladen, y algún otro lo hará... alguien a quien no le importará tanto como a mí conservar la paz de este mundo. -Suspiró profundamente-. Lo siento. No fue mi intención decir que es culpa tuya, y ni siquiera que tú podrías hacer algo. Pero si tienes influencia sobre alguien del Concejo, será mejor que le cuentes todo esto. Enviaré a alguien para que te conduzca hasta las habitaciones del capitán Scott.

La voz de Rafe dijo «adelante» cuando Regís golpeó. Cuando entró, Rafe, alarmado, se puso de pie de un salto.

- ¡Regís! -Hizo una pausa-. Perdóname. Lord Hastur...

-Regís bastará, Rafe -dijo Regis. Después de todo, se conocían desde que eran niños-. Y olvídate del discurso formal sobre que mi presencia honra tu casa.

-Una sonrisa se dibujó en el rostro de Rafe, *y* con un gesto le ofreció una silla. Regís la aceptó, mirando a su alrededor con curiosidad. A pesar de sus numerosas visitas a la Zona Terrana, nunca había estado en el interior de una vivienda particular, sólo en lugares públicos. El mobiliario le pareció rústico, mal hecho, mal dispuesto e incómodo. Por supuesto, eran las habitaciones de un hombre soltero, sin criados y casi nada que fuera permanente.

- ¿Puedo ofrecerte algún refresco, Regis? ¿Vino? ¿Un zumo de frutas?

-Es demasiado pronto para vino -dijo Regis, pero se dio cuenta de que la conversación con el Legado le había dejado sediento. Rafe fue hasta una consola y tocó los controles: se materializó una taza de algún terso material artificial, de color blanco, y un líquido dorado cayó dentro de ella. Rafe le entregó la taza y se llenó otra. Después, volvió a su silla.

-He visto lo que ocurrió con tu matriz -dijo Regis, sorbiendo el líquido fresco y dulzón-. Yo...

De repente no tuvo ni la menor idea de cómo iba a decírselo. Pero debía hacerlo.

-He descubierto... casi por accidente... -tartamudeó- que tengo algún... algún curioso poder sobre... no sobre Sharra, sino tan sólo... sobre las matrices que han sido... contaminadas... por Sharra. ¿Me permitirás que lo intente con la tuya?

Rafe hizo una mueca de disgusto.

-Vine aquí para olvidarme de eso -dijo-. Resulta extraño oír hablar de matrices aquí. -Con un gesto indicó el desnudo cuarto de plástico.

-Tal vez no estés tan a salvo como crees -le avisó Regis con gravedad-. Kadarin ha sido visto en la Zona Terrana.

- ¿Dónde? -preguntó Rafe. Cuando Regis se lo dijo, se reclinó en su silla, mortalmente pálido.

-Sé lo que buscaba -dijo-. Debo ver a Lew... -Y se detuvo en seco. Buscó la matriz en su cuello, la desenvolvió. La sostuvo en la palma de su mano, extendió la mano. Regís la observó fijamente, y vio que empezaba a llamear y a relucir con aquella aterradora evocación, la de la Forma de Fuego, en sus mente, el hedor y el terror de una ciudad en llamas...

Trató de recordar lo que había hecho con la matriz de Javanne. Tras un breve esfuerzo, descubrió que la imagen de la Forma de Fuego se convertía en una sombra, en nada, en un jirón...

La matriz le devolvía la mirada, azul e inocente, Rafe, cuyo rostro volvía a cobrar color, lanzó una exclamación de asombro.

- ¿Cómo lo hiciste? -preguntó.

Aquélla era, pensó Regis de manera distante, una excelente pregunta. Lástima que no tuviera una respuesta igualmente excelente.

-No lo sé. Puede tener que ver con el Don de Hastur, sea lo que fuere. Te sugiero que trates de usarla.

Rafe pareció atemorizado.

-No he podido... ni siquiera intentarlo... desde entonces... -dijo, pero tomó el cristal. Al cabo de un momento, un frío globo de luz apareció sobre sus manos unidas, flotó lentamente por la habitación, desapareció. Volvió a suspirar-. Parece estar... libre...

Tal vez ahora pueda hacer lo mismo con la de Lew.

Rafe miró a Regis con admiración.

-Hijo de Hastur... -susurró y se inclinó, en un gesto arcaico, doblándose casi hasta el suelo.

- ¡Por favor! -Dijo Regis, con impaciencia-. ¿Qué sabes de Kadarin?

-No puedo decírtelo ahora. -Rafe parecía debatirse entre la reverencia arcaica y la exasperación más común-. Te juro que no puedo. Es algo que debo decirle primero a Lew. No... -vaciló- no sería honorable, ni correcto. ¿Me ordenas que te lo diga, Lord Hastur?

-Por supuesto que no -dijo Regis, frunciendo el ceño-, pero me gustaría que me dijeras de qué estás hablando.

-No puedo. Tengo que ir... -se interrumpió y suspiró-. Beltrán está en la ciudad. No quiero encontrarme con él. ¿Puedo ir al Castillo Comyn? Te prometo que entonces te lo explicaré todo. Es una... -volvió a vacilar- una cuestión de familia. ¿Le pedirás a Lew Alton que me reciba en sus habitaciones, en el castillo. Tal vez... tal vez no quiera verme. Yo formé parte de... de la rebelión de Sharra. Pero fui amigo de su hermano, también. Pídele, en nombre de Marius, que hable conmigo.

-Se lo pediré -dijo Regis, pero se sintió más perplejo que nunca.

Cuando salió de la Zona Terrana, el Guardia que le seguía se acercó tímidamente a él.

- ¿Puedo hacerte una pregunta, Lord Regis?

-Hazla -dijo Regis, irritado por la arcaica deferencia que le mostraba el hombre. *He sido cadete a las órdenes de este hombre. Era un oficial experimentado cuando yo todavía no sabía siquiera ajustarme el cinturón. ¿Por qué tiene que pedirme permiso para dirigirme la palabra?*

-Señor, ¿qué está ocurriendo en la ciudad? Han llamado a todos los Guardias para una especie de ceremonia.

De repente, Regis recordó: su incursión en la Zona Terrana le había mantenido ocupado, y sin embargo, aquel día era uno de los más importantes de la historia de los Dominios. El Séptimo Dominio, Aldaran, sería devuelto al Comyn con toda ceremonia, y a cambio, Beltrán juraría obediencia al Pacto. Regis debería haber estado presente. ¡Aunque no creía que Beltrán fuera capaz de cumplir su juramento, salvo para su propio provecho!

-Iremos a la muralla de la ciudad, Al menos verás desde allí parte de la ceremonia -dijo.

-Gracias, señor -murmuró el Guardia con deferencia.

En la parte interior de las murallas había escaleras, de modo que pudieron subir hasta el borde de la gruesa muralla, más allá de los guardias apostados, que saludaron a Regís. A sus pies veía a los hombres de la llamada Guardia de Honor de Aldaran. *Debe de haber cientos,* pensó, *es verdaderamente un ejército, un ejército que bastaría para cargarse las murallas de Thendara. Beltrán no ha confiado mucho en nuestra buena voluntad.*

En un grupito, a la cabeza de todos ellos, distinguía a Beltrán y a una serie de figuras brillantemente ataviadas: señores del Comyn que habían venido a presenciar la ceremonia. Sin ser consciente de que lo hacía, Regís incrementó su visión con el *laran, y* de repente, fue como si hubiera estado a uno pasos de su abuelo, erguido y enhiesto con su capa ceremonial de los Hastur, azul y plata. También estaban allí Edric de Serráis, y Lord Dyan de Ardáis, y el príncipe Derik, y Merryl; y Danilo junto a Dyan, ambos idénticamente vestidos con los colores ceremoniales de Ardáis; y Merryl, con el gris y el carmesí de los Aillard, a la zaga de Callina, que se hallaba algo separada de todos ellos, envuelta en su chal gris, y el rostro parcialmente velado como correspondía a una dama del Comyn ante extraños.

Uno a uno, los hombres de Beltrán se acercaban y dejaban sus desintegradores terranos a los pies de Lady Callina, arrodillándose y pronunciando la vieja fórmula que se remontaba a la época del rey Carolin de Hali, cuando se había establecido el Pacto: ningún hombre podía portar un arma cuyo alcance excediera al del brazo que la blandía, para que el hombre que mataba se arriesgara también a morir. Callina parecía tener frío y estar irritada.

- ¿Podemos acercarnos un poco más, señor? No alcanzo a verles ni a oírles... -dijo el Guardia.

-Ve si lo deseas -replicó Regís-. Yo ya veo bien desde aquí.

Su voz era indiferente. Él mismo se encontraba allá abajo, a pocos pasos de distancia de Callina. Percibía la furia interna de la mujer: era tan sólo una pieza de aquel juego y, al igual que Regis, estaba a merced del Concejo del Comyn, sin poder para rebelarse siquiera como Regis podía hacerlo.

Una vez, hacía tiempo, Regis había protestado, diciendo que el camino de un hijo del Comyn estaba trazado, que era un camino que debía transitar lo quisiera o no... Pero las fuerzas que sometían a las hijas del Comyn eran aún más fuertes. Debió pensar aquello con mayor intensidad de la que creía, pues vio que Callina volvía un poco la cabeza y alzaba la vista, intrigada, hacia el sitio en el que Regis captó sus pensamientos: *Ashara me protegería, pero su precio es demasiado alto. No quiero ser su peón.*

La ceremonia parecía interminable. Sin duda Beltrán la había planeado de esta forma, para que los testigos del Comyn apreciaran su fuerza. Había una enorme pila de armas terranas, desintegradores y armas biológicas, a los pies de Callina. En nombre de Aldones, ¿qué piensa Beltrán que vamos a hacer con ellas?

¿Devolvérselas a los terranos? ¿Cómo sabemos que no tiene muchas más en Aldaran?

Beltrán ha hecho una demostración de fuerza. Espera impresionarnos. Ahora tenemos que hacer nuestra propia demostración, para que no se vaya a creer que ha hecho algo que nosotros no podíamos obligarle a hacer.

Su mirada se cruzó con la de Dyan Ardáis. Dyan se

Volvió y levantó la vista hasta el lejano lugar de la muralla donde se hallaba Regis. Sin pensarlo, Regís hizo algo que nunca antes había hecho, y que conscientemente no sabría cómo hacer: estableció contacto telepático con Dyan, sintiendo la fuerza del hombre y su exasperación por la manera en que todo esto dejaba a Beltrán en una situación de poder.

¡Dame fuerzas, Dyan, para lo que debo hacer! Percibió los pensamientos de Dyan, su sorpresa ante el repentino contacto, una emoción de la que Dyan no era consciente... *su serva, Dom, a veis ordenes emprézi...* con la inflexión que hubiera utilizado para ponerse a las órdenes de Regis, ahora y para siempre, en la vida y en la muerte, a disposición de un Hastur... Una vez, en los corta-fuegos, durante su primer año como oficial de la Guardia, le habían enviado junto con Dyan a combatir un incendio forestal en las montañas Venza, más allá de Thendara, y en un momento en que había levantado la vista, se había encontrado trabajando junto a Dyan, esforzándose desesperadamente, compartiendo la tensión de cada nervio y cada músculo. Era como estar espalda contra espalda, con las espadas desenvainadas, protegiéndose mutuamente como vasallo y señor. Sintió la fuerza de Dyan que respaldaba la suya mientras que él se extendía ciegamente con su fuerza telepática.

¡RETROCEDED! Fue un grito de aviso telepático, no vocalizado, pero la multitud lo percibió y retrocedió. La gran pila de armas empezó a centellear, se tornó roja, candente...

Desaparecieron, se evaporaron. Por un momento hubo un espantoso hedor, que también se esfumó. Callina, mortalmente pálida, tenía la mirada clavada en el vacío pozo ennegrecido donde antes se habían apilado las armas. Regis sintió el roce de Dyan, casi como un abrazo de pariente; luego ambos se separaron.

Estaba solo, mirando desde su solitario puesto de vigilancia, sobre la muralla, hacia el espacio vacío donde había estado la enorme pila de armas. Oyó la voz de su abuelo, que aprovechaba la oportunidad, como si él mismo hubiera sido responsable de lo ocurrido:

-Arrodíllate ahora, Beltrán de Aldaran, y jura respetar el Pacto ante tus iguales aquí reunidos. -Usó la palabra *Comyn.* Todavía un poco aturdido por la destrucción que había eclipsado su gesto dramático de entregar las armas, Beltrán se arrodilló y pronunció las palabras rituales.

-Y ahora -di/o, acercándose a Callina e inclinándose para besarle la punta de los dedos-, reclamo a mi prometida.

Estaba rígida, y le concedió tan sólo la punta de los dedos, pero dijo, a media voz:

-Me prometeré a ti esta noche. Lo juro.

Regís ya no podía verla, estaba demasiado lejos, pero sabía que Callina estaba helada de furia, y no la culpaba en absoluto. Entonces captó otro pensamiento errante que no pudo reconocer.

No necesito estas armas, porque dispongo de otra que es mejor que cualquiera de las que hayan hecho los tenemos.

¿Sería Dyan? No reconocía el contacto. Tampoco hubiera reconocido a Beltrán. Había estado prisionero en el castillo Aldaran cuando era sólo un muchacho, con un *laran* aún no activado, y no hubiera podido reconocer la «voz» mental de Beltrán.

Pero le recorrió un escalofrío helado, y supo a qué arma se refería. ¿Estaría Beltrán loco de verdad, lo suficiente como para pensar en usar... aquello?

Y si tengo poder sobre Sharra ¿seré yo quien deba enfrentarse a ella?

Tenía cierto poder sobre la Forma de Fuego, al menos cuando se manifestaba dentro de una matriz. *Pero ni Rafe ni Javanne habían estado plenamente dentro de Sbarra.* No creía que pudiera liberar la matriz de Lew, como había liberado las suyas. Lew había tenido contacto directo con Sharra, y Regis sintió miedo ante esa idea. Pero debía arriesgarse, aunque antes debía transmitir el mensaje de Rafe. Una breve y rápida inspección le indicó que Lew no estaba entre la multitud que se movía a sus pies, y se dio cuenta de que a su *laran* le ocurría algo para lo cual no estaba en absoluto preparado: lo estaba usando con despreocupación, casi sin esfuerzo.

¿Es éste, entonces, el Don de Hastur?

Con energía, apartó aquella idea, aquel miedo de su mente, y fue en busca de Lew Alton. Para cuando lo encontrara, Rafe ya estaría aquí, y Regis tenía la impresión de que a Lew no le apetecería enfrentarse a Rafe Scott de improviso.

Tampoco Regis estaba preparado para ver a Lew tal como le vio cuando el viejo Andrés le hizo entrar en las habitaciones de Alton. Por un momento, no le pareció en absoluto que fuera Lew, ni siquiera le pareció una persona, sino una arremolinada masa de fuerzas, una presencia furiosa, cierto rastro de una voz familiar... *¿Kennard? Pero si está muerto...* y una breve conciencia de la aterradora Forma de Fuego. Regis parpadeó, y de alguna manera consiguió enfocar la presencia física de Lew, controlar las nuevas y aterradoras dimensiones su *laran.* ¿Qué le estaba ocurriendo? Nunca había usado el *laran* de esta manera. En realidad, rara vez lo había usado en absoluto, pero ahora, el hecho de darle la menor libertad mental parecía significar que se echara a volar como un halcón, libre, reticente a volver a su capucha. Lo obligó a contenerse, se obligó a ver a Lew en vez de establecer contacto telepático con él. Pero el contacto se produjo de todos modos, y a través de aquella textura, reconoció algo que había sentido al establecer contacto telepático con Dyan. Con toda simplicidad, se encontró diciendo en voz alta:

-Por supuesto, era primo de tu padre, y pariente cercano de los Alton. Lew, ¿no sabías que Dyan tenía el Donde Alton?

Por supuesto, por eso pudo forzar el contacto telepático con Danilo, así es como hace conocer y cumplir su voluntad...

Pero es mal uso. Lo usa para eso, para hacer cumplir su voluntad, y ése es el crimen más grave que puede cometer alguien con laran.

Nunca le entrenaron. Le echaron de la Torre. El Don de Alton puede matar, y le dejaron libre, sin entrenamiento, desconociendo su propio poder.

Tal vez le ocurra como a mí. Mi laran *despertó tarde y tal vez el suyo haya crecido de repente, como el mío, como la ropa que me quedaba chica cuando era muchacho y crecía de golpe. Tal vez yo no sea lo bastante fuerte ni grande como para contener esta cosa monstruosa que es el Don de Hastur.*

Con toda su fuerza, Regís cortó aquel flujo y dijo, temblando:

-Lew, ¿podrías conectar un regulador? No estoy acostumbrado... no estoy acostumbrado a esto.

Lew asintió, se dirigió sin perder tiempo hacia un control, y al cabo de un momento, Regís sintió la vibración calmante, que eliminaba el flujo. Una vez más estaba solo, controlaba su propia mente. Exhausto, se dejó caer en una silla.

Dyan no tiene la culpa. El Concejo no cumplió con él, sino que le dejó solo, con un Don sin entrenar, sin canalizar...

¡Como en mi caso Pero una vez más detuvo el flujo de ideas, pensando, asombrado y ofendido, que el regulador debía haberlo logrado, no él. Antes de que pudiera decir nada, la puerta se abrió y entró Rafe, sin ser anunciado.

El rostro de Lew se oscureció, pero Rafe exclamó:

-Primo... -con tal tono de súplica que Lew le concedió una sonrisa incómoda.

-Entra, Rafe -dijo-. Nada de esto es tu culpa. Tú también eres una víctima.

-Me ha llevado mucho tiempo sentirme lo bastante valiente como para decírtelo -dijo Rafe-, pero tienes que saberlo. Algo que el Legado dijo esta mañana me hizo comprender que ya no podía esperar más. Quiero que vengas conmigo, Lew. Hay algo que debes ver.

- ¿No puedes decirme de qué se trata? -preguntó Lew.

Rafe vaciló.

-Preferiría decírtelo a solas... -murmuró, lanzando una mirada incómoda hacia Regís.

-Dime lo que tengas que decirme: no tengo secretos para Regís -dijo Lew con brusquedad.

No merezco tanta confianza, pensó Regis. Pero cerró su mente, para interrumpir aquella filtración telepática que por lo visto no podía eliminar de su mente.

-Aquí no había ninguna mujer que pudiera hacerse cargo -explicó Rafe-. Acudí a tu hermana adoptiva. Accedió a hacerse cargo de ella.

- ¿De quién, en nombre de Dios? -Exigió Lew, pero con rapidez, llegó a una conclusión-. ¿Esa criatura de la cual hablaba la Guardia?

Rafe asintió y les guió. No fue Linnell, sin embargo, quien les recibió, sino Callina.

-Yo lo sabía -dijo en voz baja-. Ashara me lo dijo. No hay muchas niñas en los Dominios que puedan ser entrenadas como lo fui yo, y creo... creo que Ashara la quiere... -Se interrumpió, ahogando las palabras. Señaló una habitación interior-. Está allí. Tenía miedo, porque se encontraba en un lugar extraño, y la hice dormir.

En un pequeño catre, dormía una niñita de cinco o seis años. Su pelo, de color rojo cobrizo, caía sobre su rostro triangular, lleno de pálidas pecas doradas. Murmuró algo, aunque seguía profundamente dormida.

Regís percibió lo que invadía a Lew, como un poderoso shock eléctrico.

La he visto antes: un sueño, una. Visión, un sueño premonitorio... ¡Es mía! Ni de mi padre, ni de mi hermano muerto... Es mía, mi sangre lo sabe...

Regís captó su asombro y su reconocimiento. Dijo, en voz baja:

-Sí, así es. -La primera vez que había mirado el rostro de su hijo *nedestro,* recién nacido, había tenido un momento de reconocimiento, de conocimiento absoluto... *Este es mi propio hijo, nacido de mi propia semilla...* Su mente no había dudado, no había necesitado monitorizar para saber que era su hijo.

- ¿Pero quién fue su madre? -Preguntó Lew-. Oh, hubo algunas mujeres en mi vida, pero ¿por qué no me lo dijo ella? -Se interrumpió, la niñita abría los ojos.

Ojos dorados, de color ámbar, un color extraño, un color que él sólo había visto una vez... Regís oyó la ronca exclamación que Lew no pudo contener.

- ¡No! -exclamó-. ¡No puede ser! Marjorie murió... murió... murió... y nuestro hijo junto con ella... Por Evanda misericordiosa, ¿me estaré volviendo loco?

Los ojos compasivos de Rafe, tan parecidos a los ojos que Lew recordaba, cayeron sobre ellos.

-No es de Marjorie, Lew. Es la hija de Thyra. Thyra es su madre.

-Pero... pero no, no puede ser --exclamó Lew, jadeando-. Nunca... nunca la toqué... No le hubiera tocado ni la punta de los dedos a aquella gata del infierno.

-No estoy muy seguro de lo que ocurrió -dijo Rafe-. Yo era muy joven, y Thyra... no me lo contaba todo. Pero hubo una época, en Aldaran, en que te drogaron... y no eras consciente de lo que hacías.

Lew sepultó el rostro en su mano, y Regís, incapaz de eliminarlo todo, sintió el flujo aterrador de sus pensamientos.

Ah, Dioses, piadosa Evanda, creí que todo había sido un sueño... ardiendo, ardiendo de ira y de lujuria... Marjorie en mis brazos pero convirtiéndose, como en los sueños, en Tbyra mientras yo la besaba. Kadarin me hizo esto... y recuerdo que

en mi sueño Thyra lloraba, lloraba como no lo había hecho siquiera cuando murió su padre. Tampoco fue elección suya, Thyra era también un instrumento de Kadarin.

-Nació poco después del incendio de Caer Donn -prosiguió Rafe-. Cuando nació esta criatura, algo le ocurrió a Thyra. Creo que enloqueció durante un tiempo. No lo recuerdo, yo era muy joven entonces, y estuve enfermo durante mucho tiempo después del... del incendio. Creí, por supuesto, que era hija de Kadarin. Él y Thyra habían estado tanto tiempo juntos-La niñita estaba despierta ahora, se había incorporado y les miraba con curiosidad, con aquellos enormes e increíbles ojos de color ámbar. Miró a Rafe y le sonrió, reconociéndole. Después miró a Lew, y Regís sintió, como un golpe, el shock que experimentaba al ver las horribles cicatrices. Lew fruncía el ceño. *Bien, no le culpo... descubrir, de esa manera, que había sido drogado, usado...* Regis solo había visto una o dos veces a Thyra, y brevemente, pero había percibido de alguna manera la tensión de furia y deseo que existía entre Thyra y Lew. *Y habían estado juntos, ligados a Sharra...*

La niñita se sentó, tensa como un animalito asustado. Regis volvió a percibir la consternación de Lew ante el aterrador parecido que la niña guardaba con Marjorie.

Entonces Lew habló, con voz ronca y áspera.

-No tengas miedo, *chiya.* No soy un espectáculo agradable, pero créeme, no me como a las niñitas.

La niña sonrió. Su rostro era encantador, de forma triangular Un diente aparecía en medio de su sonrisa.

-Dijeron que tú eres mi padre.

-Oh, Dios, supongo que sí -dijo Lew. *Supongo que sí. Sé que lo soy, maldición.* Estaba completamente abierto, ahora, y Regís no podía eliminar sus pensamientos. Incómodo, Lew se sentó en el borde del catre-. ¿Cómo te llaman, *chiya?*

-Marja -contestó ella con timidez-. Quiero decir... Marguerida. Marguerida Kadarin. -Pronunció el nombre en el suave dialecto montañés. ¡El nombre de Marjorie!-. Pero prefiero ser sólo Marja. -Se arrodilló frente a Lew-. ¿Qué le pasó a tu otra mano?

Regís conocía bastante a los hijos de Javanne -y también a los suyos- como para saber hasta qué punto eran directos, pero Lew quedo desconcertado ante tanta franqueza.

Parpadeó y dijo:

-Me herí y tuvieron que amputármela.

Los ojos de color ámbar eran enormes. Regis sintió que la niña pensaba en lo que Lew le había dicho.

-Lo siento... -dijo, y después, probando la palabra-: padre. -Extendió la mano y le palmeó la mejilla llena de cicatrices. Lew tragó saliva con esfuerzo y la abrazó, bajando la cabeza, pero Regis pudo percibir que estaba conmovido, al borde de las lágrimas, y una vez más no logró dejar fuera los pensamientos de Lew.

VI a esta niña una vez, antes incluso de que Marjorie y yo fuéramos amantes, la vi en una visión, y pensé que significaba, que Marjorie tendría un hijo mío, que todo saldría bien. Vi por anticipado, pero no vi que Marjorie estaría muerta antes de que esta bija mía y yo nos conociéramos.

- ¿Dónde te criaste, Marja?

-En una casa muy grande con otros niños y niñas -explicó-. Ellos son huérfanos, pero yo soy otra cosa. Es una mala palabra, y la Matrona dice que no debo usarla nunca, nunca, pero si quieres, te la diré al oído.

-No lo hagas -dijo Lew. Ya se la imaginaba. Regis recordó que todavía algunos le llamaban bastardo, incluso después de haber sido reconocido como Heredero de Alton. Ahora la tenía en el regazo, y la sostenía con un brazo.

De haberlo sabido, habría regresado... regresado antes. De alguna manera, de alguna manera me las habría arreglado para compensara Thyra por aquello que no recuerdo haber hecho.

La mirada inquisitiva de Regis, obligó a Lew a que levantara súbitamente la cabeza.

-Fui drogado con afrosona -dijo con obstinación-. Es una sustancia compleja. Uno vive una vida normal... pero olvida minuto a minuto lo que está ocurriendo y recuerda sólo sueños simbólicos... Me han dicho que si uno le cuenta a un psiquiatra lo que recuerda de esos sueños, él puede ayudar a recordar lo que ocurrió en realidad. Yo no quise saber... -Y la voz se le quebró en la garganta.

Eso debe haber ocurrido después de que huyeran de Aldaran, pensó Regis. *Marjorie y Lew escaparon juntos, y Kadarin les atrapó, y le drogó, obligándole a funcionar de polo de poder de Sharra. No me extraña que no quisiera recordar.*

-No importa -dijo Lew, leyendo la mente de Regis; Rodeó a la criatura con un brazo, con tanta fuerza que ella protestó-. De todos modos, es mía.

Tiene un aspecto horrible pero es agradable, me alegra que sea mi padre.

La miraron fijamente, atónitos: había establecido contacto telepático con sus mentes. Regis pensó: *Pero los niños nunca tienen el Don...*

-Dicen que Thyra era medio *chieri* -observó Lew con suavidad-. Por lo visto, Marja tiene el Don. No es común aunque tampoco es ninguna rareza. Tu Don se despertó temprano, ¿verdad, Rafe? ¿A los nueve... o diez años?

Rafe asintió.

-Recuerdo que... -dijo Rafe- que nuestro padre adoptivo, Lord Aldaran, nos dijo algo de nuestra madre. Era hija de uno de los moradores del bosque. Y Thyra... -vaciló, como si no quisiera proseguir.

-Continúa -dijo Lew-. Dilo, sea lo que sea.

-Tú no conocías a... Thyra. Era... era como los *chieri. Emmasca:* nadie sabía si era varón o mujer. Así es como la recuerdo, cuando era muy pequeño, pero sólo vagamente. Después llegó Kadarin... y muy pronto ella empezó a usar ropas de mujer y a pensar en sí misma como mujer. Entonces empezamos a llamarla Thyra. Antes, tenía otro nombre. Tú no sabías que tenía la misma edad que Beltrán, que tenía más de veinte años cuando nació Marjorie.

Lew negó con la cabeza, asombrado. Regis captó el pensamiento: *Creí que tenía tres o cuatro años más que Marjorie nada más.* Y un torbellino de imágenes, resentimiento y deseo. Thyra tocando el arpa, mirando a Lew con apasionada ira, el rostro de Thyra que, como en un sueño, se fundía súbitamente con el de Marjorie... Marjorie, que decía con dulzura:

-Estabas un poco enamorado de Thyra, ¿verdad, Lew?

Lew dejó a la niña en el suelo.

-Tengo que encontrarle una niñera -dijo Lew-. En mis habitaciones no hay ninguna mujer para cuidarla. -Se agachó y besó la pequeña mejilla rosada-. Quédate aquí, con mi parienta Linnell, hijita.

Ella le tomó la mano y le preguntó con voz temblorosa:

- ¿Voy a vivir contigo ahora?

-Así es -dijo Lew con firmeza, y con un gesto indicó a Regís y a Rafe que salieran de la habitación junto con él.

-Van a utilizarla para deponerte... -observó Regis, con tono de advertencia.

-Estoy condenadamente seguro de que lo intentarán -replicó Lew, sombrío-. Un hermoso y tranquilo títere, dócil en las manos de Hastur. No, no me refiero a ti, Regís, sino al viejo, y a Dyan, y a ese querido pariente mío, Gabriel. El Concejo nunca ha confiado demasiado en los varones adultos de Alton, ¿verdad? De modo que me exilan a Armida, o en una Torre, y educan a esta niña de la manera que a ellos les parece adecuada. -Tenía el rostro tenso, y apretó su mano

sana con tanta fuerza que Regís se alegró de no ser el destinatario de la ira de Lew.

-Que lo intenten -dijo Lew, y su mano se retorció como si estuviera sobre el cuello de alguien-. ¡Que lo intenten, malditos sean! Ella es mía... ¡y si creen que pueden quitármela otra vez, que lo intenten!

Regís y Rafe cambiaron una mirada en la que se mezclaba la preocupación y el alivio. Regís había esperado que, de alguna manera, algo consiguiera despertar a Lew de su mortal apatía, hacerle preocupar otra vez por alguien, por algo. Ahora parecía que algo ocurría. Bien, habían despertado a la fiera... ¡pero todavía podía producirse un infierno antes de que todo terminara!

La narración de Lew Alton

El crepúsculo ensombrecía el día. Al contemplar la ciudad, vi que las calles empezaban a llenarse con las alegres multitudes enmascaradas, que lanzaban flores, típicas de la Noche del Festival. Se esperaría que yo apareciera en representación del Dominio Alton en el gran baile del Castillo Comyn. Aquello era simplemente parte de ser lo que era, y aunque en apariencia, no habían hecho nada para deponerme como Cabeza del Dominio, no quería darles ninguna oportunidad de decir que estaba descuidando mis obligaciones. Ahora, entre otras cosas, tenía que organizarme para que Marja recibiera el cuidado adecuado. Andrés la protegería con su vida, si se enteraba de que era mi hija, pero una niña de esa edad necesitaba una mujer que la atendiera, la vistiera y la bañara, y que cuidara de que tuviera compañeros de juego y juguetes adecuados. Regis ofreció ponerla al cuidado de Javanne, ya que su hermana tenía mellizas más o menos de su edad. Le di las gracias pero me negué. Nunca me había gustado a Javanne Hastur, y el esposo de Javanne, Gabriel Lanart-Hastur, era uno de mis principales rivales por el Dominio. Lo último que quería era dejar la niña a su cuidado.

Pensé con nostalgia en Dio. Me había precipitado al disolver nuestro matrimonio. Había deseado tener un

hijo conmigo, y a pesar de que nuestro hijo había muerto, tal vez ella hubiera permitido que aquella niña llenara el lugar que había quedado vacío. Pero no, era pedir demasiado, pedirle que amara a la hija de otra mujer como si fuera suya. Cuando pensaba en ella, reaparecían el viejo sufrimiento y el resentimiento. En cualquier caso, si ella estuviera aquí, podría consultarla sobre la manera más adecuada de criar a una niña. Me pregunté qué le parecía a Callina. Entonces recordé que Callina había jurado casarse con Beltrán.

Sobre mi cadáver, juré en silencio. Dejé a Marja al cuidado de Andrés (dijo que conocía a una mujer decente, esposa de uno de los vasallos de mi padre, que podría ocuparse de ella, si yo la llevaba a Armida), y salí en busca de Callina.

Parecía cansada y preocupada.

-La joven está despierta -me dijo-. Estaba histérica cuando despertó. Tuve que administrarle un sedante. Se ha calmado un poco, pero por supuesto no habla nuestro idioma, y está asustada por encontrarse en un lugar tan extraño. Lew, ¿qué vamos a hacer ahora?

-No lo sabré hasta que no la vea. ¿Dónde está?

Habían ocurrido tantas cosas en el ínterin, que había olvidado el plan de Ashara y a la mujer que habíamos traído a través de la pantalla. La habían mudado a una habitación espaciosa, en los apartamentos de Aillard. Cuando entramos, estaba tendida en la cama, con el rostro sepultado en las almohadas, y parecía haber estado llorando, aunque alzó hacia mí un rostro seco y desafiante. Todavía parecía el doble

de Linnell, y más aún porque la habían vestido decentemente con ropas que supuse -correctamente- eran también de Linnell.

-Por favor, dime la verdad -me dijo con firmeza en cuanto entré-. ¿Estoy loca y encerrada en alguna parte? -Habló en uno de los dialectos que yo conocía perfectamente bien... por supuesto. Había hablado bastante con ella aquella noche, en Vainwal, en la que mi hijo había nacido y había muerto. Y cuando aquel recuerdo cruzó mi mente, vi, por la expresión de su rostro, que también ella recordaba.

- ¡Pero si te conozco! -exclamó-. Eres el hombre con una sola mano... el que tuvo ese... terriblemente deformado... -Mi rostro debió de haber reflejado algo que le resultó extraño, porque se interrumpió-. ¿Dónde estoy? ¿Por qué me has secuestrado y me has traído aquí?

-No debes temer -le dije con dulzura. Recordé haberle dicho lo mismo a Marja; también ella me había tenido miedo. Pero no podía tranquilizarla con las mismas palabras que habían servido para consolar a una niña de cinco años-. Permíteme que me presente: Lewis-Kennard Montray-Lanart, *z' par servu...*

-Sé quién eres -interrumpió con firmeza-. Lo que no sé es cómo he llegado aquí. Un sol rojo...

-Si te calmas, te lo explicaré todo -dije-. Lo siento, pero no puedo recordar tu nombre...

-Kathie Marshall -contestó.

- ¿Terrana?

-Sí. Pero no estamos en Terra, ni en Vainwal -dijo. Su voz temblaba, pero no demostraba miedo.

-Los terranos llaman a este planeta Estrella de Cottman-expliqué-. Nosotros lo llamamos Darkover. Te trajimos aquí porque necesitamos tu ayuda.

-Debes estar loco. ¿Cómo podría ayudarte? Y si pudiera, ¿qué te hace pensar que lo haría, después de haberme secuestrado?

Era una buena pregunta, supongo. Intenté establecer contacto con su mente: si no podía comprender nuestra lengua, al menos así podría convencerla de que no pretendíamos hacerle daño alguno.

-Fuiste traída hasta aquí-dijo Callina-, porque tu mente es gemela con la de mi hermana Linnell.

Ella retrocedió.

- ¿Mentes gemelas? ¡Eso es ridículo! ¿Acaso pensáis que yo creo en esa clase de cosas?

-Si no crees -dijo Callina con suavidad-, ¿por qué de repente puedes entender lo que te digo?

-Bueno, estás hablando terrano... ¡No! -exclamó, y sentí que el terror surgía otra vez en su mente-. ¿Qué idioma estoy hablando...?

Era razonable que si ella era la doble de Linnell, según Cherillys, tuviera *laran* en potencia. Al menos, ahora podía comprendernos.

-Esperábamos poder convencerte de que nos ayudaras -dijo Callina-, pero no te obligaremos, menos aún por la fuerza.

- ¿Dónde estoy, entonces? -En el Castillo Comyn, en Thendara. -Pero eso está casi al otro lado de la Galaxia... -susurró, y se volvió frenéticamente hacia la ventana, para mirar la roja luz del sol poniente. Vi que sus manos aferraban la cortina hasta que los nudillos se le pusieron blancos-. Un sol rojo... -susurró-. Oh, tengo pesadillas como ésta cuando no puedo despertarme. -Estaba tan mortalmente pálida que temí que se desmayara. Callina la rodeó con un brazo, y esta vez Kathie no se alejó de ella.

-Intenta creernos, muchacha -dijo Callina-. Estás aquí, en Darkover. Nosotros te trajimos. - ¿Y tú quién eres?

-Callina Aillard. Celadora del Concejo del Comyn.

-He oído hablar de las Celadoras -dijo Kathie con voz temblorosa- ¡Todo esto es una locura! ¡No pueden coger a un ciudadano terrano y arrastrarlo así por media Galaxia! Mi... Mi padre hará pedazos el planeta buscándome... -Se cubrió el rostro con las manos-. Yo... ¡quiero irme a casa!

Lamenté haber empezado todo aquello. Recordé el halo de condenación, no, de muerte que había visto alrededor de Linnell. Por Evanda misericordiosa, ¿sólo había ocurrido anoche? Me pregunté si aquello había puesto de alguna manera a Linnell en peligro. ¿Qué ocurría cuando los duplicados de Cherillys se encontraban? Ni siquiera había una leyenda que pudiera orientarme. Existía una vieja leyenda de las Kilghard Hills, sobre un jefe montañés, o un bandido -en aquella época supongo que era difícil distinguir entre ambas cosas-, que había localizado a su duplicado, y podía mandar su ejército desde dos lugares al mismo tiempo. Pero aquello era lo único que recordaba, y no tenía idea de lo que le había ocurrido al duplicado una vez había cumplido con su función. Posiblemente, el bandido dejó que ahorcaran al duplicado por sus propios crímenes. En cualquier caso, estaba seguro de que había tenido un mal fin.

¿Ponía en peligro a Linnell la presencia de aquella mujer? Podía tomar alguna precaución: podía poner una barrera protectora alrededor de su mente, para que conservara su invulnerabilidad, su completa inconsciencia de las fuerzas darkovanas. Esperaba que, al haber conectado su mente para darle conocimiento del idioma, no hubiera alterado ya aquella inconsciencia. Pero al menos me aseguraría de que nadie más pudiera hacerlo. En realidad, pretendía poner una barrera alrededor de su mente para desviar cualquier intento de establecer contacto telepático con Kathie, o de controlar su mente, por medio de una especie de circuito de derivación conectando con la barrera protectora y actuando yo de terminal.

No tenía sentido tratar de explicarle lo que me proponía hacer. Tendría que empezar por explicarle la naturaleza misma de los Dones del *laran* y, como al ser el exacto duplicado de Linnell, ella tenía *laran* potencial,

En cuanto se lo hubiera explicado, se adaptaría y sería vulnerable a las fuerzas darkovanas. Hice contacto telepático con ella con tanta suavidad como pude.

Hubo un instante de terrible dolor en cada nervio, pero después desapareció y Kathie empezó a sollozar.

- ¿Qué has hecho? Sentí que... fue horrible... pero, es una locura... o yo estoy loca... ¿qué ha ocurrido?

- ¿Por qué no has esperado hasta que pudiera comprender? -preguntó Callina. Pera yo había hecho lo que debía, y lo había hecho ahora, porque quería que Kathie estuviera a salvo, amurallada, antes de que alguien la viera y adivinara. Pero me dolía verla llorar: yo nunca había soportado las lágrimas de Linnell. Callina levantó la vista con expresión de impotencia, y trató de calmar a la muchacha.

-Vete. Yo me ocuparé de esto. -Y cuando Kathie empezó a llorar con más *fuerza,* añadió-: ¡Lew, vete!

De repente, me enfurecí. ¿Por qué Callina no confiaba en mí? Hice una elaborada reverencia.

-*Su serva, domna* -dije con mi voz más fría e irónica. Luego le di la espalda y me marché.

Y en aquel momento, cuando abandoné furioso a Callina, cerré la trampa sobre todos nosotros.

Cuando cayó la noche, se encendieron todas las luces del Castillo Comyn: una vez, en cada trayecto de Darkover alrededor de su sol, el Comyn, las gentes de Thendara, los señores montañeses con negocios en las tierras bajas, los cónsules y embajadores de otros planetas y los terranos de la Ciudad Comercial, se mezclaban en la Noche del Festival con grandes demostraciones de cordialidad. La celebración

incluía ahora a toda la gente importante del planeta, y el Festival se abría con un gran despliegue danzante en el enorme salón de baile.

Siglos de tradición convertían este acontecimiento en un baile de máscaras, para que los del Comyn y los plebeyos pudieran mezclarse en pie de igualdad. Cumpliendo con la costumbre, me había puesto una máscara pequeña, pero no había hecho ningún otro esfuerzo para disfrazarme, a pesar de haberme puesto la mano mecánica, simplemente para no ser un hombre marcado. Mi padre, pensé un poco divertido, lo hubiera aprobado. Permanecí en un extremo del salón, conversando tranquilamente con un par de terranos del servicio espacial, y tan pronto como pude, me alejé y fui hacia una de las ventanas, para contemplar las cuatro lunas en miniatura que casi habían entrado en conjunción.

Detrás de mí, el gran salón resplandecía con los colores de los trajes que reflejaban todos los rincones de Darkover y gran parte de nuestra historia. Derik llevaba un elaborado traje de las Eras del Caos, pero no estaba enmascarado; una parte de las obligaciones de un príncipe es ser visible ante sus súbditos. Reconocí también a Rafe Scott, que llevaba la máscara y el látigo de un duelista *kifirgh, e* incluso los guantes con garras.

En el rincón que por tradición se reservaba a los jóvenes, la máscara estrellada de Linnell era un simulacro de disfraz. Sus ojos centelleaban, conscientes de que todas las miradas caían sobre ella. Como *comynara,* todo Darkover la conocía -al menos en los Dominios-, pero rara vez veía a nadie, fuera del estrecho círculo de sus primos y los pocos acompañantes selectos que se consideraban apropiados para una dama del Dominio Aillard. Ahora, enmascarada, podía hablar e incluso bailar con perfectos desconocidos, y la excitación que todo aquello le producía era demasiado para ella.

Junto a ella, también con máscara, vi a Kathie, y me pregunté si sería otra de las brillantes ideas de Callina. Bien, no había nada malo en eso. El circuito de derivación que yo había implantado en su cerebro la mantendría perfectamente a salvo, y no había mejor manera de demostrarle que no era una prisionera, sino una invitada de honor. Probablemente, todos creerían que se trataba de alguna noble menor del clan Aillard.

Linnell se echó a reír en cuanto me acerqué a ella.

-Lew, le estoy enseñando algunas de nuestras danzas a tu prima de Terra. Imagínate, no las conocía.

Mi prima de Terra. Supuse que sería otra idea de Callina. Bien, aquello explicaba la falta de fluidez con que hablaba el darkovano.

-No me enseñaron a bailar, Linnell -dijo Kathie con suavidad.

- ¿No te enseñaron? ¿Qué estudiaste, entonces? Lew, ¿en Terra no bailan?

-La danza -dije con sequedad- es una parte integral de todas las culturas humanas. Es una actividad grupal transmitida por los movimientos grupales de los pájaros y los antropoides, incluyendo al hombre. Entre culturas cuasi-humanas como la de los *chieri,* se convierte en una estructura de conducta extática similar a la ebriedad. Sí, bailan en Terra, en Magaera, Samarra, Alfa Diez, Vainwal, y de hecho, en todas partes, desde una punta de la Galaxia a la otra. Para mayor información, se dan charlas de antropología en la ciudad. Yo no estoy de humor para hacerlo. -Me dirigí a Khatia, con modales que esperaba fueran adecuados para un primo-: ¿Qué te parece si lo intentamos, en vez de seguir hablando?

Fuimos a bailar.

-Por supuesto, no podías saber que la danza es uno de los principales estudios de los niños aquí -le dije-. Linnell y yo empezamos a estudiar en cuanto pudimos caminar. Yo sólo recibí una instrucción básica; después me entrenaron en artes marciales, pero Linnell ha seguido estudiando desde entonces. -Miré hacia Linnell, con afecto. Vi que bailaba con Regis Hastur-.

En Vainwal fui a uno o dos bailes. ¿Son tan diferentes nuestras danzas?

Pero mientras hablaba examinaba con detenimiento a la mujer terrana. Observé que Kathie tenía coraje, y también inteligencia. Hacían falta para venir aquí, después del shock que había sufrido, y desempeñar el papel que tácitamente se le había asignado. Y Kathie tenía otra rara cualidad: parecía no notar que el brazo que le rodeaba la cintura era diferente de cualquier otro brazo, de cualquier otra mano. Aquello no era común. Hasta Linnell le había lanzado una rápida mirada furtiva. Bien, Kathie preguntó:

- ¿Y Linnell es tu prima, tu parienta?

-Mi hermana adoptiva. Fue criada en la casa de mi padre. No somos parientes consanguíneos, salvo en la medida que todo el Comyn tiene antepasados comunes.

-Es muy... bueno, es como si verdaderamente fuera mi hermana gemela. Me siento como si siempre la hubiera conocido. Pero tengo miedo de Callina. No es que no haya sido amable conmigo; nadie podría haber sido más amable, ¡pero parece tan remota! No sé por qué, pero no parece completamente humana.

-Es una Celadora -dije-. Les enseñan a no demostrar sus emociones, eso es todo. -Pero me pregunté si aquello era todo.

-Por favor -susurró Kathie, rozándome el brazo- no bailemos más... ¡En Vainwal soy una buena bailarina, pero aquí me siento tan torpe como un elefante!

-Probablemente, no te enseñaron a bailar con tanta intensidad. -Para mí, aquello era lo más extraño de Terra: la ligereza con la que consideraban aquel talento único, que distingue al hombre de los cuadrúpedos. En Darkover hay un proverbio: *Sólo los hombres ríen, sólo los hombres bailan, sólo los hombres lloran.* Las mujeres que no sabían bailar... ¿cómo podían ser verdaderamente bellas?

Acompañé a Kathie hasta el rincón donde esperaban las mujeres jóvenes y, al volverme, vi a Callina que entraba al salón de baile. Y para mí, la música se detuvo.

He visto la negra noche del espacio interestelar salpicada de cien millones de estrellas. Callina tenía ese aspecto, ataviada con una gasa sedosa que parecía un retal de aquel cielo, su pelo oscuro salpicado de pálidas constelaciones. Oí jadeos y exclamaciones de asombro.

-Qué bella es -susurró Kathie-, ¿pero qué representa ese traje? Nunca he visto algo parecido...

-No tengo ni idea-dije, pero mentía. La historia pertenecía a la *Balada- de Hastur y Cassilda,* la más antigua leyenda del Comyn. Camilla, atravesada por la espada de sombra en lugar de su brillante hermana, pasó así al reino de la oscuridad bajo la sombra de Avarra, Oscura Señora del nacimiento y la muerte... No tenía idea de por qué una mujer, en vísperas de su matrimonio, aunque fuera tan poco atractivo como éste, podría haber elegido semejante atuendo. Me pregunté qué ocurriría cuando Beltrán se diera cuenta del significado de aquel gesto. ¡Era difícil concebir un insulto más directo... salvo si Callina se hubiera disfrazado de verdugo!

Rápidamente me excusé ante Kathie y fui hacia Callina. Estaba de acuerdo en que aquel matrimonio era una farsa asquerosa, pero ella no tenía derecho a avergonzar a su familia de aquel modo. Pero Merryl llegó primero junto a ella, y alcancé a oír el final de su sermón.

-Una terrible vergüenza... ridiculizarnos así ante los invitados, después del gesto tan generoso de Beltrán...

-Por lo que a mí respecta, puede guardarse su generosidad -contestó Callina-. Hermano, no fingiré ni mentiré. Este vestido me agrada, ¡es perfectamente adecuado dada la manera en que he sido tratada por el Comyn durante toda mi vida! -Su risa sonó musical y

Amarga-. ¡Beltrán soportará insultos mayores, a cambio de derechos de *laran* en el Concejo del Comyn! ¡Espera y ya verás!

- ¿Crees que voy a bailar contigo si llevas puesto ese...? -Su voz se quebró, estaba rojo de ira.

-En cuanto a eso -dijo Callina-, puedes hacer lo que te plazca. Estoy dispuesta a comportarme de manera civilizada. Si tú no, peor para ti. -Se volvió hacia mí y me dijo, casi como una orden:

-Lord Alton bailará conmigo.

Tendió los brazos, y me acerqué, pero aquella audacia era rara en ella, y me dejó incómodo. Callina era una Celadora. En público siempre había sido recatada, reservada, terriblemente tímida y modesta. Aquella nueva Callina, que atraía todas las miradas por su deslumbrante traje, me alarmaba. ¿Y qué pensaría Linnell?

-Lo siento por Linnell -dijo Callina-, pero este vestido está de acuerdo con mi humor. Y... me sienta muy bien, ¿verdad?

Era cierto, pero la coquetería con que levantó los ojos hacia mí me alarmo: era como si una estatua pintada hubiera cobrado vida para flirtear conmigo. Bien, ella lo había querido.

-Eres condenadamente bella-dije con voz ronca. La llevé hasta un rincón y aplasté mi boca contra la suya, fuerte y salvajemente-. Callina, Callina, no seguirás adelante con ese loco matrimonio, ¿verdad?

Por un momento quedó pasiva en mis brazos, alarmada. Luego se puso rígida, retrocedió y me empujó frenéticamente.

- ¡No! ¡No quiero!

Dejé caer los brazos y me quedé mirándola, mientras lentamente la furia me encendía el rostro.

- ¡Así no es como actuaste anoche... ni tampoco hace un momento! De todos modos, ¿qué es lo que quieres, Callina?

Agachó la cabeza. Con amargura, como desde muy lejos, murmuro:

- ¿Acaso importa lo que yo quiero? ¿Acaso alguien me lo ha preguntado alguna vez? ¡Sólo soy una pieza más del juego, que puede ser movida como se les antoje!

Le tomé una mano, y no se resistió. - ¡Callina, no tienes por qué hacerlo! -dije, con tono urgente-. Beltrán ya está desarmado, ya no es una amenaza...

- ¿No querrás que cometa perjurio? -Lo preferiría, o que murieras, antes que casarte con él -exclamé, mientras la furia crecía en mi interior-. ¡No sabes cómo es!

-Di mi palabra. Yo... -Levantó los ojos hacia mí, y de repente, su rostro se desfiguró con los sollozos-. ¿No puedes ahorrarme esto?

- ¿Alguna vez te has parado a pensar que tú podías haberme ahorrado muchas cosas a mí? -le pregunté-. Bien, Callina, que así sea... ¡Le deseo a Beltrán toda la felicidad con su esposa! -Le volví la espalda, sin prestar atención a su exclamación ahogada, y me alejé.

No sé a dónde pensaba ir. A cualquier parte, fuera de aquí. Un telépata nunca está cómodo en una multitud, y a mí las multitudes siempre me han causado dificultades. Recuerdo que los bailarines se separaron para dejarme pasar. Entonces, de manera inesperada, una voz dijo: - ¡Lew!

Me detuve en seco, y me quedé mirando a Dio. Llevaba un vestido verde claro, festoneado de blanco. Tenía el pelo suavemente ondulado en torno al rostro, y no había hecho nada por disimular las pecas doradas que le cubrían las mejillas. Se la veía rosada y sana. No se *parecía,* en nada a la mujer demacrada e histérica que había visto por última vez en el hospital de Vainwal.

Esperó un minuto, y luego me dijo lo mismo que había dicho la primera vez que nos encontramos:

- ¿No vas a invitarme a bailar, *Dom* Lewis?

Parpadeé. Debo de haber parecido un estúpido inmenso, allí de pie, mirándola con la boca abierta.

- ¡No sabía que estabas en Thendara!

- ¿Por qué no habría de estar aquí? -replicó-. ¿Crees que soy una inválida? ¿En qué otro lugar estaría, durante la temporada de sesión del Concejo? Sin embargo, ¡no

me has hecho una visita de cortesía, ni me has enviado flores la mañana del Festival! ¿Estás enfadado conmigo porque te fallé?

Una pareja que bailaba casi nos atropello, y la mujer exclamó con irritación:

- ¿Es que tenéis que bloquear la pista de baile? ¡Si no bailáis, al menos no molestéis a los que sí lo hacen!

Tomé a Dio por el codo, no con mucha suavidad, y la llevé hacia el borde de la pista.

-Lo siento... No sabía que querías que te enviara flores. No sabía que estabas en Thendara. -De repente, toda mi amargura salió a la superficie-. ¡Todavía no conozco la manera de ser cortés con una esposa que me abandonó!

-Que yo te abandoné... -Se interrumpió y se quedó mirándome con fijeza. Trató de afirmar su voz-. ¿Que yo te abandoné? Creí que te habías divorciado de mí porque no podía darte un hijo sano...

- ¿Quién te ha dicho eso? -pregunté, tomándola de los hombros hasta que hizo un gesto de dolor. Aflojé las manos, pero proseguí con tono urgente-: ¡Volví al hospital! Me dijeron que te habías marchado con tus hermanos...

Gradualmente el color abandonó su rostro, hasta que las pecas se volvieron oscuras contra su piel pálida.

-Lerrys me hizo embarcar antes de que pudiera caminar... -dijo-. Tuvo que llevarme en brazos. Me dijo que, como Cabeza de Dominio, no podías casarte con una mujer que no podía darte un Heredero.

- ¡Que Zandru le azote con sus escorpiones! -juré-. Vino a verme, en cuanto llegué, amenazó matarme, dijo que ya habías sufrido demasiado... Dio, te juro que creí que eras tú la que quería...

Sus ojos empezaron a humedecerse y vi que se mordía los labios. Dio nunca había podido llorar en público. Extendió una mano hacia mí, después la retiró y dijo:

-Vine al Festival... con la esperanza de verte... ¡y te encuentro en brazos de Callina!

Me dio la espalda y empezó a alejarse. La retuve poniéndole una mano sobre el hombro.

-Lerrys ya ha hecho suficiente daño -dije-. Aclararemos este asunto con él... ¡y lo haremos ahora! ¿Está aquí ese condenado liante?

- ¿Cómo te atreves a hablar así de mi hermano? -preguntó Dio con incoherencia-. ¡Hizo lo que creía mejor para mí! En aquel momento, yo estaba histérica, no quería volver a verte jamás...

-Y yo cumplí con tus deseos -dije, exhalando un profundo suspiro-. Dio, ¿qué sentido tiene todo esto? Ya está hecho. Hice lo que creí que querías...

-Y yo vine aquí para ver si era lo que tu querías -exclamó Dio- ¡y descubro que te estás consolando con ese condenado palo frío de la Celadora! Espero que te arroje rayos cuando la toques, ¡te lo mereces!

-No hables de esa manera de Callina... -le dije con severidad.

-Ha hecho votos de Celadora, ¿qué es lo que quiere de mi esposo?

-Dejaste bien en claro que yo no era tu esposo. -Entonces, ¿por qué fui yo quien recibió una notificación de divorcio? Debo parecer una tonta. -Una vez más pareció estar al borde de las lágrimas. La rodeé

con mi brazo, tratando de consolarla, pero ella se desprendió de mí con furia-. ¿Si eso es lo que quieres, hazlo! ¡Tú y Callina!

-¡No seas tonta, Dio! -dije-. Callina estará prometida a Beltrán en una hora. No pude impedirlo...

-No tengo dudas de que lo intentaste -replicó Dio-. ¡Te vi!

Suspiré. Dio estaba decidida a hacer una escena. Yo todavía creía que podíamos arreglarlo todo en privado, pero también estaba en guardia. Ella me había hecho sentir como un estúpido, y no al revés. Y tenía perfecto derecho a dejarme después

de todo lo que yo le había hecho pasar. De todas maneras, no quería que me recordaran aquella tragedia otra vez. Todavía me dolía demasiado.

-Dio, éste no es el momento ni el lugar... - ¿Se te ocurre alguno mejor? -Estaba furiosa, y no podía culparla. Si Lerrys hubiera estado allí, creo que le habría matado. De modo que después de todo, ella no me había abandonado por voluntad propia. Sin embargo, mientras observaba su rostro enfurecido, me di cuenta de que no había manera de regresar al punto en que habíamos quedado.

Los demás nos miraban con curiosidad. No me sorprendió. Yo, al menos, debía estar emitiendo mis emociones -que eran en general confusas- por todo el salón de baile.

-Será mejor que bailemos -dije, y le toqué un brazo. No era un baile de pareja, y me sentí agradecido. No deseaba tanta intimidad, no aquí, con todo lo que se interponía entre nosotros. Fui hasta el círculo exterior de hombres, y Dio permitió que Linnell la atrajera hasta su círculo. Era raro, pensé, que Linnell, mi parienta más cercana, no supiera nada de nuestro breve matrimonio, ni de la manera desastrosa en que había concluido. Aunque, después de todo, no era la clase de historia apropia-

da para contársela a una joven en vísperas de su propio matrimonio. Vi cómo miraba a Derik mientras bailaba. Entonces empezó la música y me abandoné a ella. Las figuras de la danza trajeron a Dio hacia mí, con una reverencia formal, y volvieron a alejarla. Finalmente, cuando la danza concluyó, volvimos a quedar cara a cara, y nos saludamos con una inclinación. Vi que Derik tomaba a Linnell del brazo, y Dio y yo volvimos a quedar solos.

- ¿Puedo servirte algún refresco? -ofrecí, con tono formal.

- ¿Es necesario que seas tan formal? -Sus ojos relucían por las lágrimas-. ¿Es esto sólo un juego para ti?

Sacudí la cabeza, la tomé del brazo y la conduje hasta el buffet. Su cabeza apenas si me llegaba al hombro. Había olvidado lo pequeña que era; siempre la había recordado como si fuera más alta. Tal vez era la manera en que caminaba, erguida e independiente, tal vez era tan sólo que en Vainwal, al igual que muchas mujeres, había usado zapatos de tacón alto, y aquí había vuelto a las suaves sandalias bajas que eran tradicionales en los Dominios. El verde pálido de su vestido hacía que su pelo centelleara, rojizo dorado.

No es necesario que nuestra separación sea definitiva. Dio podría, ser Lady Alton, y viviríamos en Armida... Y por un momento me sentí invadido por una oleada de nostalgia por las montañas de mi hogar, las largas sombras del crepúsculo, la manera en que el sol bajaba sobre la fila de altos árboles de la Gran Casa... Todavía podía tener todo aquello, podía tenerlo con Dio...

Las largas mesas rebosaban de toda clase de exquisiteces imaginables. Le serví una copa de un dulce zumo de frutas, de color rojo. Al probarlo, noté que lo habían mezclado con algún fuerte licor incoloro, ya que una sola copa me mareó. Dio, que me observaba mientras bebía, dejó su copa intacta y dijo:

-No quiero emborracharme esta noche. Hay algo... no sé qué es. Estoy asustada.

Tomé en serio su comentario. El instinto de Dio era bueno, y además era una hipersensible Ridenow. No obstante, dije:

- ¿Qué ocurre? ¿Se trata sólo de que hay aquí, esta noche, gentes de otros planetas y terranos?

Lawton estaba allí, con unos cuantos funcionarios del Cuartel General Terrano, y de repente se me ocurrió preguntarme si Kathie no vería los uniformes terranos y les pediría protección, acusándonos de haberla secuestrado, o de algo peor. La mayoría de los terranos no sabían nada de tecnología de matrices, y algunos de ellos estaban dispuestos a creer cualquier cosa. Y era casi seguro que lo que habíamos hecho Callina y yo infringía alguna ley.

Dio estaba en leve contacto telepático conmigo, y se volvió para decirme con aspereza:

- ¿No puedes quitarte a Callina de la mente ni por un segundo, al menos mientras estás hablando conmigo?

No podía creerlo: ¿Dio estaba celosa?

- ¿Te importa, preciosa?

-No debería, pero sí me importa -dijo ella, alzando el rostro hacia mí, de repente sería-. Creo que no me importaría si ella te quisiera, pero no quiero que te hiera. No creo que lo sepas todo de Callina.

-Y tú sí, por supuesto.

-Yo era la que debía haber ido a la Torre Comyn, para ser entrenada como... sustituía de Ashara. No quise ser nada más que un instrumento de Ashara. Había conocido a una de... sus otras sub Celadoras. Y entonces, me aseguré de que... -vaciló, se sonrojó un poco- me descalificaran.

La comprendí. Ya no hay motivos para que una Celadora deba permanecer virgen, aislada, consagrada,

casi venerada. Por muy buenas razones, se mantienen célibes mientras funcionan como Celadoras de un círculo, pero no a la antigua manera, supersticiosa, ritual. Había habido un tiempo en el que una mujer elegida como Celadora debía someterse a una sentencia perpetua de alienación, castidad, reclusión, pero no ahora. Sin embargo, por alguna razón, Ashara elegía a sus sub Celadoras entre aquellas que eran entrenadas como vírgenes. Y el recurso de Dio fue tan bueno como cualquier otro para evitar aquella sentencia.

De repente comprendí por qué Callina me había rechazado. El matrimonio con Beltrán sería una ceremonia vacía, un arreglo político. Callina no tenía intenciones de abandonar su cargo de Celadora en el lugar de Ashara. Yo debería haberme sentido halagado, ya que ella era perfectamente consciente de que yo no hubiera aceptado esa clase de separación. No era indiferente a mí, y me lo había hecho saber. Y por esa razón no se atrevía a permitir que me acercara a ella.

Locura, doble locura, entonces, la de amar lo prohibido. No obstante, la idea de que ella quedara al cuidado de Beltrán me asustaba. ¿Quedaría él verdaderamente satisfecho con un arreglo formal, que le daría tan sólo el nombre de consorte, sin ningún otro privilegio? Callina era hermosa, y Beltrán no era indiferente.

-Lew, estás tan lejos de mí como si volvieras a estar en Vainwal -dijo Dio, irritada, y tomó el vaso de zumo de frutas que yo le había servido. La observé, y me pregunté qué ocurriría ahora. Había sido absurdo por mi parte haber pensado, aunque sólo fuera por un momento, en Callina, que me estaba prohibida, que estaba fuera de mi alcance. Celadora o no, la esposa de Beltrán estaría prohibida. Yo había jurado como Comyn, y ellos le habían conferido a Beltrán inmunidad de Comyn. Aquello era un hecho que no podía pasar por alto. Y aquel asunto con Dio se interponía entre

mi persona y cualquier vida que pudiera procurarme. Reconocí, con una oleada de humillación, que no me correspondía decir «tendré a esta o a aquella mujer». Se trataba más bien de cuál de ellas me aceptaría. Por lo visto, no tenía elección en ese asunto, y en cualquier caso, yo no era ninguna ganga para una mujer. *Mutilado, condenado, perseguido...* Me obligué a eliminar la asqueante oleada de autoconmiseración y miré a Dio.

-Debo presentar mis respetos a mi hermana adoptiva, ¿quieres acompañarme?

Ella se encogió de hombros.

- ¿Por qué no? -me dijo, y me siguió.

Me invadió una molesta inquietud, casi telepática. Vi a Callina que bailaba con Beltrán, y desvié la mirada con obstinación. Si aquélla era su elección, que así fuera. Morbosamente, deseé que él tratara de besarla. ¿Lerrys, Dyan? Si estaban aquí, iban

disfrazados y por lo tanto, irreconocibles. Esa noche, podía estar presente la mitad de la colonia terrana, y yo ni lo advertiría.

Pero Linnell bailaba con alguien a quien no reconocía, y me volví hacia el rincón en el que Merryl Aillard y Derik conversaban. Derik estaba sonrojado, y su voz era gangosa y poco firme.

-Buenas noches, Lew.

-Derik, ¿has visto a Regís Hastur? ¿Cómo es su disfraz?

-No sé -dijo Derik con voz espesa-. Soy Derik, y eso es todo lo que sé. Bastante me cuesta recordarlo. Pruébalo si tienes oportunidad.

-Bonito espectáculo-mascullé-. ¡Derik, me gustaría que recordaras quién eres! Merryl, ¿no puedes sacarle de aquí y calmarle un poco? Derik, ¿te das cuenta del espectáculo que estás dando a los terranos y a nuestros parientes?

-Creo... olvídalo-farfulló-. No es asunto tuyo... lo que haga... de todos modos, no... no borracho...

-Linnell se sentiría muy orgullosa de ti -le espeté-. Merryl, llévatelo y dale una ducha fría, ¿quieres?

-Linnell enojada conmigo -dijo Derik, sintiendo mucha lástima por sí mismo-. Ni siquiera bailar... no quiso.

- ¿Quién iba a querer? -mascullé, y tuve que controlarme para no darle un puntapié. Ya era un incordio necesitar una Regencia en una época como ésta, pero si encima el presunto heredero de la corona daba un espectáculo de ebriedad ante media Thendara, era aún peor. Resolví buscar a Hastur, que tenía una autoridad de la que yo carecía, e influencia sobre Derik; al menos eso esperaba. Merryl también, pero no era ninguna ayuda. Examiné la multitud de disfraces, buscando a Dan-van Hastur, o a Regis. O tal vez pudiera encontrar a Linnell, que quizá pudiera convencerle o avergonzarle para que saliera del salón de baile y se calmara.

De pronto, un traje me llamó la atención. Había visto aquellos arlequines en los antiguos libros de Terra: de colorines, con un gorro puntiagudo sobre un rostro enmascarado, delgado y de alguna manera horrible. No en sí mismo, pues el traje no era más que grotesco, pero tenía una suerte de atmósfera... Me dije que no debía imaginarme cosas.

-No, a mí tampoco me gusta -dijo Regis muy quieto, a mi lado-. Ni me gusta la atmósfera de este salón... ni de esta noche.

-No puedo dejar de pensar que lo he visto antes -dije. No sabía lo que iba a decir hasta que me oí decirlo-: ¡Siento... siento como si fuera a desatarse el infierno!

Regis asintió con gravedad.

-Tienes un poco del Don de Aldaran, ¿verdad? Premonición... -Vio a Dio, que seguía junto a mí, y le hizo una reverencia-. Mis saludos, *vai domna.* Eres la hermana de Lerrys, ¿verdad?

Volví a mirar al hombre enmascarado, disfrazado de arlequín. Sentí que le conocía, que de algún modo tenía su nombre en la punta de la lengua. Al mismo tiempo sentí un curioso acceso de temor: ¿por qué no podía recordar, por qué no podía recordarle?

Pero antes de que llegara a alguna conclusión, las luces de la cúpula se apagaron. Inmediatamente la habitación fue inundada por la luz de las lunas. Hubo una suave exclamación generalizada, un «Aaah» de los invitados apiñados, ya que a través de la clara transparencia de la cúpula, las cuatro lunas flotaban en lo alto, en plena conjunción, una encima de la otra: la pálida faz violeta de Liriel, Idriel, toda verde mar, el resplandor pavo real de Kyrrdis, y la pálida perla de Mormallor. Sentí un leve roce en el brazo y bajé la vista para mirar a Dio.

No es así como imaginé que volveríamos juntos a, casa... Por un momento, no supe si el pensamiento había sido mío o suyo. Las parejas se desplazaban por la pista preparándose para el baile a la luz de la luna, tradicional para las parejas prometidas. Vi que Linnell se acercaba a Derik... Borracho o no, ella se consideraría

obligada a bailar con él. De repente, fui incapaz de resistirme a la antigua atracción, al viejo vínculo. Tomé a Dio en mis brazos y fuimos hasta la pista. Por encima de su hombro, vi que Regis se quedaba solo al borde de la pista, con expresión fría y distante, a pesar de las mujeres que decidían quedarse convenientemente cerca de él, por si quería elegir a alguna de ellas. Dio era cálida y familiar en mis brazos. ¿Era aquello lo que había deseado? Descubrí que me molestaba aquella sonrisa que daba por supuestas tantas cosas. Sin embargo, el ritmo de la música latía en mi sangre. Había olvidado esto, la sensación de estar completamente sintonizado con alguien, resonando con el mismo ritmo, como si un solo cuerpo se moviera con el sonido y, tal como lo había hecho antes, ella me buscó, casi sin intención, y se estable-

ció al contacto mental entre ambos, un contacto más estrecho que cualquier intimidad física... cercanía, hogar, plenitud. Cuando sonó el último acorde de la música en la noche, la estreché entre mis brazos y la besé con fuerza.

El silencio fue un anticlímax. Dio se desprendió de mis brazos y volví a sentirme frío y solo. Las luces, que volvieron a encenderse en la cúpula, la iluminaban mientras me observaba con una extraña sonrisa.

-De modo que eso es lo máximo que he sido para ti -dijo con suavidad-. ¿Nunca fue algo más que eso, Lew... que yo era una mujer y tú estabas solo y... necesitado? ¿Sólo fue eso?

-No lo sé, Dio. Juro que no lo sé -dije con tono cansino-. ¿No podemos dejarlo así por ahora, y arreglarlo otro día... cuando no nos esté mirando media Thendara?

Inesperadamente, con el rostro muy serio, me dijo:

-No creo que tengamos tanto tiempo. Estoy asustada, Lew. Algo anda muy mal. En la superficie, todo está bien, como ha sido siempre, pero hay algo... algo que no debería estar aquí, y no sé qué es.

Dio tenía el sensible Don de los Ridenow, y yo confiaba en su intuición. ¿Pero qué podía hacer? Sin duda, aquí nadie haría nada, nadie se atrevería a atacar a cualquiera de nosotros ante la ciudad y los huéspedes reunidos. Sin embargo, Regís me había dicho algo parecido, y yo mismo me sentía inquieto.

Mientras me abría paso entre la multitud, en busca de Linnell o Callina, volví a ver al desconocido disfrazado de arlequín. ¿A quién conocía yo que fuera alto y erguido, como él? ¿Por qué me parecía extraño, demasiado familiar? Era demasiado alto para ser Lerrys, aunque me pareció que la hostilidad que sentía en él era muy parecida a la que había percibido en Lerrys cuando me había avisado que no me acercara a Dio.

(Y Dio estaba junto a mí. ¿Haría Lerrys efectivas sus amenazas, aquí y ahora?)

Una vez más avancé entre la multitud. Había hablado con Regis y se me había olvidado decirle lo de Derik, tenía demasiadas cosas en la cabeza. Me *parecía* que había estado toda la noche moviéndome inútilmente entre esta multitud, y mis barreras empezaban a ceder: ya no podía soportar por mucho tiempo tanto barullo mental. Unos cadetes se apiñaban alrededor de las largas mesas del banquete, atacando con voracidad las exquisiteces que había allí, satisfechos por la variación con respecto a la comida de las barracas. Entre ellos reconocí a los dos hijos de Javanne, Rafael y el joven Gabriel. Supuse que uno de ellos aún se consideraría mi Heredero. No *tengo ningún hijo, jamás lo tendré, pero tengo una hija y lucharé para que Armida sea suya después de mí.* Entonces me invadió una deprimente sensación de futilidad. ¿Quedaría algo que tener, después de que Beltrán ocupara su sitio en el Concejo del Comyn y nos destruyera a todos? ¿No sería mejor tomar a Marja, y a Dio si aceptaba, y volver a Terra o a Vainwal, o a alguno de los mundos en el límite el Imperio, donde pudiéramos montarnos una nueva vida?

No soy un luchador. Puedo luchar si tengo que hacerlo, y mi padre hizo todo lo que pudo, desde el día en que pude empuñar una espada, para que fuera bueno en eso, y yo había aprendido, porque no había tenido alternativa. Pero nunca me había

gustado, a pesar de sus esfuerzos para que yo sobresaliera, cuando era soldado, con las armas y en el combate a mano limpia.

Maldición, incluso sus últimas palabras habían sido de lucha. Podía oírlas ahora, brotaban dentro de mí como si las pronunciara en este momento, no como un recuerdo: Vuelve a Darkover, lucha por los derechos de tu hermano y por los tuyos...

Y me había arrojado a este borboteante infierno...

- ¡Qué ceño tan fruncido, Lew! -dijo Linnell con cariñosa reprobación-. ¡Se supone que esto es una fiesta!

Traté de esbozar algo parecido a una sonrisa social. A veces, preferiría estar en el noveno y más frío infierno de Zandru antes que entre una multitud, donde tengo que ser sociable, y aquélla era una de esas veces, pero no iba a aguarle la fiesta a Linnell.

-Lo siento -dije-, supongo que este horrible hocico mío ya es bastante desagradable, como para empeorarlo todavía más.

-Para mino eres feo, hermano adoptivo -dijo ella con la inflexión más íntima que convertía la expresión en una caricia-. Me gustaría que no tuvieras el rostro marcado, pero sólo porque querría decir que no habrías sufrido tanto. Las flores que me enviaste eran muy bonitas -añadió-. Mira, llevo una prendida en el vestido.

Esbocé una sonrisa apenada.

-Debes darle las gracias a Andrés, él las eligió. Te sientan bien, sin embargo. - Pensé que Linnell era como una flor, rosada y brillante, risueña-. Te vi bailar con Derik... ¡espero que le hayas dicho a Merryl que se lo llevara y le calmara!

-Oh, pero si no está borracho, Lew -dijo ella con seriedad, poniéndome una mano sobre la muñeca-. Es mala suerte que haya tenido uno de esos ataques la Noche del Festival. A veces le ocurre, y cuando era más joven, solían mantenerle en cama, sin que nadie le viera... No bebe en absoluto, porque le deja mucho peor. Ni siquiera bebe un poco de vino con la cena. Me enfadé con él porque había tomado una copa, un zumo de frutas al que le habían mezclado un poco de fuerte *firi, y* él no quiso ofender a Merryl negándose...

-Esto ha sido una mala jugada; yo mismo tomé un poco -dije-. Pero me pregunto quién lo habrá hecho,

con el único fin de que Derik tome un poco... -Tenía algunas sospechas. Lerrys, por ejemplo se alegraría de ver a nuestro presunto rey, pobrecito él, hacer el tonto más que de costumbre.

-Oh, seguro que fue por accidente, Lew -dijo Linnell, consternada-. Nadie haría una cosa así deliberadamente, ¿verdad? Lo cierto es que sabe muy bien, yo apenas si me di cuenta de que llevaba algo más. Podría haber tomado mucho más y, por supuesto, el pobre Derik no está lo bastante familiarizado con la bebida para saber que algo que sólo sabe a frutas le haría tanto daño...

De modo que alguien con mucho interés en demostrar que Derik era absolutamente incompetente, se había asegurado de que tomara un poco de aquella bebida de sabor inocente, que sólo acentuaría sus diversos impedimentos y le confundiría más que nunca. ¿Merryl? Supuestamente, Merryl era su amigo. ¿Lerrys? Era capaz de cualquier cosa por echarnos en brazos del Imperio Terrano, y tenía la clase de mente tortuosa que disfrutaría con una jugada así. Me pregunté cómo podía ser que, con una familia así, Dio hubiese salido tan honesta y directa.

- ¡Bueno, pues parecía borracho, y me temo que es lo que pensará la mayoría de la gente! -dije.

-Cuando nos casemos -prosiguió Linnell con una sonrisa-, yo cuidaré de que nadie le meta en líos de éstos. Derik no siempre es tonto, Lew. No, no es brillante, sin duda siempre necesitará a alguien como Regis... o como tú, Lew... para guiarle en cuestiones políticas. Pero sabe que no es muy brillante, y se dejará guiar. Y me aseguraré además de que no sea Merryl quien le guíe-

Linnell podía parecer y hablar como una joven delicada y frágil como una flor, pero detrás de aquella apariencia se escondía un fuerte sentido común y sentido práctico.

-Es una pena que no seas Cabeza de Dominio, hermana. Nunca hubieran logrado casarte a ti con Beltrán. --Me volví y vi a Kathie, que había estado bailando con Rafe Scott, y esperé que hubiera tenido el sentido común suficiente para no contarle nada. Y más allá estaba el arlequín que tan profundamente me había perturbado. Maldición ¿quién era?

-Lew, ¿quién es Khatie en realidad? Cuando estoy cerca de ella, me siento terriblemente rara. No es tanto el hecho que se parece a mí, es como si fuera una parte *de mí misma, sé lo que hará antes de que lo* haga. Sé, *por* ejemplo, que va a girarse, ¿lo ves? Y viene hacia aquí... y entonces siento algo así como una especie de dolor, como si tuviera que tocarla, que abrazarla. ¡No puedo estar lejos de ella! Pero cuando llego a tocarla, tengo que alejarme, no lo soporto. -Linnell se retorcía nerviosamente las manos, a punto de prorrumpir en una risa o un llanto histérico, y Linnell no era muchacha de preocuparse por minucias. Si la afectaba tanto, se trataba de algo serio. ¿Qué ocurría, me pregunté, cuando los duplicados de Cherillys estaban cara a cara?

Bien, fuera lo que fuese, estaba a punto de verlo. Cuando Kathie terminó de bailar, se dirigió hacia Linnell, y casi sin querer, Linnell empezó a moverse en dirección a ella. ¿No le estaría haciendo Kathie alguna maliciosa jugarreta mental a mi pequeña prima? Pero no, Kathie no era consciente de los poderes darkovanos, y aunque tenía cierto *laran* en potencia, nada podía atravesar aquella muralla con la que yo había rodeado su mente.

Linnell tocó la mano de Kathie, casi con timidez: como respuesta inmediata, Kathie rodeó con un brazo la cintura de Linnell, y caminaron enlazadas durante uno o dos minutos. Después, con un súbito movimiento nervioso, Linnell se desasió *y se acercó* a *mí. -Allí está* Callina -dijo.

La Celadora, distante con su atavío de estrellas, se abría paso entre la multitud de bailarines que buscaban nuevas parejas o que se dirigían a las mesas de banquete. - ¿Dónde has estado, Callina? -preguntó Linnell. Miró el vestido con apenada perplejidad, pero Callina no hizo ningún intento de explicarse o justificarse. Intenté establecer contacto con su mente, pero sólo sentí aquella extraña presencia, pétrea y fría, que ya había percibido antes cerca de Callina, como una puerta cerrada, fría y protegida.

-Oh, Derik se *me llevó para que* escuchara un largo cuento de borracho... ¿No me habías dicho que nunca bebía, Linnie? No llegó a terminar... el vino le venció al fin. Ojalá nunca caiga ante un enemigo peor. Ordené a Merryl que buscara a su criado personal y le hiciera llevar a sus habitaciones, de modo que tendrás que encontrarte otro acompañante para el baile de medianoche, bonita. -Con indiferencia, paseó la mirada por el salón-. Supongo que tendré que bailar con Beltrán. Hastur me está haciendo señas. Es probable que quiera comenzar la ceremonia ahora.

- ¿Debo acompañarte, entonces? -Me niego a darle a esta farsa la apariencia de una boda, Linnie -dijo Callina-. Y tampoco arrastraré a ningún pariente en esto. ¿Por qué crees que quité del medio a Merryl?

-Oh, Callina -exclamó Linnell, tendiendo los brazos hacia ella, pero su hermana se alejó dejando a Linnell con los brazos abiertos, herida y perpleja.

-No me compadezcas, Linnie -dijo Callina con voz tensa-. No... no lo permitiré.

Estuve seguro de que quería decir no podría soportarlo.

No sé qué hubiera hecho o dicho en ese momento, si Callina se hubiera dirigido a mí, pero se alejó de nosotros con ojos meditabundos, azul cielo como los de As-

hará, y pasó junto a mí en silencio. Con amargura e impotencia, la vi perderse entre la multitud, con su vestido que recordaba la muerte, la condenación, las sombras.

Debí haberlo adivinado todo entonces, cuando se alejó de nosotros sin una palabra, sin un roce, silenciosa y remota como la misma Ashara, convirtiendo su tragedia en una isla solitaria de la que todos estábamos excluidos. Vi que Beltrán, junto a Hastur, se adelantaba para recibirla, y vi que ella sólo le concedía una reverencia formal, no un abrazo. Oí cómo los brazaletes se cerraban sobre sus muñecas.

-Aunque estéis separados *en* la carne, que nunca así sea en espíritu, y que por siempre seáis uno -dijo Hastur, y en todo el recinto, las esposas buscaron a sus esposos, y las amantes a sus amantes, para intercambiar el beso ritual. Callina era ya la consorte de Beltrán, y el matrimonio un hecho legal, desde el momento en que Hastur soltó la mano de la joven. No me volví para ver si Dio estaba cerca. La verdad es que, en aquel momento, me había olvidado de su existencia, de lo atrapado que estaba por la angustia de Callina.

La danza siguiente después de una boda era siempre, por tradición, un baile destinado a las parejas casadas o prometidas. Callina, con el privilegio de la novia, condujo a Beltrán a la pista de baile, pero ambos se desplazaron tocándose tan sólo la punta de los dedos. Vi que Javanne y Gabriel, sonrientes, se dirigían a la pista. El Regente se inclinó ante una viuda entrada en años, una parienta distante de Callina, y también ellos bailaron con pasos mesurados.

-Regis -dijo Linnell con tono alegre-, ¿vas a volver a decepcionar esta noche a todas las mujeres solteras de los Dominios?

-Mejor decepcionarlas ahora y no después, parienta -dijo Regís devolviéndole la sonrisa-. Y veo que no estás bailando.... ¿dónde está nuestro real primo?

-Está descompuesto. Alguien le dio un ponche que llevaba algo que él desconocía-contestó Linnell-, y Merryl le ha acompañado a sus habitaciones, de modo que no tengo parientes ni amantes que bailen conmigo esta noche, a menos que tú quieras bailar, ¿Lew? Eres más hermano mío que Lerrys -añadió con cierta irritación.

-Perdóname, Linnell, pero preferiría no hacerlo -dije, y me pregunté si no estaría algo borracho. Me sentía inquieto, casi con náuseas. ¿Era tan sólo la inquietud habitual de un telépata cuando está rodeado por una multitud?

-Mira, hasta Dyan está bailando con la viuda del viejo maestro de armas -dijo Linnell-, y Dio con Lerrys. Mira, ¿no es un bailarín maravilloso?

Seguí su mirada, vi al hermano y a la hermana bailando, estrechamente abrazados, más como amantes que como hermanos, y por un momento tuve ganas de cruzar la pista de baile, enfurecido, y de recordarle a Lerrys que Dio era mía. Pero fui incapaz de moverme. Si intentaba bailar, seguro que me caería, aunque sólo había bebido muy poco de aquel ponche de frutas mezclado con licor.

-Bailaré contigo como sustituto de Derik, si lo deseas, prima -dijo Regís, haciéndole una reverencia a Linnell-. Por lo visto soy el heredero de Derik; que su reinado sea largo -añadió, con una sonrisa irónica.

-No, será mejor que no -dijo ella, poniéndole una mano en el brazo-, pero puedes quedarte a conversar durante esta danza Lew, ¿conoces a ese hombre con disfraz de arlequín? ¿Quién es la mujer que está con él?

Por un momento no pude ver al arlequín que ya había distinguido antes. Después lo divisé: bailaba con una mujer alta de pelo cobrizo y oscuro, maravillosos rizos que caían en cascada y le cubrían la mitad de la espalda. El movimiento de la danza les acercó súbitamente a mí, y, aunque la mujer llevaba máscara, supe quién era, supe quiénes eran ambos, incluso detrás de la horrible máscara de arlequín.

¡Thyra! Ninguna máscara podría haberla ocultado a mis ojos. Por un momento me pareció que la matriz que llevaba al cuello ardía como con el fuego de Sharra. Me quedé inmóvil, incapaz de moverme, observando a mi enemigo jurado, y preguntándome con desesperada inquietud qué les había traído aquí, al corazón mismo de Thendara, ¡con la cabeza de Kadarin a precio y con una sentencia de muerte tanto del Comyn como de los terranos! Así la daga que llevaba en la cintura

con mi mano sana, deseando no haberme puesto la mano artificial, que me estorbaba. Kadarin y Thyra, bailando con toda audacia en el baile de máscaras del Comyn...

Pero ahora, cuando terminara esta danza, todo el mundo se quitaría la máscara. Me arranqué la mía, usando la mano mecánica. La otra seguía asiendo con firmeza la empuñadura de la daga. ¿Acaso el creía que no le atacaría porque estábamos en medio del baile?

Entonces me di cuenta de que también Regis le había reconocido. Di un paso adelante, pero Regis me asió del brazo.

-Tranquilo, Lew -masculló-. Eso es lo que él quiere que hagas, que vayas tras él sin pensarlo.

La matriz que llevaba al cuello cobró súbita vida, llameando, y una voz susurró en mi cabeza:

¡Estoy aquí! Estoy aquí... Toda, tu furia, toda la ira de tus deseos frustrados, ponías a mi servicio, ardiendo, ardiendo...

¡Sharra! La voz de Sharra, susurrando como un espectro frenético en mi mente, la furia de toda mi frustración que surgía para traicionarme. Los ojos de Thyra, ardiendo en los míos, ¡la roja llama de su pelo que parecía arder alrededor de ella! Y de repente se encendió en torno a ella, y Thyra pareció crecer, elevarse sobre nosotros hasta las alturas del salón de baile, y vi la mano larga y fina de Kadarin, la mano de un *chieri,* extraer la espada, aquella espada centelleante...

Me llamaba. Yo la había arrastrado a pesar mío por media Galaxia porque no podía dejarla atrás, y ahora me llamaba, me llamaba... Medio consciente, volví a envainar la daga. Mi lugar estaba junto a Kadarin, prestando fuerzas a la Diosa, vertiendo en ella toda mi furia y mi terror y mi frustración. Mi mano se dirigió a la matriz que llevaba colgada del cuello. Vi a una mujer, cuyo nombre no pude recordar, que me miraba fijamente con sus ojos azules muy abiertos. La oí susurrar un nombre que ya no asociaba conmigo mismo, pero ella no significaba nada para mí, y también vi a un joven con el rostro de un enemigo mortal. Hastur, era Hastur, el mortal enemigo, ¡el primero que debía morir! Sentí que su mano se cerraba sobre mi brazo y le aparté con una fuerza terrible, y sus rodillas cedieron y cayó al suelo. Y todo el tiempo, aquella mezcla de odio y miedo, de amor y odio pulsaba en mi mente... Di un paso, luego otro, otro más, hacia donde la Diosa llameaba por encima de mí.

Debo regresar, regresar a Sharra, regresar a la inmortal que se alza, llameante sobre mí, eternamente, debo quemarme en ese juego purgante... Ella estaba allí, Marjorie, llamándome desde las llamas de Sharra, aquellos incitantes ojos de color ámbar, la cascada de pelo rojo que lanzaba salvajes chispas y llamas y el olor del fuego, tal como yo ardía por ella con lujuria y terror.

El que yo sabía que era mi mortal enemigo me aferraba ahora con ambas manos mientras yo me debatía, paso tras paso, en medio de la aterrada multitud, hacia el lugar en el que Sharra ardía.

-No, Lew, maldición -jadeó él-. No irás, así tenga que matarte primero, y darte una muerte limpia.

-Y me golpeó con su daga, abriendo una raya sangrante en mi brazo sano. El dolor me hizo tambalear, recuperar un poco el sentido, comprender lo que estaba ocurriendo.

-Regis... Ayúdame... -me oí susurrar.

-¡Tu matriz! Déjame... -Antes de que pudiera impedírselo, cortó con su daga el cordón que me sujetaba la matriz al cuello. Me puse tenso, anticipando la insoportable agonía... *Una vez Kadarin me la. había arrebatado y yo había padecido convulsiones...*

Pero incluso a través del cuero y de la seda aislante sentí el contacto. La forma de Sharra onduló, se hundió... No sé qué estaba haciendo Regis, pero gradualmente,

hebra por hebra, la llamada dominante de Sharra pareció apagarse en mi mente. Todavía la oía, una suave voz insidiosa que susurraba en mi mente.

Regresa a mí, regresa, véngate de todos aquellos que te han maltratado y despreciado. Regresa, regresa..... a Darkover y lucha por los derechos de tu hermano y por los tuyos... Pero ahora era la voz de mi padre. Nunca creí que me alegraría tanto oír aquella voz obsesionante en mi mente, pero entonces me hizo recuperar completamente el sentido, como si me hubiera sumergido en un río helado. Después también aquella voz se aquietó, y me quedé mirando a Kadarin y Thyra, la espada de Sharra en manos de Kadarin, el pelo de Thyra aún sacudido por las últimas chispas de las llamas agonizantes.

Gabriel se desprendió de Javanne y avanzó rápidamente hacia Kadarin, con la espada desenvainada. Tal vez lo único que veía era la invasión de un hombre al que se buscaba. Nunca supe si la Forma de Fuego había sido real, o si sólo yo la había visto. Kadarin giró rápidamente y empujó a Thyra ante sí. Gabriel lanzó una orden, y todos los Guardias y los cadetes presentes corrieron hacia él, salidos desde todos los rincones del recinto. Yo también desenvainé una vez más la daga y empecé a correr hacia él, pero quedé paralizado.

El aire pareció llenarse de una fría luz centelleante. Kadarin y Thyra quedaron congelados, inmóviles, y vi que Kathie estaba atrapada entre ellos.

No la tocaban físicamente, pero algo la sacudía, como si fuera alguna cosa invisible, con garras. Luego la echó a un lado y atrapó a Linnell.

La muchacha estaba como atada de pies y manos. Creo que gritó, pero hasta la idea misma del sonido había muerto en la espesa oscuridad que rodeaba a Thyra y Kadarin. Linnell se dobló y quedó como suspendida en el aire. Luego cayó, golpeando el suelo con un impacto terrible, como si algo la hubiera levantado, sacudido, y luego la hubiera dejado caer. Me debatí por acercarme a ella, gritando insultos inaudibles, pero no podía moverme, no podía ver.

Kathie se lanzó hacia Linnell. Creo que era la única persona capaz de moverse en todo el salón. Cuando tomó a Linnell en sus brazos, vi que el rostro torturado estaba sereno, libre de todo horror. Durante un momento, Linnell permaneció tranquila, calmada. Luego se convulsionó en un espasmo agudo, y se relajó, cayendo laxa con la cabeza apoyada en el pecho de su gemela.

Y por encima de ella, la monstruosa Forma de Fuego volvió a crecer por un momento, mientras los rostros de Kadarin y Thyra centelleaban en su centro; luego onduló y por un segundo, aquella fría y aborrecible máscara que había visto en la Torre de Ashara resplandeció y onduló ante mis ojos...

... y se esfumó. Sólo quedó en el aire una leve ondulación: también Kadarin y Thyra habían desaparecido. Las luces volvieron a encenderse y oí el grito de Kathie, y los gritos de la multitud, mientras me abría paso salvajemente hacia Linnell.

Estaba muerta, por supuesto, lo supe incluso antes

de posar mi mano sobre la de Kathie en un vano intento de captar el pulso de la vida. Yacía como un pequeño y patético bulto sobre el regazo de Kathie. Detrás de ellas, los paneles ennegrecidos y carbonizados mostraban el lugar de la distorsión por donde habían desaparecido Thyra y Kadarin. Callina se abrió paso entre la multitud y se inclinó sobre Linnell. A mi alrededor oí que las exclamaciones de la multitud cedían. Gabriel dio órdenes a la Guardia que se había reunido, en un intento que yo sabía sería vano. Kadarin no había salido del castillo de ninguna manera reconocible, y buscarle en sus alrededores sería inútil, aunque el Legado terrano uniera sus fuerzas a las nuestras para encontrar al hombre que todos buscábamos. Los demás se apiñaban en torno a nosotros, y oí aquel horrible sonido de espanto y de curiosidad que corre por una multitud cuando ocurre una tragedia. Hastur dijo algo, y la gente empezó a abandonar el salón en silencio. Pensé: *Es la primera, vez en cientos de años que el festival es interrumpido.*

Regis aún seguía de pie como si fuera de las columnas del castillo, con la mano todavía en su matriz, el rostro pálido. El Don de Hastur. No sabíamos cuál era, pero por segunda vez habíamos visto una demostración de su poder.

Callina no había derramado una lágrima. Estaba apoyada en mi brazo, tan aturdida por la conmoción, que ni siquiera había dolor en su mirada. Simplemente, se la veía atontada. Ahora, mi principal preocupación era alejarla de la curiosidad de la multitud. Es curioso, pero ni una sola vez pensé en Beltrán, a pesar de que el brazalete matrimonial rodeaba la muñeca de Callina.

Sus labios se movieron.

-Así que esto es lo que Ashara planeaba... -susurró. Se desmayo y cayó en mis brazos.

LIBRO TERCERO

EL DON DE HASTUR

Cuando Lew sacó a Callina del salón de baile, el primer pensamiento de Regís Hastur fue para su abuelo. Se precipitó hacia el sitio en el que había visto por última vez a Lord Hastur, que observaba a los bailarines. Allí le encontró, pálido y tembloroso, pero sin haber sufrido daño alguno.

-Linnell está muerta... -dijo Regis, y Danvan Hastur se llevó una mano al corazón.

-¿Y qué hay del príncipe, qué ha pasado con Derrik? -jadeó. Trató de incorporarse, pero cayó hacia atrás, y Regis aconsejó:

-Quédate quieto, señor... yo me ocuparé. -Le hizo un gesto a Danilo, quien se acercó corriendo.

-Quédate aquí-ordenó-, y cuida de Lord Hastur Danilo abrió la boca para protestar, pero no lo hizo.-*A veis ordenes...* -dijo, en cambio, y Regis se abrió paso por la multitud, observando que Gabriel se acercaba a Beltrán, que permanecía inmóvil, con la boca abierta.

-Lord Aldaran -dijo Gabriel Lanart-Hastur-, dame tu espada, por favor.

- ¿Yo? No he hecho nada...

-Aun así -interrumpió Gabriel con voz firme- en otra época estuviste entre los que quisieron traer a Sharra entre nosotros. Tu espada, señor.

Media docena de guardias, con las espadas desenvainadas, se acercaron a él. Beltrán exhaló un largo suspiro, paseando la mirada de un guardia a otro, calculando, era evidente, sus oportunidades. Después se encogió de hombros y entregó la espada, con la empuñadura por delante, a Gabriel.

-Llevadle a las habitaciones de Aldaran -ordenó Gabriel-, y no permitid que salga de allí bajo ningún concepto ni pretexto hasta que el Regente haya hablado con él y

se haya cerciorado de su inocencia. Que tampoco reciba... -vaciló-visitantes no autorizados.

El príncipe. Tengo que averiguar qué le ha ocurrido a Derik. Aunque no estaba en el salón de baile, si sus defensas estaban bajas... ¿adonde, en nombre de todos los Dioses, le habrá llevado Merryl?

Regís corrió escaleras arriba, y por los largos corredores y los vestíbulos. En la habitación Elhalyn estaban todas las luces encendidas, y oyó un gemido estridente. Supo entonces, que había llegado demasiado tarde. En la habitación principal, Derik yacía a medias sobre un diván. Merryl, a su lado, estaba echado sobre su cuerpo como si hubiera intentado, en el último momento, proteger a su amigo y señor de alguna amenaza invisible. Estaba sollozando, pero Derik yacía inmóvil, y cuando Regís le tocó, notó que ya estaba frío. El gemido procedía de una vieja mujer que había sido niñera de Derik en la infancia, y se había ocupado desde entonces del enfermizo joven. Regís miró afligido el cadáver del joven.

Merryl se puso en pie, tratando de contener las lágrimas.

-No sé... -dijo- de repente gritó como si estuviera luchando contra algo, y cayó, así...

- ¿Fuiste tú, Merryl, quien jugó la mala pasada de emborrachar al príncipe esta noche?

- ¿Emborrachar? -Merryl le miró con perplejidad-. No estaba borracho... No tomó nada, excepto un poco de combinado de frutas... ¡Era tan dulzón que

yo no pude ni probarlo! No estaba... -Pero entonces la comprensión invadió su rostro, y se quedó mirando fijamente, vislumbrando la verdad-. Entonces por eso fue... *Dom* Regís, ¿alguien adulteró esa bebida con malas intenciones?

-Esas malas intenciones fueron peores de lo esperado -dijo Regis, sombrío, preguntándose una vez más quién había sido responsable de aquella sucia treta. ¿Lerrys, tal vez, esperando que Derik diera todo un espectáculo ante el Comyn y los invitados terranos, para subrayar así que el Dominio de Elhalyn estaba en manos incompetentes? Si así era, se había excedido y había cometido un asesinato. No creía que Lerrys se hubiera ensuciado las manos en hacerlo él mismo, pero hubiera bastado con un soborno a uno de los muchos criados y camareros.

-Si las defensas de Derik hubieran sido normales -prosiguió Regis-, se hubiera resistido, y tal vez hubiera vencido, como lo hice yo, y Lew...

Ahora Merryl sollozaba abiertamente, sin vergüenza. Regis siempre había creído que Merryl había acompañado y halagado al príncipe para sus propios fines, pero ahora se daba cuenta de que el joven realmente le había querido. Y Regis aún tenía otra mala noticia que darle.

-Lamento tener que decírtelo... pero Linnell también ha muerto.

- ¿La pequeña Linnell? -Merryl se enjugó los ojos, pero se le veía sorprendido y afligido-. Parece imposible. Los dos parecían tan felices esta noche... ¿Qué ocurrió, Regis?

Regis descubrió que apenas si podía pronunciar aquel nombre.

-El Castillo fue invadido. Alguien trató de invocar... -se obligó a decir el nombre, pero sólo logró emitir un susurro de horror. La Forma de Fuego era todavía demasiado reciente en su mente- a Sharra.

- ¡Esto es obra de ese bastardo de Alton! -exclamó Merryl, con voz dura y venenosa-. Juro que lo mataré!

-No harás nada de eso -dijo Regis-. Los... invasores... Kadarin y los suyos... trataban de atraer a Lew una vez más, y él luchó y fue... herido.

Volvió a recordar la sangre de Lew que manaba de la herida que él mismo le había infligido, pero no se arrepentía. Aquello había sido necesario para que Lew recobrara la conciencia, para reunir fuerzas y poder resistirse a Sharra.

Por lo visto, tengo poder sobre la Forma de Fuego. Pero no podría hacer nada sin Lew.

-Merryl, debo ir a informar a mi abuelo sobre lo ocurrido al príncipe Derik. Ahora ya no puedes hacer nada por él, muchacho -añadió con compasión, y no le resultó en absoluto extraño llamarlo «muchacho», a pesar de que Merryl era sólo uno o dos años menor que él-. Deberías ir a ver a tus hermanas.

-Yo no soy Cabeza del Dominio -dijo Merryl-. No me necesitarán para nada.

Una expresión de reverencia invadió su rostro, y se arrodilló.

-El príncipe Derik ha muerto. ¡Que tu reino sea largo, príncipe Regis de Hastur y Elhalyn!

- ¡Por los infiernos de Zandru! -susurró Regis.

Había ocurrido todo con tanta rapidez, que ni siquiera se había dado cuenta: había sucedido aquello que siempre había temido. Derik había muerto, joven y sin hijos, y él mismo, Regis, era el más próximo al trono. Lo que aquello implicaba le dejó aturdido. Ahora su rango era superior incluso al de su abuelo, pues ya no había motivo para una Regencia. *Yo soy Señor del Comyn. Yo, Regis Hastur.*

Se cubrió el rostro con las manos. Era demasiado, y de repente se dio cuenta de que la batalla contra Sharra le había dejado exhausto y agotado, mucho más de lo que pensaba. Le pareció que se caería; las rodillas dejaron de sostenerle. *Y todavía no estoy acostumbrado al* laran *que usé esta noche. Lo usé para liberar a Lew de Sharra, sin saber cómo ni por qué. ¡Señor de la Luz! ¿En qué terminará todo esto?*

-Ve y... -dijo, vacilante, buscando las palabras- y busca a Lord Hastur, Merryl. Tengo que informarle de la muerte de Derik. -Y una parte de él anhelaba esconderse, huir como una criatura, pues una vez que su abuelo se enterara, el proceso sería inexorable, le arrollaría y le aplastaría como esas grandes máquinas que cargaban tierra y que había visto en el puerto espacial terrano. *¿Yo, gobernar el Comyn?*

-Permíteme cubrirlo primero -dijo Merryl.

Volvió a mirar el cadáver del príncipe, se inclinó y lo besó en la frente, y luego cubrió con dulzura a Derik con su propia capa. Le cubrió la cara también y lo arropó como si estuviera consolando a un niño dormido.

-Derik era mejor de lo que los demás suponían -dijo, con voz temblorosa, y Regis pensó que Derik podía haber tenido un epitafio peor.

¡Tantas muertes! Señor de la luz, ¿en que terminará todo esto? Marius Alton. Linnell. Derik. ¿Logrará Sbarra destruirlo que queda del Comyn?

-Estoy a tus órdenes, príncipe -dijo Merryl, y se marchó.

Cuando el sol se elevó sobre el Castillo Comyn a la mañana siguiente, Derik y Linnell yacían lado a lado en la Capilla del Castillo, juntos en la muerte como lo habían estado en vida. Danvan Hastur había cerrado sobre sus muñecas los brazaletes matrimoniales de cobre, las *catenas,* que hubieran llevado en pocos días más. Regis sintió un profundo dolor. Ambos eran tan jóvenes, y hubieran sido el Rey y la Reina del Comyn. Hubiera

sido más justo darle a Derik la corona que durante tanto tiempo se le había negado.

Yo no la quiero. Pero nunca me han preguntado qué quiero.

La muerte de Derik, y el acceso de Regis a la corona, habían sido proclamados en Thendara, pero la coronación en sí no se llevaría a cabo durante algún tiempo, y a Regis eso lo alegraba. Necesitaba algo de tiempo para asimilar lo ocurrido.

Soy Señor del Comyn... ¡Signifique eso lo que signifique, en esto, época de destrucción!

-Debes nombrar Cancilleres -le había dicho su abuelo. Fue casi lo primero que le dijo, y la primera idea de Regis fue: *Ojalá Kennard estuviera vivo.*

Danvan Hastur no era un telépata poderoso, pero aquello lo había captado.

-También lo quisiera yo, muchacho -le dijo, con gentileza-, pero tendrás que apañarte sin él. El hombre más fuerte del Comyn es Lord Ardáis, y siempre ha sido amigo tuyo, fue tu maestro de cadetes en la Guardia. Si eres inteligente, muchacho, no dudarás en nombrarle uno de tus principales asesores.

Sí, pensó Regis. *Supongo que Dyan es mi amigo. Al menos prefiero que sea mi amigo y no mi enemigo.*

Algo similar le dijo a Danilo cuando estuvieron a solas, y añadió:

-Espero que no te importe... ser servidor de un príncipe, Dani.

Una semana atrás, Danilo lo hubiera considerado como una broma graciosa. Ahora se limitó a mirar a Regis con toda seriedad y dijo:

-Sabes que haré por ti todo lo que pueda. Sólo que desearía que esto no hubiera ocurrido. Sé que tú no lo has querido.

-Pedí al abuelo que se hiciera cargo del funeral formal de Derik... y de Linnell -dijo Regis con tono

sombrío-. Debo preocuparme por los vivos. Supongo que *Gabriel y sus hombres no han podido encontrar a.* Kadarin... ¿Y tampoco la Fuerza Espacial?

-No, pero hay tumultos en la ciudad, Regis, porque la Fuerza Espacial ha entrado en la zona darkovana, buscándole -explicó Danilo-. Si no les ordenas que se marchen, habrá una guerra civil.

-Lo importante es encontrar a Kadarin -protestó Regis, pero Danilo sacudió la cabeza.

-Lo importante, ahora, es la paz de Thendara, Regis, y lo sabes tan bien como yo. Dile a Lawton que se lleve a sus perros, pues si no, Gabriel no logrará controlar a sus Guardias. Si han conseguido que Thendara esté demasiado alterada como para que Kadarin no resista aquí diez días, tanto mejor. Si no puede asomar la nariz en la plaza del mercado sin que un Guardia o un hombre de la Fuerza Espacial lo apresen, entonces no tendremos que preocuparnos de él. ¡Pero tenemos que sacar a esos terranos de la Ciudad Vieja, pues si no, te lo aseguro, habrá guerra!

Regis exhaló un hondo suspiro.

-A mí me parece que deberíamos trabajar juntos, terranos y darkovanos, contra un enemigo común, tal como lo hicimos durante la última epidemia. Unos cuantos hombres de la Fuerza Espacial buscando a un criminal no pueden molestar a nadie en Thendara...

-Pero están allí -arguyó Danilo-, ¡y la gente de Thendara no los quiere!

A Regis le seguía pareciendo que la mayor prioridad ahora era apresar a Kadarin y eliminar la amenaza de que se activara a Sharra. Aun así, sabía que lo que le decía Danilo era verdad.

-Supongo que debería solicitárselo personalmente al Legado -dijo con tono de cansancio-, pero tengo que quedarme aquí y arreglar las cosas entre los del

Comyn. El abuelo... --Se interrumpió, pero sabía que lo que le *decía.* Danilo era verdad.

El abuelo ha envejecido de golpe. Siempre supe que era muy viejo, pero hasta la Noche del Festival no había demostrado su edad.

-Tal vez -dijo Dani con sobriedad-, ha llevado esta carga durante tantos años porque sabía que Derik no podía gobernar en su lugar si él dejaba la Regencia, pero ahora confía en que tú protegerás al Comyn en su lugar.

Regis bajó la cabeza como si aquella nueva carga pesara físicamente sobre él, una carga muy pesada.

Toda la vida he sabido que llegaría este día. He deseado que mi abuelo no me tratara como a un niño. Y ahora, cuando y a no lo hace, tengo miedo de ser un adulto, responsable de mí mismo y de otros.

Ahora la decisión le correspondía a, él.

-Envía un mensaje al Legado -dijo-, pidiéndole como favor personal hacia mí... y acentúa eso, Dani, como «favor personal hacia mí»: que retire a los hombres uniformados de la Fuerza Espacial de la Ciudad Vieja, limitándolos a la Ciudad Comercial. O mejor: escríbelo y yo lo firmaré, y envíalo con la escolta más prestigiosa que puedas encontrar.

Danilo esbozó una sonrisa.

-Nunca pensamos que llegaríamos a esto cuando estábamos en Nevarsin y yo aprendía a escribir mejor que tú. Ahora puedes utilizarme como secretario privado.

Regis comprendía lo que Danilo trataba de decirle. Como Heredero de Hastur, se había dejado ver bastante, había estado siempre a la vista del público. Pero había cumplido con su obligación de darle herederos al Dominio Hastur, y por lo demás, se había dicho, furiosamente, *¡No soy el único amante de hombres de los Dominios. ¡ Pero ahora, como príncipe del Comyn, sería*

aún más el representante público del *Comyn. Siglos* atrás, el clan Hastur *había,* separado los Dominios de Hastur y Elhalyn, asignando a los Elhalyn todos los deberes públicos y ceremoniales, junto con la corona.

-Una corona sobre un palo, eso es lo que quieren -dijo con expresión sombría-. ¡Algo que puedan colgar en la plaza del mercado para hacerle reverencias!

Pensó, aunque no lo dijo, que los Dominios habían estado sin rey durante los veintidós años de la Regencia, desde que el pequeño príncipe Derik quedó sin padre, y los Dominios no habían padecido demasiado esa carencia.

-Será mejor que nos aseguremos de que haya Dominios que gobernar -musitó cuando el mensaje estuvo escrito-. Tal vez Derik no haya sido el único en morir. ¿Ya quién mandaremos con este mensaje?

-¿Lerrys? -sugirió Danilo-. Conoce personalmente al Legado...

Regís sacudió la cabeza.

-Lerrys les tiene demasiada simpatía a los terranos. No estoy seguro de que entregaría el mensaje. La opinión de Lerrys es que los terranos tienen perfecto derecho a estar aquí, ya que somos una colonia terrana. ¿Merryl?

-No confío en que pueda controlar su temperamento -replicó rápidamente Danilo.

-Enviaría a Lew Alton... -dijo Regís con vacilación- pero fue herido durante la Noche del Festival.

Y está personalmente involucrado en este asunto de Sharra.

-Me pregunto, Danilo, si no debería pedirle a Lord Ardáis...

-Creo que le complacería llevar este mensaje al Legado -dijo Danilo- pues sabe perfectamente lo que ocurrirá si los hombres de la Fuerza Espacial permanecen en la ciudad, y él está siempre ansioso por conservar la paz...

-No le ordenaré que vaya -decidió Regis-. Sé que no le gusta frecuentar a los terranos, pero tal vez quiera hacerlo si voy y se lo pido personalmente como Lord Elhalyn.

Y una vez más el sentimiento trágico le invadió: Derik era mayor que él, y sin embargo había muerto sin dejar siquiera un hijo *nedestro* que llevara su nombre. Había amado a Linnell y había esperado aquel matrimonio, para que ella le diera un Heredero, y ahora ambos estaban muertos.

Ya mí nunca me ha importado tanto una mujer. Por lo cual tengo dos hijos y una hija, ya que no dudé en utilizar a una mujer con ese propósito. ¡Dioses! ¡Qué ironía! Sin embargo, no compartiré mi trono con ninguna mujer, al menos durante algún tiempo, no mientras no encuentre alguna con quien me agrade compartir también mi vida.

--Iré a pedírselo personalmente a Dyan -dijo, contemplando el sol naciente, de repente consciente de que no había dormido y estaba cansado-. Todavía debe estar durmiendo, pero no creo que le importe que le despierten por algo así.

Pero en las habitaciones de Ardáis sólo había criados, y uno de ellos le dijo a Danilo que Lord Ardáis había salido temprano.

--¿Sabes dónde está?

--¡Por los infiernos de Zandru, señor, no! ¿Crees que Lord Ardáis le da cuenta de sus idas y venidas a alguien como yo?

- ¡Maldición! Ahora tendré que buscarle por todo el castillo -exclamó Regis.

Se preguntó si Dyan no habría ido a la Guardia para ver si, como oficial experimentado, podía ayudar a Gabriel, o si no habría abandonado el salón de baile muy pronto con algún propósito privado, y no estaría en algún lugar acostado con un nuevo favorito. Si era así...

¡tal vez no supiera nada de la destrucción que había hecho estragos en el Comyn!

¿Fue sólo ayer cuando discutió esta misma posibilidad, la de enviar miembros de la Fuerza Espacial a la Ciudad Vieja para encontrar a Kadarin? No la había recomendado entonces, pero Lawton tenía autoridad necesaria para hacerlo, y ahora Kadarin se había presentado en el Castillo Comyn para tratar de conseguir que Lew Alton volviera con ellos. ¿Acaso tenía algún derecho a impedir que Lawton encontrara a aquel hombre buscado por asesinato y otros crímenes, tanto por terranos como por darkovanos?

-Tal vez Gabriel lo sepa -dijo-; hay Guardias ante las puertas de la habitación de Aldaran. Quizás ellos puedan decirnos dónde encontrar a Gabriel: si en la Sala de Guardias, ¡o fuera, buscando a nuestro hombre!

Desde que Regis tenía uso de razón, las habitaciones asignadas a Aldaran en el Castillo Comyn habían permanecido vacías. Estaban situadas en un ala del castillo a la que Regis no recordaba haber ido nunca. Dos fornidos Guardias se hallaban ante la puerta, acerrojada desde fuera. Saludaron a Regis, y éste les devolvió cortésmente el saludo.

-Darren, Ruyven, tengo que hablar con mi hermano político.

¿Sabéis si *Dom* Gabriel está en la Sala de Guardia, o si ha ido a la ciudad? Tengo que localizar a Lord Ardáis.

-Oh, puedo decirte dónde está Lord Ardáis, señor -dijo el Guardia Ruyven-. Está aquí dentro, hablando con Lord Aldaran.

Regis frunció el ceño.

-Oí al Capitán Lanart-Hastur dar órdenes de que nadie estaba autorizado a hablar con Lord Aldaran.

-Yo no le oí decir eso, señor, llegué de madrugada -dijo Ruyven- y de todos modos... -Se miró las botas, pero Regis sabía muy bien qué estaba pensando el hombre. ¿Cómo podía él darle órdenes a un Señor del Comyn y, lo que es más, a uno que había sido su oficial superior durante muchos años.

-No tiene importancia, entonces, Ruy ven -dijo Regis-, pero también tendrás que dejarnos entrar para verle.

Cuando Regis era pequeño, había sentido curiosidad por las cerradas habitaciones vacías de Aldaran. Cuando el Guardia les abrió la puerta, notó que un olor a humedad seguía desprendiéndose de las paredes y de las bordadas colgaduras que mostraban el águila bicéfala de Aldaran. Encontraron a Beltrán en la sala de recepción principal; alguien le había traído el desayuno y estaba comiendo potaje y pan de nuez de una bandeja que tenía en el regazo. Dyan estaba cómodamente sentado en una silla junto a él, y bebía algo caliente de un tazón.

Miró a los jóvenes con curiosidad, pero Beltrán les envolvió en una amplia sonrisa. Regis había olvidado hasta qué punto se parecía a Lew, incluso a pesar de las cicatrices de Alton.

-Bien, Regis -dijo Beltrán-, por fin estamos a la par: viniste como pariente a mi castillo y te hice prisionero, y ahora yo vengo como pariente al tuyo, y tú me haces prisionero a mí. Supongo que es justo.

Era típico de Beltrán, pensó Regis, ponerle inmediatamente a la defensiva.

-Me gustaría hablar contigo un momento, por favor, Lord Ardáis -dijo rígidamente. No pensaba discutir asuntos del Comyn en presencia de Beltrán.

-Lord Aldaran forma parte de los asuntos del Comyn -les recordó Dyan.

-No de éste -dijo Regis con frialdad-. ¿Sabes, Lord Dyan, que el príncipe Derik murió esta noche?

-Ya era hora -dijo Dyan.

- ¡Pariente! -protestó Danilo, y Dyan se volvió hacia él, furioso.

-Por los infiernos de Zandru. ¿Serás hipócrita? ¡Todos sabemos que Derik era un retrasado, con tanta capacidad para gobernar como mi hijo de tres años! ¡Tal vez ahora habrá un poco de fuerza en el Comyn, y podremos hablar con estos terranos como se merecen!

-Será asunto mío ahora hablar con los terranos, Lord Dyan -dijo Regís con rigidez-. Por eso he venido... Quiero que actúes como mi embajador ante ellos, y les lleves un mensaje.

Dyan le interrumpió:

-Sólo hay un mensaje que llevaré a los terranos, Lord Regis, y tú como Hastur sabes cuál es: ¡Marchaos de nuestro mundo, de nuestro planeta, y llevaros vuestro Imperio!

¿Señor de la luz! ¡Es peor de lo que creía!

-Empezamos bien tú y yo, Regis, cuando destruimos las armas terranas -prosiguió Dyan con cierta ferocidad-. ¡Ahora tengamos el valor necesario para continuar ese mensaje con uno más fuerte, dirigido directamente a Thendara!

¿De verdad cree que destruí las armas de Beltrán como un mensaje par a los terranos?

-Lord Dyan -dijo Regis-, éste no es el lugar adecuado para discutir la política a largo plazo del Comyn. Por el momento, el Legado ha enviado la Fuerza Espacial a la ciudad. He escrito una solicitud formal de que sea retirada, para que los Guardias puedan cumplir con su tarea y buscar a un criminal... ¿O es que no sabes que el ataque que lanzó Kadarin anoche costó la vida del príncipe Derik y de Linnell, y estuvo a punto de destruir a Lord Alton?

-Ésa sería la pérdida menos importante de todas -dijo Dyan con voz helada-. Con Derik fuera de combate, tenemos una oportunidad de mostrar nuestra

fuerza. Tu abuelo ha jugado con dos barajas demasiado tiempo, Regís, y los Alton han intentado respaldarle. Ha llegado el momento de dejar claro nuestra postura a los terranos. Y ahora tenemos a Beltrán de nuestro lado, con un mensaje más contundente que cualquier otro.

Regís se dio cuenta de que se lo tenía que haber imaginado desde un principio. Dijo, en un susurro, pues se había quedado sin voz:

-Pariente, ¿estás de verdad abogando por el uso de Sharra contra los terranos?

-No abogo por nada; sólo manifiesto un hecho -contestó Dyan-. Los que no se unen a nosotros... -alzó la mirada y observó a Regis con dureza- son traidores al Comyn. ¡y en nombre de nuestro mundo, de la supervivencia de Darkover, deberían ser silenciados! Por los infiernos de Zandru, Regis, ¿no te das cuenta que es la única posibilidad que Darkover tiene de sobrevivir sin convertirse en eso que dicen... en una simple colonia terrana?

-La existencia del Comyn -dijo Regis con suavidad, tratando de no demostrar el horror que sentía- se basa en el Pacto. Cuando Sharra se usa como arma, se transgrede el Pacto.

-¡Y mientras nosotros seguimos observando eternamente el maldito Pacto -dijo Dyan, furioso-, ellos nos rodean y acabarán por enterrarnos a todos! ¡Somos como conejos ante una manada de lobos, y tú te quedas ahí tan tranquilo balando mientras los lobos ya se chupan los dedos! ¿De verdad crees que podemos luchar contra el Imperio con nuestras espadas y seis docenitas de Guardias?

-¿Por qué supones que necesitamos luchar contra el Imperio?

- ¡Regis, no puedo creer que tú, un Hastur, digas eso! ¿Es que vas a entregarnos dócilmente a los terranos?

-Por supuesto que no -dijo Regis-, pero no ha habido en Darkover una verdadera guerra durante generaciones. Mi padre murió en una guerra ilegal, con armas terranas...

- ¿Y no es ésa razón suficiente para echarles de nuestro mundo?

Regis exhaló un hondo suspiro, y cerró los puños con fuerza para no perder el control. Se preguntó si Dyan estaría loco o si creía todo lo que decía. Dyan le miró, y la expresión de su rostro se suavizó.

-No has dormido -dijo-, y han pasado muchas cosas en una sola noche. Éste no es el momento ni el lugar de discutir lo que debemos hacer con respecto a los terranos. ¿Has comido algo desde anoche? Regis negó con la cabeza.

-Siéntate y toma el desayuno con nosotros, ¿quieres? -Dijo Beltrán-. Podemos discutir de política más tarde. Regis... -llamó a su criado-: Trae platos para Lord Hastur y Lord Danilo.

Y antes de que se dieran cuenta de lo que ocurría, se encontraron sentados ante la mesa, y les servían potaje y conejo asado. Regis no tenía hambre, pero sabía lo suficiente de mecánica de matrices para reconocer que la batalla de anoche contra Sharra le había dejado extenuado y exhausto. Comió con voracidad, mientras Beltrán, dejando de lado su hostilidad, se convertía en anfitrión cortés.

Cuando los terranos se hayan marchado, entonces podremos volver a poner el Pacto en vigencia, sin su mal ejemplo.

Pero si verdaderamente usamos a Sharra contra ellos, tendremos que luchar no sólo contra los terranos que están aquí, sino contra todo el Imperio Terrano y su miríada de mundos.

Y Sharra no puede dominarse tan fácilmente, se volverá contra los que la usen, y les destruirá.

-No le deseo ningún mal a mi primo Alton -dijo Beltrán en voz alta-. Me gustaría hacer las paces con él. Su Don es necesario para usar a Sharra, y tiene entrenamiento de Torre; es el factor de seguridad en la utilización de Sharra, por su control y su fuerza. ¿Puedes lograr que yo tenga oportunidad de decirle todo esto, Regis?

-Creo que no serviría de nada -dijo Regis con suavidad-. Creo que él preferiría morir antes de hacerlo.

-Ésa -dijo Dyan con aspereza- sería su elección, ¡no la nuestra! Pero si elige ponerse del lado de los terranos, tendrá que atenerse a las consecuencias.

-No -interrumpió Beltrán-. Creo que es el único hombre vivo que tiene el Don de Alton.

-No -replicó Dyan-, hay una niña Alton. La hija de Lew.

Beltrán descartó el comentario con un gesto.

-Una niña -dijo-. Lo que necesitamos es un hombre, con fuerza de Alton.

Entonces debo guardar este secreto. Dyan, sin entrenamiento, no conoce la naturaleza de su propio Don. Sabe que no tiene el Don de Ardáis. Adoptó a Danilo porque descubrió que el Don de Ardáis había, pasado a Dani por medio de una de las hijas nedestro *del padre de Dyan. Pero no sabe, y jamás debe saber, que él mismo tiene el Don de Alton.*

Regis miró a Dyan con impotencia, sólo ahora plenamente consciente de lo que Dyan siempre había significado para él. Conocía la crueldad de Dyan, y sin embargo nunca había podido censurarle, ya que también *conocía, las* poderosas fuerzas que *impulsaban A Dyan, y sabía,* que Dyan era un hombre atormentado y desesperadamente desdichado.

Dyan es y o mismo, yo mismo como podía fácilmente haber sido. -, Cómo puedo condenarle? Pero no puedo permitirle que destruya los Dominios en esta loca Guerra Santa contra los terranos, aunque deba matarle. Anoche, obligado por la más extrema necesidad, hería Lew, que es para mimas que un amigo, más que un hermano. Ahora parece que debo condenar a Dyan, que sólo es lo que yo podría haber sido, a una muerte de loco. ¿Qué derecho tengo yo a hacer todo esto?

Dejó su tenedor, sintiendo que la hospitalidad de Beltrán le ahogaba. Se mantuvo tensamente amurallado para que ninguno de los hombres captara ni siquiera un indicio de sus pensamientos.

-Ruego me disculpéis, *vai dom'yn,* tengo unos asuntos que atender. Danilo, ven conmigo -dijo. Se levantó, y se alejó-. Hablaremos de esto cuando sea el momento, Lord Dyan.

Tengo que ver qué ha quedado del Comyn después de lo de anoche. ¡Tal vez no me ha quedado nada que gobernar!

La narración de Lew Alton

El triste rojo de otro día moría cuando me desperté; la cabeza me latía por la herida a medio curar que me había infligido Kadarin, y el brazo me ardía por el corte de la daga de Regis. Por un momento me pregunté si todo lo ocurrido no sería una pesadilla delirante causada por la conmoción cerebral. Después entró Andrés, y las profundas arrugas de dolor que surcaban su rostro me dijeron que todo era real. Él también amaba a Linnell. Entró y me miró con el ceño fruncido, y me quitó el vendaje de la cabeza, inspeccionando los puntos. Después me miró la herida que tenía en el brazo.

-Supongo que eres el único hombre de Darkover capaz de ir a un baile de Noche del Festival y volver a casa con algo así-gruñó-. ¿Qué clase de pelea fue?

De modo que sólo se había enterado de que Linnell estaba muerta, no de la monstruosa visita de Sharra. El corte me dolía, pero no era más que una herida superficial. Tendría dificultades para usar el brazo durante un tiempo, pero no sentía ningún resentimiento: Regis había hecho lo único que podía para liberarme de la llamada de Sharra.

-Fue un accidente -dije-. Él no tenía intención de hacerme daño. -Y le dejé que pensara lo que se le antojara-. Tráeme algo de comer y algunas ropas. Tengo que averiguar qué está ocurriendo.

-Tienes aspecto de necesitar diez días de reposo -dijo Andrés con irritación. Después, su verdadera preocupación por mí salió a la superficie-. Muchacho -dijo con voz áspera-, ¡ya he perdido a dos de vosotros! ¡No vayas detrás de Marius y Linnell! ¿Qué está ocurriendo, que no puedes esperar hasta mañana?

Cedí, y me quedé tendido, quieto. En algún lugar, allí fuera, Sharra rugía, supuse, pero me enteraría si entraban en el Castillo Comyn ¿estaba yo completamente libre? No me atrevía a mirar mi matriz para averiguarlo) y no ganaría nada si salía y me metía en líos. Observé a Andrés que andaba por la habitación, gruñendo, un sonido calmante que recordaba de la infancia. Cuando Marius o yo galopábamos con demasiado desenfreno y nos caíamos, y nos rompíamos un dedo o una clavícula, Andrés gruñía exactamente de la misma manera.

Marius y yo jamás habíamos tenido las peleas y rivalidades típicas de la infancia, como la mayoría de los hermanos que yo conocía: demasiados años nos separaban. Cuando él dejó de llevar baberos y empezó a tener personalidad propia, yo ya era adulto y estaba en el cuerpo de cadetes. Sólo empezaba a conocer la clase de hombre que era mi hermano cuando él murió, poniendo entre nosotros la mayor distancia de todas. Le había arrastrado a él también a sufrir el mismo destino inexorable que me perseguía. Pero al menos había tenido una muerte limpia, una bala en la cabeza no la muerte por fuego que me esperaba a mí.

Pues ahora que Kadarin andaba suelto con la espada de Sharra, sabía cómo moriría, y lo había aceptado. El plan de Ashara, y la ayuda del nuevo y asombroso Don de Regís Hastur, que parecía tener algún poder sobre Sharra, podrían destruir la matriz, pero yo sabía perfectamente que yo sería destruido con ella.

Bien, aquello era lo que me había esperado durante todos estos años, lo que me había hecho volver a Darkover en el momento preciso, a la muerte predestinada, la muerte que debería haber compartido con Marjorie.

Habíamos planeado nuestra muerte. Recordé aquella mañana en el Castillo Aldaran cuando, como rehenes de la destrucción que Sharra sembraba en la región y que caía sobre el puerto espacial terrano de Caer Donn, me habían permitido despertar del efecto de las drogas que me habían convertido en un prisionero pasivo, encadenado a la destrucción de Sharra y alimentándola con mi poder. Nunca supe por qué me habían liberado de las drogas. Sin duda no había sido ninguna demostración de afecto por parte de Kadarin. Pero Marjorie y yo habíamos estado dispuestos a morir... sabíamos que debíamos morir al cerrar la puerta de acceso a este mundo para Sharra. Y ella y yo habíamos destrozado aquella puerta.

Pero después, utilizando todo el poder de aquella matriz, yo la había tomado a ella, y a la espada, y había conseguido que nos lanzáramos corpóreamente por el espacio -los terranos lo llamaban teleportación- hasta Arilinn, donde Marjorie había muerto como consecuencia de sus terribles quemaduras, y yo...

... yo había sobrevivido, o al menos una parte de mí había sobrevivido, y durante todos aquellos años me había despreciado a mí mismo por no haberla seguido hasta la muerte. Ahora sabía por qué: Kadarin y Thyra todavía vivían, y de alguna manera recuperarían la matriz y arrasarían Darkover con sus llamas. Esta vez no habría respiro, y cuando Sharra fuera destruida, todos moriríamos con ella. Por lo cual debía dejar mis asuntos en orden.

Volví a llamar a Andrés.

- ¿Dónde está la niña? -pregunté.

-Relia, la ayudante de la cocinera, se ha hecho hoy cargo de ella y la ha acostado en la habitación que usaba Marius cuando era pequeño -dijo Andrés.

-Si vivo, tal vez pueda llevármela conmigo a Armida -dije-, pero si algo me ocurre... No, padre adoptivo, escúchame, no hay nada seguro en esta vida. Ahora que mi padre y mi hermano se han ido... Tú nos has servido fielmente durante un cuarto de siglo. Si algo me ocurriera, ¿te marcharías de Darkover?

-No sé. Nunca lo he pensado -dijo el anciano-. Vine aquí con *Dom* Kennard cuando ambos éramos jóvenes, y ha sido una buena vida, pero tal vez al final regrese a Terra. -Y añadió, con una sonrisa sin alegría-: Me he preguntado cómo sería encontrarme de nuevo bajo mi propio cielo azul, y tener una luna como debe ser, no esas cosas pequeñas. -Señaló, a través de la ventana, la pálida faz de Idriel, verdosa como una gema bañada en agua.

-Tráeme algo para escribir.

Cuando lo hizo, garrapateé con mi mano sana, doblé el papel y lo sellé.

-No puedo dejarte Armida -dije-. Supongo que Gabriel se quedará con ella, ya que corresponde al Dominio Alton. Te la dejaría a ti si pudiera, créeme. Pero si le llevas esto al Legado terrano en la Ciudad Comercial, él te llevará a Terra, y preferiría

que tú mismo criaras a Marja antes de dársela a la esposa de Gabriel. -Yo nunca le había gustado a *Domna* Javanne Hastur. Sin duda haría todo lo que pudiera por la pequeña parienta de Gabriel, pero sería algo frío y por obligación, y Andrés, al menos, cuidaría a la niña por mi padre y por Linnell, si es que no lo hacía por mí-. Mi madre... y después mi padre, tenían unas tierras allá. Mejor que sean para ti, entonces.

Parpadeó, y vi que las lágrimas le inundaban los ojos, pero sólo dijo:

-Dios no quiera que tenga que usar ese papel, *vai dom.* Pero haré todo lo que pueda por la niña si algo ocurre. Sabes que la protegeré con mi vida.

-Tal vez tengas que hacerlo -dije con gravedad. No supe por qué, pero de repente me recorrió un escalofrío helado, la sangre se me heló en las venas, y por un momento, aun en la débil luz carmesí que inundaba toda la habitación, me pareció que había sangre sobre las piedras a mí alrededor. *¿Es éste, entonces, el sitio de mi muerte?* Sólo duró un momento, y desapareció. Andrés fue hacia la ventana y corrió las cortinas con brusquedad.

-¡El sol sangriento! -exclamó, y sonó como una maldición. Después dobló el papel que yo le había entregado, sin mirarlo, se lo guardó en un bolsillo y se marchó. Eso estaba arreglado. Ahora sólo me quedaba enfrentarme a Sharra. Bien, lo haría cuando tuviera que hacerlo. Mañana Kathie y yo cabalgaríamos hasta Hali, y el plan que había diseñado para encontrar la Espada de Al-dones y usarla como última arma contra Sharra, tendría éxito o fracasaría. Tanto en un caso como en el otro, probablemente no viera otra puesta de sol. Me ardía la cabeza por los puntos que tenía en la frente. Cicatrices que hacían juego con las que Kadarin me había dejado en el rostro. Bien, hay un viejo proverbio que dice que el muerto en el cielo está demasiado feliz para preocuparse por lo que le ocurre a su cadáver, sea bello o feo, y el muerto que está en el infierno tiene demasiadas otras cosas por las que preocuparse. En cuanto a mí, nunca había creído ni en el cielo ni en el infierno; la muerte era tan sólo una eterna nada, y oscuridad.

Sin embargo, podía oír una vez más el último grito de mi padre, que resonaba en mi mente: *Vuelve a Darkover y lucha por los derechos de tu hermano y por los tuyos... Es mi última, orden...* Y justo después, cuando la vida le abandonaba, el grito de alegría y de ternura: / *Yllana! ¡Amada!*

¿Había visto, en el último momento, algo más allá de esta vida? ¿Le esperaba mi madre, apenas recordada, tras aquella última puerta? Sabía que los *cristo foros* creían algo parecido; Marjorie lo había creído. ¿Me esperaría Marjorie más allá de los fuegos de Sharra? No podía, no me atrevía a creerlo. Y si así fuera, y sonreí, con una sonrisa amarga, ¿qué haríamos cuando Dio apareciera por allí? Pero ella ya no tenía derecho a reclamarme. Si el amor era el criterio, a lo mejor ella buscaría a Lerrys más allá de los portales de la muerte. ¿Y qué ocurriría con esos esposos que eran entregados en matrimonio y que odiaban a sus cónyuges, con aquellos que se casaban por obligación o por vínculos familiares o por conveniencia política, y cuya vida matrimonial era una suerte de infierno, y la muerte una misericordiosa liberación? ¿Exigiría algún Dios cuerdo o justo que también ellos estuvieran juntos en una vida eterna? Descarté aquellas ideas como si fueran una locura e intenté dormirme, a pesar del feroz dolor de cabeza y el quemante latido de la herida que tenía en el brazo.

Se extinguió la última luz rojiza, desvaneciéndose. Un resquicio de las cortinas me permitía ver la pálida luz verdosa de la luna que caía como hielo sobre mi cama. Parecía fría, apagaría mi fiebre... Oí pasos, un crujido de seda, y un suave susurro.

-Lew, ¿estás dormido?

- ¿Quién está ahí?

La luz débil cayó sobre un mechón de pelo claro, y Dio, con el rostro tan pálido como la pálida luna, me miró. Se volvió, fue hasta la ventana y corrió las cortinas que Andrés había cerrado. La luz de la luna inundó la habitación mientras las lunas menguantes espiaban por encima de su hombro.

El frío de la luz de luna pareció refrescar mi rostro febril. Sin curiosidad, llegué a preguntarme si me habría dormido y estaría soñando que Dio estaba aquí, tan silenciosa, tan quieta. Tenía los ojos hinchados y llenos de lágrimas.

-Lew, tienes la cara tan caliente... -murmuró, y al cabo de un momento vino y me puso algo frío y refrescante sobre la frente-. ¿Vas a decirme que te han dejado aquí solo, en este estado?

-Estoy bien -dije-. Dio, ¿qué ha ocurrido?

-Lerrys se ha ido -susurró-, se ha ido con los terranos, ha salido en una nave y jura que nunca regresará. Trató de convencerme de que fuera con él; trató... trató de obligarme, pero esta vez me negué. Dijo que quedarse aquí era la muerte, con las cosas que se avecinaban para el Comyn.

-Deberías haberte marchado con él -dije, como apagado.

Ahora yo no podía proteger a Dio, ni preocuparme por ella, con Sharra rugiendo y Kadarin acechando como una bestia salvaje, con Thyra a su lado, listos para arrastrarme una vez más a aquel rincón del infierno.

-No me iré mientras otros deben quedarse a luchar -replicó-. No soy tan cobarde. -Pero estaba llorando-. Si Lerrys de verdad siente que somos parte del Imperio, tenía que haberse quedado a luchar por eso.

-Lerrys nunca ha sido un luchador -dije. Bueno, tampoco yo, pero no había tenido alternativa, mi vida ya estaba empeñada. Pero ahora no tenía ningún consuelo para Dio. Dije con dulzura-: Tampoco es tu guerra, Dio. No has sido arrastrada a esto. Podrías montarte una vida en otra parte. No es demasiado tarde.

Lerrys era uno de los hipersensibles Ridenow; el Don de los Ridenow había sido implantado en el Comyn para percibir aquellos horrores de otras dimensiones durante las Eras del Caos. Ahora era un Don obsoleto, ya que el Comyn ya no atravesaba el tiempo y el espacio como, según decía la leyenda, lo había hecho en la época de mayor poder de las Torres. Como los que combaten los incendios forestales tienen pájaros enjaulados para advertir cuándo el humo y los gases venenosos se tornan demasiado peligrosos para los seres vivos -porque el pájaro morirá envenenado antes de que los hombres reparen en los gases-, así los Ridenow servían para avisar a los Comyn menos sensibles de la presencia de fuerzas que ningún hombre podría tolerar. No me sorprendía que él hubiera huido de Darkover justo en aquel momento.

¡Ojalá hubiera podido yo hacerlo mismo!

-Dio, no deberías estar aquí a esta hora...

- ¿Crees que me preocupa eso? -Dijo, y su voz estaba ahogada por las lágrimas-. No me eches, Lew. Yo no... yo no... te pediré nada, pero déjame quedarme aquí contigo esta noche.

Se tendió a mi lado, con su cabeza rizada sobre mi hombro, y cuando la besé sentí gusto a sal. Y de repente me di cuenta de que si yo había cambiado, Dio no había cambiado menos. La tragedia de aquella cosa del hospital, que debió haber sido nuestro hijo, era también su tragedia; más suya que mía, pues ella lo había llevado en su cuerpo durante meses. Y sin embargo, yo había quedado tan absorto por mi propio dolor, que no había considerado el suyo. Había entrado en mi vida cuando yo creía que para mí todo había acabado para siempre, y me había dado un año de felicidad, y me correspondía, como deuda hacia ella, recordar la felicidad, no el horror y la tragedia que vinieron después.

La estreché entre mis brazos.

-Ojalá todo hubiera sido diferente -susurré-. Ojalá pudiera haber tenido... más para darte.

Besó mi mejilla surcada de cicatrices con una ternura que de algún modo nos acercó más que la pasión más salvaje.

-No importa, Lew-dijo suavemente en la oscuridad-. Lo sé. Duerme, mi amor, estás cansado y herido.

Al cabo de un rato, sentí que estaba profundamente dormida en mis brazos. Pero yo permanecí desvelado, y los ojos me ardían de pesar. Había amado a Marjorie con el primer fuego de un joven inexperto, todo llama y deseo; nunca pudimos saber en qué se hubiera convertido nuestro amor, pues Marjorie no tuvo tiempo. Pero Dio había llegado a mí cuando yo ya era un hombre, que a través del sufrimiento había llegado a la verdadera capacidad de amar, y yo no lo había comprendido, la había dejado alejarse de mí ante la primera crisis. La tragedia compartida debió habernos unido más, y en cambio, había permitido que nos separara.

Si tan sólo pudiera vivir, si pudiera, compensar de algún modo a Dio, si tan sólo tuviera tiempo para hacerle saber cuánto la amaba.

Pero es demasiado tarde; debo dejarla ir, para que no sufra demasiado por mí.

Pero esta noche, fingiré que hay algo más allá de la mañana; que ella, y yo, y Marja podemos encontrar un mundo en alguna parte; y que el fuego de Sharra se extinguirá impotente ante la Espada de Aldones y el Don de Hastur.

Sabía a medias que ya estaba soñando, pero seguí abrazando a la dormida Dio hasta que, cerca del amanecer, yo también me dormí.

La roja luz del sol me despertó, y el ruido de una puerta al cerrarse en algún lugar de la habitación de Alton. Dio... ¿Realmente había estado aquí? No estaba seguro, pero las cortinas que ella había abierto para que entrara la luz de la luna dejaban entrar ahora la luz del sol, y había un fino cabello rojo-dorado sobre mi almohada. El dolor de la cabeza y del brazo herido había cedido hasta convertirse en una molestia casi imperceptible; me incorporé, sabiendo que había llegado el momento de actuar.

Mientras me ponía ropa de montar, reflexioné. Seguro que hoy o mañana, lo que quedaba del Comyn cabalgaría hasta Hali para el funeral oficial de Linnell... y de Derik. Tal vez fuera mejor cabalgar con ellos, para no llamar la atención, y después escabullirme hacia el *rhu fead...*

No. No había tiempo para eso. Había amado a Linnell y había sido mi hermana de crianza, pero no podía esperar a pronunciar las palabras de dolor y afecto junto a su tumba. No podía ayudarla ya, y de cualquier manera, se había ido demasiado lejos como para fijarse si yo iba o no a hablar en su entierro. Lo único que podía hacer por Linnell era intentar que la tierra que ella había amado no fuera devastada por los fuegos de Sharra. Tal vez pudiéramos también hacer algo por Callina. Seguro que Beltrán, que había formado parte del círculo original que había intentado activar a Sharra, moriría junto con nosotros cuando cerráramos aquella puerta por última vez. Y entonces Callina sería libre.

Fui en busca de Callina, y la encontré en la habitación donde había visto a Linnell tocar el *rryl,* la noche antes de que fuéramos a la Torre de Ashara. Callina estaba sentada ante el arpa, con las manos laxas sobre el regazo, tan pálida e inmóvil que tuve que dirigirle dos veces la palabra antes de que me oyera. Entonces volvió un rostro muerto hacia mí, un rostro tan frío y distante, tan semejante al de Ashara, que quedé consternado y horrorizado. La sacudí con fuerza, y finalmente le di una bofetada con lo cual volvió en sí, mientras la furia devolvía vida a sus mejillas pálidas.

- ¡Cómo te atreves!

-Callina, lo siento... Estabas tan lejos, no podía lograr que me oyeras... Estabas en trance...

-Oh, no... -jadeó, y sus manos volaron hasta cubrir su boca, consternada-. Oh, no, no puede ser... -Tragó saliva una y otra vez con dificultad, tratando de contener las lágrimas-. Sentía que no podía soportar mi dolor

-dijo-, y me pareció que Ashara podría darme paz, aliviar el dolor... el dolor y la culpa, porque si no... no hubiera usado la pantalla contigo, si no hubiera descubierto a esa... esa muchacha, Kathie, Linnell estaría viva.

-No lo sabes -le dije con aspereza-. No hay manera de saber qué habría ocurrido cuando Kadarin desenvainó... aquella espada. Kathie podría haber muerto en lugar

de Linnell, o podrían haber muerto ambas. En cualquier caso, no te culpes. ¿Dónde está Kathie?

-No quiero verla -contestó Callina con voz temblorosa-. Es como... como ver el espectro de Linnell, y no puedo soportarlo... -Y por un momento creí que volvería a su estado de trance, que se alejaría de mí.

- ¡No hay tiempo para eso, Callina! No sabemos qué pueden estar tramando Beltrán, o Kadarin-dije-. No tenemos mucho tiempo, todo puede volver a empezar en cualquier momento.

¿Cómo había sido capaz de dormirme la noche anterior, con todo esto a punto de caer sobre nosotros? Pero al menos ahora tenía fuerzas suficientes para lo que debía hacer.

- ¿Dónde está Kathie? -repetí.

Al cabo de un rato, Callina suspiró y me condujo al lugar donde Kathie dormía. Estaba tendida en una cama, despierta, medio desnuda, contemplando una fila de mayólicas, pero se sobresaltó cuando entré, y se envolvió con una manta.

- ¡Fuera! ¡Oh... tú otra vez! ¿Qué quieres?

-No lo que por lo visto estás esperando -dije con sequedad-. Quiero que te vistas y vengas con nosotros. ¿Sabes cabalgar?

-Sí, por supuesto. ¿Pero por qué...?

Exploré detrás de un biombo, y encontré algunas ropas que le había visto usar a Linnell. De repente me irritó que toda aquella tela, aquellos bordados, siguieran intactos y conservaran en sus pliegues el perfume de

Linnell, cuando mi hermana de crianza yacía fría en la capilla junto a su amante muerto. Casi con furia, arrojé las prendas sobre la cama.

-Esta ropa servirá para montar. Póntela,

Me senté a esperarla, pero su mirada de irritación me recordó el tabú terrano. Me puse de pie, sonrojado... ¿Cómo era posible que las mujeres terranas fueran tan poco modestas en la calle y tan recatadas en casa?

-No me acordaba -dije-. Llámame cuando estés lista.

Un peculiar sonido ahogado me hizo volver atrás. Ella miraba perpleja las prendas, haciéndolas girar de un lado para otro.

-No tengo la menor idea de cómo ponerme estas cosas.

-Después de lo que pensabas de mí-dije con rigidez-, no voy a ofrecerme para ayudarte, puedes estar segura.

También ella se sonrojó.

-Y, de todas maneras, ¿cómo quieres que cabalgue con una falda larga?

-Por los infiernos de Zandru, muchacha, ¿qué otra cosa podrías usar? Son las ropas de montar de Linnell; si ella podía cabalgar con ellas, seguro que tú también podrás. -Linnell se las había puesto para asistir al funeral de Marius.

-Nunca he usado nada parecido para montar, y que quede claro que no voy a empezar a hacerlo ahora -declaró-. ¡Si quieres que cabalgue a alguna parte, tendrás que conseguirme algunas ropas decentes!

-Estas prendas pertenecían a mi hermana adoptiva y son perfectamente decentes.

- ¡Maldición, entonces búscame algunas indecentes!

Me reí. No pude evitarlo.

-Veré qué puedo hacer, Kathie.

Las habitaciones de los Ridenow estaban casi desiertas, a aquellas horas tan tempranas, salvo por la presencia de un criado que fregaba el suelo de piedra, y eso me alegró: no sentía ningún deseo de toparme con Lord Edric. Se me ocurrió entonces que Dio y yo nos habíamos casado sin permiso del Señor de su Dominio.

El matrimonio de compañeros libres no puede disolverse después de que la mujer haya concebido un hijo, salvo por mutuo consentimiento.

Pero era una ley darkovana. Dio y yo nos habíamos casado de acuerdo con la ley del Imperio. ¿Por qué estaba pensando en esto, como si todavía hubiera tiempo para regresar y reparar todo lo que había andado mal entre nosotros? Al menos la vería una vez más. Le pregunté al criado si *Domna* Diotima podía recibirme, y al cabo de un momento, Dio, envuelta en una larga bata de lana, apareció, medio dormida en la habitación principal. Su rostro se iluminó al verme, pero no había tiempo para eso. Le expliqué el apuro en que me encontraba, y creo que adivinó el resto por mi rostro y por el tono de mi voz.

-¿Kathie? Sí, la recuerdo del... hospital -dijo-. Todavía tengo mi ropa de montar terrana, la que usaba en Vainwal; creo que le quedará bien. -Lanzó una risita, pero se interrumpió-. Sé que no es divertido, pero no puedo evitar pensar... No importa. Iré a ayudarla a vestirse.

-Y yo iré a ver si consigo caballos -dije, y bajé rápidamente por una vieja escalera, poco frecuentada, hasta la Sala de Guardias. Por suerte, di con un Guardia que me conocía desde que era cadete.

-Hjalmar, ¿puedes conseguirme caballos? Tengo que cabalgar hasta Hali.

-Por supuesto, señor. ¿Cuántos caballos?

-Tres -dije, al cabo de un momento-, uno de ellos con montura de dama.

Kathie podía cabalgar como Dio, a horcajadas y en

pantalones como si fuera una Amazona Libre, pero Callina seguro que no. Le dije adonde debía llevar los caballos, y volví para ver a Kathie vestida con la túnica y los pantalones que le había visto usar a Dio.

Era feliz entonces. Pero no lo sabía, y ahora es demasiado tarde, ahora y para siempre.

Algún poeta terrano dijo que... que las palabras más tristes de cualquier idioma siempre son« demasiado tarde».

La puerta se abrió de repente y entró Regis.

- ¿Adonde vas? -preguntó-. Será mejor que vaya contigo.

Rechacé el ofrecimiento con un gesto de la cabeza.

-No. Si ocurre algo... Si no lo logramos... Tú eres el único que tiene algún poder contra Sharra.

-Precisamente por eso debo ir contigo -insistió Regis-. No, deja a las mujeres aquí...

-Kathie, al menos debe venir -dije-. Vamos a Hali, al *rhu fead*-y añadí, al ver que seguía sin entender-: Es posible que Kathie sea la única persona de este mundo que pueda alcanzar la Espada de Aldones.

Sus ojos se agrandaron.

-Hay algo que debería saber... --dijo-. El abuelo me lo dijo una vez... No, no puedo recordar... -La frente se le arrugó en desesperada concentración-. ¡Podría ser importante, Lew!

Podría serlo, sí. La Espada de Aldones era la última arma contra Sharra. Y últimamente, Regis parecía tener un curioso poder sobre Sharra. Pero fuera lo que fuese, no podíamos perder tiempo hasta que él recordara.

-Si Dyan te ve -me avisó Regis-, te detendrá. Y Beltrán tiene el derecho legal, al menos, de detener a Callina. ¿Cómo piensas salir del Castillo?

Les conduje a las habitaciones de Alton. Los Alton, generaciones y generaciones atrás, habían diseñado aquella parte del castillo, y se habían dejado un par de rutas de escape. Se me ocurrió preguntarme por qué se habrían precavido contra sus parientes del Comyn, en *aquella época, y esbocé una sonrisa divertida. Sin duda* aquélla no era la primera vez en la larga historia del Comyn que un clan luchaba contra otro.

Sin embargo, tal vez fuera la última.

Me obligué a no pensar en eso, y me puse a buscar ciertos elegantes diseños en el suelo de parquet. Una vez, mi padre me había enseñado aquella ruta de escape, pero no se había molestado en enseñarme la combinación. Fruncí el ceño y traté de operar, con delicadeza, el cerrojo de matriz que conducía a las escaleras secretas.

¡De cuarto nivel, por lo menos! Empecé a preguntarme si no tendría que echar mano de mi viejo equipo de mecánico de matrices y llevar a cabo el equivalente mental de forzar el cerrojo. Desplacé un poco mi concentración...

Era la voz de mi padre: sin embargo, por primera vez no me ofendió. Estaba seguro de que en aquel último e inconsciente contacto telepático que me había impuesto, debía haber también algunos recuerdos suyos... ¿De qué otro modo podría justificar si no mi reacción emocional ante Dyan? Puse entonces los pies en la combinación adecuada y, sin detenerme a pensarlo, empujé algo invisible...

... *hacia la segunda estrella, de costado y a través del laberinto...*

Mi mente buscó la combinación; a mitad del camino, el recuerdo que no era mío se convirtió en un galimatías, se evaporó junto con el acre aroma de limón en el aire, pero ya estaba sumergido en la combinación y pude desenredar la última parte que abría el cerrojo. Debajo de mis pies, el suelo tembló, salté, buscando terreno más firme, justo cuando un sector del piso se desplazaba hacia abajo, movido por una maquinaria invisible, revelando una escalera oculta, oscura y polvorienta, que conducía hacia abajo.

-Quedaros junto a mí-avisé-. Nunca he estado aquí abajo, aunque una vez vi cómo se abría.

Les hice señas para que bajaran desde la polvorienta escalera Kathie frunció la nariz ante el olor mustio, y Callina recogió sus faldas con mucho remilgo, pero bajaron. Regís y Dio nos siguieron. Detrás de nosotros, el cuadrado de luz se plegó y desapareció.

-Ojalá mi tatara-tatarabuelo hubiese puesto alguna luz -dije; preocupado-; esto está tan oscuro como... -reprimí una obscenidad y la sustituí por-: el bolsillo de Zandru. -Oí que Dio se reía sin hacer ruido y supe que había estado en contacto telepático conmigo.

-Yo puedo crear luz, si te parece -dijo Callina con suavidad.

Kathie gritó, súbitamente atemorizada cuando una bola verde de pálido fuego creció en la palma de Callina y se difundió como una fosforescencia sobre sus delgadas manos de seis dedos. Yo estaba familiarizado con la supraluz, pero verla era bastante extraño, y cuando la Celadora extendió las manos, el pálido resplandor nos permitió descender. Los dedos extendidos se abrían paso a través de pegajosas telarañas, y hubo un momento en que me pareció que unos centelleantes ojitos nos seguían en la oscuridad. Pero cerré los ojos y la mente a aquella impresión, atento a cada paso que daba. Nos apiñamos tanto a los talones de Callina, que tuvo que advertirnos, con voz queda y preocupada:

-Cuidado con tocarme.

Kathie resbaló una vez sobre la superficie extrañamente resbaladiza, y cayó uno o dos peldaños, desequilibrada, antes de que pudiera sostenerla. Yo iba palpando la pared con mi mano buena, sin saber lo que podía pender de ella, y una vez, los peldaños describieron una súbita curva a la derecha. Sin la pálida luz de Callina, hubiéramos pisado en falso y caído quién sabe en qué abismos. Uno de nosotros desprendió un guijarro con

el pie y lo oímos llegar al fondo después de largo rato. Continuamos, y sentí que la sangre me latía con fuerza en las sienes. ¡Maldición, esperaba no tener que volver a bajar nunca por aquí, prefería enfrentarme a Sharra y la mitad de los demonios de Zandru!

Bajamos, bajamos y bajamos eternamente, tanto que sentí que debía estar transcurriendo medio día mientras recorríamos aquella escalera y el laberinto al que conducía, pero Callina abría la marcha con delicados y recatados pasos, como si estuviera caminando por la pista del salón de baile.

Finalmente el corredor concluyó en una pesada puerta maciza. La luz se esfumó de las manos de Callina cuando la tocó, y tuve que luchar con la barra de madera que la mantenía cerrada. No pude correrla con una mano sola, y Dio tuvo que apoyar todo su peso sobre la barra. La puerta se abrió con un crujido, y la luz asaltó nuestros ojos dilatados por la oscuridad de aquel túnel caído en el olvido. Parpadeé y descubrí que nos encontrábamos en la Calle de los Orfebres de Cobre, exactamente en el lugar donde le había dicho a Hjalmar que trajera los caballos. En la esquina, en medio del leve sonido de muchos martillos diminutos que golpeaban el metal, había un lugar donde herraban caballos y reparaban herramientas de metal, y vi que Hjalmar se encontraba allí con los caballos.

Reconoció a Callina, a pesar de que iba envuelta en una capa ordinaria, gruesa y oscura. Me pregunté si le había pedido la rústica prenda a alguna criada, o si se había ido derecha a las habitaciones de la servidumbre y había tomado la primera que encontró.

-*Vai domna,* permite que te ayude a montar.

Ella le ignoró y se volvió hacia mí. Con torpeza, con una sola mano, extendí mi brazo para ayudarla a montar. Kathie montó sin ayuda, y me volví hacia Dio.

- ¿Sabes dónde estás? ¿Cómo vas a regresar?

-No por donde vine -contestó ella con fervor-. No te preocupes, encontraré el camino. -Hizo un gesto en dirección al Castillo, que parecía estar muy por encima de nosotros, sobre las laderas de la ciudad. Ciertamente habíamos recorrido un largo trecho-. Sigo teniendo la impresión de que debería ir contigo.

Negué con la cabeza. No arrastraría también a Dio. Me tendió los brazos pero fingí no verlos. No podía soportar una despedida, no ahora.

- ¡Ocúpate de que Dio regrese a salvo! -le dije a Regis, y les di la espalda a los dos. Con torpeza, monté mi caballo y me alejé sin mirar atrás, esforzándome por concentrarme en guiar los pasos del caballo por la calle empedrada.

Salimos de la Calle de los Orfebres de Cobre y traspusimos las puertas de la ciudad sin que nadie nos reconociera ni reparara en nosotros. Ascendimos por el camino que llevaba hasta el desfiladero. Miré hacia abajo y los vi a los dos a mis pies: el Cuartel General Terrano y el Castillo Comyn, con la Ciudad Vieja y la Ciudad Comercial entre ambos, como tropas apiñadas en torno a dos guerreros gigantescos. Con resolución, les di la espalda, pero no podía quitármelos de la cabeza.

Eran mi herencia, los dos, no uno solo de ellos, y por más que quisiera, no veía la batalla que se avecinaba como una lucha entre el Comyn y los terranos, sino como Darkover contra Darkover, un combate entre aquellos que querían soltar en nuestro mundo una malignidad antigua al servicio del Comyn, y aquellos que querían proteger a Darkover de aquella malignidad.

Yo me había aliado con la antigua malignidad, Sharra. No importaba que hubiera tratado de cerrar aquella puerta; había sido yo quien había invocado a Sharra por primera vez, dando mal uso al *laran* que era mi herencia, traicionando a Arilinn, donde me habían entrenado en el uso del *laran.* Ahora destruiría aquella malignidad, aunque para ello tuviera que destruirme junto con ella.

Pero por el momento, respiraba el viento helado del desfiladero, el viento cargado de nieve que soplaba desde el eterno glaciar de lo alto y podía olvidar que tal vez aquélla fuera mi última cabalgata. Kathie temblaba de frío, y me quité la capa para ponérsela sobre los hombros mientras cabalgábamos lado a lado.

- ¡Vas a quedarte helado! -protestó ella, pero yo me reí y sacudí la cabeza.

-No, no... Tú no estás habituada a este clima, ¡para mí esta temperatura es para andar en mangas de camisa! -insistí, envolviéndola.

Se arrebujó en sus abrigados pliegues, todavía con escalofríos.

-Pronto atravesaremos el desfiladero -dije-, y en las costas de Hali hará más calor.

El sol rojo estaba alto, cerca del cenit. El cielo estaba claro y sin nubes, de un bello color malva pálido, un día perfecto para cabalgar. Me hubiese gustado tener un halcón en la montura, estar cabalgando cerca de Arilinn, cazando pájaros para la cena. Miré a Callina y ella me devolvió la sonrisa, compartiendo la idea, ya que hizo un leve gesto como si lanzara al aire un halcón *verrin.* Hasta Kathie, con sus relucientes rizos castaños, me hizo pensar en mis cabalgatas con Linnell por las Kilghard Hills, cuando éramos niños. Una vez habíamos cabalgado hasta Edelweiss, y cuando volvimos a casa, después del anochecer, mi padre nos había dado una buena *paliza.* Sólo ahora me daba cuenta de lo que les había parecido una terrible zurra a los crios de doce y nueve años que éramos entonces, había sido en realidad unos cuantos golpes poco serios en los hombros, y que mi padre se había reído de nosotros, menos furioso que agradecido porque habíamos eludido a los bandidos y a los pájaros-¿ban*shees.* Recordaba ahora que en realidad nunca nos había azotado en serio. Aunque una vez me amenazó, porque yo no había atendido ni desensillado el caballo que había

montado, y lo había dejado a cargo de un muchacho del establo, no muy experto, que si volvía a descuidar mi cabalgadura, me quedaría sin cena y dormiría en el suelo, con mis húmedas ropas de montar, en vez de tener para mí un buen baño caliente y una cama esperándome.

Había sido duro -y hubo veces en que lo odié-, pero parecía que sólo ahora, cuando tenía que enfrentarme con mi propia muerte, era totalmente consciente de cómo nos había amado, de como todos sus proyectos para nosotros se habían convertido en ruinas. Empecé a decir: «Linnell, recuerdas...», y recordé que Linnell estaba muerta, y que la muchacha que cabalgaba delante de mí envuelta en mi capa con la misma silueta que Linnell, era una extraña, una extraña terrana.

Pero miré a Callina, y nuestras miradas se cruzaron. Callina era real, Callina era los viejos tiempos de Arilinn, la época en que había sido feliz y había hecho el trabajo que me gustaba en las Torres. El brazalete de cobre en su muñeca izquierda, el signo de su unión con Beltrán, era una broma, una obscenidad, totalmente fuera de lugar. Me permití soñar con el día en que se lo arrancaría de la muñeca y se lo arrojaría a Beltrán a la cara.

Callina era una Celadora, que nunca debía ser tocada, ni siquiera con una idea lujuriosa, pero ahora cabalgaba a mi lado, y alzó su rostro hacia mí, pálido y sonriente. Y pensé: ya no es una Celadora. El Comyn la casó con Beltrán como si fuera una yegua reproductora, pero si pueden entregarla a Beltrán, no podrán quejarse si... -después de que haya enviudado, porque mientras yo viviera, Beltrán no la haría su esposa- si después ella se entregaba a mí.

Y entonces... Armida y las Kilghard Hills... y nuestro propio mundo esperándonos. Me sonrió, y por un momento, se me dio vuelta el corazón, conmovido por su sonrisa, pero después me obligué a recordar. El camino conducía a Sharra, y era dudoso que yo viviera para

ver otra puesta de sol. Pero al menos Beltrán, que como yo, estaba ligado a Sharra, me acompañaría a la oscuridad. Pero los ojos de Callina buscaron los míos y, en contra de cualquier asomo de cordura, me sentí feliz.

A nuestros pies, ahora, se extendían las pálidas orillas de Hali, con la larga fila de árboles que desaparecían en la neblina. Aquí, según decía la leyenda, el Hijo de Aldones había caído en tierra y había yacido en las orillas del Lago, y desde entonces las arenas habían quedado resplandecientes, bruñidas, para siempre... Observé el pálido resplandor de la arena de las orillas.

Sabía que estaban formadas por alguna piedra brillante, mica o granate, convertida en arena por las olas de un gran mar interior que había bañado aquella zona mucho antes de que el planeta alojara vida. Sin embargo, la fantasía persistía:

en aquellas orillas resplandecientes había yacido Hastur, y aquí habían venido Camila la Condenada, y la Bendita Cassilda primera madre del Comyn, a prodigarle sus cuidados.

Las sombras se alargaban; el día transcurría, y una de las lunas, la gran Liriel, de luz violeta, empezaba a brillar sobre el lago, poco menos que llena. Nos quedaban unas dos horas antes de la puesta del sol, y descubrí que no me gustaba la idea de volver a Thendara en la oscuridad. Bien, montaríamos aquel potrillo cuando creciera lo suficiente para llevar una montura. Nuestra tarea ahora estaba en el *rhu fead,* la vieja capilla que era el lugar sagrado del Comyn.

Se elevaba ante nosotros, una pila de piedra blanca, de brillo pálido. Antaño había habido una Torre aquí, pero había caído en las Eras del Caos, incendiada hasta los cimientos en aquellos antiguos días malignos, por obra de un arma de *laran* comparada con la cual Sharra era un juguete. Detuvimos los caballos cerca de la orilla del lago, donde la bruma se arremolinaba, blanquecina, sobre la costa. La escasa hierba rosada desaparecía en la

arena. De una patada, liberé un guijarro: se hundió, girando lentamente, por la superficie de nubes.

-No es agua, ¿verdad? -preguntó Kathie, estremecida-. ¿Qué es?

No lo sabía. Hali era el más cercano de la media docena de lagos de nubes cuyas profundidades no son de agua, sino de alguna clase de gas inerte, que incluso sustenta vida: una vez, había caminado un poco en las profundidades de aquel lago, y había observado las extrañas criaturas, ni pájaros ni peces, que nadaban, o volaban, por aquellas nubes acuosas. La leyenda decía que antaño, aquellos lagos habían contenido agua, como los demás, y que durante las Eras del Caos, algún hechicero, ayudado por el *laran* de la época, los había creado, con aquella peculiar estructura gaseosa, y con los curiosos peces-pájaros mutantes que volaban o nadaban en ellos. Pensé que aquella historia debía ser tan real como la balada que nos cuenta que las lágrimas de Camila cayeron en el agua y se convirtieron en nubes cuando Hastur eligió a Cassilda por esposa.

¡Pero aquél no era momento para baladas ni cuentos infantiles!

-Pero... seguro que he estado aquí ames... -dijo Kathie, confusa.

Sacudí la cabeza.

-No. Tienes algunos recuerdos míos, eso es todo.

-¡Todo! -exclamó, y en su voz había una chispa de histeria.

-No te preocupes por eso -le dije, y le palmeé torpemente la muñeca-. Vamos, ven por aquí.

Dos columnas gemelas se erguían ante nosotros, con un parpadeante arco iris que centelleaba como escarcha entre ellas: el Velo, como el Velo de Arilinn, destinado a impedir la entrada a quienes no estuvieran aliados al Comyn. Si los genes de Kathie eran idénticos a los de Linnell, podría atravesar el Velo. Pero no se trataba tan

sólo de una prueba física, sino también mental. Nadie que careciera del *laran* del Comyn, y habíamos traído a Kathie hasta aquí precisamente por su inmunidad a ese equipamiento mental del Comyn.

-Incluso bloqueada -le dije a Kathie-, el Velo te despojaría mentalmente. Tendré que poner tu mente completamente en poder de la mía.

Me pareció hablar con una extraña seguridad interna. Sabía precisamente lo que debía hacer, pero en un rincón de mi mente, dudé. Ella rehuyó el primer contacto con mi mente, y le advertí, con tono inexpresivo:

-Debo hacerlo. El Velo es una especie de campo de fuerza, sintonizado con los cerebros del Comyn. No sobrevivirías ni dos segundos.

Me incliné y la cogí en mis brazos.

-A mí no me hará daño -le dije-, pero no luches.

Establecí contacto con su mente, la sometí, eliminé sus resistencias... En algún lugar, en lo profundo de mi mente, recordé cómo había temido tener que hacerle esto a Marius. Era una forma de violación, y yo la aborrecía, pero me dije que sin este sometimiento, ella no podría sobrevivir.

La primera ley de un telépata es que no debe penetrar en ninguna mente que no lo desee.

Pero ella había consentido, me dije, y sin esperar más, eliminé su última resistencia y la mente de Kathie desapareció, completamente engullida por la mía, oculta. Entonces entré bajo el tembloroso arco iris.

Un millón de agujitas cayeron sobre mí, una fuerza innombrable me pinchó y pinchó como si fuera una lluvia extrañamente penetrante... y estuve dentro, al otro lado del Velo. Puse de pie a Kathie y me separé de ella tan suavemente como pude, pero cayó al suelo, laxa. Callina se arrodilló junto a ella, frotándole las manos, y al cabo de un momento, la joven abrió los ojos.

Ante nosotros había puertas y largos corredores, brumosos como si el *rhu fead* estuviera colmado de las mismas nubes gaseosas que había en el lago. Casi esperé ver allí los mismos extraños peces-pájaros. Aquí y allá había nichos llenos de cosas tan extrañas que no podía imaginar qué serían. Detrás de un arco iris de colores, vi un féretro donde yacía el cuerpo de una mujer -o una efigie de cera- o su cadáver, no supe; sólo vi su largo pelo rojo pálido, y me pareció que el cuerpo de aquella mujer era demasiado real para ser imaginario, que su pecho subía y bajaba suavemente como si durmiera. Sin embargo, el resplandor del arco iris estaba intacto, como si hubiera dormido o yacido allí inalterable, incorrupta por la muerte durante miles de años. Detrás de otro arco iris, había una espada dentro de una enorme y antigua vaina, pero la empuñadura y la vaina relucían con colores y supe que no era un arma común, pero tampoco la que buscábamos. *Regís debería haber venido con nosotros,* pensé. *¿Cómo reconoceré la Espada de Aldones cuando la encuentre?*

-Yo lo sabré -dijo Callina-. Está aquí.

Abruptamente, el corredor describía una curva y se abría en una capilla de techo curvo, con algo parecido a un altar en un extremo. Encima de él, en el estilo de los frescos más antiguos, había un retrato de la Bendita Cassilda, con una flor estelar en la mano. En un nicho de una de las paredes había otro arco iris trémulo, pero cuando me acerqué, sentí el aguijón del dolor, y supe que se trataba de algo absolutamente defendido de los del Comyn. Había llegado el momento de ver si Kathie podía de verdad tomar aquellas cosas protegidas. Callina extendió una mano curiosa, que fue lanzada hacia atrás con fuerza. Como si hubiera captado mis pensamientos -y tal vez lo hiciera-, Kathie preguntó:

- ¿Todavía estás en contacto con mi mente?

-Un poco.

-Retírate. Completamente...

Aquello tenía sentido: si aquel campo de fuerza estaba preparado para repeler a los del Comyn, el más leve contacto de mi mente la pondría en peligro. Me retiré por completo, y se dirigió rápidamente hacia el arco iris y lo atravesó.

Desapareció en un borrón de bruma que se oscurecía. Una descarga de fuego se elevó entonces hasta el techo. Quise gritarle que no tuviera miedo, que era sólo un truco, una ilusión... Pero ni siquiera mi voz podía atravesar el campo de fuerza destinado a repeler al Comyn. Como una vaga silueta, Kathie atravesó el fuego; tal vez ni siquiera advirtió que estaba allí.

Después estalló un trueno que rodó por toda la capilla e hizo temblar el suelo como si fuera un terremoto. Kathie emergió corriendo del arco iris. Tenía una espada en la mano.

Así que después de todo, la Espada de Aldones era una espada verdadera, larga, resplandeciente y mortífera, de un temple tan fino que la mía parecía un juguete de

niño. En la empuñadura, a través de una delgada capa de seda aislante, las gemas azules relucían y centelleaban.

Era tan parecida a la espada de Sharra que no pude evitar un escalofrío cuando la miré. Pero la espada de Sharra parecía ahora una imitación barata, una mera copia de la gloriosa arma que yo estaba viendo. Estaba protegida por una vaina de fino cuero teñido, atravesada por unas palabras bordadas con finos hilos de cobre.

- ¿Qué es lo que dice? -preguntó Kathie, y me incliné para leer la inscripción, pero las palabras eran tan antiguas, en un dialecto de *casta,* que no pude descifrarlas, tampoco.

Callina las observó, y al cabo de un rato, las tradujo.

-*Esta espada sólo será desenvainada cuando todo*

Lo demás no exista para los hijos de Hastur, y entonces la desencadenada volverá a sus cadenas.

Bien, de una manera o de otra, el mundo que habíamos conocido tocaba a su fin, y Sharra estaba desencadenada. Pero no me atreví a desenvainar la espada. Recordé lo que le había ocurrido a Linnell cuando se vio enfrentada a su duplicado, y yo... yo estaba ligado a la matriz de Sharra. Ni siquiera ahora creía estar libre, no del todo.

De modo que teníamos la Espada de Aldones, pero aún no sabía cómo debíamos usarla. *La desencadenada volverá a sus cadenas.* ¿Pero cómo?

Un cosquilleo de poder, nada desagradable, corrió por mi brazo, como si la espada deseara ser desenvainada, como si quisiera saltar de su vaina...

-No -advirtió Callina, y me distendí, dejé que mi respiración se normalizara y volví a guardar la espada en su envoltura de cuero: sólo la había sacado unos centímetros.

-Yo la tomaré -dijo ella, y suspiré, aliviado. Callina era una Celadora; sabía cómo manejar matrices extrañas.

Y así como la espada de Sharra era el escondite de una matriz grande y poderosa, la Espada de Aldones era -lo sentí sin- saber cómo lo sabía- en sí misma una matriz, y era peligroso blandiría. Si Callina se sentía capaz de correr el riesgo, yo no pensaba discutir con ella al respecto.

-Eso es todo -dije-. Salgamos de aquí.

La última luz del sol se ponía cuando salimos del *rbu fead.* Las mujeres me precedían; ya no había necesidad de que protegiera a Kathie. El Velo era una pantalla para que sólo aquellos que no tenían sangre Comyn no pudieran entrar en la capilla. A mis antepasados de las Eras del Caos no se les había ocurrido impedir que alguien saliera de ella. Me demoré, un poco deseoso de poder examinar algunas de las extrañas cosas que había allí.

Pero entonces Kathie gritó, y vi que la agonizante luz del sol se reflejaba sobre el acero. Dos figuras, formas oscuras contra la luz, aparecieron ante mis ojos; después, reconocí a Kadarin, espada en mano y a su lado una mujer, delgada y vital como una oscura llama.

Ahora ya no se parecía tanto a Marjorie, pero aun así reconocí a Thyra. Kathie retrocedió hasta mí, y la hice suavemente a un lado para enfrentarme a mi enemigo jurado.

- ¿Qué quieres?

Estaba ganando tiempo. Kadarin sólo podía querer una única cosa de mí ahora, y se me heló la sangre con el horror de aquel recuerdo, y en mi cuello, mi matriz empezó a arder y a latir con las llamas...

Ven a, mí, regresa a mí en llamas... y yo extinguiré todo tu odio y tu lujuria, todos tus miedos y tu angustia, en mi propia llama, rugiendo desencadenada, ardiendo, por siempre ardiendo...

- ¿Otra vez escondiéndote detrás de las mujeres? -se burló Kadarin-. Bien, dame lo que lleva la Celadora, y tal vez te deje ir... ¡si puedes! -Echó la cabeza hacia atrás y

se rió, con aquella extraña carcajada que tenía ecos del chillido de un halcón. Ya no parecía un hombre ahora, ni nada humano: sus ojos eran fríos e incoloros, casi metálicos, y su pelo incoloro era largo y flotaba en torno a su cabeza; sus manos, apoyadas en la espada, eran largas y delgadas, con algo más parecido a garras que a dedos. Y sin embargo, tenía una extraña belleza mientras estaba allí de pie, con la cabeza echada hacia atrás, riéndose con aquella risa loca.

- ¿Por qué no te facilitas las cosas, Lew? Sabes que al final, harás lo que queramos. Dame eso... -señaló la Espada de Aldones-, y dejaré en libertad a las mujeres, y no tendrás eso como tormento...

-Te veré congelándote en el más frío infierno de Zandru antes de permitirte eso, tú... -grité y desenvainé mi daga. Permanecí frente a él.

Hubo un tiempo en que probablemente podría haberle vencido con la espada. Ahora, con una sola mano y una herida en el brazo sano, no creía que tuviera oportunidad. Pero al menos, podría obligarle a matarme primero.

-No, espera, Lew -dijo Callina con suavidad-. ¿Éste es... Kadarin?

En su voz no había más que fastidio y disgusto, pero ni rastro de miedo. Vi una sombra de pesar en el rostro de Kadarin, pero ya no era suficientemente humano, ahora, para reaccionar ante las palabras. Dijo, en una espectral parodia de sus antiguos modales educados:

-Robert Raymon *Kadarin,para servirti, vai domna.*

Ella alzó ligeramente la Espada de Aldones en su mano.

-Ven y tómala, si puedes -dijo, y la extendió de manera invitante.

-Callina, no... -exclamé, y hasta Thyra gritó algo incomprensible, pero Kadarin gruñó:

-Fingir no ayudará. -Y se lanzó sobre ella, arrebatándole la espada de la mano.

La mano de Callina explotó con fuego azul, y Kadarin fue despedido hacia atrás con el resplandor azul; la Espada de Aldones centelleó, con las brillantes filigranas de cobre en llamas, y quedó allí, en el suelo entre nosotros, mientras Kadarin, aturdido y casi sin sentido, se ponía en pie con lentitud, exclamando una obscenidad de la que sólo percibí la suciedad.

-Tampoco yo puedo tenerla, ahora que ha tocado a Sharra -dijo Callina con calma-. ¿Kathie?

Lentamente, vacilando, con mano reticente, la joven se arrodilló y extendió la mano, atemorizada, como si tuviera miedo de que el mismo rayo azul de poder le

hiciera perder el sentido de un golpe. Pero su mano se cerró sobre la empuñadura sin incidentes. Tal vez para ella fuera tan sólo una espada. Exhaló un profundo suspiro.

-Déjame... -exclamó Thyra.

-No, pájaro salvaje.

Por un instante, en medio de la cosa monstruosa en la que él se había convertido, vi un rastro del hombre al que antaño yo había amado como a un hermano de juramento, la antigua ternura cuando retuvo a Thyra, diciéndole:

-Tampoco tú puedes tocarla, pero tampoco puede hacerlo ese granuja de Alton, así que estamos a la par. Déjalos ir; ya habrá un momento y un lugar... -Volvió a mirarme con desprecio, tras su fugaz momento de humanidad-. Y nada te protegerá entonces: los que han sido tocados por la cabellera de fuego serán reclamados por ella. Y entonces los infiernos mismos arderán en la llama de Sharra.

¡Dioses del cielo! ¡Antaño, aquello había sido un hombre, y mi amigo! Ni siquiera podía odiarle ahora, no era lo bastante humano para ello.

Era Sharra, revestida por el cuerpo de un hombre que otrora había sido humano... ¡Y él lo quería así, se había rendido por propia voluntad a aquella cosa monstruosa en la que se había convertido! Apenas si podía distinguir a Thyra junto a él, a través de la ilusión de agitadas llamas que rugían entre nosotros.

-No...-exclamó Thyra-, ¡ahora no! ¡Ahora no! -Y las llamas retrocedieron.

Entonces pude verla con claridad: nunca había habido fuego. Vino hacia mí, con las manos extendidas. Era sólo una mujer, pequeña y frágil, con huesos diminutos como los de un pájaro. Iba vestida con ropa masculina de montar, y su pelo era del mismo color cobrizo que el de Marjorie, y sus ojos eran de color ámbar, como los de

Marjorie, y me miraban de aquella antigua manera, dulce y medio burlona, y recordé que la había amado, la había deseado.

- ¿Qué has hecho con mi hija? -Dijo, procurando establecer aquel casi olvidado contacto telepático entre los dos-. ¿Con nuestra hija?

¡Marja! Por un momento pude sentir el contacto de un viejo y dulce recuerdo, Marjorie convirtiéndose en Thyra entre mis brazos, una llama viviente, el contacto con la mente de la criatura...

Thyra estaba en contacto telepático conmigo, y su rostro cambió.

- ¿La tienes tú, entonces?

-Tú no la querías, Thyra -dije con suavidad-. Fue una jugada cruel, algo que no se le hace a un hombre drogado, y mereces toda la desdicha que has sufrido por eso.

Pero por un momento, había dejado de vigilarla, había olvidado que ahora sólo era el instrumento de Kadarin. Y en aquel momento, un dolor punzante me atravesó el hombro y en el corazón sentí la agonía y la muerte, y supe que la daga de Thyra me había herido.

Me tambaleé hacia atrás. Callina me recibió en sus brazos; incluso a través del dolor y de la súbita desesperación. *Aquello era el fin, y Sharra seguía rugiendo, había muerto demasiado pronto, yo había muerto.* Me sobresaltó la fuerza con la que Callina me sostenía, Kadarin dio un salto hacia delante y desprendió a Thyra de mí.

- ¡No! ¡Ésa no es la manera! Todavía le necesitamos. Ah, ¿qué has hecho, Thyra? Le has matado.

Sentí que me desmayaba, que la oscuridad me envolvía y cubría mis ojos, y un ruido horrible castigaba mis oídos. ¿Así era la muerte, dolor, ruido y luz cegadora? No, era un helicóptero terrano que revoloteaba, descendía, y gritos agudos, y una voz que se volvía atronadora de repente. También tú... Suelta esa espada.

-Robert Raymon Kadarin, te arresto en nombre del Imperio, bajo las acusaciones de... Señora, deja caer ese cuchillo; esto que llevo es un disruptor nervioso y puedo destruirte aquí mismo. También tú... Suelta esa espada.

A través de la ondulante oscuridad que velaba mis ojos, distinguí los uniformes, oscuros de los hombres de la Fuerza Espacial. Tenía que haberme imaginado que encontrarían a Kadarin, de una manera o de otra, y como las armas terranas estaban prohibidas en los Dominios, yo podría acusarles, pensé débilmente: *Porque no tienen derecho a estar aquí. No así. No con desintegradores fuera de la Ciudad Comercial.* Yo debería arrestarles a ellos, y no ellos a nosotros.

Después me hundí en una oscuridad que era sin duda como la muerte, y lo único que sentí fue una inmensa lástima por todo lo que dejaba sin hacer. Luego, incluso aquel sentimiento desapareció.

Dio permaneció mirando los caballos hasta que los perdió de vista. Salían de la Calle de los Orfebres de Cobre cuando a Regís le pareció que la mujer estaba llorando; ella sacudió la cabeza y salieron volando una o dos gotas brillantes. Le miró, casi desafiante, y le dijo:

- ¿Bien, Lord Hastur?

-Prometí que te acompañaría hasta el Castillo, *Domna* -dijo Regis; y le ofreció el brazo.

Dio se echó a reír: fue como un arco iris aparecido entre las nubes.

-Te doy las gracias, señor. No es necesario. ¡He caminado sin escolta en lugares mucho peores que éste!

-Es verdad, has estado fuera del planeta-dijo Regis, y sintió una vez más el viejo anhelo, la vieja envidia; a pesar de todos sus sufrimientos, Lew era más libre que él, y tenía a su disposición todos los mundos de un Imperio interestelar. Oh, ir más allá de los estrechos cielos de su propio mundo, ver las estrellas... Pero ahora sabía que él nunca iría. Para bien o para mal, su destino estaba aquí, fuera lo que fuese: una corona no deseada, el nuevo *laran,* que le pesaba tanto que le parecía que iba a partirse en dos como una mariposa dentro de su crisálida. Era Hastur, y el resto debía dejarlo de lado, todos sus viejos sueños, como si fueran los juguetes de su infancia. Caminó junto a Dio por la Calle de los Orfebres de Cobre, doblando la esquina para encaminarse hacia

el Castillo Comyn, y oyó susurros, vio a la multitud que se inclinaba ante él con asombro y reverencia. -Comyn...

-Es el Lord Hastur en persona... El príncipe... -No, seguro que no... ¿qué haría alguien como él por la calle y sin protección...?

-Es el príncipe Hastur, sí, le vi la Noche del Festival...

No podía caminar por una calle estrecha y poco importante sin que se reuniera una multitud. Lew, un hombre marcado y desfigurado, que había sacrificado una mano en los fuegos de Sharra, era más libre que él. Si alguien miraba fijamente a Lew, era sólo por lástima o curiosidad, pero nadie le miraba con aquella confianza, con la idea de que, a pesar de lo que pudiera ocurrirle a Darkover, los Hastur siempre defenderían y protegerían a su pueblo.

Al igual que mi propio laran, *es demasiado para mí... ¡Demasiado par a cualquier mortal inferior a un Dios!*

Se cubrió la cabeza con un pliegue de la capa para ocultar su pelo rojo, vulnerable a las filtraciones mentales que procedían de la multitud, a su asombro, su curiosidad. *No puedo bailar con una mujer, ni caminar con alguna por la calle, sin que mi nombre quede vinculado al suyo.*

-Lo siento, Dio -dijo, intentando hablar con tono ligero-, pero me temo que ya te consideran mi reina: es una pena que tengamos que desilusionarles. ¡Supongo que ahora tendré que explicarle a mi abuelo que tampoco voy a casarme contigo! Ella le sonrió con picardía.

-No tengo ningún deseo de ser reina -repuso-, y me temo que, aunque quisieras casarte conmigo, Lord Danvan se escandalizaría.

Me he degradado andando con hombres en Vainwal, y ahora soy la hermana del traidor que ha huido de Darkover para vivir en el Imperio.

-No sabía que Lerrys se había ido -dijo él con suavidad-. Pero no le culpo por haber huido, Dio. Ojalá pudiera yo hacerlo. -Al cabo de un momento, añadió-: Y si eres la hermana de un traidor, eso no te convierte en traidora. Es un mérito mayor quedarse cuando todos los demás han huido.

Se hallaban ahora frente a las puertas del Castillo Comyn. Regís vio que uno de los Guardias le miraba asombrado al verle solo, sin escolta y con Lady Dio Ridenow, y a pesar de que no intentó leer la mente del hombre, pudo captar la consternación que sentía: *Lord Regís y sin un solo guardaespaldas siquiera, y con una mujer...* Y también el secreto placer que experimentaba ante aquel chisme que haría correr entre sus compañeros. Bien, todo lo que hacía Regís daba origen a chismes, pero estaba harto de eso.

Cruzó el patio, con la intención de decirle a Dio algunas palabras corteses y despedirse de ella. Tenía demasiados problemas como para compartirlos con una mujer, si es que existía alguna con la que pudiera compartir algo más que un breve momento de pasión o de placer. Y de repente, al mirar a Dio, se sintió desgarrado por la desesperación de la joven.

- ¿Qué ocurre, Dio? -preguntó con dulzura, y sintió que el sentimiento de Dio le inundaba.

¡Estaba tan seguro de que iba a morir! Lo único que ve es su propia muerte. Yo le hubiera acompañado incluso a la muerte, pero él sólo ve a Callina.

Regis quedó un poco aturdido por la cualidad de ese dolor. Ninguna mujer le había amado así a él, ninguna le había demostrado esa lealtad, ese respaldo...

Ha ido a la muerte, se ha lanzado contra la muerte en su intento de encontrar el arma para combatir a Sharra.

Regis se dio cuenta de que debería haber ido con Lew, o al menos debería haberle limpiado la matriz, como había hecho con la de Rafe. ¿Qué era lo que le

daba aquel extraño poder, no sobre Sharra, sino sobre la Forma de Fuego? Kadarin estaba en alguna parte, con la matriz de Sharra, y Lew podría caer en sus manos...

Tenía que haber ido con Lew, o tenía que haber limpiado su matriz. O al menos debería haberle exigido a Callina que le llevara ante Ashara, para que la anciana Celadora del Comyn le explicara aquel nuevo y monstruoso Don de Hastur. *Al menos, Lew tiene entrenamiento de Torre, conoce sus propias fuerzas y sus debilidades. ¡Se enfrenta a. la, muerte con pleno conocimiento, no como yo, cegado por la. ignorancia!* ¿De qué servía ser Hastur, y Señor del Comyn, si ni siquiera sabía qué podía depararle su propio *laran?*

Dio trataba de ocultar sus lágrimas. Una parte de él deseaba reconfortarla, pero no tenía consuelo que ofrecerle y, en cualquier caso, Dio no aceptaría mentiras fáciles: era una sensible Ridenow, y las descubriría de inmediato.

-Tal vez todos muramos, Dio -dijo Regís con suavidad-. Pero si tengo la oportunidad, creo que prefiero morir, si con eso impido que Sharra destruya Darkover: tanto al Comyn como a los terranos. Y creo que lo mismo piensa Lew, y él tiene derecho a elegir su propia muerte, y a rectificar sus errores pasados.

-Supongo que sí. -Más allá de la comprensión, se volvió hacia él, sin tratar ahora de ocultar sus lágrimas, y de algún modo, Regís advirtió que aquello era una especie de aceptación-. Es curioso, he visto tanto su... su debilidad, su lado más dulce, que olvido cuan fuerte es. Él nunca se iría con los terranos por temor, ni siquiera aunque le quemaran la otra mano.

-No -dijo Regís. Y se sintió más unido a Dio que a su propia hermana-, no lo haría.

-Y tampoco tú, ¿verdad? -le preguntó ella, son-riéndole a pesar de las lágrimas que colmaban sus ojos.

Él es Hastur, y apoyará al Comyn. Y luego, incluso

en Dio, la curiosa e inevitable pregunta: *¿Por qué no se habrá casado nunca? Seguro que podría tener cualquier mujer que deseara. Seguro que no es verdad que él, como Lerrys, como Dyan, es sólo un amante de hombres, él ha tenido mujeres, hijos* nedestro...

Y después, Regis lo sintió, otra vez su propio dolor, su propia desesperación: *Nuestro hijo, el de Lew y mío, aquella cosa horrorosa, y yo le rechacé. Sólo fue porque estaba tan débil y enferma, no le odié ni le culpé, y después Lerrys se me llevó, antes de que pudiera decírselo. Por Avarra misericordiosa, ha sufrido tanto, y yo volvía herirle, todo aquel horror, aunque le había prometido que nunca tendría que ocultarse de mí...*

... y morirá creyendo que le rechacé a causa de aquel horror.

Y de pronto Regis descubrió que envidiaba a Lew.

¡Cómo le habían amado! Yo nunca he sabido lo que es amar asía una mujer, o ser amado. Y moriré sin saber si soy capaz de esa clase de amor.

Oh, sí, había tenido mujeres. Era capaz de sentir una súbita pasión ardiente, de tomarlas con placer, de dar y recibir, pero una vez que se extinguía el juego del deseo mutuo, a veces incluso antes de que la mujer supiera que estaba embarazada, Regis había sido demasiado consciente de lo que ellas sentían por él: placer ante su belleza física, orgullo por haber llamado la atención de un Hastur, codicia ante el privilegio y

el status que les correspondería por haber dado a luz un hijo de Hastur. Cualquiera de aquellas cinco o seis mujeres se hubiesen casado gustosamente con él, pero Regis nunca había sentido por ninguna de ellas algo más que aquella breve llamarada de pasión y deseo, y aquel vago disgusto, incluso revulsión, al saber que lo que sentían por él se fundaba en la codicia o el orgullo.

Pero nunca esta clase de amor desinteresado... ¿Moriré sin saber si soy capaz de provocar algo así en una mujer? Nadie, salvo Danilo, me ha amado de manera tan poco egoísta, y eso es diferente, el amor de camaradas, un compañerismo compartido. Y los hombres parecen despreciar incluso eso. Lo consideran como algo que debe acabar con la adolescencia. ¿No hay otra cosa? ¿Por qué puede Lew provocar esta clase de amor, y yo no?

Pero con todo lo que se les venía encima, no había tiempo para nada de eso. Se volvía hacia Dio para decirle algo, cuando de repente un chillido de terror surgió en sus mentes, un mudo grito de desesperación y terror, de pánico absoluto y de dolor. *Una niña, una niña que grita, aterrada...* Regis no supo si la idea había sido suya o de Dio, pero de repente sí supo quién era la niña que había gritado de terror. Empujó a Dio delante de él y corrió, corrió como un poseso hacia las habitaciones de Alton.

¡Marja¡ ¿Pero quién aterrorizaría de ese modo a una niña?

Las grandes puertas dobles de la habitación de Alton estaban entornadas. El viejo Andrés yacía en un charco de su propia sangre, en el umbral, donde le habían herido.

La protegió con su vida, tal como lo había jurado. Regis se sintió consternado: él también había sido protegido, de niño, por el viejo *coridom.* Entonces observó que Andrés aún se movía ligeramente, aunque ya no podía hablar. Se arrodilló, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Andrés, con sus últimas fuerzas, susurró:

-*Dom* Regis... muchacho...

Regis sabía que Andrés no le veía, los ojos agonizantes estaban vidriosos, ciegos ya. Sólo veía a un muchacho de diez años, el hijo adoptivo de Kennard, el amigo juramentado de Lew. Y con su último hálito, Andrés formó una imagen en la mente de Regis.

Luego murió, y en la habitación no quedó nada con vida, salvo el mismo Regis, que se puso de pie, destrozado por el dolor.

- ¡Beltrán! -Exclamó en voz alta-. ¿Pero cómo, en nombre de todos los infiernos de Zandru, se las arregló para venir aquí, si yo le dejé prisionero...?

Ni siquiera hacía falta preguntarlo. Había dejado a Beltrán con Lord Dyan, y Dyan había acordado con Beltrán que Sharra era la última arma contra los terranos. Lew estaba fuera de su alcance. Pero quedaba una niña Alton...

Quedaba una niña Alton, y dotada, incluso a los cinco años, del *laran* de su casa, y con sangre *chieri.* Regis sintió náuseas: ¿cómo era posible que un ser humano se rebajara a utilizar a una criatura pequeña para Sharra? Sabía que Dyan podía ser cruel, sin escrúpulos, pero..., ¿esto?

Se dio cuenta de que todo el tiempo, había estado escuchando, en algún rincón de su mente, y cada vez con mayor fuerza, los aterrados chillidos de la niña, el súbito fuego y el terror de la Forma de Fuego. Y de pronto, todo desapareció, de manera tan repentina que por un momento Regis quedó consternado, pensando que tal vez Marja había muerto de terror, o a causa de algún golpe de increíble crueldad.

¿Qué era aquella locura? A su alrededor, había el silencio de la muerte en las habitaciones de Alton, los jadeos de horror de Dio, de pie en el umbral de la puerta, pero en algún lugar, Regis oía una voz que conocía. ¿O era acaso un contacto telepático, y no una voz?

¡Tonto, eso no es nada para, una niña! Yo tengo la fuerza necesaria, y no soy pusilánime. No soy uno de esos eunucos entrenados en las Torres, déjame ocupar ese lugar en vez de alguien en quien nunca podrás confiar. Y después unas

carcajadas de burla, casi silenciosas. *No, no está muerta, simplemente está fuera de tu alcance. ¡Busca a alguien de tu propio tamaño, Beltrán!*

- ¡Señor de la Luz! -exclamó Regis, horrorizado, comprendiendo lo que había ocurrido. Dyan había ele-

gido a Sharra. A pesar de todas las advertencias, había ido por voluntad propia, hacia aquel horror que le había costado a Lew una mano y su cordura, hacia aquello que aún ahora sobrecogía de terror a Regis.

¿Significa esto que Lew está libre? No, nunca, nunca; sigue ligado a Sharra.

- ¡Lord Hastur! ¡Lord Regis! -Un criado entró jadeante, buscándole, y se detuvo, consternado, al ver el cadáver del viejo *coridom*-. Por los Dioses, señor, ¿qué ha ocurrido?

Regis respondió, aferrándose a la calma y a las cosas comunes:

-Este hombre murió defendiendo la propiedad y a la hija de su amo, de su hijo adoptivo. Debería tener un funeral propio de un héroe. Busca a alguien que se encargue de eso, ¿quieres? -Se incorporó lentamente, contemplando al muerto y a los criados que se apiñaban ante la puerta de la habitación de Alton. Entones se fijó en el hombre que había venido a buscarle.

-Señor, Lord Hastur, es decir, tu abuelo, ha ordenado... -otra vez confuso, el hombre se corrigió-: ha pedido que vayas a verlo, si puedes...

Regis suspiró. Lo había estado esperando. ¿Qué conflictivas exigencias tendría ahora su abuelo? Reparó en Dio y supo que ella no toleraría que la dejara fuera de lo que pudiera ocurrir. Bien, tenía derecho a saber.

-Ven conmigo -le dijo-. Lew y yo hemos sido *bredin,* y tú también tienes derecho a exigirme cosas.

Encontró a su abuelo en la pequeña sala de recepción de las habitaciones de Hastur.

- ¡Gracias a Aldones que te he encontrado! -Dijo Danvan Hastur-. El Legado terrano ha enviado un mensaje personal para ti, Regis, algo acerca de un tal capitán Scott y de una autorización para utilizar armas terranas. -Miró a su nieto e intentó hablar con su antigua autoridad, pero sólo consiguió emitir una desagradable

parodia de su antigua fuerza-. No sé cómo te has metido en tal situación con los terranos. Pueden pedirte que vayas y vengas, pero supongo que tendrás que arreglar esto.

Es viejo. Yo soy ahora el verdadero poder de Hastur, y ambos lo sabemos, aunque él nunca lo dirá, pensó Regis, y respondió a la parte que su abuelo no había dicho, fueran cuales fuesen las palabras.

-No te preocupes, señor; yo me ocuparé de eso.

De pronto sintió una profunda compasión por el anciano, que se había pasado tantos años manteniendo el poder del Comyn, sin tener siquiera un poco de *laran* que le respaldara.

Ha tenido todas las preocupaciones de un Hastur y ninguna de las recompensas, pensó, y luego la idea misma le causó consternación. ¿Recompensa? ¿Aquel monstruoso *laran* indeseado, que amenazaba con partirle en dos, que le hacía vivir con el conocimiento terrible de un poder cuyas fuerzas ni siquiera podía imaginar?

¿Don? ¡Más bien la maldición de Hastur! Se sentía como si sus piernas y sus brazos fueran demasiado grandes para él, como si caminara entre la tierra y el cielo, con los pies apenas rozando el suelo, y sin saber por qué. Desesperadamente, deseó tener a Danilo a su lado. Pero ni siquiera había tiempo para enviarle un mensaje y, en cualquier caso, si Dyan se había lanzado de forma temeraria al peligro y el terror de Sharra, Danilo era Lord Ardáis, porque Dyan estaba prácticamente muerto, y también todos ellos; que Danilo no quedara involucrado, si podía. Con brusquedad, le dijo al hombre de la Fuerza Espacial que había traído el mensaje:

-Iré de inmediato. -Dio se volvió para seguirle, pero él la detuvo-. No. Quédate aquí.

No podía cargar con ninguna mujer ahora, y menos aún cuando le había negado a Danilo el privilegio de acompañarle.

-Iré -dijo ella con tono salvaje-. Soy ciudadana terrana, ¡no puedes impedírmelo!

No valía la pena discutir. Le hizo un gesto al hombre de la Fuerza Espacial para que la dejara acompañarles, y subieron todos en el vehículo de superficie. Regis nunca había viajado antes en un vehículo terrano; se quedó sin aliento mientras rugía y se sacudía sobre el empedrado. Pensó, aunque no era el momento: *Deberíamos prohibir esto, es demasiado peligroso en calles tan viejas y abarrotadas.* Una vez traspasadas las puertas de la Ciudad Comercial, las calles se hicieron más lisas, y él se aferró desesperadamente, para no mostrar su miedo ante Dio, quien por lo visto estaba acostumbrada a aquella clase de transporte que quitaba el aliento.

Cuando llegaron a las puertas del Cuartel General, el conductor se detuvo apenas para enseñar un pase al guardia, y prosiguieron, después de cruzar el terreno completamente liso, hasta las puertas mismas del rascacielos. Luego subieron al ascensor, Dio pegada a los talones de Regis, y fueron conducidos hasta la oficina de Lawton.

Rafe Scott, de una palidez mortal, se encontraba allí, y Lawton no desperdició palabras. Hizo un gesto, y Rafe habló inmediatamente:

- ¡Kadarin ha ido a Hali! De repente descubrí que estaba leyendo a Thyra... no sé por qué...

Regis sí lo sabía. Podía sentir a Sharra, a través y alrededor de Rafe, como una llama monstruosa y obscena, sin cuerpo, primaria... y Rafe era parte de aquel antiguo vínculo.

Kadarin, portando la Espada. Thyra. Beltrán...

Dyan, que se había lanzado imprudentemente de cabeza en el volcán.

Y Lew, en alguna parte... ligado, atado, condenado...

- ¿Bien? -dijo Lawton con impaciencia-. ¿Me autorizarás a enviar un helicóptero, y hombres armados

con desintegradores, para arrestar a Kadarin? ¿O vas a atenerte a la letra de tu Pacto, mientras que ellos juegan con algo que el Pacto no sólo prohíbe, sino que es peor que una superbomba planetaria, por no hablar de uno o dos desintegradores?

Si voy a autorizar... ¿quién se cree que soy? Entonces, con la repentina humildad del reconocimiento y el temor del poder, Regis supo que ya no podía seguir eludiendo la responsabilidad.

-Sí-dijo-, lo autorizo.

Consiguió escribir su nombre, aunque le temblaba la mano, en un formulario que Lawton le entregó. El Legado habló entonces por un comunicador.

-Está bien, Hastur ha dado la autorización. Que salga el helicóptero.

-Quiero... -*Debería ir en el helicóptero. Tal vez todavía pueda hacer algo por Lew... o por su matriz, si está ligada a Sharra...*

Lawton sacudió la cabeza.

-Demasiado tarde. Ya han despegado. Lo único que puedes hacer ahora es esperar.

Esperaron, y el sol se hundió lentamente detrás del desfiladero de las montañas. Esperaron, y el tiempo se arrastró, y al final, Regis vio el helicóptero, una diminuta mancha negra que volaba por encima de las montañas, y se hacía cada vez más grande.

Dio se incorporó de un salto y exclamó:

- ¡Está herido! Tengo... tengo que ir con él... -Y salió corriendo hacia el ascensor. Simultáneamente, Lawton respondió a una luz que parpadeaba, escuchó, y su expresión cambió.

-Bien -le dijo a Regis con voz grave-, esperé demasiado, o lo hiciste tú, o alguien. Tienen a Kadarin, sí, pero parece ser que ha logrado cometer otro asesinato mientras todos se quedaban allí mirando. Se lo llevan abajo, a la División Médica. Será mejor que vengas.

Regís le siguió por los pasillos de la División Médica. Un ascensor se detuvo con un gemido, y los hombres de la Fuerza Espacial sacaron a los prisioneros. Dio sólo tenía ojos para Lew, que dos hombres de uniforme sostenían. Regis no pudo ver si estaba vivo o muerto: su rostro era espectral, la cabeza caía sin vida hacia un lado, y toda la pechera de su camisa estaba cubierta de sangre.

¡Breda! Regis se sintió invadido por el dolor y la consternación. Dio se aferraba a la laxa mano de Lew, y lloraba ahora abiertamente. Detrás, Kadarin caminaba apresado entre dos guardias. Regis apenas le reconoció; se le veía mucho más viejo, mucho más gastado, como si algo le consumiera por dentro. También Thyra iba esposada. Kathie estaba pálida y atemorizada, y uno de los guardias llevaba en brazos a Callina, que por lo visto se había desmayado. La instalaron en una silla y pidieron que trajeran sales. Al cabo de un minuto, Callina abrió los ojos, pero se tambaleó y se asió a la silla. Kathie fue rápidamente a su lado y la sostuvo. Alguien del equipo médico dijo algo, pero Kathie frunció el ceño y replicó:

-Soy enfermera, me ocuparé de ella. Mejor que atiendan al señor Montray-Alton; la mujer le apuñaló, y parece que acabó con él. Estaba vivo cuando aterrizó el helicóptero, pero eso no quiere decir nada.

Regis miró la larga espada que Kathie había dejado caer al suelo, y algo en su interior, algo en su sangre, se despertó de repente y empezó a gritar en sus venas.

¡ESTO ES MÍ o!

Fue a recogerla, la sintió cálida y adecuada en su mano. Callina abrió los ojos y le miró fijamente, con una mirada extraña, fría, azul.

En el momento que Regis tuvo la espada en la mano, y miró las curvas letras inscritas en la vaina, le pareció estar en todas partes, no sólo donde se encontraba su cuerpo, sino como si los límites de ese cuerpo se hubieran ensanchado hasta abarcar todo lo que había en la habitación. Tocó a Callina y la vio con una extraña doble visión: la mujer que conocía, la sencilla y tranquila Celadora, calma, recatada y amable, y al mismo tiempo rodeada de algo más, algo frío, azul y alerta, como hielo, extraño y frío como la piedra. Tocó a Dio y sintió su corriente de amor, preocupación y miedo; tocó a Kadarin y se echó atrás: ¡ÉSTE ES EL ENEMIGO, ÉSTA ES LA BATALLA…

TODAVÍA NO, TODAVÍA NO! Tocó a Lew.

Dolor. Frío. Silencio. Miedo y la llama consumidora.

Dolor. Dolor en el corazón. Dolor penetrante… Regis se extendió en ese dolor, aquélla era la única manera de explicarlo, sintió las células desgarradas, la vida que se desangraba… ¡NO! ¡NO LO PERMITIRÉ! El silencio goteante que era Lew fue inundado de repente por un dolor terrible, y luego por calor y vida. Entonces Lew abrió los ojos y se sentó, mirando a Regis con fijeza. Sus labios apenas se movieron, y susurró:

- ¿Qué… qué eres?

Y Regis se oyó decir, como desde una gran distancia:

-Hastur.

Y la palabra no significó nada para él. Pero la profunda herida se había cerrado, y a su alrededor, todos los médicos terranos miraban boquiabiertos, y en su mano estaba esta espada que ahora le parecía más de la mitad de sí mismo.

Y de repente Regis sintió terror y deslizó la espada en su vaina, y de repente el mundo volvió a componerse y estuvo de nuevo dentro de su cuerpo. Temblaba con tanta violencia que casi no podía mantenerse de pie.

- ¡Lew! |*Bredu…* Estás vivo!

La narración de Lew Alton: conclusión

Nunca he recordado nada de aquel viaje en helicóptero hasta el Cuartel General Terrano, ni de cómo llegué hasta el despacho del Legado. Lo primero que recuerdo es un dolor infernal, y su súbita interrupción.

-¡Lew! ¡Lew! ¿Puedes oírme?

¿Cómo podía, no oírla? ¡Me estaba gritando en el oído! Abrí los ojos y vi a Dio, con el rostro inundado por las lágrimas.

-No llores, amor -le dije-. Estoy bien. Esa gata del infierno, Thyra, debe haberme apuñalado, pero no parece haberme hecho mucho daño.

Pero Kathie le hizo un gesto a Dio para que se retirara, y dijo con tono profesional.

-Un momento. Casi no tenía pulso.

Tomó un instrumento y me cortó la camisa; entonces la oí soltar una exclamación de asombro.

En el lugar en el que Thyra me había herido -peligrosamente cerca del corazón-, sólo había una pequeña cicatriz, cerrada hacía mucho, más pálida y mejor cicatrizada que las que me marcaban el rostro.

-No me lo puedo creer-protestó-. Yo lo vi, y aun así no puedo creerlo. -Tomó algo frío y húmedo y me limpió las pegajosas costras de sangre casi secas que todavía se adherían a la piel. Miré con pena la camisa destrozada.

-Consíganle una camisa de uniforme, o algo -dijo Lawton, y me trajeron una de papel o de alguna fibra similar. Tenía una textura fría y resbaladiza que me resultó desagradable, pero no era el momento de hacerme el delicado; además, los olores de los medicamentos me volvían loco.

-¿Tenemos que quedarnos aquí? -pregunté-. No estoy herido... -Y sólo entonces vi a Regís, con la Espada de Aldones en la cintura y una increíble expresión de reverencia en el rostro. Más tarde me enteré de lo que había hecho, pero en aquel momento (todo el mundo estaba bastante enloquecido) simplemente di por hecho, y agradecí, que la Espada estuviera en manos de la única persona de este mundo que podía manejarla. Había supuesto que Callina, o tal vez Ashara, tendrían que hacerse cargo de ella, como Celadoras. Cuando vi que estaba en poder de Regís, lo único que se me ocurrió fue: *Oh, sí, por supuesto, él es Hastur.*

-¿Dónde está Thyra? ¿Escapó?

-No creo -dijo Lawton, sombrío-. Está en una celda, abajo, y allí se quedará.

-¿Por qué? -preguntó Kadarin. Su voz era tranquila, y le miré con fijeza, incapaz de creer lo que veía: en las costas de Hali me había parecido algo muy distante de lo humano; ahora, curiosamente, le veía como el hombre que yo había conocido, civilizado y educado, incluso agradable-. ¿Bajo qué acusación?

--¡Intento de asesinato de Lew Alton, aquí presente!

-Será difícil fundamentar esa acusación-dijo Kadarin-. ¿Dónde está la presunta herida?

Lawton observó con irritación la camisa empapada de sangre que me habían quitado.

-Tenemos testigos oculares del intento -dijo-. Mientras tanto, la retendremos por... ¡Oh, infiernos!... por invasión, robo con fractura, por llevar armas ocul-

tas, lenguaje indecente en lugares públicos... ¡Por espectáculo indecente si hace falta! Lo principal es que la tenemos, y también a ti. Tenemos que nacerte algunas preguntas acerca de cierto asesinato y el incendio de una casa en la ciudad de Thendara.

Kadarin me clavó la mirada.

-Cree lo que quieras, Lew -dijo-, pero yo no asesiné a tu hermano. No conocía a tu hermano de vista. Sólo después supe quién era, cuando oí decir en la calle quién era el muerto. Para mí era simplemente un joven terrano al que no conocía, y además, no fui yo quien le mató sino uno de mis hombres. Y lo siento, yo no di órdenes de que se matara a nadie. Tú sabes qué es lo que había venido a buscar, y por qué tenía que hacerlo.

Miré a aquel hombre y supe que no podía odiarle. Yo también me había visto obligado a hacer cosas que jamás hubiera soñado hacer, no en mi sano juicio, y sabía qué era lo que le había obligado a hacerlas. Tenía la espada en la cintura, pero a pesar de todo, pude ver al hombre que había sido mi amigo. Desvié la mirada. Había demasiadas cosas entre nosotros. No tenía derecho a condenarle, no ahora, no cuando en mi propia matriz podía sentir el impulso irresistible de aquella cosa impía.

Regresa a mí y vive eternamente en el imperecedero fuego revitalizador... Y detrás de mis párpados se dibujó la Forma de Fuego, que se interponía entre yo mismo y lo que podía ver con mis ojos físicos: Sharra, y yo todavía era parte de ella, seguía condenado. Di un paso hacia él. No sé, aun ahora, si pretendía golpearle o unir mi mano a la suya sobre la empuñadura de la matriz de Sharra oculta en la espada.

El odio y el amor se mezclaron, como se habían mezclado con respecto a mi padre, cuya voz seguía latiendo en mi cerebro: *Vuelve... vuelve...*

Pero Kadarin se encogió de hombros y el hechizo se quebró.

-Si queréis tirarme en una celda, no tengo inconveniente, pero es justo que os avise de que es probable que no permanezca mucho tiempo. Tengo... -tocó la empuñadura de la espada de Sharra y dijo en tono alegre- un urgente compromiso en otra parte.

-Lleváoslo -dijo Lawton-. Ponedle en una celda de máxima seguridad, y veremos si puede salir de ella con palabras.

Kadarin les ahorró la molestia de que le llevaran; se puso en pie y fue de buen grado con los guardias. Uno de ellos dijo:

-Primero tomaré esa espada, si no te molesta.

Kadarin respondió con su inmutable sonrisa:

-Tómala, si lo deseas.

Al observar aquello, quise gritar una advertencia a los hombres de la Fuerza Espacial; yo sabía que no era una espada. Uno de ellos extendió la mano y voló a través de la habitación; se golpeó la cabeza contra la pared y cayó al suelo, atontado. El otro se quedó mirando a Lawton y a Kadarin: estaba asustado, y no le culpé.

-No es una espada, Lawton -dije-. Es un arma de matriz.

- ¿Es ésa...? -Lawton me clavó la mirada, y yo asentí. No había manera, salvo si mataban a Kadarin primero, de quitarle la espada, y ni siquiera estaba seguro de que pudieran matarle mientras la llevara encima, al menos no con un arma común. Les advertí:

-No lo pongan en la misma celda que Thyra.

Tampoco iba la distancia a representar diferencia alguna en el momento en que desenvainara aquella espada. Y yo, ¿me iría con ellos? De todos modos, me alegraba de que tanto Kadarin como la matriz de Sharra no estuvieran ante mis ojos. Empecé a incorporarme, pero el médico joven me obligaba a sentarme otra vez.

- ¡Tú no te vas a ningún lado, al menos por ahora!

- ¿Soy un prisionero, entonces?

El doctor miró a Lawton, quien dijo, frunciendo el ceño:

- ¡Demonios, no! ¡Pero si tratas de salir de aquí por tu propio pie, caerás en redondo! Quédate quieto y deja que el doctor Allison te examine, ¿quieres? ¿Qué prisa tienes?

Traté de ponerme de pie, pero por algún motivo indiscernible descubrí que estaba tan débil como un conejito recién nacido. No sentía las piernas.

Permití que el joven doctor me examinara con sus instrumentos. Odiaba los hospitales, y el olor empezaba a darme náuseas y me recordaba otros hospitales de otros mundos, recuerdos que prefería no tener que soportar ahora, pero por lo visto, no había alternativa. Observé que Kathie hablaba con uno de los médicos y, al igual que durante la Noche del Festival, me pregunté si no nos acusaría de haberla secuestrado, o de algo peor. Bien, si lo hacía, su historia resultaría tan extravagante que nadie le creería. ¡Vainwal estaba a media Galaxia de distancia!

Había momentos en los que ni yo mismo lo creía.

Antes de que el médico terminara de chequearme el corazón y cada una de las funciones de mi cuerpo -incluso me hizo quitar la mano mecánica, y me preguntó si funcionaba adecuadamente-, Regís regresó a la habitación. Se le veía grave y distante. Rafe Scott estaba a su lado.

-He visto a Thyra -dijo sin más preámbulos.

También yo, pensé, y ojalá no la hubiese visto. Aunque su intento de asesinarme se había visto frustrado, descubrí que no soportaba pensar en ella. No era todo culpa suya; era víctima de Kadarin tanto como yo, una víctima más dispuesta, tal vez, ansiosa por lograr el poder de Sharra. Pero pensar en la mujer me hizo pensar en la niña, y vi que el rostro de Regis se alteraba. Yo no estaba acostumbrado a esto, pues Regis nunca había

sido un telépata muy sensible, pero empezaba a darme cuenta de que aquel nuevo Regis, con el súbito despertar del Don de Hastur, era diferente del joven que había conocido durante toda mi vida.

-Tengo malas noticias para ti, Lew -dijo-, la peor de todas... Andrés... -se le quebró la voz, casi ahogándose, y lo supe. Durante los felices años en Armida, Andrés había sido como un padre también para él.

Mi padre, Marius, Linnell... Ahora Andrés. Ahora, más que nunca, estaba completamente solo. Tenía miedo de preguntar, pero aun así lo hice.

- ¿Marja?

-El... la defendió con su vida -dijo Regis-. Beltrán... quería llevarla a Sharra. La niña tiene el Don de Alton. Pero Dyan...

Estaba preparado para oír que Dyan había sido cómplice en el asunto; no lo estaba para oír lo que Regis me dijo a continuación.

-No sé cómo... la lanzó fuera, a otra parte. No he podido encontrar ni rastros de ella, ni siquiera telepáticamente. No sé dónde la ha escondido, pero en algún lugar donde está a salvo de Sharra. Y Dyan... ¿Sabías que tiene el Don de Alton, Lew?

En la confusión, lo había olvidado. Pero tendría que haberlo sabido, por supuesto. El poder de imponer su voluntad a otra mente, aunque no lo deseara, y Dyan tenía sangre Alton. Mi padre y él habían sido primos hermanos. La madre de mi padre era hermana del padre de Dyan, y había habido otros vínculos familiares, generaciones atrás.

Una vez, bajo una terrible presión, yo había usado el poco conocido poder de los Alton, y me había tele-portado desde Aldaran hasta la Torre de Arilinn. Por alguna razón, Dyan podía haber hecho lo mismo con Marja, pero podía haberla enviado a cualquier lugar de Darkover, desde Armida hasta el Castillo Ardáis en los

Hellers, o al Orfanato de Thendara donde la habían criado.

Cuando tuviera tiempo, tendría que buscarla, física y telepáticamente. No creía que Dyan pudiera ocultarla de mí permanentemente, ni tampoco que quisiera hacerlo. Pero de momento, dado que Kadarin seguía teniendo la matriz de Sharra, yo sabía que no podía confiar en mí mismo, si es que él decidía usarla. Traté de advertir a Regis acerca de esto. Él tocó la Espada de Al-dones con aspecto sombrío.

-Ésta es el arma contra Sharra. Desde que la tengo, sé muchas cosas -dijo, con expresión extraña-, cosas que no había aprendido. Hace días que sé que tengo algún extraño poder sobre Sharra, y ahora, con esto... -Era como si algo hablara desde atrás y a través del Regis que yo conocía. Se le veía demacrado y envejecido, como si

fuera muchos años mayor de lo que era. Pero de vez en cuando, cuando le miraba a los ojos, el otro Regis, el joven que conocía, se asomaba por un momento, y ese joven parecía asustado. No le culpé.

-Muéstrame tu matriz -me pidió.

Me negué. No sin la presencia de una Celadora.

-Sólo si Callina está aquí -dije, y me volví hacia uno de los médicos y le pregunté qué le había ocurrido a la joven.

-Estaba desmayada -explicó Kathie-. La llevé a descansar. Debe haber sido toda esa sangre.

Eso me alertó. Las mujeres darkovanas no se desmayan por tonterías, ni por ver un poco de sangre. Tuve que gritar y hacer una escena, sin embargo, para que me llevaran hasta Callina, y la encontré en uno de los pequeños cubículos, sentada, absolutamente inmóvil, con ojos pálidos y distantes, como si fuera la misma Ashara, mirando algo que no podíamos ver.

Regis le gritó, y también yo, pero ella permaneció inmóvil, con los ojos perdidos en distancias insondables. Finalmente traté de establecer contacto con su mente: la sentí muy lejana, como una helada otredad, pero luego jadeó, me miró con fijeza y volvió en sí.

-Estabas en trance, Callina -le dije, y ella nos miró asombrada. Creo que incluso entonces, si ella nos hubiera tenido confianza, todo podría haber sido distinto. Pero ella trató todo el asunto con ligereza.

-Estaba descansando, nada más -dijo-, estaba medio dormida. ¿Qué ocurre, qué queréis?

-Quiero ver si podemos limpiar su matriz y librarlo de la... matriz de Sharra. Lo hice con Rafe -explicó Regis-. Creo que podría haberlo hecho por Beltrán, si me lo hubiera pedido.

Capté la parte que no dijo: Beltrán seguía ansioso por utilizar a Sharra, la consideraba como la última arma para impedir que los terranos nos sometieran. Un chantaje para que se fueran de nuestro mundo para siempre.

Y Dyan, equivocado y desesperadamente ansioso por un poder que el debilitado Concejo del Comyn no quería concederle, también se había sometido a Sharra. Sentí el dolor y la pena de Regis ante ese hecho, y de pronto, por un momento, vi a Dyan con los ojos de Regis: *El pariente mayor, apuesto, mundano, a quien el joven Regis había admirado... y al que luego había temido, con esa extrema satisfacción muy semejante al amor. El único pariente que le había aceptado por completo.* Yo sólo había visto la crueldad de Dyan, amenazante, rudo; un hombre autoritario, ansioso de poder y que lo utilizaba de manera poco delicada y brutal, un hombre que daba mal uso, sádicamente, a su poder sobre los cadetes y sus parientes más jóvenes. Este otro aspecto de Dyan era desconocido para mí, y me detuve a reflexionar. ¿Después de todo, le habría juzgado mal?

No, pues si no, su amor por el poder nunca le hubiera impulsado a aquella última perversión de los poderes del Comyn: el fuego de Sharra. Yo había sido quemado por aquel fuego, y Dyan había visto las cicatrices. Pero en su suprema arrogancia, pensaba que podía tener éxito allí donde yo había fracasado, y conseguir que Sharra estuviera a su servicio; ser amo y no esclavo de las llamas de Sharra... ¡y Dyan ni siquiera tenía entrenamiento de Torre!

-Razón de más, Lew, para liberarte -argumentó Regis. Al cabo de un momento, me quité la bolsita de cuero que llevaba al cuello, y con una sola mano desenvolví la piedra. La dejé caer sobre mi palma, y vi el resplandor rojizo que enturbiaba el interior azul de la matriz.

Callina concentró su atención en mí y combinó las resonancias, hasta que pudo tomar mi matriz; el contacto entrenado de una Celadora no producía un dolor insoportable. Entonces sentí, como un grito de guerra, la llamada de Sharra.

Regresa, regresa y vive en la vida de mis fuegos. Y a través de ella sentí a Marjorie, ¿o era Thyra? *En mi abmzo arderás por siempre compasión intensa.*

A través de todo aquello sentí a Regis, como si de alguna manera estuviera escarbándome el cerebro, aunque sabía que sólo estaba contactando mi matriz, desenredándola hebra por hebra. Pero cuanto más trabajaba con ella, tanto más fuerte se hacía la llamada, el pulso de Sharra que latía en mi mente, hasta que ardí en agonía.

La puerta se abrió de golpe y entró Dio. Corrió hacía mí y empujó a Callina.

- ¿Pero qué le estáis haciendo? -rugió.

Las llamas disminuyeron y se extinguieron. Regis se agarró a un mueble, tambaleándose. Apenas si podía tenerse en pie.

- ¿Cuánto más creéis que puede soportar? ¿No ha pasado ya lo suficiente?

Agradecido, me dejé caer en una silla.

-Sólo estaban... -dije.

-Revolviendo aquello que es mejor dejar en paz -estalló Dio, furiosa-. Pude sentirlo a ocho pisos de distancia. Sentí cómo te cortaban... -Hizo correr las manos sobre mí como si esperara verme cubierto de sangre.

-Está bien, Dio -dije, consciente de que mi voz era sólo un murmullo exhausto-. Fui entrenado... para soportarlo...

- ¿Y qué te hace pensar que estás en condiciones de soportarlo ahora? -preguntó ella con ira, y Regis respondió, desesperado:

-Si Kadarin desenvaina la espada de Sharra...

-Si lo hace -dijo Dio-, Lew tendrá que luchar. ¿Pero no puedes permitir que recupere fuerzas para ese combate?

Yo no lo sabía. Rafe nunca había estado más allá de la capa superficial del círculo que habíamos formado en torno a Sharra; yo había estado en el centro mismo, controlando la fuerza y el flujo de poder de Sharra. Estaba condenado, y lo sabía. Comprendía lo que Regis y Callina habían intentado hacer, y se lo agradecía, pero para mí, era demasiado tarde.

Mis ojos se posaron en Callina, y vi todo lo que me rodeaba con una nueva claridad. Ella era el pasado para mí: Arilinn y mi propio pasado; Marjorie había muerto en sus brazos, y más tarde yo había encontrado en ella el primer olvido que había conocido. Parienta, Celadora, todo el pasado... Y me dolió no poder vivir para llevarla a Armida conmigo, para reclamar mi propio pasado, mi propio mundo. Pero no sería así. Un amor más oscuro me reclamaría, el fuego salvaje de Sharra surgiendo en mis venas, el oscuro vínculo con Thyra, que se había convertido en Celadora de aquel monstruoso círculo de Sharra, fuego y lujuria y eterna tortura y llamas. Callina podía llamarme, pero era demasiado tarde, ahora y para siempre. Dio me habló, pero yo había regresado a una época anterior a su llegada a mi vida, y apenas si recordé su nombre.

¿Qué estábamos haciendo aquí, entre aquellas paredes blancas?

Alguien entró en la habitación. No reconocí al hombre, aunque por la manera en que me habló, supe que era alguien que debía conocer. Uno de aquellos malditos terranos, que ardería en llamas de Sharra cuando llegara el momento. Sus palabras eran meros ruidos sin sentido, y no las entendí.

- ¡Esa mujer, Thyra! La teníamos en una de las celdas de máxima seguridad... y ha desaparecido... Así como así... ¡ha desaparecido de una celda de máxima seguridad! ¿La has sacado de allí con algún embrujo?

Tonto, pensar que una, celda podía retener a la sacerdotisa y Celadora de Sharra, la que nadó del Fuego.

El espacio dio vueltas a mi alrededor, hubo una especie de trueno y me encontré en el patio empedrado del Castillo Comyn, con los pies apoyados en los dos símbolos enlazados, grabados sobre la piedra, y supe que Kadarin había desenvainado la

Espada. Kadarin estaba allí, su pelo pálido revuelto por un viento invisible, con las manos sobre los hombros de Thyra, sus ojos metálicos fríos y amenazantes, y Thyra...

¡Thyra! Las llamas se elevaban de su pelo cobrizo, las chispas en la punta de sus dedos. En sus manos sostenía la desnuda Espada de Sharra, y frías llamas corrían desde la empuñadura hasta la punta. ¡Thyra! Mi amante, mi amor... ¿Qué estaba yo haciendo allí, lejos de ella? Alzó una mano y me hizo un gesto, y empecé a desplazarme hacia ella, sin ser consciente del movimiento. Ella sonrió cuando me arrodillé a sus pies, sobre las piedras, sintiendo que toda mi fuerza pasaba hacia ella, a aquel fuego que fluía y llameaba en sus manos...

Entonces una llama ardió, azul y salvaje, hasta las alturas del Castillo, y supe que Regis había desenvainado la Espada de Aldones. Estaban allí, allí físicamente, frente a mí, Regis y Callina, y ella me buscó, me envolvió con el frío azul del helado limbo de Ashara, y entonces ya no estuvimos en el patio del Castillo, sino en los grises espacios del supramundo. Allá abajo, podía ver nuestros cuerpos como si fueran juguetes diminutos observados desde gran altura, pero la única realidad del mundo eran aquellas espadas, roja y llameante una, fría y azul la otra, que se entrecruzaban y combatían entre sí... y yo...

Yo era un títere, una mota de poder en el mundo astral, algo estirado hasta rasgarse entre ellos. La voz de Callina, que me recordaba Arilinn y todo mi pasado, la llamada susurrante y seductora de Thyra, con recuerdos del fuego y el deseo y el poder... Estaba desgarrado, desgarrado entre ellos, y me sentí como un vínculo entre los dos círculos, el de Regis y Callina con la Espada de Aldones, y Thyra y Kadarin, y cada uno de ellos me tironeaba ferozmente para conseguir un tercero, para que yo les diera mi poder.

Entonces apareció otra fuerza en los círculos unidos, algo frío, arrogante y brutal, el contacto duro, como el de la fuerza de mi padre, el Don de Alton que había despertado mi propio poder. Pero no era el contacto de mi padre. *¡Dyan! ¡Nunca me había querido y ahora estaba en su poder!*

No me importaba morir, pero no así.

Una vez más surgió en mi mente el grito final de la voz de mi padre, y todos estábamos tan enlazados que pude ver que Dyan miraba a Regis, más allá de mí, con infinita pena y calidez, lamentando que al final estuvieran en bandos opuestos: *Quería estar a tu lado cuando reinaras sobre todo Darkover, mi galante primo Hastur.* Y después, a través de mí, pude sentir el contacto de Dyan con el recuerdo de la llamada final de mi padre, el último pensamiento de su mente agonizante.

Y Dyan, en un momento de angustia y de dolor.

¡Kennard! ¡Mi primer amigo, mi único amigo! Mi primo, mi pariente, bredu. *Y ya no queda nadie vivo que tenga tu sangre, y si golpeo ahora, te habré matado más allá de la muerte o de cualquier inmortalidad.* Y al final una idea casi risueña: *Este hijo tuyo nunca ha servido para esta clase de poder.*

Y de repente estuve libre, libre de Sharra, enteramente fuera de ella, y en ese momento de libertad, fui atrapado por el estrecho contacto telepático de Regis y Callina, ese círculo cerrado de poder.

La forma de fuego se elevó, más y más, del tamaño del castillo, del tamaño de la montaña, con una ardiente oscuridad en el corazón; pero de Regis, ahora de una estatura gigantesca, emanaron fríos relámpagos azules que cruzaron el corazón de Sharra, al tiempo que Regis blandía la Espada de Aldones, dispuesto a golpear.

Sharra fue encadenada por el Hijo de Hastur que era el Hijo de la Luz.

¡Y ataviado con su capa de luz viva llegó Aldones!

Ahora ya no quedaba nada que ver, ninguna forma humana, sólo fuego que llameaba cada vez más alto, los destellos de la matriz de Sharra que surgían desde el centro de su oscuridad, y el núcleo de resplandor que atravesaba los velos que revestían la figura del Dios, con la forma de Regis, pero un Regis enorme, gigantesco, no un descendiente de Hastur sino el Dios mismo.

Dos matrices idénticas no pueden existir en el tiempo y el espacio, y según la leyenda, ya otra vez Sharra había sido encadenada por el Hijo de Aldones, que era Hijo de la Luz.

Ni siquiera ahora puedo explicar la leyenda, a pesar de que yo mismo la vi. Sentí el contacto demoníaco de Sharra. El bien infinito es tan terrorífico, a su manera, como el mal infinito. No eran Regis y Kadarin combatiendo con dos espadas idénticamente forjadas, copias

la una de la otra. Ni siquiera era un combate de una matriz distorsionadora del espacio contra otra, aunque aquello se aproximaba más a la verdad. Había algo muy tangible, muy real, detrás de cada espada, algo que no estaba en absoluto en este plano de la realidad y que sólo a través de las espadas podía manifestarse en esta dimensión. Los relámpagos fluían entre ellos, envueltos en el aura de arco iris que era Regis y Hastur, acurrucándose en las llamas en cuyo centro Dyan brillaba como una brasa ardiente.

Y entonces, por un instante, sentí que una brillante arrogancia se lanzaba: Dyan centelleando por el espacio, con su rostro de halcón atento y curioso. Creo que por un instante el vínculo se rompió, y las espadas fueron sólo espadas, y por un segundo todos estuvimos de nuevo en el patio del Castillo, y sentí que las piedras se movían bajo mis pies. Y en aquel momento comprendí que él podía haber matado a cualquiera de nosotros.

Yo había jurado que ellos morirían por la venganza de mi mano. Pero en aquel momento, sólo pude recordar que en otros tiempos, ella había estado próxima a mí, una muchacha aterrada, asustada por sus propios poderes. Si los Dioses me hubieran puesto una daga en la mano, no podría haberla matado, y por un momento me pareció que una gran pregunta vibraba en el supra-mundo, y en este mundo, y en todos los universos de mi mente:

¿Quieres el amor del Poder o el Poder del Amor?

Y todo lo que había en mí fluyó hacia Kadarin, a quien otrora había amado como a un hermano, y hacia la bella joven Thyra, a quien tanto yo como Kadarin habíamos destruido. Nunca he sido capaz de explicarlo, pero supe en ese momento ardiente que preferiría morir en los fuegos de Sharra antes de herirles más de lo que ya habían sido heridos. Todo en mí gritó un enorme y definitivo *¡No!*

Y luego todos volvimos a combatir en el limbo gris del supramundo, y las dos espadas se entrechocaban y centelleaban como relámpagos enlazados.

Luego las llamas disminuyeron y murieron, y una gran oscuridad nació en el corazón de la matriz de Sharra. Vi un interminable centelleo de fuego, y la ardiente llama se hundió hacia dentro, y un gran vértice pareció abrirse en el interior, formando una enorme nada arremolinada. Hacia aquella nada fueron arrastrados Kadarin y Thyra, dos diminutas figuras que desaparecían, girando, y un gran grito silencioso de dolor y desesperación flotó en el último instante, tan lejano que nunca supe si lo oí o lo imaginé, y luego, por un segundo, otro grito de alegría y descubrimiento, que me hizo recordar una vez más el último grito de mi padre.

¡Amada!

Silencio y vacío, y oscuridad... Y el enorme rostro aborrecible que había visto en el azul supramundo de hielo de Ashara.

Y después me encontré de pie bajo la gris luz del amanecer, en el patio empedrado del Castillo Comyn, frente a Regis, que volvía a ser tan sólo un joven vacilante con la Espada de Aldones en la mano, y a la mortalmente pálida Callina junto a él. No había rastros de Kadarin ni de Thyra, pero tendido sobre las piedras, agonizante, yacía Dyan Ardáis, con el cuerpo ennegrecido por el fuego. En una mano tenía, rota, la Espada de Sharra. Ya no había gemas en la empuñadura, sino tan sólo unos guijarros horribles y carbonizados que, en cuanto fueron tocados por los primeros rayos del sol, se evaporaron en pálidas gotas de humo, y desaparecieron para siempre, así como el poder de Sharra había desaparecido para siempre de este mundo.

Regis envainó la Espada de Aldones y se arrodilló junto a Dyan, llorando sin recato. Dyan abrió lo ojos colmados de dolor, y por un momento vi en ellos reconocimiento, y dolor hasta el punto en que ya no significa nada. Pero si Regís esperaba alguna palabra, quedó decepcionado: los ojos de Dyan le miraron por un instante, pero luego se desviaron para mirar algo que no pertenecía a este mundo. Pero por primera vez desde que le conocía, vi a Dyan con expresión tranquila, en paz.

Si él hubiera querido matarnos, Sharra habría triunfado.

También yo me arrodillé junto a su cadáver, concediéndole la muerte de un héroe, y Regís cubrió el cuerpo de Dyan con su propia capa. Todavía tenía la Espada de Aldones, pero también de ella había desaparecido todo brillo y poder; el filo estaba ennegrecido como si se hubiera quemado en aquel extraño fuego que había extinguido. Al cabo de un momento, Regís puso la Espada de Aldones sobre el pecho de Dyan, como la espada del héroe, que debe ser sepultada con él. Ninguno de nosotros protestó. Luego Regís se incorporó y los rayos del sol naciente acariciaron su pelo, blanco como la nieve.

Todo había terminado y, contra toda esperanza, yo estaba libre, y con vida, a pesar de sufrimientos inconmensurables, me había liberado. Me volví hacia Callina y sabiendo que por fin éramos libres, la tomé por primera vez en mis brazos y llevé mis labios vorazmente contra los suyos.

Y todo deseo murió en mi mente, y en mi corazón, cuando miré los helados ojos de Ashara.

Debí haberlo sabido, desde siempre.

Sólo por un momento volvió a ser Callina, que se aferró sollozando a mí, pero yo ya había visto. La solté horrorizado... y cuando mis brazos la soltaron, Callina cayó muy lentamente al suelo y se quedó allí, inmóvil, junto a Dyan.

Me arrodillé otra vez, le di la vuelta, la alcé en mis brazos. Pero estaba exánime, inmóvil, ya fría. Y entonces supe...

Generaciones atrás, una poderosa Celadora del linaje de Hastur había tenido todo el poder del Comyn y cuando envejeció no quiso perder poder, de modo que concentró el poder en el linaje de Aillard. Muchas de aquellas mujeres habían sido sub Celadoras suyas, y habían cedido sus propios poderes a Ashara, para que ésta, cuya carne ya no le respondía y que vivía dentro de la matriz, pudiera salir con el cuerpo y la personalidad de su última Celadora, que se ponía como si fuera un vestido. Y de esas Celadoras, mi joven parienta había sido la última. Por eso me había preguntado tantas veces por qué no podía establecer contacto con su mente, ni acercarme a ella, salvo ocasionalmente, por un momento.

Y una vez más, la aterradora pregunta del supra-mundo pareció latir en mi corazón: *¿ El amor del Poder o el Poder del Amor?*

Hasta el día de mi muerte juraré que Callina me amó.

Si no fuera así, ¿acaso se hubiera arriesgado aquella vieja hechicera Hastur, a acabar con su mente inmortal y todo su poder, para lograr liberarme de la esclavitud de Sharra? Regís y yo, solos, jamás podríamos habernos enfrentado a aquel último centelleo del fuego inmortal de Sharra. Pero con Callina, que había puesto todos los poderes de Ashara en el combate, utilizando el cuerpo del joven Hastur que era su pariente lejano, para que la fuerza del primer Hastur, fuera quien fuese, se manifestara por medio de la Espada de Aldones, y Regís adquiriera así toda la majestad y el poder del Hijo de la Luz, así como quien blandía a Sharra adquiría el aspecto de la Forma de Fuego, fue diferente.

Tampoco Dyan, al final, había sido capaz de lanzar a Sharra contra sus parientes. Toda su vida había luchado por el honor del Comyn, aunque de maneras extrañas, y al final había actuado, primero para proteger a mi hija, y después para protegerme a mí, y finalmente no había sido capaz de matar a Regis.

¿El amor del Poder o el Poder del Amor? ¿Habría resonado aquella pregunta también en su mente durante los momentos finales de la batalla?

En algún lugar del Castillo, arriba, oí un sonido, no con mis oídos físicos, sino en los rincones de mi mente, limpia ahora de la ardiente presencia de Sharra. La oía con claridad: el sonido del llanto de una criatura, una niña tele-pata, sola, hambrienta, asustada, que lloraba y llamaba a su madre muerta y al padre que a medias amaba y a medias temía, y supe dónde estaba. Miré a Regis, con los hombros vencidos por su nueva y terrible carga, el pelo increíblemente blanco después de aquella lucha consumidora, y vi que también se volvía lentamente hacia el Castillo. ¿Habría su abuelo sobrevivido a aquella batalla que debía haber desgarrado las mentes de todo el Comyn?

Sí. Danilo estuvo con él y le cuidó, le dio fuerzas.

Regis también percibió el llanto y se volvió hacia mí, con una sonrisa fatigada.

-Ve a buscar a tu hija, Lew, te necesita, y... -increíblemente, volvió a sonreír- tiene edad para tener el Don, pero no es lo bastante mayor como para mantenerlo dentro de límites razonables. ¡Si no vas a consolarla, volverá locos a todos los que están en el castillo, en la ciudad, con sus sollozos!

Y fui, y sin equivocarme, subí corriendo la escalera hasta el único lugar en el que Dyan sabía que no buscaría a Marja: las habitaciones de los Ridenow que Dio y Lerrys habían compartido. Y cuando irrumpí allí, precipitándome hacia aquel cuarto vacío, vi a Dio que tenía a Marja en su regazo, pero no pudo silenciar sus sollozos hasta que me incliné sobre ellas y las abracé a ambas.

Marja dejó de llorar y se volvió hacia mí, el llanto telepático de repente calmado. Sólo quedaban unos sollozos débiles.

-¡Padre! ¡Padre! Tenía tanto miedo, y tú no venías, no venías y yo estaba sola, y había un fuego, y lloré y lloré y nadie me oía, pero esta señora extraña vino y trató de consolarme.

Aquieté el estallido histérico, y la atraje hacia mí.

-Está bien, *chiya* -le arrullé, rodeándola a ella con un brazo y a Dio con el otro-. Todo está bien, tu padre está aquí.

No había podido darle un hijo a Dio. Pero aquella niña de mi propia sangre había sobrevivido de algún modo al holocausto que había devastado el Comyn, y nunca más me reiría del poder del amor que nos había salvado a ambos. Yo había querido morir, pero estaba vivo y, milagrosamente, me alegraba estar vivo, y la vida me parecía buena.

Riendo, dejé a Marja en el suelo, y volví a tomar a Dio en mis brazos.

No me hizo siquiera una pregunta acerca de Callina. Tal vez lo sabía, tal vez había sido parte de aquella gran batalla de la que, incluso entonces, había empezado a dudar. ¿Había ocurrido en realidad, fuera de mi propia mente? Nunca lo supe.

-Todavía estamos a tiempo -dije- de anular esa demanda de divorcio. Creo que todavía no han pasado los diez días, ¿o he perdido la noción del tiempo?

Ella se rió.

-¿Diez días? No, todavía no...

Marja nos interrumpió, con otro contacto telepático exigente.

¡Estoy hambrienta! ¡Y asustada! ¡Deja de besarla y abrázame a mí!

Dio la abrazó con fuerza y la sentó entre nosotros.

-Te conseguiremos enseguida un buen desayuno, *chiya* -le dijo con dulzura-, y después, trataré de enseñarte los buenos modales elementales necesarios para vivir en una familia de telépatas. Si vas a hacer eso cada vez que bese a tu padre, o lo que sea, hijita, ¡me temo que empezaré a emitir ruidos horribles como los de la perversa madrastra de los cuentos de hadas! ¡De modo que deberás aprender buenos modales, ante todo!

Es increíble, pero aquello nos hizo reír a los tres. Y después fuimos a la Zona Terrana para retirar la innecesaria demanda de divorcio. En algún lugar, por el camino, no recuerdo dónde, nos detuvimos a comer pan caliente y potaje en una

casa de comidas, y todos los que nos veían daban por hecho que había salido temprano para desayunar con mi esposa y mi hija. Y descubrí que eso me gustaba. Ya no sentía que sólo miraban fijamente mis cicatrices.

Si Dio no hubiera aceptado a Marja... Pero no era esa clase de persona. Había querido tener mi hijo, y ahora yo ponía en sus manos a mi hija. La herida de aquella monstruosidad que debió haber sido nuestro hijo nunca desaparecería, pero Dio nunca vivía en el pasado. Y ahora teníamos todo el futuro por delante.

Marja iba de mi mano y de la de Dio cuando entramos en la Zona Terrana. Sólo una vez volví la cabeza para mirar, detrás de nosotros, el Castillo Comyn.

Sabía que nunca volvería.

Pero volví, sólo una vez más.

Fue pocos días más tarde, pero Marja ya había empezado a llamarle «Madre» a Dio.

EPÍLOGO

- ¿Coronarme rey? ¿Rey de qué? -dijo Regís, sacudiendo la cabeza ante su abuelo-. Señor, con todo respeto, el Comyn en realidad no existe. Lew Alton sobrevive, pero no desea permanecer en Armida. Y no veo por qué debería hacerlo. Los Ridenow han aceptado lo inevitable y han solicitado la ciudadanía terrana. Dyan ha muerto, y su hijo es un niño de tres años. Lady Aillard está muerta, y también su hermana; de los Aillard sólo quedan Merryl y su hermana melliza, que es la madre del hijo de Dyan. Los Elhalyn han desaparecido... ¿Sigues creyendo que debemos tratar a los terranos como a enemigos, señor? Creo que es hora de aceptar que somos lo que ellos dicen, una de sus colonias perdidas, y solicitar la condición de estado privilegiado, para conservar nuestro mundo, para hacerlo inmune y que no sea arrasado por la tecnología terrana, pero siendo, no obstante, parte del Imperio.

Danvan Hastur agachó la cabeza.

-Sabía que todo terminaría así -dijo-. ¿Qué es lo que quieres hacer, Regis?

Con su nueva y terrible sensibilidad, Regis supo cómo se sentía su abuelo, por lo que su voz fue muy suave cuando le respondió al anciano.

-Le he pedido a Lawton que venga a verte. Re-

cuerda que es pariente consanguíneo de los Ardáis y los Syrtis, señor; podría haber formado parte del Comyn.

Dan Lawton entró en la habitación, y para sorpresa de Regís, se inclinó y se arrodilló ante Danvan Hastur.

-*Z'par servu, vai dom* -dijo con respeto.

- ¿Qué broma es ésta? -exclamó Hastur.

-Ninguna broma, señor -dijo Lawton, sin incorporarse-, Estoy aquí para servirte en cualquier manera que pueda, Lord Hastur, para asegurarme de que tus antiguas costumbres no sufran daño.

-Creía que ahora éramos sólo una colonia terrana.

-Creo que no comprendes lo que significa ser un mundo del Imperio, *vai dom* -dijo Lawton con sobriedad-. Significa que tienes derecho a definir en qué se convertirá Darkover, tú y todos los que vivís aquí. Podéis compartir o no vuestros conocimientos, aunque espero que se nos permita aprender algo sobre la tecnología de matrices, para que nunca más algo parecido al episodio de Sharra pueda ocurrir sin que lo sepamos. Tú y sólo tú, quiero decir el pueblo de Darkover, no tú personalmente, con todo respeto, señor, podéis determinar

cuántos terranos pueden ser empleados aquí, o bajo qué condiciones pueden establecerse. Y como los intereses de Darkover deben protegerse en la Federación de Mundos que es el Imperio, tenéis derecho a designar o a elegir a un representante ante el Senado Imperial.

-Buena idea -dijo Danvan Hastur con cansancio-, pero ¿queda alguien en quien podamos confiar, después de todas las muertes que ha sufrido el Comyn? ¿Crees que voy a designar a ese granuja de Lerrys Ridenow, sólo porque conoce las costumbres del Imperio?

-Te serviría yo mismo con gusto -dijo Lawton-, porque amo a mi mundo natal... Es mi mundo tanto como el tuyo, Lord Hastur, aunque haya elegido vivir como terrano. Yo también nací bajo el Sol Sangriento y en mis venas corre sangre Comyn. Pero creo que mi trabajo está aquí, para que haya una voz darkovana en la Ciudad Comercial terrana. Sin embargo, Regís ha encontrado a un candidato.

Hizo un gesto en dirección a la puerta, y entró Lew Alton.

Su rostro lleno de cicatrices se veía ahora sereno, sin la tensión y el tormento que lo había convulsionado durante tiempo. Regís pensó, al mirarlo: *He aquí un hombre que ha derrotado a sus fantasmas. ¡Ojala pudiera yo derrotar los míos!* En su interior se agitó el recuerdo: *El momento en que había sido más que humano, se había alzado desde el centro del mundo hasta el cielo, blandiendo un poder monstruoso.* Y ahora, volvía a ser simplemente humano y se sentía pequeño, impotente, encerrado dentro de una sola mente, un solo cráneo...

-Un hombre que conoce Darkover y Terra -dijo Regís, sereno-, Lewis-Kennard Montray-Alton de Armida, primer Representante ante el Senado Imperial, en nombre de Cottman Cuatro, conocido como Darkover... -Y Lew se acercó y se inclinó ante Lord Hastur.

-Con tu permiso, señor, parto en la nave que despega hacia las estrellas a la puesta del sol, junto con mi esposa y mi hija. Con gusto cumpliré un período, después del cual el pueblo de Darkover habrá sido educado para elegir a sus representantes...

Danvan Hastur tendió una mano.

-Con gusto hubiera visto a tu padre en este cargo, *Dom* Lewis -dijo-. El pueblo de Darkover, y yo mismo, tenemos motivos para estar agradecidos a los Alton.

Lew hizo una reverencia.

-Espero poder servirte bien -dijo, y Hastur le respondió:

-Que todos los Dioses te bendigan y protejan tu camino.

Regís dejó a su abuelo conversando con Lawton. Estaba seguro de que llegaría el momento en que ambos

se gustarían y respetarían, si no ocurría ya, y salió a la antecámara con Lew. Le dio un abrazo de pariente.

- ¿Volverás cuando haya terminado tu período, Lew? Te necesitamos en Darkover.

Una momentánea expresión de dolor cruzó el rostro de Lew, pero dijo:

-No lo creo. Allá fuera, en los límites del Imperio, hay mundos nuevos. No, no puedo mirar atrás.

Aquí ha habido demasiadas muertes.

Regis quiso gritar: ¿Por qué quieres volver a exiliarte? Pero tragó saliva con esfuerzo y agachó la cabeza. Al cabo de un momento, volvió a alzarla.

-Que así sea, entonces *bredu* -le dijo-. Y que adonde quiera que vayas, los Dioses te acompañen. *Adelandeya.*

Sabía que nunca volvería a ver a Lew, y todo su corazón se fue con su amigo cuando éste abandonó la habitación. *El imperio es suyo, y mil millones de mundos.*

Pero mi deber está aquí. Soy... Hastur.

Y eso era suficiente. Casi.

Cuando el sol rojo se ponía detrás del desfiladero, Regis se encontró con Danilo en un balcón que daba a la Zona Terrana. Observaba la gran nave terrana que se elevaba hacia el cielo, con destino a las estrellas. *Adonde nunca podré ir, y él se lleva consigo mis últimos sueños de libertad, y de poder.*

¿Quiero el amor del Poder o el Poder del Amor?

Y de repente supo que en realidad, no envidiaba a Lew. Ninguna mujer le había amado nunca como Lew había sido amado, no. Pero en la muerte, Dyan le había dejado un brillante legado de otra clase de amor. Algo que había oído, y que recordaba sólo a medias de sus años de San Valentín de las Nieves, volvió repentinamente a su memoria.

-Dani, ¿cómo es eso que dicen los *cristoforos...* «No hay amor más grande...»?

Danilo respondió, en el más antiguo dialecto *casta,* el que hablaban en el monasterio:

-«No hay amor más grande que el del hombre que da su vida por sus semejantes.»

Dyan había dado su vida por todos ellos, y con su muerte Regis había llegado a una nueva comprensión: el amor era amor, sin importar de dónde viniera ni bajo qué forma. Tal vez algún día pudiera amar a una mujer de esa manera, pero si nunca ocurría, aceptaría el amor que era suyo sin vergüenza ni arrepentimiento.

-No seré rey -dijo-, soy Hastur, y eso basta.

Un eco resonó en su mente, un recuerdo que nunca emergería del todo.

¿Quién eres tú?

Hastur... Pero había desaparecido, como una onda en el lago.

-Voy a necesitar... mucha ayuda, Dani.

-Regis Hastur, soy tu vasallo, tanto en la vida como en la muerte -respondió Danilo, usando de nuevo el antiguo dialecto de Nevarsin.

Regis se enjugó el rostro. La bruma del atardecer se condensaba en las primeras gotas de lluvia, pero las sentía calientes en los ojos.

-Vamos -dijo-, no debemos dejar mucho tiempo solo a mi abuelo, y debemos escuchar sus consejos acerca de cómo educar a nuestros hijos, a Mikhail, y al hijito de Dyan. No podemos quedarnos aquí toda la noche.

Se volvieron y entraron juntos en el castillo. La última luz había desaparecido del cielo, y la gran nave, rumbo al Imperio, era tan sólo una estrella más entre otras miles de estrellas.

APÉNDICE

La serie del planeta Darkover

Se ha dicho que la larga serie de Darkover define la ciencia ficción de los años sesenta y setenta como la serie FUNDACIÓN *de Asimov había definido la de los cuarenta y cincuenta. En realidad, la serie de Darkover muestra de una manera ejemplar cómo la ciencia ficción ha ido dando cabida a nuevos relatos en los que dominan los temas de corte fantástico, sin la voluntad racionalizadora y cientista que había sido tan común en la ciencia ficción clásica.*

En torno a Darkover, el planeta del sol sangriento, existe en la actualidad una veintena de novelas y media docena de antologías cuyas narraciones transcurren en un planeta situado en los límites de un imperio galáctico dominado por la Tierra. Los habitantes de Darkover proceden de los antiguos colonos terranos y, en su mundo, la magia y la telepatía son elementos esenciales de una cultura antitecnológica que resiste con éxito ante los variados intentos de lograr su integración en una unión política y económica con el Imperio Terrano.

Esta serie se inició en 1962 con THE PLANET SAVERS, THE SWORD OF ALDONES, *conformados según la más clásica* space opera. *En los libros posteriores, sobre todos en los escritos a partir de los años setenta, domina la vertiente fantástica. Con ellos la autora alcanza además un do-*

minio ejemplar en el tratamiento de los personajes, al tiempo que otorga mayor preponderancia a unos temas que pertenecen ya a un mundo más complejo (telepatía, mujeres amazonas, homosexualidad, derechos de las mujeres, ética de la libertad, etc.), con lo que la serie gana en profundidad sin perder su encanto aventurero e incluso mejorando su calidad narrativa.

En realidad la serie sólo se tiene como tal porque reúne narraciones ambientadas en el planeta Darkover. La autora siempre ha insistido en que los libros son independientes entre sí y se pueden leer en cualquier orden. Es cierto: ninguno de ellos da por sentado que el lector esté familiarizado con lo que ha ocurrido en las otras novelas de la serie. Según parece, a Bradley no le gustan demasiado esas series que resultan ser poco más que una prolongación interminable de un primer relato (y conviene recordar aquí que la edición original norteamericana de LAS NIEBLAS DE AVALÓN *tenía un solo volumen, aunque en España se haya publicado en cuatro).*

Por ello no es de extrañar que la serie de Darkover pueda leerse realmente en cualquier orden; además la misma Bradley dirá de sus novelas:

Prefiero pensar en ellas como en un conjunto de libros muy vagamente interrelacionados, con un mismo trasfondo (el Imperio Terrano contra el mundo y la cultura de Darkover) y un tema común: el enfrentamiento de dos culturas aparentemente irreconciliables y, pese a ello, muy semejantes. Si los libros contienen algún mensaje (y personalmente lo dudo), es simplemente que a un ser humano nada de la humanidad le es ajeno.

La relación completa de los libros publicados hasta ahora es la siguiente:

1962 The Planet Savers 1962 The Sword ofAldones

1964 TheBloodySun

1965 StarofDanger

1970 Windsof Darkover

1971 World Wreckers

1972 Darkover Landfall

1974 The Spell Sword

1975 The Heritage of Hastur

1976 The Shattered Chain

1977 Forbidden Tower

1978 Stormqueen!

1979 The Bloody Sun (reescrit)

1980 Two to Conquer

1980 The Keeper's Price (A)

1981 Sharra's Exile

1982 Sword of Chaos (A)

1982 Hawkmistress

1983 Thendara House

1984 CityofSorcery

1985 FreeAmazons

of Darkover (A) 1987 TheOtherSide

of the Mirror (A) 1987 Red Sun of Darkover (A) Í988 Four Moons of Darkover 1989 The Heirs of Hammerfell Return to Darkover Domains of Darkover Rediscovery

(Los salvadores del planeta) (La espada de Aldones) (El sol sangriento) (Estrella de peligro) (Vientos de Darkover) (Destructores de mundos) (Aterrizaje en Darkover) (La espada encantada) (La herencia de los Hastur) (La cadena rota) (La Torre Prohibida) (Reina de las tormentas) (El sol sangriento) (Dos que conquistar) (El precio de las Celadoras) (El exilio de Sharra) (Espada del caos) (Lady Halcón) (La casa de Thendara) (Ciudad de brujería) (Las amazonas libres

de Darkover) (El otro lado del espejo)

(El sol rojo de Darkover)

(Las cuatro lunas de Darkover)

(Herederos de Hammerfell)

(Retorno a Darkover)

(Los Dominios de Darkover)

(Redescubrimiento)

La (A) *indica que se trata de una antología de relatos escritos tanto por Bradley como por otras autores que se unen al «universo de Darkover». Los tres últimos volúmenes no han aparecido todavía en EE. UU. Los años son los de la edición original en inglés. Es muy probable que los títulos de nuestra previa edición en castellano coincidan finalmente, con la traducción literal que aquí se presenta, aunque también podría ocurrir que no fuera así en todos los casos. El tiempo lo dirá.*

De todo este conjunto de libros tan sólo uno THE SWORD OF ALDONES, *había sido traducido al castellano,*

con el sorprendente título de ODIO CÓSMICO *en el número 45 de la colección de ciencia ficción de Ediciones Cénit (1963). Ni que decir tiene que la autora no se sintió demasiado complacida por el cambio de título.*

En realidad, hay partidarios de leer los libros en el orden de su publicación. Según dicen, con ello se puede seguir el proceso creador de la autora al imaginar y expandir el universo narrativo de Darkover. Cabe también ordenar los libros enfundan de la cronología de los hechos narrados. En este caso debería tenerse en cuenta que EL EXILIO DE SHARRA *ocupa el mismo espacio temporal que* LA ESPADA DE ALDONES. *Considerando esta cronología interna de Darkover y añadiendo unos subtítulos inventados por el editor norteamericano de la serie, el cuerpo central de la serie puede subdividirse en grupos como:*

EL DESCUBRIMIENTO

Aterrizaje en Darkover

LAS ERAS DEL CAOS

La reina de las tormentas Lady Halcón

LOS CIEN REINOS

Dos que conquistar

Los herederos de Hammerfell

LAS AMAZONAS LIBRES

La cadena rota

La casa de Thendara

Ciudad de brujería

CONTRA LOS TERRANOS - PRIMERA ÉPOCA *(Recontacto)*

La espada encantada

La Torre Prohibida

El sol sangriento *(reescritura de 1979)* CONTRA LOS TERRANOS - SEGUNDA ÉPOCA *(Después*

del Comyn)

La herencia de los Hastur El exilio de Sharra Retorno a Darkover

Y el resto de libros, tal vez complementarios, se sitúan preferentemente entre las dos últimas subseries.

Los amigos de Darkover

Una serie tan larga y que ha estado en el candelero durante más de veinticinco años no podía menos que tener alguna consecuencia perdurable en el conjunto de los activos y devotos fans *de la ciencia ficción y de la fantasía.*

La necesidad por todos sentida se hizo realidad mediante la formación (prácticamente espontánea según se asegura) de una. organización de fans y *lectores. Esta se inició con algunas reuniones informales en las convenciones de ciencia ficción, y después se organizó en varios* «Concejos» *de un grupo que se autodenomina* Los AMIGOS DE DARKOVER. *Hay Concejos en varios lugares de la geografía de Estados Unidos e incluso hubo uno en Alemania donde la serie es muy popular. Durante varios años* Los AMIGOS DE DARKOVER *mantuvieron convenciones propias en el* World Fantasy Festival *e incluso una* newsletter, *generalmente editada cada trimestre por el* Concejo de Thendara, *con sede en Berkeley, California.*

Tal y como ellos mismos invocan, Los AMIGOS DE DARKOVER *son un grupo de aficionados y voluntarios. Nadie cobra por su actividad en el grupo y no hay cuotas de inscripción. El* Concejo de Thendara *sirve como punto central de información para los varios fanzines,* news-letters *y los otros grupos creados en torno a Darkover.*

Para los lectores interesados en establecer contactos, basta con escribir (en inglés) a:

Friends of Darkover, Thendara Council, P.O. Box 72, Berkeley, CA 94701 (EE.UU.)

Es imprescindible adjuntar un Cupón de Respuesta Internacional para obtener y/o agilizarla respuesta.

MIQUEL BARCELÓ